

DAVINES

LA GRAN
ESTAFIA

EUDOCIO RAVINES

LA GRAN ESTAFA

(La Penetración del Kremlin en Iberoamérica)

LIBROS Y REVISTAS, S. A.
Apdo. 1505 México, D. F.

Copyright 1952.

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

A los hombres y mujeres que se han batido y se
baten contra las tiranías en todas las trincheras de
la Libertad; que han sufrido por la causa de la Digi-
nidad del Hombre y que —como yo— han apurado
el dolor y han vivido el drama de la Gran Estafa.

El Autor.

Este libro ha sido publicado
en Inglés, en Nueva York,
por Charles Scribner's Sons,
con el título de
"THE YENAN WAY".

PROLOGO

En la hora en que golpea sobre las cabezas de los hombres libres y contra la esperanza de los que aspiramos a serlo, el peligro concreto de una esclavitud de tipo totalitario, se convierte en cómplice cualquier silencio sobre la Gran Estafa, sobre sus instrumentos, sobre sus máscaras y sobre sus métodos de subrepción.

Cuando arriba a las playas de este hemisferio el designio de transformar a sus pueblos en la misma papilla sanguinolenta en que se ha convertido a miles y miles de chinos, de coreanos, de indochinos, en los campos de batalla, y a millones de rusos y de europeos en los campos de concentración más vastos y crueles de la historia universal, se vuelve imperativo entregar un testimonio veraz, del que dá fe cumplida una larga, dolorosa y desesperada experiencia, que pueda ayudar a entender con más lucidez el sistema y el contenido —ya que no es dable hablar de ética— del espíritu que pretende sojuzgarnos, proclamando sin embargo que viene a liberar a estos pueblos del yugo del imperialismo.

Este libro no es un alegato: sólo quiere ser un testimonio.

Es la crónica —novelada para hacerla más accesible al lector común —de hechos, acciones, planes y maniobras, a que me tocó asistir, como comparsa pasivo unas veces, como espectador o como actor en otros momentos, y siempre como testigo.

Lo que aquí entrego es una sincera confesión humana, sin que por ello se trate de un drama personal, ni sólo de una protesta aislada. Si alguna virtud tiene este testimonio es la de ser unívoco. Son millares y millares de existencias que han soportado análoga quiebra; es la tragedia minúscula y oscura de millares de hombres y mujeres anhelosos de una vida mejor para sus pueblos, que fueron traslumbrados por el reverbero de la Revolución Rusa, seducidos por el vigor de la crítica marxista, por el patetismo del encendido mensaje comunista. Millares de creyentes, que vieron transformados sus sacrificios y su fe en estiércol del cultivo de una dictadura, que no es la de clase alguna, sino la de un clan terrorista, policíaco y belicista. Es el testimonio que interpreta un momento del drama de millares de existencias que se acercaron alborozadas al comunismo y que han sido estafadas con ludibrio y con crueldad.

No arribo a este libro sino tras haber cruzado una desgarrante y sombría tempestad de vacilaciones. La fé que fué honda, no sólo muere despacio sino que se niega a morir: su agonía es muy larga y se llena con un rosario de catalepsias intermitentes. Alejado de las filas comunistas, a pesar de mis vupleantes decepciones, siempre esperé el milagro: que el comunismo en Rusia se convirtiese en democracia proletaria, en factor auténtico de paz para los pueblos; que las proclamas pacifistas de Stalin, saliesen de lo formular, para inaugurar de veras una colaboración humana entre capitalismo y soviétismo; que, en fin, el cheque sin fondos de esta gran estafa fuese cubierto en beneficio de los trabajadores del mundo.

Dos hechos macizos y tercos, concordes en todo con la siniestra política que ya conocía, vinieron a crucificar mi postrera esperanza y a nihilizar los vestigios de mi fé. Uno de ellos, la invasión traidora y abellacada de Checoeslovaquia, la degenerada traición de Gotwald hacia un régimen progresista y avanzado, hacia una nación de la que Rusia no tenía nada que temer; traición hacia el Presidente Benes, amigo del soviét y amigo de Stalin; traición repugnante, con la imposición de un ignominioso "suicidio" a Jan Masaryk, amigo fervoroso del partido comunista, amigo de Rusia, amigo de Stalin, amigo de Gotwald. Luego, el segundo hecho, el anatema sin principios, la carga de odio lanzada con la espuma en la boca, contra el régimen del comunismo yugoeslavo, insumiso a la yugulación rusa, rebelde al saqueo y a la rapacidad del soviétismo. Todo su crimen ideológico, toda su traición política residen en haberse resistido a que se hambreada a los yugoeslavos para que la casta dominante rusa pudiese vivir mejor. Sólo ante estos dos hechos crucé mi última valla y acepté con dolor que de la Rusia Soviética y del régimen de Stalin no podía esperarse ya sino la tercera guerra mundial.

No vengo a denunciar al soviétismo desde un ángulo liberal, ni desde el punto de vista de los derechos humanos o desde las plataformas que defienden los derechos ciudadanos. Sería este un enjuiciamiento parcial —sin duda formal a la luz de los hechos históricos— que considero sobrepasado por los hechos de hoy. Lo denuncio enfocándolo dentro de su terreno propio, como estafa a los principios que le dieron origen, como traición a la doctrina que le sirve de bandera para encubrir su contrabando intérolpe.

Denuncio una estafa, no al espíritu liberal, sino al pensamiento, a la ideología, a la realización socialistas.

No es estafa a los que creen en la bienaventuranza del capitalismo: es estafa a los que creemos en la redención del hombre, a los que nos hemos batido por la liberación de los oprimidos, a los que hemos soportado hambre, persecuciones, torturas, prisiones, a los que hemos vivido "el tiempo del desprecio", por buscar la elevación humana, por redimir a los más menesterosos de redención, por impulsar el progreso del socialismo.

Sé bien que tal estafa no es producto de la perfidia de un dirigente malvado, o de la ambiciosa crueldad de un clan dueño del poder. Es la consecuencia inexorable de sistemas y de métodos, de dogmas inhumanos que no pueden ser abandonados, de condiciones económicas, políticas y sociales, que los dirigentes soviéticos no pueden modificar ni suavizar, ya que ello implicaría su caída. Para no caer están obligados a marchar sobre cadáveres, a golpear sin piedad sobre todo lo que se les resista, y, por último, a lanzar a los pueblos a la hoguera del achicharramiento atómico. Es por esta esencia que el comunismo se ha vuelto la guerra.

Que ellos me llamen como quieran: conozco los vocablos, su sentido y su intención. Pero todos los vocablos no podrán desmentir ante la clase obrera ni ante quienquiera, un puñado de hechos tozudos.

La dialéctica marxista ha sido convertida en saqueo y degradación de Hegel, en racionalismo dogmático, dúctil para la justificación cínica de todos los oportunismos. De ágil concepción idealista, ha sido degradada por el soviétismo a la jerarquía podrida de filosofía de la estafa, a la vez que de estafa de la filosofía.

La doctrina ha sido convertida en guinapo, en viscoso contenido que se amolda a cualquier forma, en ropaje que se arregla para vestir, en cualesquiera hora y circunstancia, los hechos consumados o los actos ejecutados por los jerarcas totalitarios.

A la libre discusión dentro del partido ha sucedido el acatamiento indecoroso, la imposición terrorista, la servidumbre espiritual impuesta por hambre, por amenaza, por dádiva, por terror; terror al campo de concentración, a la prisión de los familiares o al tiro en el occipucio.

La clase obrera ha sido suplantada por el clan imperante; el obrero no puede sino designar como sus representantes a los que han sido ya designados por el clan; los congresos de los soviets o del partido han sido abrogados; la libertad de todo género, dentro de la esfera de la realización revolucionaria, ha sido aniquilada hasta un lindero que es regreso histórico cercano a las teocracias.

Los manantiales de cultura han sido secados; la policía tiene racionado y encasillado al pensamiento; el arte es negocio de propagandistas; la creación espiritual de todo orden, asunto bajo la jurisdicción del servicio secreto; y el campo del espíritu, tanto en Rusia como en los satélites, es lo más vecino al campo de concentración y al alambrado de púas.

La rebeldía justa, la insurgencia fecunda contra la rapacidad imperialista de los conquistadores coloniales y de los trusts internacionales, han sido utilizadas para imponer un tipo de conquista que se denomina con el sarcástico eufemismo de "liberación" y que consiste en la trituración despiadada, en el saqueo implacable, en la rapiña vandálica de los desventurados pueblos que han sufrido la inmensa desgracia de ser liberados por el Kremlin.

Esta putrescente y degradada realidad no es asequible al hombre común de nuestro hemisferio, ni es fácil de ser mostrada en toda su impúdica objetividad, porque ella se oculta y es ocultada tras la tupida brumazón de críticas válidas, de paradisiacas promesas, de augustas y venerables palabras. Por ello, la lucha es difícil, terca y áspera. Y, para hacerla convincente y fecunda es preciso que el mensaje democrático tenga potencial para ganar el corazón de las gentes, para inspirarles fe y confianza, si no en su realidad actual, por lo menos en su posibilidad inmediata.

En América Latina, ese potencial no lo tienen, no lo tendrán jamás, las andrajosas dictaduras que padecen diversos pueblos de este hemisferio. Dictaduras filisteas, sin principios y sin ética alguna, que en muchos casos concretos, cultivan relaciones clandestinas, a modo de vicios secretos, con los comunistas y con los agentes ocultos de la Rusia Soviética, además de que con abominable inconsciencia y criminal irresponsabilidad otorgan auxilios, subvenciones y posiciones políticas y sociales a los altos comandos del quinta-columnismo ruso en sus respectivos países.

La privación de libertad, la ominosa restricción de los derechos humanos, la envilecida limitación de los derechos civiles de la ciudadanía, la imposición demagógica o violenta de gobiernos de fuerza, es realidad dramática en muchas de las repúblicas latino americanas y es, al propio tiempo, campo de gravitación que acarrea militantes y combatientes para la quinta columna soviética.

O las dictaduras de América Latina dejan libre paso a una vida democrática y decente, o la vasta y tenebrosa campaña soviética minará la entraña misma de América y abrirá brechas que, si son cerradas más tarde, han de serlo sólo con montañas y torrentes de vidas jóvenes, y en horas de angustia suprema para el mundo libre.

La eficacia de la lucha contra el gran peligro reside en gran parte en que las dictaduras demagógicas o violentas, civiles o militares, sean barridas de la faz de este hemisferio y en que la democracia formal se convierta en democracia real.

Entonces, los pueblos comprenderán y ponderarán la tajante disyuntiva: o democracia o comunismo.

E. R.

México 1952.

BAJO EL SIGNO DE LAS DOS RAYAS

RELAMPAGUEABA sobre los mismos cerros y llovía a raudales sobre la misma plaza que, tres y media centurias atrás, habían servido de escenario al dramático encuentro entre el último de los Incas y el primero de los conquistadores del Perú.

Tras su estridente prefacio de granizo —descargado con tamborileo de fandanguillo sobre el zinc y sobre las tejas que formaban la techumbre de las casas— el aguacero verberaba las piedras de los templos que los conquistadores hicieran construir a los indígenas. Y, como el río al guijarro, el agua del cielo pulía los rostros y los mantos de granito de los santos que, desde lo alto de sus hornacinas, presidían impasibles la vida estancada de la ciudad.

Con abnegación aséptica, la lluvia aseaba las toscas piedras que pavimentaban las calles; al correr por las acequias —que cortaban la calzada en dos— las aguas arrastraban lodo, basuras, cadáveres de animalejos y, según las pertinaces aseeraciones de Tía Martina, de Misiá Minquinca y de las Maestras Shoollas, se llevaban asimismo sarampiones, tifoideas, viruelas y hasta, y esto lo decían siempre en voz queda, a causa de su fervoroso catolicismo, males de ojo, brujerías y maleficios.

Cuando el sol, con su luminosidad reverberante en aquella altura, reaparecía sobre los últimos goterones de lluvia, la ciudad olía a viruta fresca, a levadura, a cuerpo desnudo salido del río, a vaharada de ternero hambriento o de potranca acabada de nacer.

En las ciento veinte o ciento treinta manzanas de la ciudad, la vida vegetaba lenta, mustia, sin agitación, como si todo lo que estaba animado de vida tuviese sólo savia y nada de sangre. Todo aparecía reclinado sobre la calma tibia y tersa de una quietud que incitaba a caminar sobre la punta de los pies. Las gentes envejecían despacio, se morían sin prisa y, cuando se marchaban del vecindario, se amputaban con sigilo, como evitando hacer ruido. Lo único que cambiaba sobre la quietud de las personas eran las cosas: cambiaban el día y la noche, las mañanas en que

gran arco de piedra, ebrio de arabescos, de la puerta lateral de la iglesia matriz.

Todo sucedía así, del mismo modo, un día y otro día; se reiteraba con tan idéntica monotonía que el pueblo parecía estático; inmóvil como las volutas de los caminos que azotaban las lomas, como los cactus, como los Andes. Alguna tarde llegaban de sus haciendas los grandes propietarios de las tierras que ejercían el señoreaje feudal en la comarca, escoltados por regimientos de campesinos indígenas que conducían los cargamentos de las cosechas, en sus propias acémilas, los animales de los patrones y los niños pequeños que no eran capaces de cabalgar solos. Esto era un acontecimiento, pero se despejaba pronto pues las gentes del lugar parecían no quererle prestar atención. Y luego, todo quedaba igual, reviniéndose, inmovilizándose, como reanudando su sueño milenar. Un sueño en cuya ánima ardía —cual fuego sagrado e inextinguible— el espíritu de un pasado augusto de historia y de leyenda: de historia que parecía leyenda y de leyenda que parecía historia. Bajo la maravillosa luminosidad de su campiña parecía historia. Bajo la maravillosa luminosidad de su campiña descansó para siempre el último de los Incas, del Imperio que naciendo en el Cuzco. En el lugar que ocupaba su Plaza de Armas, fué abatido para siempre el más poderoso Estado Imperial de América, cuando los treinta mil indígenas del Ejército del Inca fueron arrollados por la más asombrosa y épica carga de caballería de todos los tiempos, lanzada por ciento treinta jinetes, amparados por culebrinas y por cruces, por arcabuces y clamos a Santiago. A cuatro kilómetros de la ciudad de Cajamarca, en el corazón de la campiña verdeguante siempre, humeaban los pozos de aguas termales, de poderosa radioactividad, donde tomara sus últimos baños Atahualpa y donde, rodeado de la nobleza, celebrara su postrer ayuno; en uno de esos patios fué donde los capitanes del Inca ofrecieran oro, en anchas bandejas, a los caballos de los emisarios españoles, pensando que aquellos centauros masticaban metales y se alimentaban de los más preciosos.

En medio de la miseria, del retraso, del putrescente estancamiento, parecía que sobre la existencia y la conducta de la gente pasase, siempre tempestuoso, el soplo de la herencia de Atahualpa y de Pizarro. Era como si todos los moradores de Cajamarca se sintiesen descendientes de una casta de héroes; casta de bastardos —bastardos fueron Atahualpa y Pizarro— pero, sin duda, casta de héroes.

Pizarro fué el hombre que cercano a los sesenta años, hambriento, desnudo y enfermo en la Isla del Gallo, se enfrentó al descontento rebelde de la gente que comandaba, negándose a retornar a Panamá y a abandonar su inmensa y enloquecedora aventura. Fué en la hora en que todos desertaban y volvían la espalda al sur, que don Francisco avanzó un paso, desnudó su acero y sobre la arena húmeda trazó una raya; y luego, con la

espada en alto, cual un trágico insigne sobre un escenario de epopeya, clamó: "Por el norte se va a Panamá a ser pobres; por el sur, al Perú a ser ricos. Escoja, el que sea buen castellano, lo que mejor le estuviere".

El viejo sexagenario pasó la raya: sólo trece le siguieron: los famosos Trece de la Isla del Gallo, y con ellos emprendió la hazaña de la conquista del Imperio de los Incas. Y esto, que parece ser leyenda, fué historia. Y fué historia legendaria también el hecho de que un día, por todos los caminos que partían de Cajamarca hacia todos los puntos de la Rosa de los Vientos, llegaron millares de llamas y decenas de millares de indígenas, cargados con todos los tesoros del Imperio, que debían servir para pagar a los conquistadores el precio del rescate del Inca.

Como testimonio macizo de que aquello fué historia y no leyenda, estaba allí —está todavía— el pétreo salón donde el Inca Atahualpa estuvo prisionero; allí donde, empujándose, extendiendo el brazo sobre su cabeza, trazó la otra raya: la que marcaba el nivel hasta donde el vasto recinto se llenaría una vez de oro y dos veces de plata, a condición de obtener su libertad.

Y parecía, en aquel entonces, como si los hombres y las mujeres se moviesen dentro de una lentitud y un orgullo señoriales, que trataba de hacer rebrotar en la pequeña y retrasada ciudad, la flor encantada del medioevo español. Era como si la existencia de esa sociedad pobre, hundida en el quietismo, enferma de parálisis, jactabunda de su prosapia, se meciese lentamente entre aquellas dos rayas de grandeza: la Raya de Atahualpa y la Raya de Pizarro.

Pero había etapas de agitación y de alboroto que pasaban con fugacidad. Era cuando llovía y llegaba el río, pleno de agua turbia, de banda a banda; la ocasión en que, al arribo de algún regimiento, se desarrollaban alardes militares, o en las etapas en que las contiendas electorales encendían la beligerancia entre los ciudadanos y las familias, esto es cuando advenía lo que se denominaba "tiempos de elecciones".

Una de estas etapas vivía mi ciudad tranquila en los primeros meses del año 1904: las dos fuerzas políticas mayores del país, en aquel entonces, se enfrentaban en el fragor de zarabandistas algazaras populares. Y los hombres, precedidos por una nutrida y jubilosa vanguardia de chiquillos, salían en manifestaciones de homenaje a sus candidatos. Las piedras de las calles eran golpeadas, en forma resonante, por los gruesos zapatos o por las sandalias de cuero vacuno sin curtir, o acariciadas silenciosamente por los pies descalzos de piel elefantiaca de los manifestantes que recorrían la ciudad gritando y disparando tiros:

—¡Viva Piérola... conejo!... ¡Viva...!
—¡Vivan los demócratas...!

Y las manifestaciones se desarrollaban arrastrando siempre una cauda de jinetes, caballeros sobre míseros jamelgos; jamelgos de talla mezquina y de huesos tan salientes que no parecían ser los descendientes de los famosos caballos de los conquistadores, que llevaban en la sangre las herencias de Babieca y Rocinante.

Los chicos de los otros barrios, siempre temerosos de aventurarse en las calles del que no era el suyo, aprovechaban la ocasión incursionando impávidos en el barrio suyo y en el otro; marchaban a la vanguardia de los manifestantes, repiqueando con alharaquenta unisonancia los guijarros que portaban, uno en cada mano.

—¡Viva Pardo... ¡Viva el Civilismo...! ¡Abajo el pierolismo...!

Eran días febriles, de zafarrancho y zalagarda. Se jugaba el triunfo de uno y otro bando. Los grandes terratenientes estaban con el civilismo, en tanto que la gente del pueblo era pierolista. Y el antagonismo ponía bríos y emoción en los pobladores de todos los tamaños, reavivaba las viejas animosidades y los rencores adormilados entre las familias. El pueblo entero estaba entonces escindido en civilistas y demócratas, en pardistas y pierolistas.

Escampaba el aguacero —que había interrumpido las manifestaciones— y el despeje del cielo permitió la formación de una nueva, mucho más alegre, abigarrada y fraternal, que corría camino hacia el río.

—¡Ya llega el río... ya llega el río! chillaban corriendo las mozueltas y los muchachos, las mujeres cargando sus críos bajo el brazo y los hombres que salían de las chicherías. Y el caudal de las aguas llegaba en efecto, metiendo ruido, repletando el cauce, acallando el vocerío de los que habían acudido a presenciar el espectáculo. La llegada de las aguas del río, después de las grandes lluvias, fué siempre incentivo de movilización popular y acontecimiento digno de ser tomado en cuenta, aún en los días de batalla electoral.

En el patio de la casa, el sol tardecino secaba suavemente y muy despacio, los guijarros del pavimento: unos guijarros redondos y pulidos, semejantes a los huevos de un ave grande. Sacudiendo su paraguas y la capa de su abrigo mac-farlan, llegaba —como contando sus pasos— alto, austero y apacible el Coronel. Sus bigotes rubios traían gotas de agua, lo mismo que los cristales azulencos de sus anteojos; sonreía al ver la conmoción que su llegada causaba entre la parvada infantil constituida por una veintena de pequeños: hijos, sobrinos y nietos. Rodeado por todos, ora tirando de las orejas a uno, de los cabellos a otro, el Coronel se encaminó a la biblioteca donde vino el reparto de caramelos, galletas y cromos de banderas, toreros y personajes,

que eran obsequiados como propaganda dentro de los paquetes de cigarrillos.

Sentado en su gran sillón, el Coronel se cambió los zapatos; desbandó a los más pequeños, no sin antes hacerles unas cuantas y desesperantes cosquillas, dejándolos sólo después que hubieron lanzado algunas palabrotas, lo que le divertía como ninguna otra cosa. Al final sólo quedamos los mayores de seis o siete años, en la estancia que olía a papel, a engrudo, a cuero y a cartón mojado. Y cada uno trató de participar en el trabajo de encuadernación de los libros, tarea que el Coronel ejecutaba con excepcional pericia, dejándonos asombrados. Ordenaba tipos de metal en una pequeña prensa que calentada, grababa los nombres de los autores y los títulos de las obras sobre el lomo de los volúmenes, a través de un papel dorado.

—¿Esto es una imprenta... verdad?

—Es muy pequeña, pero es imprenta... imprime...!

—¿Y qué dice allí... qué dice...?

—“Así Hablaba Zaratustra... Federico Nietzsche...”.

Las últimas palabras fueron recibidas con un salto general, que le hizo estallar en una carcajada. Los manifestantes volvían a lanzar descargas, disparando sus revólveres, esta vez a poca distancia del balcón. Nos serenó la risa del Coronel y el clamoreo que llegaba de la calle.

—¡Viva Piérola... Viva don Nicolás...!

—¡Por Cocharcas otra vez... Por Cocharcas... otra vez!

Salimos al balcón en tropel, para verles pasar; eran numerosos y los acaudillaba mi padre; un muchacho que iba junto a él, llevaba una gran bandera; detrás venían los hombres que clamaban:

—¡Viva el Califa...! ¡Viva Piérola...!

Lanzaron entusiastas vivas al Coronel, a Cocharcas, a Cieneguilla, a los montoneros del 95 y se fueron rumbo a la Plaza de Armas.

Aquel espectáculo nos dejó absortos y llenos de curiosidad. Silencioso y sonriente, con la mano derecha hundida entre sus barbas blancas, había entrado el abuelo. Alto, con su abundante y larga cabellera blanquísima, con sus barbas fluviales amarillicidas por el humo del tabaco silvestre con que él mismo fabricaba sus cigarrillos, el viejo avanzó con los ojos abiertos y claros, como si efectivamente estuviese viendo, y fué, sin tanteo, a sentarse en el ancho sillón que él llamaba “el Buen Quijarudo” donde habituaba reposar.

—¿Qué tal papá —preguntó el Coronel— ha escuchado Ud. los gritos?... allí va su hijo encabezando la manifestación.

—¡Claro —dijo el viejo dirigiendo sus ojos vidriosos, azules y sin vista hacia un punto situado mucho más arriba del umbral

de la puerta— él dirige a los manifestantes, mientras tú les haces decir palabrotas a los muchachos. Y es que aquí quedan ya muy poco demócratas de verdad; por eso, nada más, van a ganar los civilistas. Porque, esta vez, acuérdate lo que te digo, la va a ganar don José Pardo... el único pierolista que hay aquí es mi hijo...

Rió el Coronel expresando:

—Pero usted habla, papá, como si no tuviese sino un solo hijo.

—Bueno —masculló el abuelo— tú puedes ser bien su padre; le llevas veinticinco años al muchacho.

—Pero, eso no tiene nada qué hacer...

—¿Cómo no tiene nada qué hacer...? —y el abuelo se solivió en actitud retadora— él es más muchacho que tú y es el más valiente; él se juega entero, es el que sabe dar la cara... ¿Tú... qué...? ¡Ah... que yo estuve en San Pablo, que yo estuve en Cieneguilla, que yo estuve en Cocharcas, que entramos combatiendo hasta la Plazuela de San Agustín! ¡Y qué...! Eso fué antes; la cuestión es ahora.

Llegó el Juez doctor Pérez Velázquez, gran amigo de la casa y cuya opinión era siempre muy tomada en consideración. Después de los saludos, bromeando y alegre, exclamó el juez:

—¡Aquí huelo la pólvora de la batalla de afuera!

—Sí... en esta casa —manifestó el Coronel— siempre estamos disputando para saber quién es el más valiente montonero. mejor pierolista, quién es el más valiente montonero.

La biznieta del abuelo interrumpió lanzando la pregunta que nos torturaba a todos hacía rato:

—¿Qué es Piérola... qué es don Nicolás... quién es Pardo... cómo es califa...? ¿ah...?

—Adiós, adiós... —profirió el juez— ahora sí que tenemos problema: explicar a esta tribu de analfabetos toda la historia contemporánea.

En la puerta de la biblioteca surgió retaca y morena la figura de Rosarito, la sirvienta que gozaba de los mejores privilegios del sistema patriarcal de la casa.

—Dice mi señorita que pasen a merendar...

Alguien quiso objetar pero la muchacha insistió imperativa:

—Dice mi señorita que los platos están servidos y que se enfrían.

Salimos de la biblioteca presididos por el abuelo en momentos que llegaban de la calle mi padre, tío Joaquín, Vicente, el Raico y una media docena más de los que habían capitaneado la manifestación demócrata.

—Que les arreglen una mesa —gritó desde el interior tía Adela.

Subió mi padre, soportando estóicamente la reprimenda que mi madre había salido a darle en voz baja, sin que lo que ella le decía alterase su buen humor.

Nos abrazó, nos besó, me levantó en los brazos.

—¡Viva Piérola...! disparó.

—¡Viva Piérola...! respondimos todos los niños.

La biznieta del abuelo volvió a lloriquear y terminando en un puchero reiteró con acento bitongo:

—¿Qué es Piérola...? ¡Papá Bishayo...!

El Coronel la tomó en brazos, la llevó a la sala y mostrándole en la penumbra un retrato de grandes dimensiones pendiente del muro, colocado en el centro del panel, satisfizo a la chica:

—¡Aquí está... éste es Piérola...!

—¡No... no...! —negó lloriqueando de nuevo— me engañan; ese es mi papá viejo... cuando veía.

Reímos todos, ya que sabíamos de memoria que aquel gran retrato, con marco dorado y ornado por fajas de terciopelo blancas y rojas, era el de don Nicolás de Piérola. Tenía una cariñosa dedicatoria, escrita de puño y letra del Califa, que el Coronel hacía leer siempre con manifiesto orgullo.

Nos sentamos a la mesa y la conversación prosiguió sobre el mismo tema.

—Ha sido una gran manifestación —entró diciendo tía Adela— y su éxito se debe a tí, a tu trabajo empeñoso.

Y con la palma de la mano golpeó cariñosa un lado de la ancha espalda de mi padre.

—El es el único verdadero demócrata que queda aquí —reiteró sardónico el abuelo— los otros... pues estuvieron aquí y estuvieron allá; todo en tiempo pasado... dormidos bajo sus laureles.

—Así será —intervino airada mi madre— pero ni el Califa, ni sus montoneros, ni sus manifestaciones van a alimentar a sus hijos, ni les van a dar educación, ni les van a regalar una carrera.

—¡Cada muchacho trae su pan bajo el brazo! —interrumpió mi padre, riendo con el ánimo de quitar importancia a los razonamientos de mi madre, que él ya conocía de memoria.

La discusión iba a encenderse cuando ingresó la pequeña, enfundada ya en una gran camisa, preguntando, agudizando su tono bitongo:

—¿Piérola es el retrato grande del salón...?

—Piérola es la solución de nuestros problemas; es el hombre que necesita el país, —sentenció mi padre— el país tiene necesidad de un cambio y ese cambio es Piérola.

La chiquilla fué retirada del comedor mientras mi madre increpaba en tono agrio:

—El mejor cambio es trabajar por sus hijos, hacer dinero para ellos y no dejarlos en la miseria.

—Soy joven y sano —puntualizó, abonanzando, mi padre— y en todo caso, si el país es próspero y rico, pues ellos encontrarán camino, se lo abrirán con facilidad.

—¿Y tú crees que Piérola...? insinuó el juez, limpiándose la boca con la servilleta.

Mi padre, con el bocado entre las mandíbulas no pudo responder a la insinuación. El Coronel habló, como pensando en voz alta:

—Si ganásemos ahora, el país daría un gran paso adelante, no lo dudes; pero, temo mucho que vamos a perder, vamos a soportar una derrota, quizás definitiva. Esto no es montonera; no estamos en Cocharcas, ni hemos movilizad las fuerzas del 95. Estas son elecciones con Prefectos, Subprefectos, Alcaldes y presidentes de mesa civilistas y mayores contribuyentes civilistas. Quizás los demócratas vamos a ganar en una u otra parte; pero, me parece que Piérola va a ser barrido.

Se hizo un hondo silencio que mi padre rompió:

—Piérola es el más popular; los demócratas somos la mayoría efectiva del país. Si nos roban la elección —amenazó fanfarronamente— habrá que levantar las montoneras como el 95...

—Lo que hay que levantar es un porvenir para los hijos —altercó mi madre— algo para darles un mañana.

—Pero si aquí no se puede trabajar —contendió mi padre, recogiendo las pertinaces alusiones de mi madre— ninguno de estos cochinos latifundistas es capaz de hacerse empresario de algo. Hundidos en la pereza y en la mugre mantienen inmensas extensiones de tierras improductivas; no son capaces de abrir un canal, de construir un camino de traer una máquina. Son cretinos y son mezquinos; incapaces de explotar la tierra como se debe están dedicados a explotar a los miseros e infelices indios. Su única aspiración —añadió con tesitura áspera en la voz— es convertirnos a todos en indios...

—¿Y qué es lo que quieres... qué pides? Interrogó con suavidad el juez.

—¿Quieres que te obsequien una casa? —interrogó mi madre con sarcasmo—. ¿Que te regalen alguna de sus haciendas?

—No se trata de hacer burla de lo que es trágico —proclamó mi padre con gravedad— nadie pide obsequio, ni siquiera servicio. Se pide simplemente que trabajen y dejen trabajar; que hagan producir las tierras que heredaron; que las hagan laborar y que no las tengan año tras año “descansando”; que no asfixien a este pueblo, que no sean como el perro del hortelano que ni come ni deja comer. Que tengan, por los demonios, dos dedos de frente para emplear la rueda y la carreta en vez del lomo del indio. En fin... se les pide muy poco, demasiado poco.

Iba a replicar algo áspero mi madre pero el abuelo intervino:

—Tiene razón; en este pueblo hay unas cuantas docenas de ociosos que recibieron la tierra como “Encomienda” y que no hacen nada con ella. Ni siquiera disfrutaban porque vegetan en el pringor, arrancando miserables piltrafas a los pobres indios. Ni siquiera saben darse buena vida; no entienden de semillas, ni de abonos, ni de animales finos, ni de vacas lecheras. Son infelices incapaces de hacerse ricos, ni de producir; mientras este pobre pueblo nace en el suelo, come en el suelo, pare en el suelo, defeca en el suelo y muere en el suelo... Sí, ¡qué caramba! como una triste bestia carcomida por la mugre, por la sarna y la carroña.

Se calló el viejo y nadie habló una palabra. Sobre la mesa pasó un silencio largo que subrayó su imprecación.

—Allí están —remarcó tía Adela, que se había detenido tras la silla del juez, con una fuente en alto— como el viejo Revuelto, dueño de una hacienda tan grande como la provincia, envuelto en su poncho harapos, oliendo a llama y a orines y pasándose los días limpiando las papas con escobilla.

—Es que el pobre viejo está medio tocado —insinuó el juez como suplicando— es un enfermo.

—Sí, parece que está enfermo —dijo el coronel— pero los otros, los que están sanos, no viven ni se comportan mejor; muchos de ellos se largan a vivir sin hacer nada, sin mejorar lo que tienen, sin producir. Y quienes pagan las consecuencias son las gentes que viven aquí y que no encuentran qué hacer, ni en qué emplear su tiempo, ni en qué trabajar. Yo no sé que es peor en estos latifundistas, si su inepticia o su parasitismo; hay que ver cómo hacen producir a la tierra en la costa.

—Estos —increpó mi padre con acrimonia— los Cacho, el cholo Simón, doña Paula Iturbe, todos, caminan a caballo una semana seguida sin salir de sus propias tierras y en su casa no tienen un mal baño; la suciedad les cocina vivos; la mugre les sale por entre el cuello almidonado, la avaricia les lleva a no comer un plátano por no arrojar la cáscara. Y creo que no se acuerdan por no darse el trabajo de desvestirse. Todo lo que obtienen quieren sacarlo de la piel de los cholos.

—Pero esos no son solamente los civilistas —insinuó con intención el juez— hay pierolistas ardientes, los Puga nada menos, que se jactan de poseer una hacienda que puede ser el territorio de un pequeño estado europeo. ¿Qué producen? Algunas arrobas de hojas de coca para que los indios y también los que no son indios, se imbecilicen más aun. Eso es todo.

Las palabras del juez tuvieron efecto sedativo; la intención con que las cargara había dado en el blanco.

Mi padre bebía un sorbo de café y el abuelo escanciaba su vino.

—Hay que ser buen cristiano —sentenció mi madre— no hay que codiciar los bienes ajenos. A quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga; ellos tienen sus haciendas porque se las ha dado Dios.

—¡Vaya... vaya...! —contendió burlándose, tía Adela— Dios lo envía a uno al mundo hasta sin pelo; mucho menos lo va a enviar con hacienda.

—¡Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo tornaré al seno de la tierra! declamó el abuelo como si rezara.

El abuelo y el Coronel se pusieron de pié y todos les siguieron.

—Así que hemos tenido un día agitado con truenos, relámpagos, granizo, balazos y hasta heridos —dijo el juez, descargando palmadas cariñosas sobre el hombro de mi padre.

—¿A quién han herido? —preguntó el abuelo.

—Dicen que al hijo de la "Jarra de Oro", la bala le atravesó una canilla. Hay otros contusos; golpes de palo y de puño. Yo los he visto, nada grave —expuso mi padre con displicencia— nada de cuidado.

—Paños de árnica y unas frotaciones de trementina... — recetó riendo el Coronel.

Avanzamos a la sala oscura, atiborrada de muebles antiguos, con su gruesa alfombra tejida por los indígenas y emanando un olor denso a tiempo. La rancidez flotaba en el aire y parecía salir de las flores de los paineles del empapelado, desprenderse de las cortinas, escaparse de los caires de las arañas de cristal o fluir de las fundas de los sofás que evocaban la idea de sudarios. Aquella noche, la sala se abría en homenaje a la presencia del juez.

—¿Y mañana no se podrá ir a misa de cuatro —sugirió con aspereza mi madre— a causa de estos niños pierolistas...?

—¿Y por qué va usted a las cuatro de la mañana y no va a las ocho? —indagó acentuando la intención, el coronel.

—Comete la iniquidad —añadió con animosidad tía Adela— de hacer salir de la cama a los niños a esa hora y de llevarlos a la iglesia obligándoles a hincarse durante toda la misa sobre los ladrillos húmedos y helados de la iglesia. Un día de estos los va a traer con una pulmonía.

Mi madre se había irritado; estaba visiblemente colérica.

—Usted señorita —increpó a su cuñada— no comprende estas cosas. Al Señor le agrada que lleguemos a El por medio de la mortificación. Asistir a misa de cuatro es imponerse una mortificación que resulta agradable a Dios.

—Pero, los niños... —sugirió el abuelo.

—La mortificación, señor, es mucho más agradable al cielo —replicó mi madre, como si repitiese algo grabado indeleblemente en su cerebro— si ella es realizada por inocentes.

—Me parece que ese mismo pensamiento o algo muy semejante fué el que tuvo Herodes —sugirió el juez riendo y provocando una risa general, que encolerizó más aún a mi madre.

—La prueba de que esta mortificación es grata al Señor —controvirtió sin referirse a nadie— es que mis niños son los más sanos de todos; mientras todos los demás se resfrían y enferman, los míos están sanitos. Y eso es obra del Señor.

Y diciendo ésto golpeó tres veces la cubierta de madera con los nudillos de sus dedos.

—Esa es la buena herencia —exclamó gozosamente el abuelo— es la buena madera de los que llegamos enteros a los noventa...

Dulcificando el tono y como queriendo hacer olvidar su cáustica alusión a Herodes, el Juez insinuó a mi madre:

—Mañana puede ir con los niños a misa después de las ocho, hasta les servirá de distracción que les haga Ud. oír la misa cantada de nueve. Tocaré el órgano el padre Arcelai y el coro cantará una misa de Juan Sebastián Bach. Además, a esas horas, pierolistas y civilistas estarán durmiendo.

Irguiéndose en todo lo diminuta que era, mi madre se levantó expresando con seca cortesía.

—¡Con permiso...! —y dirigiéndose a nosotros— Niños, ya está bien; hemos tenido hasta política hoy; vamos a la cama.

Afuera en los corredores de la casa, en medio del crepúsculo, la bandada de primos, sobrinos, chicos del barrio y pequeños sirvientes, enarbolaban una escoba con fruitivo alborozo y repetían la voz de la calle:

—¡Viva Piérola...! ¡Por Cocharcas, otra vez...! ¡Por Cocharcas, otra vez...! ¡Arriba los montoneros...!

—Todo ha sido así y seguirá igual —murmuraba el abuelo, con la mirada en tiniebla de sus ojos apagados puesta en la lejanía— este país es demasiado duro, excesivamente difícil, tiene la riqueza enterrada en una entraña de piedra.

—El país necesita un cambio y ese cambio es Piérola —reiteraba tozudamente mi padre.

—Esta bien, los muchachos quieren cambiarlo todo —sentenció lenta y suavemente el abuelo, mientras el Coronel sonreía limpiando los cristales de sus anteojos con el pañuelo— y lo que vale en los muchachos como tú es la fe. Sí, hijo, la fe.

—Y la fe mueve las montañas, —recitó el juez— y lo que piden los milagros es fe y juventud. El tiene las dos cosas.

Mi madre nos había organizado y nos condujo al dormitorio. A través de la ventana entraba la fiesta luminosa del poniente. De rodillas ante las imágenes repetía, sin pensar en las palabras que pronunciaba, los padrenuestros, las avemarías, las jaculatorias. Mi alma estaba ebria de aquel maravilloso crepúsculo que imaginaba una montonera comandada por el Califa en persona. Me encantaba, hasta la voluptuosidad física, la palabra Califa y aquel crepúsculo encelajado y moribundo.

MISA EN SI MENOR

MI PADRE Y MI MADRE me querían entrañablemente, cada uno a su manera y según su temperamento y cada uno para finalidades distintas. Siempre sentí sobre mi vida el orgullo frutivo que mi padre y mi madre pusieron en mí. Escuchaba decir a mi padre que haría una gran fortuna y que me enviaría a un colegio en Europa; mi madre por su parte, sin osar proclamarlo ante mi padre ni ante la familia, soñaba que yo fuese un fraile franciscano y laboraba con tenacidad y paciencia por introducirme esta idea en la cabeza y hacérmela grata al espíritu. Jamás fui a una escuela primaria y mi madre fué mi primer maestro, por decisión irrevocable y pertinaz que mi padre no pudo, ni supo contrarrestar. Siendo niño, no tuve otros amigos que mis numerosos primos y sobrinos de mi edad. Mis recuerdos primeros son los de las Parábolas del Nuevo Testamento aprendidas de memoria con sorprendente fidelidad. Asombraba a todos, recitando con admirable precisión "El Rico Avariento" y "El Publicano y el Fariseo", el "Deudor de los Diez Denarios", el "Hijo Pródigo" y el diálogo entre Jesús y la Samaritana a la orilla del Pozo de Jacob. Me solazaba en el perdón de los pecados de la adúltera y en la batalla contra los mercaderes del templo. Y, emocionado hasta las lágrimas, repetía las frases del Sermón de la Montaña. Tras los Cuatro Evangelios, mi madre me hizo ingresar en ese laberinto cargado de sensualidad, de sugerencias oscuras y de pasiones tempestuosas que es el Antiguo Testamento. Y conocí a Jehová, siempre irritado y enviando a sus profetas, unos tras otros, a proferir amenazas contra el pueblo elegido y a ser apedreados.

Mi padre no estaba de acuerdo con esta orientación unilateralmente religiosa que mi madre imponía a mis lecturas. Él traía libros laicos que se empeñaba en que yo leyera: los Episodios Nacionales de la Guerra del Pacífico; la Historia de la Conquista del Perú que culminaba con la ejecución del Inca en Cajamarca; un Libro de Geografía donde se afirmaba que la Tierra es redonda y que ella giraba alrededor del Sol; decía también

el libro que por haber afirmado estas verdades, la Iglesia había quemado a Giordano Bruno y había forzado a una retractación humillante a Galileo.

—¿Cómo es posible que se le hagan saber esas cosas al niño? —imploraba mi madre, amenazando, al mismo tiempo, con la incineración de se libro hereje.

—Los niños deben saberlo todo y mientras más pronto mejor.

—Pero, con eso lo único que se hace es crearle un conflicto;

el pobrecito no sabrá qué pensar, volvía a implorar mi madre.

—Vivir es ya haberse metido en un conflicto —replicaba con calma pero con firmeza mi padre— y lo que hay que enseñarle al niño es a no temer los conflictos y a resolverlos con corajón sereno.

No obstante que mi madre era impermeable a toda disuasión relativa a su deseo de eclesiastizarme y de alejarme de todo lo profano, por un anhelo inequívoco de ostentación y con sigiloso propósito de convertirse en el centro de los comentarios familiares, me torturaba largas horas obligándome a aprender de memoria, sin que faltase una palabra, los discursos de don Nicolás Piérola, que luego repetía en el salón del Coronel, ante una entusiasmada concurrencia de fervorosos demócratas quienes después de Dios, creían en la santidad milagrosa y en el talento genial del Califa.

Hubo escasa fantasía en mi infancia, o quizás sea mejor decir que ella tuvo esencia y aparecer místicos; fué ascética, teológica, poblada por trascendencias que se movían en catacumbas y tebaidas.

Mis padres tenían sentidos antagónicos de la vida, no obstante que se querían y se llevaban muy bien.

—El único camino de felicidad es el que pasa por el Huerto de los Olivos —sentenciaba mi madre, con menuda constancia de breviario— porque la verdadera felicidad no consiste en ganar el mundo, sino en salvar su alma y salvarla es sacrificarse.

—La felicidad —alegaba mi padre— consiste en vivir en paz consigo mismo, en no traicionar su propia conciencia.

En las controversias domésticas ganaba siempre mi madre ante mí, por la carga de emoción y de pasión que ponía en todo. Mi padre, perdía porque se burlaba, no daba importancia a lo que la tenía para mí.

Complicó mucho mi infancia la dificultad para definir el pecado. Lo que se agravó desde el día en que fuí castigado por lo que llamé más tarde el pecado del circo. Mi padre me llevó al circo trashumante una buena noche: acróbatas que me juntaban todos los nervios como un ovillo en la boca del estómago, animales que sólo había visto dibujados, payasos impúdicos que decían y hacían bigardías.

Al regreso fuí sancionado, como avance a cuenta del castigo que me aguardaba en el Purgatorio y quizás si en el Infierno. A la mañana siguiente debí rezar credos y el Yo pecador... con aquello de "mi grandísima culpa"... Desde entonces, los circos han tenido para mí la tentadora voluptuosidad del pecado y la angustiada alegría de lo pecaminoso. Los payasos quedaron sellados por la marca de Mephisto. Y, por último, a todo esto heube de asociar la penitencia que mi madre me impuso y que consistió en aprender de memoria el soneto de Santa Teresa de Jesús: "No me mueve mi Dios para quererte, el cielo que me tienes prometido..."

Una mañana soleada, transida por el fetichismo de aquella diafanidad tersa, en la que todo se mostraba inmóvil, con todas las potencias del espíritu bañadas en una maravillada sinfonía de color que llegaba de las colinas cercanas y de los sembradíos de las lomas circundantes, fuí conducido, con una cinta blanca en el brazo y un largo cirio en la mano, a la iglesia de San Francisco, para hacer la primera comunión y al mismo tiempo para asistir por primera vez a escuchar una misa cantada. Ambos acontecimientos se fundieron en un recuerdo inolvidable. El altar mayor estaba engalanado y en los candelabros ardían docenas de gruesos cirios; el retablo estaba asimismo plétorico de velas que ardían con sus llamas inmóviles, como si fuesen plegarias llenas de angustia, transfundidas de un pesar inacabable: tal era su elevación en punta y su inmovilidad hierática.

Hundido en el arrobamiento místico de la comunión, ví salir a los frailes revestidos con albas almidonadas y anchurosas, con casullas refulgentes en gualda y rojo, con manipulos que coruscaban bajo las luces como si sus lentejuelas fuesen piedras preciosas, con dalmáticas amplias que parecían encendidas en la gloria misma del Paraíso. Una rueda empotrada en el muro giraba haciendo sonar decenas de campanillas, mientras el órgano lanzaba por sus flautas una melodía angélica. El fraile joven, con enorme tonsura y cerquillo circular en torno de la cabeza, llevaba en sus manos la cruz alta, adornada con una especie de faldellín ampuloso y bordado de oro y plata; a los lados de la cruz, dos frailes, casi niños, llevaban dos largos ciriales de plata maciza con sus gruesos cirios encendidos y llameantes. Y, en el medio, precediendo a los tres sacerdotes que marchaban revestidos con amplias capas de coro, con bordados y adornos que aprisionaban la luz de los cirios, marchaba el fraile alto, ceñeño, de rostro afilado y pálido, que manejaba el incensario con una maestría que me parecía muy superior a la que exhibieran los acróbatas en el circo.

El órgano inició la Misa en Sí Menor de Juan Sebastián Bach, lo que llegué a saber sólo muchos años más tarde. Las voces de

los frailes se alzaron bajo la nave de piedra y estalló, plena y gloriosa, la liturgia creada para hacer entrever al creyente las puertas de la Jerusalem Celestial; en estas misas cantadas el fervor místico se asienta sobre el fundamento basilar de las sensaciones. La visión teatral del grandioso espectáculo; los sacerdotes revestidos, los diáconos al lado de la Epístola con sus ornamentos sagrados; el fascistol que parecía hecho de un encaje de madera; los movimientos lentos y amplios de los oficiantes; el decorado austero bajo los arcos de piedra con la luz tenue filtrada a través de los vitrales; el tabernáculo, la custodia, la exposición del Santísimo Sacramento. Todo esto se fundía armoniosamente en la música de Bach, con el humo del incienso, de la vainilla y de las yerbas aromáticas que se quemaban en los pebeteros de plata labrada. Aquella misa cantada tenía, sin duda, un embrujo que atraía, que seducía, que invitaba al sacrificio y a la entrega, que convocaba a hacerse fraile de San Francisco. Y mi madre gozaba infinitamente asistiendo a esta sutil y encantadora captación.

CUATRO NIÑOS Y UNA SOLA MISERIA

EN LA LUCHA electoral habían ganado los Civilistas, derrotando a los Demócratas. Y, de esta episódica contingencia se derivaron acontecimientos trascendentales para la existencia y el destino familiares. Empecé a comprender que algo se había derrumbado o se estaba derrumbando en nuestro hogar. Mi padre, de habituación bondadoso, alegre, plétórico de buen humor, se tornó huraño y callado; muchas veces cuando llegaba a casa y nos besaba, le veía los ojos llenos de lágrimas y, en la mesa, donde fué siempre un incansable conversador, comía sin decir una palabra.

Mi madre enfervorizaba sus devociones; nos hacía levantar más de madrugada, de seguro para que la mortificación fuese más grata a los ojos del Señor, nos conducía a las misas de San Francisco y lloraba mientras rezaba sus plegarias.

Un día nos dieron la noticia de que mudábamos de domicilio; iríamos a ocupar solo un par de habitaciones en la casa en construcción que tenía el Coronel. Ya no se podían pagar arriendos y se iniciaba el remate a vil precio de los objetos de plata que mi madre estibaba tanto, de su capa de pieles y de la gran cama de metal de dos plazas, con su alta y labrada corona de bronce, que había presidido nuestros nacimientos y nuestra primera infancia.

La situación era clara y era dura: habían perdido los demócratas; los pierolistas eran perseguidos como conspiradores y montoneros y el nuevo régimen les negaba la sal y el agua. Mi padre debía renunciar para siempre a su aspiración de ser incorporado al Ejército con el grado de Sargento Mayor que había conquistado en la acción de las montoneras del 95 y ulteriormente.

En la nueva casa, en un rincón del gran patio donde se acumulaban los materiales de la construcción, mi padre instaló un alero bajo el cual ubicó el banco de cerrajero, mecánico y tornero. Desde allí empezó a hacer frente a la derrota de los demócratas y al porvenir con su perspectiva de boca de lobo.

La ciudad con su vida cataléptica no daba ni trabajo ni pan a quien debía vivir de su labor. La tierra de aquella comarca era fértil pero el sistema era estéril; era una tierra encrespada, hirsuta en su aislamiento, sin caminos, sin amarras con el mundo cuyo movimiento pasaba de largo por el mar y por la costa. Tierra encantada y maravillosa, madre de un ambiente de pesadumbre que aplastaba al hombre, que se adhería a él como una mortaja de cuero mojado contriéndole los músculos, la piel, los huesos, hasta volverlo polvo y lodo de polvo...

El milagro gayo y reverberante de la naturaleza acentuaba con áspera rudeza el contraste con la miseria, el abatimiento, la opacidad de las gentes. Era una naturaleza brillante dentro de la cual se movían seres opacos; era un mundo alegre en el que chapoteaban individuos desaristados y tristes.

—Aquí es imposible hacer nada —rezongaba más y más a menudo mi padre— aquí no hay otro porvenir que el de amanecer un día con musgo en la cabeza y con yerbas sobre la barriga.

Y se paseaba a lo largo de la habitación, haciendo resonar los tacones sobre el enladrillado y deteniéndose de tiempo en tiempo frente al muro revocado de cal, con el rostro contraído, con los músculos en tensión, como si un agudo dolor íntimo le estuviese castigando por dentro.

Más adelante, un nuevo tema se fué apoderando de las conversaciones en la mesa, o por la noche, cuando imaginaban que los niños dormíamos. A veces, no comprendía bien todo lo que hablaban pero captaba intensamente la infinita amargura que estaba cayendo sobre ellos como un incesante y copioso aguacero.

—¡Cuatro niños y una sola miseria...! —decía él.

—El Señor no ha de abandonarnos, porque El no abandona nunca a sus criaturas —replicaba ella, mientras mi padre recibía la frase con una especie de bufido, en el que podía estar disfrazada una burla o una blasfemia.

—No... no puede ser, no pueden hundirse —exclamaba él con desesperación.

—Los lirios del campo no tejen y los pájaros del cielo no siembran —repetía mi madre como en un rezo— hay que confiar en la Providencia.

—Por desgracia, los niños no son ni lirios, ni pájaros. Hay que pensar que “A Dios rogando y con el mazo dando”.

—Eso sí... es claro —auspiciaba presurosa mi madre— ¡Ayúdate que el Señor te ayudará...!

Y así, en cada anochecer me ganaba la curiosidad y el espanto de escuchar lo que hablaban, de sentir su angustia, de dejarme agarrotar por su pesadumbre, de sorber su mismo miedo

frente al porvenir, de hacerme estrujar por el mismo terror a la miseria que les estaba acorralando a ellos.

En el día, delante de nosotros, las conversaciones no eran muy alegres, pero estaban podadas de amargura, mondadas de toda especie de terror o de desesperación.

A las narraciones sobre la montonera y la entrada en Cochacas, a la celebración de los combates heroicos y de las entradas triunfales, sucedieron las conversaciones de sobremesa sobre el sueño mágico de “El Dorado”, sobre las riquezas fabulosas de “El Canelo”. El hogar se pobló de visiones maravilladas. En la selva amazónica no sólo había infieles a quienes ganar a la fe de Cristo, sino también leyendas que eran historia e historia que era leyenda: caucho, maderas preciosas, lavaderos de oro, más caucho, yerbas milagrosas, bosques sin linderos y ríos que se juntaban en creciente hermanazgo, para formar el río más grande del mundo y más caucho, un alud de caucho que salía por los ríos de la selva hacia las factorías de Europa y de los Estados Unidos.

El poblazo placible y abúlico, se vió invadido por la fiebre embrujadora y envolvente de la selva: el hálito caliente de la manigua llegó hasta la ciudad serraniega; la visión encantada de la riqueza fabulosa la seducía, la obsesionaba, la hacía soñar. Cada tarde llegaba una noticia más fantástica que la anterior: el hijo de la Chabelita, aquella lavandera renga que se dolía sin pena ya, pero sin fatiga, de la muerte de su marido, había regresado al pueblo rico, después de tres años de trabajo como cauchero en el Napo. Don Sergio, que había partido sin un céntimo cuatro años atrás, regresaba del Putumayo a comprar una farmacia y a establecer un comercio floreciente. Y, entre todos, Napoleón Gil se había hecho millonario con el caucho, con el añil, con los sombreros de paja tejidos a mano, en especial aquellos que eran tejidos dentro del agua, para que no se quebrase la paja y a la luz de la luna, para que no la amarilliciese el reverbero del sol.

A toda esta leyenda sugestiva y seductora, se venía a unir la razón patriótica: toda la selva estaba en disputa; en cada río había que arrebatar los girones del territorio que pretendían absorber, había que disputar el patrimonio nacional, mejor dicho, formarlos, no palmo a palmo sino kilómetro a kilómetro.

Y mi padre fué poseído y arrebatao por la fiebre del caucho, por el sortilegio de la selva: y el Amazonas, el Purús y el Acre, como un abismo, le llamaron, le obsesionaron y le atraerón.

Una mañana, en el desayuno, dijo seria y bruscamente:

—Me voy a la selva...

—¡Jesús, María y José...! —exclamó mi madre—. ¿Y qué va a ser de nosotros...?

—El porvenir no se encuentra en medio de la acequia —ratificó él, sonriendo con tristeza— hay que salir a buscarlo y buscarlo, no donde uno quiere, sino donde esté... ¡Hay que salir a buscarlo —añadió suspirando— hay que salir!

Mi madre lloró, nos juntó a los cuatro bajo sus brazos, como hacen las gallinas con sus pollos, y clamó entre sollozos que nos quedaríamos sin padre, lo que nos hizo llorar a los tres: las dos pequeñas no podían darse cuenta de nada. Avancé hacia mi padre, le abracé las piernas y supliqué:

—¡No te vayas, quédate con tus hijitos... ¿Cómo vamos a quedarnos solos...?

Es la primera de las dos veces en que le ví llorar; humedeció mi cabeza con sus lágrimas, me besó tiernamente y, después de secarse los ojos, marchó a la calle para no regresar durante todo el día.

La idea de su partida fué penetrando lenta pero intensamente en nuestra vida; se incorporó a todos los pensamientos y actividades del hogar y se asentó entre nosotros, como lo inexorable. En los primeros días llorábamos a cada rato; después nos habíamos resignado ya y comenzamos a preparar la partida. El estaba cada día más resuelto; se marcharía al Amazonas, al Putumayo, al Purús, al Acre. Se haría cauchero; amasaría una fortuna.

Eran los días dorados del auge del caucho silvestre en la hoya amazónica, cuando el automóvil invadía las calles de las metrópolis y los caminos del mundo, en la primera década del siglo. Cada planta de caucho obsequiada por la Naturaleza en el desierto verde, era un puñado de libras de oro que el más osado podía empuñar.

—Soy fuerte y sano —faranduleaba abotargado de suficiencia— estoy pisando los treinta años; tengo salud de potro... me compraré una canoa...

—Pero ¿con qué la vas a comprar...? —sollozaba suplicante mi madre, como tratando de volverlo a la realidad.

—A última hora la haré con mis manos —se erguía mi padre hundiéndose más en su gran sueño— sí, claro que la haré yo mismo, con estas manos. ¿Qué me falta? —preguntaba— ¿No la fabricaron acaso Francisco Orellana y un puñado de audaces? Y esto hace trescientos años... ¿Por qué no se ha de hacer lo mismo ahora...? ¿Qué me falta a mí que el Traidor Orellana no tuviese?

—¡Padre! —interrogué— ¿Quién fué el Traidor Orellana?

—¡Ah hijo...! ¡Fué uno de esos españoles que se las traía! Un tío más valiente y más hombre que ya quisieramos tenerlos.

La leyenda hablaba de los Reinos de "Eldorado" y de "El Canelo" y los españoles se lanzaron allá en su busca. Salieron de Quito y entraron en la selva virgen; aquello fué horrendo. A las orillas del río Napo, en plena selva, construyeron una embarcación de madera y en ella se embarcaron Don Francisco Orellana y sus hombres.

—¡Qué fantástico...! —dije.

—¿Fantástico eh?... ¿Parece un cuento, no? —preguntó entusiasmado como si él fuese uno de los que estuvo embarcado en aquel barquito— Orellana dejó que le arrastrase la corriente del Napo y así llegó al Río Amazonas. El bravo español, capitán de aquella minúscula y grandiosa expedición, se lanzó hacia la corriente del río más grande del mundo y se dejó llevar hasta el Océano Atlántico...

—¿En aquél barquito tan chiquito...?

—Sí, en ese, en ese barco que era un cascarón descubrió la corriente de agua más grande de la tierra.

—¿Y después...?

—Y de allí mismo se fué a España, a dar cuenta de su descubrimiento. Y sus compañeros, los que habían quedado esperando a las orillas del río Napo, muy arriba, le llamaron el "Traidor Orellana", una especie de cuervo del Diluvio.

—¡Ah... yo sé... yo sé... se fué y no volvió...!

—Eso es; y sus compañeros le acusaron de haberles traicionado, de haberse marchado en aquella barca con la misión de buscar víveres y de no haber regresado trayéndolos.

—Padre —interrogué— ¿y tú harás como Orellana? ¿Te irás hasta el Océano Atlántico...?

—No, no tendré ya para que ir hasta el Atlántico; la fortuna no está allá; está en los ríos; en el Putumayo, en el Acre, en el Purús, en toda la selva cubierta de cauchales. ¡Caucho... —repetía— caucho, más caucho...!

Y se paseaba nervioso hablando y hablando, como si pensase en voz alta, como si, más que persuadirnos a nosotros, quisiese convencerse él de que tenía dentro el suficiente valor para acometer la empresa. Hablaba como aquellos niños que silban en la oscuridad para apaciguar su miedo.

—Acaso yo, con todo lo que sé hacer —continuaba en tono exclamatorio— ¿no voy a ser capaz de hacer lo que tres siglos atrás hicieron Lope de Aguirre, el rebelde, el Príncipe de Eldorado y todos aquellos españoles que fueron a parar a Venezuela...? ¡No... no; lo que hace uno lo puede hacer otro... por último, la selva no se come a la gente; lo que devora es la quietud de este pueblo donde no se puede hacer nada. Aquí no es posible ganarse la vida, menos todavía hacer porvenir para los hijos.

Y se callaba, hundía el mentón en el pecho, cruzaba los brazos y hundido ya en un par de botas enormes, seguramente soñaba. Soñaba con la gran aventura que la selva ofrece en cada bosque, con la rica posibilidad que estaba aguardando en el recodo de cada río, con el puñado de libras de oro que guardaba en codo de cada árbol de caucho. Y se ratificaba en él la decisión su tronco cada árbol de caucho. Y se ratificaba en él la decisión que estaba consumiendo la pobreza; se paseaba de un lado a otro sobre el enladrillado de la habitación durante horas seguidas, sin cansarse; yo le miraba fijamente por lapsos larguísimo; él me sonreía dulcemente y, a veces, ocultaba sus ojos de mí. Aquel hombre grandote, con unos puños tan grandes como mi cabeza, con espaldas de gigante, me alborotaba el cabello, me zamarrea- ba tomándome por los dos hombros y me decía, oprimiéndome contra su pecho:

—¡Tú serás un hombrecito...! ¡Ya lo veo... ya lo veo...!
¡Y velarás por tu madre y por tus hermanitos...!

Yo sentía como algo que me estrangulaba, que me retorció el estómago como un trapo mojado... que era como un gran miedo. El comenzaba a mostrar un rostro bañado por esa serenidad que surge después de haber obtenido una gran victoria interior. Esa serenidad, yo la sentía pero no alcanzaba a comprenderla entonces.

Llegó el día que temíamos y sus horas llegaron como las que preceden a la ejecución. Por la noche, mi padre hizo ingresar al patio, atravesando la habitación que nos servía de dormitorio, la mula en la que debía partir. Desde mi cama, por entre las sábanas, contemplé los ojos verdosos, relucientes, del animal un tanto asustado al atravesar la pieza a oscuras. Los cascos herrados sonaron sobre los ladrillos y aquellas pisadas golpeaban sobre mi corazón. Tenía pavor; me hundí entre la ropa de cama y sentí que todo el cuerpo se me humedecía de miedo; sí, era de miedo a que aquel hombre no regresara nunca más.

El viajero creyó que todos dormiríamos y hablaba en voz baja, dando sus últimas instrucciones a mi madre. Dijo de lo inmenso del amor por sus hijos, de su esperanza de hacerse rico, de volver pronto, de educarnos muy bien y de darnos una profesión a cada uno.

No sé cuánto ni cómo dormiría aquella noche. Me desperté sobresaltado y ví sobre mis ojos el rostro cadavérico de mi madre.

—¡Ven —ordenó— despídete de tu padre...!

Y él estaba allí, de pie, calzado con grandes botas, inmenso, blanco como la cal de la pared, con los labios resecos y los ojos enrojecidos y tumescentes. Su chaqueta de cuero olía a piel curtida.

Lo abracé con frenesí; sentí sobre mí su vigoroso abrazo con sus largas y anchas manos sobre mi cuerpo enclenque; sentí sus lágrimas calientes sobre mi cabeza y, como un sacudimiento de la tierra, el tremendo movimiento de su pecho al sollozar. Este abrazo —que fué el último— me dió la medida de toda la adoración que mi padre tenía por mí; lloré desesperadamente y, entre las lágrimas, ví de nuevo los ojos verdes, fascinantes, infernales, de la mula que era sacada a la calle. Y aspiré el fuerte olor del cuero de su chaqueta, que se hizo penetrante.

—¡No te vayas... no te vayas... ¿pero qué va a ser de tus hijitos...? —grité.

—¡Cállate... cállate por Dios...! —dijo besándome y llorando— volveré pronto, ruega a Dios que vuelva pronto.

—¡Jesús, María y José! —dijo mi madre santiguándose. Y puso en mis manos la cruz que había comprado para que yo se la diese a mi padre en el momento de su partida.

El inclinó la cabeza, le coloqué el cabestrillo, del que pendía una pequeña cruz de metal, en torno al cuello y la imagen de Cristo crucificado quedó colgando muy arriba de su pecho. Me besó de nuevo, empapándome en lágrimas, se metió la cruz dentro de la chaqueta y se desprendió de mí. Abrazó, uno a uno, a todos los que habían acudido a despedirle; cuando abrazaba y besaba a mi madre, el reloj de Santa Catalina tocaba las cuatro de la mañana. Me lanzó un beso con la mano, salió a la calle, montó en la mula y los cascos herrados lanzaron una sonancia metálica sobre las piedras del pavimento.

—¡Padre... no te vayas... qué va a ser de mí sin padre...!

La puerta había quedado abierta de par en par, dejando que entrase en la habitación un viento frío y una alborada gris ne-gruzca.

Los que habían venido a despedirlo parlotaban en la calle como en un mercado. Yo aguzaba mi oído captando solo el ruido de los cascos herrados de la mula, hasta que no se oyó más. Sólo percibía el olor típico de la chaqueta de cuero.

Y sentí que comenzaba una vida distinta para mí. ¡Me había quedado sin padre...!

Diminuta, ágil, seco ya el llanto, mi madre despertó a mi hermano, nos vistió con presteza, nos chapuzó en el barreño de agua helada y nos puso en la calle, rumbo a la iglesia de San Francisco.

—¡Vamos a rezar por el caminante...! —expresó con voz ronca. Tomó de la mano a mi hermano menor y me hizo marchar delante. Los ojos verdes y brillantes de la mula estaban delante de mí como una visión demoniaca; al llegar a la iglesia, caí de bruces por una mala pisada; me magullé el codo, las rodillas, la cara y recibí algún pellizco por mi torpeza.

La iglesia estaba solitaria y con muy pocas luces; nos arrojamos y, desde la sacristía salió un fraile viejo, cargado de espaldas, con una casulla morada, llevando en las manos un cáliz y una patena. Celebró la misa en la capilla de la Virgen de los Dolores, en el altar de la Virgen del Perpetuo Socorro, a cuya advocación encargó mi madre la suerte del caminante.

Cuando el sol brillaba radiante, cuando una fiesta de luz caía sobre el valle y sobre la ciudad, volvimos a casa. En la calzada de piedras muy burdas, muy cerca de la puerta, quedaba un montón de estiércol de la mula. Volví a encontrarme con aquellos ojos verdes, enormes, fascinantes, y al ingresar a la habitación de la despedida me sobrecogió la olfacción de la piel curtida.

Y mi vida comenzó su primer día sin padre.

Quedamos solos: mi madre, yo, que era el mayor, y mis tres hermanos menores: José Manuel, Leonor y Ana María. Anita sólo tenía unos meses de nacida. Y ese pequeño grupo de gente acurrucada en la sombra, gimoteando y rezando, me hacía pensar en aquel otro que agonizaba en el barquichuelo, sobre la inmensidad del Amazonas, comandado por el Traidor Orellana.

¡Nunca hubo para mí personaje más fantástico: un héroe de cuento para niños!

Y yo fundía en una sola visión épica a mi padre y a Don Francisco Orellana.

BATALLA CONTRA LA MISERIA

LAS HERMANAS de mi padre nos visitaban un día sí y otro también; nos traían obsequios que, con el transcurso de las semanas, fueron haciéndose más raros y menos importantes, hasta que su presencia en nuestra casa se fué espaciando por crecientes intervalos. Era como si el tiempo trajese consigo el decremento de la compasión por el dolor ajeno. Las relaciones familiares regresaron a su antigua temperia sobre todo cuando empezaron a llegar las cartas del viajero.

Todo marchaba bien para él; estaba ganando dinero en los pueblos del trayecto, donde se detenía para arreglar las armas de fuego malogradas o descompuestas, que en aquellas regiones eran instrumentos tan preciosos como la vida. Como en los poblados que cruzaba no había mecánicos, encontraba muchas armas defectuosas y máquinas de coser que no funcionaban, con cuya reparación aseguraba que obtenía muy buen dinero que invertiría más tarde en la explotación del caucho. Sus cartas respiraban optimismo, esperanza y buena ventura.

Todos se unían en la acordancia de que el viaje había sido un acierto; aseguraban que era un hombre a quien estaba agolletando el pobre ambiente serraniero y vegetante. ¡En tanto que en la selva...!

En nuestro hogar, la pobreza se convertía, lenta, dura y decorosa, en miseria escueta. Los pocos muebles antiguos que se habían salvado de esta quiebra fueron cuantiados y vendidos en sumas míseras. El par de habitaciones de la casa quedaron en exceso grandes para las camas en las que dormíamos y para un menaje demasiado reducido y pobre y que, al final, fué lo único que quedó; todo estuvo rematado de mala manera, cuando recibimos la carta en la que mi padre anunciaba su internación en las selvas del río Purús.

Mi madre asumió con vigorosa decisión directriz el arribo, el criterio y el sentido de lo que fué mi formación infantil. Los Santos Padres invadieron la casa. En la biblioteca del coronel, en el convento de los franciscanos, en un viejo arcón claveteado, que había pertenecido al cura Dositeo Villanueva, mi

madre obtuvo gruesos volúmenes impresos en arcaicos caracteres, con capítulos inaugurados por preciosas letras mayúsculas. Penetré en la lectura yuxtalineal de la Patrística, conocí a Orígenes y a Tertuliano y me hice enemigo de Martín Lutero y de los heresiarcas. Ingresé —sin captar y sin entenderlo todo— en la Ciudad de Dios, del Gran Padre San Agustín, en la Summa de Santo Tomás de Aquino, en el Libro de los Jueces, en los Profetas Mayores y en los Profetas Menores, en el sensualismo del Cantar de los Cantares y en la desencantada tristeza del Eclesiastés.

De los profetas, Isaías ejerció una honda influencia en mi formación; sus imprecaciones airadas contra la injusticia, su grito herido contra el egoísmo, su defensa de la viuda y del huérfano, sus vaticinios sobre lo que vendría de acuerdo con la voluntad encolerizada de Jehová, encontraban simpatía más honda que los lamentos de Jeremías, los clamores de Ezequías o los fervores incandescentes de Eliseo. Sentía vibrar la pasión del profeta cuando exclamaba:

—“Jehová dice: y llegará el día en que sólo los que siembran el grano cosecharán el trigo, sólo los que amasen la harina comerán el pan...”

Mi mente era un hervidero teológico, mi imaginación un torbellino místico, poblado por profetas a quienes arrebatava el fuego del cielo o a quienes lapidaban los mercaderes y fariseos; por mártires que bebían plomo hirviendo o que bajaban a la arena del circo a enfrentar las fieras, o que eran decapitados por los procónsules, caminando luego con la cabeza entre las manos, como Dionisio Aeropagita. Mi mundo era el de los cenobiarcas cuyos incensarios eran encendidos por carbones ardientes que caían del cielo; el de Simeón Stilita viviendo cuarenta años solitario sobre una columna; el de Ignacio de Loyola fundando una falange en la que cada hombre debía obedecer como un cadáver: el de Francisco de Asís, transpasado por las llagas del Cristo. Y en medio de este mundo grandioso, tétrico, austero y tocado de majestad, la figura magnífica de Jesús, arquetipo humano superior, el más alto ejemplo que imitar.

Mi madre amaba al Cristo del Calvario, de la Vía Crucis, del Huerto de Getsemaní; se complacía con verdadero deleite en la Pasión, en las Siete Palabras, en la Noche en Casa de Caifás, en la Presencia ante Poncio Pilatos. Yo amaba sobre todo al Jesús de Betania en casa de Marta y María; al Jesús que se ríe de Pedro cuando este le pide que le salve de morir ahogado; al que se sienta a las orillas de los caminos a decir parábolas maravillosas, al que sube a la Montaña a pronunciar aquella oración conmovedora, el más bello y humano discurso del hombre. Mi Jesús era quizás más pagano que el de mi madre; el de ella era más divino, el mío, más humano.

Y aquí estaba la raíz de las discusiones que manteníamos entre lectura y lectura.

Mientras tanto, la pobreza se descarnaba y se hacía miseria. Por aquellos días aconteció lo que mi madre llamó una demostración palmaria de la bondad de la Divina Providencia. Llegó a la ciudad un regimiento de soldados, cuyo arribo fué recibido por las gentes con dos versiones completamente adversativas. Aseveraban unos que esto era mejor, pues los soldados gastarían algún dinero, lo mismo que los oficiales, y que aquello se traduciría en algún movimiento comercial. Aseguraban otros que lo único que harían estos soldados sería encarcerarlo todo: los huevos, los pollos, la carne y las lechugas. Las discusiones sobre tal tema se hacían interminables en los hogares y en el mercado.

Para nuestro hogar, la llegada del regimiento aportó una posibilidad. La ropa de los soldados era lavada y planchada por cuenta del Gobierno; y un día llegó la coja Nícida, una mujer canija, con el pie equino, parlachina y bondadosa, que amaba el aguardiente con amor vergonzante y que se mostraba condolida de la situación de mi madre. Ofreció la posibilidad de planchar la ropa de los soldados del regimiento; pagarían veinte centavos por docena de piezas.

La habitación se llenó de grandes fardos con uniformes; el corredor fué invadido por sacos de carbón y nuestra vida fué traspasada por el duro trabajo de planchar toda aquella ropa burda, que olía a potasa, a desinfectante y a jabón negro.

Pronto quedó organizado el trabajo.

Muy de mañana, yo llenaba las planchas de hierro con trozos de carbón que era necesario romper cuidadosamente para no hacer cisco y desperdiciar el combustible. Cuando ya mi madre había humedecido suficiente número de uniformes, yo encendía los carbones en el interior de las planchas y avivaba el fuego agitando con ritmo rápido y sostenido los aventadores de paja que fabricaban allí los indígenas. Sobre un cajón, más allá de las planchas, descansaba, como sobre un atril, el grueso libro que iba leyendo en voz alta. Mi madre tomaba las planchas, una tras otra, las acercaba a su cara fresca, probaba su grado de calor pasando el dedo humedecido en saliva por la superficie lisa y escogiendo una, iniciaba la áspera y fatigante tarea.

Sentado o de hinojos en el suelo, daba aire a las planchas hasta sentir dolor en el omoplato. Horas después, miraba a aquella mujer que me parecía la encarnación del cansancio resignado. Los dedos largos y finos se crispaban sobre los trapos del asa recalentada; a veces juntaba una mano sobre la otra para dar mayor presión y los brazos se ponían tensos. Ante mis ojos sobresalía uno de sus hombros; puntiagudo, anguloso, deforme. El brazo tenso, como el del náufrago asido al borde del bote salva-

vida; la espalda curvada, juntándose con la línea del cuello, que se derrumbaba hacia la cabeza: una cabeza agachada, vencida, con el mechón de pelo húmedo sobre la frente mojada, con el cuello desmesuradamente extendido y bañado de sudor, con la nuca estirada, cual si un verdugo le estuviese presionando la cabeza hacia adelante, para descargar el tajo. El sudor bajaba por el mentón, por sobre el labio superior, por la frente, por todos los poros y goteaba sobre los burdos uniformes.

A veces, ella se detenía, colocaba la plancha sobre un ladrillo, aspiraba con fuerza, sonreía y se secaba el sudor. Me miraba con sus ojos miopes y enrojecidos y volvía a comenzar. Y ante mis ojos se difumaba como en una pesadilla, aquel hombro en triángulo, que se alzaba agudamente por sobre todo el cuerpo, como un puntigudo montículo de carne destrozada, macerada, como un puntigudo montículo de carne destrozada, macerada, exangüe, que se estaba ofreciendo en silencioso sacrificio al Señor.

Cuando las planchas estaban calientes, me hacía leer la hagiografía del santo del día, seguida de la epístola y del evangelio correspondientes, en unos libros impresos en tipo menudos y de estilo monótono y afectadamente devoto, rico en bondadosas calificaciones para los santos, para sus pensamientos, para sus acciones, para sus vidas y sus martirios. El enfriamiento de las planchas proporcionaba un momentáneo descanso y me permitía suspender la lectura, a veces en el episodio en que el mártir iba a beber plomo hirviendo, o en el que pedía le diesen vuelta en la parrilla donde se tostaba, o en el que la santa iba a ser trozada en dos por una sierra.

Soplaba sobre los carbones encendidos, poseído por piedad impregnada de un inmenso de ternura y compasión por aquellos mártires, al mismo tiempo que por una indignación sin límites contra sus perseguidores y sus verdugos. Las palabras Pro-cónsul, Emperador o Centurión, se hicieron para mí símbolos de crueldad y de horror.

—Pero... —interrogaba—. ¿Por qué Dios consentía que se hiciese todo esto a los santos... a quienes defendían precisamente su doctrina y su fé...?

—Porque la sangre de los mártires, —me replicaba— era semilla de cristianos; porque el dolor purifica el alma y la presenta inmaculada ante el Señor; porque hay que sufrir para ganar la gloria.

—Cristo debió morir para redimir a los hombres, pero ya los mártires no iban a redimir a nadie.

—No digas Cristo —increpaba mi madre a quien siempre enfadaban estas discusiones a las que yo era tan adicto— di Nuestro Señor Jesucristo y sigue leyendo... basta... siga leyendo. Y recomenzaba la lectura.

—No tan rápido —ordenaba, imperativa y dura— más despacio.

El dinero que el planchado proporcionaba servía para volver a adquirir carbón y aventadores y siempre quedaban algunos centavos para la comida. El hombre me dolía en la noche como consecuencia del movimiento que en el día diera al soplador.

No decía nada, ni me quejaba, comprendiendo lúcidamente que si yo no soplaba las planchas no habría manera de que se hiciese el planchado. Y ella ¿acaso no estaría soportando dolor en aquel hombro puntiagudo...?

Las cartas del viajero arribaban cada vez más distantes. La última tenía seis meses y venía fechada en el alto Purús. Como se había propuesto, tenía una lancha, sacaba jebe, pero el transporte tenía que surcar penurias tan grandes como las que afligieron a Orellana y, lo peor, la ley de la selva imponía defender a tiros los árboles de caucho, los manchales de caucho y, sobre todo, las canoas cargadas de caucho. Los brasileros disputaban a los peruanos, más que el territorio, los productos arrancados tras ruda labor. El escribía que tenía el deber de resistir y de defender la frontera, junto con su caucho...

—Siempre, toda su vida —comentaba mi madre— tu padre fué un quijote; nada sacará de defender las fronteras, ni de pelear con los brasileros. Nadie se lo va a agradecer nunca. Lo que debe hacer es trabajar para él y para sus hijos. Pero —añadía con tristeza— él ha sido siempre así; le gusta meterse en lo que no le importa; así fué con los montoneros, se metió con los demócratas y perdió hasta la camisa y se quedó en la calle y ni siquiera se lo agradecieron. Ahora se ha ido a meterse con los brasileros.

El abuelo venía casi todas las tardes, llenando la habitación con el olor de su tabaco y las migajas de sus biscochos. Su presencia me libraba durante algunas horas de la lectura dejándome tan sólo el trabajo de avivar el fuego de las planchas. Su conversación era agradable y graciosa; refería muchas anécdotas, recordaba cosas y hechos antiguos y hablaba con gran entusiasmo de don Felipe Santiago Salaverry aunque le hacía el cargo de haber sido muy cruel.

—¿Quién es Salaverry, abuelito? —preguntaba con curiosidad.

—Ya no es —elucidaba riendo— porque hace mucho que lo tronaron. Fué un guerrero de la Independencia que ingresó al ejército a los catorce años. Se batió contra los españoles en Junín y en Ayacucho y tuvo el valor de enfrentarse a Bolívar, que nunca trató bien a los peruanos. ¡La época es de los muchachos! decía Salaverry y antes de los treinta años se había hecho Presidente de la República, por la fuerza. ¡Todo un militarote...!

El viejo parpadeaba, como si recordase y seguía narrando:

—Dicen que siendo coronel, don Felipe tenía de ordenanza a un indio llamado Cantalicio; indio viejo que le quería mucho y que le había seguido mucho tiempo, participando en numerosas batallas. Mientras el indio le lustraba las botas, don Felipe Santiago, dicen que se miraba en el espejo y proclamaba muy orondo:

—Me han hecho Coronel y yo haré lo demás. Soy joven, soy buenmozo, soy temido y soy valiente. ¡Qué me falta Cantalicio...? ¿Qué me falta...?

—Y dicen —proseguía el abuelo— que el cholo Cantalicio le respondía: “Ti falta juicio puis me coronel, ti falta juicio...”

Y el abuelo reía con nosotros, preguntaba por la hora y se quejaba de sentir frío. Conocía de memoria, cada una de las piedras de la calzada, hasta hacer pensar que en la mente le tenía un nombre a cada una. Venía de la casa del Coronel a la nuestra, sin apoyarse siquiera en el bastón, caminando erguido, sin tropezar una sola vez. Sabía quien se encontraba a la puerta de cada casa; para todos tenía un saludo amable y familiar, en el que iba intercalada siempre una frase humorística, una palabra cruda o unos versos hechos por él que hacían exclamar escandalizadas a las mujerucas:

—Pero, señor viejito, a sus años, diciendo esas cosas...

—¡Qué viejito! —decía el viejo sonriendo— el hombre tiene la edad que tienen sus piernas...! ¡Viejos son los caminos y los que tienen que estar empollando como gallina clueca...!

Alguna vez su visita me liberaba como a un pájaro enjaulado. Me enviaba a comprarle tabaco para los cigarrillos que iba a torcer o bizcocho para la botella de leche que traía. Hacíamos sopas en las tazas de leche y él y nosotros comíamos aquello, encontrándolo delicioso. Charlaba incansable y se entretenía en aparvar las migajas del bizcocho sobre el mantel, para comérselas una a una.

—Parece Ud. un pollo picoteando, señor... —apuntaba mi madre.

—Seré ya más bien un gallo sin espolones, hija... —diseñaba él— este gallo que no canta porque va a cumplir cien años...

Y reía contento festejado por nosotros.

Algunas veces preguntaba por mi padre; se hacía leer una y otra vez las cartas recibidas meses atrás. Evocaba los días de la infancia del hijo ausente, recordaba sus defectos de pronunciación, sus bribonadas, sus vandálicas hazañas de muchacho consentido. De repente, el pobre viejo se echaba a llorar, las venas azules se le engrosaban sobre la amplia frente asolada y las lágrimas caían sobre el abundante copo de sus barbas blancuquísimas, manchadas de amarillo por el tabaco.

—Dios lo ha llevado por aquellos ríos —recitaba —y Dios lo tiene que devolver a sus hijos; su misericordia no puede fallar... ¡no!

Nos daba la bendición con frases bellísimas que me emocionaban, se despedía llamándonos churumbeles, y regresaba a la casa del Coronel, dejándose llevar de la mano por mí: el viejo era alto y fuerte; yo era raquítico y pequeño. Se tomaba de mí reptiendo; “a barco viejo, bordingas nuevas” y tomábamos la calle conversando. Me encantaba la manera que tenía de burlarse de todo y me reía hasta no poder más, cuando recitaba las cuartetas en las que se mofaba de mis tías, de mi madre, de la señora costurera, del sirviente que le registraba los bolsillos y hasta del propio Coronel. El viejo entretenía su oscuridad visiva haciendo versos picarescos, abellacados, que yo aprendía con rapidez pasmosa, pero que mi madre me tenía terminantemente vedado repetir, porque aseguraba que lo que en el abuelo era chacota, en un niño se volvía pecado.

LO ESENCIAL DE DARWIN

ESTABAMOS ya en el umbral de la escasez de lo más necesario cuando —como aseverara mi madre— “el Señor se acordó de sus criaturas”. Un día fué a la casa del Coronel y regresó, contra su costumbre, entrada ya la noche. Traía los ojos tumefactos de haber llorado, pero estaba extrañamente alegre.

—¡Nos vamos...! —exclamó con una tesitura juvenil en la voz— nos vamos, hijitos... ¡Ya no te fatigarás —me dijo con ternura— soplando las planchas; no plancharemos más la ropa de los soldados. Es un milagro; mañana iremos a dar gracias a la Virgen!

La habían nombrado maestra de escuela, con treinta soles mensuales de sueldo y debíamos partir a Matara, una aldea tranquila, recostada en un recoveco cualquiera de los Andes. Una mañana fresca y alegre los caballos y los borricos se agruparon a la puerta de nuestra vivienda. Vinieron las tías a despedirnos. Los indios cargaron las cosas y aseguraron a mis hermanos pequeños en las acémilas, nos ayudaron a subir a nuestras cabalgaduras a mi madre y a mí y salimos de la ciudad. Me decepcioné al no encontrar “las puertas de la ciudad” que tantas veces menciona la Biblia; deploré que Cajamarca no estuviese a la par con Nínive, Sidón de Tiro o Babilonia.

Matara era una aldea chata y hospitalaria donde el sol caía como una gloria sobre las gentes y los pastos. Su iglesia, con un pobre campanario manchado atrozmente por la lluvia, se alzaba en la placita, tapizada por espeso césped silvestre. Las mujeres se alborotaron a nuestra arribanza, mostrándose efusivas y habladoras; las alumnas, que iban desde los seis, hasta quizás los veinte años, miraban a distancia, como respetuosas o asustadas.

Era un apacible pueblo de campesinos mestizos; no habitaba en la aldea un solo indígena; tenían los rostros asolanados pero los pómulos, la forma de la nariz, la ausencia de befedad en los labios, certificaban la ascendencia hispana y la cepa ancestral de los conquistadores. La gran mayoría de los aldeanos eran

arrendatarios, en categoría de siervos, de las tierras de los latifundistas que detentaban el señoreaje absoluto de la comarca. Los señores les entregaban pequeñas extensiones de terreno para el cultivo y les permitían apacentar sus rebaños en las prados silvestres de las haciendas. Los campesinos, por esto, quedaban obligados a pagar un terrazgo en dinero, a entregar al señor una parte de la cosecha y, además, a prestar, ellos y sus hijos, servicios personales gratuitos en todos los trabajos para los que los patronos o sus administradores y mayores les requiriesen.

Los dos mil habitantes del tranquilo poblado vivían en casan de adobe, con pisos de tierra natural y techos de teja; me llamó la atención que las puertas carecían de cerraduras y casi todas las habitaciones de ventanas; solo en la casa del señor cura y en la del maestro se usaban quinqués a kerosene, como el que nos alumbraba por las noches en la escuela. Aun las personas más cultivadas de la aldea achacaban todas sus enfermedades al maleficio, a la brujería y al mal de ojo; no tenían otra diversión que la embriaguez de los domingos por la tarde, ni otro porvenir que un hueco en la tierra, bajo el pasto o bajo los sauces. Vivían bajo el terror de que su cosecha se perdiese por culpa de los aguaceros o de las heladas; de que el hacendado exigiese una parte mayor de grano que el que correspondía o de que el santo patrón San Lorenzo olvidase enviar a tiempo las lluvias que necesitaban, en su oportunidad, los sembradíos. Daba una desgarrante lástima verles trabajar tan duro para vivir tan mal; y, lo peor de todo, que aquella forma de vida no parecía un episodio sino que se presentaba como un destino.

Las vidas de los hijos de los campesinos carecían de perspectiva y de mañana: era como si estuviese escrito que el último día sería idéntico al primero: era como tantas veces lo había gritado mi padre; todo sucedía sobre el suelo pelado, como rezaba la sentencia del abuelo. ¡Era verdad... era cierto...! ¡La vida me lo probaba con visiones tristes y patentes!

El sueño de los muchachos era “huir al valle” o “juirse a la costa” —como ellos decían— a trabajar en las plantaciones de caña y en los ingenios de azúcar.

—Allá te pagan tu plata cada sábado, según las tareas —aseveraban entusiasmados— y te dan ración de carne. ¡Aquí... qué...? Trabajas de sol a sol y al final de la semana te apuntan seis rayas por los seis días en los libros de la Hacienda... o si quieren, pues nada más que cuatro, y aunque hayas trabajado, quedas debiendo dos... y te vuelves para tu casa con una mano atrás y otra delante. ¡Qué laya de patronos estos, que no sirven para nada...!

Y en efecto, no servían para nada: sus feudos eran pobres, empleaban en ellos las mismas formas de producir que las que trajeran los españoles; ellos, después de cuatro siglos, no habían

dado un paso adelante. En sus grandes casonas de barro enjalbegado se alumbraban con velas, no empleaban la rueda para nada, ni aplicaban la tracción animal; no conocían los servicios higiénicos, se bañaban como los Luises de Francia y vivían en el atraso y en la mugre.

Odiaban el valle azucarero, la mina, el pozo petrolero; se quejaban de la corrupción y de la mala enseñanza que significaban para los mozalbetes campesinos, el darles dinero, el pagarles jornal.

Los mayoresales que venían al pueblo conversaban que en la costa les daban a los muchachos dinero contante y sonante. Y que, después, al regresar al pueblo y a la hacienda, los mozos ya no saludaban diciendo como antes: "amito"... "taitito"... "patroncito"... sino que decían, en seco, ¡señor...! Y añadían que el que se quitaba el sombrero para saludar al patrón ya no se quedaba con él en la mano, como antes, sino que se lo ponía luego. Y que eso estaba muy mal porque en esas tierras, el hacendado era el representante de Dios. Y concluían que lo más malo de todo, lo que más enojaba a los señores, era que esos subversores, cuando el patrón o el mayoral les señalaban alguna faena, o les daban algún quehacer, pues araban con los dos ojos, calculaban con miradas de tasadores y preguntaban... como nunca, jamás, se habían atrevido a hacerlo:

—Bueno... ¿y cuánto es que va a pagar el señor...?

Y los mayoresales, golpeando, con el puño de plata de su fusta de cuero trenzado, las costras de barro de sus botas zarposas, redecían que todo eso estaba muy mal; que los patrones de la costa no debían proceder como lo hacían.

—No hay cosa peor —subrayaban, gravadosos como hacendados— que los muchachos se "juyan" para la costa...! Se vuelve de allá con muchas mañas.

—Todos tenemos la obligación de trabajar, pero nadie está obligado a trabajar de balde —refutaba Don Antonio, el maestro de escuela, que se reunía siempre a tomar copas con los mayoresales y con los padres de sus alumnos.

—Eso será pues en la costa —alegaban los mayoresales— pero lo que es aquí siempre fué de la misma manera: los patrones dan la tierra, los arrendatarios tienen que pagar, trabajar para el señor y dar una parte de la cosecha. Así fué siempre y así será...

Comprobé a menudo que todas las simpatías, no expresadas de los aldeanos, eran para don Antonio, quien llegaba a lanzar la aserción, cuando había bebido algo más, que calificaba a los hacendados de ¡explotadores y ladrones...!

Fué así que mi ingreso en aquel pueblecillo luminoso y rural, constituyó en realidad mi ingreso al mundo, mi paso conectivo

con la vida; en su ambiente salí del estrecho contorno familiar y empecé a aprender, a conocer y a entrar en la vida de las gentes, por primera vez; Matara fué la escuela primaria de mi existencia y fué además la escuela en la que me cultivé enseñando a las chicas. Mi madre poseyó siempre una rica inteligencia y un vigoroso poder de razonamiento, pero que no venían de la instrucción; sus más altos conocimientos eran teológicos, no los de la escuela primaria; por lo cual debí enfrascarme en la lectura y en el desciframiento de los textos de enseñanza que había traído consigo. Aprendí así, solo, a explicar las fases de la luna, el proceso de las estaciones, los secretos de la división de números enteros y de la decimalización de los quebrados: penetré, de asombro en asombro, en un verdadero país de las maravillas. Y poco tiempo después, la escuela funcionaba con gran progreso de las chicas, bajo mi comando y dirección, sin que fuese obstáculo que las alumnas me llevaran muchos años en edad.

Los tiempos de siembra eran tristes, al contrario de los de cosecha, que eran de estruendosa zarabanda en las parvas, pobladas de alaridos, pletóricas de comidas, bebidas, hermanazgo humano y de una bulliciosa zalagarda. Acudían gentes de toda edad y de todo el contorno a prestar ayuda en la colecta del grano, la que era recompensada con un obsequio mayor o menor, según la tarea realizada. A las eras llegaba también infaltablemente el primiciero, o sea el negociante que había adquirido del señor cura el derecho de percibir los diezmos de la Iglesia, y que los cobraba del modo más abundante que le era posible.

La fiesta religiosa mayor del pueblo era la del santo patrón San Lorenzo, el día 10 de agosto, que coincidía precisamente con las cosechas. Aquel día era glorioso; el pueblo aumentaba en nueve o diez veces su población. Las gentes acampaban allí donde les tomaba el cansancio; las puertas permanecían abiertas día y noche y los músicos venidos de los más diversos pueblos soplaban infatigables y entusiastas sus instrumentos hasta que la embriaguez los silenciaba. Los mozos del pueblo salían a las calles en grupos de danzantes, disfrazados con trajes de la época colonial: pantalones cortos ajustados al muslo, chaquetas largas, con cuellos muy erguidos, fajas anchas de colores violentos. Los rostros de los varones estaban ocultos tras máscaras de seres fantásticos, de faunos cornudos, de fieros demonios. Las mozuellas salían vestidas de "pallas" con amplias faldas recargadas de adornos y lentejuelas brillantes, con mantones y rebazos floreados, de muchos colores, con las cinturas de avispa, que eran como el eje del amplio círculo que debían trazar las faldas durante la danza ante las andas del santo patrón. Todos aquellos danzantes estaban dirigidos por capitanes que, ocultos tras una gran máscara, provista de cuernos, hacían restallar aparatosamente un

largo látigo, como conminando a los danzantes y empavoreciendo a los chiquillos.

Además de los danzantes, actuaban sin fatiga los cantores de loas: jinetes, hombres y mujeres, sobre jamelgos con gualdrapas bordadas y jaeces de plata, acudían a cantar y a declamar décimas y sonetos en honor de la Virgen, del Niño Jesús y del Amigo, Patrón San Lorenzo.

La fiesta se hundía despacio, con gravitación irresistible — como si la afonía y la desmayez fuesen agolletando la alharaca del comienzo — en gigantescas botijas de chicha, la bebida alcohólica, fermentada de maíz en germinación, que el mestizaje había heredado de los tiempos imperiales y de las celebraciones en homenaje al Padre Sol. Al término del festival devoto, cuando la Iglesia había terminado sus funciones, cuando la efigie del Santo había retornado al templo y a su altar, cuando habían ardido ya, entre el clamoreo asombrado de los fieles, las girándulas chisporroteantes y veloces, sobre las que forzosamente cabalgaba el muñeco denominado “El Negro de la Cordelada”, cuando habían obsequiado sus chorros de humareda y de luces de colores, sus bombardas y sus buscapíes, los castillos y los fuegos artificiales, los millares de pobladores y de peregrinos, masticaban, reían, bebían, se embriagaban y cantaban. Y un olor a digestión y a alcohol en pleno fermento, a cebollas, especerías y repollos, se alzaba al cielo diáfano y tibio, mas que como homenaje a San Lorenzo y a su parrilla, como un pagano ofertorio al helénico Dionysios.

Pasó el jolgorio y se reabrió la escuela. El estudio fué imposible, ya que cada niña traía tembloroso y ágil el comentario sobre las incidencias, desgracias y milagros de la fiesta. La fantasía adolescente se expandía como espesa humareda: la verdad hecha farsa y la farsa transvertida en verdad, se hacían alegres, sutiles, mucho más encantadoras que la fiesta. La tierra era como una piedra inmaculada sobre la cual danzaba, ebria de dicha, la fantasía de una cincuentena de almas que se abrían a la vida.

Se hizo tardé y las alumnas se desperdigaban; algunas permanecieron parlotando hasta que se ponía el sol. De súbito, se hizo gran silencio: por el fondo de la callejuela, resonando sobre las lajas, hicieron su aparición dos caballos de gran alzada, jineteados por un hombre y una señora. Avanzaban hacia la escuela.

—Son como caballos de los hacendados, jadeó una de las chicas.

—Parece que fueran los de Sónдор, asintió otra.

Instantes después, los caballos eran detenidos a la puerta de la escuela; de uno de ellos desmontó Benjamín y ayudó a descender del otro a tía Adela. Ambos estaban vestidos de negro, de la cabeza a los pies.

Hubo sorpresa y alegría desbordantes en la recepción; los bienvenidos se instalaron inmediatamente y mi madre preparó un refrigerio. Ayudándole en la tarea le pregunté:

—¿Qué será...?

—Yo creo que ha muerto el abuelo —manifestó mi madre con incertidumbre— y vienen a avisarnos... por eso están vestidos de luto...

Poco a poco fué entrando la noche; hablaban de cosas diversas; aseguraron varias veces que mi abuelo estaba muy bien, sano y alegre como antes. Y llevaban la conversación hacia mi padre, su ausencia, la falta de cartas; nada se sabía de él, ni de su paradero.

Tía Adela se mostraba suave en extremo, lo que no estaba de acuerdo con su temperamento; esquivaba responder a las preguntas y con reiteración extraña se dirigía a Benjamín transmitiéndole nuestras interrogantes. Pronto se hizo patente que algo grave traía oculto; su disimulo se hacía torpe y lerdo; Benjamín intervino con lenguaje no claro, pero más translúcido. Comprendí que él era el mejor dispuesto a dar la noticia a transmitirnos la cual habían venido.

—¿Qué sabes tú de mi papá? —interrogué con firmeza— porque... tú sabes algo, de lo contrario no habrían venido...

Benjamín se levantó del banco en el que descansaba, hundió sus manos en los bolsillos del pantalón, se suspendió estos y replicó:

—¡Ah mozo... mozo... hay que ser valiente y hay que saber ser hombre! La desgracia agacha a los bueyes, no a los hombres; lo que está escrito no hay quien lo pare; no tiene remedio y nada se gana con gritos ni llantos.

Y se rió con una risa helada, quedándose inmóvil, como aguardando algo, como dispuesto a decir más.

Mi madre estaba amarilla y tenía las manos fuertemente entrelazadas.

—¿Qué sabes de mi padre...? —le grité avanzando hacia Benjamín.

—Tienes que ser valiente —reiteró tomándome de los brazos y llevándome con él a uno de los rincones— tu padre está muy enfermo; han escrito que se encuentra mal, parece que muy mal.

Mi madre estalló; suplicaba llorando que le dijeran toda la verdad; acariciaba a tía Adela, a quien nunca quiso bien, rogándole que hablara con franqueza. ¡Este luto...! —gemía— ¡estos trajes negros...! ¡Es que se ha muerto... está claro... está claro...!

Benjamín volvió con sus recomendaciones sobre el valor, mientras tía Adela lloraba junto con mi madre; habló de las vir-

tudes heroicas de la familia y de lo que nos habría aconsejado mi propio padre si estuviese allí.

—¡El que tiene miedo de hablar eres tú! —incredé a Benjamín—. Si has venido a decirnos algo, pues dílo, ¿por qué tienes tanto miedo?

—Bueno —exclamó Benjamín— cuando escribieron estaba muy enfermo, estaba grave; tan grave que quizás hasta la fecha haya muerto.

Un aullido animal salió de mí; mi hermano menor se asustó y se puso a gritar. Sentí un dolor físico terrible y me caí de cabeza.

—Padre... padre... ya te has muerto.

Tía Adela me estaba amparando en su regazo; oía el ruido de las palabras, pero no entendía lo que decían; distinguía el llanto de mi madre y la voz de mi hermano menor que hablaba con Benjamín. Tenía la cabeza empapada en agua de colonia; tía Adela me dió de beber.

Dejé de llorar y sentí una creciente insensibilidad física y espiritual; palpé con todos mis nervios una especie de anestesia total pero con dominio absoluto de la conciencia. Tenía una incontenible gana de reír y, al mismo tiempo, una sensación absoluta de soledad y de orgullo agresivo de esa soledad. Luego como un acto reflejo me hizo articular:

—¡Pobre padre... te han matado... te han matado...!

Tía Adela ahogó un grito y exclamó:

—¿Qué... qué has dicho...? ¿Quién te lo dijo...?

—¿Quién me dijo qué...? —pregunté.

—Que lo han matado; que han matado a tu padre.

—¡No sé... nadie me lo dijo; lo sentí...!

Y sollozando con amargura, tía Adela refirió que lo habían matado en la frontera; estaba muerto. E hizo la narración larga, tétrica, hinchada de truculencia, de cómo habían acaecido los hechos.

Volví a sentir un dolor lacinante; lo recordaba con sus grandes botas, con su chaqueta de cuero, con la cruz de metal pendiendo del cabestrillo que le colgué del cuello; le veía inclinado sobre mí, diciéndome: "Tú velarás por tu madre y por tus hermanitos". Y le veía dirigiendo la manifestación pierolista, o armando un mecanismo complicado, o caminando delante de los ojos verde-esmeralda de la mula, con la chaqueta que exhalaba el olor a piel curtida...

Los cuatro niños, vestidos de negro, acurrucados en torno a la falda negra de mi madre, quedábamos allí, quietos, azozobrados, como esperando que se descargasen sobre nosotros todos los golpes del Destino.

Las gentes del pueblo, el señor cura, las madres de las alumnas, el cojo Oscar, los dos molineros y la propietaria del local de

la escuela desfilaron por la sala de clases, deplorando la muerte de un hombre a quien no habían conocido. Las niñas me abrazaron llorando y entonces volví a sentir un gran dolor; después tenía horas de embrutecimiento y de sopor, luego de infinita angustia y de miedo a lo que iba a venir. Por la noche, veía en sueños al muerto, que inclinaba sobre mí su gran torso gigante, que tenía la cruz prendida en el cuello y que riendo me decía:

—Tú serás un hombrecito...

En mi vida, jamás tuve ni el más leve sentimiento de la protección materna. Era tan débil, tan pequeña, caminaba con su pasillo tan menudo, carecía de tan elementales conocimientos escolares —a pesar de su frondosa cultura teológica— se abatía de tal manera frente al dolor y tenía tal miedo al porvenir, que, desde el comienzo, me consideré un protector y un auxilio de mi madre. Me sumergía en un goce interior muy grande al sentir que se apoyaba cada vez más en mí. La vida de ella parecía hecha de retazos; era una vida sin ilación, sin osamenta, sin camino; ella la consideraba como un tránsito, pues la verdadera vida estaba más allá de la muerte, en el seno de Dios.

Empecé sintiendo una inmensa distancia entre mis hermanos y yo. Miraba como a través de un macizo trozo de tiempo sus juegos, sus dichos, su manera de ver las cosas.

Y comencé a encarar la vida como un enemigo: aprendiendo a comprender muy temprano, enseñado por áspera y raspante pedagogía, que todo estaba en contra mía, nada en favor. No se trataba de disfrutar ni de pasar: se trataba de luchar, afrontando todas las contingencias de la lucha. Y, sin que mis diez años se diesen cuenta de ello, sin que lo presintiese siquiera, sobre mi vida tronaba lo esencial de Darwin y lo vital de Nietzsche.

¿QUE SE HAN HECHO TUS PROFETAS?

DOÑA MERCEDITAS, la suegra del propietario de la casa que ocupaba la escuela, era como la abuela del poblacho, cuya vida y pasión conocía con sorprendente minuciosidad y con sagaz astucia campesina.

Fué doña Merceditas quien persuadió a mi madre de la conveniencia de dedicarse a la cría de animales.

—Críe sus gallinas, mi señora, y Vuesa Merced tendrá huevitos y carne de ave, para cuando haga falta. Y no le costará gran cosa porque los animalitos de Dios saben rebuscarse la comida con más viveza que el mismo cristiano. Y críe también sus ovejitas; le darán lana.

—Pero ¿dónde voy a tener las ovejas? —objetaba mi madre.

—¡Vaya... vaya! que todo se le hace un entripado a Vuestra Merced —replicaba burlona la vieja— compre las borregas y un morueco y encárguelos a cualquiera de las familias de sus muchachas de la escuela. Las pastearán y cuando haya corderos pues irán mitad y mitad.

El triunfo persuasor de doña Merceditas pobló el patio de gallinas y don Venancio, el padre de Luzmila, se encargó de las ovejas, menospreciando la idea de adquirir un carnero; en recompensa, pues como Luzmila salía de su morada al alba, desde lejos, almorzaba en la escuela y sólo regresaba con el crepúsculo.

Una mañana, la chica llegó más temprano que de habituación.

—Salí de mi choza todavía con el lucero —refirió acezando y dándose importancia periodística, a causa de la noticia— porque mi taitito me manda a dar el recado de que las ovejas de la señora preceptora se las llevaron a la casa de hacienda. Es el “rodeo” —exclamó teatralmente la muchacha, verbeneando los ojos y dando vueltas retorsivas a su trenza bermeja— también se han llevado las ovejas de nuestra majada —añadió—. Y don Vena, mi taitito, me mandó a dar recado. Y la muchachita renovaba el breve ritmo de su aliento, sintiéndose feliz de ser el personaje central de aquel drama aldeano de ovejas y rodeo de ganado.

Se consultó el caso con la señora Merceditas y ella sentenció: —No hay más remedio que el muchacho suyo, mi señora, vaya a la Casa de Hacienda; que vaya donde las patronas y les pida que le devuelvan sus ovejas... ya está bastante maltón para estos menesteres... ¡qué caray...! ¡No faltaba más...!

A mi madre no le agradaba que me llamasen el muchacho, pero en aquellos momentos, lo más importante no era yo, sino las ovejas. Se sabía bien lo que significaba el “rodeo”. Cuando el hacendado lo ordenaba, sus mayores y sus peones arreaban todos los animales que se hallaban sobre la superficie de la propiedad feudal, y los conducían a los corrales de la hacienda. Allí se investigaba cuáles eran los que no se hallaban inscritos y los que, por ende, no pagaban derecho de pasto, con la consecuente prestación gratuita de trabajo personal. Todos estos eran declarados “mostrencos” y, por consiguiente, de propiedad del hacendado. Esta era la costumbre; así estaba establecido desde la época de las Encomiendas de la Corona de España y contra tal hábito no había ley, ni fallo judicial, ni principio jurídico que valiese.

Nos pusimos en marcha, sirviendo de guía la pequeña Luzmila, que caminaba con una velocidad sorprendente para su tamaño. En un punto del camino, recogió guijarros y me aconsejó hacer lo mismo.

—Vamos a pasar por la puerta de aquella choza —y lo decía señalando la que se hallaba más arriba, al borde casi del camino—. Siempre salen los perros a ladrar y a querer morder al que pasa, añadió.

No tenía yo un miedo concreto a la muerte, pero los perros me infundían miedo raquídeo. Recogí tantas piedras como pude y nos acercamos a la choza. No salió ningún perro y la morada parecía desierta. Mas, de pronto se escucharon los gritos de un niño de pecho.

—Es, pobrecito, el Vinchito —dijo Luzmila— cuando se van a trabajar lo dejan en la batea; no vaya a ser que se haya caído. Y traspuso rauda el sendero que conducía a la choza; empujó la puerta de magueyes partidos y se hundió en la oscuridad de aquel hueco. Me quedé esperando y comprobando que en aquel lugar no había una sola piedra; era por esto que Luzmila me invitó a recogerlas más abajo.

Salió la muchacha enjugándose las manos en la basquiña y haciendo mohines de repugnancia.

—Estaba todo sucio —ratificó, reemprendiendo la caminata— lo cambié y se ha quedado calladito; se va a dormir.

—¿Y los dueños no dirán nada porque entraste sin permiso?

—¿Permiso? —preguntó burlona— Permiso se pide en la escuela.

La cuesta se empinaba y el cerro tomaba color rojizo. El camino se ensanchaba, como sanguificado, pues era de un rojo brillante, cual si los pies de los caminantes le untasen de barniz. La colina era como un gigantesco coágulo de sangre que se le hubiera endurecido allí a la tierra. Un rato más tarde, nos sentamos a descansar. Yo estaba absorto ante el sobrecogedor silencio y captado por un sentimiento nuevo. Algo incomprensible penetraba en mí: en aquella cumbre diáfana y fría el alma se tornaba clara y dura; era como si se apagaran las angustias pequeñas y los cuidados menores. Se alzaba como una vasta angustia, como una percepción melancólica de lo trascendente y de lo eterno. Esto lo aprendí solamente mucho más tarde, al evocar el añejo recuerdo, en las prisiones, en los vagones y en los barcos que me arrastraban al destierro.

Seguimos caminando cuesta arriba y súbitamente nos asomamos a la cresta: a ambos lados se abrían dos inmensos horizontes. El espectáculo era glorioso: la luz estaba quieta, como en un reposo imperturbable y caía sobre la tierra en vertical: era una luz limpia, sin mancha alguna. El silencio era digno del cuento de la Bella Durmiente del Bosque. Las tierras lejanas tomaban colores alucinantes y lo único que se movía éramos nosotros. Mé dí cuenta de que había cambiado el olor de la tierra. Allí no olía como en el campo en la madrugada, ni como la loma cuando se alzaba el sol, ni como la cumbre cuando comenzaba a empuñarse nuestra sombra. Era un olor a tiempo fresco y puro. Quizás, no estoy seguro, pero me parece que allí fué donde sentí en las venas y en los huesos, que en vivir hay un hondo y vasto sentido de grandeza.

Corrimos cuesta abajo, sin parar hasta el portillo que se abría en la pirca que circundaba la choza de don Venancio.

—Llega, llega no más, muchacho —clamó don Venancio—. ¿Cómo está la mestra; cómo quedaron las muchachas...?

—Está buena, don Venancio, todos están bien, gracias —le dije.

La choza de don Venancio era la expresión miserable de la más ascética frugalidad; a través del techo de paja se escurría pomposamente la humareda de la leña que ardía en el fogón. Los muros de cañas y barro tenían grietas, a través de las cuales salía ahora el humo, y que dejaban pasar al interior tanto la luz como el viento, el sol, el frío y sin duda el aguacero, cuando la lluvia verberaba oblícua. Don Venancio hizo traer al corredor que se cobijaba bajo el tejeroz, un gran mate lleno de papas cocidas con su hollejo, ají muy picante, cuajada fresca y maíz tostado. Conversábamos mientras comíamos.

—¿Y por qué no manda a sus otros hijos a la escuela? —pregunté.

—¿A la escuela?... —preguntó, resoplando a causa del urente picor del rocoto, especie de pimiento carnosos y picante, que había ingerido—. Pero, m'hijo, si todos van pa' l'escuela ¿quién me va a hacer aquí los mandados? La estoy mandando a la Luzmila porque le ha tomado mucho cariño a la mestra. Pero, los otros... ¿pues pa' qué m'hijo, pa' qué? Ahí tienes a mi Rosaura; fué a la escuela, sabe la cuenta, aprendió a escribir. Pero, dime muchacho, ¿pa' qué sirve too eso? Podría servirnos que los muchachos supieran leer, escribir y la cuenta, si los patrones diesen fe de esas cuentas, si vendiéramos la lana de nuestras borregas o el trigo de nuestras cosechas. Pero, no... no es así. Todo tiene que ser entregado a los patrones y son ellos que hacen sus cuentas; y las cuentas tuyas o las de mi Rosaura, o la que tu madre le enseña a mi Luzmila, no valen pa' nada, hijo, pa' nada, frente a las cuentas de ellos. Entonces ¿pa' qué diablos vale saber leer y escribir en este mundo? Sólo que sea pa' hacele las cuentas en la otra vida a Tata Dios...!

Y don Venancio se santiguó lanzando una carcajada que mostró su boca roja y su blanca dentadura intacta y maciza, entre el matorral de su barba renegrida.

Cuando terminamos de comer nos pusimos en marcha rumbo a la Casa de Hacienda; el descenso era suave por la senda y se hizo más suave aun en el camino, a cuyos lados la lluvia había abierto un badén.

—¿Y si se vive tan mal con estos patrones —interrogué— por qué no se vá la gente a otra parte...?

—¿Seríamos lo mesmo que gitanos —rió don Venancio— y con eso nada cambiaría. Porque dime m'hijo ¿pa' ónde a de dir el pobre que no se lleve su pobreza y su pena como la sombra? Algunos se van p'al valle a onde pagan un jornal. Pero eso es cuando uno es solo, sin mujer y sin críos. Después, no les gusta a estos patrones.

—¿Por qué no les gusta?

—Porque dicen que los muchachos regresan del valle muy alzaos; que no rezan más el "Bendito" sino que sólo dan los güenos días y que quieren que les paguen jornal por el trabajo, como en la costa. Y es claro m'hijo; a ellos no les gusta pagar; lo tienen todo de balde.

Tropezamos con un hato de vacas y don Venancio me habló de la virtud que la leche tenía de curar de las viruelas a los enfermos que se bañaban en ella.

—¿Y después qué hacen con esa leche? —pregunté.

—¿Qué han de hacer? —replicó—. La llevan p'al pueblo y la venden pa' que la tomen los que no saben nada.

Me invadió una sacudida de asco, mientras él hablaba de las curaciones hechas mediante brujería. Por último me narró las conversaciones que los cerros tenían de noche, en la luna

verde. La charla hizo más ligera la caminata; poco antes del medio día estábamos divisando la casa de Hacienda.

Enormes mastines encadenados —que debían comer más carne que todos los campesinos de Sónдор, con sus mujeres y sus hijos juntos— gruñían a la vera de sus casetas techadas de zinc. Una vasta explanada rústica se extendía como una plaza ante la puerta de entrada, ancha y alta como la de una catedral. Abigarrado conjunto de campesinos, tan grande como el que se había reunido el día de la fiesta del Patrón San Lorenzo, llenaba la explanada. Todos estaban allí a causa de sus animales; habían caminado parte de la noche y todo el día para ver si podían librar a sus ganados de la sentencia de “mostrencos”, lo que significaba que pasarían sin apelación a poder de la hacienda, como propiedad del señor.

Las gentes gimoteaban, comentaban, reían, imprecaban. Junto con los mestizos había gran número de indígenas: los distinguía su indumentaria, la piel acobrada, la cabeza cetácea, la resignación hierática y la actitud impenetrable. Por momentos, parecían tallados en basalto, en granito de los Andes.

Don Venancio se abrió paso, saludó a sus conocidos y llegamos a la puerta de la Casa de Hacienda. En cuanto estuve ante el gran portón me azobré como si estuviese entrando en la Casa del Juicio: arrastraba mis pasos como si allí hubiese de ser juzgado; me golpeó una sensación semejante a la que soporté años más tarde, al atravesar las fronteras con pasaportes falsos.

Traspusimos el portón y nos acercamos a una mesa en donde se hallaban los empleados de la hacienda, que se ocupaban de los asuntos del rodeo. Al acercarnos a la mesa, sentí que la mano de don Venancio, que me tenía asido el cuello, temblaba sobre mi nuca. Aquel hombrón tenía miedo.

—Este es el hijo de la preceptor de Matara —dijo después de saludar humildemente a los mayores y empleados— y viene... y se le cortó la voz... no pudo seguir.

—¿Qué quieren? —preguntó con rudeza un hombre alto, de grandes bigotes negros, con poncho blanco de hilo, polainas zarposas, espuelas roncadoras y una fusta de cuero trenzado que agitaba constantemente en la mano. Era uno de los que discutía en el pueblo con don Antonio, el preceptor.

Garraspée y haciendo de tripas corazón respondí con claridad:

—Vengo a llevarme las ovejas de mi mamá.

—¿A llevártelas, no...? Pues, eso será si te entregan. — Y el hombre de los bigotes sonrió, reconociéndome.

—Claro que tienen que entregarlas —repliqué animándome—. Son de mi madre y no de la hacienda. ¡A esto he venido...!

—¡Tan chiquito y tan alzado...! —sentenció.

Y los empleados del hacendado me miraban como tasándome, como miraban seguramente las ovejas lanudas calculando la lana que llevaban. Me pidieron mi nombre y preguntaron si yo era algo del Coronel.

Cuando lo supieron, el hombre alto del poncho blanco y la fusta ingresó en el zaguán y se perdió en el patio. Los demás, se agruparon en torno a la mesa y abrieron conversación.

—¿Es cierto que enseñas en la escuela... y qué es lo que enseñas?

—Enseño a leer y a escribir, quiénes fueron los Incas, cuándo llegaron los españoles y lo que trajeron, lo que hicieron; además cuentas y números, y Geografía...

—¿Y la Doctrina Cristiana... está claro...? —preguntó el más viejo.

—Sí, claro, la Doctrina, el Catecismo.

—Sabe bastante el muchacho —terció don Venancio muy animado ya— sabe pa su tamaño; es muchacho, pero sabe como gente grande.

Los hombres rieron, en tanto que el de la fusta y el poncho blanco reapareció por el zaguán y dijo:

—¡Pasa, el patrón dice que dentres a hablar con él...!

Don Venancio vaciló, pero le cogí del poncho y les dije a todos con imperativa alegría:

—El ha venido conmigo... hemos venido juntos. Tiene usted que pasar...

Ingresamos a un patio, anchuroso como una plaza, pavimentado con guijarros menudos. Sobre los amplios corredores enladrillados se extendían los aleros de la techumbre, descansando sobre pilastras de madera. Hacia los corredores se abrían las puertas que daban acceso a las habitaciones. En una de las más inmediatas fuimos introducidos, por el mayoral.

Ante una espaciosa mesa —llena de frascos que contenían trigo, frijoles, cebada, maíz— estaba un hombre maduro, con bigote rubio recortado, pantalón de montar y casaca de cuero. Fulminantemente asocié el recuerdo de la chaqueta de cuero que llevaba mi padre al partir a la selva. La habitación olía fuertemente a almacén de chino, a tienda de comestibles o al depósito del molino. Saludamos quitándonos los sombreros; don Venancio le dijo Patrón, yo le dije señor Cacho. Me invitó a sentarme y me hizo preguntas sobre mi padre, sobre el Coronel, sobre la escuela y sobre el motivo de mi visita. Se echó atrás en su sillón, recostándose sobre los sacos llenos de granos que estaban adosados al muro. Y me pidió que le narrara cómo había muerto mi padre.

En medio de la narración ingresó una dama blanca, tocada con un mantón que usaba como bozo y vestida con un vistoso

faldulario negro, cuya cola se arrastraba sobre la estera amarillenta. No respondió casi a nuestros saludos y se interesó por la narración, ordenando:

—Continúa, hijo; sigue hablando.

Cuando terminé, los dos hablaron de mi y de mi familia. Volví a insistir sobre las ovejas.

—Menos prisa, menos prisa —festinó la dama, seca pero cordial—. Todo se les va a arreglar, pero ven antes, que a Juana Honoria le han contado muchas cosas de tí, ¿Es cierto que te sabes la Biblia de memoria...?

Me tomó la mano y me condujo a través del corredor, hasta otra habitación, donde ardía un brasero; allí la temperia era bien abrigada. Sobre un alfombra, sentada como Buda y recodada sobre un faldistorio, estaba una mujer anciana, muy blanca y de sonrisa simpática. Tras la presentación, la viejecilla se mostró afectuosa y contenta; hizo llover preguntas sobre mí y ordenó que llevaran a don Venancio a la cocina y le diesen de comer algo.

—Me dicen que sabes las Parábolas... tan pequeño, pobrecillo, vamos a ver, recita una para mí. Tienes que hacerlo.

De pie ante la anciana, con la voz entrecortada, repetí la Parábola del "Rico Avariento". Me hizo recitarle el Sermón de la Montaña y el Diálogo de Jesús y la Samaritana. Me dió a que la viejecita tenía los ojos con grandes lágrimas. Me dió a comer cuajada fresca con miel de abeja e hizo que me sirvieran café con leche y tortas ázimas calientes.

Me despidió besándome y me obligó a recitarle el Soneto de Santa Teresa de Jesús. Ordenó que se me entregasen las ovejas y que me regalasen una cabrita.

Salí apenado y alegre; cuando retorné al zaguán la solicitud de los empleados era extrema: Don Venancio tenía una sonrisa de suficiencia que ya se la había visto en el camino. Fuimos a los corrales en busca de las ovejas.

El olor a establo subía hacia las copas de los eucaliptus con sus hojas largas y agudas y brillantes como alfanjes. Miles de animales se apiñaban en cardúmenes forzados, muy juntos, como en una lata de conservas. El mayoral dió orden a los peones de que se nos entregasen todos los animales, sin cobrar nada.

Largo tiempo empleamos en buscar y reunir el piño de don Venancio y el de mi madre. Todas las ovejas habían sido prolijamente esquiladas: tenían el pellejo, sin una mota de lana, hasta parecía que tiritaban de frío a consecuencia de la bien ejecutada decalcación.

—Y ayer no más —puntualizó don Venancio cuando salíamos de los corrales de la hacienda— estaban lanudas; hasta el barro lo andaban recogiendo en las puntas; te juro que tenían lana para varios colchones. Y aura, mírales, no más cómo las

han rapado; están chamorras como rastrojo. Así es —añadió a sovoz— como los patrones juntan cientos de quintales de lana... sin criar las ovejas que la dan y sin pagar nada... y soalzando la voz apuntó con sorna: velay la cabra que te dan como resarcimiento, pa que la maestra no diga nada por su lana...

Nos acercamos de nuevo al portón, nos despedimos amablemente de todos y caminamos, a paso apresurado, hacia la choza de don Vena.

—¿Y siempre hacen esto...? —pregunté indignado, cuando nos encontramos solos.

—Todos los años hay rodeo y todos los años pasa igual, elucido con afectado desdén.

—¿Y por qué dejan ustedes que se lleven así los animales?

—¡Qué gracioso —ironizó, ordenando la recua—. ¿Y qué quieres hacerle? La tierra es de ellos, de ellos es el pasto y todo lo que está encima. De ellos somos los hombres y no han de ser las borregas. ¡Los hijos del diablo —juró— me dejaron sin lana para todo el año! Menos mal que no se hayan almorzado ninguna de las ovejas.

Me disgustaba su socarronería taimada; palpaba que este hombre había perdido la capacidad de indignarse y que en su espíritu estaba abolida toda insurgencia, toda idea de protesta o de cólera.

—Y ustedes —increpé— ¿por qué no se quejan a las autoridades?

Don Venancio ordenó mejor la marcha del piño y rió sarcástico:

—¿Ir ande las autoridades?... ¡Cállate mejor no piense yo que estás tocao de la cabeza! Me voy a quejar, siguiendo tu consejo y capaz que pierdo no solo la lana sino también las ovejas; y, entoavía, quién sabe si a lo peor, pues me quedo enredao, tal vez acusado de abigeo o de haber matado algún cristiano. Las autoridades, muchacho, no se han hecho ni nada para el bien nuestro; se han hecho para el bien de los hacendados... nada más...!

—Pero entonces —le grité— ¿no hay Justicia...?

—¿Justicia? —interrogó exclamativo—. ¡Justicia...! ¡No muchacho, cállate! Lo único que los pobres queremos, después de nuestra mama, es no andar metidos en justicias; te enredan siempre como hilo desovillado en manos de gato tierno y al fin, pues estamos endeudados hasta las orejas con los abogados y los rábula y, a lo mejor, en la cárcel. Los jueces y las autoridades serán muy buenos caballeros, yo no digo nada, pa qué... pero, no hay peor cosa en el mundo que la justicia... y, más peor todavía... pues andar en justicias. ¡Ya serás mayor... ya aprenderás! ¿No ves que estas no son cosas de la escuela...? —concluía vanidoso y farandulero.

Mi conciencia oscilaba como un péndulo entre el escepticismo sombrío del campesino y la fantástica luminosidad del crepúsculo. No supé que responder. Me absorbió el crepúsculo, encendido, en agonía.

—Anda —requirió don Vena— anda, que la luz se está haciendo tinta. Nos va a agarrar la tiniebla.

La tierra, en efecto empezaba a ennegrecerse; pese al incendio del cielo, la luz parecía convertirse en humo tenue pero negro. La cordillera perdía todos sus colores y se mostraba como la línea firme de un cuadro estadístico sobre la azulencia y violácea claridad del cielo. Sólo mucho más tarde, en la vida, me di cuenta de que el alma de los Andes sólo es captable caminándolos a pie. Es como si el alma de las pétreas moles penetrara en la conciencia del hombre por los pies... ¡andar... andar... andar...!

El poncho de don Venancio, a una de cuyas esquinas me aconsejó asirme, me sirvió de guía y de tracción, agilizando mi marcha y acallando el redolor que me atenaceaba los zancajos.

—La mestra debe mirar con sus vistas —reiteraba— el estropicio que le han hecho a sus borregas... ¡no vaya a pensar algo...!

Cuando ingresamos al patio de la escuela era quizá la medianoche, a juzgar por los cantos de los gallos. En la sala, ardía un cirio votivo mientras mi madre de hinojos alzaba su plegaria un poco asustada. Don Venancio se acurrucó a dormir en la cocina, después de haber comido. Yo narré mi emocionante aventura del día, indignado por la esquila de las ovejas y por las modalidades que asumía el rodeo contra los campesinos que trabajaban sin recibir salario.

Mi madre insistió en que tales asuntos no eran de mi incumbencia, que no tenía porqué meterme en ellos y que cada uno merecía la suerte que llevaba porque así era la voluntad del Señor. Dictó una sapiente conferencia sobre aquella cosa tremenda que es el Libre Albedrío en los libros de la Patrística.

Sin contradecirla, yo pensaba en que mi padre tenía mucha mayor cantidad y calidad de razón: todo aquello tenía necesidad de un cambio.

¿En qué consistiría ese cambio?... ¿Quién podría emprenderlo...? ¿Cómo se haría y hasta cuándo...? ¿Y hasta dónde? Y miraba en torno de mis pensamientos, antes de rendirme dormido, con mi redolor en los zancajos, buscando algo que no sabía bien lo que era. Y me daban vueltas en la cabeza, ideas, figuras y palabras del Antiguo Testamento.

Desde aquella salida, adquirí un especie de derecho para caminar, solo ya, los caminos del mundo. Al recorrerlos, las interrogantes que me planteó ese rodeo martillaron sobre mis vigiliadas y llegaron a barrenarme el sueño. Y comprobando atristado que

todo eso sucedía en la tierra, entre los hombres, hijos de Dios, se me encepaba muy, pero muy adentro, la pregunta que clamaba con tensa y angustiada inquietud:

¿Dónde está el Señor...? ¿Qué se han hecho sus Profetas?

Y silbaba “yaravies” y “huainitos” para espantar aquellas preguntas que bien podían ser un pecado.

LA REVOLUCION DEL ESPIRITU

CURRIO EL milagro por el que mi madre clamaba mañana y tarde en su oración: su hermano mayor, rector del Colegio Nacional, le ofreció un sitio para mí en su casa y la posibilidad de que cursase estudios secundarios.

Ella preparó el viaje con gran labor de costura. Una noche lluviosa quedaron alistadas las alforjas y a la siguiente mañana, muy al alba, como mi padre un día, me despedí en medio de lágrimas, saliendo caballero en esmirriado caballejo, rumbo a la ciudad, con destino al colegio.

Partí temeroso de lo desconocido pero contento de afrontarlo. Los ríos estaban crecidos, las cuevas resbaladizas y los llanos fangosos. El cerro chato y amarillo como yema de huevo, que me era familiar, parecía hecho aquel día de cansancio amontonado. La perspectiva en las cañadas se escapaba constante hacia arriba, como si soportase el tiro de una chimenea cósmica. En aquel caminar, bajo el cielo gris comencé a sentir que no sólo se trataba de vivir sino además de ejercer la vida: ejercerla como una misión, como un destino, como una manera de realizar algo... ¿qué...?

A la otra banda del río los árboles parecieron de metal: la calma se hizo inmóvil, sin ruidos, sin murmullo siquiera, una vez que el rumor del río se quedó atrás. Aquella calma daba la sensación de que el tiempo se hubiese inmovilizado. Y el cuerpo llegaba a sentir la categoría de lo vegetal; se prendía de uno como la necesidad de quedarse quieto, de encepase en la tierra húmeda, de echar raíces, madurar despacio y extendiendo las raíces hacia adentro, pues chupar savia sin que lo sintiese la tierra.

Atardecía cuando llegué hasta los muros de piedra del edificio colonial donde funcionaba el colegio. En la casa del rector se me recibió como si se me esperase, pero sin afecto alguno; sucedió como si siempre hubiese estado allí, en la indiferencia de lo cotidiano y en la tolerancia de lo que es costumbre. Los sirvientes me hacían preguntas y sentía el deseo de mofa que había en sus ojos y la angustia de lo que vendría al día siguiente. Mi arribo aconteció como si no hubiese sucedido nada.

Fuí instalado en una vasta habitación que denominaban "la torre". Aislada por completo del vasto edificio y ubicada en un extremo tenía una amplia ventana sin batientes ni cancelas: era más bien una ancha tronera, un alto atisbadero sobre la campiña.

Me informé luego sobre la personalidad y el número de fantasmas que poseía el colegio. El más desagradable era el fraile sin cabeza. Muerto en pecado, quizás en el cuarto de la torre, dejó olvidada la cabeza de su alma, por la que debía venir en ciertas noches, cargado de cadenas. Al comienzo, el miedo al fraile sin cabeza, me hacía sudar; luego hasta le llamaba burlón en la oscuridad.

La vida del colegio se abrió como una encantada sorpresa; el estudio no constituyó carga alguna ni significó pena o contrariedad. Disciplina, trabajos, profesores, y todo aquello que, en un momento, se me apareció como algo áspero, de acceso complicado y penoso, se convirtió pronto en un juego espiritual sin mayor importancia, con un poco de rutina, y otro poco de estrechez mental y de espíritu mezquino. Entre los profesores, algunos adquirieron para mí contornos de personajes y, con su enseñanza, ejercieron trascendente e imborrable influencia en mi vida ulterior.

El Profesor de Castellano —a quien los alumnos llamábamos "El Mono" Mata, por su magrura— era un hombre cenceño, canijo, con larga nariz, ancha frente, ojos acerados de mirada irónica, ironía que era acentuada por las arruguillas que se le formaban en las comisuras de los párpados. Tenía un conocimiento profundo del idioma, el que exhibía con cierta jactancia y un poco de ostentación. Conocía vasta y admirablemente los clásicos, los amaba, los gustaba y sabía hacerlos conocer.

—No solamente hay que conocer los clásicos —sentenciaba— hay que captarlos y poseerlos en el espíritu.

Dividía a los alumnos, según sus conocimientos, en categorías diversas, muy bien definidas y cuidadosamente catalogadas por él.

—Yo soy como el Señor en el Juicio Final —discursaba en la clase— separo a las ovejas de los cabritos; las ovejas a la derecha, los cabritos a la izquierda, pero muy lejos. ¡Huelen mal!

Y después de esta primera discriminación venían las demás: los que hacía sentar inmediatamente junto a él, a su derecha, eran las "Excelencias"; no llegaban a cinco.

—Son como los cinco justos de la Biblia —apuntaba sonriendo— por ellos se salva la clase, se justifica la asignatura y, por ellos, no renuncio a venir aquí a desasnar a esta juventud de mi patria.

A continuación de las "Excelencias" se sentaban los Muy Buenos; les seguían los Buenos, los Regulares, los Aspirantes;

al lado izquierdo se sentaban los Malos, los Peores, los Pésimos y los Adobes.

—Los Adobes —sentenciaba el “Mono” Mata— son como las buenas intenciones: sólo sirven para pavimentar los patios del infierno...

Jamás decidí ubicarme a su izquierda; en dos oportunidades dí saltos hasta las Excelencias, para oscilar después entre los Aspirantes y los Muy Buenos, según la mediocridad o la bondad de los estudios.

El “Mono” Mata ejercía autoridad soberana y total sobre todos nosotros; y esto a causa de que jamás nos infligía castigos corporales y, sobre todo, como repercusión de su austero sentido de la justicia. Nos desconcertaba, y nos hacía respetarle, la perspicua penetración con que descubría nuestras socaliñas, la sutileza con la que desnudaba nuestros trucos y nuestras trampas y la nitidez con que apreciaba la fuerza o la debilidad de nuestros conocimientos. Nunca exhibió entre nosotros simpatías o antipatías y siempre se empeñaba y lograba hacer paladina su crítica de todo lo que era de mal gusto.

—No olviden —subrayaba— que es verdad aquello de que “el estilo es el hombre”. Por esto, el estilo reside en la cultura que el hombre adquiere y, en especial, en el amor que ponga en acercarse a todo lo que le rodea. El estilo —añadía— no nace, recuerden que el hombre nace sin hablar palabra y sin entender palabra; el estilo se forja a través de trabajo, de estudio, de larga paciencia. No crean en la inspiración, sino más bien en la tenacidad, en la perseverancia.

Don José María Arana, el viejo de ojos azules, de grandes bigotes rubios y de rica y enrevesada fabla, era un romántico y un carlyliano, con solemne y dramático sentido de la vida. En el tempestuoso torbellino de su elocuencia, veíamos cruzar, como sobre un escenario, las grandes personalidades de la Historia. Se exaltaba y nos hacía temblar de emoción cuando nos presentaba a Pizarro hambriento y guiñaposo, trazando la raya sobre las arenas de la Isla del Gallo; nos conducía, a través de los versos de Homero que recitaba en largos trozos, de memoria, hacia la captación visiva del mundo griego y nos hacía amar la causa de la libertad y repudiar toda forma de opresión y tiranía, cuando hacía la descripción encantada de la conspiración y hacía cruzar a César el amplio recinto hasta la estatua de Pompeyo donde lo abatía el puñal de Bruto; cuando nos mostraba a Alejandro arrojando el agua que se le traía para beber mientras sus soldados padecían sed. Se indignaba y hacía hervir la indignación en nosotros, haciéndonos llorar con la muerte de Sócrates. Con su voz ronca y su oratoria atropellada recitaba trozos bellísimos de Esquilo, de Eurípides, de Sófocles, de Platón y de Epicuro, y

parecía poner un acendrado empeño en cultivar en nosotros la voluptuosidad del heroísmo y el amor por la potencia creadora.

Aquel viejo era, incuestionablemente, muy superior al medio en que vivíamos; era una de sus víctimas pues la mezquindad del ambiente lo constreñía y lo argollaba. Y, como si tratase de vengarse del fracaso que la vida le imponía, alentaba en los muchachos el amor por horizontes grandes, por obras eternas, por una vida heroica. Bueno y generoso, se nos aparecía, ante los ojos asombrados, como un trágico cuando exaltaba las luchas y los sufrimientos de los hombres y de los pueblos, en sus marchas penosas y heroicas hacia la conquista de la libertad. El mismo era un enamorado de la Libertad, un maestro de energía que nos enseñaba a amarla. Sabía que le apodábamos “Bocón” y reía apostándonos que bocón era el arcángel que debía tocarnos la trompeta el día del Juicio Final.

El profesor de Historia era un negro con los párpados abultados como dos nueces, bajo los cuales se agitaban vivaces, un par de ojos de extraño brillo satánico. Había viajado por Europa, Asia y Africa, leía sin descanso y no nos ocultaba que conocía bien que le llamábamos “zambo gallinazo”.

—Si el hombre valiese por el color de su pigmento —remarcaba dirigiéndose a uno de los muchachos rubios de la clase— el papá o los tíos de usted serían los profesores de Historia, y no yo por cierto. Pero, no hijo mío... el talento tiene poco que ver con el color del pellejo; Manco Cápac fué indio y el creador de un Imperio... tu papá, no.

—Yo sé bien —añadía en otra oportunidad— que ustedes andan diciendo “zambo gallinazo” que por aquí, “zambo gallinazo que por allá” pero, aprendan desde ahora, amigos míos, que lo que vale en el hombre no es el pigmento más o menos claro de su piel sino su calidad mental, la potencia de su espíritu, el vuelo de su inteligencia.

De todos los profesores, el negro Risco era quien ejercía mayor influencia sobre el mayor número de alumnos. Lo tomábamos como a un orientador. Tenía una fabla subyugante, conversaba con extraño encanto y era un expositor amenísimo. Se deleitaba en describir los pecados de los Borgia y en exaltar la figura y la obra de Martín Lutero; otorgaba a la Reforma el carácter de una revolución espiritual inmensa en el desarrollo de la Humanidad y colocaba a Lutero, Calvino, Zwinglio, mucho más cercanos del ideal cristiano que los príncipes de la Iglesia Católica. Sus lecciones eran eminentemente persuasivas, tenían el sortilegio de la novedad, la tentación de la rebeldía y el prestigio de la insurgencia. Sus dos grandes amores fueron siempre Martín Lutero y los Jacobinos y sus grandes odios, los tiranos de todas las épocas.

Las lecciones de Historia del Negro Risco eran completadas en su orientación por las del profesor de Ciencias Naturales, el doctor Pérez Velásquez, hermano del Juez, amigo de mi casa paterna. El fué el primero que me conmovió hablando de "la ingenuidad del Génesis". La sacudida se tornó más profunda y de más vastas consecuencias cuando expuso, con verdadero amor didáctico, la Teoría de la Evolución de las Especies de Darwin y más todavía cuando nos mostró, cual si se deleitase con nuestro asombro, los descubrimientos y las teorías de Haeckel.

Los recios cimientos de mi fé religiosa eran insensiblemente carcomidos. Las exposiciones crudamente materialistas del doctor Pérez Velásquez y las lecciones del Negro Risco, arietaron la fortaleza de mis creencias infantiles. Rebeldes contra el dogma, laicos y heréticos, horadaron la coraza dogmática y abrieron las fisuras por donde debía penetrar la crisis del creyente, por donde se deslizó el explosivo que debía hacer tambalear mi fé, como roca dinamitada.

Mientras el profesor de Historia era un crítico audaz, humorístico y herético, el profesor de Geografía era un soñador que estaba persuadido sin duda de la verdad de la sentencia shakesperiana: "La vida está hecha de la misma tela de que se hacen los sueños". Lo apodábamos "El Loro", a causa de su nariz ganchuda, de su voz gruesa y gangosa y del jaquet de amplias alas que usaba habitualmente.

El Loro Gallardo, no se limitaba a indicarnos sobre el mapa dónde quedaban los países y sus capitales, los ríos y los puertos. Nos hacía ingresar en las ciudades, como en una alfombra mágica obsequiándonos descripciones que parecían cuentos de hadas, en los tiempos en que el cinema no era para nosotros sino una complicada lección de Física. El Loro Gallardo, entrecerrando los ojos, nos paseaba a las orillas del Sena y del Támesis. Describía con fidelidad, elegancia y verdadero amor, las maravillas arquitectónicas de la Basílica de San Pedro, de Notre Dame, de la Catedral de San Pablo, de la Giralda, de las catedrales de Reims, Chartres, Colonia, Burgos. Nos hacía ascender a la Torre de Eiffel y a la cúpula de los Inválidos, al Acrópolis y a la Torre de Londres. Llevados por su descripción entusiasmada cruzamos los jardines del Vaticano, Hyde Park, las Tullerías y los Champs Elysées, la Quinta Avenida, Copacabana, la Avenida Mayo y el Central Park. Con él ingresamos, por primera vez en la vida, al Louvre y al Ermitage, al Museo del Prado y a la "National Gallery". Y nos enseñó a mirar y a ver la Victoria de Samotrachia, los caballos de Corot, los Enanos, las Meninas y los Borrachos de Velázquez, los Cristos del Greco y las Brujas de Goya. Aquel hombre nos deslumbraba con un mundo lejano, totalmente ajeno a la vida y al ritmo de aquel pueblo quieto donde no pasaba nada, donde no habían sino aquellos templos de piedra que de-

jaron trunco los conquistadores, como si repentinamente se hubiesen visto perseguidos por el espectro vindicativo del Inca Atahualpa.

Aquel profesorado que contribuyó a mi formación creo que estaba poseído por el mismo espíritu que dominaba a mi padre. Eran descontentos que anhelaban un cambio; era claro que estaban persuadidos de que el país lo necesitaba. Y esta idea estaba en su ánimo radical, en su altivez espiritual, en la acritud y la pertinacia de su protesta.

Una tarde, apenas terminadas las clases, alguien llegó a la casa del Rector a avisar que mi abuelo estaba gravemente enfermo y que solicitaba verme. Sólo se me consintió ir a la casa del Coronel a la mañana siguiente. Cuando llegué, ya el abuelo estaba frío y rígido; lo vestían de negro y su peluquero, don Ramitos, le peinaba las barbas fluviales que se derramaban como espuma sobre su pecho. El viejo tenía una majestad impresionante. Nos vistieron de negro y marché tras el féretro evocando su olor a tabaco en los bizcochos, sus ojos azules sin luz y aquella mano de largos dedos que se extendían sobre mi cabeza para bendecirme.

Retorné al colegio y fuí drásticamente segregado de mi familia paterna durante cuatro años, hasta el día en que el azar político hizo que el Coronel fuese designado Prefecto de la circunscripción y que el Rector se alejase, saliendo a otra ciudad. Pasé de la tutela del Rector a la del Coronel, y mi familia paterna me recibió con fiestas dignas del Hijo Pródigo.

Las estanterías de la biblioteca del Coronel estaban repletas de libros: varios millares de volúmenes amontonados sin ningún criterio selectivo. Con mi fé tambaleante, hundido en una tempestad de dudas, estremecido por el avatar de la pubertad, tenaceado por una aguda crisis de conciencia, me entregué a leer; a leer apasionadamente, sin fatiga, con voracidad, viviendo literalmente en el mundo que esos libros presentaban.

Proust, Dostoiewsky, Víctor Hugo y un día "La Vida de Jesús" de Ernesto Renán. Este libro escrito en maravilloso estilo, impregnado de piedad sensual y humana, fué una lectura penetrante. Ví a Jesús caminando con los pies descalzos por las calles de Nazareth y por los caminos de Galilea. Lo ví con otros ojos, bajo una luz y con mirada distintas. Mi madre me había presentado un Jesús y Renán me presentaba otro: más humano y más heroico que el otro, aunque siempre quizás demasiado divino para acercarse hasta la tragedia del adolescente que duda, hasta la injusticia que muerde la carne del pobre diablo y del desheredado.

Después de Renán llegó Federico Nietzsche. Su prosa abstrusa y lancinante, sus frases buriladas y terribles, su filosofía agresiva, y orgullosa, entraron en mi espíritu como elefante en bazar de porcelanas. Renán y Nietzsche, junto con los dos o tres profesores de San Ramón, terminaron con la obra pertinaz y laboriosa de mi madre.

¡CUAN VERDE ERA LA ALDEA...!

CONCLUIDA la instrucción secundaria, la falta de medios económicos me vedaron el ingreso a la Universidad y la conquista de un título profesional. Así fué que el término de los estudios del colegio significó más un nuevo problema que una solución.

Habían dos firmas comerciales en la ciudad, a las que se denominaba "Casas Fuertes", quizás por el capital con que giraban. A una de ellas ingresé, bajo la dirección de Carlos Capelli, italiano, gran amigo del Coronel. Capelli era un hombre atlético. Su rostro, salpicado de pecas, emanaba una serena bondad. Poseía una cultura prodigiosa en Arte y en Literatura. Era garibaldino, liberal e insurgente; había sido discípulo de Don Bosco y no sé por qué razones estaba allí en aquel pueblo quieto, dirigiendo un negocio de abarrotes.

Los años de trabajo que transcurrieron donde Sattui & Cía., sirvieron no solamente para iniciarme en la faena de ganarme la vida, sino —lo que fué más importante— para penetrar de modo más franco y esencial en la vida de mi pueblo, que es la de centenares de pueblos latino-americanos. La Naturaleza era gloriosamente alegre, pero dentro de ella se movía una vida lenta y viscosa. El ambiente era constrictor y molía el porvenir de las personas como los molinos muelen el grano: hasta volverlas literalmente polvo. La vastedad del horizonte geográfico, chocaba en rudo contraste con la mezquindad del horizonte espiritual. Los hombres no sabían qué hacer, no podían ocuparse en nada. La vida se les estancaba dentro de la piel como el vino espeso dentro de un odre. La ciudad vegetaba asfixiada por los latifundios que abarcaban las sierras y los valles, las cañadas y los cuatro puntos de la Rosa de los Vientos.

Corría un agua densa, cubierta por espesa nata, por las acequias que surcaban las calles. De ellas se alzaba un olor a vespasiana, a establo, a inmundicia fermentada. Y los niños jugaban en aquellas acequias y un buen día tenían fiebre y morían como moscas.

Niños barrigones, con las piernas arqueadas, cubiertos por una camisa que, no sabía cómo, siempre estaba sucia. A las puertas de los tugurios de adobe, oscuros y húmedos, las mujeres extrañan piojos de las cabezas de los pequeños. La miseria, la mugre, caían sobre aquella gente amortajándola despacio y mántandola tempranamente; envejecían frente al cromó del mismo calendario, del que habían desaparecido ya las semanas, los meses y hasta el año.

Los únicos seres que turbaban la quietud silenciosa de las diáfanas noches estrelladas, eran los gallos, las gatas en celo y los perros —los que, según decían, aullaban al paso de las ánimas en pena—. Alguna noche tibia y lunada, los amadores osados daban serenatas a las doncellas, bajo sus balcones. De vez en vez, alguna virgen casadera moría de mal de amores; porque según los testimonios jurados de las mujeres, en aquel pueblo la gente no sólo moría de miseria y de vejez, de males desconocidos o de tedio. Todavía, algunas veces, los niños morían de “mal de espanto” y las doncellas de “mal de amores”.

Durante tres años trabajé en la firma de abarrotes y viví con intensidad la vida de mi pueblo. Sentía desgarradoramente en el punto más sensitivo de mi ser, que era verdad el dicho del abuelo: aquel pobre pueblo nacía en el suelo, comía en el suelo, dormía en el suelo, paría en el suelo y moría en el suelo.

Una mañana, Capelli cayó herido, víctima de accidente casual. A un mecánico ambulante se le escapó la bala de su pistola y el proyectil le perforó uno de los pulmones, rozándole el vértice del corazón. En menos de un día, aquel hombre alto, fornido, joven, fué convertido en un montón de carne que comenzaba a pudrirse. Desde entonces, ya no permanecí de pie ante el mostrador, escuchando la plática seductora, animada de cultura y humorismo, en la que se entretenía cada tarde Capelli. Salía presuroso y me marchaba a la biblioteca del Coronel, en donde leía sin descanso ni concierto.

Hube de hacer solo toda la lucha con la violenta carga de la adolescencia, con la desgarradora crisis de mi fé de niño, con la exaltación febril de la agresividad del instinto. Pensaba en la misericordia de algún ser supremo, pero no tenía pensamientos claros; eran más bien ideas vagas, tentaciones voluptuosas, sueños desarticulados, que se alzaban como una neblina o como una humareda.

—Es un sentimental, con una infinita capacidad de absorber sufrimiento —sentenciaba el coronel, queriendo definirme— tiene temperamento, es valiente y es terco. Y eso se lo van a hacer pagar.

El Coronel enfermó y los médicos sentenciaron que no llegaría a la edad del abuelo. Y esto me infundió un gran pavor, me sumió en un grave desconcierto. Para nosotros, el Coronel

había sido siempre el arquetipo del valiente; escuchábamos asombrados las reseñas de sus batallas y las peripecias de sus montoneras. Y tendido en el lecho, enfrentando a la muerte, comenzó a exhibirse como un pobre ser ganado por el espanto. El Coronel no quería morir: le ví llorar un día como un pequeño desamparado; tiritaba, temblando de pies a cabeza.

—¿Tienes frío? —le preguntaron.

—¡No... no es frío, es miedo a morir! —respondió con voz segura. Y un hilo de lágrima corrió por un lado de su rostro apergaminado.

Duró cien días yacente y cada vez peor. Hacía encargos, daba consejos, se despedía despacio y bondadosamente de cada persona, de cada cosa, de cada recuerdo de la vida que había vivido.

—Es demasiado duro morir tan despacio —murmuraba—. ¡Una sola cosa, tú —me dijo una mañana tomándome la mano y como despidiéndose— jamás te traiciones a tí mismo; que lo demás no te importe!

Un día llamó a todos en torno a su lecho; nos bendijo con la misma bendición que el abuelo. Sus ojos azules se clavaron sobre el rayo de sol que penetraba como cilindro luminoso por el hueco de la cortina agujereada; el haz de sol venía a morir sobre el pedestal de un candelabro de plata. Tras la mampara de cristales, la gata “Perla” arañaba la jamba, tratando de ingresar a la habitación de la agonía.

El rostro del moribundo pareció enharinado por la muerte. Se crisparon sus dos manos empuñando el cobertor y clavando las uñas en la tela.

¡La bandera! —deliró— ¡La bandera...! —y dejando caer su mentón musitó: ¡Todo, todo tiene su fin...! Abrió la boca echando la cabeza hacia atrás y se quedó quieto. No se movió más...

La base del candelabro refulgía con la luz del sol; la gata “Perla” había ingresado y maullaba sentada sobre sus patas traseras. Las mujeres lanzaban gritos, llamando al viejo con frases cariñosas.

En la sala contigua, donde se hallaban reunidas muchas personas, se presentó el Juez, vestido de negro, y con actitud, gesto y voz de actor dramático, exclamó:

—¡Señores, ha muerto el vencedor de San Pablo...!

El derrumbamiento del Coronel se expresó en mí en un sentimiento extraño: sentí que el destino de mi propia vida cesaba de ser exterior a mí, para actuar en adelante desde el fondo de mí mismo. Y allí, ante su cadáver, resolví abandonar aquel ambiente, salir en busca de otros horizontes y hacerme un porvenir.

Lo enterramos con honores militares: había sido el forjador de una victoria en infausta guerra nacional: su hermano

había caído junto a él en el campo de batalla. Echamos tierra en el hueco donde había descendido su ataúd y le lloramos con amargura.

Un mes más tarde, la madrugada era fresca, el sol luminoso y la vida quieta como siempre. La ciudad se iba quedando abajo mientras yo me amputaba de la comunidad de mi natío sin ruido, quedamente. El caballejo trepaba la cumbre andina cargando mis alforjas flacas y mi angustia inmensa. Sobre la roca granítica me encontraba ya solo, frente al porvenir: abajo estaba la campiña con todas las ricas tonalidades del verde, con sus dos riachos que corrían en la vaguada del valle. Allá quedaban la madre, los hermanos, la adolescencia, la sangre. Más arriba, al otro lado de la cumbre, una tempestad furiosa se descargaba sobre la tierra. Miré hacia el abra por donde entraron Francisco Pizarro y su diminuta legión a conquistar el Imperio. Espoleé al animalaje y me hundí en la tempestad.

Habitado, desde siempre, a la naturaleza silvestre y paradisíaca, la visión del ferrocarril resultó fascinante. El convoy empezó a moverse muy de mañana; es bien probable que sólo se deslizara a mucho menos de treinta kilómetros por hora; hacía largas paradas en cada villorio, en cada hacienda. Rodaba y al rodar parecía consumir todos los matices del verde, todas las tonalidades del azul, todo el milagro magnífico de luz, para entregarlo transformado en gris uniforme, en parduzco sucio, como si la humareda de su chimenea lo sumergiese todo.

A medida que el tren descendía a la costa, el paisaje aparecía yermo, reseco, polvoriento. Cerros galayos, dunas calcinadas, llanos ocres, grises o de un sepia oscuro. Y, por todos los puntos del horizonte, polvo terroso, arena impalpable que se introducía dentro del cuerpo, en la garganta, dentro de las casas, en lo permanente de la vida de los moradores, con más sutileza que el aire. Lejos y en breves manchas verdosas, el yermo era vencido por el triunfo empenachado de las guajanas de la caña de azúcar. . . pero luego, volvían la arena, el erial, el desierto.

En un atardecer pesado, hecho de sabor áspero, de olor vinagre y de dolor de cabeza, el tren llegó a Pacasmayo. Un puerto triste, chato, polvoriento y caliente. Las gentes allí se movían muchísimo más apresuradas que en la serranía, sudaban copiosamente, hablaban con acento diverso y daban una impresión tal vez más triste: sobre su miseria caía el polvo parduzco del desierto; se les pegaba sobre el sudor, les formaba una costra sobre las aletas de la nariz, les corría como un grueso goterón de mugre desde las sienas, arrastrándose delante de las orejas hasta la barba. Cuando los trabajadores escupían, arrojaban lodo; cuando las mujeres iban a servir la comida, sacudían el polvo de los platos y cuando la transpiración mojaba la columna

vertebral, se sentía que sus gotas se deslizaban pesadamente, mezcladas con polvo de la tierra.

La tragedia de todo el litoral ha sido y sigue siendo la falta de agua; allí prevalece la sequía eterna y la leve llovizna invernal parece no tener otra misión que yermar aquella tierra y mantenerla como paisaje lunar. Sobre ese horizonte desolado, sobre ese páramo elegíaco, se alzan raquíuticos, tristes, polvorientos, los poblachos y los hombres, sus casas y sus vidas, más grises todavía. Es como si todo estuviese taraceado en el sequedal.

Eran los años de la primera guerra; el barco tardaba semanas en arribar y la permanencia en el hotel devoraba mis ahorros. Tuve miedo a encontrarme con el peligro de regresar; las pesadillas del regreso torturaban mi sueño, hasta que un día mi alma tuvo la fiesta del barco.

Mar afuera se mecía, blanco y pequeño, el "Urubamba".

Por un pasaje de tercera clase fui embarcado y en realidad arrojado en un cuadrilátero de hierro, separado por una barrera de tablonces del establo de vacunos: una muy amplia abertura dejaba ver el cielo; el mar solamente era escuchado. La noche fué larga y penosa, el día tórrido y más mal oliente que la noche. Hasta que se anunció el arribo al Callao en una mañana asoleada y calurosa de marzo.

Desembarqué, me eché a la calle con un paquete bajo el brazo, que era todo el equipaje. Un tranvía me condujo hasta Lima: donde sufrí aguda decepción: no era en absoluto la gran ciudad de mi fantasía, la agitada urbe de mi sueño arbitrario; era la ciudad atrasada, capital de un país más atrasado aún.

Al arribo, me subyugaba un cansancio agobiante; sentía los huesos como de cera, estaba pegajoso, despedía un olor agrio, tenía una barba rala y crecida y al mirarme en un espejo de la calle comprobé que llevaba una camisa pringosa. ¡Cómo se hace salobre el gusto de todas las sensaciones en circunstancias como aquella. . . ! ¡Qué repugnancia nos da vivir. . . ! ¡Y cómo se palpa la tentadura de las paredes mohosas de un pozo en el que se sienta haber caído y del que se imagina no poder salir nunca. . . !

Encontré un albergue en el que solo se permitía dormir, estando vedado permanecer en él durante el día. Una vasta sala del convento de San Agustín, que el arrendatario — un viejecillo encanijado, mefistofélico — había dividido por medio de tabiques de madera en celdillas en las que no cabía sino una cama muy angosta, con un colchón de paja. Había un lavatorio general, una ducha de agua fría y un gran barreño para lavar la ropa.

Por la noche lavé la ropa interior; muy de mañana me dí un baño y salí a las calles, a conquistar la ciudad, adoptando el método que emplea la infantería en las guerras: caminando a pie y tomando — por así decirlo — calle por calle y casa por casa. S6-

lo a través de ésta que llamaremos táctica, las ciudades nos entregan la esencia de su alma: el tranvía, el autobús, el taxímetro, sofistican y adulteran el alma de las ciudades. A pié, en cambio, captamos su verdadera esencia: penetramos en sus recovecos, manipulamos sus coordenadas y sus abcisas, estereotipamos en la mente sus letreros, sus balcones, sus esquinas y sus plazuelas.

BAJO PENDON INSURGENTE

A MARGA y angustiosa, cargada de sudor mugriento y de acedo cansancio, fué la búsqueda de trabajo; los certificados de Sattui & Compañía no poseían la eficacia que mis esperanzas les habían atribuído. Las cartas familiares a personas amigas, no tenían otra virtud que atraer sobre mí una catarata de consejos, frases compasivas y voces lamentosas. Rehusé la idea de ingresar a la Escuela Militar, pensando que los estudios allí durarían cuatro años durante los cuales no podría ayudar a los míos. Sentía pavor ante la posibilidad de que mi madre muriese y, en consecuencia, mis hermanos quedasen en abandono total. Y aquellos días, el cielo era como de plomo y la tierra hervía bajo los pies; el amor a la vida se reseca y había mal olor en el ambiente.

Mi encuentro casual con Herr Albert Köbrich, amigo de mi casa y alto empleado de la firma alemana que trabajaba en mi ciudad natal, abrió mi horizonte: ingresé a las oficinas de Hilbek, Kuntze & Compañía, laborando con su gerente, don Félix R. León. Como a mi jefe le agradaba laborar desde las últimas horas de la tarde, hasta la media noche, utilizaba mis horas diurnas en leer y leer en la Biblioteca Nacional.

El mundo entero y mi juventud doliente fueron sacudidos por un retumbante acontecimiento: la Revolución Rusa; nuevos nombres y nuevas palabras aparecían en las columnas de los diarios: "Los Bolsheviquis", Lenin, Karl Marx, Trotzky, Zinoviev, Federico Engels, "Los Soviets", "Los Mensheviquis", "La Checa"... Y todo esto moviéndose trágicamente sobre la vasta estepa rusa, dentro de la dolorosa vida rusa. Porque la vida rusa se me presentaba, a través de sus literatos, una existencia lastimosa, análoga a la que arrastraban las gentes de la serranía y de los poblachos polvorientos y resecos de la costa. Identificaba al indígena de mi país con el mujik y a su desdichada mujer con la mujer del indio de los Andes. Y este hondo y anonadante dolor justificaron ante mí la insurrección, la protesta airada y sangrienta, el alud tempestuoso de la cólera popular sin ataduras.

Los bolsheviks anunciaban el advenimiento de una sociedad más humana, que venía a conceder al hombre la libertad de la miseria; proclamaban que traían en los brazos la aurora de un nuevo día para todos los desheredados de la tierra; alzaban en alto la dolida esperanza de todos los que carecíamos de mañana y se hacían presentes, marchando en la Historia, como los rendidores de todos los pobres del mundo. Yo no podía dejar de estar al lado de ellos. Y fué desde aquellos instantes que me hice fervoroso comunista, ardiente partidario de la Revolución Proletaria y de una causa cuya doctrina, cuyo programa, cuya ideología ignoraba por completo.

Mi madre era trasladada a un poblacho más mísero, de clima insalubre; mis hermanos crecían en aldeas de ambiente aplastante. Tenía que procurarme otro trabajo que me proporcionase más dinero.

A una de mis muchas solicitudes, respondió Fort Hermanos. La ferretería de la calle de Lescano tenía un aspecto vetusto e interiormente era un antro sombrío repleto de tubos, varillas de hierro, codos, pernos, niples y crisoles. Julio Fort, el jefe, era un hombre alegre, charlador, y bondadoso. En aquella ocupación me inicié ganando cien soles mensuales, en vez de los cuarenta y cinco que ganaba con el señor León. La situación de mi madre cambió; pudo abandonar la aldea y vivir en la ciudad. Durante siete años laboré sin fatiga; ahorré gratificaciones y aumentos y un día pude llevar a la capital a mi madre y a mis hermanos. Esta acción me hundió en un placer infinito: sentía que con mi esfuerzo estaba reconstruyendo el hogar que la desgracia había derrumbado; lo alcé en mis dos brazos y experimenté el orgullo divino o satánico del realizador. Pensaba que la vida se abriría ante mí como una pista libre de obstáculos... ¡era como la borrachera de una inmensa victoria...!

Mientras la Revolución Rusa se consolidaba, al otro lado del planeta, la convulsión social posterior a la guerra agrietaba la costra feudal del país. Hizo eclosión un movimiento nuevo; resonaron por primera vez, en el seno de aquella sociedad amodorrada y arcaica, las palabras socialismo, sindicatos, proletariado, jornada de ocho horas, explotación del hombre por el hombre, pliego de reivindicaciones... huelga...

En las grandes reuniones obreras que se realizaban en las plazas y en las avenidas, Nicolás Gutarra y los dirigentes obreros anarquistas, arengaban a la muchedumbre altivecida.

—Pedimos una sola cosa, grande y simple a la vez: que se nos consienta vivir como seres humanos; que nos sea permitido vivir como hombres y no como bestias de carga. Si para defender este derecho elemental a la vida es preciso que nos rebelamos, pues, camaradas, rebelémonos.

La muchedumbre congregada en torno a las tribunas, rodeada de policías, fusiles, gendarmes, sables y caballos, aplaudía frenética. Era como un alarido, como un "tam-tam" selvático, como un gruñido rabioso; no era el entusiasmo de quien ha comprendido una idea, ni el alborozo del que vé modelarse el pensamiento al que no pudo dar forma. Era el zumo del rencor vuelto añejo y espinitoso por el tiempo lo que se derramaba allí, en embriaguez multitudinaria.

Observé que a la muchedumbre le sugestionaban hasta la epilepsia las palabras esdrújulas y noté que Gutarra demostraba conocer bien este gusto de la multitud, y que se esforzaba por satisfacerlo.

Una tarde en que se celebraba una de las muchas manifestaciones populares, a las que siempre fuí asiduo concurrente, los soldados, jinetes en grandes caballos, se lanzaron en una carga violenta sobre la muchedumbre inerme. Las herraduras chisporroteaban sobre los adoquines y me hacían recordar la manera como el abuelo encendía sus cigarrillos con su primitivo encendedor de pedernal. Las mujeres rodaban de cabeza bajo las patas de los caballos. Los gendarmes, desde lo alto de sus monturas, irguiéndose sobre los estribos, azotaban con las hojas de los sables las espaldas, los hombros, las cabezas de los que corrían. Desde los extremos, los oficiales disparaban sus pistolas, irritados o sonriendo, y herían o mataban a los manifestantes.

El ejercicio de aquella violencia, tan inútil como bárbara, me dió la convicción maciza de que las gentes del pueblo tenían razón para rebelarse. Quedé persuadido de que allí en esa dolorosa realidad, como en los Evangelios, la justicia estaba de parte de los pobres, de los que —como decían en sus arengas los anarquistas— tenían todos los días de dolor sin un solo día de alegría.

Allí, mis sentimientos revolucionarios, oscuros, informes y pasivos, adquirieron aristas y se hicieron dinámicos. Era imperativo combatir aquello; era un deber batirse contra tal abominación... y estoy seguro de que allí sobre la sangre me transformé en militante y devine combatiente.

Viviendo entre los empleados, conocía de cerca su drama cotidiano, su señorío que se hace tragedia, la forma en que el imperio de la apariencia devora su presupuesto. Escribí algo sobre ello y sugerí la conveniencia de crear una organización que defendiese los intereses de los empleados y exigiese leyes que los beneficiasen.

Dudé mucho; transpiré en la puerta misma de las redacciones de los diarios, y un buen día el artículo aparecía publicado en "El Comercio", diario centenario, el más antiguo del país y en "La Prensa", diario de tendencia menos conservadora que "El

Comercio". Y en la tarde, en la puerta de la ferretería de Fort Hermanos, me estrechaban la mano una media docena de muchachos desconocidos, que debían de transformarse después en amigos y compañeros de campaña: Augusto Goycochea, José Manuel Harrison, Humberto Nieri, Julio Castro, Vicente Manuel Tarazona... La conversación fué larga, el plan vasto y la iniciación de la tarea, inmediata.

Encontramos un alero acogedor en el diario "La Razón", que dirigía el periodista José Carlos Mariátegui, fervoroso simpatizante de la Revolución Rusa y propugnador y propagandista de las ideas socialistas. Mariátegui tenía una voz persuasiva que ponía al servicio de un claro razonamiento lógico. Su mirada aquilina y diáfana, se tornaba más intensa por la fijeza de sus grandes ojos negros y por su arrogante nariz, que le daba un perfil imperativo. Los cabellos le caían sobre la frente espaciosa, de color amarillento y enfermizo. Su voz, rica en inflexiones, estaba transpasada siempre por un amable empeño persuasor, le agradaba gastar ingenio y energía en convencer y, más aún, conseguirlo. Al caminar, rengueaba como consecuencia de una operación absurda que le practicaran en la infancia. Sus íntimos le apodaban "el cojo", lo que parecía no molestarle en lo mínimo: había superado victoriosamente, sin duda, el complejo de inferioridad que debió causarle la cojera.

"La Razón" se transformó en un hogar del movimiento organizado de los empleados y Mariátegui en uno de sus más expertos consejeros. Desde entonces surgió entre nosotros la entrañable amistad que ardió incólume hasta el día de su muerte.

La empeñosa campaña solo daba frutos esmirriados y, para hacer más sombría nuestra situación, pues José Carlos Mariátegui se marchó a Italia y el diario "La Razón" cesó de aparecer bajo la presión compulsiva del nuevo gobierno de don Augusto B. Leguía, que surgía mediante un Golpe de Estado.

La crisis económica agujaba el descontento general y ello nos condujo a plantear las reclamaciones de los empleados. Audazmente dimos un plazo y amenazamos con la huelga general. Mientras el plazo transcurría, nuestra amenaza se transformó en el fatídico espectro del fracaso que se volvía sobre nosotros mismos: la gran masa de empleados nos respaldaba, pero sólo "moralmente". El temor a un desastre nos obligó a volver los ojos hacia los obreros y a solicitar su colaboración, la que obtuvimos plenaria y entusiasta.

Estalló la huelga: nuestro Comité, a la cabeza de piquetes, integrados en su mayor parte por obreros, obligó a cerrar las puertas de bancos y establecimientos comerciales. El Presidente Leguía, deseoso de ganar popularidad y de consolidar su régimen surgido de modo bastardo, convocó a una reunión a los gerentes y empleados, para buscar la solución del conflicto.

La primera batalla social en la que participé, siendo uno de sus gestores, logró éxito: los empleados obtuvieron aumentos de salarios, mejoramiento en las condiciones del trabajo y un régimen racional de descanso. Y a través de esta campaña, me vinculé estrechamente con todos los elementos inconformes e insurgentes de los diversos campos: obreros, estudiantes, intelectuales de avanzada con quienes se fundó una hermandad que se prolongó más tarde, con proyecciones en la política.

Mi primera acción bajo los pendones insurgentes me conquistó un sitio bajo el sol candente de la Revolución.

JUVENTUD, JUVENTUD, TORBELLINO...

EN ESA HORA de tempestad social, se albergaba en la Universidad la vanguardia orientadora y combatiente de la lucha por la dignidad humana y por una decorosa vida democrática en el país. Además, la Universidad aparecía como el manantial de los más altos conocimientos, todo lo que hacía de ella un campo de gravitación espiritual ineludible. Mediante estricta racionalización del trabajo, obtuve organizar mi labor donde Fort Hermanos en forma que me permitía seguir el mayor número de cursos en la Facultad de Historia, Filosofía y Letras e incorporarme al encrespado movimiento estudiantil.

No se hicieron obligatorios largo tiempo ni laborioso análisis para comprobar la pobreza académica de la Universidad y lo infecundo de su creación orientadora. Vida estancada en el peripato, arcaísmo escolástico en la concepción, pedantería formular y rutina sin tradición, que se repetía a sí misma como la lluvia; concilio profesional en el que no despuntaba un maestro o un guía, sojuzgado por un espíritu burocrático y administrativo, al que preocupaba la concesión de títulos y no la forjación de una élite dirigente y conductora.

Al lado de esto, un ambiente estudiantil electrizado por las más elevadas e intensas inquietudes sociales, políticas y humanas, animado por grupos de orientaciones diversas y, en sus extremos, de tendencias antagónicas. Más, en medio de la abigarrada disyunción, preponderaba el pensamiento unitivo de la lucha unánime en defensa de la libertad, del combate acometiente contra la dictadura que el Presidente Leguía estaba implantando en el país. El "grupo de los rojos" reunía a los exaltados partidarios de la revolución: de una revolución imprecisa, sin caracterismo ni matiz, pero revolución, cambio, transformación. Su distintivo esencial era que lo constituían estudiantes pobres y provincianos con gruesa herencia racial indígena. En el seno de este grupo fué incubada y nutrimientada la figura brillante de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien ascendió, más tarde, a los planos sobresalientes de la política del país.

Haya de la Torre era lo que se dice un "niño bien" de la capa aristocrática de la sociedad de Trujillo, la ciudad fundada por don Francisco Pizarro, en homenaje a la tierra de su natío. La sociedad trujillana guarda en relicarios sus escudos y sus blasones, se contempla en los campos de gules y vibra emocionada con los leones rampantes. El orgullo señorial de su prosapia ha dado tema para que la tradición humorística o la bigardia de los plebeyos asevere que en la Plaza de Armas de la muy noble y muy señorial ciudad de Trujillo, está sepultada la pantorrilla de don Quijote de la Mancha, atribuyéndose aquí a la palabra pantorrilla el sentido peculiar de arrogancia jactabunda y de fachendosa ostentación.

Víctor Raúl era así un aristócrata, pero sólo aristócrata de provincia y, lo que para él era peor o mejor, un aristócrata venido a menos por su carecimiento de fortuna. Esto último, sobre todo, le vedaba alternar mano a mano con sus pares, o con quienes estimaba como sus pares en la capital. Y esta situación material inflexible, le arreaba terca y astringente al lado de los estudiantes pobres, de los provincianos oscuros, de los cholos de pigmento acóbrado, pómulos apezonados y bocas bezudas. La vida trazó ante él una disyuntiva tajante: o marchaba aislado, o se juntaba a los descontentos y a los resentidos. Y Víctor Raúl no tenía temperamento de solitario, ni categoría de anacoreta.

Mientras Haya se desprendía de su placenta aristocrática para hacerse adalid de los grupos de avanzada, José Carlos Mariátegui regresaba del viaje a Europa. El fino observador y tenaz estudioso que había en el noble intelectual, logró la captación de la esencia misma del drama europeo y mundial, ulterior a la primera guerra. Recolector acucioso de las mejores exégesis de los fenómenos sociales, exhibía con acerado espíritu crítico las más recientes corrientes filosóficas y se proclamaba "socialista militante", "marxista convicto y confeso", "defensor del marxismo y de la Revolución Rusa". Las conferencias de José Carlos Mariátegui alcanzaron honda y dilatada sonancia en la conciencia intelectual del país y en sus sectores obreros más despejados y sirvieron de tractivo hacia las filas de avanzada y enriquecieron en calidad y cantidad el fermento de la levadura revolucionaria. Mariátegui fué el promotor de una nueva temperie espiritual; con sus discursos, sus artículos, sus libros y sus tertulias del "Rincón Rojo" inauguró una época nueva en el pensamiento del Perú.

Por aquel tiempo, el Presidente Leguía, con el ánimo de fortalecer su gobierno —al que imprimía un carácter dictatorial creciente— y con el subrepticio designio de preparar la imposición de su permanencia arbitraria en el poder —lo que realizó más tarde— dispuso la consagración oficial de la República al Corazón de Jesús. Era inequívoca, en la aparentemente devota dispo-

sición, la finalidad de ganar el apoyo incondicional del sector católico más fervoroso para la política despótica que estaba imponiendo y agravando.

La resolución del dictador creó una corriente unívoca en la Universidad y engendró la tregua inmediata entre las tendencias opuestas y distantes: los rojos revolucionarios y los conservadores civilistas, el círculo protestante capitaneado por el pastor inglés John A. Mc. Kay, y la masa indiferente fundieron su colaboración en la campaña opositora. Y los obreros —pletóricos de exaltación anarquista— se sumaron entusiastas a la vasta coalición adversa a la dictadura de Leguía. En realidad, la consagración al Corazón de Jesús sirvió sólo de pretexto para la agitación y la convocatoria a la batalla.

En turbulenta asamblea estudiantil se levantó el pendón rebelde, no solo contra el propósito de Leguía, sino contra sus métodos de abuso y su régimen anti-democrático. Los oradores tronaron —no ya contra el Corazón de Jesús, ni contra la proyectada consagración, sino contra las arbitrariedades, atropellos y crímenes cometidos por la dictadura contra los ciudadanos.— Fué, sin duda alguna, una batalla calificada en defensa de la libertad.

En la tumultuosa asamblea predominó la idea general de hacer algo que significase oposición, fuese lo que fuese; y la idea muy concreta de hacerlo de inmediato y a barrisco. El desarrollo de la acandilada reunión ofreció, en medio de la recia de los alaridos y los anatemas, la más rica variedad de incidencias: desde el dramático anuncio del sitio de la Universidad por tropas de todas las armas y el emplazamiento de nidos de ametralladoras frente a las puertas de la vetusta casona, hasta el sainete bullicioso del clamoreo que exigía con tenacidad la presencia de un orador que ocupase la tribuna sólo para distraer a la concurrencia, en tanto que el comando de la acción estudiantil redactaba las mociones que debían ser entregadas a la prensa como acuerdos del estudiantado.

—¡Qué suba a la tribuna Calibán! —gritaban—. ¡Arriba... que suba!

Y no como un monstruo, sino más bien como sintiéndose un dios de aquella tempestad juvenil, erguido y sonriente, con sus enormes anteojos, ascendía a la tribuna Carlos Alberto Izaguirre, cuya presencia era saludada con un bramido:

—¡Calibán... Calibán... Calibán...!

Y se derrumbaba el clamoreo en un brusco silencio, mientras una risa de niño bañaba su rostro de viejo.

—¡No... no... camaradas, compañeros, señores —declamaba con ímpetu teatral Izaguirre— Calibán... no... jamás... Ariel... siempre el mirífico y luminoso Ariel...

—¡Calibán... Calibán... Calibán...! —alaridaba la muchedumbre en un vocerío único.

—Yo sé bien que ese es el grito nefando de la Derecha, del mefistofélico civilismo, camaradas... compañeros... señores... clamaba Carlos Alberto, mientras una sola carcajada alegre y prozac a la vez, se mezclaba con el nombre del héroe shakespeareano:

—¡Calibán... Calibán...! ¡No... reaccionarios... Ariel!

Se hizo silencio para escuchar las mociones y aprobarlas; votadas por aclamación, estalló la carga explosiva:

—¡A la calle... a la calle... a batirse contra la tiranía... a pelear por la libertad...! ¡La libertad no se pide, se conquista...!

El río humano llenó los patios y los estudiantes que salían se encontraron con la afluencia de los obreros que llegaban de las fábricas. Allí estaban alegres y resueltos los capitanes anarquistas, con sus pendones enrollados, contentos de librar una escaramuza contra la "Trilogía: Iglesia, Estado y Capital". Allí se presentaban centenas de mozos desorientados que no sabían sino que estaban hartos de miseria, de mezquindad, de enruinamiento; se sumaban gruesos contingentes de muchachos que deseaban algo grande, pero que no sabían qué era, ni en qué consistía, ni cómo era factible conseguirlo. Y en medio de esos grupos, vestido de negro, con el saco roto en una de las axilas, con el sombrero en la mano, carialzado y agresiva la nariz aguileña, con la boca como detenida en una mueca de asombro, avanzaba Víctor Raúl Haya de la Torre.

El remolino humano se organizó en columna; la muchachada de Letras y de Ciencias —lo más joven de entre la juventud— asumió la vanguardia. Los adolescentes son quienes exhiben mayor acometividad y un valor más temerario. O es inconsciencia del valor de la vida o un hiperestésico amor propio, o quizás lo que es el heroísmo humano en la sublimidad de la acción de abnegarse, dándose a una idea. Tal vez, era la explosión de la seguridad y del olímpico orgullo de vivir, lo que hacía que nos lanzáramos al peligro gritando como los héroes de Shuman: ¡Viva la muerte...!

El primer choque con los cordones de gendarmes y policías fué violento y breve. La vanguardia juvenil los rompió, arrollándolos y desbordando su agresiva avalancha; la escaramuza fué un impacto seco y decisivo: los policías a pié, al recibir los primeros golpes se replegaron doblegados por el número. El repliegue enardecido a la mozada; grupos fuertemente tomados de las manos se alzaban en un salto colectivo y, lanzando los pies por delante, iban a caer como un proyectil sobre los pechos de los gendarmes; muchos de los atletas universitarios estaban allí de

mostrando ante sus camaradas la potencia de sus puños, la destreza de sus saltos y lo elástico de su juego de piernas. Los obreros anarquistas habían traído cadenas de hierro enfundadas en cuero, bolsas alargadas llenas de perdigones, con las que descargaban golpes aniquiladores sobre los gendarmes y policías.

La manifestación se rehizo después del primer choque en un tumulto de fiebre común; el pensamiento colectivo pareció oscurecerse para univocarse poderoso en la idea fija de pelear y vencer aquella tarde; el miedo individual se extinguía bajo aquel recio vendaval; las piernas del hombre invadido por el miedo tendían a huir, pero el campo de gravitación del valor humano hecho hoguera y torrente, atraía de manera inevitable. La muchedumbre, como un tropel de tropeles de animales se descargó violento por una de las calles, cantando con voz ronca, el Himno de la Juventud:

Juventud, juventud, torbellino,
soplo eterno de eterna ilusión.

Mientras la infantería derrotada se retiraba, cargando las armas y recogiendo del suelo los kepis y las jinetas, frente a los manifestantes apareció la caballería. Los sables tenían un fulgor rojizo bajo las últimas luces del crepúsculo; los soldados, jinetes en caballos de gran alzada, tenían algo de goyesco en las siluetas y de sádico en los rostros incásicos. Se veía brillar los cañones de los fusiles pero sus bocas eran invisibles como la muerte.

—¡Los cosacos... los cosacos...! gritaron los anarquistas... para dar a su grito un énfasis de novela tolstoiana o dostoiéwskiana.

—¡Silencio...! —rugió alguien,— seguramente para asustar su pavor y otros clamaron; ¡adelante... adelante...! Los que marchaban a la cabeza, agitaban las manos llamando desesperadamente a los que venían detrás, como si les pidiesen auxilio:

—¡Adelante...! rogaban, porque su voz era de ruego...

Un tranvía se detuvo en la calzada; los pasajeros se tendían sobre el piso; las señoras, que no podían correr, por las faldas, los altos tacones y el miedo más amplio y más alto aún, se arrojaban y abrían los brazos en cruz implorando la misericordia divina. Los muchachos acodados en las ventanillas miraban el espectáculo. Y todo eso parecía el coro de una tragedia esquiliana. El conductor del tranvía, desde la plataforma miraba con curiosidad hacia el punto en donde se iba a producir el choque físico entre los manifestantes y la caballería.

—¡Adelante! —gritaban— ¡Muera el tirano... abaja la tiranía...!

El tranvía detenido estaba sirviendo de parapeto; es increíble la cantidad de gente que cabe entre el suelo y el techo de un tranvía, cuando es usado creyendo defender la vida: el número sólo se hizo ponderable para mí, más tarde, en los trenes blindados de la guerra de España.

¡Adelante! —volvieron a gritar, sonó la primera descarga. Las piernas eran de goma y las gargantas de papel secante: una sola idea martillaba obsesiva... ¡piedras... piedras para proyectiles!

Y la calle fué desempedrada en segundos. Una lluvia de piedras caía sobre el punto en donde brillaban los fogonazos de los fusiles.

¡Es magnífica una batalla callejera! Magnífica sobre todo para quien se siente actor en ella enfrentándose con los puños a las bocas de los fusiles y a los filos de los sables. Es como un éxtasis, porque el hombre llega a olvidarse de su miedo, es decir de su vida —porque la vida es miedo— y a entrar en la cima helada, yerma y serena del heroísmo.

El heroísmo juvenil de esa noche intimidó a la caballería. Sonaron nuevas descargas. Y, de pronto, el conductor del tranvía cayó suavemente, asiéndose a los pasamanos de la plataforma, sujetándose, como tratando de no golpearse en la calzada al caer, y queriendo más bien inclinarse junto al motor. Es asombroso cómo el hombre parece llenar sus últimos instantes con el pensamiento de arreglarse para morir confortablemente, de dar a su cuerpo, en el estiramiento final, la mayor comodidad posible. Sucede cual si la conciencia se detuviese en el cerebro hasta un instante más allá del último, para comandar los movimientos de los músculos, de los nervios, de las vértebras a fin de que el cuerpo no sufra gran incomodidad en el salto hacia el vacío.

Salomón Ponce, el conductor de tranvías, que se mofaba de los choferes que cruzaban su vehículo tripulando viejos carromatos, que reía satánicamente de las viejucas que se santiguaban antes de subir y que desarrollaban una escena tragicómica antes de bajar; el muchacho burlón, granuja, castigador de mujeres que se colocaba la gorra sobre la oreja, cargando la visera con el número 83, sobre la ceja derecha, estaba allí con ojos que tenían dentro el mismo fulgor de los sables y de los cañones de los fusiles. Ojos quietos, sin parpadeos, que no volverían a ver a la madre vieja, ni a la mujer sonriente, ni a las chicas que le hacían mohines tras las ventanas de reja del Cercado. Los labios donde tantas veces llevara un clavel, con el tallo cogido entre los dientes, se abrían con una sonrisa que espantaba a los vivos.

Por un juego macabro del azar, aquel hombre anónimo y completamente ajeno a la inquietud política, se convertía en el protagonista de un crimen político, que iba a ser explotado políticamente por muchos y muy largos años. Sobre aquel charco de

sangre joven, se alzó el nombre, la gloria y el renombre de Víctor Raúl Haya de la Torre.

La caballería hizo otras descargas más y se lanzó sobre la multitud en brioso y ciego tropel. Los soldados con el sable en alto, lo blandían y lo descargaban sobre las cabezas, sobre los hombros, sobre las espaldas y las nalgas de los manifestantes. En el choque cuerpo a cuerpo estaba la decisión de la batalla; si se lograba pasar más allá de la línea de caballos, pues la pelea estaba ganada. Entretenía pensar cómo el triunfo de las ideas de las corrientes políticas, hasta de las naciones, llega a depender, en un momento, de una cantidad concreta y mensurable de terreno: de la energía y la ferocidad que se pueda poner en recorrerlo; aquella noche no se trataba ya sino de veinte metros; quizás sólo de quince, puede ser que nada más que de diez. . . ¡Diez metros, en cada uno de cuyos centímetros, de cuyos milímetros, estaba erguida y pandiculada la muerte misma!

Tras las descargas, los oficiales dieron órdenes y cargó la caballería: obedeciendo a un impulso común, los manifestantes formamos una sola masa con los muros de las casas y con los jambajes de las puertas cerradas; éramos como lodo viscoso pero viviente, que se adhería a cada resquicio, que se fundía con el marco de cada puerta, con los hierros de cada ventana.

Varios caballos resbalaron y cayeron con gran aparato, mientras los manifestantes golpeaban rabiosamente al jinete caído, hasta inutilizarlo; otros, entretanto, se lanzaban con desesperación hacia el caballo que venía detrás, sujetándolo por la brida, para impedir que los prensase contra el muro. El animal retrocedía encabritándose, para recular hasta sentarse sobre las ancas; los sablazos del gendarme perdían dirección y pronto era sacado, de un modo u otro, fuera de la montura.

Las imprecaciones llenaban los alargados instantes de estos larguísimos minutos: habían caído ya media docena de gendarmes, siguieron pronto cuatro, diez, quince más: los caballos sin dirección ayudaban a romper las vallas. Y, sin saber cómo, la brecha se abrió: se colaron dos, enseguida tres más, diez, cincuenta. . .

—¡Ya... ya... por aquí... muera el tirano...!

—¡Libertad... libertad... libertad...!

Los gendarmes buscaban a su teniente y a su alférez... era como si se les hubiese roto la capacidad de pensar; aplacados y temerosos, se pegaban también sobre las paredes y se apequeñaban en ovillos de carne miedosa, para librarse de ser lapidados. No obstante su fuerza, perdían, emprendían la retirada, se marchaban. Todo el odio al blanco, el rencor que se había destapado allí, con cargas cerradas, como champaña de cuatrocientos años, se marchaba con ellos, con el sentimiento de satisfacción que se

llevaban consigo de haber golpeado, al fin, a un blanco; de haberse cobrado, un decimal siquiera, de la deuda y de la vindicación de cuatro siglos de servidumbre.

Las tropas indígenas se marcharon en repliegue, mientras la masa estudiantil incrementada por ese personaje frívolo, iluso y vacío que es "el curioso" de estas manifestaciones, engrosaba la candente pira humana que salía de allí con la sangre ardiente, después de haber olido y masticado humo de pólvora, después de haber ofrendado la vida y haber salido de esa calle venciendo a la muerte.

—¡Abajo la tiranía... libertad... libertad... libertad...!
¡Muera el tirano...! ¡Libertad... libertad...! Y mezclado entre los manifestantes, alegre en la bullanguera comparsa, gritaba hasta enronquecer.

Y aquella noche se tambaleaba el gobierno del dictador.

Después de la refriega, los manifestantes nos desbordamos, en medio de una estridente zalagarda, hasta la Plaza de Armas frente al Palacio de Gobierno. Y en uno de los bancos, convenientemente instalado, se encontraba ya Víctor Raúl Haya de la Torre, acompañado de sus amigos. Se alzó en improvisada tribuna y arengó a los manifestante que llegaban con la garganta reseca. Fué un discurso pleno de entusiasmo, incitando a la acción y anatematizando a todos los cobardes.

Habló después un obrero tranviario invitando a rendir un homenaje a su compañero de trabajo muerto en la refriega.

Lento y grave subió al banco el estudiante de medicina Luis Francisco Bustamante y ofreció el local de la Universidad para velar al muerto; citó a todos para el día siguiente a la morgue, donde los médicos debían practicar la autopsia del cadáver. ¡De allí —exclamó— lo llevaremos a la Universidad...!

El clamoreo fué como un juramento.

Haya de la Torre se entusiasmó de nuevo y habló con más ardor, con indignación y con violentos adjetivos contra el gobierno.

Era más de la medianoche cuando la manifestación se disolvía espontáneamente.

En medio de aquel alboroto juvenil me parecía ver una alborada. Allí, creía que estaba palpitante el anhelo de liberación material y espiritual de mi pueblo. La indignación de los mozuelos, era la misma que sentía yo; su cólera contra la dictadura, sus anhelos de libertad, su deseo de una vida política decente, eran como los sentimientos que abrigaba en el alma. Estaba alegre peleando, lanzando pedradas, recibiendo sablazos, porque creía orientarme hacia el encuentro del camino: el gran camino de la redención de un pueblo, que nacía, vivía y moría en el suelo pelado.

No dormí esa noche; recorrí las calles formando la comparsa que gritaba contra la dictadura; fuí a la Universidad, estuve en la Morgue y en el Hospital. Ví tendido, yerto para siempre, a Salomón Ponce; sobre los labios blancuzcos, hacia una de las comisuras lívidas, se abría, como un clavel, un coágulo de sangre.

Esta vez llegué temprano, más que nunca, a la oficina de Fort Hermanos. Las espaldas me dolían de los golpes recibidos en la noche.

¡EL QUINTO, NO MATAR...!

LA CIUDAD amaneció agitada y el pueblo lleno de alborozo; había voluntad de lucha en los ojos de las gentes de muy arriba y de muy abajo; la masa intermedia, los negociantes, los que usufructuaban privilegios concedidos por el gobierno, estaban ganados por la vacilación y la pusilanimidad.

La Universidad se convirtió en cuartel general insurgente. Era la anarquía juvenil enfrentada al abuso del poder y la desobediencia civil contra el desmán del gobernante. La ciudad estaba paralizada; los trabajadores decretaron una huelga que se extendió a todas las actividades. Y esto era lo que daba colorido y contorno a la derrota que el gobierno estaba sufriendo, a la victoria ganada por el pueblo.

El más selecto grupo de combatientes universitarios y obreros montaba guardia en la Universidad; cada portón fué convertido en barricada y los muebles apilados en los pasadizos servían de parapeto y de defensa. En el interior, la noche transcurría en medio de comentarios y vaticinios de toda clase.

—El bárbaro, casi me abre de arriba a abajo con aquel feroz sablazo —comentaba jactancioso el mozo larguirucho, nervioso, con la nariz chata y la risa tan ancha como la cara. Y desnudándose, en medio de piruetas que se hacían lentas como pasos de danza, se quitaba la camisa con tal cuidado que parecía que se estaba despojando de su propia piel, y dejaba ver el cinturazo violeta y rojizo que le había hendido la carne desde el hombro hasta la corva, atravesándole la espalda y las nalgas.

El pequeño rapaz, que nadie sabía de donde salió, llevaba orgulloso, con aire de coquetería infantil, un gorro de gasas que le vendaban la cabeza, cubriendo la docena de puntos que suturaban su herida.

El gordo y rubicundo boxeador del segundo de Letras llevaba el brazo en cabestrillo.

Y en el gran diván del salón rectoral descansaban los heridos, y quizás si alguno que se simulaba herido, para presumir de héroe.

En uno de los rincones, tendido en un ancho sofá, estaba Haya de la Torre. Sobre los hombros tenía el saco negro, colocado como capa o cobertor, con un periódico sobre la cara, con los pies en calcetines, daba la impresión de hallarse vencido por la fatiga. Bajo el diario que cubría su rostro, no se sabía si pensaba, soñaba o dormía.

Un brusco ruido exterior sobresaltó a los circunstantes.

Las voces se hicieron más altas, chirriaron los cerrojos, al mismo tiempo que los muebles eran desplazados sobre el suelo. Las miradas se concentraban en la gran puerta que se abría chirriando.

—Son Bustamante y los de Medicina, anunció el guardián del corredor.

—Esos vienen del Hospital o de la Morgue, anotó uno de los heridos.

En el jambaje de la puerta aparecieron una media docena de hombres jóvenes; todos tenían el rostro serio, menos Cornejo Köster, el rubio en quien la sangre alemana dejara una huella perenne: Cornejo reía con suave e inalterable ingenuidad alemana.

—¡El estudiante de Letras que fué herido en el muslo, ha muerto!

Se hizo un silencio espeso después de la frase.

De súbito estalló un grito salvaje. Haya de la Torre, en mangas de camisa y calcetines había lanzado lejos el saco negro y el diario que le cubría la cara, para, en medio de un nervioso palmoreo de sus dos manos exclamar como transpasado de gozo báquico:

—¡Eso era lo que nos hacía falta: un estudiante y un obrero... ¡Era lo que necesitábamos...!

Las miradas cargadas de asombro, los gestos con un tanto de aldelamiento, le rodearon presionándolo. Uno de los viejos cate-dráticos, que velaba, por interés político o por adhesión a la algarada juvenil, le susurró:

—Está usted muy agitado, Víctor Raúl; debe serenarse. Es una desgracia para todos, y en especial para la Universidad, que haya muerto un estudiante.

Haya, como transportado, volvió a gritar:

—¡Un estudiante y un obrero... pero, estupendo...!

—Por favor, señor Haya, usted está loco, imploró el profesor.

Haya pareció darse cuenta del asombro general y de lo extraños que sonaban sus gritos y la celebración. Se azoró confuso y preguntó a Bustamante:

—¿A qué hora murió... por qué murió... dónde está?

Bustamante explicó en términos médicos, con su voz grave, la causa de la hemorragia y de la muerte. Murió en la madrugada.

da. Al desnudarse se le encontró un escapulario del Señor de los Milagros y un Detente del Corazón de Jesús. El cadáver yacía en la morgue, junto al del conductor del tranvía.

Haya se había vuelto a erguir, pero esta vez con aire pensativo y con la expresión de que le invadía una amarga congoja por el fallecimiento del muchacho.

Al día siguiente, una multitud formada por estudiantes y obreros, en plena batalla contra los gendarmes y la policía, arrancábamos los cadáveres de los frigoríficos de la Morgue, conduciéndolos en vilo a través de las calles hasta la Universidad. El recorrido se realizó en medio de una lluvia relampagueante de sablazos, acosados por las cargas de caballería, soportados en forma valerosa y estoica. A mi amigo el zambo Pedraza le habían machacado el cuerpo a sablazos. Al curarlo en la cama, Bustamante decía que era muy difícil hacerlo, ya que los sablazos tenían color igual a la piel del mulato, quien pese a su postración reía de las bromas del joven médico, por quien tenía especial cariño.

El sepelio de las dos víctimas alcanzó caracteres de acontecimiento histórico. Haya de la Torre asumió la representación de los estudiantes y pronunció el discurso cuyo tema fué "El Quinto, no matarás".

El Gobierno de la dictadura sufría un rudo golpe político y moral; no hubo en aquellos momentos sector, hombre, ni partido que capitalizara en su beneficio la victoria popular. Y pasado el grueso susto, el dictador Leguía reagrupó sus fuerzas, las preparó mejor y organizó la revancha.

Cuatro meses más tarde Haya de la Torre salía desterrado rumbo al norte; con ulterioridad, todos los que alguna participación tuvimos en la campaña, fuimos saliendo desterrados del país.

José Carlos Mariátegui asumió, desde aquel momento, el comando del grupo que había seguido a Haya de la Torre. Reunió a muchos otros que no habíamos formado parte del núcleo inicial.

—Es preciso salir del campo simplemente verbal —arengaba animoso José Carlos— para entrar en el de una actividad austera, que repose sobre grandes principios. Si queremos construir algo duradero —añadía con sugestivo y contagioso fervor— tenemos que organizarnos y pensar en organizar un país que yace en la desorganización casi total. Por lo que a mí toca, ustedes lo saben, yo soy un marxista convicto y confeso.

El marxismo de José Carlos era sobre todo una vigorosa inclinación sentimental, más que una ortodoxa posición ideológica. Emotivo y romántico, seducido por la belleza de la forma, alma sedienta de las refinadas complacencias del espíritu, Mariátegui no pudo ser jamás un marxista lógico, materialista consecuente, dogmático y acabado. Su obra ha sido rudamente vapuleada por

los críticos rusos, a causa de sus devaneos sorelianos, de sus amores con el idealismo de Benedetto Croce, el amigo por quien tenía verdadera devoción, y de sus analogías teóricas e ideológicas con otro italiano, Pietro Gobetti.

El grupo se aglutinó con firmeza; se denominó a sí mismo "comunista" y "bolshévique" pero en realidad se trataba de un cardumen de gente joven, cada uno de cuyos componentes desarrollaba en verdad, la más aguda competencia en un concurso de demagogia. Del seno del grupo salían atronadoras palabras, arengas abotargadas de violencia y de cóleras teatrales, las que —a pesar de la acrisolada sinceridad con que eran lanzadas—, no eran auténtica interpretación del sentimiento popular y más bien adulación del gusto procaz de la muchedumbre. La herencia de Haya de la Torre pesó mucho más que la enseñanza persuasora, deliberadamente exenta de toda intención de autoridad, que impartía Mariátegui.

La demagogia infecunda habría desembocado en un desdichado fracaso o quizás en una reacción saludable, si la intervención policíaca no hubiese dado un rumbo diverso a esta aventura, desterrando a los principales miembros de ese grupo juvenil y expulsando del país a los que fueron considerados como dirigentes, o como peligrosos.

Mi actividad oratoria, y organizativa, mi cooperación económica en el sostenimiento de la revista "Claridad", órgano de las llamadas "Universidades Populares González Prada", mi participación fervorosa en las asambleas obreras y estudiantiles en las que se protestaba contra los actos de la dictadura y se exigía respeto por las libertades cívicas, fueron hechos que la policía captó fácil y abundantemente. Había perdido el miedo al público y llevaba los mensajes de protesta, en inflamados discursos, a Vitarte y al Callao, a las haciendas vecinas y a los obreros textiles o ferroviarios. La policía de Leguía me catalogó tempranamente entre los agitadores subversivos y los agentes de la Rusia bolshévique. En verdad, yo no tenía idea clara de nada de esto: quizás me sentía orgulloso de que la policía me apodase bolshévique. Lo único veraz y efectivo era que yo buscaba un camino para encontrar el beneficio de la gente que formaba mi mundo circundante; y lo buscaba empeñosa y hasta desesperadamente.

Una noche, en el hogar tan paciente y penosamente reconstruido, que tan largo y arduo trabajo me había costado levantar, se produjo un nuevo derrumbamiento. Los policías de Leguía invadieron mi casa en la madrugada, rompieron las puertas, saquearon las habitaciones, llevaron los libros, despanzurraron colchones y sofás. Me condujeron preso y, sin proceso alguno, sin que hubiese visto la figura de un juez ni en fotografía, fui encerrado en una prisión destinada a los presos políticos en la Isla de San Lorenzo.

Los obreros y estudiantes protestaron: declaré una huelga de hambre como un recurso para obtener mi libertad, la que anhelaba sobre todo por evitar que mi madre y mis hermanas cayeran en el desamparo. No conseguí con esto sino acelerar mi exilio. La policía me colocó en el camarote de un barco que partía para el puerto de Valparaíso en Chile; en el mismo camarote iba asimismo desterrado el estudiante de Medicina Oscar Herrera, gran amigo de Haya de la Torre y profesor de las llamadas "Universidades Populares González Prada".

En un ambiente mucho más amplio, mayorcitas ya, mis dos hermanas afrontaron la situación con energía convirtiéndose en las protectoras de mi madre; montaron un taller de costura con la indemnización que les diera Fort Hermanos, por mis tiempos de servicio, y pocos días después de mi partida, en las noches hasta muy tarde, zumbaba el rumor de las máquinas de coser. A ellas les tocaba levantar las ruinas.

Los chilenos recibieron a los desterrados peruanos de diversas maneras. La plana mayor del anarquismo, encabezada por el doctor De María, nos abrió los brazos, acogedora y cordial; las izquierdas estudiantiles, que capitaneaban Roberto Meza Fuentes, Eugenio González y Oscar Schnacke nos dispensaron cordial recepción, lo mismo que los diversos sectores proletarios.

La tirantez entre Chile y el Perú era acre en aquellos momentos, a causa de la disputa de Tacna y Arica. Sin tomar en cuenta tal situación prescindiendo de medir las consecuencias, nos confundimos con los obreros y los estudiantes chilenos de izquierda, en las protestas y en la beligerancia política que convulsionaba la vida chilena con Golpes de Estado realizados alternativamente por los viejos militares y por la juventud del Ejército.

—Ventura Maturana es el mejor policía del mundo —repetían los chilenos, incluyendo los anarquistas y comunistas— tiene olfato fino, aguda pupila y descubre una aguja en un pajar. ¡Es bien habilidoso el ñato...!

Y bien pronto experimentamos lo que significaba este ojo de águila y olfato de perdiguero. Una buena tarde nos hizo prender cautelosamente, nos puso en un tren de carga entre dos carabineros y nos hizo conducir hasta la cumbre de los Andes, donde la estatua de bronce del Cristo Redentor abre los brazos: uno sobre Chile y el otro sobre la Argentina. Rápidamente, como de un empellón sorpresivo, nos puso en el territorio de la República Argentina, sobre el camino de los Granaderos de San Martín.

LA CONEJERA DE SAN MARTIN

FASCINANTE y sobrecogedora sensación de eternidad, se apodera del hombre al cruzar la pampa argentina. La locomotora se arrastra con su convoy cargado de seres humanos, las ruedas giran y giran, el tren pasa y pasa, y el mismo horizonte está siempre delante, igual al que se deja atrás. Parece que aquella superficie no tuviese fin y que al rodar sobre ella se ingresara en el dintel de la eternidad. ¿Por qué no se tiene una sensación semejante —pensaba yo— cuando se está sobre el mar? ¿Por qué es que el mar no penetra en el alma con este espíritu de infinitud, a pesar de su uniformidad, de su rutina, de su calmada estupidez? En cambio, la pampa, su silencio, su magnitud, su vastedad aparece como el pariente más cercano de lo eterno.

¡Buenos Aires, cosmópolis...! había cantado Rubén Darío... Los argentinos estaban allí en minoría y yo llegaba a aumentar el número de los extranjeros.

Los gallegos forman un trozo considerable del pueblo argentino, y su nombre es el despectivo que los hijos de italianos, judíos, turcos o yugoeslavos, dan a los emigrantes arribados de España, sea cual fuere la región de su procedencia. Y en aquella oportunidad de nuestro arribo a Buenos Aires, gallega fué la salvación, la esperanza y la posibilidad. El dueño de la pensión era un gallego carrillado, de ojos aventanados y con el brazo derecho paralítico. Tenía el aire y el color desmayados y el rostro con la expresión de haber absorbido largo dolor físico. Conservaba, no obstante, un agradable buen humor. En su casa de huéspedes de la esquina de Tucumán y San Martín habían encontrado acogimiento y no sólo hospedaje, muchos de los desterrados por el dictador Leguía.

El poeta Luis Fernán Cisneros, director del diario "La Prensa" de Lima, se encontraba allí: ofreció su garantía, que consistió en la promesa de pagar cuando encontrásemos trabajo.

—Pues cuando el mocito trabaje y gane, pues pagará... si señor —declamaba el gallego agitando su brazo paralítico, como un badajo—. No faltaba más; pues es claro don Luis Fernán,

que a dónde han de ir a parar los pobrecillos. Sin duda que bien merecido les estaría por meterse en cosas de esas... vamos, en camisa de once varas de políticas, en vez de seguir una profesión y hacerse doctores, ¡vamos...! pues, ¡jarre!

Y el gallego nos instaló en las habitaciones de la azotea. Me condujo él mismo hasta la que me había destinado y explicaba:

—La pieza es pequeña pero tú no necesitas más, chico; aquí al darte ésta yo estoy mirando por tí y por tus ochavos; esto te costará mucho más barato que las piezas de abajo; y como ahora no tienes trabajo, pues necesitas algo de bajo precio... ¿no te parece...? Si te sientes incómodo y mañana, con el apoyo de Dios y la bendición de la Virgen, encuentras un buen trabajo, pues... no faltaba más... te mudas abajo y tendrás habitación con balcón. Por lo demás, pues me pagarás como puedas.

La bondad del gallego Fernández fué, en verdad, conmovedora.

Era imperativo abrirse un sitio bajo el sol en aquella ciudad indiferente y ruda, como lo comprobé después. Debía empezar de nuevo: todo lo que había construído en mi década anterior, no sólo estaba en ruinas, sino que no existía en absoluto. No tenía nada frente a la gran ciudad, llena de gente, de grandes avenidas y de raspante aspereza humana. Y poseído por el sentimiento de verme envuelto en el gran torbellino, me sumergí en los avisos de los diarios, impresos en tipo menudo y en los que se ofrecía trabajo.

Después de largas semanas obtuve una plaza de empleado en la sección de contabilidad de la firma comercial "Mayón Limitada". Esta negociación, en el aspecto espiritual, era el reverso de Sattui y Compañía y de Fort Hermanos. No había familiaridad, ni formas patriarcales. Todo estaba rigidamente reglamentado: la hora de entrada y la solicitud de lápices, estampillas o plumas; las elecciones de autoridades de la "Sociedad de Empleados Mayón Limitada", bajo el comando de la gerencia y el presente que debía ser entregado en solemne ceremonia al jefe el día de su cumpleaños. Era una organización mecánica, con alma rígida y pensamiento planificado.

El arribo al trabajo con segundos de retardo era marcado en rojo por el implacable reloj, y tal marca determinaba la intervención seca y pertinaz del contador, Mister Church-house. Rubicundo, ceceño, menudo, el contador poseía o había cultivado habilidad especial para golpear sobre los nervios más sensibles, para actuar como esmeril sobre el espíritu de los empleados. Era dueño de una tenaz facultad retorsiva que empleaba haciéndola llegar a la confinidad del sadismo.

—Debo pedirle disculpas por el leve retraso y además...

—Las disculpas —interrumpía, pues jamás consentía que se terminase el pensamiento— las lleva el viento de la mañana.

Ningún retraso es leve... treinta segundos o treinta minutos dá lo mismo...

—Es que perdí el tranvía...

—Debió Ud. tomar el tranvía anterior al que perdió; así, el reloj no habría marcado rojo... ¡mire...! ¡rojo!

El tema inagotable del grupo de desterrados era la cuestión social. Su discusión asumía, casi a diario, de cama a cama, caracteres tales de estruendo que súbitamente teníamos en la habitación dos o tres huéspedes en calzoncillos que venían a protestar airados.

—¡Vamos a ver si calláis, charlatanes —gritaba un gallego—. Pizarro habló muchísimo menos y conquistó vuestro país! ¡A callar hombre, a callar, idos al diablo con vuestros indios...!

Y al día siguiente, a la hora del almuerzo, agitando su brazo yerto, el gallego Fernández nos amenazaba de nuevo con arrojarnos de su casa de huéspedes, “para imponer la disciplina”... sentenciaba con solemnidad.

Y replicábamos que seríamos nosotros quienes terminaríamos por echarle a él. Y todo, como siempre, se disolvía en carcajadas.

—¡Sois unos bigardos, más que bigardos... y lo sois tanto y de tal manera que hasta de vuestro país hubieron de sacaros...! ¡Pobre dictador aquel... si ya no podría aguantaros más...! ¡Qué le haríais...?

Y Fernández se escurría mientras le llamábamos tirano.

Dos sentimientos adversativos operaban dentro del grupo de exilados de la casa de huéspedes de San Martín. Por un lado, un sentido de subestimación y menosprecio por las opiniones y las ideas de los viejos —viejos eran para nosotros los que habían doblado los cuarenta años— y, por otro lado, el anhelo vehemente de ser guiados, de encontrar una cabeza experimentada que nos diese indicaciones sobre el camino, que nos hiciera perceptibles los escollos del derrotero.

En aquel tiempo, José Vasconcelos en el Norte y José de Ingenieros, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Juan Bautista Justo, en el Sur, aparecían como los guías y maestros de la juventud. Y así se les llamaba en apasionadas charlas, atribuyendo elevada validez a su pensamiento, teniendo la certeza de que ellos eran los escogidos que poseían la clave de los problemas sociales, cuya solución estremecía nuestras inquietudes espirituales hasta el punto de consustanciarse con nuestro destino.

Tras gestiones diversas, una noche vino a visitarnos el estudiante Dillón, nuestro amigo argentino. Alto, delgado, con ojos lánguidos, Dillón era simpático, un tanto introvertido, hablaba con parquedad y cuando lo hacía empleaba la forma sentenciosa, seguramente imitando a los Maestros. Dillón trajo aquella noche

la embajada especialísima de invitarnos a saludar y a conversar con Ingenieros.

—¡Cuándo...? —exclamamos anhelantes.

—Mañana, sábado, a las dos de la tarde.

Se hizo un gran silencio en la mesa; hasta los gallegos burlescos guardaron respetuoso mutismo. Ibamos a conocer, a escuchar, a ver en persona a don José de Ingenieros. Aquel, sin duda alguna, iba a ser un gran día... Felizmente era sábado; no trabajaba.

Nos encaminamos a la casa del maestro bajo la pesadumbre caciente de la canícula bonarense; marchaba a la que, en esos momentos, era para nosotros la Casa de la Sabiduría, lo que Manolo denominaba “El Jardín Zoológico”, o sea el conjunto de desterrados de Brasil, Bolivia, Perú, algún chileno y los dos estudiantes uruguayos expulsados del colegio por granujas. Sobresalía el brasilero moreno con su gran chambergo negro que pedía para su país nada más que “voto secreto” y “Democracia”. Le llamábamos despectivamente liberal, a lo que respondía invariablemente que era lo único realista que se podía aspirar en ese momento en América Latina.

Cuando arribamos a su casa, el Maestro tomaba una ducha. Desde el baño daba voces diciendo:

—Ché, gallego, acomodálos... sientensé; qué cosa bárbara... qué calor fenómeno, amigos, acomodensé...

Nos hacíamos, porque los asientos no alcanzaban para todos. A poco apareció Ingenieros, con su figura opulenta.

—¡Qué tal muchachos, qué calor bárbaro, qué fenómeno...!

Hombre adiposo, de blancura ebúrnea, con vello escasamente distribuido sobre la piel apareció ante nosotros totalmente desnudo. Se cubría los hombros con una toalla; no dió la mano porque las ocupaba en enjugarse. Quizás pensó el maestro que en esta forma introducía de golpe una familiaridad plenaria en la entrevista; quizás sólo se trataba de una de aquellas burlas que el escritor habituaba con las gentes de quienes quería reírse.

Conversamos sobre la situación política de nuestros diversos países, de las miserias, de las dictaduras, de los indígenas. Cada uno ponía un acento patético en la narración; casi todos esperábamos la gran panacea que saldría de los labios del maestro aquella tarde. Ingenieros escuchó, ora sentado con las manos juntas entre sus piernas albas, ora paseándose desnudo, resoplando y repitiendo:

—¡Qué calor fenómeno... qué tiempo bárbaro...!

Cuando iniciábamos otro aspecto de la narración, Ingenieros interrumpió al que hablaba para preguntar a Cornejo:

—Pero dígame: ¿Quiénes son los indios? ¿Ustedes u otros? Porque parece, por ejemplo, que usted no tiene nada de indio; usted parece nórdico. ¿Cómo se llama?

—Enrique Cornejo Köster.
—Köster... —rectificó Ingenieros— es apellido alemán,
¿verdad?

—Sí, maestro; apellido alemán.
—Köster, alemán como la Quinta Sinfonía; Cornejo, español,
castizo como la Puerta del Sol; y esa pinta, amigo... ¿y me viene a hablar de indios?... Digamé, Köster ¿con qué se limpian los indios, con papel higiénico o con piedra?

Cornejo quedó asombrado, tanto como nosotros, con los dos ojos fijos sobre el rostro del Maestro. Los otros fueron ganados por la risa.

—Maestro —repuso lentamente Cornejo— tiene Ud. razón, claro... los indios...

—Los indios se limpian con piedra —exclamó con voz poderosa y con un grano más de su jactancia habitual Manolo Seoane— salvo en los lugares donde no hay piedras.

—¿Y allí qué emplean? —preguntó con bellaquería el Maestro.

—Emplean un manojo de yerbas —interrumpió Herrera conteniendo la risa— y en donde no hay ni yerbas, pues arena... después de arrojarse varios puñados de arena, se frotan sobre el talón...

Ingenieros reía a carcajadas, lo mismo que Dillón, los uruguayos y brasileros. Cornejo sonreía cortado; Heyssen tenía su aire doctoral empeñado en hacerse hierático; el boliviano Hinojosa y yo sufríamos con todo aquello.

Restregándose los ojos para enjugárselos, Ingenieros que había reído hasta las lágrimas, interrogó:

—Hablando en serio, ¿pero creen ustedes que los indios son capaces de dirigir su país... qué prefieren ustedes: guijarros o papel higiénico...?

—Papel higiénico, es claro —exclamaron simultáneamente Seoane y Herrera, sorprendiéndose luego de haber coincidido.

—Papel higiénico quiere decir servicios higiénicos —subrayó el Maestro— quiere decir limpieza y salud, disminución de la mortalidad infantil, es decir civilización, hombre blanco. Blancos que orienten e indígenas que aprendan a vivir dignamente. ¿Comprenden? Que aprendan a vivir; aprendizaje simple, animal. Después, sólo después, vendrá el aprendizaje del espíritu.

Me sentí con ánimo para seguir la conversación en este plano y lancé la pregunta:

—¿Y qué cree Ud. maestro que le hace falta a mi país...?

Ingenieros volvió hacia mí soltando la toalla; se puso en jarras y como si fuese el primer instante que reparase en mi presencia, cargó el acento, con voz ronca sobre dos palabras:

—¡Raza blanca...!

Debí mirarle con extrañeza, quizá sí asombrado. El Maestro cuya elevada figura se estaba volviendo añicos allí mismo, repitió:

—Raza blanca, hijo; raza blanca.

Volvió el rostro hacia Cornejo y le interrogó:

—¿Y qué le pasó a usted con Leguía, joven Werter?

—A mí, maestro, pues me cogieron un día por orden de Leguía.

—¿Lo cogieron... le hizo coger Leguía...? —exclamó teatral y ruidosamente Ingenieros.

—Sí, me cogieron, en la calle.

—¿En la calle...? Pero horror, ché; ¡qué cosa bárbara!

Y el maestro Ingenieros reía a carcajadas; los argentinos le imitaban.

—Porque bueno, que lo cojan a uno, pase; pero que lo cojan en la calle y por orden del dictador. No por favor... ¡qué cosa bárbara...!

Y volvieron a sucederse estridentes carcajadas.

Sólo más tarde, ya en la calle, nos enteramos del doble sentido o del sentido típico, del espíritu pornográfico que la palabra castiza tiene en la Argentina.

Entre las risas y las lágrimas del Maestro abandonamos la casa a donde había llegado como si fuese a escuchar la voz de Zaratustra. Me sentía abatido y colérico a la vez, con deseos de lanzar alguna maldición al rostro de alguien. Salía desmaravillado y en consecuencia entristecido y disturbado hasta el punto de masticar decepción y amargura. El prestigio del maestro ante mí entraba con rapidez en su menguante; su estatura espiritual tomaba medidas diminutas, escorzándose; aunque a los pocos días reía aceptando que sólo se trataba de una ilusión más, que la vida se había encargado de volver polvo, y pensando que no todas las telas de nuestros sueños sirven para vestir los personajes y las cosas de la vida.

LA LIGA ANTI-IMPERIALISTA

COMO EN ninguna otra estación de mi existencia, me penetró entonces la tortura interior de columbrar una perspectiva clara y de comprender las razones profundas o los principios basilares de la organización social del hombre y de aprender las soluciones que la Sociología y los sociólogos aportaban al problema del dolor humano.

Esta búsqueda y mi desencanto de los viejos ídolos, me condujeron a buscar amistad con comunistas, anarquistas y socialistas de izquierda. Bien pronto, mis nuevas vinculaciones me llevaron hasta un abigarrado y hospitalario grupo de trabajadores, profesionales y estudiantes que tenían el proyecto de fundar una Liga Anti-Imperialista. Kauffman, un judío de gimnástica agilidad mental, dueño de una vasta cultura sociológica, se convirtió en el ideólogo del grupo y en su dirigente espiritual. Celebrábamos reuniones académicas, las que llenábamos con diálogos socráticos que se prolongaban hasta la madrugada y que nos tomaban buena parte del domingo. En aquellas conversaciones, en las que los temas eran variados, pero siempre comprendidos dentro de las lindes del problema social, Kauffman trituraba con suavidad, con elegancia, hasta con dulzura, las argumentaciones anarquistas. Su lógica era diáfana, limpia y sobre todo, acerada: sus argumentos, sus paradojas, tenían dureza diamantina. Carecía de la más elemental cualidad didáctica; no se le ocurría enseñar, esclarecer o iluminar; su lógica avanzaba pulverizando y teniendo razón, lo que al final le hacía antipático. El viejo castellano, Barrajón, anarquista, individualista, anti-dictatorial y enemigo a muerte de la Revolución Rusa, gruñía contra Kauffman diciendo:

—Pues en este tío lo que me joroba no es que sea comunista o partidario de los dictadores; lo que me envenena es que este tío siempre tiene razón... ¡maldita sea...! Y lo peor es que me llega a parecer que la lengua no la tiene en la boca... sino más adentro, en la cabeza. Y eso, pues es una puñeta, maldita sea.

La Liga Anti-Imperialista prosperó y se abrió camino; profesores de la Universidad de la Plata tomaron interés por la organización; pequeños sindicatos obreros enviaban óbolos para sostenerla; los actos que realizaba comenzaron a convocar un público de más de doscientas personas. Y se pensó en sacar una revista.

Varios miembros de la Liga, estudiantes de tendencia comunista, editaban una publicación denominada "Revista de Oriente": su finalidad era divulgar lo que se hacía en Rusia, los progresos de la Revolución, sus dificultades y los esfuerzos de los trabajadores. La "Revista de Oriente" se incorporó al nuevo organismo y el campo de actividades se extendió sobremanera.

Kauffman propuso un día que la Liga Anti-Imperialista organizase un acto de solidaridad con los mineros ingleses que iban a declarar una gran huelga en Inglaterra; la iniciativa mereció cálido acogimiento y la faena organizativa fué emprendida con denuedo.

Dormía poco, cometía errores en el trabajo, me torturaba el sueño en el ambiente tibio de la calefacción central de la oficina, tenía los ojos cegatosos que me ardían y los pies tumefactos, doloridos, como si tuviesen ampollas. Vivía angustiado ansiando el éxito del acto; el estómago llegaba a endurecerse como si fuese de metal, pensando en lo que resultaría. Entretanto, mister Church-house encontraba multiplicadas ocasiones para reiterarme su frase estereotipada: "use la cabeza... use la cabeza".

Visitamos al dirigente del Partido Socialista, doctor Juan Bautista Justo, para pedirle su participación en el acto de la Liga.

Justo nos recibió como el médico recibe a sus pacientes: afable, hospitalario, hasta compasivo, pero sin afecto alguno.

—La Liga Anti-Imperialista... anti-imperialista... —muñitó después de escucharnos—. Anti, pues entiendo que quiere decir contra... ¿no es así...?

Kauffman sonrió asintiendo:

—Usted lo sabe, doctor.

—Pone usted demasiado énfasis llamándome doctor —indicó con ligera aspereza Justo, para añadir luego:

—Anti-imperialista, contra el imperialismo. El imperialismo —repitió tamborileando con los dedos sobre el libro que tenía en la otra mano cuyo índice estaba sepultado entre las páginas impidiendo que se juntaran. Miró a todos y se detuvo en mí, preguntando:

—Usted es el peruano... ¿verdad?

—Sí —vacilé un poco para no decir doctor y le dije, como a Palacios o a Ingenieros— Maestro.

—¡Ah, mi viejo, mi viejo...! Es tan difícil ser de verdad maestro, y más difícil todavía ser maestro de gente joven en esta época. ¡No me digas maestro; me resulta un poco pedantesco; llámame compañero como me llaman todos en el partido! ¿Qué te parece?

Frente a mi sonrisa de asentimiento, o de azoramiento, añadió:

—Los compañeros me han dicho que eres muy activo y que tienes gran espíritu de sacrificio. ¡Eso está bien! Cuando el hombre se dá a algo, debe hacerlo sin escatimación ni regateo. Pero, me han dicho también que no saben a qué hora duermes; y eso está mal. Hay que dormir, viejo; hay que dormir para trabajar mejor y con mejores resultados. Nosotros los socialistas luchamos contra la fatiga. ¿Es verdad, o no? —preguntó.

—Sí, es verdad compañero, dije imperceptiblemente como si hubiese quedado afónico.

—Anti-imperialista, contra el imperialismo —volvió a repetir Justo, para acercárseme aún más, diciéndome en la cara: ¡Bueno...! ¿Y qué es el imperialismo?

—El imperialismo —respondí— es la última etapa del Capitalismo.

—Jé... jé... jé... eso dice Lenin —exclamó riendo Justo— pero tú, ¿qué dices? Ante todo, mi viejo, no repitas las malas traducciones del ruso; eso es mortal, desastroso. Lenin escribió "El Imperialismo, etapa superior del capitalismo". Los traductores comunistas —con no tan tonta bellaquería— le pusieron "última etapa"...

—Es un error de traducción —interrumpió Kauffman.

—¿Sabe usted ruso? —indagó bruscamente Justo.

—Sí, tan bien como el castellano —repuso Kauffman un poco picado y con aire provocativo.

—Bien, pues no estoy de acuerdo con usted en lo del error de traducción —enunció Justo— me parece más bien una bellaquería; una sutileza de dicción que pretende dar a los novicios la idea medioeval del milenio, algo así como la inminencia del Juicio Final, con lo de la "última etapa". Porque dígame con honestidad, si estamos viviendo ya la última etapa del capitalismo, pues ¿qué viene?

—El Socialismo, respondió con firmeza Kauffman.

—¡Ah...! —sonrió Justo— es que para ellos socialismo es bolshevismo. Y son dos cosas diferentes, mi viejo. No solo distintas, sino opuestas; algo más, antagónicas. ¡Ya lo verán con el tiempo, ustedes que son jóvenes...! Kautsky tiene razón, a pesar de los libros de Lenin y de Trotzky, atacándole con tanta violencia como sinrazón. Miren ustedes algo que es esencial: el

socialismo es, primero que nada, libertad del hombre, derechos del hombre, respeto por la vida y por la dignidad del hombre. Cuando esto falta, pues podrá haber todo de todo, pero no habrá socialismo.

Hizo una pausa, dejó el libro y los anteojos sobre la mesa y me preguntó:

—¿A tu país le perjudica el imperialismo?

—Sí, compañero —respondí—, como ha perjudicado a Panamá, a Cuba, con la Enmienda Platt, a Centro América, a México, Santo Domingo y Haití con la guerra y la ocupación.

Justo me miró largamente.

—¿Has leído a Marx?, —preguntó.

—No... compañero.

—¿Y a Lenin, el imperialismo última etapa...?

—No —respondí débilmente, para acentuar después— no, no lo he leído.

—¡Ah...! Si tienes tanta pasión por estas cosas y por los fenómenos sociales, debes leerlos: siempre sacarás algún provecho. Y encontrarás que, para Lenin, el imperialismo es un fenómeno económico, concepción que él saca de los estudios de los ideólogos socialistas y laboristas. Los hechos a que te has referido y que los has sacado de "Diplomacia del Dólar", de Scott y Nearing, son de carácter militar, episódico, que irán siendo abolidos a medida que haya mayor comunidad de intereses. Hay un poco, a pesar de todo, en los hechos que mencionaste, de choque entre la civilización y la no civilización; entre lo progresivo y lo estacionario; entre lo que marcha hacia adelante y lo que quiere permanecer tal como estuvo. ¿En tu país hay muchas empresas extranjeras? Vamos... ¿Imperialistas?

—Sí, hay varias, compañero.

—¿Pagan salario a los obreros?

—Sí, les pagan jornal y les dan casa... muy mala.

—Bien, bien... ¿Y los grandes propietarios de la tierra pagan salarios y les dan casa a los que trabajan en sus feudos...?

—Bueno —respondí— en las grandes haciendas azucareras si pagan jornal a los obreros, les dan casa y también ración de alimentos.

—¿Les dan carne en la comida...?

—Sí, les dan carne.

—Bien, estas son las haciendas organizadas, de tipo capitalista. Pero, en las otras haciendas, donde no producen azúcar o algodón, en los latifundios de las montañas? —preguntó Justo.

—Allí no pagan salario los hacendados, respondi.

—¿No les dan carne por cierto. Ni médico, ni hospital, ni maternidad donde puedan parir las mujeres, ni agua para lavarse...? —¿Verdad?

—Sí, compañero, así es.

—Pues dime ahora, con toda honradez: ¿de los dos, cuál es el sistema que te parece mejor, para tu gente, para tu pueblo?

—Ninguno de los dos —le respondí, sintiendo incomodidad física, en la posición en que me encontraba.

—¡Ah...! —interrogó de nuevo— ¿Así que los dos sistemas te parecen malos?

—Sí, porque la gente no vive bien, no viven como la gente, repliqué con aplomo.

—Está bien, está bien —dijo Justo agitando las manos— vos va a ser un buen socialista; el día que regreses a tu país harás lo posible por formar un partido socialista; pero, dejáте de imperialismo y de pavadas. Hay que tener sentido, compañero.

—Doctor —terció Kauffman— ¿podemos contar con la participación socialista en el acto de solidaridad con los mineros ingleses?

Justo volvió la cara, le miró con cierta dureza y repuso:

—Sí, participaremos aunque seguramente los comunistas irán a gritarnos social-traidores, social patriotas y puercos reformistas. ¿No es así? Bueno, pueden anunciar que el compañero Nicolás Repetto hablará en nombre del Partido Socialista. Pero, como debo hablar antes con él, pues me piden la confirmación por teléfono.

Dimos las gracias y Justo dijo a Kauffman:

—Mira Kauffman, no le pongás “dotor” como me dices a mí; hacele poner compañero... ¿de acuerdo?

—De acuerdo —selló Kauffman.

Justo se despidió de nosotros con mayor amabilidad de la que había empleado para recibirnos. Nos ofreció su casa, nos invitó a regresar, a llamarle por teléfono y a pedirle libros prestados.

Llegamos al café de la calle Triunvirato donde estaban concentrados todos los dirigentes de la Liga. Después de escuchar nuestra narración, alborotaron el recinto con sus gritos, sus abrazos y las exclamaciones de júbilo por el éxito de nuestras gestiones.

—También hablará Carlos Sánchez Viamante, el catedrático de la Universidad de la Plata.

—Ché, sos una fiera —me decía abrazándome el viejo Barrajón y lanzando hacia un lado su tos de fumador— la actuación será un éxito. ¡No hay nada que hacerle! ¡Un éxito... vos no sabés cómo va a estar eso... ¡no sabés...!

Y cuando se discutió la persona a quien debía confiarse la presidencia del acto, Barrajón y los anarquistas exigieron que fuese yo quien lo presidiera.

—Ché... él está por encima de los odios del conventillo... —decían.

La actuación fué efectivamente un éxito. Nicolás Repetto dictó una conferencia didáctica sobre las causas económicas y técnicas de la crisis del carbón en Inglaterra. Algunos trataron de molestar con gritos y silbidos pero se les hizo callar. Los oradores hablaban en nombre de organizaciones importantes. Al finalizar el acto recibí un papel que decía: “Camarada: le ruego concederme el uso de la palabra antes que hable el camarada Rodolfo Ghioldi: el Partido Comunista me ha encargado hacer su presentación. Su affmo. Vittorio Codovila”.

No mostré el papel a Kauffman porque sabía que se opondría allí mismo y temía a lo que pudiera sobrevenir. Desde un ángulo lejano del escenario un hombre rechoncho, cuellicorto, con el pelo ensortijado, cargado de espaldas y con rostro sonrosado, hacía señas apuntándose al pecho con el dedo índice. Parecía decirme Yo... yo... No reaccioné ante su insistencia y fingí no verle, más que nada para evitar una distracción en la presidencia del acto.

Cuando llegó el turno de Rodolfo Ghioldi —atendiendo la solicitud del papel enviado —dije con voz clara:

—Tiene la palabra el camarada Vittorio Codovila.

El hombre rechoncho, desprovisto de cintura y de cuello, con la cabeza de “permanente” avanzó hacia el proscenio. Tenía las caderas enormemente anchas y las piernas cortas: aquel hombre era Codovila.

En cuanto le anuncié me dí cuenta que pasaba un soplo helado por los rostros de los organizadores del acto; todos clavaron sus ojos en mí con una inmensa carga de reproche. Sólo en aquel momento comprendí la trascendencia que tenía el paso que ligeramente acababa de dar.

Codovila comenzó a hablar de modo agresivo. No se trataba de las palabras de presentación de Ghioldi, —de que hablaba en el papel— era una carga de enfurecidos anatemas, con recarga de acento italiano y con esa pronunciación que los argentinos denominan “cocoliche”. Usaba términos ásperos y palabras de grosera vulgaridad. Habló mal de los ingleses, de los franceses, de los belgas y de los norte-americanos. Dijo cosas duras de los alemanes, exaltó con frases desprovistas de toda emoción pero cargadas de énfasis, el papel que estaba desempeñando Rusia en el mundo, la obra de la Revolución Rusa y la luz que llegaba de Moscú. Era una oratoria especial para hacer antipática la causa o las ideas que este hombre propugnaba. Estallaron aplausos que venían de grupos formados en diversos rincones del teatro, y a quienes el resto del público parecía empeñado en dejarlos aplaudir solos. Se notó inmediatamente que eran aplausos regimenterados.

Codovila continuó y se refirió al acto que se estaba desarrollando y atribuyó el éxito al Partido Comunista y a los contin-

gentes comunistas que estaban allí. Aseveró que los comunistas eran los únicos verdaderos anti-imperialistas consecuentes y que todos los demás eran veleidosos, vacilantes, sin firmeza; entre ellos algunos intelectuales que sólo deseaban figurar y alcanzar notoriedad como era el caso del "snob" Carlos Sánchez Viamonte.

El vocerío se tornó ensordecedor; los anarquistas le gritaban:

—¡Dictatorial, agente ruso, sirviente...!

Los otros le injuriaban llamándole "tano", macarroni, cretino y hasta asaltante. Como algunas personas coléricas comenzaron a subir al escenario, Codovila dió por terminado su discurso.

En medio del barullo, fué obligatorio conceder la palabra al profesor Sánchez Viamonte, que había sido aludido por Codovila.

—Soy un hombre de avanzada —exclamó el catedrático de la Plata— fervoroso simpatizante de la Revolución Rusa y del movimiento revolucionario mundial, pero estimo que tanto los rusos, como los obreros en general, deben tener más cuidado en escoger sus portavoces. Porque, amigos míos, resulta ridículo y promueve a risa que tengamos que escuchar la palabra artificialmente enfurecida de un hombre que declama hambre, miseria y explotación, exhibiendo un cuerpo relleno como una salchicha, cebado, pletórico de grasa, que ha engordado y que sigue engordando seguramente a expensas de los trabajadores.

El clamoreo se tornó enloquecido; el público berreaba, aplaudía, silbaba y coreaba vivas. Ghioldi habló calmando a sus partidarios; el acto terminó con el canto de la Internacional, que conjuntamente con el cansancio, aquietó los ánimos.

Desde aquella oportunidad quedó establecida mi conexión personal con los altos dirigentes comunistas argentinos. Insistían en hacerme saber que el Partido Comunista Argentino era tan antiguo como la Revolución Rusa y que ellos lo organizaron aún antes de que fuese fundada por Lenin la Tercera Internacional. Me invitaron al local del Partido y a las fiestas que organizaban y me llegaron a mostrar los uniformes de oficiales del Ejército Rojo que les habían obsequiado en Moscú y que correspondían a los grados honoríficos que se les había otorgado. El viejo Penelón tenía un uniforme de Coronel del Ejército Rojo; Codovila, el de Capitán, Rodolfo Ghioldi, el de Teniente.

Y aquello ejercía una poderosa fascinación sobre mí y sobre los que simpatizaban con el movimiento ruso.

CONCORDANCIA CON HAYA DE LA TORRE

LA ACTIVIDAD entre los círculos políticos de avanzada de Buenos Aires, me condujo a una triple conclusión: la primera, que mi ignorancia en cuestiones sociales, políticas y económicas era casi enciclopédica; la segunda, que mi actividad anterior estaba impregnada de un sentimentalismo ingenuo, de espíritu cristiano y nada más; me faltaba "conciencia de clase", como decía Codovila y base científica, concepción realista, como aseveraba Kauffman; la tercera conclusión era que ya no podía continuar soportando la rutina rígida de Mayon Limitada y los sermones de mister Church-house, hasta cuyo escritorio habían llegado noticias de mis conexiones con anarquistas, comunistas y socialistas, lo que significaba una amenaza y un atentado contra la disciplina interna de la firma.

Mi plan de ahorro se desarrollaba con tanta rigidez como la disciplina de Mayón; tenía ya reunidos más de mil pesos argentinos y con ellos pensaba marcharme a Europa. La salida de Buenos Aires era decididamente sólo cuestión de tiempo.

En Francia, un buen día del año 1926, cayó precipitado el Gobierno del Cartel de las Izquierdas, que presidía Edouard Herriot. Se derrumbó el Gabinete izquierdista y arrastró consigo al franco; la cotización de la moneda francesa bajaba por horas. Impulsado por mi anhelo de marcharme, adquirí los francos depreciados de Monsieur Herriot, invirtiendo en la compra todo lo que había ahorrado.

Tuve el placer embriagante de ser yo quien diese la despedida a Mister Church-house, dejándolo con una larga cara de sorpresa. El jefe de la firma, don Alberto Mayón, me llamó, me felicitó por mi decisión, aseguró que mi permanencia en su casa había sido provechosa para mí y terminó diciéndome con solemnidad.

—Si te va muy mal en París y corres peligro de caer en el "atorrante", escríbeme. No te prometo enviar dinero, ni un centavo. Pero, sí te enviaré un pasaje de regreso... y tendrás trabajo aquí.

Le dí las gracias y salí gozoso de las oficinas.

Hubo conferencia plenaria de los desterrados; discusión amplia y la resolución solemne de hacerme portador de un encargo, con categoría de misión. El acuerdo era unánime para que Víctor Raúl dirigiese nuestro movimiento político, con jerarquía de jefe; para que se considerase a José Carlos Mariátegui y al grupo que comandaba, como la piedra angular de toda actividad ulterior y para que se procediese de inmediato a dar forma orgánica, estructura de partido, al movimiento del que formábamos parte.

En la tarde gris, bajo menuda llovizna, subí al barco en el Río de la Plata. Desde la dársena, mis camaradas de exilio, el gallego y algunos amigos me miraban con ojos en los que no se ocultaba el asombro. Pensé que así debieron mirar a los tripulantes de la "Santa María", los que acudieron a ver partir la carabela en Palos de Moguer.

El barco se desprendió lento y crujiente y se fué hundiendo en la brumazón del río, en busca del mar.

.....
Rarisimas son en la vida de un hombre las impresiones se-
jantes a aquella que experimenté al pisar Europa y al arribar a
París. Un largo y magnífico ensueño hecho realidad, convertido
en hecho del que yo era protagonista. Los milagros de las narra-
ciones de mi infancia cobraban forma real. La primera noche en
aquel bullanguero barrio de Montmartre, en el hotel de la rue
Pigalle, estubo llena de sobresaltos. Hundido bajo el edredón en
la ancha cama parisién, soñaba que debía levantarme muy de
mañana, a pesar del frío, para llegar a tiempo a marcar el reloj.
El sueño se hacía claro, definido como una realidad y se tornaba
pesadilla: al despertar, transido de angustia, tardaba un tiempo
en captar y hacerme dueño de la conciencia del lugar donde me
encontraba; y llegaba a sentir en los nervios, en los ojos, en lo
profundo de los oídos, la dicha de estar en París, efectivamente,
de haberme convertido en uno de los habitantes de Europa.

Mis excelentes calificaciones de francés en el colegio carecían
de valor práctico. Los franceses no entendían una palabra
de aquel francés que yo había aprendido y cuyo conocimiento me
valiera tan buenos calificativos. Los "Je ne vous comprends pas"
caían sobre mí como golpes humillantes, rodeándome de silencio
y privándome del exquisito vino de la divina voz humana. Leía
la prensa traduciendo; solo varios meses más tarde tuve la alegría
de comprobar que comenzaba a pensar en francés.

En mi vida, París significaba la clausura de una época de
tanteos y de titubeos y la inauguración de otra, en la que vería
con claridad los caminos que conducían a la creación del bienest-
tar —aunque fuese sólo un poco de bienestar— para las gentes
más desventuradas de mi pueblo. Desde París —magnífica y lumi-
nosa encrucijada de los caminos sociales y políticos del mun-
do— podría escoger el derrotero más asequible y mejor para

emprender la conquista de la redención para aquellos campesinos
de Matará, a quienes había enseñado a leer, y cuyas ovejas eran
trasquiladas por los gamonales en los rodeos; desde este atalaya
universal del pensamiento y de la cultura, podría descubrir el
abra por donde era factible tramontar al otro lado: al de las so-
luciones que impidiesen que las mujeres de Pacasmayo y de Ca-
jamarca, del Callao y de Tembladera, pariesen sobre el suelo y
que sus hijos se arrastrasen como gusanos sobre el polvo, para
morir tempranamente, siempre sobre el polvo, sobre la mugre,
bajo la pesadumbre de la miseria.

A la luz de la cultura milagrosa en París tenía que encontrar
junto con una firme concepción del mundo un auténtico sentido
de la vida. Pero, sobre todas las cosas, tenía que hallar, en medio
de aquel mundo viejo y sapiente, el camino y la meta que busca-
ba.

Ante mí se abría el camino inmediato que me acercaba a mi
compatriota Haya de la Torre, el héroe estudiantil del 23 de ma-
yo de 1923. Cuatro años más tarde, cuando yo arribaba a París,
se estaban dirigiendo hacia él las miradas de esperanza de dece-
nas de hombres jóvenes, veteranos prematuros del combate por
la libertad, conductores bisoños, improvisados, de las luchas del
pueblo por su mejoramiento material y espiritual. La figura de
Haya de la Torre podía transformarse en la del gran guía que
orientase a nuestro pueblo hacia su redención de la miseria y la
ignorancia. Había que acercarse a Haya, colaborar con él, orga-
nizar bajo su comando el movimiento político nuevo, con capacidad
de renovar, de transformar, de crear. Era imperativo organizar
un partido político que no estuviese tarado por el caudillaje pri-
mitivo, ni la barbarie dictatorial; que fuese capaz de captar el
amor y la confianza del pueblo. Es en tal estado de ánimo que
me acerqué a la amistad política y personal de Víctor Raúl Ha-
ya de la Torre.

Después de su viaje a Rusia y de su estancia en Suiza, Ha-
ya había anclado en Oxford, la ciudad universitaria, a donde le
escribí anunciándole mi arribo y mi deseo de hablar con él. Lo
saludaba muy cordialmente y le comunicaba que era portador de
un encargo político del grupo de exilados en Buenos Aires.

Su respuesta llegó con retardo. Era una carta fría, no exen-
ta de cierta agrura, la que se filtraba entre las líneas escasas.

"Antes de aprender marxismo sería conveniente que aprend-
diera Ud. francés —escribía—. Lo que más mal nos ha hecho
siempre es la resistencia a reconocer un jefe y un comando úni-
co; los aliados tuvieron que sufrir graves derrotas antes de com-
prender esto; lo que nosotros no comprendemos ni aceptamos, si
lo entienden y lo aceptan gustosos los rusos. En Buenos Aires
se vive cómodamente y, por lo tanto, se puede pasar el tiempo
haciendo bizantinismo. A Mariátegui le cortaron la pierna buena:

es una lástima, a pesar de que el pobre era cojo. A propósito, ¿ha conocido Ud. algún jefe político que sea cojo? Yo no he visto una estatua sin pierna, y entiendo que las estatuas son levantadas a la memoria de personas que valieron algo”.

Después de esto, escribía muy mal de la Rue Pigalle y de Montmartre y me decía: “váyase de allí lo más pronto que pueda y cúidese; el invierno entra y en Europa es frío y duro; no es como en Lima donde no pasa nada, ni siquiera llueve. Escríbame y ya nos veremos”.

Dos días más tarde interrumpió mis estudios de francés la visita de dos hombres jóvenes que venían por encargo de Haya. Tenían el rostro familiar de los mestizos con alta dosis de sangre incásica, los abrigos raídos y el acento típico de la serranía sureña del Perú. La sorpresa de aquella visita me produjo inmensa alegría; sabiéndome segura y firmemente en París, me alegraba oír hablar español y con acentos nativos.

—Hemos recibido carta de Víctor Raúl —me dijeron— y hemos venido a verle, a conversar. . .

A través de la conversación comprendí que tenían encargo de sondear la situación y de obtener un informe sobre lo tratado y acordado en Buenos Aires.

Fuimos hacia el Barrio Latino; conversamos toda la noche; casi al amanecer regresaba esperanzado y contento. Así fué todas las noches siguientes; trabé amistad con una cuarentena de muchachos estudiantes, todos de mi país, y además con numerosos latino-americanos residentes en París. Por ellos conocí la Biblioteca, penetré en ella y me adherí a los libros como el molusco a la roca donde se alimenta. Otra vez Renán, Nietzsche, los clásicos franceses e ingleses y Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, Plekhanov, Kautsky, Bebel, Sorel.

Unos cuarenta días después de mi arribo, acudí a la Gare Saint Lazare a recibir a Haya de la Torre, que llegaba de Inglaterra.

Sonriendo, con esa alegría desbordante y comunicativa que ya le había visto en Lima, la marcha segura y plena de jactancia, carialzado, el pecho abotargado como el de una paloma, y la nariz oteando la lejanía, Haya avanzó a nosotros sujetándose, con la mano enguantada, el ala del fino sombrero que doblaba el viento.

Abrazos, saludos, palmadas largas y resonantes. Haya sujetaba a los muchachos por los hombros, los colocaba frente a sus ojos y riendo alegre y cordialísimo comentaba:

—Estás bien, pareces muy bien, pero tienes el ojo izquierdo rojo, como si padecieses un derrame; hay que hacerse ver con el oculista.

—Tú estás mucho mejor —exclamaba abrazando a otro— mucho mejor que cuando te ví la vez última. ¿Has tomado el ja-

rabe que te recomendé? Es lo mejor que hay para curar la tos. Y hay que cuidarse de las corrientes de aire. Y, sobre todo, no beber, nada de trago.

Uno a uno, todos merecían su comentario, su consejo médico, su palabra de curandero; por él todos los ciegos habrían visto y todos los sordos habrían oído. Pensé que había gran bondad en él, y que le preocupaban los grandes problemas sociales y al propio tiempo los pequeños problemas de quienes le seguían. Su actitud amigable, cariñosa, tan llena de alegría, borró la impresión áspera que me hizo verle bajar de un coche de lujo.

Su acogida fué calurosa; me aseguró que me perdonaba el viaje sin haberle consultado previamente; que su opinión habría sido adversa.

—¿Y por qué? —pregunté riendo también alegre.

—Europa no sólo es un continente viejo —pronunció en tono exclamatorio— sino que es el continente envejecido. Es un mundo que ya dió todo lo que pudo dar y que carece de fecundidad; es un mundo estéril. Lo verdaderamente nuevo está allá, en el mundo de donde usted viene, el que ha abandonado por esto.

—Pero —objeté— la cultura, los maestros, las conferencias, los museos, en fin, la vida espiritual.

—Cómo se vé que está usted enfermo de literatura —dijo riendo y dirigiéndose a nuestros acompañantes— pero, no importa, ya está aquí y usted mismo se desengañará.

Los otros celebraron la sentencia de Víctor Raúl y esto me irritó por lo que tenía de falso en ellos.

—¿Y entonces usted —pregunté— todos ustedes qué hacen en Europa. . . ?

Mi pregunta le confundió un poco y los otros dejaron de reír. Apresuró el paso y separándose del grupo me tomó del brazo y se echó a andar diciéndome:

—Yo vine a Rusia; había que conocer el hogar del más gigantesco experimento social de nuestro tiempo. Necesitaba verlo, que no me contaran cuentos, que no me diesen gato por liebre.

Y rió golpeándose familiarmente la espalda.

—Yo también vengo para ir a Rusia —repliqué amistosamente— quiero ver lo mismo que usted ha visto; además, usted tiene que comprender que era urgente imprescindible conversar con usted. Es preciso que organicemos algo, que emprendamos una obra duradera con seriedad. Y en todo esto, la palabra de usted, Haya de la Torre, la consideramos todos, decisiva.

Cambió de expresión; un fresco y generoso reverbero de risa bañó su rostro absorbiendo todo lo áspero que había hasta ese momento en él.

—Tenemos que hablar mucho. . . me alegra que haya venido, —dijo— cambiando súbitamente su juicio sobre mi llegada.

Celebramos numerosas y largas entrevistas, conversamos mucho y nos dimos cuenta de que, bien pronto, habíamos pasado de la mera camaradería política al conocimiento de los problemas personales, al intercambio de juicios y opiniones sobre hombres y acontecimientos y hasta a confidencias sobre sueños, desilusiones e inquietudes. La mera compañía en el infortunio y en la lucha, se transformaba en amistad cordial, salpicada de tanto en tanto, con sensibles toques fraternales.

A pesar de esto, algunas cuestiones quedaron para mí en la sombra. Cuando se estima en mucho una amistad, parece que nos domina el temor a cualquier hallazgo que pudiera abrir una fisura en ella. Renunciamos a la investigación, a la pregunta, a la mera curiosidad y preferimos este renunciamiento —quizás a veces claudicante— a la captación de algo que pudiese mermar nuestra confianza. Y este fué el sentimiento predominante en mí ante una serie de cuestiones de la vida y el pensamiento de mi amigo y camarada.

Esta actitud era reforzada por la convicción que abrigaba respecto de la personalidad de Víctor Raúl. Su psicología no era la de un hombre corriente, ni su conducta la de una persona con quien se encuentra uno todos los días. Fluía de sus actitudes, de su comportamiento, de sus palabras, una alegría juvenil, fresca, henchida de calor humano, de contagiosa alegría de vivir. Poseía una locuacidad ingeniosa y amable, que llevaba a las personas la sensación física de sentirse queridas, distinguidas en especial entre todas; era sutil en enfocar y descubrir los pequeños problemas inmediatos de las gentes y en tratarlos con cautivadora bondad, interesándose verbalmente por ellos. Al propio tiempo, tenía una truculenta capacidad para odiar y odiar a los hombres; se amaba a sí mismo hasta la adoración; se enamoraba enloquecidamente de sus ideas, de sus opiniones, de sus posiciones. Alimentaba con paciencia y hasta la devoción, la hoguera en la que ardían sus rencores más crueles; tenía un sublimado amor por la Humanidad y al mismo tiempo, un penoso desprecio, un asco lastimoso por los hombres. Tras su bondad elocuente era medularmente cruel. Y sobre todo, ambicioso: vibrante, febrilmente ambicioso, sin ser valiente; al contrario: tenía un miedo extraño al dolor físico y carecía de la más mínima capacidad de absorber sufrimiento.

De otro lado, no amaba a las mujeres; se acercaba a ellas para utilizarlas como instrumento de sus planes; poseía el don de adivinar el potencial de servicio que había en cada mujer y tenía para ellas —rubias o morenas, viejas o jóvenes, bellas o sin gracia— la misma actitud utilitaria. Quizás también respecto de los hombres estaba animado por los mismos sentimientos, pero estos se hacían invisibles tras la espesa maraña de su ale-

gría, de su bondad, de su simpatía saturada siempre de amable contento.

Lo que más resaltaba era la súbita cólera que le invadía, transformándose en rencorosa y vindicativa iracundia, cada vez que se discordaba de su opinión y se le discutía algún plan, oponiéndosele. Se quería tanto a sí mismo que adoraba tener siempre razón y detestaba a quien se la quitaba o se la mermaba, sobre todo si era en presencia de otro. Se sentía —sin tener pudor en proclamarlo— un ser de excepción, un predestinado, un hombre que llevaba una marca especial y que estaba indicado por los dioses para la ejecución de un gran designio.

Ante esta complejidad de alma, sobre mis temores y mis dudas, brillaba luminosamente la idea de que en todas las actividades, sobre todo en la acción política, los hombres tienen que ser tomados como son y no como nosotros queremos que sean. Y apaciguado de esta manera, la amistad que había nacido entre nosotros al calor de un ideal político, se hacía más ancha, más lozana y más firme.

Achicando mis dudas, como quien achica el agua de un bote viajero, acepté gustoso el establecimiento de una concordancia política, sobre cuyo fundamento empezamos a colaborar con un par de hermanos.

Sin que lo decidiéramos, sin que lo sospecháramos siquiera, bien pronto íbamos a aparecer públicamente juntos, sosteniendo idénticas posiciones ideológicas.

.....

En la vida política alemana, el Tratado de Versalles se había convertido en la gran presa que trataban de cazar todos y cada uno de los partidos políticos del Reich. Comunistas y socialdemócratas alemanes, se transformaron en los incitadores de una encendida campaña mundial contra el imperialismo. Bajo le égida del Kremlin, fué convocado el Congreso Anti-imperialista de Bruselas, al que la Liga Anti-imperialista de la Argentina, me acreditó como su delegado.

Haya tenía adversarios empecinados —y, entre ellos, Julio Antonio Mella—, quienes deseaban impedir que fuese invitado al Congreso. Cuando mi gestión ante los organizadores tambaleaba, hice valer los títulos de la visita de Haya de la Torre a Rusia, su amistad con Zinoviev, con Lunacharsky, con Lossowsky y Peskowsky. Los argumentos sirvieron y Víctor Raúl fué especialmente invitado.

Haya me escribió sobre esto muy contento; me recomendó que obtuviese para él en Bruselas un alojamiento digno de él y me previno contra la actitud que asumiría Mella.

Julio Antonio era mucho más joven que Haya. Alegre, franco, optimista, pese a que dejaba notar que poseía una alta estimación de su propio valer, se comprobaba inmediatamente su

magna sinceridad. Mella no solo era un comunista militante; era, de pies a cabeza, un dirigente, un conductor. En Cuba había puesto en jaque a la tiranía de Gerardo Machado, convulsionando la isla, políticamente. El Partido Comunista de Cuba, lo había expulsado de sus filas y Mella marchaba a Moscú a reivindicarse. Willy Münzenberg, uno de los jóvenes califas del comunismo alemán e internacional, se mofaba de la resolución de los comunistas cubanos y admiraba abiertamente a Mella. Julio Antonio, por su parte, detestaba a Haya de la Torre, le llamaba "Chiang Kay Shek criollo" y rechazaba airado mis insinuaciones para un avinimiento. Cuando los dos hombres llegaron a Bruselas, su separación, ideológica y personal, era ancha y definitiva: no había puente posible entre sus posiciones.

La antevíspera de la apertura del Congreso, corría entre los delegados la información sensacional de la presencia de Grigory Zinoviev en Bruselas. Afirmaban haberle visto en el Palacio de Egmont, sede del certámen internacional.

Pronto la noticia cayó en el terreno humorístico. No era Zinoviev: era Vittorio Codovila, disfrazado de Zinoviev. Las mismas botas altas de cuero, el mismo pantalón a cuadros blancos y negros, la misma chaqueta de pana oscura —especie de cazadora que los rusos denominan "tolstoika"— y la misma gorra de tela igual a la del pantalón. Todos los que conocían a Zinoviev convinieron en que existía gran parecido físico entre los dos hombres y que Codovila explotaba el parecido.

El comunista argentino se me mostró afable y cordial; habló mal de Julio Antonio Mella, le llamó pequeño burgués, caudillista e intelectual y vaticinó que no sería sino un "bonapartista".

Me llamó la atención que, al contrario de su actitud hacia Mella, mostrase un gran interés en conocer personalmente a Haya de la Torre. Quizás era a causa de la tirantez existente entre Haya y Mella.

—La gran debilidad de la lucha anti-imperialista —dogmatizó Codovila— es la rivalidad entre los caudillos. Allí tiene Ud. lo de Haya y Mella; nada más que rivalidad sin principios; no pueden verse, se detestan; lo mismo pasa en Brasil y otro tanto en México. Y la Komintern vé muy mal esto.

—¿Cómo cree que puede arreglarse?

—Yo propondría una división de América Latina en sectores. Un sector del Caribe; otro de los países bolivarianos, el tercero de Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay y por último, un cuarto, el Brasil.

—¿Quiere que sondee las opiniones sobre esto?

Recibido el asentimiento de Codovila, comuniqué el plan a Víctor Raúl quien lo recibió con tan escaso entusiasmo que era indiferencia. A la mañana siguiente, apenas se inauguró la sesión que celebrábamos los delegados de América Latina al Con-

greso, Haya pidió la palabra; tan luego como le fué concedida, planteó la necesidad de dividir la América Latina en cuatro sectores.

¡La proposición de Codovila...!

El comunista argentino no se inmutó; estaba sonriente y daba muestras de aprobación, al propio tiempo que me dirigía miradas como de agradecimiento. Interrumpiendo a Haya exclamaba:

—¡De acuerdo... estoy completamente de acuerdo...!

Mella estaba iracundo; miraba alternativamente a Codovila y a Haya, sospechando que entre ambos había un oscuro conubernio.

Esa misma noche, Haya me expuso su plan, que era una socialina:

—Este Congreso —planteó— no resolverá nada: discursos que nadie escucha, boletines que no se leen y resoluciones que solo tratarán de cumplir los comunistas como Mella... sin conseguirlo por cierto. Lo que a nosotros nos conviene —añadió con vigor— es llamar la atención sobre nuestro movimiento; que se fijen en el APRA; que se den cuenta de la existencia de algo que se llama Alianza Popular Revolucionaria Americana... ¿entiendes...?

Como manifestase, con un gesto, incomprensión o duda, acentuó:

—Si votamos todo lo que ellos proponen, pues nadie se fijará en nosotros; si votamos "con reservas" nos señalaremos como excepciones. Preguntarán de qué se trata, en qué residen las discrepancias, y como una consecuencia, sabrán que se trata de la Alianza Popular... ¿ya...?

—Alcibiades le corta el rabo a su perro... murmuré.

—Y treinta siglos después, se sigue hablando de Alcibiades, —opugnó tajante— si te gusta lo clásico, pues hemos de cortar el rabo a nuestro perro. ¡Es una propaganda —añadió— demasiado al alcance de la mano, para dejarla perder...!

En medio de disputas campales, llamando la atención del Congreso mucho más de lo que habíamos pensado ambos, haciendo correr de un lado a otro a Codovila y a los secretarios de las diversas "fracciones comunistas" en el Palacio de Egmont, votamos las resoluciones del Congreso Anti-imperialista de Bruselas "con reservas". Y al socaire del certámen internacional, gracias a la maniobra socialinera de Haya, llamamos la atención sobre la Alianza Popular Revolucionaria Americana, con un vigor que repercutió en Colonia, semanas más tarde y ulteriormente en Moscú, en México y en toda la América Latina.

—¡Ha sido un golpe maestro...! —exclamaba Víctor Raúl con frenesí— han sabido que el Apra existe; y eso quedará registrado y bajo la mirada de Moscú.

EL RESPLANDOR SOBRE EL ABISMO

PARA EL AMOR por la cultura y para la ambición de saber, del recién llegado, la Sorbona se presenta como embrujado laberinto y como desconcertante desorientación; como si en sus aulas confluyesen todas las encrucijadas del saber del mundo.

Cursos, conferencias, lecciones; filosofía antigua, con estudios individuales sobre los filósofos; en la sala A, Platón, en la sala C, Heráclito de Efeso; en el rincón, a la derecha, conferencia sobre el proceso de Sócrates; la Teoría de la Relatividad y la tragedia de Baudelaire, la crisis monetaria en China y los impresionistas y la Moral de Spinoza... más allá, en la tercera puerta, Monsieur Bergson, en la siguiente, termina la conferencia sobre Omar Khayán y vá a iniciarse la lección sobre los empiristas ingleses.

Frecuentaba aulas y cursos como alumno libre matriculado sin derecho a obtener título; a través de los estudios me vinculé con gentes diversas; llegué a trabar amistad con tres estudiantes: Monsieur Peng Yu Lang, chino, estudiante de filosofía; Pierre, el francés que estudiaba idiomas y que me ofreció intercambiar su francés por mi español y una bondadosa muchacha, con el pelo desgreñado y las uñas carcomidas, que fumaba sin cesar, cualquier clase de cigarrillo aunque no fuese de tabaco. Ella seguía cursos de Literatura y Arte. Después del primer cigarrillo que le invité, encendiéndoselo, habló de pintura; se entusiasmaba con los colores de Corot, con las formas de expresión de Monet y con las líneas del dibujo de Picasso. Los super-realistas le indignaban.

—Son farsantes —gritaba— imitadores del italiano Marinetti; no les interesan ni el arte, ni el juicio de las gentes sobre sus obras, ni la educación de quienes no somos artistas, ni el placer divino de crear algo bello. Sólo les interesa meter ruido, llamar la atención. ¡Ya los verá usted...! Su ambiente es el del sainete escandaloso; parecen más agentes de publicidad que artistas. Sienten placer en enfurecer al público.

Mi amigo Monsieur Pierre se burlaba del Hombre y de la Humanidad. Yo no soy —decía— un francés de pura sangre; debo tener alguna mezcla normanda, algún ancestro huno... Quería viajar, ir a las colonias o embarcarse a Buenos Aires para intentar hacer la América.

—Yo aprendo español —confesaba como soñando— para utilizarlo en mis viajes por América Latina. ¿Se imagina usted un continente que habla un solo idioma? ¡Es magnífico... qué ricas posibilidades...! Aprendo también a colocar inyecciones, a suturar heridas, a contener hemorragias, a curar la picadura de las víboras, a llevar una contabilidad bien arreglada y a soldar cacharros con métodos primitivos. ¿Comprende usted?

—Sí, le comprendo; usted quiere hacer dinero en los países atrasados.

—¡Buena... si usted quiere mirar así la cuestión, pues piénselo! Yo creo que soy el civilizado que lleva a los rincones perdidos del mundo la luminaria de la civilización. No soy el egoísta que Ud. cree; podría bien quedarme en París; conciertos, mujeres, buen vino, cafés, bulevares, pernod, exquisita carne. Pero, no. Yo trabajo y estudio y me preparo, para ir a soportar penurias y, de paso, pues a procurarme un poco de dinero... y de dicha tranquila para más tarde.

Mi amigo el chino era trascendente; vivía siempre en profundidad; le sugestionaba lo complejo y su encanto especial era enjuiciar los sentimientos, las reacciones, la conducta humanas.

—Todas las religiones son buenas —manifestaba en su francés típico, desprovisto de erres— a condición de que le presten la mayor suma de consuelo al creyente, de que le hagan menos cruel con los otros, de que le ayuden a mejorar su condición humana. La religión deviene pernicioso cuando el hombre la toma para hacer negocio; entonces deja de ser sentimiento moral para hacerse codicia egoísta.

—¿Cuál de los filósofos cree usted que ha logrado plasmar una filosofía más completa y mejor?

El chino miraba tras sus pómulos que brillaban más que sus ojos, chupaba la pipa con fruición y se callaba. Tras una pausa expresó con honda convicción:

—Creo yo y tienes que perdonar que hable dogmáticamente, que el más grande filósofo del mundo desde que Thales fundó la filosofía, hasta nuestro tiempo, es el alemán Jorge Guillermo Federico Hegel. Es superior a todos los demás. Si penetras con amor y con tenacidad en la filosofía hegeliana, tendrás una concepción clara del mundo y un sentido preciso de la vida. Eso sí, no la aceptes tal como está; fúndate en ella, nada más.

—¿Cuál crees que es el verdadero sentido de la vida?

—Hacer el bien a los otros.

—¿Qué es hacer el bien?

—Que los que reciban algo de nosotros, lo que fuere, se sientan felices. Hacer que la vida sea alegre para los otros, aunque a nosotros nos duela. Llevar bienestar a los demás y no pedir nada. En breves palabras: abdicar del egoísmo, eliminar el Yo.

—¿Y eso es filosofía hegeliana?

—No, —replicó secamente el chino— es mi propia opinión.

—¿Eres comunista? —interrogué con viva curiosidad.

Peng me miró largamente; tras las ventanillas oblicuas de sus párpados relampagueaban sus retinas; repuso con desprecio:

—¡Todo eso es una feria; demagogia y estafa de la buena fe...!

—¿No tienes opiniones políticas?

—Son mías —exclamó con sequedad— no las de ningún partido.

No insistí en mis preguntas y seguí su consejo; me dediqué paciente y tesoneramente al estudio de Hegel. Peng comentaba con una especie de sensualidad los conceptos oscuros sobre los cuales le pedía explicación. Era un ferviente hegeliano; veía contradicciones en todas partes y en cada hecho buscaba el "aufheben" hegeliano.

Mademoiselle Paulette me dió sedantes y virtuosas lecciones de pintura; recorriamos juntos las exposiciones y museos y los establecimientos de los "marchands des tableaux". Le encantaba opinar sobre cada cuadro, sobre cada pintor, sobre cada trazo, sobre cada mancha de color. Era tajante en sus juicios, inflexible en sus apreciaciones y sostenía que Velázquez era el Júpiter de los pintores. ¡Los italianos, demasiada azúcar; los franceses, demasiada carne; Velázquez, los españoles son belleza pura, drama trascendente como la vida, que va más allá de las Meninas y de las Hilanderas; más allá de los caballos, de sus jinetes y de las risas de sus bufones.

En el teatro adoraba a Shakespeare y abominaba de Racine. Lloraba en "Antígona" y sentía todo el dolor de "Edipo Rey"; sus dioses en literatura eran Sthendal y Balzac, con Flaubert. Tenía un desinterés que parecía afectado por la literatura extranjera. De los contemporáneos —aconsejaba— lea a Romain Rolland, a Barbusse, a André Malraux.

Muchos días de alegría y de hambre, de contento y de miseria compartimos Paulette y yo, Peng y yo; Peng terminó enamorándose de Paulette. Y decía que tal dicha me la debía en parte a mí. Y ciertamente, fui feliz con la alegría de ellos.

Con gran frecuencia comíamos juntos en el restaurante chino de la rue Cujas; arroz y té verde gratuitamente. Y la conversación comandada siempre por Paulette. Al hablar de Barbusse, de su actuación y de sus libros, recordé que hacía muchos meses que tenía en mi poder una carta dirigida por Mariátegui al gran

escritor. En ella me recomendaba entusiasta, decía cosas buenas de mí y pedía a Barbusse que me acogiera con benevolencia, que no le defraudaría.

Muchas veces había intentado entregar la carta y presentarme ante Henry Barbusse; en algunas oportunidades no me atreví a tocar el timbre, en otras me quedé en la mitad del camino y alguna vez que, venciendo mi timidez, llegué hasta sus oficinas de trabajo, no le había encontrado: se hallaba fuera de París.

¡Cuando referí todo esto a Peng, el chino me miró como si tuviese lástima de mi bisoñería. Sonrió más compasivamente aún, y dijo:

—No hay escritor alguno en Europa que reciba con más placer las visitas de la gente joven y, sobre todo, de los jóvenes extranjeros. Nosotros —añadió— vamos a visitarle todo los martes, siempre que su salud le permita estar en París. Somos un grupo internacional: chinos, anamitas, un par de algerianos, un búlgaro... ¿Quieres ir tú? Más todavía, si tienes contigo la carta de un intelectual amigo suyo.

—Pues, ¿qué he de decirte, Peng...? Si ustedes van, pues iré el martes. ¿No crees que haya necesidad de pedir la venia de Barbusse...?

Peng volvió a reír suavemente y su risa cortaba finamente como una navaja.

—¡Qué venia, hombre! ¡Qué hemos de pedir venia, ni audiencia! Has dicho que entre tu amigo Mariátegui y Barbusse hay gran cariño... ¿y bien...? Barbusse es amplio, sencillo y cordialísimo. Es gran conversador y hombre de comprensión universal y universalista. Trata con verdadero deleite los problemas sociales de los países lejanos. En esto no parece francés.

Paulette gruñó, simulando enfadarse, de manera exquisita.

—Hay un adagio francés —dijo Peng sonriendo— que define al francés como un señor mal vestido, que usa mostachos y que no se interesa en absoluto por la Geografía.

—Y que divide a los habitantes del mundo en tres categorías —añadí riendo con intención— los civilizados: que son los franceses; los bárbaros, que son los alemanes, los ingleses, los belgas y quizás hasta todos los habitantes de la Europa Occidental, hasta los Pirineos y, por último, los salvajes, que somos todos los demás; muy en especial los americanos de todos los colores, razas y latitudes.

Peng reía maliciosa y alegremente.

Paulette dramatizaba la comedia encantadora de su indignación, abocelando sus labios y abocardando graciosamente su boca... sentenció que ella nos haría amar y comprender a Francia. Y dijo que los extranjeros teníamos el defecto de exagerar nuestros juicios... carecíamos del sentido de la medida...

Pasé días llenos del anhelo de conocer al escritor; repasé “Les Enchainements” y “El Resplandor sobre el Abismo”, puse en un sobre nuevo la carta de Mariátegui y acudí puntual a la cita con Peng. El chino estaba acompañado por un alemán rubicundo, apolíneo, que juntaba los descalzañados tacones de sus zapatos, al saludar.

La visita estuvo plena de interés, Barbuse tuvo frases de viva devoción para Mariátegui; lo encomió cálido y sincero y dijo de él, ante los demás: ¡Voilà vraiment un homme...! Barbuse era un conversador sugestivo, de delicado espíritu crítico; animaba su charla con sentencias, hacía preguntas a menudo, se sorprendía poniendo un suave encanto de ingenuidad en sus sorpresas y como un “lei-motiv” volvía sobre el mismo tema: para los grandes dolores humanos, para llegar a la realización del Hombre Total, del hombre sin desgarramientos ni contradicciones, pues no había otro camino que el de la revolución. Como en su libro, Barbuse repetía a través de toda su conversación el mismo “ritornello”: ¡Por necesidad vital, por imperativo humano, por piedad, rebeláos!

Varias veces se dirigió a mí, haciendo preguntas sobre la América del Sur, sobre la vida en mi país, sobre los niveles intelectuales de los diversos países. Se mostraba interesado en la Revolución de México; hablaba con familiaridad de Madero, Carranza, Pancho Villa, Zapata. Nos manifestó que estaba interesado en lanzar a la publicidad una revista para “las gentes de letras” de América Latina, que llevase allá el mensaje de la revolución y que fuese capaz de realizar aquello que, para él, era particularmente caro y esencial “hacer la revolución en los espíritus”.

El alemán le hizo notar que los comunistas se mofaban de eso de la revolución de los espíritus. Barbuse no respondió, miró con aire triste al muchacho rubio y expresó:

—Yo creo en el poder del espíritu y en su inmensa potencia creadora; creo que nada puede pasar en la realidad social si antes no ha pasado por el espíritu; creo que el hombre no puede realizar la redención, si su espíritu no ha sido antes redimido. Nada hay más cierto, queridos amigos míos —expresó en tono exclamativo— en esta época tormentosa en que vivimos, que la verdad de que el espíritu está fuerte pero la carne es débil. Y yo digo aquí —afirmó rotundo— que nadie sino el espíritu será capaz de superar y vencer las debilidades de la carne.

Cuando nos marchamos, ya en la calle, el alemán quiso enjuiciar la conversación; pero lo hizo en un francés que resultaba penoso escucharle y más aún conversar con él. En general salimos complacidos; sólo Peng se mostró un poco escéptico.

Me fui a dormir y en el sueño me rebotaba dentro del cráneo, como una pelota de tennis, la frase barbussiana: ¡¡Por necesidad vital, por imperativo humano, por piedad... rebeláos...!!

EL DESBORDE DE LA MORALIDAD

CLAUSURADO el Congreso Anti-imperialista de Bruselas, Haya de la Torre había regresado con gran contentamiento por lo que él designó como el “triumfo de la tesis de los cuatro sectores”. Desde Oxford escribía cartas plenas de júbilo. En una de ellas me anunciaba, de manera confidencial que se había dirigido, por conducto muy seguro, a Moscú, solicitando apoyo para emprender la obra revolucionaria en el Perú y en América.

—He escrito una carta muy amplia y he presentado una exposición muy clara sobre nuestro movimiento y sobre nuestros proyectos —escribía desde Inglaterra— a Alejandro Lossowsky, gran amigo mío, uno de los dioses del Olimpo Comunista y una de las mentalidades mejor preparadas para comprender los problemas de América Latina y en especial los de nuestro país. Lossowsky —añadía— es un rabioso anti-imperialista, que vé muy claro que mientras no se golpee muy fuertemente sobre el poderío de los Estados Unidos, no se conseguirá que la revolución avance en el mundo. Mientras Zinoviev cree que el enemigo fundamental es Inglaterra, Lossowsky piensa que más tarde o más temprano, Rusia tendrá que enfrentarse a los Estados Unidos y que lo mejor es organizar cuidadosamente desde ahora las fuerzas y el campo de acción de la lucha en América Latina, a la que él denomina “la puerta falsa” de la potencia del norte. Además, Lossowsky está muy bien ubicado en los altos círculos dirigentes del Kremlin.

Me llamó la atención esta gestión de Haya de la Torre, ya que yo conocía bien que no era partidario de la Internacional Comunista, que no tenía ningún interés y, al contrario, una viva repugnancia, por toda idea que pudiese significar su adhesión al partido comunista o su sometimiento a las directivas de Codovilla, Mella, Ghioldi y compañía. El estaba seguro que ninguno de ellos respondería jamás con obediencia a su comando y a sus decisiones personales. Víctor Raúl deseaba algo propio, donde él pudiese dirigir, mandar y conducir, sin estar sometido, como él

afirmaba, a un Bureau Sud-americano, manejado por Codovila desde Buenos Aaires.

Durante largas semanas esperé sus noticias sobre la gestión realizada ante Lossowsky. Cuando había transcurrido más de un trimestre, escribió jubiloso, anunciándome que había recibido la respuesta del dios del olimpo comunista.

—Cuando vaya a París analizaremos su carta —me escribía —hay probabilidades magníficas para un entendimiento y, por consiguiente, para la ayuda que buscamos. Nuestro amigo plantea un conjunto de cuestiones polémicas y esboza condiciones que me parecen de tono y de precio un poco subido, pero con el ánimo de acercarse y no de alejarse. Más bien desea esclarecer que buscar discrepancias.

Y se mostraba entusiasta y contento de las gestiones que estaba realizando con Moscú y con la dirección mundial comunista.

Tiempo después, Víctor Raúl vino a París y leímos juntos, una y otra vez, la carta de Lossowsky.

La epístola era cordial, sin duda alguna. Planteaba las discordancias con claridad y con firmeza, pero en estilo y tono diplomático y amable. Insistía en que el punto fundamental de la lucha anti-imperialista en los países coloniales y semi-coloniales, consistía en que los partidos comunistas debían gozar, en todo momento, de la más amplia libertad y protección para organizarse y desarrollarse, sin que las alianzas de cualquier especie que fueren, pudiesen estorbarles o cerrar su camino ulterior a la conquista del poder político.

Por otra parte, en la carta se planteaban juicios sumamente violentos contra los Estados Unidos y aconsejaba a Haya de la Torre que provocase las ambiciones de otras potencias, planteando como necesaria la internacionalización del Canal de Panamá, a fin de que esta vía, a la que llamaba "la Garganta de América Latina", no estuviese sólo bajo el contralor del imperialismo yanqui, sino que pudiese ser administrada e intervenida por varias potencias, entre ellas Rusia naturalmente.

Sugería además, la posibilidad de que el país en el que triunfase la Revolución Anti-imperialista debería ser el Estado Anti-imperialista y que en su territorio debían luego establecerse posiciones de diversa clase y de variados tipos. No indicaba concretamente qué clase de posiciones eran. Y Víctor Raúl aseveraba que eso no tenía mayor importancia.

—Lo que importa más que nada —decía riendo— es la exigencia de Moscú en lo que se refiere a los partidos comunistas. ¿Qué necesidad tienen ellos de que los partidos se llamen comunistas...? Lo que debe interesarles es que sus planes no sean estériles sino fecundos para la lucha futura contra el imperia-

lismo yanqui. Y nosotros les podemos ofrecer precisamente eso. A ellos les conviene entenderse conmigo... ¡claro que les conviene...!

Y se paseaba a largos trancos por la habitación, haciendo brotar pequeños copos de polvo de la alfombra de abigarrados colores. Con nerviosidad, zambucaba sus manos en los bolsillos de su pantalón y, sacándose las luego para frotarlas con ruido, exclamaba energético y alegre:

—Lo esencial, como decía Lenin, es la cuestión del poder. ¡El poder... el poder... el poder...! Y lanzaba su dedo índice hacia arriba como una flecha, cual si estuviese arengando.

—Pero, ¿qué es lo que pedirán los rusos, en cambio de su ayuda? —interrogué, suavificando cuanto pude el tono y el acento, para no disgustarlo y también, para no quebrar la ola de su entusiasmo.

—Los rusos no pedirán gran cosa —exclamó rotundo Víctor Raúl— nos ayudarán por golpear el poderío de los Estados Unidos; así como Canning —añadió— ayudó con todo el poder del Imperio Británico a la independencia de América, para golpear a España, así Rusia ayudará a los movimientos revolucionarios de América Latina, para herir en sus centros vitales al imperialismo yanqui. Y en esta pelea —concluía gozoso— nosotros los latino-americanos seremos los ganadores.

Regresó a Oxford y esperó largo tiempo la anhelada respuesta del Gran Vizir del "Profintern" el camarada Lossowsky.

Mientras tanto el grupo que dirigía José Carlos Mariátegui en el Perú planteaba reparos y discrepancias, los que eran sustentados por parte de los grupos de exilados, y que se referían a la orientación, a la metodología, a los procedimientos que Haya pretendía imponer, que estaba imponiendo ya autocráticamente en el seno del embrión de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

Haya no debatía; se encolerizaba, elaboraba frases cargadas de malevolencia, fabricaba apodosos y sugería pensamientos torpes sobre cada uno de los que le criticaban. Destruía con ferocidad en el terreno de la ideología, todo lo que construía tan ágil y diestro en el campo personal; las excelentes dotes de jefe que poseía las deformaba para sentirse autócrata; y más que crear a diario su autoridad, le gustaba conservarla con rudeza y hacerla sentir con agresiva insolencia.

—Ya verán los opositores, ya verán —decía— lo que vá a decir Lossowsky...

Mientras tanto, la respuesta no llegaba y las distancias crecían en los desacuerdos; a cada nueva insinuación para salir a la búsqueda de un entendimiento cimentado en ideas, principios, doctrinas, Víctor Raúl replicaba con encandecida virulencia, se

mostraba más hostil y, en el fondo, sin duda más franco. La polémica era estéril en el plano ideológico, pero servía para raspar en él toda la apariencia, haciendo lúcida la verdad más acendrada de su esencia política.

Las conversaciones sobre temas que se relacionaban con los desacuerdos, con esa su tenacidad en resistir toda forma democrática de comando, o con los procedimientos de violencia que propugnaba, sólo servían como levadura de decepción respecto de la ética del jefe y como gastadura del respeto hacia él. Comprobé entonces que menospreciaba todo principio ético, no tanto con cinismo cuanto con enraizada convicción íntima. Concepción sincera, logizante, racionativa. Sentí que su moral era tan liviana que borraba la frontera con la amoralidad.

Cierta vez le insinué la pérdida de autoridad espiritual que este amoralismo le comenzaba a acarrear, no sólo en lo personal sino —lo que era trascendente— en lo político.

Adoptó un aire burlón, rió con su risa magnánima y preguntó:

—¿Has leído a Goethe...?

—Bueno —repuse entrecortado— por hallar desocasionada la pregunta— lo he leído pero no creo que todo lo que ha escrito... ¿por qué?...

Sacó del bolsillo un libro de notas, fojeó riendo y leyó:

“Los seres extraordinarios se desbordan sobre la moralidad: obran como fuerzas físicas básicas, del mismo modo que el fuego y el agua...”

—¿Qué te parece? —interrogó riendo alegremente— es el propio Goethe quien lo dice; no sé dónde, pero lo ha escrito él.

—Y es claro —alegué— ¿Y tú te sientés un ser extraordinario? ¿Un tipo humano que desborda sobre la moralidad, como el fuego y los volcanes?... ¿No es así?

Rió con descaro y subrayó con insolencia suavificada por su risa clara y bondadosa:

—¿Y por qué no... tú no lo crees acaso?

Me detuve a mirarle de frente, con el deseo de que se diese cuenta de mi extrañeza y de mi total disconformidad.

—Creo que posees cualidades extraordinarias, Víctor Raúl. Tienes grandes capacidades de conductor de multitudes y de organizador de una propaganda que marea, sacude y arrastra. Pero, no creo que puedas considerarte el Super-hombre de Nietzsche, ni que tengas derecho a proclamarte el ser extraordinario que desborda toda moralidad. Aunque lo diga cien veces Goethe, tú no puedes crearle una moral a tu antojo y menos aun tratar de imponerla a todo un movimiento... ¡tú comprendes...! los zambos de Malambo, los indios de Quispicanchis, todos nosotros... “desbordando la moralidad...”

—Crearle una moral a mi antojo no —contestó siempre riendo más alegremente al ver mi alteración—. No es eso lo que dice la cita que te he leído; nada de moral determinada. Fíjate bien, el rayo no es moral ni immoral; los efectos que producen, sean los que fueren, están al margen de toda moral... desbordan la moralidad, como dice Goethe; el mar, la tempestad, los temblores, en fin todas las fuerzas cósmicas. Y tienes que convenir en que los genios, los seres extraordinarios, son quienes expresan entre los hombres, estas fuerzas cósmicas.

Aquella posición era enunciada con desaprensiva franqueza. Y en él no era sólo literatura cínica: era tendencia razonante; era ambición desatada y lanzada con la convicción de que era una fuerza cósmica...

—Cuando vivimos en sociedad —repliqué en el mismo tono alegre empleado por él— los hombres tenemos que actuar conforme a normas establecidas y seleccionadas a través de milenios de convivencia social. Los hombres no somos ni el rayo, ni el trueno, ni el volcán, ni el mar. Somos simples personas, individuos que actuamos dentro de una sociedad organizada y que, por consiguiente, estamos sometidos a las normas que rigen la vida social.

—Lo único que yo he hecho es citarte a Goethe, —dijo despectivamente...— enseñarte una frase, un pensamiento que no conocías.

Me golpeó con dureza el desprecio con que trataba de enmascarar su auténtico pensamiento; reaccioné con vigor respondiéndole:

—No te has limitado a citarlo Víctor Raúl; te has acogido a la cita como si fuese una de las Tablas de la Ley, como si se tratase de una doctrina especialmente fabricada para el ser extraordinario que eres tú. No sólo citas a Goethe: en la práctica pretendes imponer una moral especial que sea “un desborde de la moralidad”. Y lo que es más grave, pretendes imponer tal criterio en todo lo que se relaciona con nuestro movimiento político. Y esta abrogación arbitraria tuya, no sólo de todo principio político sino hasta de elementales principios éticos, está alarmando, te está enajenado la adhesión de los mejores que hemos venido a tu lado... de los que se han acercado tomando la política como una misión y no como tráfico, ni como un camino fácil hacia el éxito o los buenos negocios.

—La revolución y la moral —repuso— no son ni siquiera primas hermanas. En México, Pancho Villa... y entró en el relato rico en matices y en anécdotas, de las atrocidades efectivas o inventadas que atribuyó al caudillo mejicano. Era el sistema que empleaba cada vez que deseaba cortar una discusión o terminar con un asunto que no le agradaba. No era inclinado a llevar la

pugna en la polémica hasta las consecuencias finales; prefería acceder simulando magnanimidad, obtener el cabal esclarecimiento de las ideas, intenciones o discrepancias de su interlocutor, dejando las suyas en la sombra o, por lo menos, en la penumbra. Toda discusión divergente con él no desembocaba jamás ni en avenencia ni en desavenencia, ya que prefería siempre ceder en lo formular, permaneciendo impassible en sus mismas posiciones. Era un carácter firme, servido por una maciza hiperbulia, pero malogrado por un temperamento versátil, por una conciencia sin principios y por una marcha más versátil aun, ya que su derrotero cambiaba de acuerdo con los vientos que hinchaban, o dejaban de soplar, el velamen de su ambición personal.

La actividad en mancomún, el avance hacia el cabalamiento de la confrontación de nuestras posiciones y actitudes, y las discrepancias que, en vez de suavificarse, se aristaban después de cada discusión, comenzaron a abrir fisuras, que se hacían grietas, en nuestra fraterna amistad, la que por tales caminos se deslizaba al arruinamiento.

En un comienzo, tal perspectiva me asustó: hice cuanto me fué posible por cambiarla; pero, a medida que concedía, me daba cuenta de que ingresaba por el camino de las capitulaciones. El dejó ver con más claridad su satanismo, su voluntad de abrirse paso hacia el éxito abarrisco, pasando por encima de normas éticas, prescripciones morales, valores humanos; mostró con más franqueza sus designios y sus procedimientos diabólicos, persuadiéndome —no sin amargura— que con tal material humano no se podía marchar con seguridad y confianza hacia la realización honrada y limpia de un movimiento serio de renovación.

Escribí a José Carlos Mariátegui planteándole mis dudas, insinuándole que influyera ante Víctor Raúl, y haciéndole ver los peligros que, en mi opinión, entrañaba un movimiento que iba a ser conducido “desbordando toda moralidad” y con métodos dictatoriales, plenos de la arbitrariedad y del capricho que predominaban en la forma de dirigir por parte de Haya de la Torre.

La respuesta de Mariátegui llegó muchas semanas después, enunciando un conjunto de discrepancias políticas con Haya y sobre las que hacía tiempo que había escrito a Víctor Raúl. Se quejaba de no haber obtenido respuesta, a pesar de que había transcurrido mucho tiempo.

Todo esto me empujó hacia una etapa de angustiada indecisión. No sabía qué hacer, cuál camino tomar, ni qué orientación seguir. Temía vivamente asumir la responsabilidad de cualquier ruptura, pero se afirmaba en mí un pensamiento más y más recalcitrante a seguir el camino que Haya trazaba y que —lo zahoriaba y lo veía— iba a desembocar en una nueva forma de dictadura mestiza, populachera e irresponsable.

—¡No...! Sabía bien que no podía marchar por allí sin traicionarme.

Y hundido en mis dudas, torturado por la incertidumbre, me sentía no solo desorientado sino perdido. Una vez y otra vez me ganó el pensamiento de abandonar toda actividad política, de olvidar la tragedia de mi pueblo y de ocuparme sólo de trabajar para mí, hacerme una situación y asegurarme una vida apacible y tranquila. ¿Por qué había de dejarme arrastrar más por las compulsivas tentaciones de la redención...?

GRAVITACION E INFLUENCIA BARBUSSIANAS

HENRY BARBUSSE anunció la aparición de la revista "Monde" que él dirigiera luego; y el anuncio fué un llamamiento amplio y fraternal a "todos los espíritus libres". Desde el primer momento ofrecí mi colaboración al escritor y la otorgué en las más diversas formas: desde la organización de direcciones para el envío de la publicación a través de América Latina, hasta la acumulación y ordenamiento de materiales sobre la situación política latino-americana, o sobre los progromos en Rumania o la agresividad de la reacción en Bulgaria. Y a través de esta labor que fué creciente, intensiva y desinteresada, fué creándose una vinculación amigable, una confianza plena de calor humano, en el que tan pródigo era Barbusse, y una relación íntima y cariñosa de maestro a discípulo. La bondad del escritor se tornó más acogedora y más sensibles su amparo intelectual y la intervención de su consejo político. En poco tiempo, él adquirió la conciencia lúcida de lo que su influencia estaba significando en mi vida, de lo que su orientación tenía de rumbo y de brújula para mi camino.

Un día y otro conversó sobre América Latina: su miseria, sus dictaduras, su democracia formular, la rapacidad de sus políticos aventureros, la índole y el sentido de sus golpes de Estado. Y se interesó vivamente por mi actividad política en París, por la formación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, por Víctor Raúl y por Mariátegui, por sus discrepancias, por las relaciones entre Haya y Lossowsky.

Más adelante, del tema particular pasó a la política general del mundo, mostraba su temor por el derrame del fascismo sobre Europa y auguraba días muy oscuros para el orbe... y en la perspectiva clara para él... de nuevo la guerra...

Una tarde en que mostraba alegre buen humor y un claro estado de euforia pues no tosía, no tenía la mirada febril, le pregunté:

—Maestro ¿usted es cristiano?

—Creo que religiosamente, no —respondió— pero profeso una viva admiración por Jesús como arquetipo humano. Yo creo

que si él viviera en esta época, el humilde carpintero de Nazareth, como dice Renán, estaría del lado de nosotros y de nuestra lucha. Con sus Parábolas, con su pobreza, con su Sermón de la Montaña y con su pureza. Pueden variar las filiaciones, hijo mío, pueden cambiar las teorías, pero la actitud espiritual es eterna. El que luche por el bien de los otros, el que se sacrifique por la felicidad ajena sin pedir recompensas, ese es un verdadero discípulo de Jesús. La verdadera dicha del hombre, cónvenete, es prodigarla a los demás. El egoísmo es una áspera angustia, en tanto que el altruismo es una liberación. La más alta satisfacción humana está en la roca de Prometeo: nada hay más sublime en la dicha del hombre que robar el fuego a los dioses para obsequiarlo a los mortales, pagando por ello el precio que hace pagar siempre Júpiter... ¡y cuando cobran el precio, hay que pagarlo!

Había algo de transfigurado en aquel rostro macilento, surcado por hondo rictus, macerado por la fiebre y por la imagen cercana de la muerte. Barbusse se alzaba ante el escritorio, como queriendo librarse de su encorvamiento, y su sombra se proyectaba sobre el techo y sobre el muro.

La pantalla de la lámpara de mesa proyectaba su sombra sobre el rostro de Barbusse y yo no podía ver sus ojos; me los imaginaba dilatados por la fiebre, brillantes como cuando se entusiasma. Alentado por aquellas palabras, le pregunté:

—¿Si la gente joven le pidiese a Ud. un consejo para ubicarse en un campo determinado a fin de luchar mejor, para asumir una posición política, qué consejo le daría usted?

Se puso de pié, agitando entre los dedos un largo corta-papel de acero, que era un puñal caucasiense; la bella hoja centelleaba bajo la luz. Barbusse me miró por encima de la lámpara y respondió:

—Cada hombre, por joven que sea, debe escoger su posición por su propia cuenta, de acuerdo con su propia conciencia, sin dejarse sugestionar por influencias ajenas. Pero, si se me pide mi opinión personal, pues estoy convencido de que en el único lugar en donde un hombre puede luchar honradamente, con posibilidad de vencer y de realizar, es en el seno del Partido Comunista.

—¿El Partido Comunista? —interrogué como extrañado.

—¿Te ha sorprendido? —preguntó a su vez, añadiendo— El anarquismo, hijo mío, es nada más que onanismo social, sueños generosos, sentimentalismo ardiente enriquecido por una imaginación brillante. Por eso el español, el pueblo de más rica y fecunda imaginación, ama el anarquismo, es anarquista.

Hizo una larga pausa, como si se fatigara, para continuar:

—¿La social-democracia? Demasiadas transacciones; excesivo comercio político; su marcha puede llamarse, la marcha de

las capitulaciones; los social-demócratas, hace muy largo tiempo que no son derrotados: capitulan antes de presentar combate y así... evitan toda derrota. ¡La guerra fué una capitulación; un renunciamiento...!

No queda sino el Partido Comunista, hijo mío, como esperanza y como posibilidad, como promesa y como fuerza creadora.

Es claro —añadió con énfasis— es claro que hay que meditar mucho antes de adoptar la resolución; hay que observar, hay que estudiar, hay que pensarlo...!

Se volvió a hacer un silencio largo y me acerqué para despedirme. Barbusse me extendió su mano y oprimió la mía con afecto, comunicándome la fiebre que le consumía. Con la mano izquierda sostenía verticalmente el puñal caucásiano: tenía la palma de la mano completamente abierta y la punta del puñal sobre la mesa. La sombra era una gran cruz. Clavé los ojos en el lugar del muro donde se juntaban los dos brazos de esta cruz de sombra y salí diciéndole:

—Creo que Ud. tiene razón... pero debo pensarlo... quizás no haya sino ese camino.

—No hay otro —replicó— pero antes, es menester pensarlo mucho.

Metí bajo el brazo mi cartapacio de papeles y abandoné la estancia tibia. Afuera hacía frío; lo sentí más, probablemente a causa de salir bruscamente de la habitación calefaccionada; quizás también tenía un poco de miedo y otro poco de angustia.

.....
A través del escritor y de su generosa amistad me vinculé a sobresalientes intelectuales comunistas y dirigentes del Partido. El viejo Charles Rapoport, Marcel Cachin, Vernochet, Florimond Bonte, Georges Cogniot y al ala comunizante del movimiento surealista.

Y fué asimismo gracias a Barbusse que obtuve una colocación en l'Internationale des Travailleurs de l'Enseignement con un salario de mil francos mensuales.

—Eso aliviará tu situación económica en París y te permitirá estudiar, dijo Barbusse cuando le agradecí su gestión.

Presidente y Secretario activo del organismo unitario donde actuaban juntos maestros comunistas y social-demócratas, era Leon Vernochet. Gruñón y mordaz, pulero en el estilo, amante de la buena mesa y francés en ciento por ciento, Vernochet era acusado por Cogniot de "derechista" de ser un nacionalista francés incurable, que en el fondo detestaba todo internacionalismo. A su vez, Vernochet acusaba a Cogniot de inclinarse al sacrificio de los intereses de Francia a otros intereses... nunca señaló cuáles eran esos "otros intereses", pero —como se esme-

raba en hacerlo notar Cogniot— la referencia aludía al Kremlin y a la Internacional Comunista. Sin duda que el uno y el otro encarnaban dos tipos polares de mentalidad francesa. En medio de la sorda pelea yo trabajaba en la edición de los materiales de propaganda en español, revista, boletines, circulares...

Entretanto, la discrepancia entre Mariátegui y Haya se acentuaba. Mariátegui pedía una discusión amplia que desembocase en resoluciones obligatorias para todos; Víctor Raúl se negaba a discutir.

—¡No estamos para academias ni para ateneos! —sentenciaba.

Hube de confesar mi honda confusión a Barbusse; le expuse la tentación que me rondaba de dedicarme a una labor técnica o a escribir cuentos, novelas o informaciones periodísticas sobre las andanzas de los millonarios latino-americanos en Europa. Así, podría conservar, lejos de la lucha política, la amistad de Haya y la de Mariátegui. Hablamos sobre la carta de Lossowsky a Víctor Raúl.

—Escribiré a Lossowsky —dijo suavemente Barbusse— le escribiré pidiéndole que me responda con franqueza. Sé que lo hará...

Había recurrido en busca y demanda de consejo a él, y él a su vez, pedía consejo más allá, en vez de dármele. Cuando intenté marcharme, Barbusse me retuvo y habló despacio, sin que su rictus se modificase, sin que su aire triste se perdiese. Comenzó a hablarme como si mi estado de ánimo fuese traslúcido y le dejase vislumbrar mi desconuelo.

—El hombre —exclamó con voz opaca, como si la tisis le agarratase la laringe— lleva en sí un destino. El no es exterior al hombre, como lo colocaron los griegos: lo llevamos en el fondo de la entraña, en la esencia del ser; seguramente está con el líquido que forma nuestra sangre y en la pasta que constituye la médula de nuestros huesos; es algo que debe estar, hijo mío, en los hilos de nuestros nervios y en la sustancia que se agita como un embrión bajo nuestro cráneo.

Se calló, levantó los ojos brillantes, como si tuviese dentro dos grandes lágrimas; juntó sus dos manos trezando los dedos de una con los de la otra, se recodó sobre el cristal verdoso del escritorio y, con los labios descoloridos, reseco, como si estuviesen ardientes, con la lengua que parecía más roja en medio de la palidez cetrina del rostro, Barbusse acentuó soalzando la voz ronca:

—Si faltas a ese destino que está dentro de tí, te traicionarás a tí mismo y serás inexorablemente infeliz. Podrás obtener muchas ventajas materiales pero —como dice la Escritura— perderás tu alma hijo mío. Y perder el alma es ser infeliz.

Volvió a callarse para exclamar luego con voz grave:

—No hay felicidad posible fuera de nuestro destino interior; y la dicha consiste en vivir de acuerdo con ese destino.

Quise decirle algo, pero él me detuvo con un ademán; se veía que deseaba seguir hablando.

—Como mecánico de automóviles o como escritor de novelas para el público grueso, o como empresario de cualquier empresa, seguramente podrías hacer dinero. Tendrías automóviles de último modelo, buena carne, vino generoso, queridas perfumadas. Pero, esto no es lo que está en tu destino. No conseguirías sino la amargura de saberte cobarde, fugitivo de tí mismo, víctima de una conciencia infeliz, de la agónica certidumbre de saberte desdichado; porque no hay desdicha más acerba que la que viene de nuestra propia traición. No, hijo mío; nadie puede marchar pisándose las propias entrañas.

Se hizo una prolongada pausa; no dije nada, porque no sabía qué decirle; me parecía haber llegado a una encrucijada y tenía una enloquecedora confusión en la cabeza; una oscura y rampante emoción me agolletaba el cuello.

—¿Ud. le escribirá a Lossowsky pronto? —pregunté por decir algo.

—Sí, mañana mismo —respondió— ya veremos lo que dice. Hay que esperar. Yo les tengo confianza ilimitada. Son revolucionarios que marchan como los viejos Santos Magos, guiados por la estrella de la liberación de la Humanidad. ¡Hay que tener fé en su obra, en su gran sueño y en sus difíciles realizaciones!

La entrevista se me hacía penosa, yo quería terminarla.

—La única causa por la cual se puede luchar honradamente ahora —sentenció con energía— es el comunismo.

Me acompañó hasta la puerta y me despidió afectuoso.

Aquella entrevista probablemente fué mi “Quo Vadis”; abandoné la idea de hacerme un experto en mecánica de automóviles, de radio o de linotipos. Y me dediqué con entusiasmo al trabajo de unificación que había prometido a Víctor Raúl, esperanzado en la carta de Lossowsky y confiado en que si se lograba una vasta unión, su solidez impediría que Haya nos tratase en insoportable dictador.

La actitud de Víctor Raúl variaba en cada carta: ora amable, ora cáustico, una semana persuasivo, la siguiente colérico e insolente. Era como si él mismo atravesase una crisis, como si se hallase en el centro de una encrucijada.

Anunció una conferencia en Oxford sobre el tema de la Internacionalización del Canal de Panamá, para la que pidió y exigió una muy intensa y nutrida propaganda epistolar. Luego, anunció su viaje a los Estados Unidos y a México.

—El APRA —escribía— se desplaza hacia su auténtico centro de gravedad: hacia América... —y el único que se desplazaba era él.

—La realidad manda —añadía— y la realidad está aquí, no en el Louvre, ni en el Luxemburgo. No es lo mismo quedarse boquiabierto mirando la Victoria de Samotracia o los colores que puso Corot, que estar viendo aquí el proceso vivo de la realidad americana. No es lo mismo estar parado como tonto ante aquella “Olimpia” que celebrabas tanto, que encontrarse aquí en presencia de la “United Fruit Company”, de la “Huasteca Petroleum” y de la “Anaconda Copper”. Tus opiniones son muy literarias, muy bien escritas, muy académicas, pero un pedazo de realidad mirado por el resquicio de mi persiana, vale mucho más que toda la literatura que te molestas en enviarme desde París, en seis, diez y hasta veinte carillas a un espacio. No hay duda —terminaba— que para trabajar eres una acémila.

Un día llegó un abultado paquete de recortes de periódicos de México. Recortes de diarios y revistas, de volantes y manifiestos publicados y editados por un supuesto “Partido Nacionalista de Abancay” que no existía en parte alguna, y el que lanzaba la candidatura de Víctor Raúl a la Presidencia de la República.

Se le llamó la atención; era un procedimiento estéril y ridículo, además de constituir una farsa grosera y grotesca. Víctor Raúl respondió con un salterio de injurias y con la amenaza de la Iglesia Católica:

—Les expulsaré de mi partido; les echaré como granujas, por traidores, por judas, por vendidos. No quiero saber nada.

Llegó a Panamá y fué a parar a Bremen repentinamente. Las autoridades de la Zona del Canal lo habían embarcado por la fuerza a bordo del vapor “Phoenicia”.

Apenas conocí su dirección en Berlín le escribí una carta patética y le invité con acento suplicante a cimentar un entendimiento. En respuesta obtuve una epístola saturada de iracundia y soberbia en pleno flujo.

—Si continúan con sus críticas de intelectuales castrados para la acción, pues los echaré de mi partido o me iré. Sí, me iré a reposar por un tiempo y a escribir un libro sobre todo esto. Pero, no me iré —sépanlo bien— sin blandir lo que queda del cuerpo de Mariátegui, tomándolo por el muñón y arrojándolo en su propia porquería para que allí sea rey. Entonces te harás “realista” y podrás gritar, en francés para que seas más elegante: ¡Vive le Roi! Y yo te responderé con el grito de Monsieur Cambronne, también en francés, si quieres: ... ¡m...!

La discusión epistolar estaba terminada.

De otro lado, el grupo de exilados en México, no obstante su escaso número, se había escindido en dos; Mariátegui, por su

parte, anunciaba que él y su grupo no marcharían por el camino que Haya seguía y, Barbusse que había recibido la respuesta de Lossowsky.

—Nuestros amigos de allá —como él los llamaba— han respondido a mi consulta —me dijo en una tarde lluviosa, golpeándose familiarmente la espalda y metiéndose rápidamente en el automóvil que lo conducía fuera de París.

Jamás me mostró carta alguna, ni hizo referencia a haberla recibido; siempre que habló de esto, dejó la impresión de que se trataba más bien de un recado traído verbalmente. Cuando me llamó para conversar sobre ello, me invitó a sentarme, cerró la puerta y se sentó ante su escritorio.

—Creo que debo confirmarte lo que te decía antes; la única causa por la cual se puede luchar honradamente es el comunismo. En ninguna parte tu acción alcanzará más eficacia, ni abarcará campo más vasto, ni tendrá cosecha más abundante, que en el partido comunista.

Hizo una larga pausa, como fatigado, o como queriendo reposar, y prosiguió:

El partido comunista es la organización humana contemporánea traspasada por la fé de los místicos del medioevo, impregnada por la voluntad de abnegarse de los mártires, heredera de la combatividad de los jacobinos de la Revolución Francesa. Es, hijo mío, una de las más bellas creaciones humanas en nuestro tiempo desencantado. Tosió y tras una pausa prolongada prosiguió:— sólo uno mismo puede penetrar en el oscuro y tempestuoso mar de Sí Mismo; piensa tú, analiza y resuelve.

Y yo pensaba después de aquel discurso. ¿Y qué tiene que ver esto con la respuesta de Lossowsky o con el recado de Moscú?

—Tú vas a quedar aislado —profetizó Barbusse poniéndose de pié y saliendo de entre su sillón y el escritorio— no lograrás ni reducir a tu buen amigo Víctor Raúl, ni unificar a un grupo de hombres que están separados por gruesas y hondas grietas de ideas, grietas sobre las cuales no podrás tender puentes... ¡se romperán, todos, se romperán...! No hay sino un puente que pueda unir a los hombres y es la fé en una misma idea; y en tu grupo, ese puente falta.

Volvió a toser y en silencio, con pasos lentos, se marchó hacia la ventana. Apoyó su espalda en el ajimeza, volvió su rostro hacia mí y elució con acento persuasor:

—Por mi parte y con todas las reservas que quieras, tengo la impresión —la que te aseguro, no es una mera suposición— que tu amigo Haya no toma la política como una misión, y la política que no es alta misión humana —hijo mío— se convierte

en arte fenicio, en pelea selvática, en turbia combinación de negociantes más turbios todavía. Y tú —sentenció mirándome en la cara— no vas a poder seguir esa política...

—Sí —le dije— yo no podré seguir por ese camino; además Víctor Raúl es excesivamente vanidoso.

—¡Tanto peor aun! —exclamó Barbusse— Vanidoso es decir carcomido por el implacable corrosivo de la modestia más destructiva. La gran vanidad no es sino modestia infinita y corrosiva, que tiene vergüenza de sí misma. El vanidoso es el que no cree en su propio valer, el que no tiene fé en su potencia íntima y necesita desesperadamente la validación que puedan darle los otros: como del aire, necesita de la lisonja, de la adulación, de la ayuda de los demás para sentir que vale algo. Cuando le falta este ambiente se siente un mísero gusano; le devora la angustia, le asalta el temor de sí mismo y se deja ganar por la duda, por la vacilación, por la irresolución. Y entonces viene la acción instintiva, el acto impulsivo, que por lo general desemboca en el fracaso.

Intervino otra pausa; volvió el rostro hacia el ventanal, movió el tul de la cortina, miró a la calle como si aguardase la llegada de alguien, o como si buscase una idea que debía llegarle de fuera.

—Estás asistiendo a un naufragio espiritual —dijo retornando el rostro hacia mí— pero pronto ganarás tu playa y te sabrás aislado. Y yo pienso, hijo mío, que un hombre aislado se puede mover bien por impulsos de tipo subjetivo: el arte, el amor, la pasión por el juego, por los deportes, por los viajes...

—O por los puñales...! interrumpí.

—Sí —dijo sonriendo, y mirando hacia la gran panoplia— por la pasión de reunir puñales y coleccionarlos. Pero el hombre como elemento gregario, como parte de grupo o de asociación, se mueve en política por intereses materiales, por grandes atracciones de tipo económico. Estoy seguro que tú no podrás permanecer aislado; no podrás realizarte nunca. Tendrás que vincular tu destino al de otros hombres; tendrás que ubicarte a uno o a otro lado de la barricada. O con los unos o con los otros: cada vez más la cuestión se plantea así. Y en esta hora de la vida del mundo, si estás con el pueblo, tendrás que unirte a la clase obrera, a la organización militante del proletariado. Y como quiera que el movimiento de la clase obrera no es local, ni se desarrolla únicamente en determinado país, sino que es un proceso mundial, pues por los más diversos y zigzagueantes caminos vendrás a desembocar en el movimiento que comanda la Internacional Comunista y que abre, sin duda, una época nueva en la vida de la Humanidad.

Barbusse llegó hasta la chimenea, apoyó sus codos sobre ella y quedó silencioso mirando el busto de Beethoven que se

hallaba a la derecha del de Lenín. Aquel silencio me confundió, se tornó denso y pareció que me aplastaba. Lentamente, Barbusse giró dándose vuelta hacia el lugar donde me hallaba y abriendo sus dos manos dijo:

—¡Y he aquí... que esto era todo...!

Me puse de pié, víctima de una confusión que se me hacía tiniebla. Le dí las gracias y quería preguntarle si Lossowsky le había respondido y qué era lo que había respondido.

Barbusse se dió cuenta de mi turbación y sonriendo acentuó:

—Sé que el porvenir no puede ser decidido en un día y sé asimismo que te hallas en una encrucijada, en uno de esos momentos en que el alma se ofrece a todos los caminos como un albergue, pero donde no se puede permanecer mucho tiempo. Tendrás que decidir y hablaremos otra vez, conversaremos. Hoy, solamente quiero asegurarte que si alguna vez llegas a las filas de la Internacional, no se te recibirá como a un simple recluta.

—¡Muchas gracias —repetí— muchas gracias...! Todo esto exige una gran lealtad...

—Una limpia y abnegada lealtad —volvió a decir Barbusse— pero lealtad que no sea, que no puede ser jamás, infidelidad contigo mismo. Yo sé bien que habrá más adelante muchos que vendrán a reclamarte lealtad... al amigo... al grupo, a la organización. Son siempre los mismos; siempre te reclaman lealtad a una fé los que jamás tuvieron ninguna; te exigirán lealtad a una doctrina los filisteos que jamás han profesado doctrina de ninguna especie, clamarán por tu permanencia rígida en un terreno, los parásitos espirituales que jamás tuvieron ni defendieron terreno alguno. Lo imperativo es ser leal a la propia esencia humana.

Se acercó a mí, me puso la mano sobre el cuello y me condujo hasta la puerta.

—Hasta la vista, camarada —me despidió— acentuando la última palabra.

Salí a la calle turbado, ajeno al mundo que me circundaba; penetraba en mí el presentimiento o quizás la convicción de que algún gozne profundo estaba girando en mi vida, de que la encrucijada ante la que me encontraba, estaba girando bajo mis piés. Las palabras de Barbusse resonaban obsesivamente en mi pensamiento. Llegué hasta la pieza del hotel, me encerré y divagué, soñé, hice y deshice planes. Como si necesitase ordenar mis pensamientos en forma exterior, me senté a la máquina y escribí sobre todo lo que me había ocurrido. Luego, escribí cartas a José Carlos Mariátegui, a Víctor Raúl, a los desterrados de México y a los de la pensión de San Martín y Tucumán. Quedé aliviado cuando el sol de la mañana entraba con gloriosa refulgencia por la ventana.

LA RUPTURA CON HAYA DE LA TORRE

SOBREVINO la ruptura entre José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre, y José Carlos y su grupo nos orientamos más definitivamente hacia la Tercera Internacional. Al convocarse el II Congreso Anti-imperialista en Francfort sur Main, asistí como delegado del sector que orientaba Mariátegui. Barbusse me despidió bien provisto de recomendaciones a sus amigos de Alemania, en especial a Willy Munzenberg, dirigente comunista alemán y organizador del certámen. Solicitaba para mí cordial acogida y la protección “debida a un excelente amigo y magnífico camarada”. Cogniot, por su parte, me otorgó credencial para los comunistas, en la que afirmaba: “es ya un candidato a miembro del partido y nos presta una preciosa colaboración”. En Francfort, en 1929 aconteció algo análogo a lo que sucediera en Bruselas, dos años atrás, con la diferencia de que Nicaragua ocupaba el centro de la atención mundial y de que los comunistas cubanos y mexicanos estaban constantemente bajo el proyector de las “vedettes”, lo mismo que chinos e hindúes.

Tan pronto como fué clausurado el Congreso, me dirigí a Berlín, atendiendo a la insinuación de Munzenberg y con el deseo de hablar con Haya de la Torre.

Por el Profesor Alfredo Goldsmith y de su señora, a quienes visité a mi arribo, supe que Víctor Raúl no solamente se alejaba de toda idea socialista y hasta democrática, sino que se acercaba, con admiración y con vehemencia proselitistas a las concepciones y a las prácticas de los nacional-socialistas. Se había tornado amigo del General Von Faupel y de su bella señora.

Fuí a verle y me hizo decir con la camarera que sólo podría recibirme por la tarde, algo después de las cinco. Esto me hizo comprender que nuestra situación estaba ya lejos de ser cordial. A mi retorno, le encontré a la puerta de la casa que habitaba, acariciando a un gran perro. Vestía pantalón claro y una camisa de estilo militar, cortada al estilo nazi, aunque de color diferente. Nos saludamos como si nos hubiésemos visto la víspera; quizás sin frialdad pero sin afecto.

—¿Vienes de Francfort...? —preguntó— a mí no me invitaron...

—Sí —repuse— y vengo para conversar contigo.

—¿Tantos kilómetros para conversar? —dijo con sorna, hundiendo su puño en el hocico del perro.— No me gusta perder el tiempo en cosas inútiles —añadió con desprecio.

—Hay entre nosotros un compromiso —repliqué con aplomo— y antes de cancelarlo, pues creo que no será inútil conversar. Aunque sé bien que no te agrada charlar sino con quienes te son incondicionales.

—¡No has cambiado nada... siempre serás el mismo...! —exclamó cruzando ambos brazos, ensanchando la horcajadura de sus piernas y alzando más todavía su mentón hacia arriba— Te traes acá la misma pugnacidad, el mismo espíritu incisivo y crítico, que es lo único que has aprendido de los franceses y tu tendencia mística. ¡Nunca fuiste un político!

—No quisiera que perdiésemos el tiempo hablando de nuestros defectos —insinué— ¿no sería mejor hablar de nuestros desacuerdos?

—¡Ah...! ¿Las tesis trascendentales del cojo Mariátegui...? —preguntó burlón— ¡Déjate de necedades...! La experiencia alemana, que es lo más nuevo y lo que tendrá mayor influencia mundial, nos está enseñando que, en un movimiento político, lo fundamental es la jerarquía, la autoridad del comando, la sumisión de todos a las orientaciones de la jefatura. ¡Lo demás son monadas, cosas de viejas...!

—Con diferencia de matices —subrayé sonriendo— lo mismo que practican, sin mucha doctrina, los dictadores de América Latina...

—Eso es criollismo despreciable; lo que acontece aquí es algo organizado, científico, hijo de la poderosa mentalidad alemana.

—Bien, es una opinión —evadí para enfocar el tema que me interesaba— pero ¿qué piensas de lo nuestro... de nuestras discrepancias... no crees que se puede hacer un esfuerzo para impedir la ruptura?

—¿Tú crees? —perquirió sonriente y con curiosidad.

—Casi en todo depende de tí, Víctor Raúl —insinué persuasivo— si haces un esfuerzo por alcanzar la unidad en torno a principios fundamentales, pues serás siempre el jefe de todos, el dirigente querido y respetado... ¡has sido ingrato —protesté— has olvidado todo lo que hemos hecho por tí y lo que hemos estado dispuestos a hacer...!

Quedó pensativo, cambió de tono y actitud y dijo:

—Yo sé... yo sé... tú fuiste siempre el que tuvo mejor voluntad, el que estuvo más cerca de mí y el que más me ayudó...

Me invitó a ingresar en su departamento y hablando familiarmente ya, dijo que iríamos a tomar té. E ingresó al dormitorio.

Desde el interior continuó hablando sobre la política alemana. Afirmó que los social-demócratas estaba creyendo aún, que con una huelga general impedirían el ascenso al poder de los Nacionales Socialistas.

—No hombre... dioses falsos... ideas viejas... sentenció.

Terminó de vestirse y salimos. Haya estaba radiante; vestía con elegancia y exhibía un optimismo que estallaba a su paso. Observó mi ropa raída, el traje inadecuado para la estación calurosa.

—Tú viste siempre a la francesa —zahirió— los franceses son estupendos: los más grandes creadores de modelos para vestir a las mujeres y la peor forma de vestir a un hombre... ¡qué gracioso...!

En el café estuvo cordialísimo; aseguró que en América Central todos los pueblos eran aporistas, muy en especial, Costa Rica: habló de sus éxitos arrebataadores en México, del gran movimiento bajo su comando... Yo sabía que no decía la verdad. Le dejaba hablar; estábamos más y más lejos el uno del otro.

Cada vez que intenté plantear la discusión de nuestros desacuerdos, se evadía con anécdotas sobre la Revolución Mexicana, largas historias de sus viajes, evocación interminable y detallada de sus recuerdos, de sus andanzas, y de los grandes personajes que conocía...

—¿Tú no has visto una manifestación nacional-socialista? preguntó súbitamente, cuando intenté plantear nuevamente la discusión.

—¡No, nunca! —respondí— y me agradaría presenciársela.

Al anoecer nos encontrábamos en un gran recinto deportivo, a donde concurren los altos jefes del Nazismo. El conjunto era artístico e impresionante: águilas, banderas, retratos, música y millares y millares de personas enloquecidas; juventud uniformada por todas partes, rostros lozanos de gente que comenzaba a vivir: a vivir agresiva y peligrosamente.

La presencia de los jefes del Nacional Socialismo desencadenó una epilepsia colectiva, un estallido que, sin duda alguna, estaba saturado de espontaneidad. Víctor Raúl estaba satisfecho y me miraba sonriendo con lástima, como si todo aquello fuese una mera demostración de sus tesis, un argumento inapelable que le daba toda la razón a él, invalidando las nuestras.

Salimos, saludó con afecto y fué saludado por muchachos de las tropas selectas, uniformadas de negro. Triunfante casi preguntó:

—¿Qué te parece...?

—Pues que este es el peligro que tendrá que enfrentar el mundo libre.

—¿Mundo libre...? —exclamó marchando apresurado— ¡pamplinas, estos barrerán el mundo. Son audaces, saben lo que quieren... hacen...!

—Pero ¿te has vuelto nazi...? —interrogué.

—¡Qué nazi, hombre...! —repuso, haciendo un gesto despectivo— Díme tú, ¿te imaginas una de estas manifestaciones en Lima? Bosques de banderas, alaridos emocionantes, paramento, estilo nuevo. La gente se volverá loca, Ni piensa en lo que se le dice, ni razona lo que se le propone. Basta el aparato teatral para convencerla. Y si los alemanes son así, imagínate lo que será nuestra pobre gente de allá, que aguarda horas y horas con la boca abierta, esperando que prendan el castillo de fuegos artificiales...

—Pero... a eso no se puede reducir todo, Víctor —le increpé.— ¿tú quieres hacer política o corrida de toros...?

—Al pueblo hay que entretenerlo como a los niños —sentenció con aplomo Haya— darle juguetes, es decir paradas, bandas de músicos, desfiles, fuegos artificiales... y un blanco sobre el cuál dispare su odio. Darles interés en la representación, haciéndolos sentirse actores y no meros espectadores. A eso se reduce todo... ¡cállate...! a que cada pobre diablo se sienta persona; cada infeliz, un actor; cada individuo del montón, un héroe de la escena. Lo demás, déjate de tonterías: idearios, programas, sistemas... boberías...!

—Dá pena oírte hablar así.

—Quién dá pena eres tú; todos ustedes que están pensando actuar en un país atrasado como el nuestro, con métodos de políticos franceses. ¡Liberté, égalité et fraternité...! ¡Todo eso es tonto...!

—Nadie pretende copiar ni a Francia, ni a Rusia, tampoco a Alemania —le dije— sólo un movimiento democrático, en cuyo comando seas tú un jefe que ejecute lo que desea la mayoría; no un dictador...

—Estoy harto... estoy harto de todos ustedes —clamó colérico— ya se lo he dicho a Heysen y le pedí que te lo escribiera. Me tienen harto; no quiero saber nada de bizantismos, ni de discrepancias. ¡Se acabó...! entiéndelo bien... se acabó. El movimiento que yo organizo está basado en lo que acabas de ver: jerarquía, jefatura, vitalicia e intangible; autoridad plenaria, indiscutible e indiscutida; penas y castigos escarmentadores, den-

tro y fuera del partido. Luchar contra los adversarios sin reparar en las formas: cachiporra, cuchillo, ametralladora, lo que sea. Y cuando esto no se pueda, pues golpear sobre el enemigo, sobre su bolsillo, sobre su prestigio, sobre su mujer y sobre su hijo y sobre su hija. Sobre su cabeza y sobre su barriga... ¿se entiende...?

No le respondí nada; se había excitado y preferí que dijese todo lo que sentía; por mi parte no deseaba en absoluto discutir.

—No me dejaré maniobrar por ustedes —prosiguió—. No sean estúpidos. Ni por tí, ni por el cojo Mariátegui, ni por tus cusqueños del grupo resurgimiento o apaga-velas. Ni por Seoane, ni por el viejo Goldsmith. Soy yo, y nadie más, quien forjará el movimiento; se formará en torno a mi nombre, a mi persona, a mi figura y haré lo que a mí me parezca, sin consultarlo con nadie, ni con cojos ni con mancos, ni con profesores, ni con anal-fabetos. Y si les encuentro en mi camino a ustedes, haciendo juegos de oposición, pues no sólo les voy a poner la proa sobre la cabeza, sino que les voy a volver polvo; les voy a pisotear... así, así, así, y golpeaba con el pié, aquí y allá, como si estuviese matando cucarachas a pisotones.

Yo le quise decir algo, pero no me dejé articular.

—Estoy harto de todos ustedes; si has venido para saber esto, pues ya lo sabes; la investigación te habrá costado algunos marcos pero ha sido plena y luminosa. Ya lo sabes, no quiero nada con ustedes. Escribele así a tu amigo Mariátegui, escribele a los de México y a todos los otros. ¡Que se vayan al infierno...! Ahora, yo tengo un ancho respaldo y Uds. no significan nada. ¡Pero nada! Eso sí, una cosa: cuidense de ponérseme en el camino. ¡Cuidado...!

—Parece que quisieras meterme miedo, le dije riendo.

—No quiero meterte miedo; no lo tomes a broma. Si te me cruzas en el camino pues te van a sacar de la vía con un tiro. ¿Entiendes? Te matarán como a un perro. ¡Y no pasará nada! ¡Absolutamente nada; te lo juro! Y lo mismo te digo de los otros, así que avísales.

—Sabía que te habías entregado a los nacional-socialistas —le dije— pero desconocía hasta qué punto te habías penetrado de su terrorismo, de su locura asesina. Y compruebo que tu aprendizaje ha sido completo.

Con la boca espumosa y los puños en alto, clamó colérico.

—Yo veo la realidad y la afronto tal como ella es. El movimiento que yo organizo responderá a esta orientación realista. No habrá escrúpulos tontos. Habrá violencia y habrá terror. Al que no agache la cabeza habrá que bajársela hasta el pavimento con un buen par de tiros. Habrá saña implacable para perseguir, para desacreditar, para emporcar. Habrá lo que estás viendo en

Alemania; un movimiento violento como una fuerza de la naturaleza... ¡este sí...! desbordando toda moralidad, como dice Goethe... ¿te acuerdas?

—No habrá —sentencié— más remedio que combatirte...!

—¿Quién? —preguntó con burla— ¿Tú, tú combatirme a mí?

¡Ah... el sapo que quiere ser elefante; pero, ¡qué sapo hombre...! Ni siquiera cucaracha; te aplastaré como a una chinche.

¡No alcanzarás a decir... mú...!

—¿Cómo has cambiado Víctor Raúl!— le dije con pena.

—¿Crees eso? —interrogó.

—Quizás no se trata de cambio —manifesté calmoso— quizás siempre fuiste así, como asegura Vallejo, y sólo ahora te conozco en tu esencia; sólo ahora te comprendo y palpo lo que eres, cómo eres y de lo que eres capaz. Habríamos podido organizar un movimiento vasto y duradero cuya acción habría trascendido a la vida de nuestro pobre país. Ahora, tendremos que trenzarnos en una lucha encarnizada y desgarrante, quien sabe si totalmente estéril.

Estábamos hablando ya en la puerta de su casa. Me invitó a bajar la voz y él prosiguió:

—¿Lucha...? ¡Qué lucha hombre; ninguno de ustedes es capaz de enfrentármese; ninguno y tú menos que nadie!

—¿Qué magnífico habría sido de otro modo! —exclamé, sin recoger su desafío.

—¿Te parece? —preguntó riendo.

—Bien... me despidió Víctor; esta será la última vez que nos demos la mano; todo compromiso político entre nosotros ha terminado. Cada uno toma su propio camino.

—Eres tú —recalcó— que no has querido seguir el mío.

Nos separamos y me eché a andar adolorido pero ya seguro. Con Haya de la Torre empujaríamos a nuestro país al desastre material y a la quiebra moral; era nítidamente claro.

—¡Te agacharán con un tiro —exclamó asomando la cabeza por la ventana— si te cruzas en el camino; te matarán como a perro...!

Yo me perdí, en sonambúlico vagabundaje entre los jardines y las arboledas de Charlotemburgo.

LA TIERRA PROMETIDA...

DESPUES de la entrevista con Haya de la Torre, sólo deseaba presenciar la manifestación comunista contra la guerra en Berlín; palpar el poderío de la sección alemana de la Internacional Comunista y retornar a París. Durante el desfile sufrí un percance, como consecuencia del fiero golpe que me propinó en la mandíbula un "shuppo" germano. Cuando me reponía, recibí la llamada de Munzenberg quien me invitaba a cenar con él aquella noche.

Vino a buscarme en un automóvil. Me presentó a Neumann, quien hablaba un español castizo, con acento hispano y fuimos a comer a un restaurant céntrico. Al final de la comida, Munzenberg rió, diciendo:

—Tu amigo Barbusse, se vá a quedar perplejo. ¿Te estima mucho, verdad?

—Sí —repuse— es muy generoso conmigo, pero ¿por qué ha de quedarse perplejo...?

—Porque dentro de unos cuantos días sales a Moscú.

Quedé anonadado; quise preguntar algo, dar las gracias a Munzenberg, expresar mi desbordante alegría, pero me quedé inmóvil, como si me hubiese embrujado la "Polonesa Militar" de Chopin que tocaba la orquesta.

Neuman me sacudió riendo ruidosamente.

—No dices nada, te has quedado mudo... ¡cierra la boca!

Los miré sin decir nada; Munzenberg reía contento. La música me penetraba por todo el cuerpo como si yo fuese una esponja de sonidos. Me parecía estar caminando en la entraña de un sueño; creía estarme fugando de la realidad; extendí la mano y apreté vigorosamente la de Willy Munzenberg, con emoción, como embriagado.

Aquella noche fué una gran noche; una medianoche de verdadera Navidad, un amanecer encantado en el que la felicidad caía sobre mi alma, como una milagrosa catarata. El negro Goblán también partiría; seríamos compañeros de viaje; él reía con su geta abocelada, con toda la gruesa befedad de su boca. Le refulgian luminosos los dos ojos como dos fosforescencias blan-

cas y negras. Estaba alegre. El también partía a Moscú y haríamos el viaje juntos. Reímos, bebimos, cantamos:

“Arriba los pobres del mundo
De pié los esclavos sin pan”...

Dos días después, el tren rodaba cruzando Alemania, rumbo a Polonia, rumbo a la frontera de la Tierra Socialista. Iba a ingresar en el país en donde se forjaba la felicidad de todos los hombres y mujeres de la tierra.

Quedó atrás el río Oder y a la mañana siguiente el Vístula. Pasamos por Varsovia, por Baranowice, por Stolpce. Cuando el cielo se incendiaba en un luminoso crepúsculo sobre la inmensa llanura, llegábamos a la frontera que separaba dos mundos distintos. Con la cabeza fuera de la ventanilla, anhelante y emocionado, miraba el arco de madera sobre el cual estaban esculpidos la Hoz y el Martillo y la frase rotunda como un disparo: ¡Proletarios de todos los países, uníos...!

Habíamos llegado a Negoreloye. ¡Allí estaba sólo a unos cuantos pasos de allí, toda la vastedad y la gloria de la Tierra Socialista...! ¡Tierra de Promisión para todos los pobres del mundo!

.....

Cuando los místicos jefes de las Cruzadas llegaron al Santo Sepulcro poniendo los pies en la Tierra Santa, debieron sentirse sacudidos por una emoción que venía de los más tempestuosos abismos de la conciencia y del instinto, a consustanciarse con un soplo vital surgido de la tierra, venido del campo, de los árboles, de los hombres y de los caminos. Esta fué la emoción que sentí y la que han sentido —según su confesión— centenares de comunistas fervorosos, al llegar a las fronteras de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Cuando se anunció la llegada a Stolpce, última estación de la frontera polaca, y cuando los policías con aquellas gigantescas viseras del kepí sobre los ojos, devolvían los pasaportes y las hojitas en ruso, añadidas a él, la vida entera pareció hallarse, en aquel instante, en vilo; estaba como suspendida y en éxtasis ante el anhelo plenamente logrado. “La vida está hecha de la misma tela de que se hacen los sueños” repetía Shakespeare y la frase me martillaba las sienes, se alzaba en mí como una voz interior.

Cambiamos de tren y avanzamos sobre la estepa un breve trecho. Un tosco arco de madera; en lo alto, sobre una plataforma, cuatro o seis soldados del Ejército Rojo, con el típico uniforme de anchos pantalones y largas bayonetas en los fusiles. Se detuvo el tren y bajamos: estábamos en la Tierra del Socialismo.

La estación era amplia, toda de madera como una gran barraca. Estaba limpia: sobre los muros, en todos los idiomas “Pro-

letarios de todos los países, uníos”. Retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin: ventanillas para el cambio de moneda; yentes y vinentes en todo sentido.

Cambié diez marcos y recibí cerca de ocho rublos y algunos kopeks; fuí al restaurant, pedí té y algo de comer. Un terrón de azúcar, dos rebanadas de pan y una de pescado que parecía prensado. Al pagar tuve una violenta sorpresa: aquello costaba más de doce rublos, esto es más de quince marcos alemanes, el equivalente de unas diez o doce comidas en Francia, con vino inclusive.

Nos reunimos todos los viajeros que llevábamos idéntico rumbo y que hablábamos español y francés. Era como si allí cada uno de nosotros levantase la máscara que le había cubierto la faz a través del viaje; un comunista argentino, joven, quien fuera más tarde secretario de Guralsky, el ruso dirigente del Bureau Sud-americano de Buenos Aires; un muchacho de la juventud comunista argentina, presuntuoso, dogmático, pleno de suficiencia y de satisfacción de sí propio. Hablaba constantemente de él mismo y siempre en términos de agradecimiento. Apareció Karracick, el comunista brasilero, que todo lo sabía y que daba interpretaciones inmediatas a todo lo que veía. Según él, aquel exorbitante precio de las cosas se debía al deliberado propósito de los rusos de limpiar los bolsillos de los extranjeros que arribaban a Rusia. El poeta mexicano Litz Arzubide, alegre, burlón y exigente, que oficiaba de crítico, a veces acerbo y certero, de las lacras que mostraba aquella sociedad nueva, engendrada por las más grande revolución de la Historia Humana. Una mujer canadiense, quizás en la treintena, pero que por su grueso volumen aparentaba haber cruzado la cuarentena: tenía ojos verdes, rostro violentamente sonrosado, cabello rubio y piés menudos, que contrastaban con sus piernas exageradamente gruesas. El hombre alto y enjuto que decía viajaba desde Vancouver y ser comerciante en pieles, resultó ser delegado comunista, demasiado íntimo de la mujer canadiense.

Bajo el crepúsculo nocturno de aquellas latitudes el tren rodaba hacia Minsk, rumbo a Moscú. En cada uno de nosotros había un entusiasmo comunicativo, una alegría con la que nos embriagábamos mutuamente. Hablamos y reímos hasta adormecernos; callamos uno a uno, ingresando en deliciosa desmayez... era seguro que ninguno dormía...

Alguien anunció que llegábamos a Minsk.

Pobre estación, pobre ciudad, pobres casas. Salía de allí una viviente expresión de miseria, no sólo de pobreza; miseria dura, amasada con espanto, con dureza, con descaro. Niños vagabundos, desde tres hasta veinte años, se arrastraban pegados a las ruedas y a los rieles, en busca de una ventanilla abierta en los

coches. Si la encontraban, o si lograban romper los cristales, pues se lanzaban sobre ella como felinos y arrancaban del interior todo lo que podían pillar antes de emprender la huida. Los guardas del tren advertían constantemente que se tuviesen bien cerradas las ventanillas, que no se dejase nada cerca de ellas: era la plaga de los "Biezprizoni", vagabundos, engendro de la Revolución.

Karracick explicó que todos aquellos niños eran huérfanos de la guerra y de la revolución; que careciendo de padre y madre, pues se dedicaban al pillaje. Y que en un estado socialista no era posible encarcelar, ni perseguir, ni maltratar a tal especie de niños; había que convencerles por la bondad y por la persuasión.

Reímos de la tesis de Karracick, pero no dejamos de creer parcialmente en ella. La presencia de tales granujas le produjo muy mala impresión al poeta Litz Arzubide y calificó aquello como una tara de la revolución, como un estigma de la Patria Socialista.

Al día siguiente se anunció Moscú. Desde las ventanillas, se nos señalaban las "montañas de Lenin" y luego las estrellas del Kremlin, las cúpulas doradas de la Iglesia del Salvador —aun no demolida— por último los arrabales, las callejuelas sucias, la estación de Alejandro. Allí estaba, ante nosotros, bajo nuestras plantas de peregrinos devotos, la ciudad sagrada de la Revolución Mundial, el manantial mismo de la felicidad de los hombres y mujeres del mundo.

Bajamos del tren e ingresamos a la estación formando un grupo. De alguna parte salieron un par de hombres que cogieron nuestras maletas y las llevaron hasta un automóvil anticuado: anchos tapabarros, estribo muy alto, carrocería semejante a la de los coches de pompas fúnebres. Aquella debió haber sido una limusina elegante en los días de la revolución de octubre. Detrás de este se colocó otro automóvil tan antiguo como el primero. Nos instalamos en el vehículo y el que hacía de guía le dijo al chofer:

—Ojod-niriat... Komintern.

La gran palabra pronunciada en Moscú por un ruso, tomó un encanto mágico. Marchábamos a la sede desde donde se dirigía la Revolución Proletaria Mundial.

Bajamos por la calle de "Twerskaya" y doblamos hacia Ojod-niriat. Los automóviles se detuvieron frente a una casona vieja, oliente a resina, con puertas ridículamente pequeñas. En el vestíbulo, durante media hora nos dimos cuenta de lo que significaba el método ruso del "Propuskaia" o salvoconducto para penetrar en todo local oficial o del partido o de los sindicatos.

Se nos dispensó una acogida cordial: estaban allí Astrogildo Pereyra, dirigente comunista del Brasil; Humbert Droz, el amigo

de Lenin, de quien se decía que estuvo dedicado al altar en Suiza, pero que la revolución rusa desvió sus caminos; Stirner, el suizo que jamás quiso presentarse bajo su verdadero nombre y que era el traductor oficial del ruso al español; era un devoto amigo de Haya de la Torre. Más tarde, llegó con sus anchas espaldas, su cuello corto y sus luengas barbas, Alejandro Lossovsky, a quien fuimos presentados en medio de extraordinarias muestras de cordialidad. Llegó asimismo Ricardo Martínez, el venezolano bullanguero, de voz chillona y de grandes gritos, que estaba allí en representación de los sindicatos venezolanos que, en los tiempos de Juan Vicente Gómez, no existían sino en la mente de Codovila y en la representación farsante de Martínez.

Nos invitaron té, pescado, jamón, pan y algunos terrones de azúcar —cuya escasez era notoria— Y el refrigerio estuvo salpicado de preguntas y respuestas sobre América Latina.

En los días siguientes, se abrieron las discusiones sobre la situación en diversos países, se comenzó por el Perú y Bolivia, donde no existían partidos comunistas. Humbert Droz manifestó un conocimiento bastante amplio y de cierta profundidad de aquellas regiones. Aseguró que nunca había estado allí, pero su conocimiento era tal que pensé que no estaba diciendo la verdad. Droz era un hombre suave, indulgente, cuidadoso de conocer la opinión de cada cuál; se sentía verdadera satisfacción en discutir con él, en intercambiar ideas y hasta en discrepar. En todo momento, trataba de buscar lo trascendente, lo que estaba más allá de las opiniones, de las resoluciones y de las discusiones. Tenía mirada de largo alcance en el tiempo y le encantaba que, en su compañía, la gente aprendiese algo. Tenía la pasión de enseñar.

Ricardo Martínez, el venezolano, representante de sindicatos fantasmas ante el "Profintern" era un hombre introducido de contrabando en el lugar donde se hallaba. Yo conocía la historia, pues me la habían narrado en detalle Julio Portocarrero y Armando Bazán, quienes asistieron a uno de los Congresos de Moscú, enviados por José Carlos Mariátegui y en representación de las organizaciones sindicales peruanas.

Ricardo Martínez era un charlador torrencioso y un charlatán incontentible; empleaba con afectación y solemnidad los términos de la jerga del Komintern, desconocidos para muchos de nosotros; ponía un énfasis pedante en sus alocuciones cargadas de suficiencia insoportable. Martínez había vivido muchos años en los Estados Unidos pero no había logrado captar sino los defectos de los norte-americanos y parecía más que un venezolano, un comunista argentino: tal era la dosis de suficiencia, pedantería y grandilocuencia que poseía.

El arribo de Ricardo Martínez a Moscú, en calidad de funcionario del "Profintern", o sea de la Internacional Sindical Roja,

tenía orígenes turbios y envolvía un drama sangriento; en realidad, su presencia advenediza en la capital soviética había sido lubricada con sangre humana y con sangre comunista.

Julio Portocarrero y Armando Bazán conocían todas las incidencias que habían precedido y determinado, a un mismo tiempo, la muerte trágica de Julio Antonio Mella, el líder cubano, y la incorporación de Martínez al "Profintern".

Cuando, terminado el Congreso anti-imperialista de Bruselas Julio Antonio Mella se dirigió a Moscú, Alejandro Losowsky, supremo dirigente de la Internacional Sindical Roja, solicitó que los latino-americanos designasen una persona que debía quedarse en Moscú a trabajar con él y con la organización tomando a su cargo los asuntos sindicales de América Latina.

Cubanos y mexicanos pensaban que Mella estaba en serio peligro si retornaba a América. Sus amigos clamaban desesperadamente que si Mella regresaba, el dictador Machado le haría matar. Y abogaban porque Julio Antonio se quedase en Moscú.

Vittorio Codovila, que se encontraba también en Moscú en aquella ocasión, trató de impedir que Mella se quedase en la Internacional Sindical Roja. Lo sabía inteligente, enérgico, dueño de una alta combatividad y de una aguda perspicacia. Temió probablemente que Mella conquistase en Moscú la simpatía y la voluntad de los dioses del Olimpo comunista y se convirtiese en una de las grandes figuras del comunismo latino-americano.

Varios delegados latino-americanos propusieron a Losowsky la candidatura de Julio Antonio Mella.

—Si la mayoría de la fracción latino-americana lo propone —repuso el viejo— estaré encantado de trabajar con el muchacho. El y todos saben la simpatía que le profeso; decidan ustedes, decídanlo como les parezca.

Codovila se empeñó en una batalla campal para impedir que Mella se quedara en Moscú. Atacó violentamente la insinuación, peleó con los camaradas que la defendían, lanzó contra Mella todo género de acusaciones y de ataques. Visitó a los delegados latino-americanos habitación por habitación, y cuando se encontró con que se le acusaba o se insinuaba que pretendía imponer la hegemonía del Plata sobre el Caribe, pues abandonó inmediatamente la candidatura del comunista uruguayo que él había sugerido y defendido, para propugnar en su lugar la del venezolano Ricardo Martínez. Venezuela, al fin de cuentas, no queda en el Plata, sino en la hoya misma del Caribe.

—Pero, si en Venezuela no existen sindicatos —exclamó Bazán en tono burlón— bajo la tiranía de Juan Vicente Gómez no hay ni partido comunista, ni organizaciones sindicales. ¿Cómo se vá a designar a un venezolano funcionario de la Internacional Sindical Roja en Moscú, en representación de sindicatos que no existen?

Codovila desarrolló una violenta carga contra Mella.

—Es un intelectualoide, pequeño burgués, caudillista, se siente el semidiós del Caribe. Toda su actividad está corroida de oportunismo, carece de disciplina revolucionaria.

Cuando Codovila hubo terminado de lanzar los apóstrofes e invectivas que había acumulado en muchos días, habló el obrero Julio Portocarrero. Y Julio refería la anécdota adoptando el tono y la actitud que asumió en aquellos momentos.

—Yo quiero aceptar todas las acusaciones que el camarada Codovila ha lanzado sobre el compañero Mella. No quiero discutirlos. Uno de los comunistas más experimentados en América Latina, no puede equivocarse sobre el juicio que, de manera tan rotunda, emite sobre un compañero de la categoría de Mella. Si no todo, por lo menos gran parte de lo que afirma Codovila, debe ser verdad.

Codovila estaba radiante; cuando los cubanos y otros interrumpieron a Portocarrero, él salió en su defensa y lo saludó como a uno de los obreros más honestos y más limpios de América. Sufrido y heroico, puro y honrado a carta cabal, fueron los menores adjetivos con que Codovila saludó a Portocarrero en aquella intervención.

Portocarrero prosiguió:

—Siendo Mella un hombre tan defectuoso como asevera y garantiza aquí nuestro querido camarada Codovila, teniendo tan graves taras políticas encima... ¿cómo vamos a cometer el error de hacerlo regresar a América? Mella iría allá, donde tiene ganado un prestigio y donde ha conquistado autoridad, a proceder como le diese la real gana. No obedecería a nadie, molestaría como un zancudo, se haría más arrogante y más rebelde; se convertiría en un tipo insoportable.

En cambio —añadió persuasivo y enérgico— si le dejamos aquí en Moscú, no podrá actuar de esta manera. Aquí, no hay grupitos estudiantiles, ni asambleas bullangueras, ni periódicos que le hagan propaganda, ni compañeros que le obedezcan dócilmente. Aquí se va a encontrar en el Profintern, en una escuela que le vá a enseñar mucho, que vá a ser como un reformatorio en donde le van a limpiar de todos sus defectos. Por otro lado, evitaremos que Machado lo haga asesinar por sus pistoleros. Le haremos un bien al movimiento y un bien a Mella. Por estas razones, yo voto porque Mella se quede en Moscú, para que lo reformen.

La alocución de Portocarrero dió en medio del blanco. Los que hablaron después se inclinaron por análogo punto de vista, hicieron ver lo absurdo que sería dejar a Martínez, en representación de sindicatos venezolanos que no existían ni siquiera en el papel y que sólo vivían como fantasmas en la imaginación de

Codovila. Además era conveniente salvar a Julio Antonio Mella de una muerte segura.

Codovila se burló de estas afirmaciones que calificó de exageradas y dramáticas e hizo suspender la sesión antes de que el asunto fuese votado. Se aplazó para votar en la reunión siguiente.

Codovila era un comunista argentino nacionalizado, y no un tío a quien se pudiese exigir resignación para perder una votación democrática. Comprendiendo que no ganaría con los votos de los latino-americanos, recurrió a una de sus habituales soca-lifias.

Hizo citar a todos aquellos que sabía votarían en favor de su proposición para determinada hora; a los dudosos, los citó para quince minutos más tarde y a los que estaban en favor de Mella, pues para media hora después. Cuando llegaron a la reunión estos últimos, la cuestión había sido votada, Martínez era designado funcionario latino-americano ante la Internacional Sindical Roja y Julio Antonio Mella, no teniendo nada más que hacer en Moscú, debía regresar a Cuba, al Caribe o a donde quisiese. Los delegados que llegaron en la tercera hora, además, fueron acusados de subestimar el trabajo y de no ser puntuales en su asistencia a las reuniones.

Y Codovila que contaba con la imposibilidad de los delegados de hacerse entender en ruso, con su desconocimiento de las vías formularias del Komintern y con la cómplice complacencia de los traductores, reía del éxito, se mofaba de los "intelectualoides" . . . y hacía chistes gruesos sobre el estupendo funeral que debía prepararse ya a Mella con toda anticipación.

Martínez, el venezolano representante de los sindicatos fantasma, se quedó en Moscú por obra y arte de Codovila; Mella fue a México, a morir dramáticamente, tal como fuera vaticinado, abatido a tiros por los pistoleros de Machado. Codovila había colaborado con el dictador cubano; había prestado su graciosa y estúpida cooperación en el asesinato de Mella. Tan estúpida que resultaba criminal.

Y estos eran los orígenes de la permanencia de Martínez en Moscú.

Humbert Droz profesaba, al revés de Codovila, un sincero sentimiento de admiración por Mariátegui, pero se mostraba opuesto a su tesis de organización de un partido socialista, con una fracción comunista secreta actuando en el interior.

—No pienso que sean buenos los rodeos —aseveraba Humbert Droz— y si se vá a organizar un partido socialista con una fracción comunista secreta interna, al final una de las dos modalidades se impondrá absorbiendo a la otra: y, o el partido se vuelve comunista, triunfa la fracción nuestra y en tal caso sólo se ha perdido tiempo, o el partido se vuelve socialista y la frac-

ción comunista interna y secreta es absorbida, expulsada o linchada. No tiene remedio.

—En países como los vuestros —argumentaba Lossowsky— la palabra comunista y la organización comunista, sirven de vacuna a la estrecha mentalidad reaccionaria. El temor al comunismo, que ha dejado ya de ser un fantasma que se pasea por Europa, les hace meditar y hasta entrar en razón. Cuando saben que hay obreros comunistas, intelectuales comunistas, presos comunistas, muertos por el comunismo, en Bolivia, el Perú o el Paraguay, pues los elementos más conservadores, con o sin su voluntad, se dejan ablandecer y conceder ventajas. ¡Tienes que tener el coraje de administrar la vacuna! —terminaba sentenciando Lossowsky, paseando a lo largo de la habitación, con las manos juntadas hacia la espalda.

—Sobre este particular —insinuó Humbert Droz— elaboraremos una amplia carta política, la que será enviada por la Internacional Comunista a los trabajadores de tu país. Sería una especie de carta abierta destinada a obtener una vasta audiencia en el país, y la que ustedes mismos se encargarían de difundir y de hacer circular.

Lossowsky tocó el punto de Haya de la Torre y de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

—No creo yo —decía en su intervención— que la tal alianza de mi amigo Haya de la Torre sea efectivamente revolucionaria, ni precisamente popular y de ninguna manera americana. Pero sí creo que Víctor Raúl va a organizar, si no un partido político, por lo menos un movimiento de gran amplitud. Es tenaz, es ambicioso, tiene audacia y, lo que es más importante, en este momento en su país no hay ningún partido político organizado. Por lo tanto, su alianza, lo mismo que el partido comunista, van a responder a una necesidad; van a prestar un servicio. Y cuando se presta un servicio, cuando se responde al mandato de algo que al pueblo le está haciendo falta, pues se tiene éxito; no hay duda alguna.

—Víctor Raúl —observé— está en estos momentos muy entregado a los nacional-socialistas.

—En efecto —confirmó Lossowsky— pero forzosamente en contacto con la realidad de su país cambiará; en los países atrasados, no hay posibilidad de fascismo operante; la organización económica, política y social no consiente tal especie de organización. Puede ser que más tarde haya posibilidad de entenderse con él . . . ¡no debes descartarlo . . . !

—Está demasiado aficionado a los métodos terroristas, objeté.

—¿Terroristas? —preguntó con extrañeza Lossowsky— ¿Y para qué? Sería un insensato, pues no tiene la menor nece-

sidad de recurrir a eso; si trabaja con tesón y usa la sagacidad de esperar, el poder le vendrá como fruta madura que cae por su sola madurez.

—Yo no creo que él esté pensando en esta forma —volví a observar.

—Pues entonces es menos inteligente de lo que creía —apuntó Lossowsky, encogiéndose de hombros con ese ademán que es tan típico de los franceses. Y permaneció pensativo.

Aquella actitud me hizo pensar que podría plantearse allí, en la Internacional, la necesidad o la obligación política de trabajar con Haya de la Torre, no obstante mis reparos y resistencias. Y mi fé en el comunismo alcanzaba tal profundidad, mi confianza en el Komintern era tan ilimitada, que íntimamente estaba decidido a otorgar mi aceptación plena, si tal exigencia era planteada.

El silencio meditativo de Lossowsky fué roto por Humbert Droz, que reabrió la sesión concediéndole la palabra.

Lossowsky se extendió en apreciaciones de caracter razonante que tendían a demostrar la necesidad inaplazable de organizar partidos comunistas en aquellos países en donde aun no existían.

—La marcha de la revolución mundial —sentaba como un dogma— exige la presencia actuante de partidos comunistas en todos los países del mundo. El que ame la revolución, el que quiera liberar a su pueblo de la miseria, el que anhele la elevación del nivel de existencia de su gente, tiene el deber de forjar el órgano que deberá presidir la gran transformación. Y ese órgano único y seguro es el partido comunista.

Se extendió argumentando con persuasivo vigor y con evidente ánimo de convencer y de cimentar la convicción que él defendía. Se refirió a las posibilidades de alianzas futuras, con otras fuerzas, pero acentuó, como paso primordial y sustantivo, la organización de un partido comunista, adherido a la Tercera Internacional. Y al enfocar el tema de las relaciones de la naciente organización comunista con fuerzas políticas de izquierda —como la que Haya pretendía crear— sostuvo que esa formación sólo podría realizarse a través de una candente lucha ideológica, a semejanza de la que sostuvo Lenin con los menshevikuis.

—En el mundo —afirmó— se levanta en esta hora un peligro tremendo para toda la Humanidad: el fascismo. ¿No lo ves...? no lo sentimos...? Pues, en el mundo, en la hora presente, nadie quiere luchar contra el fascismo sino los comunistas. ¿No es acaso razón suficiente —interrogó— para ser comunista militante, tener que librar la lucha en calidad de vanguardia contra el peligro más grande que amenazó a la Humanidad en su Historia? ¿O no tengo razón? —me preguntó.

—Sí tiene Ud. razón.

La discusión prosiguió con la intervención de Vasiliev, de Bela Kun, el jefe de la Revolución Húngara, de Astrogildo Pereyra, de Droz y de Anetka, la secretaria de Bujarin. Se confirmó la proposición de Droz: la Internacional Comunista dirigirá una carta abierta.

Cuando la discusión finalizaba, ingresó a la habitación Zinoviev. Todos nos pusimos de pié saludándole y Droz le ofreció el asiento de honor. Inmediatamente, le hizo un resumen de lo que habíamos tratado y del acuerdo a que se llegaba.

—¿Eres tú el camarada que ha promovido esta discusión?

—preguntó dirigiéndose amablemente a mí.

—Sí, soy yo, camarada Zinoviev.

—Bien. Lo que me parece esencial en todo asunto, como en todos los asuntos, es la cuestión del hombre. ¿Quién es el hombre o quiénes son los que van a ejecutar las resoluciones que se adopten? Sin él o sin ellos, la resolución será sólo un papel estérilmente escrito. ¿Han pensado en ello? —interrogó Zinoviev.

—¡Es claro que sí! —replicó Droz— en el Perú está actuando muy cerca de nosotros Mariátegui y su grupo y ahora tenemos a nuestro camarada, que ha venido hasta aquí con la recomendación de Henri Barbusse.

—¡No es eso solamente! —objetó Zinoviev— el camarada viene hasta aquí a visitar la Unión Soviética, a conversar con nosotros, a confrontar sus opiniones con las nuestras. Pero, esto no garantiza que la resolución que adoptemos aquí va a ser cumplida. Es así como creo imperativo plantear la cuestión.

—Pido permiso para intervenir —dije con gran sequedad en la garganta —quiero ampliar el juicio del camarada Zinoviev: he venido a visitar la Unión Soviética, a confrontar mis puntos de vista con los suyos, pero también a incorporarme en las filas de la Internacional y a trabajar por ella.

Zinoviev rompió a aplaudir, siguiendo Lossowsky y los demás.

—Estás en condiciones de regresar a tu país; quieres ir a trabajar allá; deseas colaborar con Mariátegui y los demás en la fundación del partido comunista?

—Sí, camarada; estoy resuelto a hacerlo, repuse con seguridad.

—¡Sería magnífico entonces! —aprobó Zinoviev— Pero, antes, piénsalo, medítalo mucho; cuenta tus pasos y tus días. No olvides que en tu país los Gobiernos tienen policías, tienen espías, tienen fusiles y ametralladoras. En todo esto es necesario pensar.

—Estoy dispuesto a ir a mi país a trabajar en la organización del Partido Comunista, volví a repetir.

Todos guardaron silencio, Zinoviev hizo una seña a Droz y este levantó la sesión.

Zinoviev me llamó y me abrazó con efusión.

—Muy bien, haces muy bien muchacho. Has dado un gran paso.

Lossowsky me abrazó también, frotándome el rostro con sus barbas, golpeándome la espalda y diciéndome:

—Barbusse tenía razón; yo sabía que tenía razón.

—Bela-Kun, Droz y los demás me dieron cariñosos abrazos, como si se tratase de un viejo amigo. Cuando fui a despedirme, Zinoviev habló en ruso con Lossowsky y me invitó a comer.

—Te agradará mucho —dijo— conocer algunos amigos rusos.

Un cuarto de hora más tarde partíamos rumbo a la casa de campo donde estaba Zinoviev, ubicada en las afueras de Moscú. Droz se sentó junto al chofer y detrás íbamos Zinoviev, Lossowsky y yo.

Zinoviev habló de las dificultades materiales para el resurgimiento de la economía rusa, de la lucha contra la miseria, de los grandes obstáculos. Y se extendió largamente sobre lo que él denominó "la herencia del pasado".

Dispusieron allí que mientras la dirección de la Internacional discutía el contenido de la carta abierta, se debía organizar un viaje de la delegación latino-americana al sur de Rusia, a Crimea, el Mar de Azov, Bakú y la zona del Volga.

—Que visiten Kharkov, que vean Tula y Tangarowa y nuestra región petrolera.

Humbert Droz quedó encargado de organizar la jira de inmediato.

Atardecía cuando llegamos a la casa de campo, la que estaba llena de gente. Era una "dacha" rusa metida dentro de un arbolado con cierto aire rústico pero dotada de confort y rodeada de jardines.

Después del ruido que causó el arribo de Zinoviev y Lossowsky, fui presentado uno por uno; Lossowsky o Zinoviev decían algunas palabras benévolas sobre mí.

—El camarada Bujarin... el del A.B.C. del comunismo... ¿ya le conoces, no es cierto? El camarada Radek, el camarada Tomsky, de los sindicatos; el camarada Dimitri Manuilsky, el camarada Rikov y el camarada Kamenev, a quien tienes la suerte de ver por pura casualidad hoy.

Me temblaban las piernas, volvía los ojos de uno a otro rostro y no sabía qué pensar, ni qué decir. Los acontecimientos me arrollaban de modo aparatoso y sin dejarme recobrar mi propio control. Una semana atrás, dos días atrás, no habría soñado esto. Me parecía que estaba febril.

En grandes bandejas trajeron jamón, queso, pan de diversas clases, pescado, mantequilla, atún ahumado. Y luego, vodka.

Yo no podía comer, a pesar de la insistencia de todos. Respondía con monosílabos a las preguntas que me dirigían o que hacían que me tradujeran. Con excepción de Tomsky y de Kamenev, todos hablaban correctamente el francés.

Radek tomó un vaso y me dijo que me enseñaría a tomar vodka. Esta bebida rusa no se bebe por tragos —exclamaba— ni paladeándola como hacen los franceses con su cognac o su pernod, o los ingleses con su whisky. El vodka no se ha hecho para gustarlo, sino para sentir sus efectos. Se bebe de un solo trago... todo el vaso... ¡así!

Y bebió hasta agotar todo el contenido del vaso, de un solo trago. Después me hizo beber a la salud de Barbusse.

Entrada la noche vino la típica cena rusa rociada con té y con abundante vodka. Ellos hablaban indistintamente en ruso y en francés y celebraban que me hubiese decidido a marcharme a América llevando la misión de organizar el partido comunista en mi país.

Pasada la medianoche fui conducido hasta el Hotel Lux.

No pude dormir; trataba de cohesionar las ideas que se movían con extrañas velocidades dentro de mi cabeza. Pensaba en mi retorno a América, en la tremenda pobreza que reinaba en Rusia; en las dificultades de la revolución, en el ínfimo nivel de vida de la gente, en la "dacha" con sus jardines y su mobiliario modesto, y en aquellos hombres que integraban la plana mayor del comando de la Revolución Mundial.

Pensé que se había cumplido el vaticinio de Barbusse:

—Si llegas a las filas de la Internacional, no serás recibido como un mero recluta.

LA HERENCIA DEL PASADO

MARIA era una mujercita delgada, de pequeña estatura, con el rostro salpicado de pecas y dueña de un español raro: lo hablaba con bastante conocimiento de los modismos y de las palabras comunes, pero con un acento tan extraño que no pude saber jamás en qué parte del mundo había aprendido a hablarlo. Era mujer de Ramón Casanellas, el catalán que mató a Dato y que actuaba como aviador en la Unión Soviética. Casanellas tenía un hijo pequeño, que había encontrado en María una madre. Esta fué la persona que designaron como guía y tractora del grupo latino-americano en su viaje a Crimea, al Cáucaso a la cuenca del Don y a la zona del petróleo.

La muchacha y el pequeño se pusieron al frente del grupo. El niño resultó un precioso informador, porque hablaba corrientemente los dos idiomas: el español y el ruso.

El otoño era tibio todavía; los árboles no estaban totalmente desnudos; los campos alzaban al cielo claro su vaho fresco y amoroso. María nos instaló en un coche de pasajeros, hizo valer nuestros privilegios especiales para obtener lugares de preferencia y salimos de Moscú hacia Tula.

Al atardecer de aquel día tuvimos un percance. María no quiso decir en qué consistía y el resto de las gentes hablaban en ruso. El tren quedó detenido en medio de la vía, a las inmediaciones de una aldea. Aprovechamos el accidente para revistar aquel campamento que se había formado junto al tren y para visitar la aldea.

Quizás nunca he visto un espectáculo de más horrenda y paavorosa miseria, un hacinamiento de harapos, de millares de cuerpos, un hormiguero de seres mugrientos, enflaquecidos, enristricados, enfurecidos. No habíamos contado con aquella visión dantesca; era como si aquel pueblo estuviese viviendo en plena guerra. No parecía en absoluto que habían transcurrido doce años ya de la revolución y de la conquista del poder por los bolsheviks. Era algo que producía una verdadera convulsión interior. Era la plasmación de lo inconcebible. Que existiese en la tierra un conjunto de personas, un pueblo, con tan inmensa, tan desme-

surada capacidad de absorber sufrimiento... y de absorberlo pasivamente.

El pequeño Casanellas tenía sueño y tenía sed. Le adquirí una pequeña botella de refresco y le hablé de lo que estábamos viendo, y le hice preguntas. Y él, a pesar de la prohibición estricta de su madre, dijo con desprecio:

—¿Esto...? ¡pues qué... toda Rusia es igual...!

—¿Y cómo lo sabes...?

—Pues porque por donde he pasado ha sido lo mismo; es igual.

A través del largo camino, María nos hacía mostrar lo mejor. Las mejores fundiciones, las mejores fábricas de herramientas agrícolas, las mejores casas de reposo, sanatorios y clubs. Y todo eso estaba tocado del mismo barniz impalpable de primitivismo, de sordidez, de miseria, de ausencia absoluta del más elemental buen gusto. Aquella era una inmensa tierra triste, con vidas humanas que se arrastraban como gusanos, vidas quebradas, hundidas para siempre en la tragedia que sólo encuentra su desembocadura en la muerte.

Cada vez, en cada lugar, había un nuevo motivo de pena lanicante, de dolorosa pesadumbre. En los campos se estaba desarrollando lo que se denominaba en los medios comunistas "la batalla contra el kulak" o sea, como repetía María con fruición, como lo decían todos los presidentes de soviet que nos recibían en los pueblos, "la liquidación del kulak como clase". Se estaba comenzando a pasar del régimen de la propiedad privada al de la organización colectiva de la propiedad, del trabajo y de los rendimientos. Los koljozianos estaban reemplazando a los kulaks.

En las ciudades, la campaña contra el kulak consistía en hacer odiar con verdadera ferocidad al campesino rico y amar con todo el corazón al campesino pobre. Los llamados campesinos ricos eran calificados como puñado de egoístas, contra-revolucionarios, enemigos empecinados del socialismo y, por consiguiente, enemigos del pueblo. Los llamados campesinos pobres, al contrario, eran la inmensa masa de gentes que habían sufrido un tratamiento inhumano bajo el zarismo y que estaban dispuestos a colaborar con el nuevo régimen creando los koljoses y forjando de esta manera el socialismo. Los obreros de las ciudades hablaban un lenguaje de odio al kulak y le atribuían toda o gran parte de la responsabilidad de las desdichas que debían soportar.

—¿Estuvieron detenidos toda la noche?... ¿Un accidente? —nos preguntaban los jefes del partido o las autoridades del soviet local, y añadían siempre en gran tono exclamatorio y patético—: ¿Lo estás viendo Yuri... lo ves Natacha? Los camaradas no llegaron a tiempo a causa del accidente. ¡Los kulaks, los miserables, los contra-revolucionarios, los bandidos!

Nosotros sabíamos que no era verdad; no teníamos la menor simpatía por el kulak, ya que lo único en que estábamos verdaderamente interesados, es en que se construyera a toda prisa el socialismo y se presentase al mundo un ejemplo viviente que imitar de felicidad humana realizada. No reparamos con mayor detención, ni analizamos más hondamente aquello de "la liquidación del kulak como clase", que en realidad era el comienzo del baño de sangre en el que el régimen de Stalin ha hundido a Rusia.

En el campo, la cuestión era distinta. Llegamos acompañados por el responsable del partido a una finca donde se iniciaba el colectivismo. Una máquina bastante destartada, con toda la apariencia de artefacto de fabricación casera, estaba trabajando en la parva. Hombres y mujeres nos rodearon con curiosidad, mirando recelosos. Mas, en cuanto supieron o se dieron cuenta que entre los recién llegados se encontraba el responsable del partido en la ciudad, hicieron cabal abstracción de nosotros y de nuestra presencia y se lanzaron hacia él.

Hablaban todas las mujeres al mismo tiempo, como si fuesen a morir dentro de breves minutos y quisiesen decir antes toda su voluntad. Un viejo trataba de poner orden y hacer sesión; los más jóvenes se burlaban y un hombre maduro, tranquilo, huesudo, se reía moviendo la cabeza como si pensase: ¡tiempo perdido...! Y reía tristemente, mirándonos.

Nos dimos cuenta que aquella gente estaba protestando; se quejaban de algo; le mostraban al responsable una batea con pescado dentro; se lo hacían oler, gritaban. Y una muchacha, a menos harapienta de todas, lloraba y besaba las manos al responsable, le decía frases que reflejaban desesperación, por la forma en que las decía y por las contracciones de aquellas manos en las que los huesos parecían cuerdas.

En el primer momento, el hombre que encabezaba la comitiva, el responsable del partido, se sintió víctima de un serio malestar delante de nosotros. Nos miraba alelado y había puesto en su boca una mueca de aturdimiento. Pero bien pronto se repuso y comenzó a tratar con los trabajadores de aquel koljóz. Les halagaba, reía, les increpaba, y repetía sin cesar las palabras que son las primeras que se aprenden en ruso, por la frecuencia con que se les escucha:

—Si chás... si chás... es decir: enseguida, inmediatamente, muy luego. Algo equivalente al "mañana", "mañana" latinoamericano.

Por la noche, en el hotel, mientras descansábamos de las andanzas del día, tomé a mi cargo al pequeño Casanellas. Como le había agasajado cuidadosa e interesadamente durante el día, me

habló largo sobre lo que decían las gentes de koljóz al responsable del partido.

—No se lo vayas a decir a mi madre, ni a los camaradas —recomendaba el pequeño— pues los koljosianos le decían a Petrov cosas horribles. Le insultaron, le dijeron que la comida que se les daba era una inmundicia; que hacía meses que no probaban un terrón de azúcar, que el pan era vinagre y que destilaba agua cuando lo retorcián como trapo; que el pescado estaba podrido, que muchos se habían enfermado gravemente al comerlo y que allí estaban en aquel hediondo barreño, terminando de podrirse, como debían podrirse todos los del partido y los del Gobierno. Que trabajaban mucho y que vivían peor que los perros.

El muchacho se detuvo en su narración, para decirme:

—Pero, júrame camarada que no se lo vas a decir a María. Se lo prometí con solemnidad, pidiéndole que continuara.

—Pues, cuando ya nos marchábamos —continuó el pequeño— le insultaban; le dijeron que tenía la cabeza como col, que era un sinvergüenza, que los dirigentes del partido se daban buena vida a costa del hambre de ellos. Que algún día la iban a pagar como la pagó el zar.

Y el muchacho añadía riendo:

—Y Petrov, cuando le decían aquellas cosas tan feas, se hacía el tonto, fingía no entender lo que le estaban diciendo, hablaba con vosotros de otra cosa. Te aseguro que si no hubierais estado allí vosotros, pues la habría emprendido a golpes con todos ellos; tanta era la injuria que le decían. Pero, se hacía el bobo, reía como si no fuese con él. Seguramente que cuando os vayais de aquí, irá a arreglarles las cuentas.

—¿Cómo, qué es lo que hará?

—Yo no sé lo que harán, pero algo hacen.

María daba voces desde la ventana llamando al pequeño.

El estado de ánimo reinante en los otros lugares no era muy distinto: miseria, odio a los kulaks, abundante literatura sobre la industrialización y el plan quinquenal, más miseria aun. Inmensos mapas de Rusia en los que —moviendo una u otra palanca— se iluminaban con luces de colores, los diversos lugares donde iban a surgir poderosos centros industriales. Y en medio de todo y por todas partes, un grueso y áspero descontento. Nosotros, por lo que palpábamos, comprendíamos que aquella gente no tenía ninguna razón para estar contenta; tenía excesivos motivos para quejarse y maldecir como lo hacían.

Llegamos a Tangarowa y visitamos una estación veraniega a la orilla del Mar Negro; era un establecimiento limpio, moderno, dotado de comodidades. Estaba repleto: hombres gordos con las cabezas decalvadas a navaja; mujeres vestidas con sencillez

pero sin miseria, gentes que disfrutaban de un nivel de vida muy superior al de los trabajadores de las ciudades y de los campos.

—¿Quiénes son... qué hacen... a qué sector pertenecen?

—Son trabajadores calificados, gente que gana mejor porque trabaja más y también mejor —explicó María con naturalidad pero, pronto el pequeño Casanellas la desmentía en la mayor reserva.

Aquella mujercita cicatera, que economizaba los kopeks en la jira, mentía de manera descarada y afluente. Persuadida de que no comprendíamos el idioma pretendía hacernos tragar ruedas de molino.

Toda la jira fué penosa. Un rico y gigantesco país hundido en el más desgraciado retraso técnico, sumido en la miseria y en la desorganización, después de doce años de haber realizado la más grande revolución de todos los tiempos.

En la fábrica de herramientas agrícolas, al lado de la hacienda triguera del Estado —el sovjós "Gigante"— nos encontramos con un abigarrado grupo de gentes, con quienes pudimos conversar con franqueza.

La hacienda estaba a cargo de un joven ingeniero, descendiente de la aristocracia; vivía con una mujer mucho mayor que él, rubia desteñida, en extremo descuidada en su persona, no así en el cuidado de la casa, que estaba arreglada, muy limpia y con profusión de flores y floreros, y de tapetes bordados a mano.

En la casa del ingeniero se reunieron a comer con nosotros el Presidente del Soviet de la aldea, el Director de una fundición vecina, mozo alto, fornido, de vigorosa belleza varonil y tres hombres más que podían ser ayudantes, capataces de la hacienda o guardaespaldas del presidente del soviet.

El ingeniero nos habló de sus ensayos genéticos, de su labor en la selección de trigo, de la preparación de las tierras, de los abonos, de las formas de trabajo desconocidas hasta ayer en Rusia. Había dividido la gran extensión de tierras cuyos cultivos dirigía, en zonas cruzadas por carreteras asfaltadas a través de las cuales circulaban los camiones que conducían a los trabajadores a sus lugares de labor y que acarrearban semillas, abonos, herramientas, utensilios y después, la cosecha que debía ser transportada a los grandes centros de consumo.

La señora hablaba muy bien el francés, lo mismo que el director de la fundición; el ingeniero hablaba inglés, alemán y danés. Sus estudios los había cursado en Dinamarca y en Suecia.

En la noche después de la comida, luego de haber bebido varias copas del excelente vino de Crimea y del Cáucaso, expusimos ante aquellos hombres todo lo que habíamos visto y oído en la jira. El descontento que bullía por todas partes; la miseria, que alcanzaba caracterismo de exceso; de los muchos dolo-

res inútiles; de los grandes sacrificios en su mayor magnitud estériles; del leganal de mugre que bien podía ser disminuido nada más que con menos espíritu formular y burocrático y con un poco, nada más que un poco de voluntad.

El Director apagó su cigarrillo en el tiesto que se hallaba sobre la mesa y zambucando las manos entre el cinturón, debajo de la "rubashka" —o camisa rusa— habló con acento suave pero firme.

—Rusia ha sido uno de los países más retrasados del mundo y de este punto es obligatorio partir, para hacer un análisis correcto; luego, no hay que olvidar que ha sido uno de los combatientes de la gran guerra y que esto afectó profundamente su economía, mucho más que las de Inglaterra, Francia o Italia. Mientras más retrasado es un país más duramente repercuten sobre él las crisis y sus consecuencias. Después —añadió encendiendo un nuevo cigarrillo— vino la Revolución. Solamente los que hemos vivido esta etapa sabemos lo que ella ha significado como empobrecimiento, como desquiciamiento, como profunda conmoción humana. Lo peor no fué la Revolución; no. Lo peor fueron las invasiones: hoy invasiones blancas, mañana invasiones rojas; en la mañana los cosacos de Kolchak, en la tarde las brigadas de milicianos rojos, al anochecer, las patrullas de Machno y de los anarquistas y antes del amanecer las bandas de fascinerosos que aprovechaban el pánico, disfrutaban de la oportunidad y se llevaban lo poco o lo último que quedaba.

—De eso hace doce años, mi buen Dorogan, objeté.

—No son doce años, amigo mío; mucho menos. En realidad no hemos tenido paz hasta hace unos cinco o seis años; y en este plazo es muy difícil, es imposible, rehacerlo todo. Estamos comenzando.

Y haciendo una pausa, apagó el cigarrillo sobre el tiesto, retorciéndolo nerviosamente. Pidió vino y lo hizo servir en las copas. Preguntó al ingeniero si se aburría y este respondió que no, que continuase.

El Director de la fundición, camarada Dorogan, continuó con evidente propósito didáctico:

—El socialismo es hijo de la industria, eso ustedes lo saben. En Rusia no hay industria avanzada; este no es un país industrial. Para realizar el socialismo, se hace obligatorio industrializar a Rusia; y aquí reside toda la cuestión: industrialización, más industria, más producción moderna. Transformar a Rusia en lo que son los Estados Unidos de América. ¿Se imaginan ustedes? ¿El progreso técnico de los Estados Unidos más el socialismo?...

—La felicidad humana, apuntó alguno de nosotros.

—Tú lo has dicho camarada; la felicidad de millones y millones de hombres y mujeres que hoy has visto revolcándose en la miseria y en la pringue. La felicidad material y espiritual que no nos vendrá como presente, ni como don del cielo en calidad de milagro, sino que saldrá de nuestros cerebros y de nuestros brazos. De nuestra capacidad para organizarnos y para superar esta inmensa pereza rusa; porque te digo la verdad: a los rusos nos gusta trabajar poco y soñar mucho.

Escanció su vino y nos invitó a beber el nuestro, continuando:

—Es claro amigos míos, que la gente del koljoz no tiene por qué conocer ni comprender estas cosas, toda esta concepción gigante, toda esta empresa complicada y enorme. Por eso se quejan, protestan, insultan al responsable. Si no obrasen como ustedes han visto, pues entonces o serían ángeles del cielo o serían los dirigentes de la revolución. Ellos no entienden por qué sufren, ni para qué pasamos todo este cúmulo de padecimientos. Nosotros sí lo sabemos: no es para que el ingeniero Vanko se enriquezca, ni para que mi Lenka use diamantes. Es para que todos puedan disfrutar de una vida verdaderamente nueva.

La botella de vino estaba totalmente escanciada. El comunista argentino que entendía francés estaba radiante; decía que había encontrado la piedra filosofal. Yo trataba de comprender aquel vasto problema pero estaba sugestionado por la fé y la seguridad de Dorogan. Se sentía sinceramente un constructor del mundo, un reformador, un creador; y esto daba una fuerza extraordinaria a sus palabras y a sus argumentos: su inmensa fé, inmovible y compacta.

—¿Crees tú, camarada Dorogan —pregunté— que todo este gran dolor que estamos palpando es sólo temporal?

—Tiene un plazo —respondió con aplomo Dorogan— se le ha dado un vencimiento inexorable: terminará un día. Después de dos planes quinquenales —añadió con seguridad— cada ruso podrá comprarse tantas camisas como un ciudadano de los Estados Unidos y podrá comer un bisteck en la mañana y una chuleta de puerco en la tarde. No habrá más pescado podrido, concluyó riendo.

Al día siguiente, Dorogan fué a vernos muy temprano y nos llevó a su casa: su mujer era encantadora y amable: nos recibió con gentileza exquisita y nos presentó a sus tres hijos: Lena, Natacha y Aliosha. Las dos muchachas mavores que el niño. Nos hicimos amigos, comimos juntos y nos dijimos adiós.

Abracé a Dorogan como a uno de los constructores del socialismo. Le dejé optimista, alegre, pleno de esperanza.

Diez años más tarde había de encontrarle totalmente triturado, convertido en un pobre guiñapo espiritual.

Fatigados de caminar por las ciudades y los campos de Rusia, cansados de indagar, de ver y de comentar; adoloridos por la visión dantesca del dolor y de la miseria humana y con la segura confianza de que toda esta sordidez era temporal, de que se le había dado un plazo inexorable para liquidarla, retornamos a Moscú.

Allí estaba la capital soviética con sus calles pavimentadas con gruesas piedras sin labrar; con su olor a resina, a caballeriza y a mugre humana; con sus callejas que formaban una especie de telaraña gigantesca en torno al Kremlin.

Estábamos de nuevo en el Hotel Lux. Y traíamos en la retina una visión objetiva y captada en la realidad, de lo que era el País del Socialismo, en aquella etapa de liquidación de la Herencia del Pasado, como se la llamaba.

¡Ah... pero mañana...!

MARIATEGUI CAE PARA SIEMPRE

FUI CITADO por el camarada Piatnisky, uno de los viejos bolshéviques, compañero de Lenin y promotor de la revolución de octubre. Gruñón, malcontento siempre y no obstante simpático, Piatnisky era el teórico y comandante general en cuestiones de organización. Era el organizador de la Internacional Comunista.

Piatnisky no se encontraba en sus oficinas y se me pidió que aguardara. Entretanto ingresó Zinoviev con su típico pantalón a cuadros, la cazadora de pana negra y la gorra también a cuadros, como el pantalón.

—¿Has visto ya un pedazo de Rusia? —preguntó después de saludarme—. ¿Qué te parece?... ¡Con franqueza, vamos, de hombre a hombre!

Y rió familiarmente, como para darme ánimo.

—Me parece que la región que recorrimos es un tanto atrasada.

—¿Un tanto... nada más? No, no; es bastante atrasada y no es la más atrasada de todas, muy al contrario; de modo que ya puedes sacar las conclusiones sobre el estado general de Rusia. Seguramente se diferencia poco de la realidad social de América del Sur, en sus sectores menos desarrollados. ¿Verdad?

—Sí, puede ser —repuse— pero Rusia tiene la vecindad de Europa, su inmensa riqueza y su tamaño.

—¡La vecindad de Europa...! has dicho y qué bien. Es así en efecto, no somos sino los vecinos de Europa.

—No, yo no quise decir, expliqué confundido.

—Te comprendo bien camarada —interrumpió— te comprendo y sé lo que quieres decir. Sé que no quieres decirnos asiáticos, pero comprendo asimismo que aquí no te sientes en Europa. Y tu apreciación es justa. En cuanto al retraso, no puede ser más evidente, más palpable; no para el ruso que siempre ha vivido aquí, sino para el extranjero o para el ruso que ha conocido Europa. Pero, tendrás que estar de acuerdo conmigo en que políticamente nos hemos colocado ahora en el primer puesto después de la re-

volución y que estamos resueltos a superar el atraso que has visto... que estás sintiendo.

—Estoy de acuerdo con Ud. y lo comprendo.

—Muy bien, me alegro; no podías apreciar las cosas de otro modo. Medita que cuando tomamos el poder hemos encontrado solamente lodo y que con este lodo tenemos que forjar una mundo socialista. Un mundo de gente feliz y de ciudadanos libres. Sobre todo —exclamó lanzando vigorosamente la respiración— de hombres libres, lo que no será fácil. ¡No... no lo será!

Quedó unas instantes en silencio, cogió una regla que se hallaba sobre el escritorio de Piatnisky la agitó golpeando suavemente la palma de su mano izquierda, habló con lentitud:

—No lo será, porque los rusos hemos librado dolorosas y heroicas batallas por la libertad, pero jamás hemos podido vivir bajo ella, libremente. La libertad ha sido hasta ahora, para los rusos, un concepto abstracto, un gran sueño; nuestro pueblo no tiene la práctica de la libertad, que es algo con lo que no se nace y lo que tampoco se aprende en los libros, ni en las escuelas; es algo que se adquiere sólo viviendo libremente. ¡Y esta es una tara, un factor de retraso...! Pero, también lo superaremos.

Y golpeó fuertemente la ancha palma abierta de su mano izquierda con la regla que agitaba en la derecha.

—Claro que dentro de algunos años más podrás respirar en Rusia un ambiente de absoluta libertad ciudadana. Cuando logremos superar nuestras dificultades materiales, tan pronto como el nivel de vida del ruso medio sea algo decoroso, cuando la prosperidad interior nos haga menos temibles, pues la Unión Soviética será una tierra feliz y envidiable.

—Yo tengo una gran fé que así será —afirmé.

—No te descorazonas con lo que has visto ni con lo que has podido oír —dijo con tono patético Zinoviev—. El retraso, la miseria, la injusticia quizás, son la herencia del pasado que hemos venido a liquidar y que la revolución liquidará. Quizás no se avance con la celeridad que la vida rusa requiere, pero nos anima la voluntad de marchar adelante. Una vez liquidada esta herencia del pasado, entonces todo cambiará en Rusia. Ya lo verás cuando regreses dentro de algunos años; ya notarás el cambio vasto y profundo que se ha operado en todos los órdenes, cuando vuelvas a referirnos tus éxitos y los progresos del partido comunista de tu país.

—Sí, es claro, así será —dije para llenar el silencio que él dejara y que se prolongaba demasiado— puede confiar camarada en que haré todos los sacrificios que sean necesarios.

—Entre vosotros —dijo Zinoviev, abandonando la regla sobre la mesa y haciendo girar el gran globo terráqueo que se hallaba reposando sobre su elíptica de cobre y su eje de acero en el

rincón— de lo que se trata es de impulsar el desarrollo de un movimiento nacional de progreso y de bienestar. La burguesía de vuestro país es, como lo ha dicho bien Mariátegui, “una planta raquítica que se alza sobre un suelo feudal” ¡qué bien dicho...! ¿no?

Había detenido el movimiento giratorio del globo y miraba hacia América del Sur. Me miró a la cara y encargó:

—¡Dale mis saludos a Mariátegui; dile que le agradezco muy vivamente aquello que escribió sobre mí y sobre otros camaradas en su “Escena Contemporánea”. Te haré llegar algunos ejemplares de las publicaciones en ruso donde aquellos artículos fueron reproducidos. Mariátegui es una vigorosa mentalidad; es un verdadero creador: no parece latino-americano; no plagia, no copia, no repite lo que dicen los europeos; crea lo suyo. Salúdalo y trabájen en la organización del Partido.

Tocaron la puerta e ingresó a la oficina una mujer regordeta, con el cabello cortado a la garconne, muy risueña, con los ojos intensamente verdes. Me llamó por mi nombre y luego dijo:

—El camarada Piatnisky te manda suplicar que vuelvas esta noche. No podrá venir ahora como lo había dispuesto. Esta noche, por favor.

Saludó la mujer y se fué por donde había venido.

—Piatnisky es así; se enmaraña él mismo concertando reuniones que no logra atender; pero, no importa, estarás un día más entre nosotros.

Zinoviev se quitó la gorra, se arregló la abundante cabellera y me recomendó:

—Nos veremos aun antes de tu partida, pero en todo caso, saluda muy cariñosamente a Barbusse y, cuando llegues a tu país, a Mariátegui. Una cosa: no te vayas sin ver al camarada Bujarín; él tiene informaciones sobre tí y te aseguro que no son malas.

Me estrechó la mano, me pasó el brazo sobre la espalda y se despidió. Ví su cuello corto y sus espaldas anchas, su cabellera alborotada con hilos grisáceos, su pantalón a cuadros. Y fué la última vez que le ví. Cuando años más tarde, a mi regreso a Moscú, quise verle, ya estaba fuera de la Internacional, acusado de saboteador, espía y enemigo del pueblo. Poco después, Stalin le hacía matar.

Aquella misma noche regresé a la oficina de Piatnisky. Hasta la madrugada duró la entrevista que fué un largo monólogo. Piatnisky explicaba la forma en que debía ser organizado el partido; la estructura y la actividad de las células de fábrica y de barrio; la organización y el funcionamiento de los Comités. El viejo sentía verdadera voluptuosidad explicándolo todo, salpicando su exposición con recuerdos y anécdotas, evocando a Lenin,

narrando sus discusiones, sus desacuerdos, sus disgustos y sus luchas comunes. Era subyugante oírle referir historias que parecían cuentos y cuentos que parecían trozos de historia. Casi al alba, me condujo en automóvil, hasta el Hotel Lux; se despidió diciéndome:

—Te deseo un bello éxito y te recomiendo un gran valor moral y físico. Es lo esencial en toda nuestra lucha. Mucha felicidad para tí y para los tuyos. Ya nos veremos... ¡adiós...!

No me fué posible despedirme de Zinoviev, no pude ver a Bujarín ni decirle adiós a Radek.

—En Moscú —dijo Humbert Droz— no te dejarán jamás la oportunidad de ser cumplido con tus amistades; una noche te acostarás en el Lux y despertarás quién sabe en cual frontera del mundo.

Y esa misma noche, se presentaba en el Hotel Lux diciendo:

—Saluda mucho a Mariátegui en nuestro nombre; abraza a Portocarrero, trabajen mucho. Y se marchó diciéndome: ¡adiós!

Más tarde, un hombre desconocido, silencioso, con el rostro aborachado, me condujo hasta la estación, me entregó los documentos y me puso en el tren. Minutos después resoplaba la locomotora y el crepitar de los vagones tenía algo de la nueva existencia que emprendía. El tren rodó hacia Minsk, de nuevo rumbo a Polonia y hacia Europa.

Barbusse me otorgó una cálida recepción y saludó con alegría todas las etapas e incidencias de un peregrinaje del que se sentía autor o, por lo menos, guía.

—Para Goethe, para Beethoven, para los hombres luminosos de su tiempo —expresaba cansinamente Barbusse— lo incisivo y lo decisivo en la vida era el viaje a Italia; en nuestro tiempo, es el que tú acabas de hacer; el viaje a Moscú.

Cuarenta días después llegaba a Lima, por la línea de tranvía por donde, trece años atrás, había llegado de mi ciudad serrana. Venía, esta vez, con una misión trascendente, que me parecía heroica y gloriosa. Y me embriagaba una felicidad sin linderos cuando aquella noche conversaba con José Carlos Mariátegui, en la calle Washington, en su “Rincón Rojo”.

—¿Partido Socialista o Partido Comunista?

Tal era el enigma, la pregunta o el problema que se hallaba planteado ante nosotros. Mariátegui miraba con aquellos dos ojos claros, sin reticencias, ni claroscuros. Ojos profundos, de mirar aquilino, radiantes siempre aun cuando la enfermedad le abatía el ánimo y le doblaba el espinazo. Discutía con agudeza, en medio de risas constantes, y de frases ingeniosas. De su silla de ruedas se alzaba como una estremecedora paradoja: una maravillosa alegría de vivir y, sobre todas las cosas, un vehemente

deseo de alargar su vida, de aumentar el número de sus días que él sabía consciente y dolorosamente contados.

Desde el primer momento llegamos a una conclusión neta: no se trataba allí de ideas sino solamente de palabras. Si el partido se llamaba socialista o comunista, ello no iba a cambiar en un ápice la esencia del movimiento, ni la sustancia de la doctrina o del programa. Con uno u otro nombre, de lo que se trataba era de organizar una sección peruana de la Internacional Comunista.

—Esto está más claro que el agua —dijo alegremente José Carlos— pero analicemos las conveniencias y las inconveniencias.

Y al entrar en el análisis de esta cuestión, nos convencimos de que no estábamos discutiendo ya una cuestión política, sino un fenómeno de carácter policial.

—Si le llamamos comunista, la policía nos vá a perseguir más; si le llamamos socialista, quizás nos persiga menos. A esto se reduce todo. ¿No le parece?

Sellamos nuestro acuerdo integral y días más tarde celebrábamos las primeras reuniones con obreros, intelectuales y estudiantes de confianza. Lo mejor de la gente que constituía aquel grupo se pronunció ardiente y fervorosamente por la adhesión a la Tercera Internacional; tres jóvenes abogados se alejaron, temerosos de lo que podría acontecerles.

Mariátegui sacó de entre sus papeles, las famosas veintiuna condiciones de Lenin, redactamos el programa y elaboramos los estatutos. Se inició la obra de captación de nuevos elementos. Hasta el día en que hubo que suspender totalmente el trabajo: Mariátegui tenía fiebre alta, deliraba, le salían forúnculos, le aparecía una úlcera supurante en el muñón. Se le llevó a la clínica Villarán.

El brillante escritor acababa de cumplir treinta y cinco años y la vida se le apagaba como si fuese un octogenario; los médicos celebraban consultas, discutían, recetaban y se equivocaban. Mariátegui se moría sin remedio. Yo me ganaba un mísero sueldo, trabajando en una imprenta. Y aguardaba, con la garganta agolletada, la hora del desenlace, que estaba decretado como inexorable. Miraba el porvenir con angustiado espanto: en el trabajo político había contado con el amparo, la protección, la gran sombra de Mariátegui; muerto él, pues quedaba solo, sin tener a quien recurrir en demanda de consejo, de opinión; sin autoridad, sin prestigio, con una responsabilidad que sentía abrumadora como una montaña y sin experiencia alguna para arrumbar el movimiento.

Lo que se temía aconteció en una mañana tibia y asoleada.

Mariátegui tendido en el lecho de la clínica, tenía el vientre abotargado y las pupilas enormemente dilatadas. Con clara con-

ciencia de todo, conocía a cada uno. Miraba con hondura tal que era como una mirada de ultratumba ya. No pudiendo soportar aquello salí a la avenida y me desplomé sobre una banca.

¿Por qué, pero por qué se moría en aquellos momentos en que hacía tan enorme falta? ¿Por qué se iba precisamente cuando recién llegaba yo, aportándole un mensaje, cuando acabábamos de elaborar un plan, de trazar un camino, de fijar una meta?

Regresé a la clínica; la habitación donde se hallaba José Carlos tenía ya las puertas abiertas de par en par, como si se tratase de dejarle paso libre a la muerte; ya no quedaba ningún temor del frío, ni de las corrientes de aire, ni de las neumonías. Era como si hubiese no sólo resignación, sino también entrega, abandono, desafío.

¿Pues bien... ¿a qué tanto padecimiento? ¿Aquí está, llevo, y que sea de una vez!

—No quiero, no quiero irme —gritó Mariátegui— pero ¡qué le hemos de hacer! baluceo roncamente. Se aletragó y tras algunos minutos pronunció distintamente:

—No puede haber renovación sino sobre la base de grandes principios... trabajen mucho.

Y luego clamó con grito desgarrador:

—Adiós... adiós, camaradas... adiós, adiós... Anita!

¡Y se acabó...!

Se acabó aquella vida promisoría y magnífica. Perdíamos a uno de nuestros más grandes valores; no tanto por lo que había hecho sino por lo que entrañaba como segura promesa en el futuro inmediato. Abrumados por el triste suceso, nos parecía que nunca la muerte cortó una existencia más preciosa, más útil, más limpia.

Salí de allí dejando para siempre aquella cabeza que había dejado de pensar; en la calle la voz gangosa de una radio invitaba a los fieles a acudir a escuchar el sermón de las siete palabras. Y por asociación de ideas escuché dentro de mí:

—¡Eli, eli, lamma sabacthani...! ¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Y un Viernes Santo, en medio de pesadumbre popular, entre cantos revolucionarios y banderas rojas, enterramos a José Carlos cubriendo su ataúd con una gran bandera escarlata.

Y aquel desfile fué sin duda el primero que capitaneaban en aquellas latitudes los milites de la Internacional Comunista.

Muerto el hombre que era lumbrera y autoridad, prestigio y respaldo, hubo que continuar el trabajo.

Los prosélitos llegaban, aparecían los primeros núcleos, se organizaban las primeras células, según las directivas de Piatnisky. El mensaje salía a las fábricas y a las aldeas, a los campos y a las minas.

Era un mensaje transido de fé y de esperanza: la Internacional Comunista redimiría a los pobres y quitaría todo yugo a los que soportaban servidumbre, salvaría de la desdicha a todos y abriría una época de paz, de libertad y de prosperidad para todos.

Y la gente creía, tenía fé en el milagro y cantaba esperanzada:

“Y la Tierra será el Paraíso
de toda la Humanidad”.

—¡Tenemos un nuevo prosélito! —dijo a Hugo Pesce al salir de una charla de capacitación, en el fondo de un sucio callejón.

—O un agente provocador, enviado por la policía —replicó Pesce— nunca sabe uno, jamás.

—¿Y por qué dice usted eso Hugo, en este momento precisamente?

—Sin razón concreta —respondió— en Italia, de cada tres nuevos militantes que ingresaban al partido, uno era agente provocador enviado por la policía. Es claro que aquí todavía es diferente.

Una noche, en plena madrugada, mi hogar era nuevamente invadido por los agentes de la policía secreta; registraron las habitaciones, despanzurraron los colchones, levantaron los pisos, golpearon a mis hermanas y me llevaron detenido.

—Usted es agente de la comintern —gritaba airadamente Fernández Oliva, el jefe de la policía— ¿por dónde entró usted... por dónde...?

Pensé que no podía ni debía demostrar temor; eso lo primero. Lo segundo callar, sonreír, no decir nada. Lo tercero, pues hacer de tripas corazón y repeler a todo trapo y de cualquiera manera todo intento de agresión.

—¿Por dónde entró usted? —volvió a gritar levantando en alto una fusta de cuero trenzado, con grueso mango de plata.

—Por la puerta... —le respondí haciendo un esfuerzo titánico para mostrarme tranquilo y para no aparecer burlón.

—No... no —dijo en voz más calmada— no le pregunto eso. ¿Por dónde, cómo ingresó nuevamente al país?

—¡Ah...! —me fingí sorprendido— al país entré legalmente, con visado consular y recibiendo en el pasaporte todos los sellos de la policía que usted dirige.

—¡Policía... policía...! —resopló y guardó silencio.

Comprendí que le había derrotado en este punto. Ahora, otro.

—Necesito saber —articulé con lentitud y con voz afectadamente grave— qué es lo que se trató en el Congreso de Francfort. Hable, hable. ¿De qué se trató?

Estaba de pie frente a mí, aguardando la respuesta. Me causó un inmenso asombro que este hombre saliese con una pregun-

ta tan tonta, tan estéril, que denunciaba estentóreamente su ignorancia sobre la misión que yo tenía, sobre lo que estaba haciendo y sobre mi viaje a Rusia. Esto me serenó.

—Todo lo que se trató en el congreso de Francfort —le respondí con voz suave y con acento tranquilo— ha sido publicado; por lo menos está impreso. Si usted lo desea puede hacer pedir toda la documentación a Berlín; tendrá Ud. en sus manos todas las resoluciones y las tesis. Si desea puedo darle la dirección.

Fernández Oliva, hombre de piel datilada, tomó un color ceniciento, pues su pigmento no le permitía palidecer. Avanzó hacia mí con la espuma en los labios como ululando:

—No, no le aguantaré que se burle de mí, por el demonio, no se lo toleraré.

Cuando avanzaba tuve la certeza de que iba a cruzarme la cara con aquella fusta. Como un relámpago me azotó el cerebro: si le consentía y soportaba un primer golpe, aquel hombre me destrozaría, pensé. Y como bajo la presión de una descarga nerviosa total, salté más que me puse de pie, me quité los anteojos y mis músculos todos se crisparon para el asalto. Le cogería por el cuello, le hundiría las uñas... es claro, vendrían inmediatamente otros policías y me darían golpes y me harían perder el sentido. Y esto era lo mejor... perder la conciencia de mi cuerpo, no saber ni siquiera dónde, ni con qué me golpeaban.

Fernández Oliva se replegó, bajó la fusta y dijo con tono abanzado y burlón:

—No se quite los anteojos; véame bien la cara.

Recalcitré, me coloqué de nuevo los anteojos y le vi el rostro sonriente; estaba apacible.

—¡Siéntese...! —ordenó.

Lo hice con lentitud.

—La policía lo sabe todo —pronunció con tono exclamativo— nosotros trabajamos científicamente; Ud. ha venido aquí a organizar la caída del Gobierno, provocando huelgas. Pero, nosotros somos más inteligentes que ustedes. El único que sabía leer y escribir era Mariátegui, ustedes todos son pobres diablos, incluyendo a Haya de la Torre... pobres diablos que no ven más allá de sus narices.

Habló durante una hora larga; pasaba afluente, de un tema a otro, sin orden ni concierto; ora enfocaba el motivo de la crisis económica, ora revelaba el inminente desembarco de armamentos y municiones en un puerto del sur, lo que ya era conocido por él con toda anticipación. Y adoptaba un lenguaje sibilino sobre la rica documentación que había logrado atrapar y en la que se denunciaba, de manera puntualizada con pelos y señales, el plan comunista en la América Central y en las Antillas.

Era bellaco y toda su exposición estaba abellacada de modo supremo; no sólo fabulaba sino que sus presagiosas mentiras estaban envueltas en fantaseadora estupidez. No dije una palabra; le escuché sentado y sólo me moví cuando ordenó que me condujeran a un calabozo.

El piso parecía el de un establo por el fango, un lodo con acre olor a letrina; los muros rezumaban humedad y rancidez y las cuatro paredes se alzaban demasiado cercanas entre sí. El calabozo no sólo estaba desierto sino vacío por completo... no había ni un ladrillo, ni una tabla, nada para defenderse del lodo.

—Aquí se aprende a dormir de pié —me dijo uno de los policías que hacía de guardián.

—O se aprende a no dormir —repliqué afectando una risueña indiferencia. Y comenzaron a pasar lentos los días, pesadas y más duras, las semanas. Una madrugada me sacaban de allí para conducirme a la Isla de San Lorenzo, que ya me era conocida.

Mientras tanto, mi amigo y camarada Henry Barbusse, notificado de mi prisión, movilizaba enérgicamente lo que él llamaba la "Intelligentsia" en Francia, en Bélgica y en España. El dictador recibía mensajes de diversos puntos de Europa, firmados por una brillante plana de escritores, pintores, músicos, dirigentes políticos en los que se le exigía mi libertad o, por lo menos el sometimiento a un proceso. El dictador se impresionó, sus policías se ablandecieron, los agentes comenzaron a tornarse serviles y los guardias obsequiosos.

Uno de los funcionarios policiales me hizo saber en forma muy confidencial, que Barbusse acababa de dirigir un segundo mensaje al dictador Leguía, amenzándolo con denunciar sus procedimientos ante el mundo civilizado, acusándolo de privar arbitrariamente de su libertad a los ciudadanos, sin proceso alguno y sin la sentencia de ningún juez, ni tribunal.

No obstante que tal era la habituación de aquella dictadura, a pesar de que los jueces no intervenían jamás, ni con un gesto, cuando se trataba de la libertad de los ciudadanos, el gobierno dictatorial se intimidó y sus altos dignatarios resolvieron deterrarme nuevamente.

Y en una tarde húmeda, bajo una llovizna pertinaz y menudísima, fui conducido al barco que debía llevarme hacia el sur.

Valparaíso, Santiago de Chile, Buenos Aires, de nuevo. Eran los días de 1930 y mi segundo destierro.

Mientras tanto, la semilla comunista había caído ya en el surco, siendo imposible saber cómo, ni cuándo, ni dónde germinaría.

DERRUMBE DEL DICTADOR LEGUIA

EN LA AMERICA del Sur había comenzado a actuar un selecto grupo de comunistas de diversas nacionalidades, constituyendo el Bureau Sud-americano de la Internacional Comunista y laborando, por primera vez, bajo la dirección inmediata y el comando personal de guías soviéticos, de bolsheviks expertos en las tareas revolucionarias.

Frente a la nutrida delegación venía Guralsky, bolshevik de largo y brillante historial, no obstante su juventud, ya que apenas se acercaba a la treintena. Comunista lituano, de origen hebreo, desempeñó un papel sobresaliente por la sutileza, audacia y clarividencia del estilo del trabajo, en la insurrección de 1917. Arrestado y condenado a muerte, se le conmutó la pena a causa de su corta edad, ya que sólo cumplía los quince años. Se fugó de la prisión y fué a Rusia, donde se incorporó a las filas del Ejército Rojo, peleando contra las invasiones. Allí le conoció Lenin y le concedió los más altos puestos en el movimiento juvenil soviético, de donde pasó a las categorías más elevadas del partido. Amigo de la intimidad de Zinoviev, hombre de la amistad de Rikov, de Kamenev, de Trotsky, de Rakowsky, era compañero de Bujarin en la investigación teórica del marxismo y en los altos estudios filosóficos y políticos.

—Nunca fuí menshevik —decía Guralsky— porque la revolución me encontró muy joven y esto quizá favoreció que siempre estuviese al lado del gran viejo... de Lenin.

En el año 1927, en ocasión del décimo aniversario de la Revolución de octubre, Guralsky reaparece en primer plano, como uno de los comandantes de la campaña opositora contra la política que se desarrollaba ya en Rusia bajo el signo staliniano. Mas, este tipo de oposición se distinguía por su carácter, no ya teórico, sino orientado con firmeza a la acción. Se afirmaba que él fué el organizador de la manifestación formada por millares de trabajadores y de bolsheviks, que recorrieron las calles de Moscú protestando contra la política de Stalin y contra sus orientaciones. Tal manifestación motivó el pasmo de los numerosos

delegados extranjeros que asistieran al festival del décimo aniversario.

Aquella protesta sacudió el aparato constrictor del terrorismo, que estaba en las manos de Stalin pero que no había sido su creación. El terror, su sistema, sus aparatos operativos, sus gestores y sus ejecutores, eran engendro de la revolución, del partido bolshevique, de la nueva mentalidad creada por el cambio, del pensamiento y la acción del propio Lenin y asimismo de todos los que se hacían opositores. Después de la manifestación del año 27, los procedimientos respecto de los comunistas se dulcificaron y en vez de las amenazas, del acoso, de la prisión, se emplearon las cartas de abjuración, el reconocimiento público de los errores, los actos de contrición que alguna oscura analogía guardaban con el de Galileo Galilei. El terror fué desviado hacia los "kulaks" y hacia los "nepmans", campesinos acomodados y pequeños comerciantes, cuya liquidación como clase fué proclamada como necesidad imperiosa de la revolución. Sólo más tarde, cuando el régimen pasase íntegramente a las manos del grupo de Stalin, el terror experimentaría una nueva desviación, para descargarse sobre las cabezas de quienes lo habían forjado. Y es que el terror, como las potencias infernales, como las grandes pasiones desencadenadas, no puede detenerse, porque ello significa siempre anonadar el manantial y la matriz que le diera origen: así ha acontecido en todas las revoluciones, y la de Rusia no ha constituido excepción: y lo único que ha hecho el stalinismo es darse cuenta de esto y, para no caer o ser su víctima, pues mantenerlo, avivarlo, alimentarlo con sagacidad como quien alimenta arrojando carne a las fieras.

La historia reciente de Guralsky estaba vinculada a la actividad del partido francés; en sus manifestaciones, los comunistas franceses sacaban a las calles cartelones en los que se preguntaba: "As tu vu Crémet?" —¿No has visto a Crémet?— burlándose de este modo de la policía de Monsieur Chiappe, el reaccionario Prefecto de París que buscaba con todo empeño al agente del Komintern que se hacía llamar Crémet. Tal Crémet no era otro que Guralsky, el "Rústico" del Bureau Sud-americano, un poco más tarde.

Al lado de Rústico actuaban "Pierre" y dos o tres rusos más, algunos de quienes se hacían pasar por franceses gracias al dominio casi perfecto del idioma de Racine, a su larga vida de emigración en Francia y al vasto conocimiento del espíritu, de las costumbres y de la geografía francesas. Algunos de ellos habían hecho toda su educación en París. Guralsky era un conocedor profundo de la literatura francesa y hasta dominaba la jerga del barrio de Saint Denis, pero el acento delataba al ruso puro que aprendió el francés siendo ya crecido. Pierre era ruso y se

jactaba de serlo de estirpe y de mentalidad soviéticas. Al referirse a la revolución decía siempre "los que entonces teníamos doce años".

No obstante que era uno de los más jóvenes del Bureau del Komintern, gozaba de extraordinaria preponderancia, hacía pensar su opinión en los asuntos esenciales y, a veces, llegó a vetar resoluciones ya aprobadas, impidiendo su cumplimiento. Sin embargo, reconocía en todo momento la jerarquía de Guralsky, dándole el trato que correspondía a un superior, aunque llegó circunstancia en que las opiniones de ambos tenían análogo valor.

Atlético y sonrosado, con rostro de adolescente y cabello cortado al rape, Pierre hablaba el español con marcado acento brasilero y con una dicción en la que mezclaba palabras del portugués. Conocía el litoral brasilero como la Avenida Mayo, de Buenos Aires, por donde pasaba todos los días. Había organizado una red de núcleos secretos en cada puerto, en cada villorrio costero, en cada caleta brasilera. Hacía funcionar bajo su control directo los grupos comunistas dentro de cada uno de los barcos que hacían la carrera entre el Brasil y los diversos puertos del mundo. Se afirmaba que no se le había escapado un solo barco, sin exceptuar los italianos.

Pierre era astuto, de voladora agilidad mental, con gran imaginación y una alta capacidad para el humorismo. No reía casi nunca y cuando se mofaba de algo lo hacía con remarcable seriedad.

Pese a su juventud, Pierre pertenecía al plantel de los hombres de confianza de Stalin y de su grupo. Estaba vinculado personal y directamente a los círculos dirigentes del Gobierno y del Partido Bolshevique. Orestes, el italiano y Nemo, el tunésino —ambos miembros del Bureau Sud-americano— aseveraban que Pierre era algo así como los ojos y los oídos del Kremlin dentro del destacamento del Komintern que operaba en la América del Sur.

La mayoría de este organismo estaba formada por soviéticos y polacos soviéticos voluntariamente por un checo, Glauauf, un tunecino, Nemo, dos italianos: Marcucci y Orestes. La minoría la constituíamos los dirigentes de los partidos de la América del Sur. Sud-americanos eran también los componentes de la falange de funcionarios que realizaban los más diversos trabajos oficinesco, editorial e informativo.

El Bureau Sud-americano del Komintern, no tenía una sede fija; actuaba a modo de brigada volante que se desplazaba de un día al otro, de una ciudad a otra, de un país al otro. Un domingo, el Bureau Sud-americano estaba sesionando y trabajando en la ciudad de Rosario, para encontrarse con la delegación venida de Chile en Córdoba o en la Plata, el día martes; al amanecer del día jueves, ya se encontraba de nuevo en Montevideo,

trabajando con delegados venidos del Paraguay y preparando el viaje para salir a Piriápolis o a Santa Ana do Livramento, para conferenciar con los brasileros.

Guralsky era hombre de actividad prodigiosa; actuaba con la segura serenidad de un lobo de mar de la revolución. Poseía un dominio pasmoso sobre sus nervios y sobre las situaciones, aun las más complicadas. Era perspicaz, bondadoso, siempre cordialmente alegre y animado por el espíritu de lo que él llamaba "dar seguridad al dirigente" e "inspirarle confianza en su idea y en su acción", levantándole el ánimo siempre y "manteniendo su moral al rojo vivo".

Ningún hombre del grupo soviético dió a conocer jamás el nombre con el cual viajaba oficialmente. Por lo general, se hacían llamar con nombres castizos: "Juancito" era el representante de la Internacional Sindical Roja; "Inés" la encantadora mujer, enviada por el Komintern, que trabajaba en compañía de Guralsky; "Mauricio" era el experto en cuestiones de organización; Marcucci, dirigente de la juventud comunista italiana, variaba de nombre como de lugares y atendía especialmente los problemas de la juventud, participando siempre en las cuestiones políticas del partido. Guralsky se hacía llamar "Rústico" en la Argentina; "El Viejo", en Montevideo, "Juan de Dios" en Chile. Los otros eran "Luis", "Panchito", "Manolo", "Julián". Nadie sabía dónde vivían; ellos podían llamarnos por teléfono, pero nosotros no podíamos hacerlo sino por un intermediario que tampoco sabía a dónde dirigirse, pero que sí recibía llamadas periódicas durante el día. Y nos vinculábamos con seguridad por intermedio de los "contactos", muchachos de la juventud que traían recados, comunicaban citaciones, concertaban encuentros en los cafés, en las plazas, en las exposiciones y en los lugares públicos, donde entraba y salía mucha gente.

A mi llegada a Buenos Aires encontré en la estación de Retiro gente que me esperaba; no obstante que no me había vinculado con nadie en Valparaíso y que únicamente la policía conoció mi partida, Goyo, el argentino que había hecho la jira conmigo en Rusia, estaba allí. Y lo único que sabía era que Guralsky le había enviado a recibirme.

Cuando más tarde hablamos de esto con Guralsky, me dijo:

—Hay que trabajar con métodos mucho más elásticos que los que ustedes han venido empleando. En todo el mundo, la policía está formada por burócratas rutinarios, descontentos y mal pagados, que no tienen inconveniente en suministrar algunas informaciones y hacer algunos favores, siempre que puedan aumentar su paga.

La primera persona a quien traté fue a Inés. Ella me proporcionó informes de tipo general; me dió el santo y seña para

las llamadas telefónicas y me explicó la forma en la cual se concertarían las citas; yo debería permanecer en el hotel, aguardando que se me llamase. Estimaba que la situación argentina se complicaba gravemente y que se vivían las vísperas de un golpe militar. Vinieron las recomendaciones usuales sobre la eliminación forzosa de todo papel, sin excepción: cartas, anotaciones, informes. Todo eso debía ser eliminado o puesto en manos de personas que tuviesen cajas de seguridad en un Banco.

Los consultorios de médicos y dentistas eran lugares preferidos para las citaciones. Al principio, pensé que se trataba de consultorios de miembros del partido o de simpatizantes; pero, no era así; muchas veces las citaciones convocaban al consultorio de un médico o de un dentista sobresalientemente conservador. "Panchito", un soviético que hablaba correctamente el castellano, había escogido como centros de cita las bibliotecas socialistas, los centros de reunión del Partido Radical y los locales de las asociaciones católicas. En Chile, su lugar de cita eran las iglesias.

—Se está muy bien —decía— sobre todo en verano. Se conversa a gusto, nadie le molesta a uno, y cuando viene algún sacerdote, pues lo mejor es ponerse de rodillas y rezar con unión. ¡Hay que ver el rostro de gratitud y de alegría con que nos obsequian los reverendos! Se jactaba de no haber caído preso jamás y de haberse escapado a la persecución en una docena de países, incluyendo el Portugal.

Antes de las cuarenta y ocho horas de mi arribo, el Bureau Sud-americano del Komintern se reunía para conocer los informes de que era portador. Guralsky me había escuchado antes atentamente. Preguntó una y otra vez, indagando el significado de las palabras que yo empleaba y que él no entendía, esclarecía situaciones y sacaba las más inesperadas y lógicas conclusiones. Se trataba de un entendimiento agudo, de una inteligencia agilitada por la acción, de un sentido nítido de la realidad, de lo que era y de lo que no era ágil, de las posibilidades concretas de cada momento y de la magnitud de las tareas a realizar o en realización. Tenía un espíritu sereno y perspicuo para percibir y mesurar las dificultades y para ponderar la importancia de lo que cada uno había hecho.

Guralsky fué, desde el primer momento, un hombre calurosamente humano, comprensivo y limpio respecto a mí. Gran estudioso, le agradaba en extremo el deseo de aprender de los demás. Alentaba la curiosidad de todos, abría nuevos caminos, empleaba toda su capacidad didáctica —que era extraordinaria— para hacer progresar a los que actuaban cerca de él. Le agradaban las preocupaciones filosóficas y era a menudo el invitante de largas caminatas durante las cuales discutía y conversaba sobre temas de Filosofía.

Guralsky, no obstante la intimidad y confianza que llegó a tener conmigo, no habló jamás sobre sus discrepancias dentro del Partido bolshevique, ni se refirió para nada a Zinoviev, que era íntimo amigo suyo, ni a las cuestiones internas del partido ruso.

Dos días más tarde se me ordenaba salir a Montevideo en donde encontré reunidos a todos los miembros del Bureau Sud-americano, con excepción de los dirigentes argentinos; el día mismo de mi arribo fué incorporado al trabajo. Se leía, se discutía, se trazaban orientaciones, se redactaban documentos y se analizaban los informes venidos de los más diversos puntos de América del Sur, por vías insospechables. Un informe del Cusco venía de Panamá, por avión; una larga carta llena de datos sobre lo acontecido en una huelga en Valparaiso venía desde Montevideo; un informe sobre la actividad de los comunistas en el seno del Partido Liberal, en Cali, venía escrito en forma de crónica periodística, desde Santiago de Chile. Y desde diversas casas de Montevideo llegaban paquetes traídos a mano por marinos, aviadores, turistas, deportistas.

—Este es el aparato organizado por Guralsky decían con admiración los funcionarios del Bureau Sud-americano del Komintern.

Una tarde, sonó la sirena del diario "El Día", mientras estábamos reunidos en el sótano de una casa comercial. El emisario despachado para recoger la información regresó antes de los diez minutos, azezante y entusiasta.

—Un golpe militar ha derrocado a Leguía en el Perú.

—Este es el primero de la serie, o mejor dicho el segundo, después del de Bolivia —sentenció Guralsky— ya seguirán otros. Es la consecuencia de la crisis y de las graves dificultades económicas que se derrumban sobre el sistema semi-colonial de estos países.

—¿Quién es Sánchez Cerro? —preguntaron.

—Un Teniente Coronel.

Del fondo de mis recuerdos surgió nítidamente un escena en casa de Mariátegui. Me había invitado a concurrir a una reunión íntima en la que debía estar presente un militar, quien deseaba exponer sus planes. Pocos minutos después de la hora convenida llegaron Pedro Bustamante Santisteban y un hombrecillo de menos que mediana estatura, que llevaba mal las ropas civiles. De rostro pronunciadamente oscuro, de pómulos salientes, tenía una mirada aguilina, plena de energía y una mano en la que faltaban varios dedos. Tan luego como se inició la conversación, aquel hombre juró que derrocaría a Leguía.

Mariátegui estaba tan sorprendido como yo. Sánchez Cerro se paseaba con pasos muy largos para su estatura y repetía como un juramento:

—Tengo que ser Presidente; tengo que derrocar a este granuja...

Y como si pensase en lo que nosotros estábamos pensando, decía con un acento de burla:

—No son fanfarronadas; lo que digo lo hago, aunque no me crean; no pasa de este año, pero quizás dentro de un mes si la suerte me acompaña; quizás dos, pero, les juro por mi madre, que no dejarán de oír hablar de mí.

—Pues estamos oyendo hablar de él —aseveró Guralsky—. Se comprueba que estamos frente a un hombre ambicioso, tenaz, dueño de una gran firmeza y de elevada dosis de audacia. Carece de principios, no profesa doctrina alguna; estará dispuesto a marchar con cualquiera que le preste apoyo, por cualquier camino y con el sector que más le tiende y que mejor le amamante su ambición. No podrá hacer demagogia ni acercarse a la clase obrera, porque la crisis no se lo va a consentir. Las conmociones obreras que sobrevendrán como consecuencia de esta crisis le malograrán todos sus planes y lo traerán abajo más tarde o más temprano. No hay que prestarle ninguna confianza; habrá que combatirle en la medida en que él se vaya oponiendo a los trabajadores.

Prosiguió la discusión y se acordó en principio que regresase al Perú.

—¡Es una lástima! —me confesó Guralsky— porque yo deseaba trabajar contigo en Argentina y Uruguay y luego partir a Chile y más tarde al Brasil. Pero, creo que es necesario que regreses a tu país; debemos contar allá con un partido comunista.

HUIDA ANTE EL ENEMIGO

DESDE BUENOS Aires llegaban noticias alarmantes, planteando la posibilidad de un Golpe de Estado contra el Gobierno del Presidente Irigoyen, como hecho inminente.

Hubo discusiones zahories, presagios y vaticinios. Pero, en medio de todo, surgió urgente, la necesidad perentoria de sacar de Buenos Aires los archivos de direcciones de América del Sur. En esas listas figuraban nombres de centenares de personas que servían al movimiento comunista, de una u otra manera: nombres de los encargados de los comités en los puertos y en los barcos; nombres de las personas que servían de enlace; nombres de los simpatizantes de mayor confianza en cada ciudad importante de Sud-américa. Si tal lista caía en manos de la policía de un Gobierno Militar, pues significaría que estaba descubierto el aparato clandestino, organizado con una labor larga y pertinaz. Sobre todo —decían Pierre y Guralsky— las del Brasil y Chile, son las más importantes y las más peligrosas.

—Irás tú —me dijo Guralsky— no te conocen en Buenos Aires y la policía no te ha visto la cara jamás. Irás con documentos falsos pero perfectos: buscarás a Codovila y le dirás que debe permanecer al frente del trabajo clandestino y que debe entregarte los documentos para que los traigas a Montevideo inmediatamente. ¿Comprendes la importancia que tiene la misión que te encomendamos?

—Sí, la comprendo, repuse.

Las instrucciones para el viaje así como para perquirir el paradero y obtener la entrega de los preciosos papeles y las normas sobre el procedimiento para sacarlos de la Argentina, debían ser concretadas por Pierre.

—Almorzarán juntos —dijo Guralsky— y hablarán lejos de todos; ten bien presente que debes ceñirte con suma estrictez a las directivas que Pierre te dará. No te dejes llevar por tu temperamento, ni por tu entusiasmo, ni por tu iniciativa del momento, porque es casi seguro que ello te llevará a las fauces de la policía. En lo posible trata de ajustarte a las pautas que trace Pierre. El tiene larga experiencia. Participó en todo nuestro traba-

jo clandestino en China, y afrontó solo la compleja situación, con evidente tino, cuando Miguel Borodin tuvo que salir a toda prisa rumbo a Vladivostok.

Guralsky insistió una y otra vez en sus recomendaciones y al mediodía me despedí de él para marchar con Pierre.

—Nos veremos a tu regreso —presagió riendo— no te deseo buena suerte porque sé que tú tienes capacidad para dominar la mala, y que, en esta vez, te emplearás a fondo. Se trata de salvar de la cárcel y quizás de la muerte a centenares de nuestros mejores camaradas de América del Sur. Comprendelo bien. No lo has de olvidar ni un instante. Si esas direcciones caen en manos de la policía, el General que dé el Golpe de Estado no tardará en poner en manos de cada Gobierno sud-americano y de la policía de los Estados Unidos, la lista de hombres de confianza de cada país. Y esto será demoledor y, sobre todo, desmoralizador para el futuro: si esa lista cae, la gente no querrá acercarse a nosotros en muchos años. ¿Comprendes la trascendencia del encargo que llevas?

—Sí, lo comprendo perfectamente. No sé si esos papeles llegarán aquí, pero puedo asegurarle que nos los tendrá en su mesa la policía.

—Así... así me gusta... —exclamó Guralsky riendo con esa risa que le bañaba la faz de fraternidad, de candor, de alegría de vivir.

Partimos, Pierre y yo. Era un automóvil particular; lo manejaba un chofer extranjero, a quien Pierre se dirigió invariablemente en francés, sin que aquel llegara a pronunciar una palabra. Nos fuimos hasta la playa de Carrasco, la más elegante de Montevideo y en un bungalow acogedor, hundido entre la fragancia de las flores, con una verja azul cielo, elegantemente amoblado, pasamos la tarde. Poco después del mediodía se nos sirvió el almuerzo a los dos. El hombre que oficiaba de criado, cocinero y cuidador del precioso bungalow era un ruso atlético, un poco mayor que Pierre, de gran cabeza con un corte de pelo de oficial alemán; se mostraba jovial y empleaba en su trato afabilidad extrema. Hablaba bien el castellano pero se entendía con Pierre en ruso. Me dí cuenta de que entre ambos había una gran familiaridad; se ponderadaba una situación, entre uno y otro, muy distinta de la que podía existir entre amo y criado, en cualquier parte del mundo.

Pierre me expuso con amenidad, y entremezclando su exposición con datos históricos, la filosofía del trabajo clandestino. Me refirió que su más larga y eficiente práctica la hizo en China, después que partiera el alto comisionado del Komintern, Miguel Borodin, que con seguridad —dijo sonriendo—, no era ni Miguel,

ni Borodin. Los chinos, en su opinión, eran policías muchísimo más eficientes que los latino americanos.

—Los policías chinos —aseveró— tienen algo de lo que carecen los latino-americanos; ¡paciencia...! Te espían pacientemente, te siguen los pasos con aterradora pertinacia, te dejan actuar impune y confiado, sin que se les agote la paciencia. De modo que cuando ellos descubren algo, es en verdad caza mayor; los latino-americanos se contentan con la caza menor; se precipitan y, sobre todo, se dejan llevar en grado que admira, por las apariencias. De otro lado, son policías rutinarios; se burocratizan llegando al grado de burocratizar hasta sus actos reflejos. Cualquiera persona inteligente sabe cómo van a reaccionar en cada caso, ante cada situación, frente a un fenómeno determinado. Eso sí —acentuó— son brutales; usan a los boxeadores retirados para que te golpeen de acuerdo con reglas técnicas; saben pegar hasta molerte la carne, sin dejar huellas; y en los países en los que el juez y el "Habeas Corpus" y el Poder Judicial no son sino un sarcasmo, o una rueda de la carroza del dictador, pues allí saben introducirte agujas entre la uña y la carne, saben aplicarte descargas eléctricas que te remueven los sesos y hasta tienen la sabiduría de introducirte un palo de escoba dentro del ano. ¡Ah, son policías feroces, los de tu país y de muchos de tus países hermanos...! No saben emplear con sutileza ni inteligencia la tortura psicológica; son bestiales en la tortura física, que no es la peor. ¿Lo sabes tú...?

—Creo que, ante una u otra cosa, hay que ser igualmente valiente —repliqué con seguridad—. Si no empleas toda tu voluntad de resistencia, pues tienes que entregarte forzosamente. Creo que lo mejor, en tales casos, es perder el conocimiento.

—¡Allí está... allí está...! —exclamó dejando abierta su boca y exhibiendo una dentadura blanquísima y bien mantenida— la tortura física, si eres valeroso, te lleva a la pérdida del conocimiento: la tortura intelectual no. Al contrario: te exacerba la capacidad de pensar, te obliga a pensar en profundidad, te penetra en el ser como un taladro sin fin; se te enreda en cada nervio y lo sacude, lo estira, lo tiembla, lo desgarrar y lo vuelve a unir. ¿Comprendes?

—Sí —repuse— comprendo.

—En Rusia se prefiere siempre la tortura psicológica a la otra; rinde más provecho, sobre todo con las personas de cierto nivel intelectual. ¿Sabías que el intelectual resiste mucho mejor la tortura física que los otros...?

—No —le dije— no lo sabía. ¿Cómo lo sabes tú...? —pregunté.

Me miró, no dijo nada, me invitó a beber una mezcla de licores, en la que había cognac, cacao, benedictine y quizás algún

brevaje más. Introdujo una variación sobre el tema y me aconsejó.

—Antes de partir tienes que alquilar ropa elegante. Te llevas un traje de etiqueta completo en la valija y alguna ropa de la estación. No puedes marcharte con el traje que llevas encima. Te haré comprar uno mañana temprano y haremos que le quiten las etiquetas y las replacen por otras. No puedes ir con ropa adquirida en un almacén de ropa hecha: el traje llevará la etiqueta de una de las buenas sastrerías de Montevideo. Te será útil.

Se paseó, abrió una de las ventanas que daba al jardín por el lado del mar y habló suavificando el tono, casi a sovoz, como si pudiesen escucharnos.

—Te proveeremos de unas veinte o treinta corbatas de las mejores marcas inglesas; pañuelos, camisas, calcetines. Esto, como comprendes, no es para que lo uses; simplemente para que, si caes, la policía vea que tu ropa es de fina calidad. No te imaginas cómo tu policía latino-americana se impresiona con esto; o te cree un personaje de valía a quien hay que tratar bien; o un granuja con mucho dinero, de quien se puede obtener una suculenta propina, una buena coima. ¿Entiendes? Llevarás una buena suma de dólares en cheques de viajero. Deben ser cheques de un gran Banco; el National City, préfiérello siempre, porque es de buen tono y es psicológicamente impresionante para la policía. No midas tus gastos, cuando debas hacerlos: te hospedas en un hotel de lujo; vé al "Plaza"; no pidas una habitación, tomas un pequeño departamento.

Le sonreí y él me dijo:

—Sé que todo esto te parece extraño, pero así debes actuar. Encarnando al hijo de papá que tira el dinero por la ventana; al nuevo rico que está aburrido con el dinero y lo despilfarrar. Piensa bien, camarada, que en cada paso debe intervenir el personaje que encarnas. ¡Cuidado con el menor renunciamiento...! Puede ser que por ese pequeño desliz te atrapen. ¿Comprendes?

—Sí Pierre, te comprendo. Lo esencial es salvar los documentos.

—¡Exactamente, eso es...! —asintió con énfasis—. Salvar los documentos, es decir salvar a centenares de personas y de familias y salvar el prestigio de nuestra labor. ¿Cuánto se puede pagar por eso? Pues lo que sea necesario pagar, debes pagarlo sin vacilación. En Buenos Aires contarás con la cooperación de personas excelentes. Las direcciones que lleves en la cabeza...

—¿En la cabeza? —interrumpí.

—Sí, en la cabeza: nada de apuntes, nada de papeluchos. El apunte, el papel, no hacen sino comprometer y servir para que la policía te atenace entre tus propias contradicciones. El papel, el

lápiz, la pluma fuente, la máquina de escribir, camarada, son enemigos peores que los mejores policías, en el trabajo clandestino. La cabeza, la memoria, la milagrosa asociación de ideas, ¿Me comprendes... ?

—Te comprendo Pierre —acentué con énfasis— te comprendo bien.

Pierre me entregó las direcciones de las personas a quienes podía dirigirme en Buenos Aires: algunas, para buscar contactos, otras, en caso de apremio, para solicitar auxilio y, por último otras, a las cuales sólo se podía recurrir en último extremo y de modo excepcional.

Buenos Aires vivía en una atmósfera sobrecargada de inquietud. En todas partes se hablaba de la inminencia de un Golpe de Estado que derribaría el Gobierno constitucional de don Hipólito Irigoyen, y en los cuarteles del radicalismo se fanfaronaba sobre la resistencia y la lucha a mano armada en defensa del régimen.

El seis de setiembre, a las seis de la tarde, las tropas comandadas por el General Uriburu entraban a la ciudad, atravesaban sus principales arterias en un paseo triunfal y deponían a Irigoyen, tomándolo prisionero.

Por la noche se entregaba un bando a los diarios en el que se prohibía todo género de reuniones, se cancelaba todo derecho de oposición, se suprimían todas las garantías individuales y se amenazaba con la pena de muerte, aplicada de modo sumario y por orden de sólo un teniente.

Cundió el pánico en las filas del Partido Comunista Argentino, habituado a la blanda y tolerante actitud del régimen radical. Mi búsqueda de Codovila resultó infructuosa; lo seguí a través de numerosas pistas, pero siempre llegaba cuando había partido; al fin pude comprobar que el hombre no estaba en Buenos Aires; la misma noche del Golpe de Estado se embarcó rumbo a Montevideo; comprendí por qué, a través de su larga actividad comunista, Codovila no había caído jamás en manos de la policía.

Tras una gestión de arduidad agotadora, no por el trabajo que ella exigiese, sino por el agudo e incesante miedo que acreaba, pude recoger los documentos, diseminados en diversos puntos. Codovila no había tomado en cuenta el asunto y, por otra parte, la policía no había prendido a ningún comunista, ni llegó a estorbar en lo menor mis andanzas en Buenos Aires, ni mi regreso a Montevideo, cargado con los valiosos documentos.

Guralsky, Pierre y los rusos me recibieron con explosiva alegría. Lanzaron juramentos en idiomas diversos, maldiciendo a Codovila y deseándole lo peor, pero dieron a entender que nada podían hacer contra él. Me di cuenta de modo translúcido que

Codovila estaba vinculado a la N. K. V. D. y que era uno de los agentes de la policía secreta soviética. A causa de esto, solo se propuso al Buró Sudamericano que se le eliminase enviándole a Moscú.

Y Codovila partió rumbo a "la Casa" por la décima o la duodécima vez.

Pasé muchos días y largas horas hablando con uno y otro de los dirigentes rusos, recibiendo instrucciones sobre las diversas formas y los distintos aspectos del trabajo que debía realizar. Ante todo tenía que pasar por Bolivia, permanecer allí un breve lapso y enviar un informe detallado sobre la situación política y sindical en el país del Altiplano. Luego, debían ingresar al Perú y, desde el primer momento, promover la organización del Partido Comunista.

—Lo único que falta —dijo Guralsky— es que conozcas a Luis Carlos Prestes, antes de partir. ¡Vale la pena... !

Guralsky estaba encariñado y entusiasmado con lo que él denominaba "su mejor adquisición", refiriéndose al capitán brasileño Luis Carlos Prestes. Estaba persuadido de que Prestes iba a convertirse en figura prominente de la Internacional Comunista y en una de las columnas de la construcción moscovita en América del Sur. Magro, enclenque, de mirada brillante y diáfana, tranquilo y estóico, Prestes es hombre de vasta y sólida cultura y sin duda, con Earl Browder, la personalidad de mayor relieve que el comunismo tiene en el Hemisferio. Psicológicamente, bajo el cartabón moral, Luis Carlos Prestes es la antítesis de Codovila, es el otro polo de la condición humana.

Desde aquella primera conversación, cordial pero intrascendente, no volví a encontrarme con Prestes sino cuatro años más tarde en el comfortable departamento que ocupaba en las afueras de Moscú. Se había convertido ya del Capitán Prestes, comandante de la famosa columna que llevó su nombre en el Brasil, en ardoroso militante comunista, al propio tiempo que en una de las mentalidades más poderosas y mejor organizadas del comunismo latino-americano.

No se había seguido con Luis Carlos Prestes la opinión de Guralsky, que era la de otros altos dirigentes del Komintern, y que aconsejaba mantenerlo al margen del partido, en lo que concierne al público, en la categoría de "hombre nuestro" —la que sólo se consolidó más tarde— en condición que le hubiese permitido actuar como comunista, pero sin aparecer como tal y negando siempre serlo. El error fué corregido después en muchos otros casos, de los cuales el más importante para el Hemisferio fué el del licenciado mexicano Vicente Lombardo Toledano, personaje que no se inscribió jamás en los registros partidarios, calificándose como militante, pero que actúa y es considerado por el co-

mando soviético como "hombre nuestro", como uno de los más eficaces realizadores comunistas en el hemisferio.

Tras conocer a Prestes, me despedí de Guralsky, de Pierre y de su Estado Mayor. Salí rumbo al altiplano con mi propio pasaporte.

APRISMO Y COMUNISMO

UNA FRIGIDA mañana de octubre, sobre la augusta belleza del Titicaca, uno de los dos lagos más altos del mundo, sobre el mismo escenario donde se alzó el Imperio nacedero, me sacudió la viva emoción de la tierra nativa: sólo el que retorna después de haber sido violentamente arrojado de su país, sabe lo que es la conmoción, la maravillosa melancolía y el terso sentimiento del regreso. Es un refulgente estado de alma que se mezcla con el polvo de los huesos y con la savia de los nervios; es como un ventarrón que levanta en alto todos los recuerdos del paisaje vernáculo, del vientre del que uno salió.

Empecé a cumplir la misión que tenía, pensando en aquel Don Venancio, en el rodeo, en las ovejas trasquiladas, en el eclipse de toda justicia, de toda ley, de todo principio humano, en aquellas serranías... en los gamonales, en su codicia pringosa, en su mentalidad y su vida retrasadas... en uno, en dos, en tres siglos...

En Puno oficiaba de pontífice intelectual, el poeta Gamaliel Churata, uno de los amigos de Mariátegui. Y Gamaliel fué un ayudante precioso en el trabajo de recolección y pesca de prosélitos. Un proselitismo que se basaba sobre la tradición del comunismo primitivo de los Incas y que encubría malamente una aspiración secular de aquella gente: su hambre de tierra, su sueño hereditario de generación tras generación, de poseer un pedazo de tierra. El más elemental y primitivo egoísmo del campesino servía como fuerza motriz para la organización del movimiento que proclamaba, como principio esencial, la abolición de la propiedad privada.

La caída de los dictadores en los países latino-americanos es seguida por una estación política que ha recibido a menudo el nombre de "Primavera Democrática". Son unas cuantas semanas o meses en los que el ciudadano se siente libre, por lo general, se desborda; la prensa se libra de la mordaza, los jueces llegan a recordar que existe el "Habeas Corpus", los polizontes cesan de violar los hogares a la medianoche para llevar presos a los opositores a la dictadura. Mas, esto dura poco tiempo: el nece-

sario para que el nuevo gobierno se afiance, organice sus brigadas policiales adictas, y vuelva a convertirse en dictadura, imponiendo los mismos métodos del tirano que le antecedió. Todo esto acontece en medio de la pirotecnia de discursos fervorosos de alabanza a la democracia y de proclamas estentóreas en las que el dictador se postra ante las tradiciones y los principios democráticos... ante la Solidaridad Hemisférica, ante la gloriosa hermandad de este Continente que nació para la Libertad... Y prosigue impávido el escarnio...

En esta "primavera democrática" que siguió a la caída del dictador Leguía, llegaron al país los primeros emisarios de Haya de la Torre. Los jóvenes cusqueños que tañían la quena para él en las reuniones de París, estaban allí convertidos en los adalides de la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Traían, como una de las más importantes novedades, los desfiles "precedidos por bosques de banderas" y la enseñanza del saludo romano, pero con la mano izquierda y el abanderamiento del partido bajo una bandera roja —igual a la comunista y a la nazi— en la que la sigla APRA reemplazaba a la hoz y el martillo o a la cruz gamada.

Fue en la ciudad del Cuzco donde se marcó espontáneo el acento organizativo del Partido Comunista. Sobre las ruinas de la fortaleza de Sacsayhuamán, transidos por la emoción de la Historia y por la gravitación telúrica de los Andes, los obreros, estudiantes e intelectuales cusqueños, sintiéndose los herederos legítimos del comunismo incásico, otorgaron su más encandecido fervor a la cruzada comunista. Sobre las piedras milenarias proclamaron, acandilados y resueltos, la constitución, el nacimiento de la Sección Peruana de la Internacional Comunista. Hubo arengas, proclamas y presagios sobre la soledad de la cumbre; y un solo voto, un solo juramento en el que —como afirmara allí mismo el "pato" Latorre— cada hombre venía a entregarlo todo, a ofrecer a la causa de la liberación del país, de la emancipación de su pueblo y de sus indios, lo más precioso y preciado que tenían: la propia vida.

—Seguiremos —ratificaban entusiastas los obreros cusqueños, indígenas quéchuas— los caminos que siguieron nuestros padres; los caminos de los Incas.

Y los interludios, las músicas, los instrumentos, resonaban iguales, con sus cantos de cinco notas, como en los tiempos legendarios de Pachacútec o de Huayna Cápac, como en los multitudinarios homenajes al Dios y Padre Sol, en el *Inti Raymi*. Aquella misma noche bajaron a la ciudad más de un centenar de personas sintiendo en sus corazones y sobre sus cabezas el incendio de un nuevo Pentecostés. De allí se dispersarían a todos los puntos de la Rosa de los Vientos llevando a los pueblos indígenas lo

que, para nosotros, era la Buena Nueva. E iban como corderos en medio de lobos.

La crisis económica azotaba la economía del país y se descar-gaba con violencia extrema sobre los habitantes pobres. Las construcciones estaban paralizadas por completo; la actividad industrial languidecía y el hambre física voltigeaba como la corporeidad de un espectro sobre aquella vasta y mugrienta miseria cotidiana.

Hubo que organizar a toda prisa en Lima los núcleos que debían asumir la dirección de una batalla campal; no había tiempo para preparar un equipo eficaz, ni un comando hábil. Viviendo en el vértice de la convulsión no había otro camino que asir la situación por la garganta.

La Confederación General de Trabajadores, cuya fundación había realizado Mariátegui, no pasaba de ser hasta entonces sino una bella aspiración y un pomposo nombre. Fue en medio del sacudimiento de la crisis que ella cobró vida y estructura y se organizó como fuerza social poderosa, con virtudes catárticas y vindicativas, en medio del ambiente duro, encruelecido y sojuzgado por vil opresión política. Bajo el signo de una aguda distensión, fué convocado un Congreso Nacional Sindical, convocatoria a la que los obreros de toda filiación o sin filiación alguna, respondieron con entusiasmo, en un incoercible movimiento unitario y univo, desde todos los confines del país.

El éxito del congreso sindical llenó de gozo a Guralsky y al Bureau sud-americano de la Internacional. El trabajo de organización de los núcleos comunistas se desplazó vigorosamente hacia el campo sindical y, en especial, hacia la zona minera del país.

Los obreros de las minas no habían participado jamás en una acción sindical, ni habían logrado nunca agruparse para defender sus derechos. La empresa norteamericana sólo les consentía asociarse con fines deportivos o meramente fraternales. En la práctica, los gobiernos y la empresa habían aplastado todo intento de organización de los obreros.

Filtrándonos por la brecha de aquella primavera democrática, los comunistas penetramos en la inaccesible fortaleza minera. Asambleas tumultuosas congregaban a millares de hombres que, por primera vez, oían hablar de derechos humanos. Por primera vez recibían el mensaje que les anunciaba que los gerentes, los directores, los ingenieros, los capataces, no eran los dueños de los hombres que trabajaban allí. Era la primera vez que supieron que en otros países los mineros se organizaban en sindicatos y discutían con los patrones de las minas "de hombre a hombre". Era la primera vez que aquellos mineros recibían, asombrados y jubilosos, la noticia de que eran también hombres, que eran ciudadanos y que pertenecían al género humano.

La Cerro de Pasco Copper Corporation se alarmó y pidió un mayor contingente de soldados y armados no sólo con fusiles. El Gobierno presidido por Sánchez Cerro mandó fuerzas provistas de fusiles ametralladoras. Los gerentes almorzaron y conversaron en largas y rociadas sobremesas con los oficiales que venían al mando de las tropas. Y era claro aunque no conocido que allí se estaba decidiendo sobre el porvenir de la naciente Federación de los Mineros y sobre la libertad y sobre la vida de muchos de los que allí estábamos.

Cuando el congreso se desenvolvía pacíficamente, la policía asaltó por la noche las moradas de los delegados, nos tomó presos y, atiborrados en un tren de carga nos condujo a la capital. Al despertar los trabajadores, el centro minero fué sacudido por una reacción fulminante: hombres y mujeres se lanzaron a las sendas lodosas que oficiaban allí de calles y armados de palos y piedras invadieron los hogares de los directores norteamericanos, de los gerentes, ingenieros y altos empleados de la empresa. Todos fueron reducidos a prisión y mantenidos en rehenes hasta que los delegados y organizadores del Congreso Minero fuesen liberados y devueltos a la Oroya para proseguir su labor. De esta súbita manera, la Federación de los Mineros Peruanos, que hasta entonces sólo existía en el papel y en las resoluciones, se transformó en una fuerza combativa que marchaba con sus propias piernas sobre el pueblo, sobre las crestas heladas, bajo las galerías subterráneas donde el agua hervía a causa de la profundidad. Sin tener idea clara de lo que significaba, los mineros huelguistas declararon que si los delegados no eran puestos en libertad, pues proclamarían el establecimiento de los soviets de obreros campesinos y soldados.

Aquella acción, inusitada, imbuída de pugnacidad, alimentada por el odio embotellado de los obreros indígenas, estuvo saturada de osadía al punto de poner en prisión a los "gringos" hasta la víspera considerados como seres sobrenaturales, dotados de derecho divino.

La espectacular insurgencia de la Oroya llenó de pavor al Gobierno, electrizó a los trabajadores y causó verdadero asombro en Moscú y una magna impresión en el Buró Sudamericano.

—Ningún partido comunista emprendió y cumplió, al nacer, tal hazaña —repetía sobreexcitado Guralsky, atribuyendo al hecho una magnitud sobresalientes y proyecciones insospechables. Y su apreciación no sólo fué ratificada sino exaltada por el Kominintern, que calificó la acción de los mineros peruanos como "hecho ejemplar en los anales de la Revolución proletaria mundial". Para mí, lo admirable fué que obreros tan inexpertos interpretasen con tal intuición las enseñanzas.

En Lima, el Gobierno se replegó momentáneamente y ordenó nuestra libertad, poniendo a disposición de los organizadores y delegados del Congreso un tren especial. Cuando intentó enviar más tropas, los obreros ferroviarios se negaron a hacer marchar los convoyes; y en una línea férrea tan difícil, que asciende a la mayor altura a que ferrocarril alguno haya ascendido en la Tierra, pues la negativa obrera asumió un carácter inexpugnable.

La policía montó la provocación que debía desembocar en un asesinato en masa, pero los trabajadores estaban aleccionados contra ellas. Recurrió entonces a hacer llegar una falsa invitación a los obreros de "Malpaso" para que asistiesen a una manifestación en la Oroya. Cuando la columna precedida por banderas cruzaba un angosto puente, la policía parapetada en el altozano hizo fuego de ametralladora: centenares de heridos y catorce muertos, sellaron el intento de organizar a los mineros en los dominios de la Cerro de Pasco.

Aquella matanza fué el inicio de una represión violenta y carnífera. A los organizadores y delegados se les trató como bandidos; los hogares sufrían reiteradas invasiones de policías y gendarmes; cada visita dejaba una huella de ferocidad honda y de perversidad sádica. Sobre los miserables enseres, sobre los escuálidos menajes, sobre los cuerpos de las mujeres de los obreros, se abatía una como cólera infra-humana. Los sucios y grasientos colchones de paja eran despanzurrados por las bayonetas afiladas; los muebles pobrísimos eran convertidos en astillas, los cacharros de barro cocido quedaban reducidos a minúsculos añicos que crepitaban bajo los zapatos claveteados de los soldados.

La policía de los países de América Latina es de una ignorancia que asume caracteres geniales. Puede ser que como secuencia de ella, aunada a la inmensa suma de poder inmediato que le otorga el miedo y la necesidad de mantenerse en el poder de los dictadores, posee una capacidad de ensañamiento, de brutalidad, de vileza que hace pensar en la posibilidad de que no haya una sola especie humana, sino dos.

Una buena noche el jefe de policía ordena la prisión de todos los redactores de una revista que es considerada como poco adicta o como contraria al dictador. Las falanges policíacas se lanzan inmediatamente a tender el cerco y a preparar el asalto de los hogares en las horas de la alta madrugada.

En la revista figuraban artículos firmados por Henri Barbusse, Harold Lasky, André Malraux, Paul Nizan. Se ordena la detención de todos, sin excepción.

—Me los traen del pescuezo gritan el jefe de policía y el señor intendente, con su barba negrísima cortada en punta. Los oficiales y sargentos repiten la orden y los nombres de Barbusse, Lasky, Malraux, Nizan, son pronunciados en forma tal que el incidente se torna jocoso.

—¡Qué me traigan a ese Barbusse y al tal Lasky; ya les daremos aquí su merecido. Que los traigan a puntapiés...! Ya enseñaremos al tal Malraux a escribir articulitos estúpidos...! ¡Que los traigan...! bramaban.

Alguien que espera ser interrogado, que es probable haya caído en la redada policial por casualidad y por primera vez, y que no sabe aun si está preso o no, interviene con timidez y con una meliflua cortesía.

—Si me permite el señor Intendente; yo pido perdón al señor Jefe de Policía por intervenir, pero...

—¿Pero qué...? diga, diga no más.

—Pues señor, esos escritores son franceses, unos, inglés el otro.

—Aunque sean chinos, que los traigan; que los arrastren del pescuezo, que los arreen a patadas aquí, he dicho... van a ver quién soy; lo van a ver...!

El oficial ríe, chasquea la lengua y despacha a los agentes.

—¿Han oído? —les dice— del pescuezo, a patadas.

El Jefe de Policía vuelve el rostro a quien dió el dato anterior y le pregunta con amabilidad:

—Y esos escritores... ¿Dónde están...?

El informante, transido de miedo balbucea, sin salir de su estupor:

—¡Señor, pues en Francia... y...

—¡A la Plaza Francia —trueno el Intendente, sin dejar que el informador termine de hablar—. A bien que la plaza es pequeña; que registren casa por casa. Despache usted capitán, los hombres que sean necesarios.

Y Barbusse, Lasky, Malraux, Nizan, son buscados empeñosamente en la calle de la Amargura y en las inmediaciones de la plazuela Francia, o de la Recoleta.

A todo esto hay que añadir el sistema feroz de torturas, que por su brutalidad, aunque no por su refinamiento, se parecen a las que actualmente se aplican en Rusia a los prisioneros políticos o a las que se aplicaban a los anti-fascistas en la Alemania de Hitler.

Y a este régimen, los dictadores le dan pomposamente el nombre de democracia, en mensajes, discursos, proclamas y leyes. Son estos regímenes los que reciben un buen día condecoraciones, discursos de homenaje y cumplidos diplomáticos en celebración de la democracia imperante, del respeto del mandatario por los derechos humanos, por la libertad de prensa, por las libertades ciudadanas. Y todo esto se dice y se hace en honor de militares bandoleros, de tipos de la más sarnosa estirpe totalitaria.

Esta conducta odiosa, esta crueldad permanente, sirven de levadura para el fermento de los más agudos descontentos populares. Los mejores aliados de la campaña comunista han sido los asaltantes del poder, los generales autócratas, los tiranuelos que se llegan a sentir providenciales. Ellos y sus gendarmes, ellos, sus queridas y las prostitutas a quienes convierten en favoritas y mujeres poderosas, son los más eficaces aliados de la campaña comunista. Los dictadores y sus hijos y los negocios escandalosos que hacen a la sombra y bajo la vista gorda de sus padres; el enriquecimiento súbito de los parientes y amigos del dictador, de los protegidos del tiranuelo, de los amantes de sus queridas y de las celestinas de toda esta crápula que pulula en torno a los palacios de gobierno de tantas de las Repúblicas de América Latina, son quienes hinchan el odio popular, lo convierten en desesperación y en esperanza final en el comunismo. La idea de una revuelta que arrase con todo, que lo cambie todo, es engendrada y amantada por la repulsión a esta larga e infame indignidad humana. Y así, el comunismo, gracias a este odio almacenado cada año, cada lustro, cada década, gana más y más adeptos, que son gente sin ideología y sin partido, contingentes humanos sin tendencia definida, a quienes unifica el descontento y el asco y que lo único que desean es, por lo menos, cambiar de postura en el Lecho de Procustes en el que están atados.

Y el comunismo se presenta ante toda esta masa humana desconsolada y desesperada, ofreciendo simplemente eso: cambiar de postura.

Después de tres años de lucha durísima, de persecución tenaz por parte de la policía, de combate sin tregua en defensa de los intereses primarios de la gente de trabajo, café en la celada. Y mi prisión fué saludada como una de las grandes victorias obtenidas por el Gobierno, por su policía y por su prensa.

El Ministro en persona me llamó a interrogarme; en el interrogatorio estaba rodeado por toda la plana mayor de la policía, y entre todos amasaron el cretinismo con el abellacamiento y la absoluta falencia espiritual. Aquellos sádicos eran solamente cínicos; estaban desprovistos de la más elemental perspicacia.

—¿Quiénes son los miembros del partido comunista? —interrogó gravadoso, solemne, pomposo, el Ministro.

—Los adeptos al comunismo, señor Ministro —respondí asumiendo asimismo un tono grave y una actitud teatral— vienen de los campos más insospechados. Son gamonales, grandes propietarios de latifundios serranos, explotadores de indígenas, que acuden a afiliarse en toda la serranía del sur, fatigados de esta sucesión de dictadores pícaros y de generales ladrones.

—Le prohíbo terminantemente expresarse de tal manera— ordenó el Ministro descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Si yo me callo, señor, hablarán las piedras... —le repliqué— yo estoy respondiendo concretamente a su pregunta. Al partido comunista están viniendo ingenieros que han perdido sus contratos por favor político y médicos a quienes no dejan un sitio los curanderos protegidos por la dictadura...

—Vuelvo a llamarle la atención severamente —gritó, interrumpiendo con brusquedad y colérico, el Ministro—. No tiene usted derecho a expresarse así del Gobierno.

—¡Disculpe señor Ministro! —dije cortésmente— debo decirle que, además, quien hace un copioso acarreo de obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, a las filas comunistas, es su policía...

—¿Qué cosa... qué está diciendo...? —preguntó el Director de Policía, poniéndose en jarras, en actitud desafiadora.

—Si señor, es así como le estoy diciendo —repliqué—. Su policía, que es tan villana como incapaz, acarrea diariamente centenares de obreros, de estudiantes, de artesanos, de pobres campesinos a las prisiones, acusándolos de comunistas, sin que en realidad tengan la menor participación en nuestra labor. Entre estas masas de prisioneros realizamos una verdadera pesca milagrosa y, para ello, funcionan en todas las prisiones cursos de capacitación con perfección admirable.

El ministro hizo sacar de un armario las copias mimeografiadas de los cursos de capacitación: eran lecciones en las que se traducían al lenguaje sencillo y corriente, algunos puntos importantes tratados en "El Capital", de Carlos Marx y relacionados con la actualidad de aquel entonces.

—¿Estos son los cursos de capacitación? —preguntó el Ministro.

Los miré, dí vueltas a algunas páginas, respondiendo.

—Sí señor... son estos.

—¿Pero aquí hablan de las causas de la crisis económica y de otras tonterías por el estilo?

—Sí, es verdad.

—¡Bueno, está bien —sentenció— que lo encierren en los aljibes del Castillo del Real Felipe. Y que permanezca allí incomunicado hasta nueva orden. ¡Se le sentenciará a veinticinco años de presidio...!

El Castillo del Real Felipe es una antigua fortaleza de tipo medioeval, construída en la época del coloniaje, para defender el litoral de la Ciudad de los Reyes de los ataques de los piratas. Los aljibes, eran los pozos subterráneos, destinados a recoger y guardar el agua que debía abastecer a los defensores en caso de sitio. Estos pozos se convirtieron en prisión de rigor, bajo la democracia de los dictadores. A los aljibes se descendía por medio de una escala de bomberos; su piso y sus paredes eran húmedos y su

ambiente sumido en la más oscura penumbra durante el día; solo el resplandor del mediodía dejaba penetrar un reflejo por el boquete que servía de entrada.

Las casernas del vasto edificio estaban pobladas de presos políticos, que agonizaban lentamente sin proceso alguno, sin providencia judicial de ninguna especie. El Poder Judicial, en los países de América Latina, que viven bajo regímenes de farsante y cínica "democracia" no es sino un desdichado engranaje de la maquinaria opresora del dictador. El "habeas corpus" son dos palabras latinas que carecen de significado en la vida real: cuando se las pronuncia ante los jueces, estos sonríen burlescamente, lo mismo que cuando se insinúa cualquiera idea relacionada con los derechos humanos.

La mayoría de los prisioneros políticos encerrados en el Castillo del Real Felipe y en las prisiones de las islas, eran miembros de la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Y un día desesperados de la prolongación de su encierro, decidieron declarar una huelga de hambre. Precautelando las consecuencias que podían sobrevenirles, con toda anticipación habían acumulado en cada una de las casernas donde estaban encerrados, abundantes víveres: chocolate en barras, leche condensada, alimentos enlatados, galletas. Sus parientes, los días de visita, les aportaban comestibles que podían ser conservados. Entretanto, los prisioneros de los aljibes, ajenos a toda esta preparación, nos despertamos un día con la huelga de hambre realizada bajo la consigna de "libertad o muerte". Los comunistas no podíamos romper aquella huelga, por el prestigio del Partido y por un elemental deber de solidaridad. Nos vimos arrastrados a ella porque políticamente no podíamos hacer otra cosa.

Veinticuatro días hubo que soportar la falta absoluta de alimentos en los aljibes; y, en medio de la humedad, de la penumbra, del absoluto silencio, recoger la experiencia psicológica de esta lenta marcha hacia la inanición, y, no podíamos saber si hacia la muerte.

Los primeros días, el hambre se produce en el organismo en oleadas que invaden el cerebro y los nervios, que torturan y asedian en horas determinadas. Más tarde, la necesidad de comer se hace constante, el hambre se torna dolorosa y se llega a tener la sensación física del estómago, como se tiene la de la mano o la del pie. Las vísceras se hacen táctiles, como si la sensibilidad nerviosa y la propia conciencia penetrasen en su interior, dándose cuenta de su existencia y del mecanismo de su funcionamiento. Invade más adelante, una fiebre suave, lenta que va aquietando el organismo dulcemente. Acunado por la suave calentura, soñaba, dormía y despertaba soñando. Siempre sueños infantiles: alimentos, comida sabrosamente preparada, potajes humeantes y

atractivos. El ensueño de tipo infantil se vá opacando hasta llegar a un eclipse total. Se pierde la capacidad de soñar y también la de dormir largo tiempo. El sueño es entrecortado, lleno de paréntesis, que se abren y se cierran sin causa exterior y sin que pueda establecerse la razón de estos saltos bruscos del sueño a la vigilia y de la vigilia al sueño. El cuerpo se sumerge en abandonada desmayez, en un relajamiento progresivo.

La visión interior se hace de una claridad milagrosa: las imágenes evocadas adquieren contornos de precisión brillante; las aristas, los contrastes, los escorzos, se precisan con admirable nitidez; y después, llegan a adquirir relieve; unos relieves desaristados, en curvidad, voluptuosos. Las frases pensadas aparecían grabadas en nítidos caracteres, sobre las bóvedas del aljibe, iluminadas por una claridad que no había en el pozo. El "shupo" que me golpeara cruelmente en una de las calles de Berlín estaba allí como si fuese reproducido en maravilloso tecnicolor; la estación de Negoreloye, los bosques de abetos, las sombrías paredes de ladrillo del Kremlin, pasaban en medio de nubarrones preciosamente coloreados. En mis oídos resonaban las campanadas del reloj de la Plaza Roja, del lado de la Catedral de San Basilio, que tocaba la Internacional.

A medida que avanzaron los días, se borró para mi conciencia la frontera entre la vigilia y el sueño; sólo quedaba o la nada o el paso de imágenes; o ceguera total o visión luminosa del más extravagante desfile. Más tarde, ya no hubo colocación para las imágenes, ni aristas, ni contornos, ni figuras: solo la idea fija, que martillaba incesante, con persistencia, que se tornaba frase estereotipada, inscrita por todas partes en letras que danzaban sin perder su colocación.

"¿Me permites Chocano, que como amigo fiel,

Te ponga en el ojal esta hoja de laurel...?"

Y los dos versos de Rubén Darío, escritos en una horrenda borrachera de cognac, en homenaje a José Santos Chocano, se convertían en la tenaza que me machacaba el cráneo, que me estrujaba los sesos hasta sacármelos y dejarlos convertidos en letras sombrías.

Nunca pude indagar dentro de mí la razón oscura que apagó todos los recuerdos y dejó este como sobreviviente.

Además de la obsesión, y por debajo de ella, me daba cuenta de que hacía un gran silencio en el aljibe; parecía como una sesión preparatoria de la muerte.

Una noche, con escaleras de bombero, grandes faroles y lámparas de minero, los policías, soplones y oficiales, me metieron en una camilla y me izaron como fardo de escaso peso.

—¡No pesa nada...! —decían los que tiraban las cuerdas.

—¡Todavía está vivo...! —dijo burlándose, otro— tiene el pellejo duro...!

En el hospital, los médicos introdujeron punzones, agujas, sueros y aceites y se empezó a alimentarme con jugos y caldos. Un mes más tarde, en la casa de salud vetusta e insalubre, se estableció una vinculación estrecha con los más conspicuos dirigentes de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

Mi magnífico amigo Henri Barbusse protestaba, los antifascistas europeos protestaban... pero esta vez, parecía que no les tomaban en cuenta. Aunque, en verdad, esta protesta salvó la vida de muchos, que de otra manera habríamos sido fusilados.

La identidad de la desventura hermanaba a apristas, comunistas y anarquistas, por encima de las discrepancias de las ideas. La mancomunidad del sufrimiento acerca a los hombres, amainando sus rencores, saltando sobre las más empinadas divergencias, suavificando sus más ásperas vindicaciones.

Aquella fraternidad, es cierto, no venía del hombre; surgía de circunstancias fortuitas; el acercamiento se hacía contra la voluntad de quienes se acercaban, caía como una imposición y no era, sin embargo, hipócrita ni se desarrollaba como forzosa comedia humana. Todo aquello nos dominaba con el peso del sufrimiento común, de la desdicha en la que éramos partícipes. La fraternidad venía del dolor, no de la decisoria volición particular.

Para evadirnos del aburrimiento que se pegaba sobre nuestras almas como si las encerrasen en un zurrón de cuero mojado, nos veíamos obligados a hablar, es decir a polemizar; confrontábamos ideas, métodos, situaciones, anhelos. Y cada vez desembocábamos ante una clara perspectiva: lo que en el comunismo era drama, en el aprismo era farsa; lo que la Internacional Comunista levantaba como trágico pendón revolucionario, el aprismo lo ocultaba como Nestor a sus griegos en el vientre del Caballo de Troya.

Haya de la Torre había logrado convencer a todos sus tenientes de aquel "desbordamiento por sobre toda moralidad" que ya predicaba en Europa. Se sentían protagonistas de una revolución y consideraban el acto terrorista como parte integrante de la política que ellos habían venido a ejecutar.

Los dirigentes de la Alianza Popular Revolucionaria, presos en el Castillo, constituían una fauna abigarrada: filosofantes e ideólogos, los unos; pícaros irremediables, los otros. Deseos de realizar una profunda transformación social en el país, algunos; codiciosos de pescar buenos negocios, posiciones encumbradas o una oportunidad fácil para hacerse ricos, los demás. Pero, a todos los unificaba el pensamiento de violentar, atropellar, matar, tratar al adversario político como a prisionero de tribu antropofágica.

—La ley del ojo por ojo y del diente por diente —sentencia-ban agresivamente algunos— se ha vuelto anticuada; ahora, la

ley aprista es: dos ojos por un ojo, las dos mandíbulas por un diente.

Mientras la mayoría de los prisioneros mataban su tiempo con juegos de cartas y reñidas partidas de ajedrez o de damas, la minoría hacía funcionar una academia de tipo socrático.

—No nos interesan todas las ideas, ni un gran número de ellas para formar una ideología —afirmaba Orrego, el filósofo oficial y oficiante de su partido— nos interesa una sola idea muy clara en la cabeza de cada uno: tenemos necesidad de capturar el poder político y, para obtener esa finalidad, pues empleamos todas las armas, todos los medios, todos los métodos.

—¿Inclusive los métodos y los medios nazis?

—Y si esto es provechoso para nuestros fines ¿qué más da?

—Pero eso es inmoral; en eso no hay ninguna especie de ley moral.

—Pero ¿qué es lo que quieres hacer: política o moralismo? ¿Tomar el poder o hacer un libro de oraciones? De otro lado, es de manera muy semejante como plantean la cuestión los comunistas.

—Los comunistas planteamos como cuestión fundamental, la cuestión económica; además, no somos partidarios del terrorismo.

—Es claro; no son partidarios del terrorismo en el que el terrorista se juegue el pellejo, como lo hacían los antiguos nihilistas. El terrorismo bolshevique es más seguro; es ejecutado desde arriba y por la policía. Al plantear la cuestión del terrorismo, los apristas nos jugamos la vida; los policías bolsheviques aumentan su paga. Tal es la diferencia.

—Los apristas utilizan el resentimiento racial en el país... argüíamos, evadiendo el punto neurálgico.

—No somos responsables nosotros —replicaba Secada— de que en el país existan dos o tres millones de indígenas de sangre pura, que llevan en el alma un explosivo de resentimiento que se puede descargar cualquier día; tampoco tenemos la culpa de que hayan centenas de miles de negros y mulatos de todas las gamas, que llevan el odio con su pigmento y que son resentidos sociales, son descontentos...

—¿Descontentos de qué?... —preguntaba el dirigente comunista Herrera.

—Descontentos de su color, de la marca que llevan sobre el pellejo, de la inferioridad en que se encuentran en la vida frente al hombre blanco, frente a la minoría que comanda el país.

—Pero, ustedes comprenden que la culpa de esto...

—No, no, —interrumpía vehemente el chino Secada— la Alianza Popular Revolucionaria Americana no se detiene en estar buscando la culpa; tomamos los hechos y con ellos actuamos. Nada más. Hay resentimiento racial entre los negros y los mu-

latos; lo hay entre los indios; hay insurgencia racial virulenta entre los cholos — pues nosotros utilizamos todo esto como combustible de la locomotora que lleva nuestro tren a la victoria... a la estación del poder.

Sus partidarios le aplaudían frenéticamente. Los guardianes se acercaban a mirar qué pasaba.

—Menos ruido o van a las celdas —sentenciaba el cabo.

Abemolábamos la voz continuando, con mayor candencia la polémica.

—Yo no entiendo —argumentaba el comunista Herrera— cómo van a poder ustedes, los apristas, tomar el poder para aplacar o liquidar el resentimiento racial de indios, cholos y mulatos, si dentro de la Alianza Popular Revolucionaria tienen ustedes a todos los grandes propietarios de la tierra en las serranías, a los extorsionadores de indígenas, a los señores feudales más retrógrados y primitivos del país. No se entiende, francamente, no se entiende.

—Los comunistas son bobos de remate —volvía a gritar el chino Secada, hasta que debíamos hacerle callar— ya lo decía Víctor Raúl pero yo tenía mis dudas; ahora, se confirma lo que dice el hombre genial. ¡Sí señor! El Hombre Lámpara, con mayúsculas.

Antenor Orrego tomaba la palabra y sentaba cátedra con gravedad verdaderamente profesoral.

—Los "gamonales", los hombres del feudo y de la caverna, prestan un magno servicio político. Ellos, no emplean obreros en sus feudos; utilizan siervos. El siervo no gana salario, sino que trabaja gratuitamente en la tierra de su señor. Ellos no pagan ninguna especie de seguro social, ni cumplen leyes del trabajo, ni leyes de ninguna especie.

—Pero ¿y eso te parece bueno, te parece justo, progresista? —volvía a preguntar con insistencia Herrera.

—Te vuelvo a decir que nosotros no hacemos moral, hacemos política. Y nuestra política consiste en que esos señores feudales, esos "gamonales" cavernarios y primitivos vienen apoyados por nosotros como Senadores y como Diputados al Congreso.

—¿Y qué ganan los indígenas con eso...?

—¡Hombre ingenuo...! —exclamaba burlándose Orrego— esos feudales, esos gamonales que no pagan salarios, que no cumplen leyes de trabajo, que no desembolsan ninguna especie de seguro para quienes trabajan en sus tierras, como senadores y como diputados, proponen, discuten e imponen leyes en favor de los obreros, regalan gratificaciones, dan participación en las ganancias a los empleados y a los obreros... ¿comprendes...? ¿por qué?... pues porque ninguna de esas leyes avanzadas les

afectan a ellos; en sus feudos no se aplica jamás ninguno de los artículos que ellos aprueban.

—Pero, esto es una locura; es un desquiciamiento.

—Bueno, si quieren ustedes, pues son la brigada aprista del desquiciamiento que prepara el camino del poder. Los obreros no lo estiman así; los obreros aclaman esas leyes, reciben jubilosos esas gratificaciones, nos rinden sus más fervorosos agradecimientos y piden que golpeemos con mayor fuerza las cajas de caudales de los ricos.

—Pero, de esta manera —arguí— ustedes arruinan la industria, desalientan la inversión industrial y cierran las vías al desarrollo económico del país.

—¡Otra vez con lo mismo...! —replicaba Orrego— a nosotros los apristas no nos interesa ni la moral, ni la industrialización. Nos interesa la captura del poder. Cuando nosotros tengamos el poder, pues ya veremos.

—Pero esto es peligrosamente cínico —exclamé.

—Peligrosamente cínico o cínicamente peligroso; como tú quieras —repuso con calma abacial el filósofo— pero es algo semejante a lo que proponen los comunistas, con mucho menos éxito y a un plazo inmensamente mayor. Los comunistas ofrecen el paraíso terrenal para cuando triunfe la revolución proletaria mundial y después que se hayan cumplido una docena de planes quinquenales. Es decir cuando esta generación y la que viene, sean polvo del carbón. La Alianza Popular Revolucionaria Americana, no espera tanto; convida a los gamonales, a los señores feudales serranos al Congreso ahora mismo y les hace dictar leyes en beneficio de los obreros. A los que más gritan se les dá de mamar primero. Ponemos en vigencia aquel refrán tan castizo y tan realista: “el que no llora, no mama”.

—Y como los millones de indígenas no lloran... —le indiqué.

—Pues no maman, hombre —gritó el chino Secada— está claro, no maman.

—¿Y todo el indigenismo que pregona el apra...? ¿Y la propaganda que realizan tratando de impresionar los sentimientos piadosos o turísticos de los gringos...?

—Eso —dijo Orrego sonriendo y levantando su índice— eso es combustible para la locomotora que nos lleva hacia el poder.

—Pero con tales propósitos —expliqué— los únicos que saldrían beneficiados serían precisamente los elementos más retrógrados del país, los más primitivos: los que no emplean máquinas en el trabajo, los que no pagan salarios, los que no cumplen ninguna ley de trabajo...

—Y algunos grupos de obreros —interrumpió Secada— los más llorones, que conste.

—Bien, y algunos grupos de obreros —repuse—, pero en esta forma, ustedes están a la vez contra la revolución proletaria y

contra el desarrollo del capitalismo en el país; algo más, están contra el capitalismo: contra los hacendados que pagan salarios, que emplean maquinarias en sus haciendas, que cultivan con métodos modernos, que cumplen las leyes de trabajo; están contra los industriales y sólo benefician a los señores feudales más retrógrados. A los que amasan sus ingresos —proclamé recogiendo un vivo recuerdo— haciendo rodeos y trasquilando la lana de las borregas de los indios.

—Nosotros no estamos contra la revolución proletaria —dijo Orrego— ya te lo hemos dicho: somos eclécticos: si Rusia se impone, si avanza tu revolución proletaria en el mundo, pues ¡zas! un pequeño viraje, cuando la cosa esté segura... y henos aquí, amigos, aliados y camaradas de nuestros queridos rusos; si, al contrario, el fascismo gana la partida y derrotan a tu Papá Stalin, pues ¿qué quieres? ¿que miremos hacia Moscú como papanatas?... No... no... No somos como tú. No ponemos todo nuestro patrimonio en una sola carta: somos seres pensantes, inteligentes y maniobrantes. Mira, en política hay que ser como aquel campesino que le debía poner una vela al Arcángel San Miguel que aparecía en la efigie atropellando y matando al diablo. Como el campesino no sabía, o se hacía el que no sabía, cuál era el arcángel y cuál el demonio, pues le puso una vela a cada uno.

Y aquí viene lo de la copla —gritaba Secada— si una vela se me apaga, la otra se queda encendida.

—¿Y si gana el fascismo? —interrogó Herrera.

—Si gana el fascismo, pues nada: ellos saludan a la romana con la derecha; nosotros con la izquierda. Ellos tienen sus tropas de asalto, sus arditti o no sé qué: pues nosotros tenemos nuestras brigadas de “búfalos”. Ellos tienen su Duce y su Fuhrer: pues nosotros tenemos nuestro Compañero, Hermano y Jefe, que pertenece a la estirpe de los hombres que nacen cada quinientos años...

—¡Qué bárbaro! —exclamó Herrera.

—¿Bárbaro? —preguntó como extrañado Orrego— No; solamente hombres de nuestro tiempo. El mundo está ahora ante una disyuntiva: o fascismo o comunismo; tú trabajas por el triunfo del uno y la derrota del otro: nosotros no; somos más inteligentes: estamos tras la puerta, esperando ver quién gana.

—Mientras ustedes hacen de mártires —intervino el dibujante aprista Esquerre— nosotros capitalizamos los martirios. ¿No se han fijado que a todos los comunistas a quienes torturan y matan, los hacemos apristas...? ¿No lo han notado...? ¡Jé... jé... jé...!

Una carcajada saludó las palabras de Esquerre.

—Pero eso es farsante —dijo Pompeyo Herrera.

—Eso lo dices tú pero la gente no lo cree y a nosotros nos aprovecha —replicó Secada.

—Entonces —dijo Herrera indignado ya— lo que ustedes están organizando no es un partido político sino una estafa política.

—El estafador que mete en la cárcel a los estafados, no es estafador —exclamó triunfalmente Orrego— es un conspicuo y venerable ciudadano. Hasta puede ser héroe o santo... como tu Papá Stalin... el gran estafador.

—Pero es una estafa política —intervine con sequedad— que es obligación de todo hombre honesto denunciar y combatir.

—Somos invulnerables —dijo con desprecio, Antenor.

—Aunque —terció Esquerre— los ataques de los comunistas son los únicos que nos hacen algún daño, porque los que nos lanzan la derecha son nuestro mejor capital político.

—¿Por qué? —indagó Herrera.

—Pues porque la derecha en sus ataques —subrayó entusiasmado Orrego— nos presenta ante el pueblo famélico, descontento, resentido, como revolucionarios, es decir como sus verdaderos amigos. Al atacarnos por izquierdistas y avanzados, atizan en el corazón de las grandes masas, el amor por el Apra y por Víctor Raúl.

—La propaganda contra nosotros realizada por “El Comercio” —añadió Esquerre—, nos hace bien. Víctor Raúl afirma jubiloso que nos levanta. Se muestran tan encarnizados enemigos del mejoramiento de las infames condiciones de vida de la gente, piden con tanto calor mayor represión, celebran los actos de barbarie más repugnantes como acción patriótica, de modo que todo ataque de ellos se transforma inmediatamente en simpatía popular por nosotros.

—Tomemos una copa —dijo desde un rincón el chino Secada— por los más eficientes propagandistas del aprismo.

—¿Conseguiste pisco? —gritó Antenor, mientras Esquerre aportaba un conjunto abigarrado de vasos y copas llenas de licor.

—¡Trabajo ilegal... trabajo ilegal...! —dijo socarrón Esquerre— estamos violando los reglamentos de la prisión, nos estamos burlando del Gobierno y de las Instituciones Tutelares como dice “El Comercio”.

—¡Salud...!

Bebimos dos, cinco, diez tragos de aquella bebida espirituosa y ardiente: transparente, cáustica, con el sabor del ollejo de la uva... que introducía un tórrido calor solar entre las venas y que hacía florecer todo el valor encapullado en la conciencia. Cuando la embriaguez comenzó a invadirnos llegó el sargento primero, Gordísimo, picado de viruelas, cervigudo, con un cuello que se confundía con las orejas. Protestó de que hubiésemos in-

troducido licor en la prisión; se mostró disgustado y bebió con nosotros...

—Una copita, una sola —dijo— y esto porque no quiero perjudicar con una investigación la libertad de algunos de ustedes.

Era un pobre hombre y un buen hombre en el fondo; cuando se embriagó, recordó a su pobre mujer, a quien declaró le había dado muchos pesares. Juró que él no torturaba, que no había torturado nunca, nunca. Y lo juró.

—Eso hacen los soplones —dijo con desprecio y confidencialmente—. El retaco Mústiga, que es un malvado; el ñato Flores, el bocón Alegría. Ellos sí; son bárbaros. ¡No sé por qué lo hacen; al fin y al cabo, los presos políticos son prójimos...! ¿No les parece?

Estuvimos de acuerdo con él, y bebimos por él, por sus recuerdos, por la libertad del próximo que iba a salir. El poeta Spelucín sacó debajo de su camastro un paquete de hojas de coca y un pequeño calabazo con cal viva en polvo.

—Les invito a “chacchar” dijo, abriendo el envoltijo como en un ofertorio. Antenor celebró un verdadero ritual antes de masticar la hoja sedante y narcótica.

Hasta la madrugada, media docena de coqueros charlaban sin término sobre temas estrafalarios. Zigzagueando y con el kepi sobre la nuca, el rechoncho sargento primero se fué a dormir.

EVOCACION DEL TERROR

EN EUROPA los nacional-socialistas tomaban el poder en Alemania. Como si estuviese carcomido y caduco, se derrumbaba el partido comunista alemán, faro y esperanza de los millones de comunistas a través del mundo. Caía abatido el más poderoso baluarte de la Tercera Internacional y el incendio del Reistag alumbraba la marcha triunfal del nazismo.

Los dirigentes comunistas presos acudían en demanda de explicación: se les había prometido la guerra civil en Alemania y, no sólo no había tal guerra civil, sino que el coloso comunista se entregaba sin lucha, cobardemente, sin resistencia, sin quemar un tiro.

No sabía qué pensar, ni cómo explicar el fenómeno: la quiebra, la capitulación, la bancarrota moral.

—¿Por qué no se han batido? —me preguntaban mis camaradas.

—¿Por qué se han entregado tan vilmente —interrogaban los apristas.

Y los comunistas presos soportaban como tempestuoso embate, el acosamiento burlón y pertinaz de los apristas. Como lodo sangriento, les arrojaban a la cara la capitulación del partido comunista alemán.

—Nosotros esperábamos —arengaba en tono exclamativo el poeta Speluéin— que los comunistas alemanes se pondrían al frente de la batalla contra el nazismo. Pero, nada de eso. Se han entregado como carneros, ni más ni menos. Y les están cortando la cabeza con hacha.

Y para reforzar su argumentación, para tonificar la seguridad de sus militantes, en las largas veladas en la prisión, algunos de los dirigentes de la sublevación aprista en la ciudad de Trujillo, narraban las incidencias y el desarrollo de aquella sangrienta y trágica semana.

—“Búfalo” era un hombre, no era como Thaelman! —decía riendo el negro Esquerre— ese no capituló, ni puso la cabeza, para que se la cortaran con hacha. Se batió como león. Era un hombre sin miedo.

—Cada noche —decía un obrero de edad más que madura, actor en los sucesos de Trujillo— nos llevaba a reunirnos en el despoblado, en las ruinas de Chanchán. “Búfalo” estaba convencido y nos convencía de que debíamos hacer la revolución; la revolución que el partido aprista había venido a realizar al país.

—Algunos no estaban de acuerdo, decía una voz ronca desde el camastro hundido en la sombra.

—Sí, algunos, claro, siempre hay de estos —replicaba el viejo— pero “Búfalo” estaba convencido de que había que hacerlo, no más; tenía valor y sabía convencer... ¡cómo hablaba...! ¡recuerdan compañeros...? Era valiente el macho... ¡un machazo!

—¡Un machazo...! —repetía entusiasta un coro.

—Ahí, en esas reuniones fué donde “Búfalo” planeó el ataque al cuartel... ¿no es verdad? —preguntaba el viejo—. El sabía dónde quedaban las puertas, las ventanas, los pasadizos, sabía...

—Sabía donde dormía cada uno de los oficiales —interrumpió un mulato de voz ronca, a quien llamaban Salaverry— y dónde no dormían los jefes, dónde se guardaban los cerrojos de los fusiles y por donde había que entrar a sacar las balas de los cañones, y las cintas de las ametralladoras.

—Así no más era —evocaba placiblemente el viejo, volviendo a su narración— él preparó todo; sabía con cuantos hombres había que presentarse en la puerta grande del cuartel y cuántos debían atacar por cada ventana; cuál era el sitio más fácil y cuál el más difícil. Y hay que decir la verdad no más... él se puso en el sitio de más peligro... como un hombre, como un verdadero jefe. ¡De estos hacen falta...!

—Para que lo mataran —interrumpió un mocito rubio y muy blanco—. Yo creo que él no debió haberse puesto allí.

—A la hora de la hora —afirmó ahuecando la voz el mulato Salaverry— el deber de un jefe es dar el pecho; sólo así los otros se lanzan a la pelea; cuando los jefes mandan a los otros a pelear y ellos se esconden ¡hágame el favor...! pues nadie pelea y todo se lo lleva el mismo diablo.

Prosiguió el viejo bonanzoso y grave:

—“Búfalo” dirigió el ataque al cuartel y se puso al frente de los apristas que atacaban. Estaba en mangas de camisa, muy pálido y con la boca seca...

Una exclamación admirativa, prolongada, saludaba la frase del viejo.

—¡Adelante, canejo. —gritó el “Búfalo”— entren, canejo y sáquenlos a todos. Hay que ser hombres, mátenlos, canejo. Basta de aguantar como imbéciles; hay que aplastar a estos hijos de perra... hijos de mala madre... ¿Hasta cuándo... señor del Gran Poder...!

—Y había que ver a la muchachada —añadía entusiasmado el mulato Salaverry— ahí es donde sabe uno lo que es ser hombre de verdad; cuando silbaban las balas y había que entrar al cuartel rompiendo puertas y ventanas.

—¿Y ustedes estaban armados? —preguntó alguno.

—Las armas estaban adentro del cuartel —respondió el mulato— algunos tenían revólveres y tiros, pero la mayoría teníanmos sólo palos y piedras, algunos, fierros. ¿Verdad compañero?

—Así no más fué —confirmaba el viejo— aquella gente tuvo la mar de valentía; no parecía gente de ahora, ni de aquella tierra. ¡Canejo que estuvieron valientes...! Lo malo fué que allí no mas a la entrada de la puerta grande quedó tendido “Búfalo”. Lo mataron sin que dijera ¡ay!

—Dicen que de muchos tiros —esclareció alguien desde la sombra.

—Tenía uno en la frente misma —refirió el viejo— ese lo acabó, lo enfrió.

—Había que oír la gritería —exclamó refocilándose el mulato en el recuerdo— los dominábamos con gritos. Los soldados no sabían qué hacer y, desde adentro, varios sargentos y cabos comenzaron a ayudarnos. En menos de un cuarto de hora habíamos tomado presos a todos los jefes y oficiales. Los amarramos y los encerramos en una sala.

—Los soldados —añadió el viejo— daban vueltas en el cuartel como gallinas; iban y volvían, se recostaban en las paredes y algunos se fueron a la cocina a comerse todo lo que había. No les importaba nada de lo que estaba pasando. Algunos preguntaron si les íbamos a matar allí.

—La gente —proseguía el viejo— se armó de fusiles y se metía los tiros en todos los bolsillos; sacaron las ametralladoras. ¡Qué lío Virgen Santa Rosa de Lima! Nadie sabía qué hacer con los cañones ni con aquellas balas tan grandes. Cada uno tiraba para su lado y se quería llevar arrastrando los cañones hasta la puerta de su casa, como para que jugaran sus hijos.

—Lo malo fué que había muerto el “Búfalo” —insistió el mulato.

—Sí, pero allí estaba el compañero oficial del ejército —intervino un hombre de edad indefinible, de pómulos que se erguían como montículos sobre su rostro, de ojos como de puñalada en un cuero templado. Era lo más parecido a un mongol; en sus rasgos estaba la herencia de los chimús, una especie de molde viviente de los huacos que se encontraban en las sepulturas precolumbinas. Todos creímos que iba a decir algo más, pero se calló.

—El compañero oficial —volvió a intervenir el mulato— llegó mucho después. Cuando vino la primera poblada, cuando ya el cuartel hacía rato que estaba tomado y los oficiales presos.

—Yo estuve con el oficial —dijo con disgusto el preso de rostro mongólico— y no llegué cuando el cuartel estaba tomado y los oficiales presos. Yo también tomé el cuartel y si los compañeros recuerdan, fuí yo quien amarró al Comandante y también el que amarró el cañón con aquella sogá, tirándolo para afuera... ¿recuerdan?

—Claro —exclamó el muchacho rubio, mientras otros asentían— fué el cholo Yako quien tiraba el cañón; el oficial no estaba con uniforme... ¿no?

—No estaba uniformado —asintió el cholo Yako— estaba con overall. Y yo fuí quien tiró el cañón para afuera. Y la sogá me dejó la marca; por eso estoy vivo aquí.

—¿Qué marca? —preguntamos— ¿Por qué estás vivo por la sogá y la marca que te dejó?

—Cuando perdimos y la tropa tomó la ciudad —narró el de rostro mongólico— los oficiales registraban el hombro de cada uno, para descubrir la huella del porta-fusil. Al que le encontraban esta señal en el hombro, pues los fusilaban sin más.

—¿Y no te la encontraron a tí?

—¡Qué no me la habían de encontrar —replicó Yako— me encontraron pero era la huella de la sogá; de una sogá trezada, se notaba la huella de la trenza.

—Y te escapaste jabonado —dijo el mulato.

—¡Me escapé por un pelo...! —afirmó el de rostro mongólico.

—Yo no entiendo eso de la huella ¿qué era? —preguntó un profesor sureño, a quien habían acusado de subversivo para arrebatarle el puesto que tenía en una escuela.

—Este serrano es medio quedado —dijo burlonamente el viejo—, y explicó—: Si cargas un fusil durante un tiempo y llevas la correa sobre el hombro, pues te deja una marca en el pellejo. Esa marca, esa huella, era la que los oficiales buscaban cuando recuperaron la ciudad.

—¿Y a los que les encontraron esa marca? —preguntó el maestro.

—De los que les encontraron la marca —replicó el viejo— ninguno podrá conversar contigo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar ingenuamente.

—Pues porque tienen la lengua bajo la tierra, —dijo el mulato.

—Porque todo al que tuvo esa huella lo fusilaron allí no más, le dieron un tiro en el mate... ¿entiendes ahora? —preguntó el viejo.

Se hizo un silencio tenso y amargo. La oscuridad total había invadido la caserna; afuera, al otro lado de la reja, se veían aun las siluetas de los guardianes, armados de fusiles con bayoneta calada.

—¿Por qué estarán hoy con bayoneta calada? —preguntó el mozo rubio.

—Bueno, ¿pero qué pasó, qué hicieron con los cañones y los fusiles? —volvió a interrogar el profesor.

—¿Pero usted compañero, de dónde viene? —preguntó el mulato—. ¿Se cayó de la cuna cuando niño...?

—Yo no soy de ningún partido —acentuó el profesor— por eso yo no sé nada de estas cosas.

—¿Y entonces, por qué te han traído? —preguntó el rubio.

—Por nada —respondió el maestro— bueno, la envidia de alguno que quería mi puesto en la escuela. Además, yo enamoraba a una chica del pueblo. Al sub-prefecto le gustó la chica y me quitó de enmedio; me mandó preso acusándome de subversivo y aquí estoy, hace ya más de dos años, sin saber nada de mi suerte.

—Y se rió, como burlándose de sí mismo y de su mísera vida; de su amor por la chica del pueblo y del puesto de maestrescuela.

—Bueno —dijo el viejo alzando la voz, después de toser— lo cierto fué que tomamos la ciudad aquel mismo día; todo cayó en nuestro poder... ¡mansito...! a los oficiales que habíamos tomado presos los llevamos a la cárcel de la ciudad y allí los encerramos; eran más de cuarenta, desde sub-tenientes hasta comandantes.

—¿Y qué hacían...? —preguntó el profesor.

—¿Qué habían de hacer? —repuso el viejo— someterse mansitos. Ellos seguían teniendo los uniformes, los galones, las insignias, pero nosotros teníamos las pistolas. ¿Y qué...?

—Conversaban en voz baja en la cárcel —observó el mulato— yo les ví y les escuché varias veces por la ventana; algunos estaban sentados en el suelo, con las piernas estiradas y recostados sobre la pared. Estaban bien apenados; peor que nosotros cuando caímos.

—La verdad —prosiguió el viejo— no sabíamos qué hacer. No había cabeza; nadie dirigía; caminábamos como las gallinas, de un lado para el otro, igual que los soldados cuando les toman su cuartel...

—¿Cómo que no sabíamos qué hacer? —gruñó el de rostro mongólico— se tomó la Prefectura y se puso un prefecto aprista.

—¿Así fué no? —preguntó el viejo con sarcasmo— ¿Y dígame el precioso, qué se ganó con eso? Esperar como babosos que vinieran las tropas del Gobierno a liquidarnos. ¡Vaya cosa... vaya cosa...! Yo digo que no sabíamos qué hacer, porque sé lo que estoy diciendo. Porque estuve allí y no hablo de oídas, ni porque me contarán. Yo quise pelear hasta que ganáramos —suspiró el viejo— pero ¿cómo...? Fíjense que estuvimos recorriendo las calles con uno de los cañones que sacamos del cuartel: lo ha-

íamos rodar de aquí para allá y los chicos se echaban a correr detrás de nosotros con las balas. De repente, uno dijo: ¡Vamos a atacar la hacienda Casagrande! Y no sé por qué... bueno, por hacer algo, dije ¡Vamos...! Se armó la zalgarda... ¡para qué les digo...! ¡hicimos rodar el cañón y nos fuimos hasta la misma estación, donde nos apoderamos de una locomotora y una plataforma de carga.

—Lo que costó subir aquel cañón hasta la plataforma —comentó el mulato.

—¿Recuerdás? Tú estuviste —reiteró el viejo— costó trabajo grande; lo hicimos subir por unos tablones y le pusimos cuñas una vez arriba; cargamos allí mismo unas veinte balas grandazas, nuevecitas y... ¡para qué les digo...!

—¿Y se fueron a la Hacienda...? —preguntó el profesor.

—Claro que nos fuimos, afirmó el mulato; ¿recuerdas viejo?

—¿Cómo no he de recordar...! —continuó el viejo— llegamos a la Hacienda, paramos la locomotora y cargamos el cañón. Con nosotros habíamos llevado al indio cuadrado que había sido sargento de artillería. Tuvimos una discusión endiablada, hasta que el indio dijo que iba a disparar y que todos se taparan las orejas.

—Y se disparó el primer tiro... ¡uy, mamita, qué barbaros! —habló riendo el mulato.

—Todo fué pegar aquel tiro —relató el viejo— y el cañón se arrancó de estampida; volaron las cuñas, las ruedas se alzaron para arriba y el cañón se cayó de la plataforma del tren a la acequia llena de fango; sólo quedó afuera la boca del cañón humeando. Para sacarlo de allí se necesitaban reatas y a lo menos una yunta de bueyes. Como no supimos qué hacer, pues nos regresamos a Trujillo en la plataforma con las balas.

—¿Y las balas? —preguntó el profesor nuevamente.

—Este se cayó de la cuna —repitió el viejo— se quedaron en la estación compañero... ¿Las quiere ir a recoger?

—No —replicó el profesor —sólo quería saber. ¿Y después?

—Después —subrayó el viejo sorbiendo— llegaron las tropas del Gobierno; los aviones lanzaron bombas y asustaron a todo el mundo; disparaban más tiros que sentimiento y aquella noche temblaba el misterio. De inmediato comenzaron a tomar presos y a fusilar. Mataban a los hombres como si fuesen moscas. ¡Qué matanza...! ¿No es verdad...?

Volvió a imponerse un silencio largo.

—¿Por qué tendrán esta noche la bayoneta calada, los guardianes? —volvió a preguntar el muchacho rubio.

—En verdad —observó el viejo —están esta noche con bayoneta calada... ¿qué será...?

—Algo pasa cuando están así, —sentenció el de cara de mongol— a más que ahora, al anochecer, el guardia que me conversa siempre no contestó siquiera el buenas noches. Algo ha pasado.

—¿Y los oficiales presos? —preguntó el maestro.

—Estaban en la cárcel, estaban encerrados.

—Había que despacharlos —exclamó el mulato— porque si se les dejaba vivos iban a denunciar a muchos. ¿No ven que ellos habían visto la toma del cuartel? Además, sus compañeros estaban matando a nuestros compañeros. Entonces ¿por qué no los íbamos a liquidar a ellos? Después de titubear un poco, aquella misma noche se les despachó a todos.

—¿Qué —preguntó el profesor— los mataron?

—Se les despachó a tiros por la ventana —afirmó el mulato— uno, alumbraba con la linterna y los otros hacían los disparos, tratando de darles en la cabeza; a la primera descarga cayeron unos dos nada más; se pegaron a la pared gritando; los otros, algunos se arrodillaron y pidieron por sus hijos. Cuando les alumbraba la linterna procuraban zafarse como locos de la luz, pero en media hora no quedo ni uno.

—Aquello parecía un camal —dijo el viejo con voz ronca— nunca había pasado yo que el cristiano tuviera tanta sangre dentro de su cuerpo.

—Ni uno solo quedó vivo —repitió el mulato, y la cuadra se quedó hundida en el silencio.

Nadie habló una palabra más; el apiñamiento formado para escuchar la narración se deshacía despacio. Cada uno se escurría hacia su yacija; el mulato había encendido un cigarrillo y tenía la faz radiante; estaba alegre. El recuerdo de aquella tragedia parecía haberle producido un oscuro y siniestro goce interior. Los otros presos mendigaban una chupada del cigarrillo que el mulato concedía apretándolo fuertemente entre los dedos, para que el humo escapase con dificultad, mientras murmuraba:

—¡Blancos de m...! Allí quedaron todos —repitió, arrojando una gruesa bocanada de humo.

—Algo ha pasado —murmuró desde su camastro el hombre con cara de mongol— le han puesto bayoneta a los rifles.

El terrorismo aprista —pensé— está en plena acción. Las ideas jactanciosamente enunciadas por Víctor Raúl en París y que más parecían un desplante, estaban allí traducidas en sangre, en cadáveres, en asonadas y en crueldad inútil. Allí estaban los milites de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, persuadidos de que había un remedio absoluto e inmediato para el gran dolor que secularmente soportaba aquel pueblo: barnizar la miseria con sangre humana; matar, asesinar, liquidar a tiros por la ventana a los que arrodillados pedían por sus hijos; construir el éxito poniendo en los cimientos cráneos de adversarios veneci-

dos; o de gentes que ni siquiera eran adversarios, como el grupo de oficiales masacrado.

—¿Por qué habrán puesto bayoneta en los fusiles? —volvió a preguntar el muchacho rubio arrebujándose bajo el sucio y harapiento cobertor.

La caserna quedó sumida en la oscuridad y en el silencio. Afuera, a cada media hora, sonaba el piteo molesto de los guardianes.

En las primeras horas de la madrugada la guardia fué redoblada. Los soldados caminaban con el arma cargada y dispuestas a disparar; se corrieron los cerrojos de las casernas con gran estrépito y en el mástil de la prisión se izó la bandera a media asta.

¡Había muerto el General Sánchez Cerro! ¡Habían asesinado al Presidente dictador...!

La respuesta a las preguntas de la noche anterior llegaba inverosímil y absurda. Más parecía responder al anhelo de millares de presos que a la realidad. No obstante era plenamente cierta. El Presidente había sido victimado a tiros en una plaza, mientras iba en su automóvil. Se aseguró que el victimario fué un obrero aprista, a quien traspasaron cien bayonetas al pié del automóvil presidencial.

Cambió el Gobierno y vino lo habitual: la primavera democrática: se abrieron las cárceles y fueron saliendo en gruesas partidas, los presos políticos. Hubo libertad de prensa.

Transcurrieron los meses y yo permanecía encerrado, sin proceso alguno, sin condena, sin fallo judicial de ninguna especie.

El nuevo Gabinete del Gobierno del General Benavides, estaba presidido por Jorge Prado y Ugarteche: su fama política de partidario de las normas democráticas fué ratificada, pues acentuó el respeto a las prescripciones constitucionales y trataba de ceñir progresivamente sus actos a la ley. Las prisiones quedaban ya vacías de presos políticos, no obstante lo cual, yo continuaba encerrado. Entre los cuatro muros de la celda llegué a la conclusión de que el nuevo Gobierno estaba resuelto a dejarme indefinidamente donde me encontraba, negándome un sitio bajo el sol de aquella primavera democrática del año 33, que para mí continuaba siendo invierno.

A las reiteradas gestiones realizadas para obtener mi libertad, los funcionarios de policía respondían siempre con la palabra más pronunciada por los latino-americanos: ¡mañana... mañana...! Sin embargo, por disposición del Ministro de Gobierno y Policía, se mejoraron las condiciones de mi estancia en la prisión y se prometió que sería trasladado del islote rocoso "El Frontón" a donde pudiese recibir la atención médica que urgentemente necesitaba.

En aquellos días pasaba un emisario de Moscú, quien recorría América latina, en viaje de circunvalación, convocando a los Partidos Comunistas y a sus altos dirigentes, a concurrir al séptimo Congreso de la Internacional Comunista, que debía celebrarse en la capital soviética.

Y aquella vez, de nuevo, tenía una cita en Moscú.

A través de los barrotes me parecía ver titilar la estrella roja de las agujas del Kremlin.

LA FUGA

LA TORTURA física y mental impuesta a los habitantes del presidio, el vejámen villano y encruelecido, la pésima calidad de la alimentación y el estado descompuesto en que era suministrada por lo menos un par de veces a la semana, al propio tiempo que la huelga de hambre y sus consecuencias, quebrantaron mi salud. Podía repetir entonces que el espíritu estaba fuerte, pero que la carne es débil. Mi magrura era esquelética, perdía la piel a retazos y los ojos se agrandaban como si anduviese febricitante. Una tarde fui atacado de fiebre álgida; tiraba en el camastro que me servía de yacija y daba los dientes unos con otros. Al anochecer vino a verme el policía que había sido en su mocedad estudiante de medicina. Mirando el termómetro y tomándome el pulso sentenció:

—¡Vaya...! Qué raro; aquí en la isla no hay malaria; usted debe haberse traído las tercianas del Callao...! Aquí no hay mosquitos...

Al tercer día volvió la fiebre álgida, los sacudimientos y el sudor frío. Retornó el policía, sonriente y sacando su labio inferior hacia afuera, como un befo; le traspasaba una satisfacción tan aguda como mi fiebre.

—¿Qué dije yo...? —preguntó al director del penal, que le acompañaba— ¿qué dije yo? Es paludismo, las tercianas clásicas.

Días después fui trasladado a la prisión del Hospital de Guadalupe en el Callao, donde recibí docenas de inyecciones de quinina. El antiguo estudiante de medicina tuvo acierto en el diagnóstico. Unas semanas más tarde desapareció la fiebre y me sentí mejor.

La prisión tenía un techo muy alto, carecía de puertas de madera y la entrada estaba protegida por una reja de gruesos barrotes. La habitación era grande, muy fría, con piso de baldosas amarillentas y muros sin enjalbegar muchos años. El dirigente aprista Alfredo Elías me acompañaba en el encierro, en el comentario de las lecturas y en la chachara frívola sobre el día en que estuviésemos en libertad. Durante horas enteras chacha-

reaba jurando que no comprendía la razón por la cuál se le mantenía preso.

—Me explico que usted siga preso —afirmaba— porque le consideran peligroso, ¡pero yo...! ¿imagina usted? Y lanzaba un sonido labial con el que quería significar su insignificancia.

—A usted le consideran mucho más peligroso que a mí —replicaba— y ya lo verá usted. Saldré yo a pasear las calles, mientras el gran arprista Elías quedará solitario tras esta misma doble reja.

—¿Sabe usted algo sobre mí? —preguntaba alarmado—. Dígame lo con franqueza y piense que soy hombre habituado a confrontar situaciones peores que esta. No crea que me voy a aplamar.

Debía tranquilizarle poniendo mucho énfasis en hacerlo, para terminar proponiéndole un plan fantástico de fuga.

La idea de la evasión se apoderó con toda fuerza de mi espíritu, cuando me convencí de que el Gobierno del General Benavides no me pondría en libertad. De las bromas y fantasías con mi compañero de celda pasé a la maduración de la idea de fugar de allí. Leía, conversaba, hablaba en francés con Sor Margarita, respondía a las preguntas del médico, pero constantemente dentro del cráneo me chacoloteaba, como una herradura floja en el casco de la cabalgadura, la idea de la fuga.

No sólo anhelaba hallarme en libertad; no sólo deseaba atender la llamada de Moscú y acudir al Séptimo Congreso de la Internacional. Además, estaba harto de la repugnante comida de la prisión. En especial de los calduchos y sopas raspantes cargados de alcanfor. Se les ponía más alcanfor que sal, según afirmaba la policía y los médicos legistas para apaciguar la salacidad de los presos, que ellos estimaban insaciable y mordente.

¡Había que fugar, sin duda; era imperativo y era urgente...! pero ¿cómo hacer? Era indispensable la ayuda de afuera.

Sor Margarita, hermana de la caridad de San Vicente de Paúl nos visitaba todos los días; francesa parisién, no había liquidado del todo la etapa juvenil; era delgada, clorótica, sensible, con bellos ojos claros y se mostraba siempre muy afectuosa con los enfermos. Le agradaba hasta la emoción que le hablase en francés de París, de la "rive gauche", del río Sena y sus "péniches", de los puestos de libros viejos, de la Montaña de Santa Geneveva y del Jardín del Luxemburgo.

—¡Usted hermana —le decía— debe haber pasado su infancia en el Barrio Latino! ¿verdad? Es lo que más la emociona como recuerdo.

Nunca respondió a esta insinuación; ella replicaba preguntando con amabilidad y con ternura de tipo maternal:

—¿Por qué ha cometido usted el grave error de meterse con los comunistas? Ha desviado usted sus caminos —sentenciaba con dulzura— se ha alejado usted de las rutas del Señor.

Yo reía de su preocupación y no respondía nada para no lastimar sus creencias.

Era sedante hablar con Sor Margarita y mirarle los ojos azules, sobre todo cuando los humedecía la emoción. Y se volvía encantador quejarse dolidamente ante ella, para ver su amable y conmovida pena.

—Deben sentirse muy desdichados —conversaba en francés— reducidos a esta situación tan deplorable. Me dais lástima, hasta hacerme sangrar el corazón; es una pena que os encontréis en tan doloroso estado; una gran pena.

Y cerraba fuertemente sus párpados, arrugándose la cara, para impedir que sus lágrimas saltasen a las mejillas.

—¿Por qué desdichados, Hermana Margarita? —afirmaba alegremente— ¿cree usted que fueron desdichados los cristianos que los emperadores hacían echar a las fieras en el Circo Romano?

—Pero ¿cómo puede usted hacer tal comparación? —exclamaba simulando enfadarse y agitando las alas de su toca— no es lo mismo, no puede jamás ser lo mismo...

—Todos los que padecemos por la justicia nos parecemos —dije y añadí—: ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia!

La francesa volvía a agitar su toca blanca y aluda, como un gran pájaro asustado, y me urgía a comerme el postre que nos había traído.

—Yo mismo lo he hecho —charlaba— pues esto no es para los enfermos, ni menos para vosotros los presos.

Saboreando el dulce añadía.

—No sabe cuánto se lo agradecemos madrecita; este postre hecho por usted es solo para las Hermanas de Caridad como Sor Margarita o para los comunistas como yo, pues unas y otros estamos en olor de santidad.

Sor Margarita fingía enfadarse y amenazaba con no regresar más si decíamos blasfemias. Pero regresaba cada día anunciándose por el resonar de las telas ásperas del hábito azul deshecho y proyectando las blancas alas de su toca como una sombra fresca y translúcida.

Le agradaba escuchar nuestras confidencias, pero jamás hizo ninguna; conversaba sobre la campiña francesa, sobre la cocina, sobre las flores de Francia. Y la mujer se emocionaba hasta la alegría cuando le recitaba versos de Verlaine. ¿Qué recuerdos, qué nostalgias, qué drama —pensaba yo— dormirán o se agitarán bajo aquella toca blanca y satinada, que parecía de porcelana? Y así, poco a poco, nos hicimos excelentes amigos. Tan-

to, que un día me atreví a pedirle que me llevase una carta afuera. Enviarla con cualquiera de las personas que los jueves venía a visitarnos, era correr un riesgo. No sabía cuándo, a la policía se le ocurriría hacer registrar a los visitantes. Sor Margarita en cambio, era un conducto absolutamente seguro.

—Yo estoy aquí —exclamó con energía rechazando mi insinuación— para servir al Señor y a sus criaturas en desgracia; pero no para llevar papeles a los comunistas.

—Aquí nada hay de comunista, Hermana Margarita —repliqué con análoga energía a la que ella empleara— es una cuestión de salud y un asunto sentimental. Mas, si se niega usted, pues que sea como si no hubiese dicho nada. ¡Olvídelo Sor Margarita!

Se ausentó dos días, pero volvió al tercero.

En visitas sucesivas volvimos a charlar sobre Notre Dame y sobre las Tullerías, el Sacre Coeur y la personalidad de Luisa de Marillac y de su fundación el "Hotel Dieu"... versos de Hugo...

Tres días después preguntó meneando la cuchara dentro del pocillo de loza en el que traía una agua aromática.

—¿Para quién es la carta...?

—Para uno de los internos de este hospital...

—¡Si me lo hubiese explicado...! —murmuró con suavidad, añadiendo con amable sonrisa—: volveré en la tarde y llevaré la carta.

Me dejó absorto y agradecido y la seguí dándole las gracias hasta que recorrió todo el pasillo y traspuso la segunda reja.

Establecida la conexión con el estudiante del último año de Medicina, hombre de confianza del partido, comenzó a funcionar el plan de la fuga. Me respondió que debía consultar con dos primos míos que arribaban recientemente de la casa.

Comprendí aquel lenguaje figurado: se trataba de dos hombres enviados por Moscú o por el Bureau Sud-americano del Komintern. En seguida recibí dos recetas de inyecciones, las que debían ser autorizadas por la policía; reclamé la autorización y la obtuve sin inconveniente. Alguien debía ponerlas. Y no me sorprendió ver llegar con sus jeringuillas hipodérmicas a mi camarada estudiante de Medicina, en sacerdotal actitud de curandero. Le acompañaba un miembro de la policía secreta pero siempre encontramos la posibilidad de entregar un papel y recibir otro.

Los "primos" eran efectivamente hombres enviados por el Bureau Sud-americano: habían consultado la idea de la evasión recibiendo respuesta afirmativa, bajo tres condiciones imprescindibles: la primera que la fuga no implicase para mí el riesgo de recibir un tiro; la segunda, que debía ser realizada sin muertos ni heridos, en absoluto; la tercera, que nada debía dejarse

al azar, siendo obligatorio renunciar a ejecutarla si no se contaba con la certidumbre plena del éxito, ya que el fracaso complicaría seriamente mi situación.

—Todo debe funcionar —escribía Guralsky— con exactitud y automatismo de reloj; nada puede ser abandonado al azar; cada paso debe ser medido y contado. Hay que actuar, de principio a fin, con la cabeza fría y el corazón ardiente.

La dificultad fundamental consistía en trasponer las dos rejillas de gruesos barrotes, vigiladas día y noche por guardianes que turnaban cada seis horas. La primera reja clausuraba la salida de la sala que nos servía de dormitorio al pasillo de altas murallas que desembocaba en uno de los patios del Hospital; la segunda reja estaba precisamente en aquella desembocadura. ¿Cómo trasponer esas dos rejillas? Aquí residía la mitad de la posibilidad de la evasión; sin vencer este obstáculo, todos los planes resultaban inútiles. Y tal obstáculo no podía ser vencido desde afuera: tenía que serlo por mí mismo, desde dentro.

Y toda realización parecía imposible.

Una noche, por casualidad, apareció una luminosa esperanza. Mi compañero de presidio, el dirigente aprista, se sintió atacado de una aguda inflamación a la garganta. Respiraba con dificultad, no podía tragar y estaba febril.

Al día siguiente se exigió la visita de un médico. Sor Margarita se alarmó y organizó la gestión inmediatamente.

—¡Pobres hijos míos! —se lamentaba— habéis tomado el frío de esta sala que yo llamo la sala del desamparo; solamente los desamparados pueden caer aquí. Hace tanto frío que llega hasta el alma. Estas baldosas que, sólo de mirarlas, dan frío; y el techo tan alto y la puerta sin puertas... ¿dónde se ha visto una puerta sin puertas...?

Cuando oscurecía, llegó el médico; le acompañaban dos ayudantes: ambos comunistas que habían arreglado los turnos a fin de ingresar a la prisión. El médico nos tomó a los dos por pacientes del mismo mal y nos examinó colocándose un espejo circular en la frente, encendiendo una linterna dentro de nuestras bocas y haciéndonos decir una y otra vez: aaa... aaaaa... aaaaaa...

Nos hizo curaciones con hisopos; yodo diluido y algo más. El caso de Elías era más grave, pues tenía una infección; quizás habría que extirparle las amígdalas. De todas maneras, el tratamiento no podía realizarse en aquel lugar. Firmó la solicitud pidiendo autorización para que diariamente se nos trasladase al consultorio de otorinolaringología.

—Además —aconsejó el doctor— deben pasar al consultorio dental que está adyacente, para que les revisen la dentadura.

Se realizó la movilización inmediata para obtener la autorización. El comisario de policía y el prefecto del Callao se negaron

a otorgar la autorización, sin orden del Ministro. Desde el Ministerio llegó la orden y sólo al día subsiguiente por la mañana pudimos traspasar las dos rejas, lenta y pacíficamente, llegando hasta los consultorios, ubicados en el jardín exterior.

Era imprescindible contar con la complicidad de mi compañero de prisión, para lo cual había que trabajar inmediatamente sobre él.

A las primeras sugerencias lanzadas con vaguedad, Elías respondió con entusiasmo. Es claro que se fugaría si fuese factible; aun a riesgo de recibir un tiro; pero, lo peor sería no intentarlo y precisamente en aquellos días, antes de que terminase la curación de nuestras gargantas.

Desde este momento se trabajó con toda intensidad en la preparación del plan de fuga: ya no como proyecto, como deseo, como probabilidad, sino como hecho inmediato y concreto.

Los jueves y domingos, durante una hora, podía recibir visitas; suprimí las de mi familia, prohibí que vinieran a verme a mi madre y mis hermanas, para recibir las de la hija de un General del Ejército, bella muchacha miembro del partido comunista, quien llevaba y traía las instrucciones. Yo reía pensando en lo que diría el viejo General, ex-Ministro de la Guerra, si barruntase el embrollo en el que andaba metida su encantadora niña.

Se levantó cuidadosamente el plano de la prisión; se midieron en pasos normales y en segundos las diversas distancias: la del pasillo de la prisión, la del segundo patio del Hospital, la de la galería que comunicaba con el segundo patio, la del pasillo que llevaba al jardín y al amplio vestíbulo de los consultorios. Y desde allí por el corredor del jardín hasta la calle, hasta la libertad. Se contó cada paso y se midió cada segundo; de esta manera se evitarían los tiros.

Fué necesario conseguir un cambio de hora; pensé que a las diez de la mañana los policías están demasiado ágiles y con un estado de ánimo de tropas de refresco; a esa hora reaccionarían con rapidez y diestramente. En cambio, si el médico nos diese una hora de la tarde, cuando la segunda guardia del día llegaba con el estómago lleno, por lo general no sólo de alimento sino de bebida alcohólica, pues podríamos contar con la pesadez y hasta con la modorra. En la primera tarde, la antevíspera del día señalado para la evasión, miré con embotellado júbilo, cómo uno de nuestros guardianes se adormecía sobre el sofá, suave, quietamente.

Aquella misma tarde me visitaron los "primos". Audazmente se introdujeron con salvoconductos otorgados a otras personas. Venían tan sólo para que les viera la cara y les conociera. Eran distintos tamañamente: Miguel era alto y fornido, cojeaba

ligeramente; Camilo era más joven, parecía mucho más ágil y su apariencia era más inofensiva. Ni el uno se llamaba efectivamente Miguel, ni el otro Camilo.

Muchos disparos si es necesario, pero ni un solo tiro, fué la consigna central. Y entre una treintena de comunistas se distribuyeron más de seiscientas balas de fogeo: fulminante y pólvora pero sin proyectil. Solamente los seis hombres que debían marchar delante, a los costados y detrás de mí, estaban armados de pistolas efectivamente cargadas. No debían emplear el arma sino en caso extremo.

Minutos antes de que se presentase la guardia para sacarnos a los consultorios, en el día señalado para la evasión, pensaba, tendido sobre mi camastro, que iba a traspasar aquella reja por última vez; quizás para siempre. No volvería a entrar por ella, saliese vivo o muerto de aquella aventura. Quise pensar en algunos detalles menudos que habían sido olvidados, pero me perdía en una vagueación desconcertante; oscilaba, sin poder controlar mi mente, entre la realidad y la ficción; era como si me hubiesen roto los frenos de la imaginación: pasaba de una escena a otra, sin poder detenerme en ninguna. No sé cómo fui a parar en la escena de la decapitación de Julián Sorel, el voluntarioso personaje de Stendhal, en la novela "El Rojo y el Negro".

Alfredo Elías me dijo algo, y lo mandé al diablo, en momentos en que ingresaba Sor Margarita.

Sonó la una de la tarde. ¡La hora había llegado...!

Sentí que todos mis nervios estaban templados y que mis músculos se movían por su cuenta.

La Hermana de la Caridad avanzó hacia mi camastro mirándome como si preguntase algo. Estaba más pálida que siempre y bajo sus ojos le ensombrecían el rostro dos medias lunas azuladas. Se acercó y, con el rosario entre los dedos, comenzó a rezar. Rezaba en latín y las palabras penetraban en mí como el agua de una regadera en la tierra blanda del jardín.

—¡Exaudi nos Domine... miserere nobis...! repetía con marcada unisonancia, con voz débil, sin inflexiones.

—¿Se habrá enterado de algo esta monja...? —pensé asustado—. ¿Por qué se le ha ocurrido hoy precisamente y en este momento, venir a rezar?

—“Agnus Dei qui tollis peccata mundi” —Cordero de Dios que redimes los pecados del mundo— volvía a decir.

—¿Qué le pasa Sor Margarita? —pregunté con voz casi airada, en aquel instante de ultimación, que lancinaba el pensamiento y el organismo hasta el dolor físico.

No respondió nada y prosiguió su rezo; con igual unisonancia.

—¡Santa Dei Genitrix... ora pro nobis...!

Sonaron los cerrojos, las llaves, los candados. Se presentó el sargento, arrastrando su enorme chafarote envainado, que le pendía del cinto y que, sin duda, era el corazón mismo del orgullo de aquel hombre.

—Los dos, al consultorio —ordenó cuadrándose militarmente y haciendo sonar los tacones de sus zapatos. Dió media vuelta y salió.

Alfredo Elías, mi compañero, se levantó sin sospechar nada. Yo lo hice con suma lentitud; necesitaba quitar vehemencia a mis movimientos y dejar que pasasen los cinco minutos acordados en el plan, a fin de que el sargento estuviese lejos; en la calle. Durante varios días se le había seguido contándole los pasos y tomándole el tiempo. Fingí que buscaba algo; deshice la cama; hablé de una receta sobre la cual quería consultar al médico. Elías me ayudó a buscarla mientras Sor Margarita rezaba y los policías esperaban.

Salimos dejando atrás la primera reja; dí aquel paso pensando que era uno de esos pasos de ultimidad. Detrás de nosotros marchaba rezando Sor Margarita, con su toca alona y alba, como si estuviese ayudándonos a bien morir o a bien huir.

Esta mujer sabe algo, volví a pensar. Tiene miedo y su rezo es engendro de su miedo.

Nos acercamos a la segunda reja y Sor Margarita musitó:

—“Pulsate et aperietur vobis”. —Llamad y se os abrirá.

Se acercó más hacia nosotros y dijo distintamente en francés como invitándome a repetir lo mismo:

—“Seigneur, écoute ma prière” Señor, escucha mi plegaria.

—“Seigneur écoute ma prière”, repetí maquinalmente, con el pensamiento clavado en la idea de los condenados a muerte que marchaban con un sacerdote al lado, entre muros muy altos, escuchando frases masculadas en latín.

Habíamos traspuesto la segunda reja y doblamos hacia el segundo patio. Sor Margarita se detuvo y repitió en francés:

—Señor mío Jesucristo ampáralos; Señor mío Jesucristo, perdónalos; Señor mío Jesucristo, sálvalos.

Volví el rostro sonriendo alegremente, la saludé con la mano y le dije en francés:

—Au revoir ma Soeur. Hasta la vista Hermana.

Los labios blancos y secos de la monja temblaban recitando su plegaria o dejando escapar su temor.

—Está monja está loca —dijo Elías bromeando.

—Hoy le dió por rezar —dije con una tranquilidad que me sorprendió.

En ese momento, el vigía apostado en el segundo patio hizo una señal abriendo y cerrando sus dos brazos, como si se despe-

rezara; la señal era transmitida al primer patio, al vestíbulo de los consultorios, al jardín del primer patio y a la calle.

En el banco del pasillo un policía secreta que me era conocido, estaba sentado, con la cabeza de cabello setáceo renegrido y unguinoso echada hacia adelante, como si dormitara, o como si fingiese que dormía. A unos cuantos metros, dos hombres recostados al muro vigilaban el sueño real o fingido del policía.

Los dos cambiaron una mirada de inteligencia conmigo mientras pensaba:

¿Sabrá algo Sor Margarita, o la francesa zahorí sospecha algo?

Me fijé que habían cambiado a uno de los policías; el que marchaba junto a mí era más atlético; tenía escamas en el dorso de sus manos, visibles hasta donde el uniforme le cubría el antebrazo; era como si estuviese atacado de ictiosis. El otro policía era más viejo, más cargado de grasa; seguramente era menos ágil que el que caminaba a mi derecha.

Al entrar en la galería que conducía al primer patio nos encontramos con un hombrón de melena alborotada, con camiseta de lana y una gorra de salutista; era Miguel, el que cojeaba ligeramente. ¿De dónde habría obtenido aquella prenda del Ejército de Salvación...? Un poco detrás de Miguel marchaba despacio, con un gran delantal blanco, un mozo que llevaba un cabezil y sobre él una enorme bandeja llena de platos; el cabezil le permitía tener las manos libres y la derecha la llevaba hundida con algo zambucado en uno de los bolsillos del delantal. Al acercarme a él, reconocí a uno de los miembros del partido.

Avanzamos hacia el vestíbulo de los consultorios; las piernas me temblaban y me dí cuenta de que estaba caminando como tardigrado, Elías estaba dos pasos delante de mí; aceleré el paso y pensé en que debía gobernar mis movimientos, pues de otro modo corría el peligro de tartaleaar, de turbarme yendo de un lado a otro y de malograrlo todo.

En el instante mismo en que aparecíamos en el vestíbulo de los consultorios, al fondo, un par de individuos se injuriaban groseramente a gritos. Con violencia brutal se fueron a las manos y el más pequeño, pero mucho más grueso, derribó al otro de un resonante puñetazo y se abalanzó sobre él para estrangularlo. El policía atlético que nos acompañaba se lanzó sobre los pendencieros con la cachiporra en alto.

El que golpeaba era Machuca, miembro del partido comunista, a quien llamábamos el Toro; el golpeado era un mozalbeta rubio, delgaducho, miembro de la Juventud Comunista.

En este mismo instante, salió de uno de los consultorios laterales un muchacho alto que lanzó un puñado de harina a los ojos del policía gordo, que marchaba al lado de Elías. Mientras tanto, los hombres que peleaban al fondo del vestíbulo habían

sujetado fuertemente al segundo policía, desarmándolo y empujándolo hacia una de las habitaciones que cerraron con llave. El policía gordo que se llevó las manos a los ojos, fué inmediatamente desarmado, de modo que cuando reaccionó y echó mano a su pistola, esta había desaparecido de la funda. Trató de tocar un pito, pero le fué arrebatado.

En breves segundos, los dos presos avanzamos hacia la calle custodiados por media docena de hombres armados, que blandían las pistolas diciendo en voz baja pero enérgica:

—¡No se mueva... manos arriba...! ¡No grite... no llame o es hombre muerto...!

Una enfermera dió un paso y sonó una descarga; la mujer se arrodilló y levantó sus dos brazos. Dos hombres de la policía secreta fueron colocados de narices hacia el muro y con los brazos pegados a la pared, como si sujetasen un cuadro. Se les quitaron las pistolas y las placas.

La calle de la izquierda había sido encomendada al grupo que dirigía el comunista Juan Barrio; al salir, no encontramos vigilancia alguna y vimos que por ese lado avanzaban a paso lento un oficial de policía acompañado de un guardia. Dos minutos más y aquellos dos hombres estarían frente a nosotros: los dos estaban armados.

El automóvil tenía la portezuela abierta y el motor en marcha. Al subir, me dí cuenta de que a unos diez metros de distancia se hallaba estacionado un automóvil muy grande, cuyo motor debía ser mucho más poderoso que el nuestro: en aquel coche nos atraparían antes de tres minutos.

—No podemos ir sin pincharle las llantas, grité.

Como los que se hallaban en la acera no comprendían, Miguel se lanzó con su gorra de salutista, desfundando un puñal con el que inutilizó el automóvil estacionado. Como el oficial y el policía se acercaban, tuvimos que dejar a Miguel y partir a toda velocidad.

Cuando habíamos doblado la esquina sonó un disparo; luego varios más. Doblamos una segunda y una tercera esquinas; desembarcamos a uno y seguimos siempre en zig-zag. En el interior del automóvil Elías y yo cambiamos nuestras ropas por las que habían traído nuestros libertadores. En una pequeña plaza, el chofer detuvo el vehículo para hacer una pequeña reparación: cambió la placa de automóvil particular por otra de taxímetro, que era la que correspondía a su carruaje.

Con velocidad reglamentaria recorrimos algunas calles; nos detuvimos en las esquinas a la señal del policía de tránsito y arribamos a la puerta de una casa situada casi enfrente de la Comisaría de Policía; abandonamos el automóvil, pagamos al chofer

e ingresamos en la casa donde se nos había preparado alojamiento.

La policía informaba sobre la fuga; daba el número de la placa del automóvil, que había sido sustraída media hora antes de un coche particular; daba la filiación de los presos, que era correcta, y la de los asaltantes que no correspondía en absoluto a la de los que habían participado en la aventura, en calidad de directores.

No hubo un solo herido; solamente un policía recibió un golpe de garrote en la cabeza que lo dejó inmobilizado un rato. La policía no prendió a uno solo de los atacantes; prendió a numerosas personas que probaron luego, por el testimonio de los médicos, que eran pacientes que venían atendiéndose desde varios días atrás en los diversos consultorios. Entre estos había una docena de comunistas, que efectivamente había participado en el asalto, pero que previamente, con mucha anticipación, habían fabricado la correspondiente coartada.

—¡Ni sangre, ni presos...! —exclamó triunfante Miguel, quien llegó al anochecer, sin camiseta de lana y sin la gorra de salutista. Cuando le pregunté por aquellas prendas me dijo:

—¡Nada hombre... ahora soy un correcto turista que viste como un auténtico compadrito bonarense... ¿qué querés con tu elegancia?

Los diarios de la tarde eran arrebatados por el público. Traían una información amplia, enriquecida por la fantasía de los cronistas, sobre la evasión del mediodía. Era una historia que los mismos diarios se encargaban de comparar con las grandes hazañas de los pistoleros de Chicago. Sólo que esta era una hazaña con pistoleros de cine. Espectacular, ruidosa y truculenta pero totalmente vegetariana e inculenta.

—¡Ha sido un formidable golpe, con agua de rosas...! —decía Camilo— Un golpe que vale por diez mil cursos de capacitación y por un millar de manifiestos. Este hecho penetrará en la cabeza de miles y miles de trabajadores como un barro caliente. A estas horas la mitad de la población de tu país se ríe y goza como en día de fiesta.

Bien pronto entraba a Lima, en compañía de la hija del General y ex-Ministro de Guerra y de una de sus encantadoras amiguitas, que había prestado servicios valiosos en el desarrollo del plan de fuga.

Los dos hombres enviados por el Bureau Sud-americano de la Internacional se dedicaron a preparar inmediatamente mi salida del país, como se les había ordenado.

En la perspectiva de mi vida se presentaba de nuevo, por segunda vez, Moscú.

DE NUEVO, MOSCU

MI FUGA DE la prisión fué saludada por los soviéticos del Bureau Sud-americano —como lo fuera más tarde por la alta dirección del Komintern— como una hazaña audaz, inteligente y ejecutada con valerosidad. Se subrayaba la limpieza de la concepción unida a la frialdad de la ejecución y el hecho de que, en ningún instante se perdió la cabeza. Mientras me comunicaba esto uno de los dos emisarios del Bureau Sud-americano, enviados especialmente para arreglar y realizar mi salida clandestina del país, —puesto que la obtención de un pasaporte legal era imposible— yo pensaba en aquel rostro y en aquella voz, que había visto y escuchado en alguna otra parte. No me fué posible precisar dónde. Su acento me parecía el de un letón, pues pronunciaba el español como Guralsky, pero hablándolo con marcado acento del Caribe. Era asombroso su conocimiento de la costa del Pacífico americano. Conocía por sus nombres a todos los militantes comunistas de los barcos que hacían la travesía entre Valparaíso y Nueva York; y, sobre todo, valoraba concienzudamente la confianza que podía tenerse en cada uno de los comunistas que oficiaban de agentes de enlace en los diversos puertos, desde Panamá hasta Punta Arenas.

Este hombre y su compañero de misión —a este último no le había visto jamás y no le volví a ver nunca— me condujeron una tarde a bordo del vapor “Santa Bárbara” de la “Grace Line”. En uno de los salones me recibió un hombrecillo moreno, en camisa y con gorra del buque, sonriente aunque un poco nervioso.

—Yo hubiera preferido que nunca me dieran una tarea de tanta responsabilidad, —arguyó en castellano criollo— francamente...

—No pierda el tiempo, camarada —dijo el letón o el que hablaba como tal— haga como ha sido acordado. Y luego, como una suave amenaza profirió: ¡Ya sabe...!

Atravesé el salón, pasillos, escaleras y fuí a dar en un lugar extraño, incómodo, en el que era difícil mantenerse a causa de la estrechez. El tripulante que me ocultaba en aquel lugar estaba temblando y parecía ejecutar la tarea muy a disgusto.

Le sonreí con deseo de hacerle sentir, más que camaradería, fraternidad. El también sonrió y dijo:

—No toser, por nada del mundo, camarada. No harás el menor ruido, por favor, porque registrarán el barco antes de partir. ¡Qué lío en el que me han metido...!

—¿Por qué? —interrogué mientras el tripulante me acomodaba como si fuese una momia y me oprimía en la caja que era aquel escondrijo.

—¿Cómo por qué? —replicó silbando casi— ¿Qué cuenta voy a dar al Partido si la policía... si le atrapan...? ¡Qué horror...! y me encerró casi herméticamente, marchándose.

Pasaron los minutos y las horas; me dolían los huesos y tenía los músculos tensos como consecuencia de la posición en que me hallaba tan largo tiempo. Pero, más tensos aun tenía los nervios. Soportaba inmóvil el malestar, el dolor, la angustia, pensando que, en aquellos momentos podrían estar registrando el barco. ¿Me estaría buscando la policía...? ¿Y si me buscaba, en efecto, me encontraría...? ¿Y, aún sin buscarme a mí precisamente, me encontrarían en aquel escondrijo...? Y el tiempo caía sobre mí zozobra con una pesadumbre que se hacía insostenible. Los instantes caían con pesadez, como si el tiempo hubiese adquirido masa y pesara...

Se movió el barco; la sirena aullaba reiteradamente, gemían las maderas y roncaba abajo la maquinaria iniciando su funcionamiento. Sentía en mi cuerpo los émbolos que subían y bajaban... yo estaba desejado.

“Sí, sí, estamos saliendo; ya no hay policía, estoy navegando”.

Y me repetía lo mismo, insistentemente, hasta que sentí desvanecerme.

Desperté con el rostro empapado en agua helada; me sostenían el tripulante y un hombre blanco, de enorme estatura, de grandes ojos azules; me frotaba las manos con fuerza y me sacudía para hacerme entrar en calor. Me condujeron a una habitación que, por la olfacción, debía estar a inmediaciones de la cocina. Me dieron leche fría, jamón, pan, manzanas y ciruelas.

—No podremos darte otra clase de comida hasta llegar a Chile —dijo el hombre alto sirviéndome la leche, mientras el tripulante atisbaba a derecha e izquierda. ¿comprendes? —preguntó, hablando siempre en voz muy baja.

—¡Todo está muy bien... —dije con voz apenas audible— muchas gracias...!

El hombre alto, de los ojos azules, me tomó de un brazo y me hizo atravesar a gatas un pasillo, mientras el tripulante descendía las escaleras y hacía señales con la mano, invitándonos a avanzar. Descendimos y caminamos obedeciendo siempre las in-

dicaciones del que marchaba delante aguaitando como un felino, con todos los sentidos transformados en atisbadero. Nos detuvimos en uno de los recodos del pasillo; el hombre alto abrió las puertas de una ancha alacena, que lanzaba un fuerte olor a ropa lavada. Me alzó en vilo y me ubicó en la parte superior de aquel armario repleto de sábanas, manteles, tollas, qué sé yo.

—Silencio absoluto —recomendó— sólo mañana a esta hora podrás salir; tienes que comprender muy bien tu situación.

No alcancé a responderle. Cerró las puertas y la llave carraspeó dentro de la cerradura. Inicé de inmediato, junto con el contacto, la adaptación, el acuerdo entre mi cuerpo y el receptáculo: pensé en los enterrados vivos, en el tamaño de mis rodillas, en la desconsideración con que los huesos de mis vértebras estiraban mi piel; en lo que sucedería si el barco se hundiese; luego, en mis camaradas, en la policía, en Moscú...

Me había dormido y desperté hundido en un baño de sudor. La transpiración me corría por la columna vertebral, por los hombros, por los dedos. Las sienes me latían como un secundario: hacía un calor aguanoso, que olía al desinfectante que usan en las lavanderías; llegaba a faltar el aire. El que quedaba allí era espeso, hasta ser grueso, hasta agolletar la garganta como una pasta.

Hice un esfuerzo para pensar en los más estrafalarios pensamientos, a fin de dormirme. Cuando desperté otra vez, me acoataba una sed ardiente. Era como si todo el trayecto entre los labios y el estómago se me hubiese convertido en una masa acartonada agria y caliente. Me dominaba más y más la obsesión de llamar, de pedir que me abrieran la puerta.

¿Qué horas serán...?

¿Por qué, en casos como este, se torna obsesiva en el cerebro la idea de la mensura del tiempo, de la hora...? En la prisión sucede lo mismo. Estéril y embobecido, el pensamiento exige la noción de la mesura del tiempo. Y no una noción vaga, como aquella de que es de noche o de madrugada, de mañana o de tarde, sino una noción exacta. Pensé en la inutilidad de tal pensamiento, en lo absurdo de pensar en llamar, en lo imposible de humedecerme la boca ni la garganta. Y me pareció que se aplacaba mi sed, no obstante de que tenía la boca hacia adentro como si fuese de madera y de una madera de total enjutez, desprovista del todo de toda humedad.

Un rato más tarde, la llave hurgó como un ratón en la cerradura y se abrieron las puertas del gran armario: el aire entró a torrentes; era aire fresco de madrugada marina. Estaban buscando algo... contuve la respiración y sentí un escalofrío de miedo. Sólo me alentaban el silencio y la calma con que buscaban en el armario.

Sacaron ropa de la parte inferior; cerraron las puertas con llave de nuevo y tuve la sensación física del alivio que descendía sobre mí.

A la madrugada, el mismo hombrón de ojos azules, me sacó del escondrijo, y me condujo al mismo lugar de la vispera. Mientras, por su consejo, hacía flexiones gimnásticas, de bruces y de espalda, él sirvió naranjas desolladas, pollo frío, pan, manzanas y dos jarros de cerveza helada.

—La cerveza tiene sabor a once mil vírgenes, musitó bebiendo.

Comí y regresé al armario, pero esta vez, provisto de una botella de agua helada.

—Pronto vá a hervir allí dentro —bromeó, al mismo tiempo que me suspendía dentro de la alacena.

Durante cinco días, el procedimiento se repitió, cada vez con más pericia y mayor confianza. Aquel hombre grandote ejercía autoridad y gran influencia entre los miembros de la dotación del buque.

Al quinto día, las máquinas del barco quedaron silenciosas; chirriaron las cadenas del ancla y gimieron los ejes de las grúas. Se abrió la alacena y alguien habló en voz alta desde abajo.

—¡Vamos... ha sonado la hora de comer comida de olla y de ventilarse... vístete que ya vuelvo...! ¡A tomar viento...!

No encontraba las piezas de la ropa que correspondían a las diversas partes de mi cuerpo; me golpeaba la cabeza, las rodillas, las narices; transpiraba esperando, en una espera que estaba transida de rabia infantil.

Largo rato después, se abrió el armario y la misma voz me dijo:

—¡Abajo... abajo...! ¿o es que el miedo no te deja sacar las piernas...?

El tripulante estaba contento; su risa derramaba alegría y su rostro era completamente distinto del que viera en el Callao.

—Aquí estamos en Chile —dijo sin dejar de reír— ahora bajamos a tierra. ¡Se acaba por fin esta...!

—¿Ya no tendré que volver a este horno...? —pregunté.

—El horno se acabó —dijo— aquí eres igual a cualquier pasajero. Vamos.

Saltamos a tierra en Antofagasta; comimos, bebimos y aquella misma noche seguía viaje a Valparaíso acostado en una litera de tercera clase.

Ya sin dificultad alguna arribamos a Valparaíso y luego a Santiago, el tripulante y yo. El hombre alto, de ojos azules y recios brazos desapareció como si se hubiese caído en el mar.

En el hotel que se me había señalado como alojamiento recibí la visita de un hombre gordo, vestido de pardo oscuro, quien

me condujo en el automóvil particular que él mismo manejaba, al barrio de "Los Leones" el sector residencial de Santiago de Chile. Detuvo el automóvil ante un chalet con vasto jardín y prontamente las puertas de la masión se abrieron sin que sonase timbre alguno: ingresamos y, en el amplio "living", con el cigarrillo en la mano, Guralsky estaba sonriente.

—Me has engañado —dijo abrazándome ruidosamente— nunca me dijiste que eras capaz de todo eso.

Inés apareció en el salón y me abrazó con cariño:

—¡Pero qué esquelético estás muchacho; te han dejado en los huesos! ¿estás malo? —preguntó— ¿te duele algo?

—Estoy bien, muchas gracias; es cierto que he enflaquecido, pero no me duele nada.

Se alargó la conversación sobre el trabajo en el Perú, sobre la situación que habían encontrado en Chile, sobre los trabajos del Bureau Sud-americano. Más tarde, hablamos de Rusia, del Komintern, de la baja de los bonos de Grigory Zinoviev y de la seguridad de que el inminente Congreso de la Internacional elegiría un presidente no ruso.

—Esto es algo parecido a la elección de un Papa no italiano, insinué bromeando.

—La Internacional Comunista se occidentaliza —sentenció Guralsky— se dá como seguro que se elegirá a Jorge Dimitrov, el camarada búlgaro que se enfrentó a los nazis. ¿Qué te parece?

Guralsky nos ofreció los vasos de whisky que acababan de traerle y la conversación prosiguió hasta muy avanzada la noche.

En Santiago celebramos sesiones, conferencias, reuniones clandestinas. En todas ellas, Juan de Dios —como se hizo llamar Guralsky— desempeñaba un papel director y enérgicamente dinámico.

Un día se despidió.

—Nos veremos en Moscú —dijo— te alojarás en nuestra casa, en Ojod Nariat.

Partieron y yo quedé en manos del camarada abogado y del antiguo miembro de la policía secreta de Chile, quienes debían fabricarme un pasaporte falso. Mi fotografía, convertida en delgada película, fué adherida sobre la del auténtico dueño del pasaporte; no obstante que se buscó un hombre parecido, había diferencia de edad y de estatura. La huella digital también era distinta; los otros datos estaban idénticos o muy aproximados.

—Es un pasaporte legítimo y hasta impecable —comentaba el gordo ex-policía, limpiándose el copioso sudor en un gran pañuelo de colores—. Sólo falta en él la autorización de la policía para abandonar el país, pero eso lo solucionaremos en el mismo aeródromo.

La visación argentina fué lograda sin dificultad y una camarada abogado me condujo al campo de aviación. El eliminar su nerviosidad; yo estaba pálido y friolento; no obstante transpiraba. Si me detenían en aquel aeródromo, pues me entregarían a la policía de mi país. Estaba padeciendo el clásico "nudo en la garganta" de una aguda tensión diafragmática y de todos los síntomas de una angustia sobre-aguda. Cuando me tocó el turno, el hombre gordo avanzó conmigo hasta la mesa y saludó familiarmente al que debía revisar el pasaporte. Mi documento pasó de una mano a otra; un policía delgado miró la fotografía y me miró de frente, como comparando; luego dió vuelta a las hojas, echó una ojeada a las visaciones. Yo sentía una creciente sensación de náusea.

—¡Pase —exclamó— está en orden...! y descargó ruidosamente un sello sobre una de las hojas del pasaporte falso.

Volvía a mirar el rostro plácido del gordo y la ancha risa del camarada abogado. Trepé la escalera del avión y aquella misma tarde caminaba por las avenidas de Buenos Aires. Bien pronto fué Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Barcelona.

Y luego, París... rumbo a Moscú.

En la capital soviética, en este segundo arribo, se me dispuso una acogida excepcionalmente cordial; la misma noche de mi llegada fuí recibido por Manuilsky. Con el rostro sonrosado, los ojos pequeños y vivaces, las guedejas grises, el viejo avanzó hacia mí con los brazos abiertos, diciendo:

—Eres de aquellos a quienes hay que recibir con un abrazo.

Y aquel abrazo tuvo resonancias de áurea campana en los pasillos y oficinas del Komintern.

Hablamos larga y amistosamente. Comprobé que el supremo dirigente de la Internacional generalizaba demasiado sobre los problemas de América Latina. Eclipsaba las particularidades nacionales, ignoraba las profundas diferencias de matices entre país y país y colocaba dos categorías exclusivas y excluyentes: el imperialismo y los países semi-coloniales. América Latina, para él, como para todos los más conspicuos dirigentes del Komintern era una entidad constituida por territorio habitado por millones de gentes totalmente sometidas a los banqueros de los Estados Unidos. Su visión era vaga y simplista, sus conclusiones, demasiado sumarias.

Tocó el asunto de la idea del Frente Popular, enunciada por Barbusse y Romain Rolland con el nombre de "Movimiento Amsterdam-Pleyel". Me pidió mi opinión y se la dió con franqueza. A través de la conversación comprendí que Manuilsky no era muy adicto a la nueva tendencia.

—Son los franceses quienes defienden con más calor la táctica del Frente Popular —acentuó— pero hay que pensar que

nuestros camaradas de Francia no se han distinguido jamás por su observancia ortodoxa. Pero, habrá que estudiar todos los aspectos de la proposición. Sin duda que merece la pena.

Nos sirvieron té, Manuisky se refirió a mi salud con amable preocupación y ordenó que se ocuparan de llevarme al Hospital del Kremlin para que me examinasen los médicos.

—Vendrás mañana —dijo— para presentarte al camarada Dimitrov.

Al día siguiente, en efecto, conocí al dirigente búlgaro y futuro Presidente de la Internacional Comunista.

Alto, fornido, de ancho rostro, sereno y grave, de honda mirada y de gran calma en toda su apariencia. Daba la impresión inmediata de hombre seguro de sí mismo, de gran voluntad y de recta franqueza. Respondía a las preguntas en forma directa, con claridad y sin evasiones.

—Es de gran importancia esta reunión latino-americana —subrayó dirigiéndose a Guralsky, que hacía de traductor— porque las resoluciones que adoptemos y la actividad que allá se desarrolle, tendrán carácter decisivo para otros sectores del mundo. Este año no habrá Congreso Mundial, quizás tampoco el que viene; pero, como casi todos los delegados de América Latina están ya en camino, pues celebraremos una Conferencia de los Partidos Comunistas de aquel sector del mundo. Lo que esta Conferencia resuelva servirá como derrotero y las experiencias que se obtengan servirán para el análisis político que realizará el Séptimo Congreso de la Internacional.

Cuando Dimitrov solicitó que se le interrogase, planteé la cuestión candente, en aquellos momentos, en todo el Komintern.

—¿Cuál es su pensamiento sobre la idea del Frente Popular?

—¡Ah... la iniciativa de Barbusse y de Rolland...! Pienso que estamos ante una idea practicable y que podrá ser de intensa eficacia en la lucha contra el nacismo. Pero, tú mismo ¿qué opinión tienes sobre el Frente Popular, como táctica para América Latina?

—Creo que debemos aplicarla; estoy seguro de que ofrece muy amplias posibilidades y que pueden obtenerse resultados magníficos.

Dimitrov sonrió mientras Guralsky afirmaba:

—El Movimiento Amsterdam-Pleyel ha encontrado en él uno de sus más entusiastas propugnadores.

—Bien... bien —exclamó Dimitrov— defiende tu posición; pero, ante todo, creo que lo que debe defender es su salud, pues tiene un aspecto feo, sospechoso.

Al despedirse, lo hizo con remarcada cordialidad y diciendo:

—No va a ser te fácil defender la idea del Frente Popular. En Moscú, la iniciativa tiene aun escasos adeptos. Conversa con

Maurice Thorez y con Raymond Guyaut, de la Juventud Francesa. Llegarán bien pronto y se alegrarán de conocer tu posición.

Dos días más tarde fui internado en el Hospital del Kremlin, donde se inició un cuidadoso tratamiento; a las dos semanas de permanencia en el establecimiento fui enviado a un sanatorio cercano a Sochi, la playa de verano de los altos dignatarios del Gobierno y del Partido. Allí conocí a centenares de miembros de la "élite" soviética. Y allí me dí cuenta de que los propósitos de Stalin de imponer una dictadura de tipo personal y policíaco, encuentran una terca resistencia en las esferas superiores e intermedias del Partido Bolshevique. El sanatorio era un hervidero de antagonismos políticos y el partido era verdaderamente una caldera sometida a elevada presión. Era palmario que Stalin no contaba en aquellos momentos con la opinión del Partido, pero manejaba ya una policía severa y delicadamente organizada. Policía más numerosa que el Partido, bien nutrida, bien armada, extendida en toda la Unión Soviética, que gozaba de privilegios superiores a los que eran disfrutados por muchos de los dignatarios del partido y por los funcionarios de más que mediana categoría del Gobierno.

A través de una permanencia de más de dos meses en el sanatorio, observé que a sus limpios pabellones y a sus confortables dormitorios, no llegaba un solo auténtico obrero de fábrica, de mina, de planta eléctrica. La abrumadora mayoría de los pacientes pertenecían a la policía, en segundo término venían los dirigentes del partido, funcionarios del Kremlin y algunos directores de fábricas y de sovjozes. El régimen era —según se ratificaba oficialmente de manera constante— de obreros, campesinos y soldados. Pero, en aquel sanatorio donde fui cuidadosamente atendido, no había un solo obrero, no se tenía noticia de ningún campesino y en cuanto a los soldados, seguramente ellos tenían sus propios sanatorios.

Comprobé que la Medicina estaba en extremo retrasada con respecto al occidente: los médicos eran abnegados, pacientes, bondadosos, la mayor parte de ellos conocían su oficio y profesaban simpatía a los enfermos, pero carecían de los elementos que la técnica ha puesto al servicio de la medicina. Faltaban herramientas, productos químicos, específicos, algunas veces hasta algodón. Tal falta era atribuida por médicos, practicantes y enfermeras, a la necesidad que existía de grandes cantidades de ciertos materiales para emplearlos en la fabricación de armamentos.

—¿Armamentos?

—Sí, es claro, armamentos. ¿No vé que viene la guerra? ¿No sabe que los capitalistas están tramando la guerra contra nuestra bienamada Rusia; que van a atacarnos, que nos quieren

acorralar primero, para degollarnos después...? ¡Eh... los bandidos...!

Les escuchaba con curiosidad y me conmovía comprobar que tales aseveraciones estaban en íntima acordancia con una idea concebida y amantada con sinceridad, por cada uno de los que así pensaban.

Es asombrador el grado hasta el cuál está desarrollada en la mentalidad del ruso corriente, la psicosis de la guerra. Se trata —con plena claridad— de una mansa pero bien alimentada paranoia colectiva, sembrada y cultivada con amativa delicadeza por el Partido Bolshevique, por el Gobierno, por la policía soviética.

Por miedo a la guerra, el ruso que no es policía, ni miembro del aparato gubernamental, soporta hambre, miseria y terror. Se sacrifica para que el país y el Gobierno posean armamentos mejores y en mayor abundancia; entrega sus energías por salarios en extremo bajos a fin de que Rusia pueda contar con más tanques, con más aviones, con mayor número de bombas, para su defensa. El esfuerzo bélico es obra tenaz de todos los días; la carrera armamentista, contra la cual éramos incitados a luchar sin fatiga todos los comunistas de los países capitalistas, es la carrera de cada minuto del Gobierno y del pueblo soviéticos. Es inequívoco que este pensamiento no es del todo espontáneo, ni tampoco que él es aceptado sin dura y persistente presión política. En la inmensa vastedad de la Unión Soviética, la escasez de lo más necesario era el fenómeno de rutina. Los hogares rusos en general tenían un nivel de vida asombradoramente bajo, hasta tocar el lindero de lo mísero en millones de casos. Pero, al parecer, por el comentario popular, tal escasez era la resultante de una desesperada carrera armamentista; era el precio que el ruso corriente debía pagar todos los días para evitar que su país fuese invadido por los piratas capitalistas, por los bandidos nazis.

Al cumplir mi novena semana de reposo, sobre-alimentación, pereza total y racionalmente distribuida a lo largo de la jornada, preparé mi retorno a Moscú. El viejo médico burlón, bondadoso y cáustico —que en lo íntimo de su ser se burlaba de todo y de todos— me otorgó el alta. Los jóvenes ayudantes insistieron en sus recomendaciones sobre la alimentación, el método de trabajo, la batalla contra las emociones y contra el desorden en las comidas. Las enfermeras estuvieron muy amables y la severa mujer que actuaba como jefe me permitió el último día romper el sistema de reposo: pude abandonar la silla plegadiza e ir a la playa a decir adiós a mis numerosas amistades, sobre todo a las chicas que celebraban con estruendosas carcajadas mi modo estafalario de pronunciar el ruso.

En el Hotel se me había preparado uno de los nuevos departamentos en el piso último, recientemente construido: lo había ordenado Manuilsky; con toda seguridad y como reflejo de tal orden, el propio "comandante" del hotel acudió a abrir la portezuela del automóvil en el que arribé de la estación.

Jamás los traductores y las mecanógrafas se habían mostrado tan solícitos. Uno de ellos me anunció aquella misma noche que me daría una sorpresa, pero, esa sí que era una gran sorpresa.

—Pero dime qué es camarada ¿por qué haces misterio?

—Bueno, pero vas a guardar absoluta reserva ¿verdad? — propuso antes de hablar aquello que ya no podía callar— pues, dentro de un par de días, vas a conocer a Kalinin, al Presidente de la Unión Soviética.

—¿A Kalinin... cómo...?

—Se está preparando una entrevista con él. He pedido que te incluyan a tí. ¿Está bien...?

Le abracé entusiasmado y repetí como pensando en alta voz.

—¡Conocer al viejo Kalinin...! Es interesante, muy interesante.

ANTE LA PRESENCIA DEL CAUDILLO

LA PRENSA moscovita rendía cálido homenaje a Henri Barbusse, designándole “noble y sincero amigo del gran Stalin” Entraba el otoño ruso, la única estación adecuada a la salud del escritor y la que le servía de aclimatación para soportar los primeros fríos de noviembre, ya que el día del aniversario de la Revolución debía presentarse en la Plaza Roja, en el pretil de la tumba de Lenin, junto a Stalin y a los dignatarios del “Vlast”. Con este vocablo, los soviéticos designan una categoría concreta de poder supremo, haciendo abstracción de organismos o de personas. Es algo así como “el trono” o “la corte” en las monarquías.

Cuando logré entrevistar a Barbusse, lo encontré jubiloso y optimista: celebraba los éxitos del Plan Quinquenal y auguraba la pronta vigencia de la Constitución más avanzada de la historia.

Una tarde, me llamó a un lado para decirme:

—Creo que puedes tener una gran oportunidad. Dentro de algunos días el camarada Stalin concederá una entrevista a un reducido grupo de personas... he pensado que tú querrías conocerle y he pedido como favor personal que se te incluya entre los posibles interlocutores.

No sabía cómo darle las gracias y él se dió cuenta de mi turbación.

—Deberás traer aquí tus documentos, dos fotografías y, en caso de que desees hacer algunas preguntas, pues debes traerlas escritas... no más de dos y en ningún caso pases de tres.

Dos días más tarde recibí la visita de un hombre alto, de rostro sonrosado y carnoso, de cabeza afeitada. Me presentó un cuestionario en ruso, el que debía llenar: nombre, apellidos, origen social, medios de vida, profesión, tiempo de adhesión al Partido, puestos que en él había desempeñado, y el sinnúmero de datos biográficos que tantas veces había proporcionado a la “comisión de cuadros” del Komintern.

—¿Por qué quieres ver al camarada Stalin? —interrogó.

—No es por simple curiosidad, camarada —repuse— no soy un turista.

—¿Interés político? —preguntó de nuevo.

—Sí, es claro, interés político y también satisfacción personal.

Continuaron las preguntas y respuestas y las anotaciones que el hombre de la cabeza chamorra hacía en una gruesa libreta.

—Debes entregar dos fotografías y tus documentos... las preguntas...

—No tengo más documento que el carnet del Komintern —indiqué— y he aquí mis dos preguntas.

Tomó todos los papeles, los guardó en su portafolio y se fué, no sin reiterar una y otra vez que no dijese una palabra de aquello a nadie.

A la hora de la cena me visitó una pareja amable y joven; el hombre vestía una “rubashka” blanca de seda; me llamaron la atención sus piés por lo pequeños; la muchacha era más alta que él, llevaba un vestido extranjero y calzaba sandalias: nada de lo que llevaba correspondía a lo que podría llamarse la moda soviética.

La pareja fué mucho más amable; la mujer hizo las preguntas en francés; conversó sobre mis preferencias intelectuales y puso gran interés en saber si alguna vez había padecido alguna enfermedad nerviosa.

Cuando terminó el prolongado interrogatorio, pregunté:

—¿Será posible que me permitan asistir a la entrevista?

—No podemos saberlo —dijo sonriente la muchacha, para cambiar luego unas frases en ruso con su acompañante— pero mi compañero dice que es difícil que se niegue algo al camarada Barbusse. ¡Ten confianza...!

Dos días después se me notificó que no saliese del hotel en la mañana del día de descanso —el “bujadnoi”— y que... podría ser...

Estaba como cuando subí a un avión por primera vez; o como en los momentos en que en aquella celda de la prisión del Callao, el sargento dió la orden de que nos condujesen al consultorio...

El día de descanso fué conducido al hotel “Metropole” donde esperé a Barbusse junto con dos anamitas y un indonesio, los tres sin duda dirigentes comunistas. Pensé en el gran cuidado que se ponía siempre en evitar que los latino-americanos o europeos nos relacionásemos con los asiáticos; a estos se les alojaba en casas de campo fuera de Moscú y sus escuelas no eran las mismas que aquellas a las que asistíamos los europeos y americanos.

Arribó Barbusse, nos sirvieron un desayuno abundante y después partimos hacia el Kremlin, entrando por el puente levadizo que da hacia el costado de la Biblioteca Lenin. El auto ascendió una pendiente, atravesó un patio amplio donde fuimos detenidos, debiendo presentar los documentos, no obstante que nos acompañaba un oficial de la policía secreta. Avanzamos por una calzada a cuyas veras habían jardines cuidados. Volvieron a examinar los papeles y se nos hizo abandonar el vehículo.

Por dentro el Kremlin es como una ciudad diminuta y extraña. Evoca aquellas exposiciones donde cada país construye su pabellón. Jardines, patios, iglesias. Atravesamos galerías, patios y corredores, hasta una sala de techo muy bajo donde volvieron a revisarnos los papeles, comparando a cada uno con su fotografía. Allí un hombre se acercó a Barbusse, le saludó en correcto francés y le invitó a pasar: nosotros quedamos aguardando en una gran sala amoblada con severidad y con muebles antiguos, de gran belleza.

Un hombre joven, magro, de rostro enjuto, me llamó por mi nombre y me anunció en un aparte, que mis preguntas no habían merecido aceptación porque otras personas habían planteado lo mismo, o quizás porque estaban demasiado vinculadas a la actualidad internacional. Se me advirtió que debía limitarme a escuchar. Se insistió de nuevo sobre la reserva.

Poco después se nos invitó a seguir adelante. Llegamos hasta una pieza cuadrada, sin más adorno en los muros que unas banderas rojas, a un lado, un retrato de Lenin, empuñando su gorra y en actitud de hablar; y en el muro adyacente un cuadro donde Lenin y Stalin conversaban sentados, como si estuviesen tomando el sol. Allí estaban ya Henri Barbusse y varias otras personas a quienes se nos presentó: entre ellos se reconocía a Mao Tzé Tung, dirigente del partido comunista chino.

Se nos indicaron los lugares donde debía permanecer cada uno. A la derecha de Stalin quedó Barbusse y a su izquierda, Mao Tzé Tung. Luego a uno y otro lado fueron ubicados los traductores y secretarios. Y enfrente, al otro lado de la gran mesa, los catorce asistentes a aquella entrevista, todos asiáticos, a excepción de Barbusse y de mí mismo.

Un hombre de botas muy brillantes, que jugaba con una especie de rosario de ámbar entre los dedos, anunció en voz baja al camarada Stalin. Todos estábamos de pie.

Por una puertecilla lateral apareció Stalin. Vestía "rubashka" blanca de algodón atada a la cintura, pantalón kaki, botas de color castaño oscuro; llevaba su pipa en la boca y la sostenía con la mano derecha; sonreía aunque la sonrisa le bañaba el rostro con un gesto burlón.

Apretó la mano de Barbusse y luego la de Mao: éste se inclinó en profunda reverencia; luego, nos fuimos acercando de uno en uno para darle la mano a través de la mesa cubierta con un tapete bordado.

Stalin es hombre de baja estatura, en comparación con las estatuas, pinturas y su gigantesca iconografía. Su rostro es más bien pálido, ligeramente ocreo, con la piel marcada por hoyos de viruelas. Es un hombre barrigudo hasta ser panzón, defecto que parece molestarle, pues estaba evidente el empuño de ocultar su abdomen tras los pliegues de la amplia "rubashka". En los retratos y pinturas la barriga staliniana está incuestionablemente sofisticada, ya que era la primera vez que yo veía un Stalin tan panzón. Al reír, con una risa que lleva en sí la marca de la burla, deja ver dos hileras de dientes picados: los de la mandíbula superior tenían las caries mucho más avanzadas que los de la parte inferior. El pelo y el bigote eran grises y abundantes y a los dos lados de los ojos, hasta las sienas, se le habían formado numerosas arrugas estrechas como si hubiesen sido trazadas por la punta de un lápiz muy fino o de un puñal muy afilado. Estuvo de pie durante toda la entrevista, pero me pareció que tenía las piernas, especialmente los muslos, demasiado cortos en relación con el tronco y con el resto de su cuerpo. Tenía el pelo unguinoso y estaba cuidadosamente peinado, notándose por el ángulo de los cabellos que no era él mismo quién se había peinado.

Su mirada era la de un hombre astuto más que inteligente; en ella brillaban más la desconfianza y el recelo que la agudeza y la perspicacia. Era ostensible que se esforzaba por aparecer bondadoso y condescendiente y, en su apariencia general como en sus gestos e inflexiones, se atrapaba de manera casi impalpable, que su indulgencia no fluía espontánea, sino que surgía como fabricada para la ocasión. Stalin, desde el primer instante, mostró una cordialidad especial tanto por Barbusse como por Mao Tzé Tung. Barbusse parecía un poco fatigado; Mao tenía el rostro duro, estaba deliberadamente severo y su obsequiosidad tocaba los límites de la devoción. Cuando Stalin afirmaba algo, él movía la cabeza con insistencia y en una o dos veces que Stalin afirmó que ya la pregunta que le planteaban estaba respondida, Mao adoptó una actitud policial; parecía enfadado y exhibía en el rostro un profundo disgusto, las cicatrices de los granos de su cara tomaban un tinte violeta negruzco.

Uno de los traductores planteó a Stalin la pregunta sobre las ideas racistas, sobre la discriminación y la inferioridad o superioridad de las razas.

—Toda idea racista, de discriminación o de segregación racial —dijo— encarna odio chauvinista y es chauvinismo de gran

potencia. Sin mencionarlos se refirió a los Estados Unidos y exaltó la gran fraternidad de razas que existía en la Unión Soviética. Refirió que en las fábricas, en los sindicatos y en los clubs de trabajadores, se llegaba a amonestar en público y severamente a las personas que proferían insultos racistas, como, por ejemplo, motejar a alguno de "judío".

Hablabla sacándose la pipa de la boca, con recancanilla, en especial cuando subrayaba las palabras: "primero", "segundo", "tercero", "cuarto", las que empleaba a menudo para dividir las cláusulas o períodos de su exposición; mientras los traductores hacían la versión de sus palabras, Stalin se dedicaba a mirar, uno a uno a los visitantes que estábamos de pie frente a él, separados por la vasta mesa cubierta con el tapete bordado. En todas sus respuestas empleó siempre el estilo clausulado, deteniéndose con deliberación en lo que ortográficamente habría llevado un punto seguido.

A una de las preguntas que planteó uno de los traductores sobre la situación de los indios en la América del Sur —y que me constaba que no había sido planteada por mí— Stalin respondió que los indígenas sud-americanos vivían en condiciones análogas a las que predominaron en la época de la Colonia, cuando Fray Bartolomé de las Casas hiciera sus famosas denuncias ante la Corona. Aseveró que en América Latina había discriminación racial, aunque esta no asumía las características conscientes y organizadas que se veían en los Estados Unidos; se trataba de una segregación racial mucho más difusa, primitiva, sin formas conscientes ni claramente definidas. Pero, no por ello no existen, aseveró. Se refirió luego al fenómeno racial de un modo más amplio y aseguró que los chinos, por ejemplo, eran víctimas de la discriminación que imponía el hombre blanco.

—¿Verdad, camarada Mao? —preguntó Stalin dirigiéndose a su izquierda.

Con asombrosa devoción, Mao se inclinó reverentemente afirmando que sí. Y al responder, no lo hizo en chino sino en ruso.

—Dá... dá... dá... Tovarich Stalin, Dá tovarich, spasiva, balshoi spasiva...! (Sí, sí, sí, camarada Stalin, sí camarada, gracias, muchas gracias).

El traductor vertió al ruso una pregunta sobre el Frente Popular y su política.

Stalin se mostró complacido de la pregunta; celebró que hubiese causado tan gran interés este asunto en las esferas de la Internacional Comunista y en el seno del partido bolshevique donde se debatía apasionadamente la idea del Frente Popular y de la nueva política. Terminó aseverando que el debate debía ser profundo, que debía enfocar todos los aspectos, aun los más

recónditos y que, al fin, debía clausurar toda discusión estéril más adelante.

La última pregunta se refirió al éxito del Plan Quinquenal, a la situación de los koljozianos, al futuro de la vida del ciudadano medio en Rusia.

Stalin ratificó los asertos de la propaganda; el Plan Quinquenal segundo tenía un éxito arrollador; anunciaba la entrada en el régimen socialista; más del ochenta y seis por ciento quedaría socializado; se aseguraba sobre el terreno económico que el socialismo no recalcitraría hacia el sistema de la propiedad capitalista, y reiteró que dentro de cinco o seis años más el ciudadano medio de Rusia podría obtener cómodamente todo lo que obtenía entonces el ciudadano medio de los Estados Unidos o de los países más desarrollados de Europa. Se trata —añadió— de abolir todos los vestigios del capitalismo en la vida y en la conciencia de los hombres, al finalizar este Plan Quinquenal.

Stalin clausuró la reunión refiriéndose al grave peligro de guerra que amenazaba de modo inminente a la Unión Soviética y a la necesidad que el país tenía de intensificar sin descanso su preparación bélica. Como quiera que él estaba persuadido de que la guerra no le sería declarada a la Unión Soviética, que no le sería previamente anunciada, sino que los capitalistas se lanzarían sobre las fronteras de Rusia por sorpresa, pues era obligatorio que el vasto país y su inmensa población estuviesen cotidianamente movilizados: de día y de noche. En cuanto a los sacrificios que el armamentismo exigía, afirmó que los sacrificios que podrían parecer exagerados a un hombre del occidente, no lo eran para el ruso que estaba habituado a un nivel de vida en extremo bajo, que fué el que le dió el régimen zarista.

Se refirió, por último, a la vida paradisiaca que llevaban los koljozianos y puso tal énfasis en lo que aseveraba, que parecía efectivamente convencido de ello. Hasta llegué a pensar si las informaciones que le llegaban no estaban ya cabalmente deformadas al pasar por los numerosos tamices de aquellos siete círculos que le rodeaban estrechamente.

Se despidió de cada uno de nosotros cordialmente; llamó a cada uno por su nombre y a cada cual le dijo breves palabras de simpatía.

Se marchó dejándonos. La entrevista había terminado.

Se acercaron a nosotros los traductores, oficiales, vigilantes y secretarios, para advertirnos en diversos idiomas que nos estaba prohibido utilizar nada de lo referente a la entrevista en forma alguna. Ni en las conversaciones privadas, ni menos aun con fines periodísticos.

Salimos atravesando los mismos patios, corredores y galerías y ya dentro del automóvil pasamos bajo el arco de la entra-

da, donde estaba apostada la guardia, entregamos los salvoconductos y cruzamos hacia Ojod Niriad.

Me resistía íntimamente a confesármelo, evadía confrontar ante mí mismo el recuerdo con la ficción imaginada previamente, pero era incontestable que la entrevista y el hombre me habían defraudado: Stalin estaba muy lejos de ser el arquetipo superior que había soñado; me pareció opaco, frío, despectivo, receloso y astuto. No fluía de él aquella impresión que dan los hombres que se han forjado en medio del fragor de las luchas, mezclados con la masa, dirigiéndola o afrontándola, burilándose una personalidad de conductores. Stalin era el hombre que había surgido en medio de la sombra, agazapándose, fingiéndose pequeño y débil, lejos de las muchedumbres, colándose a través de los pasillos y por entre los antagonismos grandes y pequeños de sus antiguos camaradas, a quienes más tarde convirtió en adversarios, en perseguidos y en víctimas.

Y en medio de todo, flotó en mi una idea concreta y vaga a la vez: una idea que no ha hecho sino endurecerse a través del tiempo: Stalin no es en absoluto un europeo; me pareció extraño en todo al modo de ser occidental y satisfecho de mostrarlo, de hacerlo sentir.

Salí con la impresión difumada pero profunda de que mi asistencia a la entrevista había sido marginal y fortuita: se había consentido en ello por complacer a Barbusse exclusivamente. La finalidad maciza de aquel concilio había sido mostrar ante la docena de altos dirigentes asiáticos la elevada jerarquía, el privilegiado sitio que ocupaba ante Stalin, el chino Mao Tzé Tung; la privanza de que gozaba en las cumbres del "Vlast", su influencia y el poder que de todo ello se derivaba. Los intencionados gestos de Stalin, la deferencia, en cierto momento teatral, la calorosa apreciación de las preguntas de Mao por parte del caudillo, el acento en las palabras: "nuestro camarada Mao... ¿verdad, camarada Mao?... como alguna vez lo dijera nuestro amigo Mao"... demostraron bien en dónde se encontraba la intención esencial que transpasaba la reunión.

Al comentar la entrevista, explané mi pensamiento ante Barbusse.

—Es bien posible —comentó— que no estés en error. Los dos son muy amigos y puede ser que el camarada Stalin haya querido hacerlo saber, hacerlo ver, a nuestros camaradas del Asia... además... bien lo necesita Mao en este momento en que su estrella ha palidecido en China y cuando la crisis del partido chino se ha hecho peligrosa, para él y para el partido. ¿Es probable que por eso se les haya hecho venir hasta aquí...!

Calló Barbusse y las preguntas que siguieron de parte mía quedaron respondidas con monosílabos; con ellos daba a enten-

der que conocía mucho de la gravedad de la crisis china, de la importancia que la Internacional atribuía a la situación interna del partido comunista chino y a la precaria situación de Mao, entonces acorralado por sus opositores, quienes pretendían arrojar sobre él la responsabilidad de las revueltas del Sinkiang y los ásperos reveses del Ejército Rojo chino.

Cuando acentué este punto, Barbusse defendió con vigor a Mao.

—No... no... ni Li-Li-Siang, ni los otros tienen razón; nosotros sabemos que no es Mao quien dirige todo... tú lo sabes bien, camarada... Svanidze, Voitinsky, Stephanov, hasta el general Blücher... no... no... si no se hace más es porque no es posible hacerlo. Mao no tiene la culpa en esto... y me parece que el camarada Stalin hace bien en testimoniarlo así ante los altos dirigentes asiáticos y ante los propios comunistas chinos; los opositores de Mao y de Chu-Tdé, en primer término, sin duda.

En efecto, Barbusse estaba en lo justo en su opinión sobre Mao. En la chismografía íntima y reservada con exclusividad a los altos dirigentes internacionales que se hallaban en Moscú, en charlas de sobremesa o en las veladas de absoluta intimidad que se prolongaban hasta la madrugada en alguna de las habitaciones del Hotel Lux, se hablaba como de un tema central, de la aguda crisis china y de la sombría situación comunista en el Asia.

—Pero, hay que tener confianza, no hay que vacilar en la fé: en China están las mejores cabezas de la Internacional; la campaña está dirigida por el propio Stalin y por su estado mayor del Politburó.

—Allá están Svanidze, el georgiano de la confianza plena de Stalin... y el camarada Voitinsky... y el gran Stephanov, el héroe de Vladivostok en la Revolución... y el doctor Sorge.

Y al mencionar al doctor Richard Sorge todos cambiábamos una mirada de entendimiento, desconfianza o temor.

El doctor Sorge se estaba convirtiendo en personaje raro, temible y agorero. Hombre de la amistad íntima de Manuilsky y se decía que de la de Stalin, adquiría la fama de llevar la desgracia a sus amigos: lo había sido de Zinoviev y de Bujarin, de Radek y de Krestinsky, de Rakowsky y de Madjar-Magyar —de Bela Kun y de todos los que estaban cayendo, de los que estaban recibiendo golpes de hacha o de los que debían caer abatidos para siempre... como enemigos de la clase obrera. El prestigio de Sorge había crecido como secuencia de la gran labor que se decía había efectuado en Alemania, en los Estados Unidos y también en China. Y el doctor Sorge era un defensor enérgico de Mao y de Chu-Tdé.

—La China es un continente, camaradas —decía el doctor Sorge, respondiendo a nuestras preguntas sobre las calamidades que afligían al ejército rojo chino— así que la mirada de un solo hombre no puede abarcarla... y lo que se pierde en Hu-nán se gana en Sinkiang, lo que pueda perder Manuilsky, Stephanov o Sorge... pues lo ganará Blücher... la felicidad de los chinos es haber nacido en la frontera de la Unión Soviética.

En una de aquellas conversaciones, se nos anunció la inminencia de una entrevista con el camarada Mikhail Kalinin, el Presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ibamos a conocerle. Y nos estaría permitido darle la mano y hablar con él...

La entrevista se desarrolló en una especie de vasta asamblea en la que predominaban los europeos no comunistas: ingleses, belgas, franceses, suecos, checoslovacos. En total, los asistentes pasábamos del centenar. Se nos condujo a una especie de auditorium y allí se pasaron los cuartos de hora en espera del arribo del camarada Kalinin.

Recibido entre aplausos, el jefe nominal y representativo de toda la vasta Rusia, se mostró jovial y de muy buen humor. Alto, rubio, con ojos claros, de tez y manos blanquísimas, vestía como europeo con pantalón, saco, chaleco, cuello duro y corbata. No llevaba sombrero sino una de esas clásicas gorras de los trabajadores franceses, llamadas "casquettes". De un bolsillo al otro del chaleco, pasando por uno de los ojales, cruzaba una gruesa cadena de reloj. Sin que me explicase por qué, Kalinin me dió la impresión de un viejo relojero, a pesar de que —como para refutarme tal caprichosa idea— él afirmó reiterada y orgullosamente que era un obrero metalúrgico.

Terminaron los aplausos y Kalinin se sentó ante una ancha mesa en la especie de escenario de aquel auditorium. Los traductores iniciaron la traducción de las preguntas planteadas, no obstante que ninguno de los circunstantes había pronunciado todavía una sola palabra.

La primera pregunta enfocó el tema del Plan Quinquenal, a la que Kalinin respondió con sencillez, exaltando la magnitud de la obra realizada y afirmando que un gran economista inglés había sentenciado en la sobremesa de una de las comidas de su club: "O el Plan Quinquenal nos aplasta o nosotros aplastamos al Plan Quinquenal".

Una carcajada general clausuló la respuesta de Kalinin. Los rusos que le acompañaban, lo mismo que los vigilantes, secretarios y traductores, no se mostraron en acordancia con la risa de la asamblea.

La segunda pregunta se refirió a la situación de los koljosienses. Kalinin respondió que jamás el campesino ruso había

disfrutado de mejores condiciones de existencia y que el Gobierno protegía ampliamente el colectivismo en los campos. Aseveró que, por ejemplo, en una de las regiones de la margen izquierda del bajo Volga, las cosechas se habían perdido totalmente como consecuencia de una sequía. No sólo el Estado condonó sus deudas a los koljoses de la región, sino que les proporcionó grandes créditos para adquirir víveres, semillas, abonos y todo lo que les era necesario para volver a sembrar.

En esta forma se desarrollaban las preguntas y las respuestas, hasta que uno de las asistentes se puso de pie y hablando en inglés, pidió perdón y dijo que él deseaba preguntar algo allí mismo y verbalmente.

Hubo murmullo de aprobación en la sala y los vigilantes y secretarios rusos vieron doblegada su resistencia cuando el Presidente Kalinin ordenó que se le tradujese la pregunta del obrero que hablaba.

—¿Cuántos planes quinquenales cree necesarios el compañero Presidente de la Unión Soviética, para que el obrero ruso medio tenga un nivel de vida parecido al del obrero inglés, medio?

Kalinin respondió que, en efecto, los trabajadores asistentes a esa asamblea se habrían dado cuenta de que el nivel de vida del obrero ruso era demasiado bajo con respecto al occidental. Ello se debe —aseguró— a la desmedrada herencia que nos dejara el zarismo, a las durísimas condiciones en que se afirma la revolución. Y añadió que, en cuanto a que el ruso tuviese un nivel de vida análogo al del inglés no era problema fácil. Y no lo es —afirmó— porque el trabajador inglés participa de las cuantiosas plusvalías que los imperialistas sacan de las colonias.

Un nuevo murmullo recorrió la sala. La intervención del trabajador inglés había roto, por otra parte, la norma impuesta por los sectarios rusos. Un metalúrgico belga se puso de pie y preguntó.

—Camarada Kalinin, usted es el Presidente de la Unión Soviética, es decir el primer ciudadano de este país, el de mayor jerarquía ¿verdad? pues, ¿por qué se dice en Europa que a Ud. le manda y le gobierna Stalin...?

—¡Yo no soy ningún tonto —replicó Kalinin— yo soy obrero metalúrgico y tú sabes que estos no tienen nada de bobos. Yo soy Presidente de la Unión Soviética y, en mi categoría de tal, yo mando a Stalin; él es secretario del Partido Bolshevique y, en mi calidad de militante, debo obedecerle a él. ¿está claro?

El obrero belga se sentó mientras la sala reía de la ocurrencia de Kalinin.

—¿Por qué —preguntó un francés católico,— según su declaración los obreros rusos carecen de mantequilla, de huevos, de pan, mientras en casi todos los países de Europa el trigo ruso, los huevos y la mantequilla, el pescado y las salchichas invaden

los mercados y se venden a precios que hacen competencia a los productos nativos...?

El traductor debió repetir dos veces la pregunta, solicitando explicación al obrero que la había planteado.

Kalinin respondió con una exposición larga sobre los peligros de guerra, sobre el cerco capitalista, sobre las feroces dentelladas de los tiburones capitalistas, de donde obtuvo la conclusión de que se privaba de alimentos esenciales al pueblo ruso para proveer las fábricas que producían armamentos. El viejo hizo lo posible, con no escasa habilidad por ahogar la magnitud del hecho en invectivas agudas contra el capitalismo y sus agentes.

La pregunta de un obrero sueco inquiriendo las razones por las que existían tan diversas y separadas categorías de obreros, pues él se había informado que habían en las fábricas hasta diecisiete categorías de salarios y, en consecuencia de niveles de vida, no fué respondida. Intervinieron obreros comunistas franceses y checos planteando nuevas interrogaciones sobre el Plan Quinquenal, los koljoses, la vida del futuro y otros puntos que acompañaban con el concierto agradable a los soviéticos.

No obstante, en medio de aquel retorno a las normas del Kremlin, uno de los obreros de la delegación inglesa, viejo y solemne, hizo con gravedad y cortesía la pregunta:

—¿Por qué la Rusia bolchevique celebra los más ventajosos tratados de comercio con la Italia fascista, en vez de hacerlo con países que no son enemigos de los trabajadores?

—El día que los obreros ingleses —respondió Kalinin— hayan realizado la revolución que ya sus hermanos rusos han realizado, ese día celebraremos tratados para dar todas las ventajas a los obreros ingleses. Pero —añadió— ese día ya no lo veré yo, porque el obrero inglés es un gran oportunista, sin duda, el más oportunista de la tierra.

Una alegre carcajada volvió a recorrer la asamblea. El viejo obrero inglés se sentó aseverando que su pregunta había sido esquivada. Los traductores no alcanzaron a comprender lo que significaba en ruso esta palabra.

Terminó la entrevista, Kalinin se retiró sonriente, saludado por los aplausos de toda la concurrencia.

Había conocido a los dos hombres más importantes de Rusia. Les había visto de cerca y les había escuchado.

Con la piel tostada por el sol del Mar Negro y por los vientos de Crimea, con el alma esperanzada, inicié mis labores en el Komintern. Iba allá a defender la teoría y la práctica del Frente Popular, alentado por Barbusse y por los franceses. Maurice Thorez, que acababa de arribar de París, lo mismo que Guyaut, eran acérrimos partidarios de la misma organización de un vasto frente para resistir la embestida del fascismo.

COMEDIA DE PROVOCACION

Las DELEGACIONES de Argentina, Brasil, Cuba, México, Colombia, Uruguay llegaban a Moscú sin haber alcanzado a recibir en sus respectivos países la noticia del aplazamiento del séptimo congreso de la Internacional Comunista. Y se había acordado la celebración de una Conferencia Latino-Americana, en la que deberían enfocarse los asuntos capitales de todo el sector del Hemisferio, de habla española y portuguesa, tanto por la dirección suprema del Komintern, como por una treintena de los principales dirigentes comunistas de Latino-américa.

Se habían iniciado las conversaciones preliminares y el debate central giraba en torno a las posiciones distintas y hasta opuestas de Manuilsky y de Dimitrov, y a las tesis sostenidas de un lado por Guralsky, y del otro por Sinani, los dos dirigentes principales de la Sección Latino-americana del Komintern.

La tarde en que con más acandilado acuciamiento discutíamos las distintas posiciones, Moscú fué sacudida como por un temblor de tierra. Desde Leningrado se anunció que Sergio Kirov, el segundo hombre del equipo dirigente soviético, el corifeo bolchevique señalado como el sucesor inmediato de Stalin, miembro prominente del Politburó y hombre número uno de Leningrado, había sido victimado de un tiro en la nuca.

El Hotel Lux se conmovió desde la azotea hasta el sótano; ninguno de sus moradores permanecía en su habitación; se preguntaba, se inquirían noticias, se comentaban las lecturas de la "Pravda" y de las "Isveztias" y de todas las hojas que se editaban en inglés, francés y alemán. La conmoción en el Komintern era asimismo de intenso agudísimo.

El asesino había operado con extraordinaria y extraña facilidad. El crimen tenía el caracterismo asombroso —rico en suspicacias— de que en el instante del asesinato estuvieron sólo la víctima y el victimario. No obstante de tratarse de la primera figura del Soviet y del Partido en la segunda ciudad de la Unión Soviética, el matador había llegado hasta detrás de la nuca del dirigente, con facilidad inconceptible.

El asesinato de Kirov me dejó perplejo y anonadado. Nadie podía subir a verme si antes no autorizaba yo mismo telefónicamente la visita; cuando se me llamaba desde la administración por teléfono, para pedirme la autorización, yo debía hacerlo empleando un santo y seña que mudaba con frecuencia, en ocasiones dos veces por día, y todo visitante debía presentarse provisto de su salvoconducto, el que yo debía firmar indicando la hora en la que el visitante abandonaba mis habitaciones. No comprendía, por tanto, cómo un asesino podía entrar de modo tan fácil hasta el despacho del mismo presidente del soviet de Leningrado, provisto de una pistola cargada, colocarse a la espalda de la víctima en momentos en que esta se hallaba absolutamente sola; en la sala y en los pasadizos contiguos, no había sino dos personas: Kirov y su asesino. Todas las explicaciones que se daban no lograban pasar de la esfera de turbios y enmarañados paralogismos.

Esto me resultaba inexplicable, absurdo, inconcebible. Lo comenté en el hall con otros camaradas; expresé mi extrañeza y comparé las precauciones de que se rodeaba a cada uno de nosotros y aquellas que habían debido tomarse forzosamente en torno a la persona de Kirov.

Después de la cena fuí a visitar a Maurice Thorez; conversé media hora con él y con Raymond Guyaut, y como ellos debían salir me despedí, marchándome a mi habitación.

En el interior encontré a dos personas; tenían puestas las gorras y llevaban las chaquetas negras, felpudas y largas. Sobre la mesa, junto a la lámpara había una pistola de gran tamaño.

Uno de los visitantes habló durante aquella entrevista; el otro permaneció silencioso y, cuando hablaba, lo hacía con su compañero y siempre en ruso. El que hablaba español me hizo una serie de preguntas sobre mi origen social, la fecha de mi ingreso al partido, mis parentescos, mis amigos, los hechos íntimos de mi vida privada. Perquirió con tenacidad y, en ciertos momentos, con bellaquería, un cúmulo de informaciones que le proporcionaba gustoso y veraz, no obstante que experimentaba la sensación de que aquel hombre me estaba ganzuando; estaba hurgando en la entraña misma de mi vida. Yo sabía bien que estaba ante miembros de la policía soviética.

Me llamó la atención con gran insistencia, con acento grave-doso y solemne, y poniendo énfasis teatral en lo que decía, sobre lo que calificó como ligereza de juicio y debilidad de mi confianza en el régimen soviético, de mi fé en la clase proletaria, al emitir mis opiniones sobre el asesinato de nuestro camarada Sergio Kirov.

—No he emitido juicio alguno —refuté— he dicho que me parece monstruoso que mientras comunistas como yo eran rodeados de una cuidadosa vigilancia, se consintiese que los asesinatos entrasen y saliesen en las oficinas de hombre como Kirov y que, además, pudiesen quedarse solos con sus víctimas.

—¿Eso significaría que ha habido ineptitud? —preguntó.

—Si eso significa lo que he dicho, bien. No veo porque se ha de tomar tan seria cuenta de mi opinión; y si alguien puede pedírmela es el partido... Y mi aserción fué lanzada con tono cortante.

La voz del individuo de chaqueta negra se tornó insinuante y se hizo melíflua. Suavificándola, haciéndola tenue, insinuó la demanda de las opiniones que tenía sobre Zinoviev, Bujarin, Rikov y otros.

—Mira —le dije riendo y tuteándolo— si quieres conocer las opiniones que yo tengo sobre lo que deseas, diríjete al Komintern. Tan pronto como allí me ordenen que lo haga, no tendré inconveniente en responder a todas las preguntas que deseas plantear.

Hubo un cambio de opiniones entre los dos policías, que hablaron siempre en ruso; el que hablaba español explicaba al otro que yo me negaba a darle ninguna opinión y que le pedía que se dirigiera a la célula del Komintern.

—No se trata de ninguna manera de una investigación, ni menos todavía de un interrogatorio —dijo el policía— es una conversación amistosa entre camaradas que tratan de ponerse de acuerdo.

—Francamente —le argüí riendo— yo no trato de ponerme de acuerdo contigo en nada. No comprendo ni tu visita, ni tu actitud.

El policía se sentó y habló largamente sobre las actividades perniciosas de la "oposición", alabó la mano firme, el talento magnífico y la visión genial de Stalin y afirmó que si creyese en una providencia, diría que ella proteje la revolución: muerto Lenin, el mundo necesitaba sin duda alguna un Stalin, afirmó como un dogma.

Continuó lanzando maldiciones contra la oposición, jurando que no quedaría uno solo con vida y anunciando que aquella misma noche se había fusilado en Leningrado a ochenta espías que se hallaban presos ya hace tiempo y juró que la mano vengadora de la justicia soviética seguiría castigando implacable y desapiedada a los diversionistas, a los enemigos del pueblo, a los zinovievistas. Era por primera vez que escuchaba la calificación de zinoviefismo en la misma categoría que el trozkismo, el espionaje y el banditismo.

Era molesto escucharle: hablaba con frases estereotipadas, empleaba los mismos argumentos y hasta las mismas palabras que utilizaban la "Pravda" y las "Isvezitia"; repetía como un fonógrafo y no había la menor sinceridad en todo lo que decía. Oyéndole se llegaba a sentir repugnancia por él y por lo que decía, o le hacían decir.

Se marcharon los dos, despidiéndose con recargada ceremonia y delusiva cordialidad. Quedé asustado e intranquilo, al mismo tiempo que perplejo por la trascendencia que atribuían a mis juicios sobre la muerte de Kirov, emitidos en un comentario casi íntimo, y la rapidez con que los términos de ese comentario habían sido transmitidos hasta el centro directivo de las esferas policiales.

La nerviosidad que conmovía al Lux, contrastaba con la indolente indiferencia de la gente que caminaba por las calles, no obstante que la noticia era ya ampliamente conocida en toda la Unión.

Al día siguiente las oficinas del Komintern se cimbraban como azotadas por un huracán, y sobre ellas y sus funcionarios, pasaba la racha de una ruda conmoción; cada oficina fabricaba un rumor; cada grupo de mecanógrafas llevaba y traía las informaciones más espeluznantes. Sobre los rostros y sobre las cabezas aleteaba el miedo, el pánico. Era como el instinto de conservación indefenso y desnudo. Por la tarde circuló la noticia, de modo concreto y conclusivo:

—Han tomado preso a Magyar... al húngaro...

En efecto, no se encontraba en sus oficinas el amigo de Bela Kun y camarada íntimo del doctor Sorge; estaba preso uno de los teóricos mejor calificados de la Internacional y uno de los más conocidos por su colaboración permanente en el "Imprecor" — correspondencia internacional. — Sus oficinas estaban desiertas... Tampoco estaba la secretaria.

Por la noche se reunió una gran asamblea de todos los miembros del Komintern. Iba a juzgarse la conducta de Magyar o, mejor dicho, él iba a explicarla. Se le acusaba de mantener vinculaciones con el asesino de Kirov y hasta de intentar protegerle contra la mano vengadora de la implacable justicia soviética. Hizo gestiones, por intermedio de su criada, para hacerle llegar dinero y algún recado... y el comentario señalaba una vez más al doctor Sorge... en este asunto.

Ingresamos a la amplia sala y se nos hizo sentar en la misma fila en la que se encontraba Manuilsky. Magyar estaba en el escenario, tranquilo, desafiante, comiendo con pasmosa calma un emparedado de gran tamaño. La primera fila estaba ocupada ostensiblemente por miembros de la policía soviética.

El primero en intervenir fué Manuilsky.

Habló con indignación, enrojeciendo por la cólera, increpando con dureza a Magyar y a todos los que llamó "amigos de Zinoviev y de Bujarín, que trabajaban en el Komintern". Los empujó a confesar sus crímenes y, en el caso de Magyar, a decir cuáles eran las vinculaciones que lo ataban al asesino de Kirov, por qué había tratado de ayudarlo y de impedir que actuase "la mano vengadora de la justicia soviética".

La sala entera aplaudió a Manuilsky; en un momento, en el comienzo, hubo sectores de la sala donde los aplausos tuvieron una sonancia tibia y desmayada y otros, donde no resonaron del todo. Pero, tan luego como los hombres ubicados en la primera fila se pusieron de pié y volvieron los rostros hacia el público, las salvas se hicieron nutridas y totales, desapareciendo las lagunas notorias del primer momento. A continuación, habló en términos graves y enérgicos, secundando a Manuilsky, el camarada Motylev, otro de los íntimos de Magyar.

Magyar se irguió en el escenario; tenía en la mano el emparedado que no terminaba de comer, a pesar del tiempo transcurrido. Avanzó hasta el centro de la parte delantera y empezó a masticar mamullando con ruido; miraba a la vasta audiencia con desprecio que se esforzaba por hacer notorio a todos. Tragó el bocado, se restregó los labios en la manga, con grosería artificiosa y dijo:

—Yo creo que es mucho mejor que se esperen hasta que yo termine de comerme este emparedado, pues de otro modo no voy a poder hablar.

Protestamos contra la bellaquería de Magyar. No me explicaba cómo un hombre que se hallaba frente a una acusación gravísima, que le costaría la vida, tomaba el asunto de modo tan provocativo, adoptando posturas grotescas e insultando a la gente, sin necesidad alguna, tratándola con tan agresivo desparpajo.

Manuilsky y otros lanzaron imprecaciones contra Magyar.

—No te enfades Manuilsky —replicó Magyar despectivo, aderezando su frase con risa cínica— estás viejo y te puede afectar el funcionamiento del riñón... ¡del corazón no, porque esta no es prenda tuya...! ¡cálmate hombre, cálmate...! ¡hazlo por Stalin...!

Los hombres de la fila delantera se miraban unos a otros, miraban hacia los que nos hallábamos en las filas de atrás, meneando la cabeza, como preguntando: ¿qué les parece?

Magyar habló e hizo un discurso largo, retórico, con marcada afectación teórica en el contenido y en la terminología; se refirió a la revolución húngara y describió el papel preponderante y de primera magnitud que le había correspondido desempeñar. Por fin, refiriéndose al asesinato de Kirov, expresó que el

asesino era un buen hombre, que era su amigo y que él había tratado de ayudarlo. ¿Quién de ustedes —exclamó— no tiene un amigo? ¿Y quién no ha tratado de ayudar a su amigo cuando se encuentra en algún aprieto? ¿O es que hemos dejado de ser humanos, al adquirir un carnet del Partido...? ¿eh...?

—Es que al proceder a ayudarlo —sentenció Manuilsky desde su butaca— estás desafiando a la Justicia Soviética.

—¡Estás viejo Manuilsky para estar repitiendo las tonterías que fabrican los secretarios de Stalin —replicó Magyar— yo no desafío a...

El griterío era ensordecedor. Los hombres de la primera fila protestaban con gruesas voces, como si se les hubiese abierto toda la clavija del tono de altavoz en las gargantas; los otros gritaban palabras en idiomas diversos; increpaban e injuriaban a Magyar. Este, desde el escenario, con otro emparedado en la mano, y una botella de refresco, reía agitando el torso y los hombros.

Después que se hizo el silencio y todos ocuparon sus asientos Magyar exclamó:

—Yo no desafío a ninguna justicia, ni a tí tampoco Manuilsky, ni a los necios que están empeñados en hacer drama esta noche. Porque, veamos ¿a qué viene tanto ruido por la muerte de Kirov? Casi todos los soviéticos que están en esta sala y todos los húngaros que están aquí, incluyendo a Kolarov, ¿no han matado a uno por lo menos? A mí no pueden decir que no, porque sé bien lo que ha sido todo esto. Y yo les pregunto ¿aquellas vidas que vosotros liquidásteis, no valían tanto como la de Kirov... humanamente hablando?

El vocerío se elevaba de nuevo.

—¡Esto es insoportable...! ¿Por qué se le aguanta?

—Pero ¿qué te pasa Magyar? estás inconocible, no eres tú...

—¡Se ha vuelto loco... es un comediante... es un miserable!

—Dejadle continuar, camaradas, —gritó el hombre de cabeza rapada que oficiaba de presidente de la asamblea— que se exprese sin coacción alguna. —Y, dirigiéndose al protagonista decía con voz amable:

—Prosiga ciudadano Magyar, continúe...

—Yo sé que todos vosotros —decía Magyar después de haber bebido un trago del refresco y masticando un grueso bocado— todos vosotros habéis renunciado al sentimiento y al lenguaje humanos. Claro que lo sé bien, y hace tiempo. Yo también, pero sucede que la memoria mía es terca, dura y a veces recuerda el viejo lenguaje humano... lo que vosotros llamaríais Len-

guaje Burgués. Y en ese lenguaje, yo os pregunto: ¿Qué más dá, cretinos, Kirov o cualquier otro?

En la sala volvió a levantarse una nueva tempestad.

—¡Está hablando como un insano! ¡Es un grosero farsante...! ¡Está representando una comedia...! ¡Está loco...!

—Ni loco, ni farsante —gritó Manuilsky— es un contrarrevolucionario, un enemigo del pueblo, un bandido zinoviefista.

Y la indignación contra Magyar recorrió la sala como el oleaje nervioso de una piscina; ondulando suavemente en todas direcciones.

Yo había conocido bien a Magyar; era serio, mesurado, escribía con brillantez y claridad, corregía los artículos que entregábamos para la "Correspondencia Internacional" haciéndolo siempre con gran bondad y con un devoto empeño didáctico. Al pasar por los pasillos del Komintern, con su gran portafolio bajo el brazo, su aire tranquilo y austero, se le habría tomado por un profesor universitario. En sus escritos había sido stalinista. Cuando hablaba lo hacía con amabilidad, pausadamente, con voz grave y siempre con seriedad que impresionaba... ¿sus amigos...? bueno, Manuilsky, Motylev, el doctor Sorge, Kuusinen... los más sobresalientes...

¿Cómo podía ser un bandido aquel personaje? Uno de los más lúcidos intérpretes del marxismo, tranquilo y diáfano; pareció siempre exento de violencia y enamorado del razonamiento lógico. Y de repente, de una semana a la otra, como consecuencia de que un poble diablo —así lo presentaba la prensa soviética— había asesinado a Kirov, Magyar se transformaba en un energúmeno.

Allí, de pie sobre el escenario, devorando su emparedado a grandes tarascones, con grosería estudiada, Magyar era como una imagen monstruosamente deformada. Insolente, abellacado, encallecido de repente, más parecía en efecto representando una comedia, desempeñando un papel de encargo, que afrontando una realidad terrible. Desde más atrás, desde mucho más adentro de sus frases y de sus actitudes de aquella noche, disparaba como flechas de duda, de incredulidad, sobre lo que estaba haciendo. Hubo largos momentos en los que la carencia de sinceridad se hizo plástica, tangible; y en los que se palpó el esfuerzo que hacía para abarraganar las teorías marxistas y la provocación grosera.

Cuando terminó, Magyar se sacudió las manos con estrépito, abrió sus piernas, en amplia horcajadura, y cruzó los brazos frente a la asamblea en actitud desafiante.

Tres asambleístas pidieron la palabra y hablaron sucesivamente, Rindieron homenaje a Kirov, el gran bolshevik, caído en la lucha contra los enemigos del pueblo, caído por el triunfo

de la revolución proletaria mundial. El, Kirov, el mejor amigo, el máspreciado e inteligente colaborador, el más devoto hermano de Stalin. El más legítimo candidato a la sucesión en el comando...

Cada vez que los oradores pronunciaban el nombre de Stalin, los hombres de la primera fila se ponían de pié y aplaudían frenéticos y espoleantes.

Volvían el rostro hacia atrás y, aventando hacia arriba las palmas de sus manos, incitaban a todos a hacer lo mismo que ellos. De otro lado, hombres apostados entre la concurrencia, se distinguían de los demás por la periodicidad con que lanzaban los gritos y por la energía que ponían al lanzarlos.

—Stalin... Stalin... Stalin...

Desde aquella noche, ninguna palabra he escuchado más repetida en Rusia que esa. Por todas partes, en todas las circunstancias, en los más diversos tonos:

—Stalin... Stalin... Stalin...

Magyar pidió la palabra para hablar de nuevo. El presidente de cabeza monda y de cara sonrosada, impuso silencio e invitó a escuchar a Magyar. Comenzaron a funcionar aparatos eléctricos, registrando sus palabras.

Magyar no acusaba, pero hacía insinuaciones terribles. Insinuaciones que caían como tiros sobre los más cercanos amigos de Zinoviev, sobre Bela-Kún, el ex-presidente de la República húngara; sobre dos de los secretarios de Bujarin; sobre el viejecillo finés, que se hacía llamar Martens, en el Komintern y que era uno de los concurrentes de Kuussinen en el partido comunista de Finlandia, y donde se le tenía como una figura venerable; sobre el larguirucho Chemodanov, presidente del KIM. —Komunist Internacional Molodioch, o sea la Internacional Comunista de la Juventud— a quien Manuilsky profesaba una empecinada ojeriza que no se sabía si llegaba hasta el odio; sobre el viejo Vasiliev y sobre varios de los hombres protegidos en el Komintern por Zinoviev.

Sentí la impresión oscura de que todo aquello era forzado. No surgía con naturalidad; parecía la faena de un actor que no lograra encarnar sino muy torpemente el personaje; parecía una comedia grotesca que, por otra parte, estaba destinada a convertirse en horrendo drama real, un poco más tarde y más allá del escenario.

Salimos después de las tres de la madrugada; no se había esclarecido sino que Magyar era un bellaco y un granuja, en todo caso, sin duda, un individuo con alma de bandolero.

Al salir, nos extrañamos de que Magyar se hubiese atrevido a mencionar al camarada Vasiliev y a mezclar en sus referencias a la camarada Helena Stasova, la encantadora vieja, amiga

de la intimidad de Lenin y a quien éste llamaba “mi querida autócrata”.

Al escuchar los comentarios que hacíamos, Manuilsky intervino con energía y un tanto enfadado:

—Vasiliev —gritó— y Helena Stasova creen que haber sido amigos de Lenin es patente de talento; pero su actuación sólo está demostrando cómo por el camino del sectarismo se puede llegar a la imbecilidad.

Nos llamó a todos muy intensamente la atención que, a la mañana siguiente, la prensa soviética anunciase una cantidad elevada de ejecuciones, sin proceso alguno, sin mostrar al asesino de Kirov, sin exhibirlo ante los tribunales, en suma sin juzgarlo de modo normal. Nadie vió nunca al asesino, no se le conoció, no le juzgaron y solamente se supo que una madrugada, uno de los esbirros de la policía soviética le había pegado un tiro en la cabeza.

No comprendí que en aquellos momentos se desencadenaba en Rusia, la más horrenda carnicería de todos los tiempos. No me di cuenta consciente de que aquella asamblea era una especie de sesión preparatoria del drama sanguinario que organizaba el régimen de Stalin, y el que se desenvolvería implacable y feroz a través de muchos años en la inmensidad de la estepa, ahogando en sangre, aplastando bajo una montaña de crímenes, todo leve síntoma de mera discrepancia.

Quizás en un instante me cruzó el cerebro la idea consciente de que Magyar estaba representando una comedia de villanos. Quizás en un milésimo de segundo, en una de esas medidas imponderables de duración, que ningún reloj, y sólo la conciencia, es capaz de captar, apareció translúcido, puede ser que hasta lúcido, el pensamiento de que todo aquello era ficticio: una comedia sangrienta montada especialmente por Manuilsky, por los servidores de Stalin en el aparato del Komintern, por el comando de la N.K.V.D. y por los jefes de la policía, con el propósito de explicar, justificar —quizás no convencer— ante la opinión pública, la despiadada represión que, desde aquel momento, se desató con ferocidad siniestra, contra Zinoviev, Bujarin y sus amigos y que se extendió luego a todos los sectores de la vida rusa. Pero, en aquellos momentos, no logré alcanzar el dominio de la conciencia lúcida de todo este horrendo proceso histórico, que sólo fué horadando y se abrió paso lenta y dolorosamente en mí a través de largos años.

Cuando una idea nos posee como fé y como obsesión, cuando marchamos enamorados del camino y encandilados por la meta, las ideas contrarias llegan a nuestra mente y golpean de modo fugaz, pero no logran hospedarse en nuestra conciencia. Es como si algo misterioso construyese tabiques impermeables, capa-

ces de impedir que las ideas contrarias se junten en nuestra conciencia y choquen entre sí. Sólo el transcurrir de la vida y las experiencias que golpean sobre nosotros, como implacable aguacero, pulverizaban lentamente tales defensas, dejando penetrar las ideas antagónicas que llegan muchas veces a producir el derrumbamiento de todo un alto y sólido andamiaje de ideas.

Sólo mucho tiempo después, años más tarde, pensé que la escena en la que Magyar hizo de grotesco y cínico protagonista, había sido parte de una comedia siniestra. Sólo muchos años más tarde me atreví a pensar que a Kirov no lo habían matado los zinovievistas, sino que el candidato a la sucesión de Stalin fué liquidado por uno de sus más cercanos concurrentes, Molotov, Zhdanov, el cruel y frío Malenkov, o por Stalin mismo y que el asesinato fué uno de los miembros de la N.K.V.D. Sólo pensando de esta manera se establecía la lógica de los sucesos de aquel tiempo, en los que fuí testigo.

Días después de la asamblea del Komintern fueron desapareciendo de sus oficinas los miembros del aparato moscovita de la Internacional, amigos de Zinoviev y casi todos aquellos que, resistiendo al comando de Manuilsky habían auspiciado el encumbramiento de Jorge Dimitrov, apoyando enérgicamente su candidatura a la Presidencia de la Internacional Comunista.

Una de aquellas mañanas no llegó más a sus oficinas el feo y rechoncho Bela-Kún. Juancito, el polaco, mi camarada del Bureau Sud-americano, a quien había aludido Magyar en su disertación, desapareció también. No vimos más un buen día, al larguirucho Chemodanov, presidente del KIM, al alegre y ameno viejo Piatakov, al traductor Smirnov, a la mecanógrafa Anetka y a los ayudantes Shapiro, Goldenberg y Cheliabin.

Por los pasillos de la vetusta casa del Komintern soplaban un helado viento de terror; el ingreso en cualquiera de las oficinas causaba sobresalto a quienes trabajaban en ella; la gente comenzó a caminar encogida y aterrada y, muy en especial, sobre los rusos, finlandeses y polacos, pasaba un vendabal de pavor. Era como si el foco de la conspiración que culminara en el asesinato de Kirov, hubiese sido el Komintern, la organización donde se habían atrincherado los viejos bolsheviks, donde Zinoviev y Bujarin, dos de los grandes colaboradores de Lenin, ejercieron la presidencia. Parecía como si la actuación de Magyar hubiese sido la señal, el argumento, el justificativo, para que la N.K.V.D. emprendiese la persecución inmisericorde que, hacía tiempo, tenía planeada.

Pese a la dramaticidad del espectáculo y a la truculencia de los acontecimientos, el terror no era nada nuevo: lo único nuevo en ese momento era que cambiaba de dirección: en vez de descargarse sobre los burgueses, sobre los "kulaks", sobre los "nep-

mans", pues se descargaba sobre sus propios forjadores, demostrando que se convertía en su negación, triturándolos. La maquinaria era más compleja, estaba más engrasada, sus engranajes eran más finos, pero era la misma "checa" que creara Lenin... ¡Que aquel otro terror era empleado contra la burguesía, contra la contra-revolución, contra el enemigo de clase...! Pues bien: las palabras eran las mismas que repetía Stalin, poniendo en vez de los burgueses e imperialistas, a los viejos bolsheviks... a los comunistas leninistas, que no habían tenido la habilidad, o la indignancia moral, de hacerse oportunamente stalinistas.

Esto lo ví claro sólo muchos años más tarde. ¡Cuando nos apasiona la fé contraria, cuánto... cuánto tarda en esclarecerse el hecho en la conciencia...!

CATARTICA STALINISTA

ENTRE EL anochecer y la madrugada seguían desapareciendo los dirigentes más conspicuos de las diversas dependencias del Komintern. El Hotel Lux se convirtió en un centro de actividad de la policía soviética. La N.K.V.D. instaló una oficina especial en el edificio y allí eran conducidas previamente, para identificarlas, las personas que arrancadas de la cama eran embutidas luego en el camión cerrado que los llevaba para siempre, camino de la "Lubianka", de los campos de concentración o del tiro en el occipuccio.

De modo simultáneo, la prensa soviética, las resoluciones del partido comunista, los organismos del Gobierno, anunciaban que el racionamiento sería suprimido, que se aumentaría la ración de mantequilla y que su distribución sería ampliada a sectores de obreros que no la recibían. Se publicaron informaciones abundantes y optimistas sobre el éxito del plan quinquenal en aquel año y se enunció —aunque vagamente— la posibilidad de que las restricciones para obtener vestuario y calzado, disminuirían en forma sensible. Se anunció con bullanguera aparatosidad teatral, que los trabajadores podrían adquirir bicicletas, receptores de radio y hasta artículos de aluminio para cocina. El anunciado receptor de radio era del llamado "tipo soviético", en el que el auditor no podía escoger ni controlar la audición; servía exclusivamente para escuchar las transmisiones controladas y organizadas por el gobierno y por el partido.

El comentario popular sobre la supresión de las colas del pan, unido al temor policíaco, apagaban en realidad todo lo que se hubiese podido decir sobre la persecución desencadenada en el seno del partido bolshevique y realizada contra las más altas cumbres de su dirección política. Además, el pueblo, el ruso corriente, estaban habituados al terror; él formaba parte de su existir, desde el día siguiente de la revolución: y así, le daba lo mismo que cambiase o no de dirección, siempre que no le tocase a él...

En el Hotel Lux se intensificó la agitación; se anunciaron nuevas "chiskas" —o asambleas de limpieza política— y se perilaron nuevos procesos contra personalidades de primera magnitud. Sonó el nombre de Sinani, el dirigente del Bureau Latino Americano del Komintern en Moscú, como el de uno de los candidatos a la sangrienta catártica.

Sinani era un hombre alto, enjuto, permanentemente calzado con botas muy limpias y vistiendo un saco europeo con un ceñido pantalón de montar. Tenía aire militar, rezago y sello de su estada en el ejército. Durante la revolución, Sinani era teniente del ejército del Zar; estuvo al lado de los blancos y, más adelante, fué Capitán de los ejércitos de Koltchack. Sólo a principios del año veinte se pasó a las filas de los bolsheviques y, más tarde, se afilió al partido comunista. Sinani era hombre de elevada tenacidad; discutía con mucha calma, pero poniendo una especie de terquedad en sostener sus razonamientos y en enriquecer constantemente su argumentación, aun después que ella había sido rebatida. Cuando encontraba un argumento vigoroso, machacaba sobre él hasta cansar al auditorio; no cedía sino tras dura pugna que, a veces, se prolongaba semanas. Gran estudioso y con prodigiosa potencia de análisis. Sinani era elemento de gran valor en toda discusión teórica sobre los problemas latino-americanos. Y sobre la temática del imperialismo y de su acción sobre la vida económica y política de los países semi-coloniales, había tenido largas discusiones con el doctor Sorge.

Sinani era el hombre del Komintern elegido como candidato a la acusación: se hablaba de su pasado, de sus orígenes, de su procedencia, del rubio cabello de su mujer —asegurando que era pintado como el de una burguesa— de la seducción que emanaba de su rostro fino y marfileño, y del hecho extraño de que no estuviese afiliada al partido.

Convocaron a una asamblea en el salón de actos del Lux; se le denominó sesión de célula y en la orden del día se había inscrito "El Caso Sinani". Se trataba incuestionablemente de una "purga", de la función catártica del partido bolshevique.

Allí comenzaba algo de lo que había de terminar quizás ante un trozo del suelo agujereado por el tiro del pistolero ejecutor. La gente que concurría a la asamblea parecía comprenderlo así; todos estábamos poseídos ya por el miedo más íntimo; no obstante, sonreíamos y nos mostrábamos alegres... con la alegría rutinaria que existía en las sesiones en que iban a discutirse temas sobre la "La Estabilización Relativa del Capitalismo", o sobre "La Construcción del Socialismo en un solo País".

Sinani estaba ya allí ocupando una tribuna; apenas se abrió la sesión se le concedió la palabra.

En la primera fila estaban los hombres inconfundibles de la N.K.V.D. con sus chaquetas largas, con sus rostros rellenos y sus cabezas rapadas a navaja. Pronto me habitué a descubrirlos entre mucha gente o entre grupos reducidos: por la manera de mirar, por la ropa de clase infinitamente superior, por los pasos, por las risas, por el ritmo insolente de caminar. Era claro que no tenían interés en ocultarse, sino al contrario: tenían interés en impresionar, en mostrarse, en dar corporeidad al ejercicio del terror.

Sinani estaba verduoso, salvo en la parte vecina a los pómulos, donde le quedaban dos manchas lívidas, de un violeta que se hacía intenso cuando la luz caía de cierto modo sobre su cara. Alto, ceceño, fornido, hablaba con la voz entera, con acentuada energía y, se estaba sintiendo que con honda sinceridad.

—Desde niño —exclamaba— aprendí a amar ardiente y apasionadamente a Rusia, quizás porque me tocó vivir siempre en sus fronteras, en las que dan al oriente. Mi padre murió en la guerra con el Japón, en 1904. Murió por Rusia y fué uno de sus héroes. Yo era un niño.

—¡Menos literatura! —gritó uno de los N.K.V.D.

—“Nous ne sommes pas dans une academie...” —chilló en francés Henriette, la mecanógrafa francesa de Manuilsky.

—¡Qué hable...! —decían otros.

—Se me ha pedido mi biografía camaradas —dijo con voz tranquila Sinani— y la estoy haciendo. La sé de memoria, porque la he vivido con intensidad y con honradez y, además, porque me han obligado a relatarla muchas veces.

—¡Está prohibido interrumpir al camarada —dijo el presidente de la sesión— prosiga Sinani!

Habló de su educación, de su adolescencia, de sus estudios, hasta que, por ser hijo de un oficial muerto en el campo del honor, se le abrieron las puertas del ejército de Rusia.

—¡Del ejército zarista! —gritó la mujer que nos servía té en la oficina y que siempre me había parecido no sólo una pobre mujer, sino un pobre diablo sin opinión y sin ideas políticas. Y allí estaba ella, de pie, desgredada y rabiosa, acusando a Sinani.

—Sí, camarada Shura —respondió suavemente Sinani— del ejército zarista... en aquel tiempo no había otra clase de ejército en nuestra Rusia.

La concurrencia rió y el presidente dijo con sequedad:

—No dialogues Sinani, no lames a los camaradas por su nombre, dirjete a la presidencia, y evita que se te llame la atención.

Sinani prosiguió su narración y dijo cómo había hecho estudios en las academias militares y como estuvo de guarnición en

Petrogrado, en Kiev y en Vladivostock y su participación en la guerra.

—Pero, la madre de usted camarada Sinani —interrumpió el Secretario de la célula, agitando un legajo de papeles— recibía un estipendio del gobierno zarista... estipendio que implicaba algún servicio.

—En efecto, camarada secretario —replicó con intencional cortésia, Sinani— mi madre recibía la pensión que el Gobierno le daba por la sangre que mi padre había vertido defendiendo el suelo ruso en una guerra desafortunada.

—¡Desafortunada guerra —gritó con sorna el camarada que hacía la limpieza de nuestras oficinas en el Komintern— ya estás resultando chauvinista! ¿Qué buena laya de comunista es este tráfuga?

El presidente impuso silencio.

—¿Puedo pedir, camarada presidente, que no se me injurie— preguntó Sinani— no soy un condenado, ni siquiera un reo: soy solo un miembro del partido a quien...

—A quien estamos juzgando —gritó airadamente uno de los traductores, a quien siguieron la francesa Henriette y varios policías.

—Mi madre —continuó Sinani— percibía una pequeña pensión; la que reciben las viudas de los soldados que mueren por la patria. Mi madre no prestó servicio de ninguna clase por el pequeño estipendio que recibía.

—¿Así que vivía parasitariamente? —murmuró el Secretario.

—Creo que el término no es justo, camarada Secretario —repuso con dignidad Sinani— vivía de la sangre de mi padre. Y la voz de Sinani se quebró por la emoción.

Como si se advirtiese que esta misma emoción se comunicaba al auditorio, uno de los hombres de la N.K.V.D. exclamó:

—Vamos, menos patetismo, menos literatura.

Sinani relató cómo había peleado en el frente y las batallas en las que había participado; sus heridas, su actuación en la batalla de Tannenbergh. Luego, la revolución de Kerensky, su traslado a Vladivostock convalesciente; su actuación contra las bandadas armadas de pícaros que no pertenecían a ningún partido, que no profesaban credo alguno y que se dedicaban al pillaje.

Se alzó un tremendo vocerío en la sala, pero era levantado por una exigua minoría, entre ellos, además de la policía, por los empleados más bajos de nuestra sección. La secretaria de Sinani estaba intensamente pálida pero le quedaba energía para sonreír cada vez que la miraba. Julio, el camarada con quien trabajábamos en el sector del Pacífico para la América del Sur, no decía una palabra, me miraba con asombro y dirigía miradas de

cólera o de miedo —no lo pude saber— a los que injuriaban a Sinani.

Los que gritaban proferían injurias:

—Está insultando a la clase proletaria...

—Está blasfemando contra la revolución.

—Este tipo es un contra-revolucionario, un bandido...

El Presidente obligó a callarse y a ocupar sus asientos a los que gritaban. Sinani, a su vez, replicó:

—No, aquello no era clase obrera, porque en el lugar donde me hallaba no había un solo obrero; ni era revolución, ni comunismo, ni credo alguno. Eran bandas de asaltantes que robaban para llevarse consigo lo que pillaban; eran asesinos e incendiarios que saqueaban e incendiaban las aldeas.

—¡Eran los guerrilleros de la revolución proletaria! —le gritaron.

—¡No... no... yo sé bien lo que digo. No eran guerrilleros; eran individuos que ejercían las más bestiales formas del bandolerismo. Y eran bandidos rusos y bandidos chinos!

—¡Está empleando un lenguaje capitalista —le gritaban— Sinani, eres un burgués...!

Sinani estuvo impresionante al narrar su paso al lado de los comunistas, su ingreso al ejército rojo, su labor tesonera como instructor de los reclutas, sus campañas contra las invasiones.

—¡Que sí, que diga, —le gritaron— a cuantos comunistas fusiló...! ¡Que lo diga...!

El presidente de la asamblea repitió la pregunta.

—No hice fusilar a ninguno, —respondió Sinani.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó el Secretario de la célula.

—Porque nunca hice fusilar a nadie, —replicó sonriendo Sinani.

—¿Así que eres un militar vegetariano? —volvió a preguntarle.

—Fusilar es una cosa, matar en combate, es otra; replicó secamente Sinani.

—Bien entonces te pregunto —dijo el secretario— ¿a cuántos comunistas mataste en combate?

—Si ello hubiese sucedido —dijo con dureza Sinani— yo no podría saberlo, ni precisarlo.

—¡Está ocultando la verdad... está mintiendo... está pretendiendo engañar al partido! —clamaban los grupos de hombres y mujeres que se habían puesto de pie.

Alguien lanzó un siseo; los demás nos envalentonamos y le seguimos. Julio gritó con voz trémula:

—¡Qué haya orden en esta asamblea, camarada presidente!

—El presidente está dirigiendo con toda corrección la asamblea de la célula —dijo con altivez teatral el que presidía— y el camarada Julio no tiene porqué llamarme la atención; yo sé bien lo que debo hacer.

Julio no dijo nada y la sala quedó en silencio. Pasaba un solo frío sobre ella, bajo las miradas inquisidoras de los policías.

Sinani prosiguió su narración con desgano. Estaba mucho menos pálido; había recobrado su habitual color rojo encendido; parecía más seguro de sí mismo o del tema en el que entraba. Habló sobre su trabajo en la Internacional Comunista; sus informes, sus artículos, los ensayos de los que era autor y que estaban en poder de la Academia Leninista, sección América Latina. Sus estudios sobre Bolívar y las campañas de la independencia ibero-americana; sobre Porfirio Díaz y el régimen de los científicos; sobre las dictaduras de Machado en Cuba, de Gómez en Venezuela, de Leguía en el Perú, de Ibáñez en Chile.

El presidente le interrumpió:

—Una tarde —le dijo después de haber leído una de las carillas del legajo que le presentara el secretario de la célula— estabas en la plaza roja; te acompañaban Julio y tu mujer, Ossia. Te encontraste con Vasiliev, el amigo de Piatnitsky y con Lenka. La secretaria de éste. Conversaron... fué una conversación política... ¿la recuerdas...?

—Francamente —respondió Sinani con turbación— no lo recuerdo con mucha claridad, pero puede ser naturalmente; he tenido tantos encuentros en tantos lugares y con tantas personas... y mi conversación siempre es política.

—Haga memoria, dijo el presidente.

—Haz memoria —reiteró el secretario de la célula— haz memoria Sinani.

—Bien puede ser, no puedo afirmar que no —replicó Sinani— pero ¿qué puede tener o qué puede no tener la conversación sostenida ante varias personas con un camarada del partido y activo colaborador del Komintern?

—Ossia, tu mujer puede ayudarte a recordar Sinani —dijo el secretario de la célula— pero, esto será en tu casa ya que ella no se encuentra aquí, puesto que no es miembro del partido.

—¡Ah! —exclamaron en la sala— ¿con que no ha hecho ingresar al partido a su mujer... y él es un dirigente del Komintern? Pero, ¡qué buena ficha, qué raro ejemplar de comunista!

Sinani estaba turbado. Quiso explicar porqué su bella mujer, rubia y hermosa, con ojos chinoscos y extraño rostro de vampirisa, —que llamaba la atención por su manera de vestirse y de peinarse— porqué no había ingresado al partido.

—Camaradas, falta de cultura política; no hace un año aun que vivimos juntos; de otro lado, yo respeto la personalidad de

mi mujer; no quería hacer presión, porque creo que al partido debe llegarse sin presión alguna.

—Pequeño burgués —gritó Henriette— pequeño burgués.

—Matrimonio pequeño-burgués —añadió la mujer que servía el té.

—Tu mujer —preguntó el secretario— ¿tampoco pertenece a ningún sindicato?

—No, en efecto, no pertenece, reconoció Sinani.

—¿Tampoco trabaja?...

—Bueno... en una fábrica no... no, volvió a responder Sinani.

—¿Y de qué vive? —tronó el Presidente— ¿quién la mantiene?

—La sostengo yo, —dijo Sinani con firmeza— el salario que percibo en el Komintern y lo que se me paga por mis trabajos intelectuales, me permiten hacerlo. Vivimos en el Lux, en una habitación, todos lo ven cómo.

—Pido que se tenga en cuenta todo esto —solicitó en tono exclamatorio el secretario— que se tenga en cuenta.

—Así será —ratificó el presidente, mientras indicaba al taquígrafo que subrayase este punto.

—Pero —dijo el secretario— volvamos al tema de la conversación con Vasiliev en la Plaza Roja—. El te dijo a tí Sinani... recuérdalo bien, recuérdalo. ¿Te imaginas lo que sucedería si desapareciesen los jefes del partido?... Tú te extrañaste un poco, como si no comprendieses. Y entonces Vasiliev te dijo más claramente: ¿Qué pasaría, qué crees tú que pasaría, por ejemplo, si muriese el gran camarada Stalin? En aquel momento, te apartaste de todos, tomaste del brazo a Vasiliev y acompañados de Lenka, se fueron conversando los tres... ¿Recuerdas ahora, Sinani?

El hombre había recibido un golpe en la nuca; abrió la boca, con los labios secos; intensa palidez le invadió de nuevo reduciendo a pequeños puntos los tintes violáceos debajo de los pómulos. Se tomó, con nerviosa violencia, una mano con otra y respondió:

—Sí, ahora recuerdo bien —hizo una pausa y reanimándose afirmó— la pregunta de Vasiliev no surgió así, de la nada; vino del comentario que hicieramos sobre la muerte de nuestro camarada Sverdlov, sobre los méritos de su obra, sobre su amistad con Lenin y sobre la pesadumbre que significó para el pueblo ruso aquella muerte. A continuación fué que Vasiliev preguntó...

—¡Así fué, así exactamente —exclamó Julio poniéndose de pie— y fué una conversación que escucharon más de seis personas.

—¿Y a qué fuiste con Sinani a la Plaza Roja? —preguntó el secretario de la célula.

—A ver si los carteles que iban a colocarse en la fiesta del siete de noviembre tenían la traducción exacta del ruso al español; además, para ver si las palabras en castellano no tenían faltas.

—Pero Sinani ¿qué castellano sabe...? —dijo con mofa el secretario.

—Lo leo bastante bien —dijo Sinani— pero yo no fui a ver los carteles; acompañé a Julio por estirar las piernas; debíamos regresar al hotel a continuar el trabajo pendiente.

—Están mintiendo —gritó un N.K.V.D.— que se anoten sus contradicciones.

—¡No hay contradicción —exclamó con vigor Sinani— Julio fué a revisar los carteles en la Plaza Roja; yo y mi mujer fuimos acompañándolo para regresar juntos al hotel. Vasiliev y Lenka estaban en la Plaza, por azar... estaban asimismo varios decoradores y pintores.

—Pero, ustedes hablaron sobre la muerte del camarada Stalin, dijo con burla uno de los miembros de la N.K.V.D. que había tenido los ojos cerrados muy largo rato.

—No mencionamos en absoluto nombre alguno —replicó Sinani— y no pronunciamos el del camarada Stalin.

—¿No lo señalaste como a Kirov?, gritó histérica y sorprendidamente el hombre de la N.K.V.D. que había tenido los ojos entornados.

Sinani volvió a perderse en el laberinto de sus emociones. Reaccionando, con visible esfuerzo, imploró:

—Pero, ¿por qué se lanzan así cosas tan terribles?

—Bien, bien —dijo el presidente— vosotros hablasteis de la muerte de los dirigentes del partido, de lo que sucedería, de la forma en que recibiría tales sucesos el pueblo ruso... ¿Tú, Sinani, qué dijiste?

—Pues dije, y lo dije con toda convicción, que los dirigentes del Partido estaban muy bien, que gozaban de perfecta salud y que no debíamos preocuparnos por eso. Así fué todo.

El Presidente hizo varias preguntas sin importancia, miró al que probablemente hacía de jefe de los N.K.V.D., miró su reloj y afirmó que la hora era avanzada, por lo que levantaba la sesión.

A la mañana siguiente, Sinani estaba trabajando en su escritorio, como de habituación. Y al cuarto día comenzábamos ya a olvidar las incidencias de la asamblea del Lux, ya que no tenían desenlace truculento.

Un par de semanas después, al entrar en la mañana al Kominintern encontré la noticia: Sinani no está, Sinani ha desaparecido.

Al día siguiente, la rubia y vampiresca Ossia, su mujer, se marchó con toda tranquilidad del Lux. Sacó sus objetos de uso personal de día y a la vista de todos, lo que extrañó mucho y provocó turbias conjeturas.

Una noche, en la cena, el joven comunista cubano que acompañaba en la delegación a Candelaria, o Blas Roca, se acercó a nuestra mesa y nos dijo:

—Han desaparecido Julio y la secretaria de nuestra sección.

—¿La que trabajaba con Sinani?

—Sí...

—¿Y Sinani...?

—Chst... ¡cuidado...! Se ha descubierto un complot para asesinar a Stalin... ¡lo han fusilado...!

PERSPECTIVA DEL CAMINO DE YENAN

LAS CONFERENCIAS secretas de la Gran Asia Oriental y de la América Latina que se desarrollaron en Moscú al final de 1934, habían terminado. A través de ellas se había hecho sensible el antagonismo de las posiciones políticas de Dimitrov y de Manuilsky. Mientras Dimitrov planeaba su táctica de "Frente Popular en todo el mundo", como medio para hacer frente al fascismo, Manuilsky propugnaba la aplicación de tácticas insurreccionales, allí donde era factible tomar las armas.

Luis Carlos Prestes y la delegación comunista del Brasil habían defendido con verdadero encarnizamiento la idea de un movimiento insurreccional en el Brasil, el que debería estallar en la zona del Nordeste, sobre el Amazonas. Los delegados argentinos aprobaban esta tendencia plegándose a Manuilsky a causa de que —como ellos afirmaban— su poderío en la Internacional continuaba siendo omnímodo, pese a la presencia de Dimitrov y a la acentuada fuerza con que éste defendía sus posiciones. Mi posición fué la misma que la de Dimitrov; Frente Popular en todas partes, aunque por mi lado acentué mi oposición al intento de realizar un movimiento insurreccional en el Brasil.

La Conferencia había acordado ya, a proposición de Dimitrov y de Guralsky, venciendo la oposición de los dirigentes argentinos, que se me designase jefe de la delegación del Kominintern que partiría a Chile, a poner en práctica la táctica del Frente Popular, por la que tanto había luchado través de todo el certámen. Mi pertinaz oposición al levantamiento en el Brasil enfadó a Manuilsky, no sólo hasta el punto de vapsearme en las discusiones, sino hasta intentar que se anulase mi designación como dirigente supremo de la delegación que partiría a Chile.

Creía en la vigorosa personalidad de Prestes y en la influencia política del prestismo en el Brasil, pero no esperaba sino el fracaso de un movimiento insurreccional. Prestes y los brasileños estaban persuadidos de que el pueblo entero les seguiría como consecuencia del hartazgo popular respecto de la dictadura de Vargas.

—Cuando los pueblos en América Latina —argumentaban— tienen bastante, están cansados de un dictador, pues siguen a cualquiera que se alce contra el dictador, aunque ese cualquiera sea comunista.

Mi oposición debió orientarse a encontrar razonamientos más y más poderosos, entre los que hace valer el poderío de los Estados Unidos.

—La sola presencia de un par de acorazados en las bocas del Amazonas o en la rada de Río de Janeiro, bastará para anondar cualquier éxito inicial que pudiese haberse obtenido con el levantamiento.

Al adoptarse las resoluciones finales, Dimitrov transó: mientras en Chile y en otros países se aplicaría la táctica del Frente Popular, en el Brasil se intentaría la insurrección armada.

A raíz de la discusión habida en la conferencia y como consecuencia de la discrepancia que mi opinión había significado, Manuisky convocó a una “conferencia estrecha” a la que sólo asistimos cinco dirigentes latino-americanos: Prestes, Rodolfo Ghioldi, Blas Roca, Da Silva y yo. Participaron en las reuniones secretas, además de Manuisky y de Dimitrov, Guralsky, Kuusinen, Motylev, Myrochewsky y “el camarada Grinkov” el profesor de arte militar, que dirigía los cursos en una academia especial, sobre métodos de sabotaje, de ataque y defensa, de lucha callejera, de asalto a cuarteles, líneas férreas, depósitos de armas, víveres, etc.

En aquellas reuniones “estrechas” Manuisky rebatió mis opiniones, burlándose sarcásticamente de ellas.

—Nuestro querido camarada —había dicho— tiene razón si dejamos las cosas donde él las deja planteadas. ¡Si los Estados Unidos movilizan barcos y tropas hacia Brasil... pues es claro... no vamos a pedir que el pueblo brasilero luche con estacas o con orquídeas contra los cañones...! Por felicidad para nosotros y para la suerte del proletariado mundial, la Internacional Comunista ha planteado ya con mucha anticipación el problema que ha visto el camarada y también su solución que es la que el pobrecito no ha visto, ni sospechado. De sospecharlo su posición habría sido diferente en nuestra Conferencia. La Internacional, camaradas, se ha preocupado más bien que de controlar los cañones y los barcos de guerra, de influir, de sujetar aquel dedo que habrá de oprimir el botón mágico —al que con tanto susto ha hecho referencia nuestro camarada— y que será el que haga zarpar la flota.

Se extendió en una amplia información sobre las grandes realizaciones comunistas en los Estados Unidos, sobre la penetración en muy altas y poderosas esferas y sobre los servicios que habían de prestar de una u otra manera, muy importantes

personajes. De otro lado explanó su pensamiento sobre la ayuda que recibiría el levantamiento y sobre la acción de solidaridad que se desarrollaría en toda la América.

Prestes, por su lado, con el acolitazgo de Américo, de Da Silva y de toda la delegación brasilera, auguró fervorosa acogida a la insurrección. Y no tan sólo de parte de los obreros de la “Leopoldina” o de los peones de las “fazendas”, sino también y muy devota, de parte de poderosos e influyentes círculos sociales, militares y políticos.

Se narró con patetismo la anécdota, fresca en su acaciamiento, de la conferencia dictada por alto jefe del ejército en una de sus academias de guerra. El conferencista habíase referido en términos acres a las simpatías que existían dentro de la oficialidad y que alcanzaba hasta la esfera de los jefes, hacia ideologías extranjeras, extrañas a la mentalidad, a la tradición y al proceso histórico del Brasil.

Un joven oficial se puso de pié e interrogó con voz desafidora:

—¿Se refiere usted, mi General, a nosotros, los marxistas?

El denso silencio que dejó la pregunta, fué roto por la palabra lenta y grave que emergió bañada en la amable sonrisa del conferenciante:

—No... capitán... no me he referido a vosotros, los marxistas...

Finalmente, Kuusinen, Motylev, Manuisky, invocaron el poder submarino de Rusia; se dijo que sin paralelo ni competidor posible en el mundo... y se insinuaron desembarcos nocturnos... armamentos... técnicos... estrategias... “agit-prop” armada... lo que en la guerra fueron los comandos. Se sugirió todo lo que la Internacional Comunista podría dar... y lo que, cuando llegó la tragedia de España... no pudo dar, no quiso dar. Pareció en aquella circunstancia que el Brasil de Prestes tenía mucho más suerte en el Komintern que la Alemania de Thaelman; ésta, en vez de ayuda bélica había recibido la orden de colocar el mentón sobre el tajo y la nuca bajo el hacha.

Hube de retirar todas mis objeciones, reconocer mi grave error y declarar que mi pensamiento no había llegado a concebir la idea atrevida de que hubiese comunistas en los puestos de comando del Estado en los Estados Unidos, y de que la Internacional Comunista tuviese sus puestos de penetración y avanzada en puntos fundamentales del alto mando capitalista. Y así, por unanimidad y sin reserva alguna, fueron selladas las grandes decisiones del Komintern para América Latina: insurrección en el Brasil, Frente Popular en Chile, exaltación nacionalista en México, formación de un partido gemelo de masas, partido de “hombres nuestros” en la Isla de Cuba.

Fué en aquellas sesiones reservadas donde se nos notificó del cambio esencial que se introduciría en el sistema de organización de los Partidos Comunistas. En adelante, no más una sola jerarquía de comunistas, los militantes, astrictos a registrarse como tales, a trabajar en una "célula" y bajo la inmediata dirección de los organismos jerárquicos del partido. Es cierto que así fué establecido por Lenin, tras una lucha pugnaz contra los mensheviks y oportunistas. . . pero, las circunstancias mundiales habían cambiado y era preciso ejecutar uno de esos "bruscos virajes" de los que hablara el genial camarada Stalin.

En adelante pues, además del militante comunista de Partido, habrían comunistas de dos categorías: una, llamada de "hombres fieles", quienes podrían ser o no militantes según lo determinase la Internacional y hacia quienes los Partidos Comunistas, sus Comités Centrales, deberían profesar consideración especial, dándoles participación cuando lo solicitasen, en las "Comisiones de control". Como arquetipo de esta categoría de "hombre fiel" en América Latina, se nos dió a Vittorio Codovila. Sólo mucho más tarde vine a intuir y después a corroborar palmariamente que el título de "hombre fiel" no era potestativo del Komintern sino de la N.K.V.D., la policía secreta rusa.

La otra categoría sería la de los "hombres nuestros". Este sería el comunista que jamás se presentaría como tal; que, muy al contrario, llegaría a mostrar disconformidad con el Partido Comunista y a criticar sus debilidades o sus errores. A esta reunión asistieron especialmente invitados los profesores Mitin y Adoratsky para cimentar la claridad de la identidad y de la diferencia entre lo esencial y lo aparente. Los "hombres nuestros" iban a ser comunistas esenciales pero liberales, o socialistas o anarquistas aparentes. Muchos de ellos trabajarían directamente vinculados a las altas cumbres de la Internacional, sin conexión con los Comités Centrales. Y como arquetipo de "hombre nuestro" se insinuó al comunista mexicano Vicente Lombardo Tolezano, influyente personaje de la actividad sindical del país noroesteño.

Después de los felices acuerdos y de la ratificación de mi designación como jefe de la delegación del Komintern que partiría a Chile, recibí las felicitaciones de los altos comandantes y la clásica cena de homenaje, en la que se come caviar y se bebe vodka sin tasa.

En la cena, Dimitrov me indicó la necesidad urgente de que viese a Barbusse. . . por la mañana me buscaría un automóvil y me conduciría a la casa de campo donde el escritor se encontraba.

Barbusse estaba contento de mi designación, la exaltó ante mí como un honor que sólo muy escasos comunistas llegaban

a conquistar. Y se mostró apesadumbrado por una de mis actitudes, censurando que me hubiese opuesto a Manuilsky en la cuestión concerniente al Brasil. Criticó mi poca fe en los altos dirigentes y en la clarividencia de sus designios al propio tiempo que mi osadía de opinar sin conocer en su vastedad y en su verdad los elementos con que ellos contaban para adoptar tal especie de resoluciones.

Luego, me expresó con viva emoción, con ese su patetismo conmovedor, que ejercía sobre mí un extraño papel convincente, su esperanza de que tuviese éxito en Chile, y de que obtuviese la creación y desenvolvimiento triunfal del Frente Popular allá.

—Comprende bien, hijo mío —repetía una y otra vez— que si tienes éxito, ello influirá sobre la suerte de mucha gente, de pueblos enteros hoy amenazados por el fascismo y por la guerra. El honor que recibes comporta una muy grande responsabilidad; tienes que hacerte digno de esa responsabilidad. . . y se extendía en consideraciones sobre la suerte de la democracia, sobre el destino del mundo, sobre el peligro de la guerra que él veía con claridad como intrínseco al marchar del nacimiento.

Me di cuenta con honda fuerza persuasiva del inmenso amor que Barbusse profesaba por su creación, la idea de la unidad realizada en el Frente Popular: él estaba seguro de que con el Frente Popular se derrotaría al fascismo, se impediría la guerra. . . y otra vez, de nuevo, la guerra surgía ante este antiguo combatiente, como una psicosis, como un dolor agobiante, como una pesadilla.

—Antes de partir —me dijo— y es para esto que te he solicitado, deberás conversar mucho con nuestros camaradas chinos. No debo decirte que esto sea una sugerencia del propio camarada Stalin, pero. . . es imperativo que converses con ellos, que conozcas las experiencias de Sinkiang, que saques conclusiones muy claras, pues tal claridad te ayudará a tener aciertos y a evitarte errores. Tu éxito o tu descalabro serán los míos. . . no lo olvides. . . Has de hablar con ellos; todo está arreglado. . .

Aquella fué la última vez que hablé con Barbusse; no volví a verle jamás; no llegó a conocer el éxito del Frente Popular en Chile. . . pocos meses más tarde moría, sin que su deceso pareciese haber causado mayor impresión en las cimas de la Internacional Comunista.

Quedaron pendientes así todas las preguntas que me había propuesto hacerle sobre un cúmulo de acontecimientos que, sólo muy largo tiempo después, he podido interpretar con claridad. Los años de 1933 a 1935 fueron, sin equivocación, los más críticos y los más difíciles para el régimen de Stalin. La ola del terror, desarrollada con despiadada virulencia en los campos, realizando "la liquidación del "kulak" como capa social y econó-

mica", se había detenido en las goteras de las ciudades donde existían gruesas concentraciones obreras. El "trozkismo", así como el "zinoviefismo" y el "bujarinismo" eran en lo esencial blancos de ataques verbales, motivos de preparación psicológica, propaganda intensiva utilizada por Stalin para enaltecerse, al propio tiempo que para mermar y arrebatar prestigio a sus adversarios, a quienes arrancaba cartas de abjuración y arrepentimiento, en las que "reconocían públicamente sus errores". Pero la quiebra del partido comunista alemán y la cadena de desastres ocurridos a los comunistas en China y en todos los rincones del mundo, habían creado el ambiente adecuado para que prosperase el apodo que la oposición daba a Stalin, casi en voz alta, llamándole "El General de las derrotas". Manuilsky, dentro del Komintern, era mirado como el lugarteniente inmediato que comandaba esas derrotas.

Fué esta situación crítica, fué este ambiente de tensión y dificultades supremas, lo que operó como factor determinante de varias maniobras un tanto extrañas y del bárbaro y despiadado golpe criminal que cortó la vida de Sergio Kirov. Fué la situación lo que les astringió a presentar a Jorge Dimitrov, el comunista búlgaro héroe escapado de la garra nacional-socialista alemana, como Presidente de la Internacional Comunista, antes de que la designación fuese aprobada por Congreso alguno. Fué asimismo por la crítica situación, que se convocó primero, y se suspendió luego, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista. Llegaron los delegados de los puntos más alejados del orbe y solamente los europeos alcanzaron a recibir la notificación del aplazamiento. Asiáticos y latino-americanos celebraron conferencias que tuvieron carácter secreto, ya que jamás fueron publicadas las resoluciones adoptadas, y en una y otra participaron los más altos dirigentes de los partidos comunistas respectivos. Se evitó, de esta manera, el estallido de la tempestad en torno a la idea del Frente Popular o del Camino de Yenán. Y, para poder desatar la ola de terror dentro de las ciudades, contra los altos dirigentes comunistas, contra los más conspicuos capitanes sindicalistas, pues... aconteció el asesinato de Sergio Kirov. Nadie más que Stalin y su grupo necesitaban con apremio de este crimen. De su realización debían obtener la razón bolshevique para el viraje del terror, la justificación para su cambio de rumbo y la explicación de que él cayera, no ya sobre las cabezas de los burgueses y de los "kulaks", sino sobre las de aquellos mismos que habían engendrado la revolución.

Muchos acontecimientos debían golpearme todavía, zaran-deándome en todos sentidos, antes de que surgiese diáfana la interpretación de los acaeceres de aquellos años.

Como me lo dijera Barbusse, dos días más tarde me encontraba en la vasta casa de campo, rodeada de parques y de alamedas de púas, donde habitaban alrededor de unos setenta chinos, dirigentes comunistas. Todos habían sido traídos, so pretexto de asistir al séptimo congreso de la Internacional, que fué frustrado, con la finalidad de cimentar la autoridad de Mao, y de su grupo; con la de liquidar la oposición que capitaneaba Li Li Siang; con la de aplastar en germen el agudo peligro de división que fermentaba en el seno del Partido. Mao era incapaz de contrarrestar, ni de hacer frente a la crisis con sus propias fuerzas y las de su violento, terco y necio amigo Chu-Tdé. Tenía necesidad de que se le consagrara y se le ungiese en Moscú, pues de lo contrario, él y sus partidarios serían barridos por sus oponentes que eran sin duda los más, los mejores y los más brillantes, y cultivados. Mao se limitaba dogmático y débil, a llamarlos "occidentales", "europeos" y "europeizantes", a guisa de injuria, y como calificativo de desviación política peligrosamente anti-proletaria y anti-china. Todos los chinos residentes en aquella casa de campo sí sabían bien que Mao había sido recibido por Stalin: uno de los que estuvo en la entrevista se hallaba presente allí y hablaba de tal entrevista, obligándome junto con Mao a confirmarla, pese a la prohibición que me vedaba hacerlo.

Los dirigentes superiores me fueron presentados con nombres que no eran los propios. Reconocí a Li-Li-Siang, a Mao-Tsé Tung y a Chu, por las fotografías que había visto de ellos, o que ví más tarde.

Li era un chino de formación europea, en tanto que Mao era un chino purísimo sin influencia extraña alguna. Li tenía el cutis suave, Mao tenía el rostro marcado por las tumefactas cicatrices de alguna afección herpética; sus piés y sus manos eran grandes. Discutía repitiendo sí... sí... sí... o no... no... no... Era dogmático, pobre en sus argumentaciones, pero tenía el pensamiento preciso de lo que quería o de lo que sabía. No adornaba sus discursos, ni cuidaba su lenguaje; era brusco y directo para expresarse y pedía con encarecimiento al traductor que repitiese el equivalente de las interjecciones con que llenaba sus lagunas mentales. Y en efecto, aun en la traducción, esas interjecciones daban un sabor especial, un significado típico a las palabras o a las ideas que Mao quería expresar con ellas.

Mao era un devoto de Stalin. Le nombraba a cada momento; lo hacía también sin duda alguna por darse importancia ante los demás, especialmente ante Li-Li-Siang, su concurrente y adversario en la intimidad partidaria. A cada par de frases, Mao subrayaba que esa idea luminosa y magnificante no de él, la había tomado del camarada Stalin; aquella otra expresión, esa idea, tal otra sugerencia, no tenían la paternidad de este humilde Mao.

No. El había tenido tan sólo el talento de tomarlas del camarada Stalin.

Tenía una memoria asombrosa para recordar con exactitud literal las frases de Stalin. Y no sólo a la letra, sino con el recuerdo preciso del momento en que Stalin las pronunció, la oportunidad, el motivo y las circunstancias que rodeaban el nacimiento de aquellas frases. Un viejo pastor, asiduo lector de la biblia, dotado de memoria prodigiosa, no habría recordado mejor los versículos y los salmos, como aquel chino las frases, discursos y sentencias del Gran Stalin.

Las discrepancias entre Mao Tsé Tung y Li Li Siang, no se referían a la táctica política, ni a la metodología comunista que habría de llamarse, poco tiempo más tarde "el Camino de Yenán". En seguir tal camino y desplegar tal táctica, uno y otro se hallaban de acuerdo. Las divergencias eran de índole más abstracta. La ventaja la llevaba evidentemente Mao, a causa de su fervoroso y hasta teatral stalinismo, lo que le había valido quizás la gracia del caudillo dilecto. Y se hacía claro ya que Mao empezaba a utilizar con plena eficacia su categoría de ungido del Kremlin.

Hablamos sobre lo que Mao, Chu-Tdé y su inseparable guardián Kang Sheng, denominaba la "Experiencia de Sinkiang", y que bien pronto había de cambiar de nombre, llamándose oficialmente "Camino de Yenán".

Hasta tres chinos oficiaban de traductores y se corregían mutuamente; de tal manera, la versión llegaba purificada de errores. Lo mismo hacían los traductores con mis preguntas y opiniones, de modo que ellas llegaban destiladas a mis interlocutores.

Me quedé en aquella tranquila casa de campo, donde se desarrollaba una tempestad china, durante tres días con sus noches. Tanto Mao como Li se mostraban encantados de tenerme como huésped y de agrandar con ello tanto a Barbusse, como al inclito camarada Stalin.

Después de la amplia exposición que les hice sobre la Alianza Popular Revolucionaria Americana, estuvieron de acuerdo en que existían grandes analogías entre el Apra y el Kuo-Min-Tang, y entre Haya de la Torre y Chiang Kay Sheck, pero que existía la posibilidad de obtener que el aprismo marchase por los caminos del Komintern; y en esto podría cooperar muy bien la Táctica de Yenán, afirmaron.

—La clave fundamental del Camino de Yenán —manifestó Li— reside en que nuestra labor no se desarrolla pensando exclusivamente en términos proletarios, o sea tomando en cuenta únicamente a la clase obrera. De acuerdo con la llamada Táctica de Yenán pensamos en términos mucho más amplios, que abar-

can a otros sectores sociales y que comprenden a otras clases. Ante la amenaza del fascismo, millones de personas están dispuestas a luchar a nuestro lado. Y nosotros debemos utilizar este nuevo estado de ánimo.

Pero, no es sólo el temor de perder la libertad lo que puede darnos ambiente y abrirnos camino. Es principalmente la ambición de millares y millares de políticos de todo tamaño, salidos de la pequeña burguesía rural y urbana, que no logran escalar posiciones importantes, no tanto de acuerdo con sus méritos, sino de acuerdo con sus ambiciones. Si nosotros, los comunistas, con las grandes o las pequeñas fuerzas de que podamos disponer, ofrecemos nuestro apoyo a esos políticos, ellos vendrán hacia nuestro campo, no como militantes afiliados al partido, que a ellos no les conviene, ni a nosotros tampoco, sino como servidores. Servidores de conveniencia. Les dará provecho servirnos; nosotros les retribuiremos siempre mucho mejor que sus partidos propios o los sectores en los cuales ellos actúen.

Hizo una pausa Li Li Siang y habló Mao Tzé Tung.

—Nosotros hemos conquistado por este camino a centenares de oficiales del Ejército de Chiang Kay Sheck. El militar chino es ambicioso; tiene hambre de poder —que no tiene el militar europeo— y sed de riquezas, de comodidades, de lujo. Hay Generales del ejército de Chiang que son provincianos pobres y oscuros. De no haber ingresado al ejército habrían quedado como escribientes de juzgado, como propietarios de piaras de mulas, como maestros de escuelas rurales a lo sumo. En cambio, por la vía militar llegaron a Generales. Y en tal categoría lo único que anhelan ya, es salir de su condición económica mediocre, de su ubicación social inferior, a la de hombres ricos, a la de personajes poderosos y afortunados.

Sirviendo las ambiciones de estos Generales, muchas veces poniéndonos al servicio de estos Señores de la Guerra, los comunistas hemos obtenido ventajas y posiciones que no habríamos ganado mediante la lucha. No siempre la lucha de masas conduce a la victoria política; a menudo estos procedimientos que, a veces, parecen de serpiente, otorgan mejores y más duraderos triunfos. El talento del comunista está en saber aprovecharlos.

Mao se puso de pié, avanzó hacia un ventanuco que se abría en el muro y pidió bebida y vasos. Prosiguió con calma mirándome desde lo alto de sus ojos rasgados y de su tez asolanaada y granujosa.

—El más grande talento de este trabajo es procurar siempre, querido camarada, no hacer causa común con el que cae. No defender jamás al que no tiene fuerza, aunque tenga razón. No atacar al que pilla al Erario, si ese que pilla es dueño de una

gran fortaleza. Puede triturarnos, y no hay necesidad de ser mártires.

Intenté decir algo, haciendo una seña al traductor, pero Mao me detuvo con un gesto de su mano y continuó:

—Nuestra experiencia, la experiencia del Camino de Yenán, es que los elementos tales como los doctores, generales, dentistas, comandantes, abogados, que carecen de fortuna, no aman el poder por el poder mismo —mucho menos para hacerle bien a alguien— sino que les seduce la captura del poder para hacerse ricos.

Mao hizo una pausa, dió unos pasos hacia el centro de la habitación y riendo exclamó:

—Llegan al poder y empiezan a clamar como Napoleón: dinero, más dinero, todavía más dinero. Y, comprende bien querido camarada, si nosotros ayudamos a estos elementos, si les ayudamos a encumbrarse, si les servimos de escalera, porque ello nos tiene a cuenta y nos dá provecho, pues es incongruente y absurdo que luego queramos fiscalizar sus manos, poner cierres en sus bolsillos o diques a su codicia. Si lo hiciésemos ingenuamente, pues de inmediato se volverían contra nosotros y harían lo posible por aplastarnos. Esto sucedió con Chiang en 1927... quisimos hacer de moralistas y Chiang Kay Sheck lanzó toda su potencia contra nosotros.

Li Li Siang dijo algo en chino interrumpiendo a Mao. Se promovió una discusión aguda que el traductor no virtió al francés. Durante más de una hora Li, rojo y chillón discutía y gritaba; Mao respondía con gravedad y con tono medido.

Mao invitó a beber; sirvió las copas y liquidó su polémica. Hizo salud, diciendo en francés “a la votre” y degustando el licor sentenció:

—Deja que hoy se enriquezcan, que luego, muy luego, les expropiaremos. Mientras más complicidad encuentren de nuestra parte en sus saqueos, más posiciones nos dejarán tomar y ocupar, ayudándonos a conquistarlas y también a extenderlas. Eso sí, dos cuestiones esenciales: no participar en forma alguna en los fraudes y saqueos, lo cual es sumamente difícil aunque no te parezca, y realizar este tipo de colaboración sin que la masa pueda percibir algo indecoroso y sin que nuestros enemigos puedan demostrar en modo alguno la existencia de tal complicidad. Esto —añadió Mao riendo con sarcasmo— les resulta siempre encantador a ellos; encantador y provechoso, amigo mío, puesto que nuestra limpieza aumenta la parte que les corresponde y les permite repartirla con mayor número de granujas.

Mao volvió a reír con aquella enigmática sonrisa china. Nunca supe si reía de los conceptos que enunciaba, de los granujas

y pícaros con quienes había que tratar, o de mi asombro y perplejidad.

Hizo una pausa y curvándose en una reverencia teatral, Mao dijo en francés, abriendo ambos brazos:

—Vous avez la parole, camarade. (Tiene usted la palabra camarada) Y me hizo decir a través del traductor:

—Mao te pide que seas tan gentil de referirte al aspecto puramente práctico de la cuestión. Que dejes el asunto moral a un lado... que... lo trataremos después.

Mao dijo algo en chino con gran velocidad y el traductor expresó:

—O no lo trataremos...

—Comprendo —les dije— la forma en que plantean ustedes la cuestión. Se trata de una estratagema con la cual debemos desorientar y engañar a ciertos sectores de la pequeña burguesía para abrimos camino. ¿Verdad?

Hecha la traducción, Mao agitó la cabeza nerviosa y negativamente y haciendo con las dos manos ahuecadas como si nada-se o como si espantara moscas, agitándolas de adentro hacia afuera.

—No has comprendido; no se trata de engañar a nadie sobre nuestra posición, ni nuestro ideario. No has comprendido camarada.

Li-Li-Siang intervino interrogando:

—¿Crees tú sinceramente que es engañar el hecho de contribuir, por ejemplo, al triunfo de un político radical de última fila, cien veces postergado en su partido, quizás a causa de su inepticia, pero que tiene ambiciones, que es manejable y que puede llegar a ser elegido diputado, por ejemplo, por una circunscripción de la Gironda o de la Bretaña, precisamente donde los comunistas no podemos sacar triunfante a ninguno de los nuestros...? ¿Crees que esto es engaño?

Estaba hondamente conturbado en aquel momento y no supe cómo responderles. Sentía como si tuviese necesidad de asimilar aquellas ideas o de desentrañar previamente el significado de las palabras.

—Bueno —balbuceé— es claro, engaño, habría que...

—Eso es obrar colocando las cartas sobre la mesa, haciendo ese juego limpio que les agrada tanto a los ingleses, dando y recibiendo —aseveró rotundo Li-Li-Siang—. En el caso que te he propuesto, nosotros damos a ese radical socialista lo que él no alcanzaría sin nosotros; recibiendo luego lo que necesitamos obtener... ¡Ah... eso sí, sin duda...! El radical va electo como diputado pero irá comprometido firmemente a apoyar a un camarada nuestro para alcalde del distrito, o por lo menos para concejal o regidor. A ellos, esto no les importa mucho. No toca

ni su bolsa, ni su sentimentalismo y, por ello, lo conceden no sólo con facilidad sino con verdadero placer. La concesión les parece una piltrafa y no dejan de pensar mucho en que quizás puedan necesitarnos más tarde. Y siempre hay que hacerles saber con claridad que ellos subirán siempre más arriba, contarán con defensores aguerridos y con aliados firmes, en la medida en que nos sirvan.

Se calló Li y habló Mao, apenas terminó el traductor.

—Aquí dos cosas: la primera que ese hombre minúsculo, ese comunista que, gracias al convenio, resulta electo alcalde de distrito o concejal del municipio, encontrará ya el camino abierto cuando el partido quiera lanzar su diputado o imponer su Alcalde. Entonces, ya no elegirán al radical sino al comunista: el fin es siempre el mismo; cambian los medios de acuerdo con nuestra potencia para obrar o para descargar golpes. Este método parece más lento, pero, aunque parezca paradoja, es más rápido y, sobre todo, es más seguro. Esta es la primera cuestión.

—Ahora —añadió— la segunda cuestión: cualquiera persona que reciba nuestro apoyo y que no cumpla sus promesas, debe ser convertida en el blanco de un ataque frontal, de ferocidad despiadada. Es suficiente que hagamos el escarmiento con uno; basta que se convenzan de que tenemos capacidad para cerrarle el camino a alguien y de convertirlo mediante nuestra campaña pertinaz en una verdadero palo de gallinero, que no haya por donde tomarlo, para que los demás se dejen ganar por el miedo. Un miedo que los comunistas no sabemos medir con su verdadera medida. ¡No sé porqué...!

Mao esperó que el traductor terminara de hablar para reanudar su exposición.

—El pequeño burgués ambicioso, tomado por la fiebre de la codicia, siente una angustia envenenada en cuanto nosotros le golpeamos con tenacidad. Hay que inventarle todo; hay que dejarle en la miseria moral, hay que vapulearle con todas las armas; que no quede al final sino un miserable guiñapo arrollado y amasado en su propia pringue; en esa pringue que hayamos fabricado especialmente para él.

Se calló Mao y ordenó que llenaran de nuevo las copas. Estaba sosegado y dueño de una gran calma; sus miradas parecían agujas de jeringuilla hipodérmica; en los labios reposaba inmóvil un gesto de desprecio.

El, parecía que esperaba que yo dijese algo, pero en verdad me hallaba hondamente conturbado con aquella desnuda y quizás si hasta obscena exposición. Quería reponerme; pensar; elaborar ideas y digerirlas; estaba hundido en una tormentosa confusión.

Mao pareció sondear mi pensamiento y proclamó:

—La realidad, la vida, el momento mundial —dijo— nos colocan las narices frente a una disyuntiva, cortante como el filo de una navaja. Piénsalo bien; disciérnelo; húndetelo en el cráneo; o abdicamos de algunos principios o dejamos el paso libre al fascismo.

—Es que podríamos tratar de conciliar... —dije, pero me interrumpió bruscamente y con acritud:

—Sí, podríamos, por ejemplo, eliminar al fascismo con una resolución teórica. ¿verdad? Sería cómodo; no se movería un cabello de la cabeza de nuestros principios y de las doctrinas morales. Pero, querido camarada, desgraciadamente, después de elaboradas, votadas y pronunciadas una o mil resoluciones, el fascismo avasallaría el mundo. ¿Y sabes tú lo que eso podrá significar?

Y Mao desató una vigorosa elocuencia para presentar la perspectiva de un mundo sojuzgado por los nazis, sometido a la dictadura fascista. Y al terminar dijo: y estas no son las ideas de Mao. No. Son aspectos débilmente enunciados de la forma clarivamente en que enfoca este gran problema, nuestro inclito y benemérito camarada Stalin. El guía sabio y genial que conduce con mano de timonel infalible la nave de la revolución hacia el triunfo.

Llegó la hora de la cena y Mao dispuso que no fuéramos al comedor general donde concurrirían todos los chinos que se hallaban en la casa, y que eran como setenta en total, sino que se nos sirviese en una pequeña habitación: nos quedamos Mao, Li, Van Min y dos traductores.

La luna llena sobre la inmensa planicie y la tibiaza del ambiente nos hizo salir a pasear por los bien cuidados jardines después de la copiosa cena china. Más tarde quedó solo sumergido en las más tormentosas reflexiones. Y por todos los caminos que seguía mentalmente, iba a desembocar siempre en la disyuntiva que, según Mao, estaba ante nuestras narices cortante como un filo de navaja:

—O el nacismo, o...

Y frente a mí se alzaba en efecto, como un espectro, el terror nazi, la crueldad nazi, el sadismo nazi, la bestialidad desatada sobre la cabeza y sobre los lomos de la especie humana.

No, eso no era posible consentirlo; sus fuerzas eran inmensamente poderosas ya, pero era un deber hacerles frente, cerrarles el camino como quiera que fuese. Quizás Mao y Li iban muy lejos, se excedían, resbalaban por un plano inclinado que podía llegar hasta lo tenebroso, pero tenían razón plena cuando afirmaban que era imperativo detener al fascismo, impedir que se impusiera sobre la humanidad. Tal vez su mentalidad asiática —pese a que Li poseía una formación europea— les llevaba a

plantear el Camino de Yenán con tosca crudeza. Tal vez no había necesidad alguna de llegar a caer en claudicaciones como las que Mao enunciaba con aquella su franqueza brutal. Podía ser que en toda esta exposición hubiese mucho del temperamento agresivo, de la virulencia congénita de Mao Tzé Tung. Porque Mao disfrutaba entre sus compañeros de la fama de ser violento, despiadado y hasta cruel; se contaban historias un tanto macabras sobre la suerte de sus mujeres y de sus hijos.

¡Quizás, tal vez, puede ser...! y en esta forma el alma humana entra, como por un resquicio, hacia el plano inclinado de las concesiones morales. Transa hoy, cede mañana, para terminar en entrega inevitable, en capitulación incondicional. El anhelo fervoroso de ver realizada una bella y amada esperanza, el terror al espectro que amenaza de muerte esa esperanza, el amor a la idea largamente acariciada por cuyo triunfo se ha padecido, se ha sangrado y se ha visto la muerte ante las pupilas, son los ingredientes de un espejismo que no solo nubla la claridad del entendimiento, sino que derrama luminoso resplandor sobre el camino que parece conducir a la meta deseada.

Mao Tzé Tung blandía con toda su fuerza y con plena conciencia de lo que el argumento valía, la pregunta dilemática:

—¿Qué prefieres: el triunfo del nacismo o cualquier mal menor?

Y el chino sonreía sabiendo que de la perplejidad no se podía salir sino buscando el camino de lo que él llamaba el mal menor. Y reía con seguridad y con ese desprecio infinito que los chinos sienten por el hombre blanco.

—El argumento no es de Mao; humildemente debo decirte que es el argumento del genial y clarividente Stalin, repétia, como si sintiese la voluptosidad de su devoción al dirigente ruso. Y húndete un pensamiento en el cráneo, querido camarada latinoamericano: Stalin no se equivoca nunca: su visión abarca los pueblos y las edades; no sólo la vastedad de la Rusia Soviética, sino también la gigantesca perspectiva china; su mirada domina el Asia entera sobre todo. No lo olvides, camarada.

Al día siguiente reiniciamos la conversación. Mao y Li se percataban de mi estado de ánimo, hundido en la confusión, del tempestuoso zarandeo de la duda que me convulsionaba interiormente.

—Tienes que salir de los linderos estrechos de tu mundo subjetivo —decía Li Li Siang— tus ideas, tus principios, tus prejuicios. Piensa objetivamente; y objetivamente, el mundo contemporáneo te plantea una dramática disyuntiva: los nazis o la lucha contra los nazis, con todas las armas, con cualquiera clase de armas, ¿entiendes...?

—Tenemos que captar y atraer hacia nuestro campo —aseveraba Mao Tzé Tung— al sector de donde saca sus mejores contingentes el nacismo: la pequeña burguesía. Tenemos que usar los procedimientos que ya te enuncié ayer con los políticos postergados, con los abogados hundidos en la estrechez económica, con los doctores que no han logrado sobresalir y que chapotean en la mediocridad o en su fracaso. Y este procedimiento es eficaz, te lo digo yo, porque nos dió resultados que te dejarían boquiabierto, en las esferas del ejército chino, tanto en las medianas como en las superiores, porque allí la ambición y la corrupción son los distintivos del oficial que pasa a ser jefe. Pero, amigo mío, fracasa siempre cuando se trata de conservadores con una mentalidad hecha al pensamiento duro, con los representativos de la clase pudiente, con los sectores económica y financieramente poderosos. Estos piensan a través de sus intereses y no están dominados ya por la codicia de enriquecerse; saben que pueden lograrlo con arreglo a sus códigos y sin nuestra cooperación, ni nuestra ayuda. Ellos saben con un pensamiento demasado claro que la menor concomitancia con nosotros les irroga perjuicios irreparables.

—El que casi siempre es elemento de gran valor —intervino Li Li Siang— es el gran señor arruinado, la dama o el hombre que proceden de las altas esferas sociales y que han venido a menos; el que un tiempo alternó con los altos círculos y que ha perdido sus posiciones, cayendo en lo que él estima un abismo. Si nos acercamos a él para darle la mano, para encumbrarlo aunque sea ligeramente, pues nos servirá encantado. Hará lo que se le pida; será auxiliar precioso; entregará lo que sea muy difícil de alcanzar. Eso sí, dentro del partido habrá que tratarle siempre como a un gran señor.

Li Li Siang había hablado en francés, de modo que el traductor debió vertir sus palabras al chino, para que las conociera Mao. Este asintió con la cabeza.

—En esto siempre estuvimos de acuerdo Li —dijo Mao riendo— es lástima que no fuera así en todo. Y volvió a reír mostrando su dentadura.

Li no hizo caso y continuó:

—Cuando los comunistas ofrecemos la poca o mucha fuerza que podamos tener, en cualquier país —afirmó con aplomo Li Li Siang— estamos en realidad utilizando el prestigio que han llegado a tener en el mundo la Internacional Comunista y la Unión Soviética. Cuando movilizamos la ambición de los ambiciosos y el desinterés de los románticos, la esperanza de los liberales rezagados del siglo XIX y la codicia de los que ansían riquezas, es insospechable la cantidad de gente de los más diversos sectores

—excepto del sector pudiente— que se allegan y se someten a nuestros designios.

—Y es claro y es lógico —añadió— que suceda de esta manera. Si tú, en nombre del partido comunista sugieres o auspicias la candidatura de un liberal de izquierda, de un radical de avanzada, tú estás tocando varios puntos sensibles: ante todo, el desinterés ostensible del partido comunista y además, el sentimentalismo del hombre y su ambición secreta, que muchas veces, él no se atreve a mostrar. Hay centenares de estos hombres que no han pensado jamás, por ejemplo, ser Presidentes de sus países. En cualquier caso, la sugerencia comunista le llenará de júbilo y, como reflejo forzoso, surgirá en su círculo la simpatía hacia los comunistas, el auspicio favorable al partido. Habrá simpatía para estos comunistas que lo dan todo, que no piden nada, que trabajan con devoción y con entusiasmo en todo el país. Resonará el nombre del partido y ellos ayudarán a producir esta resonancia; nos ampararán para que el partido obtenga posiciones. Y a través de todo este proceso, hay que pensar siempre que los radicales izquierdistas, los pequeño-burgueses avanzados y sus compañías pasan, mientras que el partido queda.

El traductor hizo una señal para que Li hablara más despacio. No alcanzaba a traducir todo lo que él decía, a Mao y a Chu Dé que miraban atentamente los labios de Li, cuando pronunciaba el francés.

—¡Sí querido camarada, —exclamó Li Li Siang— ellos pasan y nosotros quedamos. Somos lo eterno frente a lo efímero: los tronos pasan, la Iglesia queda. Los radicales, los demócratas izquierdistas, los liberales de avanzada, suben, bajan y se van: la Internacional Comunista permanece y dura...!

Li Li Siang hizo una pausa, tradujeron al chino lo que había dicho y luego me invitó a exponer mi pensamiento.

—Dínos tú lo que pienses —insinuó— comprende bien que esta no es una reunión oficial de partido; es una conversación entre camaradas. Manuilsky nos recomendó mucho esta discusión; tiene un alto concepto de tí, aunque con sus reservas... tú comprendes... Los camaradas soviéticos son desconfiados y guardan sus reservas, pero no importa. En cambio, el camarada Dimitrov está mucho más cerca de tí, en una mayor concordancia política. El nos dijo que tú vendrías...

El traductor iba traduciendo a medida que Li hablaba y en este punto irrumpió Mao colérico, hablando con voz de bajo y lanzando las fes del chino roncamente.

Li le replicaba enfadado. Intervino Chu Dé con algunos monosílabos, en tanto que Mao se paseaba a grandes trancos, resoplando:

—Bó... bó... bóó... Bú... bú... búú...

Li sonrió, suave y sarcástico, diciendo en francés:

—Mao y Chu creen que no he debido mencionar ni a Dimitrov ni a Manuilsky. Yo sostengo que no hay necesidad de tales tonterías. ¿Sabía, sí o no, el camarada Manuilsky, que venías a vernos...?

—Le hice saber que vendría —repuse también en francés a Li, sin saber si Mao entendía o no lo que estábamos hablando— y Manuilsky se limitó a indagar quién había organizado la entrevista y estuvo de acuerdo cuando le expliqué que el propio camarada Stalin se lo había sugerido a Barbusse.

Van Min, sonriente, ratificó lo que yo decía y añadió que él mismo había informado con toda amplitud, a Dimitrov.

—El asunto no tiene ya más importancia —sentenció con displicencia Li, para añadir luego con un grano de sal de sarcasmo—: ¡si hasta hablaste de ello con el camarada Stalin!

Mao se enfureció; gritó voces guturales en chino, golpeó la alfombra de la sala con el pie. Había abandonado su voz de bajo y gritaba en falsete. Lo único que yo podía entender era la repetición de la palabra ¡Stalin... Stalin... Stalin...!

—Pero, escuchemos lo que el camarada nos quiere decir —insinuó con suavidad Van Min.

—Dínos lo que tú piensas sobre esto, con toda franqueza —exclamó Li— aquí no habrá desviaciones, ni falsas posiciones, ni errores políticos que se carguen en tu debe, pues no se trata de una reunión de partido.

—Toca el aspecto práctico —hizo decir Mao— deja de lado los aspectos morales. En la vida, camarada, no hay victorias con ética; la moral fué siempre el postre de las victorias. Es cuando el animal se repleta que piensa en los valores morales. La moral es como el acompañante de la digestión.

Y el chino alto y con el rostro áspero y huesudo, rió diabólicamente.

—Creo que el Camino de Yenán —dije— plantea una forma de trabajo político totalmente distinta. Según lo que Uds. sugieren hay que salir de los límites estrictos de la clase obrera, de los campesinos pobres, de los pequeño-burgueses que viven con estrecheces. Hay que salir, con audacia, hasta otros campos, poner la mirada en las posiciones que necesitamos conquistar y olvidar otras cuestiones; conquistarlas a todo trapo; ganar amigos, simpatizantes y servidores.

—¡Eso... especialmente eso...! —gritó Mao cuando terminó el traductor— tú lo has dicho: servidores. Personas que nos sirvan: por codicia, por miedo, por interés, por inferioridad, por venganza, por lo que sea; pero, que nos sirvan. Que sirvan al partido comunista, que sirvan los designios del Komintern, que sir-

van la causa de la revolución. ¡Te felicito, amigo querido; has captado la esencia misma del Camino de Yenán: ahora, aplica eso en la vida!

—Lo que Mao ha dicho —expresé— me abrevia la exposición. El dice que he comprendido; yo también creo que he entendido lo que ustedes han expuesto. Sólo quiero conversar sobre algunos puntos particulares.

—Eso es fácil —advirtió Li Li Siang— si se comprende lo fundamental. Veamos ¿cuáles son los aspectos particulares...?

—En América Latina —dije— son demasiado frecuentes los regímenes de tipo dictatorial, ya sean civiles o militares. En tratándose de personajes que se imponen por la fuerza, pese a que declaman pomposamente sobre la democracia de sus actos... ¿cómo actuar...?

—Son algo semejante a nuestros “Señores de la Guerra” de China —apuntó Li Li Siang— por lo general personajes que toman las Academias Militares, los galones y los grados, como trampolín para dar el salto hacia el poder.

—¿Es eso...? —preguntó Mao Tsé Tung.

—¡Más o menos! —dije con indiferencia, para preguntar luego de modo vehemente—: ¿Cómo, nosotros comunistas, los más avanzados ideológicamente, los dirigentes de la clase obrera, vamos a aparecer como los amigos o los aliados de estos personajes? El pueblo desconfiaría de nosotros; los enemigos del partido nos lo lanzarían al rostro y el pueblo en general nos vería como a los aliados de sus enemigos, de quienes les arrebatan sus libertades.

—¡Oh buen amigo nuestro —exclamó tomándose la cabeza con las manos, Mao Tsé Tung— ¡Pero de qué manera estás engañado respecto del pensamiento político de la gente común...! Tienes un criterio romántico de la revolución y de la política de la revolución; crees que los obreros, los campesinos, los pequeño-burgueses actúan plenos de limpias intenciones y respetando fielmente normas y principios. ¡Pero, qué error más grueso...! No es así, amigo mío. La inmensa masa de nuestros amigos y de nuestros enemigos, está formada por oportunistas. De esto es de lo primero que debes convencerte... Oportunistas concretos y cuadrados, amigo mío.

Los demás asintieron. Chu Dé gruñó enfadado de lo que él llamó como dijera el traductor “falta de sentido práctico” y añadió que él no era amante de las discusiones largas, como Li Li Sian. Mao dijo algo que apaciguó a Chu Dé; en lo que le dijo, pronunció el nombre de Stalin. Chu Dé se calló. Y habló Mao.

—No te vamos a insinuar siquiera —sentó con aplomo— que vayas a desarrollar una política en favor de los dictadores, ni que vayas a uncirte o uncir al partido al carro de los militares triun-

fantes. De ninguna manera, y, en este punto, pues hay que ser muy claros, luminosamente claros.

Hay sectores sociales, hay países en los que se desarrolla una política de partidos; hay allí una vida democrática, libertades cívicas efectivas, en donde se desarrolla, en fin, una política civilizada. Allí, sin lugar a dudas, se impone la política del Frente Popular: atraer a los izquierdistas e izquierdizantes, buenos o malos, sinceros o pícaros, no importa. Tentarlos. Crear tentaciones para su ambición particular; inventar tentaciones como el demonio... ¿comprendes...? Ayudarlos a conseguir lo que desean: ejercer presión: ya con ofertas, ya con amenazas. Hay que comprometerlos tanto que luego no puedan zafarse. Y esto cada día, sin cesar, uno tras otro, con un estudio psicológico tan profundo como sea posible de cada cuál...

Chu Dé batió palmas con sus dos anchas manos y dijo palabras ininteligibles en chino; los que estaban con él hicieron un rumor que era indudablemente de aprobación.

—Sabemos —intervino Li— que es trabajo difícil y trabajo para personas inteligentes; los cuadros mediocres del partido fracasarán, se darán de narices, no sólo contra la dificultad, sino contra la facilidad.

—Bien —interrumpió secamente Mao— esto en los sectores donde sea factible organizar el Frente Popular. Es lo más comprensible ¿verdad...?

—Sí —le respondí— es lo más comprensible, enfoquemos lo otro.

—¡Tus dictadores...! —exclamó Mao— precisamente, ellos son quienes me interesan. Es más, aquí en confianza familiar, te diré querido camarada, que esta ha sido precisamente mi especialidad. Sabes bien que en China no se puede hablar seriamente de ninguna forma de democracia. ¡Ninguna, en absoluto...! En los sectores o en los países en donde la política no ha alcanzado un grado de civilización, allí donde impera el abuso franco o enmascarado; allí, en aquel país en donde las elecciones constituyen una farsa torpe y burda; donde el caudillo militar o el cacique hacen lo que quieren, pues en esos sectores nacionales en donde el ciudadano no cuenta para nada, donde el hombre ni siquiera es un número, pues ¿qué quieres... qué esperas hacer con tu romanticismo político...?

—Bien —repliqué ante su silencio y su mirada interrogativa— pues será preciso luchar, habrá que luchar.

Cuando el traductor vertió al chino mis palabras, Chu Dé se levantó bruscamente, gruñó y salió a la veranda.

—Chu Dé dice que eres como un niño, dijo Van Min sonriendo.

—Sospeché que había dicho que soy un tonto, anoté, mientras Mao hablaba de nuevo:

—Luchar, luchar y perder... —y lanzó un suspiro— el golpe del dictador lo recibirás siempre en la cabeza; te hará torturar a tí y a los tuyos, hará que sus policías te abran el cráneo como un coco, ¿cuál es la ganancia...? ¡ninguna en absoluto, amigo mío! Te quedarás solo, porque a nadie le place compartir el dolor de los que son golpeados. Ninguna ambición humana se nutre de la desgracia y ninguna codicia puede ser saciada con infelicidad. Escasísimos serán aquellos que vengan hacia nosotros teniendo como perspectiva la cólera del dictador. Estarás pidiendo héroes no militantes. Y los héroes, querido amigo, no se reclutan como reclutas. ¡Son la divina excepción...!

Tu pensamiento es anticuado —añadió— es el pensamiento de la edad heroica; ahora, cuando ya el régimen está establecido, de uno u otro modo sobre la sexta parte del mundo, pues hay que emplear otros métodos, otras tácticas, otros procedimientos.

Si das tu apoyo encubierto al dictador, el te dará en cambio posiciones políticas. Podrá lanzar discursos terribles contra el comunismo; podrá hasta llegar a poner fuera de la ley al partido y dictar leyes contra el comunismo. Pero, si te has hecho su amigo y le prestas servicios, no te tocará un pelo de la cabeza. Te dejará hacer, te utilizará contra sus adversarios, te pedirá apoyo en los momentos críticos y hasta te pedirá que hagas alguna huelga en aquellos sectores de la producción en donde imperan sus enemigos, o allí donde tienen preminencia los que se niegan a darle acciones y a otorgarle participaciones en determinados negocios. Y si le sirves en tales casos, concederá nuevas posiciones al partido. ¿Qué importa lo demás...?

Hizo una pausa, bebió e invitó a hacer lo mismo a los demás. Y enfocó una cuestión capital.

—Nos falta un punto esencial —manifestó con énfasis— el de los trabajadores. ¿No te parece...? ¿Qué harán, qué dirán de todas estas maniobras los proletarios y los campesinos, los intelectuales y los empleados que siguen al partido, que le respetan o que, por lo menos, le consideran? ¡Ah, mi buen camarada: todos estos, en tu país y en el mío, son hombres, con todas las fortalezas y las debilidades de los hombres. Con sus virtudes, con sus vicios, con sus egoísmos y sus anhelos. Los trabajadores y los empleados estarán contigo si les haces dar algo y te abandonarán si no obtienen nada efectivo para ellos y solo te oyen hablar de ideas y de principios. Obtened que el dictador dé ventajas a los obreros, mediante vuestra gestión, y los obreros os besarán las manos. Empujadlos a exigir y a atacar a la clase acomodada y, por lo general, el gobernante o dictador, disimulará vuestras exigencias y hasta las atenderá en cuanto necesite

o quiera ganar popularidad. Y no olvidéis nunca que es muy bueno encontrar hombres, grupos o partidos que, por ambición, por oportunismo, por picardía o por lo que fuere, se hagan empresarios de la misma política que nosotros queremos. En China hay muchos, incontables, que hasta son enemigos de los comunistas pero que llegan a abrazar nuestra misma política en los hechos, golpeando sobre el punto preciso contra el cuál queremos golpear, atacando a aquellos que queremos atacar y, muchas veces lo hacen hasta con nuestros mismos argumentos, con las razones que hemos creado, con la lógica que hemos construido.

—Nuestra influencia —intervino Li— no reside sólo en el número de carnets que ha otorgado el departamento de organización del partido. La influencia consiste en contar con amigos, con muchos, con el mayor número posible de servidores o de sirvientes —como quieras— y en hacer que hasta quienes dicen estar contra el comunismo, realicen en los hechos una política paralela o análoga a la nuestra.

En aquella vasta y trascendente exposición mondada de todo principio doctrinario, donde el marxismo había sido, no sólo sofisticado, sino extirpado, sentí que palpitaba un fondo desconsolador y amargo de realismo descarado, en el que lo que campeaba era el cinismo. Ellos parecieron darse cuenta de mi raciocinio y Mao dijo:

—¿Cuál prefieres: este camino o el nacismo...?

—Pero, camarada, ¿cómo lo preguntas...?

—Entonces, no puedes vacilar... no hay sitio para la duda... no podemos escoger... ¿entiendes? La disyuntiva es pura: o esta senda que fluye de la experiencia de Sinkiang, o el triunfo del hitlerismo... ¿se puede escoger... camarada?

—No... no se puede... le respondí con la voz rajada.

Retorné a Moscú al cuarto día, acompañado por Wang Ming y por Kang Sheng: nos resguardaban dos hombres de la N. K. V. D.

Wang Ming criticó mi posición ante el problema de la lucha insurreccional en el Brasil.

—Me hacías recordar a Plekhanov —sentenció— ¡no había que tomar las armas...! ¿Lo recuerdas...?

EN LA COPIA FELIZ DEL EDEN

DE LA "DACHA" de MAO fui a parar a las oficinas de la "Comisión de Cuadros" del Komintern. Había una sesión en forma íntegramente dedicada a mí y a mi estancia durante los días últimos. Allí ví por primera vez al hombre con quien debía toparme muchas veces en la vida y que, más tarde, en la España Republicana, tendría poder omnímido. Era el "camarada Bielov" conspicuo jerarca de la N.K.V.D.

Se me notificó sobre el secreto hermético que debía mantener en torno a la presencia de los camaradas chinos en Moscú, a mi entrevista con ellos, a lo que se había dicho Bielov intervino largamente, hasta pasada la medianoche, subrayando la importancia política que tenía la reserva que se me estaba recomendando. Mao no estuvo jamás en Moscú y todo lo que se dijese sosteniendo la tesis de que el comunismo chino era diferente del ruso, pues estaría muy bien. Prometí no hablar sobre esto a ningún camarada, olvidarlo por completo y me fui a dormir.

Se sucedieron las postreras conversaciones con Dimitrov y con Manuilsky, y en ellas se me repetía con encarnizamiento y pertinancia:

—¿Qué prefieres... eso o el triunfo del nazismo...?

Y la siniestra perspectiva amortiguaba y anonadaba todas mis repugnancias morales. El mundo tenía miedo, yo era de los que participan de ese miedo y ese miedo era sutil, hábilmente explotado por el Komintern... y en mí y en millares de gentes como yo. ¡La disyuntiva!

De otro lado, la riqueza sofística y la aguda sutileza lógica, más frondosa que todas las escolásticas, con que la fé defiende su imperio sobre el hombre y sobre la razón razonante del pensamiento. No hay espíritu que ame la frustración: y es como si la fe se defendiese mostrándola como la inevitable secuencia de su extinción.

Prometí a Manuilsky poner todas mis fuerzas, sin escatimar sacrificio, en el apoyo a la insurrección en el Brasil, en cuyo éxito creía ya después de las reuniones "estrechas".

Y en un anochecer llegó un hombre de la N.K.V.D. tomó mis bártulos, me entregó los documentos y veinte mil dólares en efectivo, que debían ser entregados a través de mi camino, en Berlín, en París y en Río de Janeiro. Crucé Alemania nazi sin novedad, no pude entrevistar a Barbusse en París pues no se encontraba allí, y semanas más tarde estaba en Santiago de Chile.

Los expertos de la brigada comunista internacional, que debían trabajar bajo mi comando, llegaban uno a uno. Federico Glaufbauf, el checo, profesor de la Academia Leninista; Manuel Cazón, nombre y pasaporte falsos, tras el cual se ocultaba el alemán comunista hijo de un catédrico nazi de la universidad de Bonn. Ricardo Martínez, el venezolano, hombre del "Profintern" y auxiliar de organización sindical. El ruso Kazanov, con su español impecable, documentos a nombre de Casanova, oculto a todas las miradas con excepción de las nuestras. Y Marcucci, el italiano dirigente de la juventud, mentalidad poderosa y verdadero comisario político de la delegación.

La instalación fué organizada y realizada sin que de ella tuviesen el menor indicio los hombres del comunismo chileno. Oficinas con toda la apariencia de negocios inofensivos, moradas con salidas a dos calles, habitaciones independientes aptas para cualquier emergencia.

Los más altos dirigentes del Partido Comunista de Chile, Carlos Contreras Labarca y Elias Laferte, estaban ausentes del país. Y el Partido se hallaba literalmente deshecho por la persecución: el Presidente de la República don Arturo Alessandri había declarado que el partido comunista no pasearía jamás su trapo rojo por la Alameda de las Delicias. Y se notaba que el mandatario estaba resuelto a cumplir su promesa. El comunismo estaba en plena ilegalidad, su acción era nula en el país y sus dirigentes ambulaban paralizados.

Iniciadas las conexiones con el secretariado del partido, tras varios fracasos, fué factible celebrar una reunión. El local era un tugurio, cuya parte exterior servía de expendio de fruta en la Avenida Mata. La propietaria era la amiga del camarada ferroviario Luis Valenzuela Moya, lo que era del conocimiento de todo el barrio. Marcucci se negó a entrar; los demás nos encontramos con Galo González, Chacón y Corona, Pablo Cuello y los diputados Andrés Escobar y José Vega. Ubicados en la trastienda de la frutería comían fruitivamente rebanadas de sabrosas sandías.

El espectáculo era grotesco, por la mezcla de ingenuidad, de bohomía y de estulticia política. Y ellos eran lo mejor del partido.

—¡Con este material humano hay que hacerlo! —murmuró Cazón.

—Nosotros organizaremos la reunión —les dije— y les llamaremos. Nadie en absoluto, nadie debe saber a dónde van, ni en cuál lugar, ni a qué hora están citados... y esto no es un consejo; es una orden.

Miraron extrañados y convinieron en aguardar la convocatoria.

Las reuniones que siguieron se desenvolvieron bajo el signo de la inercia, de la incompreensión, de la falta de fe en sí mismos, de los dirigentes chilenos. Por doquiera veían peligros, obstáculos, represión...

—Usted cree camarada que está en Francia— murmuraban— no se dá cuenta de lo que es este Gobierno.

Y acatándolo todo en las palabras, votando resoluciones que no tenían ninguna intención de aplicar, dejaban correr el tiempo, tal vez esperando que él nos venciese. Tenían fe plena en la potencia inquebrantable de la fatiga... y la empleaban con indiferencia y hasta con humorismo.

Hubo que asumir actitud de combate: batir a los propios miembros de la delegación que alentaban el quietismo y rehusar, como lo quería Kazanov, efectuar un cambio de hombres, ya que tal medida no resolvía nada. Además, aquellos hombres estaban elegidos en un Congreso de Partido.

—Somos una delegación del Komintern y podemos designar una nueva dirección, sentenciaban Kazanov y Cazón.

—El problema no es remplazarlos, sino ganarlos —objetaba.

Y para afrontar todo el problema, pese a la represión y a la policía y a la persecución, dispuse que se convocaría a una Conferencia Nacional del Partido: debían venir hombres de todo el país: era inevitable afrontar el riesgo si se quería solución para el problema. Ningún ruso estaría presente en la conferencia...

La aplicación de la nueva táctica exigía atención especial a los no comunistas, susceptibles de prestar servicios y de otorgar su colaboración. La tarea resultó más fácil que dentro del partido; venían gentes de buena fé, conmovidas por el dolor humano, dispuestas a servir siempre que se mantuviera su adhesión en secreto. No deseaban sino que el ritmo normal de sus vidas no fuese alterado ni complicado.

Los unos querían conocer las esencias del marxismo, cuya crítica contra la explotación humana les seducía; los otros, deseaban saber lo que pasaba en Rusia; la forma en que se construía el socialismo, el porqué de las purgas; no faltaban quienes venían con curiosidad teórica y con inquietudes filosóficas. Todos deslumbrados por el fulgor de la revolución.

Eran los más numerosos los que deseaban conocer en su fundamento la doctrina comunista, iniciarse en la nueva ideología y conocerla en su esencia. Hombres y mujeres de vasta cul-

tura y de excelente situación social, que habían viajado por Europa frecuentando universidades y centros científicos, comenzaron a llegar a los círculos restringidos en los que se desarrollaban las conferencias y se dictaban cursos. Todo acontecimiento mundial de cierta importancia, lo mismo que los sucesos nacionales, eran interpretados en aquellos círculos, dando siempre una perspectiva favorable al proceso revolucionario y presentando ante la creciente audiencia, el peligro mortal de fascismo.

Los círculos se multiplicaron y funcionaban en los sectores más elegantes de la ciudad; las lecciones eran dictadas en casas que eran palacetes y teniendo a veces a la puerta una veintena de coches de lujo. No se pasaba una semana sin que nuestro balance no arrojase la conquista de nuevas y más firmes posiciones.

Marcucci, no había concordado al comienzo, en la realización de esta labor. Ante los resultados, manifestó su asombro por la facilidad con que se realizaba la tarea proselitista y por el éxito que se obtenía en término tan breve.

—Tienes —dijo Marcucci— la ventaja de conocer el ambiente y la psicología del hombre de aquí. Para un europeo esto es inconcebible. El pequeño-burgués de Europa es el guardián devoto, entusiasta y convencido del régimen capitalista y de su sistema. El burgués latino-americano está más desprevenido, es más ingenuo que el europeo. El americano —incluyendo naturalmente al del norte— está viviendo en la etapa del paraíso terrenal en política; viven la etapa de la suprema inocencia.

—Estas posiciones que ves ganados aumentarán —aseveraba yo— y serán utilizadas en la primera oportunidad, sin necesidad de forzar los plazos, para sacar al partido a la legalidad, para dotarlo de un órgano, de un diario legal...

—¿Diario? —interrumpía Glaufbauf— el trabajo va muy bien, pero no hay que soñar, no hay que opinar de modo tan ligero.

—Sin diario, diario de todos los días y diario legal —replícale— no habrá posibilidad de construir un sólido Frente Popular. Un partido político que no es capaz de mantener un diario, no logra convencer al público de su capacidad para conducir al pueblo y para llegar a conquistar el poder.

—No discutamos lo lejano —alegaba Marcucci— acerquemos la vela a la realidad más inmediata y mirémosla tan claramente como sea posible. Creo que se ha entrado con magnífico pié; estoy convencido de que el trabajo que se está realizando es el mejor. El Camino de Yenán en Chile es, a esta hora, mucho más que un camino. Es ya una marcha. Lo que no veo claro es cómo vas a hacer para desplegar y poner en movimiento los contingentes que estás agrupando. No se trata sólo de tener el órgano, es preciso hacerlo funcionar. ¿Cómo lo ves tú?

—Todo es cuestión de tiempo y oportunidad, como decía el viejo Salomón, replicaba, riendo.

—Sí... y como lo repite Lenin, objetaba Marcucci, pero...

—No sé cuándo se presentará la oportunidad; no puedo decir en qué instante habrán condiciones favorables para actuar.

En el seno del partido radical chileno existía un cisma latente. Mientras el partido prestaba su colaboración al Gobierno de Alessandri, los conservadores y liberales disponían de todos los puestos públicos, de las posiciones mejores en los organismos estatales, de los sueldos que eran denominados "de los grandes duques" de la Administración Pública. Los radicales menguaban su prestigio, se desgastaban políticamente y se limpiaban la boca mientras sus colegas liberales y conservadores comían y bebían. Y era un rumor de descontento sordo en un vasto sector radical. Y esa fue la fisura que el comunismo se encargó de transformar en grieta.

¡El partido radical merece otro destino que el mísero que lleva! El sino histórico del partido radical es ascender a la Presidencia de la República, conquistar el poder... el próximo Presidente de Chile debe ser, tiene que ser un radical.

La sugerencia comunista se deslizaba sin estridencia más allá de las lindes partidarias, llevada por generosos simpatizantes. Y era recibida como una especie de revelación que llegaba en un pentecostés magnífico, y era captada y propugnada por contingentes mayores de fervorosos radicales. En el campo de las ideas se había establecido un nexo invisible, una alianza imponderable entre radicales y comunistas.

La campaña fué preparatoria de un acercamiento entre dirigentes comunistas y asambleístas radicales activos pero postergados, fogosos pero poco influyentes en la dirección. Hubo reuniones amistosas rociadas con los generosos caldos de las vidas chilenas. Hubo sugerencias sobre posibilidades políticas de futuros diputados, senadores, altos directores de las Cajas y de las empresas dependientes del Estado. Y era asombroso comprobar la facilidad con que estas sugerencias prendían en el ánimo de los jóvenes políticos. Pero, lo más asombroso fué comprobar como aquellas sugerencias que parecían ensoñaciones, se convertían en hechos consumados.

—Bien... bien... todo está muy bien. Pero ¿qué es lo que quieren los comunistas... qué se proponen... a dónde van...?

—Los comunistas sólo quieren una cosa: que no triunfe el fascismo.

Se conmovían y concordaban en la necesidad de cerrar los caminos al nacismo, a su dictadura, a su barbarie, a sus cachiporras.

—Si sólo se abstuviesen de atacarnos —decía alguno— ya estaría bien; habría que darles las gracias y dejarlos tranquilos. Porque estos comunistas atacando son una chinche en el oído. Es mejor tenerlos como amigos en vez de tenerlos como enemigos.

¡Aunque fuese en categoría de amigos... con el puñal bajo el poncho...!

Eta era precisamente la filosofía política que convenía a los comunistas y de la que se podían obtener grandes y pequeños provechos. La filosofía que auspiciaba la política de dejarlos tranquilos, desarrollando sin inconvenientes y con toda amplitud su trabajo, agazapándose en el presente para desplegar toda su fuerza y hacer uso de ella en el futuro.

La víspera de su partida de Chile, Marcucci comentaba:

—¡Es increíble... qué Tierra de Promisión para los comunistas...! Y lo más importante —añadía sentencioso y meditativo— es que en los Estados Unidos, con su gigantesco desarrollo y su fuerza inmensa, las cosas no son muy diferentes. Allá también, intelectuales, profesionales, artistas, políticos, se acercan ingenuamente como los radicales chilenos. ¡Si el proceso revolucionario estuviese más maduro...!

Comimos juntos aquella noche, por primera y última vez en Chile; en la madrugada tomó el avión y se fué a Buenos Aires.

En el trabajo con la gente no comunista comprobaba los casos de abogados que durante el día defendían los intereses de los consorcios por muy buen dinero, mientras por la noche anatematizaban la explotación de esos mismos consorcios. Era farisiaco, era una lucha falsa y sin riesgos; y había que aceptar tal línea y practicarla, no ya porque fuese expresión de las doctrinas de Marx, sino porque era un tramo del Camino de Yenán. Aquellos hombres servían al partido: cotizaban, daban granías a los Bancos, intervenían en el seno de la policía secreta para favorecer los planes y movimientos de los comunistas, debilitando o haciendo estériles las medidas represivas dictadas por el Gobierno. Algo parecido acontecía con médicos, funcionarios del Estado y hasta industriales y comerciantes que preferían esta forma de protección contra las huelgas y conflictos.

Era claro, sobre todo, que la militancia comunista había recobrado la fé en sí misma: del alma de gente entristecida y derrotada se habían limpiado los complejos de inferioridad. Eran comunistas firmes, agresivos, combatientes, resueltos a librar donde fuese la gran pelea. Así, todo estaba preparado y en espera de una oportunidad.

Murió Pedro León Ugalde, Senador por Santiago, político de la izquierda radical, amado por el pueblo, combativo y valiente. ¡Y esta era la oportunidad que era imperativo atrapar con firmeza...!

Ante la reunión plena de dirigentes comunistas fué planteada la cuestión: el partido comunista debía presentarse en masa, con banderas desplegadas y rendir respetuoso homenaje a la memoria y a la obra de un radical eminente: Pedro León Ugalde.

Vencida la resistencia sectaria y agolletados los escrúpulos, agentes comunistas recorrieron los pueblos vecinos, los centros de trabajo de Santiago y de las ciudades inmediatas, convocando a los trabajadores al sepelio. La aborrecida situación política facilitaba el laboreo comunista.

Marcos Chamúdez, el mejor orador del Partido, tuvo a su cargo el discurso capital: el obrero Piloña debía enfocar el tema de la colaboración radical con un Gobierno francamente derechista.

Decenas de millares de personas, de todas las categorías sociales marcharon tras el féretro del prestigioso radical, opositor del régimen; cordones de carabineros, armados de garrotes, escoltaban el cortejo que crecía en volúmen y que se mostraba encendidamente opositor al Gobierno. La manifestación había adquirido una grandiosa magnitud; el pueblo de Santiago estaba allí sin duda alguna.

Había nerviosidad y corrían escalofríos. Volantes y manifestos habían anunciado la presencia del partido comunista en el entierro. La inmensa mayoría estaba persuadida de que el comunismo adoptaría una actitud agresiva, virulenta, contra el Gobierno y contra el partido radical.

Llegó el momento decisivo para el partido comunista. Chamúdez fué acogido con un vocerío hostil.

—¡Fuera, que lo bajen... miserable... comunista, fuera!

—Los comunistas fueron enemigos de Pedro León, fuera.

Y entre la masa rugiente, alguien trató de arrancar a Chamúdez del lugar donde se había colocado; ante el intento, el grupo comunista avanzó agresivo desplegó sus banderas y el minúsculo puñado de individuos se mostró resuelto a todo.

—Que hable —gritó alguien, y se hizo el silencio.

Y las palabras se desgranaron solemnes y sonoras, cortadas por la emoción, de la garganta de Chamúdez.

“¡Chilenos...!” —y el silencio se hizo más hondo; era la primera vez que un comunista empleaba tal vocativo.

“En nombre del partido comunista —clamó con voz tonante y dominando el nuevo griterío— vengo a inclinar nuestras banderas de lucha ante la tumba de un hombre que combatió por la libertad de su pueblo...”

Una atronadora ovación se elevó al cielo. ¡Viva Pedro León Ugalde: viva el combatiente por la libertad...!

Se había roto el muro de odio y de resistencia; se explotaban allí los sentimientos populares y el sincero dolor de las gentes; se utilizó un momento psicológico favorable.

Se anunció a Juan Luis Mery, Director del diario “La Opinión”, quien estaba perseguido en aquellos momentos por la policía, con un proceso por haber atacado el “Contrato Ross-Calder”, un arreglo entre el Gobierno y el monopolio de la electricidad.

Habló Mery, saludó a su amigo muerto y puso la nota de emoción afirmando que no habría podido dejar de venir a sepultarlo, aunque por ello se jugase su libertad. La calurosa acogida que se tributó el periodista demostró que se hallaba en el instante cumbre de su popularidad. Y de allí surgió la idea: Juan Luis Mery debía ser el sucesor de Pedro León Ugalde, en la Senaduría por Santiago.

Al regreso, celebramos una reunión; el ambiente era distinto por completo: se había abierto el Camino de Yenán...

Los candidatos a ocupar el puesto de León Ugalde en el Senado, surgieron como hongos bajo la lluvia; el llamado “Block de Izquierdas” seguía siendo la abastionada barrera opuesta al avance del Partido Comunista; era preciso resquebrajarlo y utilizar todas las coyunturas para escindirlo.

Oscar Schnacke, socialista, y Juan Antonio Ríos, radical, —más tarde Presidente de Chile— se insinuaron como candidatos y dentro del Partido Comunista surgió la tendencia de proclamar a Elías Laffertte, que se hallaba desterrado a la sazón. Tras una batalla intestina, en la que se comprobó que el Camino de Yenán resultaba un trago demasiado amargo para muchos dirigentes chilenos del Partido Comunista, triunfó la resolución que proclamaba la candidatura de Juan Luis Mery a la Senaduría por Santiago y que oponía a la consigna del Block de Izquierdas: “Los Parlamentarios de izquierda debemos acompañar a Mery hasta la frontera”, la consigna comunista: “No se trata de acompañar a Mery hasta la frontera, sino de impedir su destierro”. ¡Viva Mery, Senador por Santiago, sucesor de Pedro León Ugalde...!

Antes de la medianoche Juan Luis Mery recibía la notificación del auspicio comunista en su escondrijo. Y a la mañana siguiente, la vida política chilena fué sorprendida por la irrupción comunista adecuadamente disfrazada y sufrió una sacudida que hacía dudar si los comunistas habían asumido o no la dirección de la batalla política del momento.

El diario “La Opinión” viró hacia sus nuevos aliados; el Block de Izquierdas se agrietó de la cumbre a la base y —lo que más importaba—, los socialistas quedaban aislados. Ante la creciente afirmación de la candidatura de Mery y la movilización popular en su apoyo, el Gobierno decretó el indulto de la pena de destierro que pesaba sobre Mery, otorgando un triunfo a la po-

sición comunista y arrojando un torrente de luz sobre su consigna: "No se trata de acompañar a Mery a la frontera, sino de impedir su destierro". Los socialistas cedieron, gracias a la intervención unionista de Marmaduke Grove y la unidad se hizo en torno a Mery, cuyo destierro había sido eficaz y limpiamente impedido.

Mery llamó a todos sus adherentes a realizar una gran manifestación por las calles y precisamente por la Alameda de las Delicias. La manifestación, encabezada por los radicales, seguida por socialistas y democráticos, marchaba cerrada por el Partido Comunista; el lugar era el mejor ya que la masa popular gravitaba a la cola del desfile, a causa de que la cabeza estaba constituida por gente de clase social más elevada. Así, —como lo habíamos previsto— los efectivos comunistas aparecieron duplicados. Y —lo que se acentuó con resonantes interludios— la bandera roja se paseó por la Alameda de las Delicias, bajo la Presidencia del señor Arturo Alessandri. ¡Y esta cosa simple era un clamoreo de victoria!

Después de esa jornada, los políticos de izquierda se mostraron mucho más solícitos con el partido comunista. Todo empuje de político, todo el que aspiraba a ser aupado, todo el que codiciaba una posición, sin fuerzas ni potencial para conquistarla, se hicieron amigos entrañables del Partido Comunista. El movimiento revolucionario de otrora, devenía ineludiblemente una feria ajena casi por completo a la emancipación del proletariado, o al alivio de las duras condiciones de vida de las masas populares chilenas. Era sí, claro, un éxito de la Internacional Comunista y servía para la gloria del Komintern, de la Unión Soviética y del grande e inclito camarada Stalin.

A la batalla electoral siguieron conferencias reiteradas con los dirigentes radicales más avanzados. Justiniano Sotomayor Pérez Cotapos —radical izquierdista de prosapia ilustre— y Saco Labarca, capitanearon la tendencia que debía sustentar la idea de la formación del Frente Popular en la Asamblea Radical de Santiago, organismo de influencia decisoria en la política radical. Había prendido ya la idea de que el próximo Presidente de Chile debía ser un radical; y prendió también la de la estructura de la fuerza política que podía realizar tal aspiración.

Justiniano Sotomayor, Saco Labarca y su grupo de jóvenes, lanzaron, sostuvieron e hicieron triunfar la idea del Frente Popular en forma brillante y arrolladora. Los altos dirigentes del radicalismo se encontraron frente a una exigencia definida, propugnada con ardor y auspiciada por inequívoco y poderoso respaldo en Santiago; además, deseaban tomar un baño lustral ante la masa de su partido, que les limpiase de sus vergonzantes barragánias con los conservadores y "pechoños". Entretanto, el Par-

tido Comunista actuaba por control remoto; se había tornado invisible pese a que estaba ejercitando estrecho contralor.

Y una nueva oportunidad vino a favorecer los planes comunistas.

La circunscripción de Cautín y Bío-Bío debía elegir un Senador...

Y esta vez era obligante alcanzar y ofrecer una victoria: victoria de la nueva línea, de la Línea del Camino de Yenán, victoria sobre el Gobierno —barnizándola de un subido matiz antinazi— y victoria sobre las resistencias crecientes que ofrecía el círculo director del Partido Radical a la organización militante del Frente Popular. No sólo se criticaba ya con acerbidad a los jóvenes radicales de servir de agentes a los comunistas y de ser los ejecutores de su política, sino que —sin rechazar la teoría del Frente Popular, para no disgustar a la masa— se aplicaba ese procedimiento latino-americano tan general y tan típico: aceptar, no impugnar, asentir, otorgar aquiescencia en las palabras; mas, no sólo no intentar ninguna acción práctica, sino oponer a ella la más alta dosis de inercia, la pasividad espesa, la resistencia que no deje rastro de su paso.

Para demoler sin agresión ni violencia las abastionadas posiciones de la Junta Central Radical, el Partido Comunista proclamó e hizo suya la candidatura a Senador por Cautín y Bío-bío del doctor Cristóbal Saénz, gran propietario de tierras en la zona y el más rico triguero de Chile.

A la crítica amargada del sector comunista que protestaba, se replicó que en Cautín y Bío-bío el Partido Comunista no podía cambiar en nada la resolución que adoptasen los radicales: sólo tenía siete militantes... ¿con qué triunfo —se les preguntaba— se meten ustedes a pedir brisacán...? En cambio, si se apoya al millonario radical, pues se conquista la confianza de un sector dirigente, por lo menos, y se neutraliza a los menos dúctiles. Y además, la campaña electoral permitirá la formación del partido en la zona y la posibilidad de que, dentro de poco, se conquistarán puestos de Alcaldes, Regidores y otros, en Cautín y Bío-bío.

Toda resistencia fué doblegada con rápida facilidad; los más aguerridos y experimentados contingentes comunistas salieron rumbo a la región electoral; no faltaron obreros que llegaron a derramar lágrimas y otros que obedecieron lanzando imprecaciones. Pero todos alzaron los pendones de batalla del rico terrateniente que marchaba a la contienda auspiciado por el partido de la revolución proletaria mundial. Estaba claro ya: el Partido Comunista de Chile estaba marchando, a intenso ritmo, por el Camino de Yenán.

La batalla se desarrolló ya francamente bajo el signo del Frente Popular, gracias a que los comunistas actuaron decididos y abnegados como signíferos. Y el Frente Popular chileno ganó su primera victoria en Cautín y en Bio-bío. La prensa de todos los matices anunció el triunfo y comentó sus más variadas alternativas. Pero nadie dijo una palabra sobre el torrencioso crecimiento del Partido Comunista, en todos los distritos, pero muy especialmente en la zona del carbón, donde se concentró el trabajo, a la sombra de la batalla electoral.

El Partido Comunista salía con gloria de la clandestinidad y en la práctica, sobre los hombros del Partido Radical. Abandonaba las guaridas ilegales, salía de sus cavernas a ocupar un sitio bajo el sol de la democracia confiada. Y no como fugitivo, ni como indultado: como la Cenicienta, en carruaje de gala, del que tiraban —a disgusto y protestando— los dirigentes socialistas y muchos conspicuos dirigentes radicales.

Las previsiones del alto comando del Komintern fueron leves y las perspectivas moscovitas demasiado estrechas, en relación con los resultados que se estaban obteniendo en Chile a ritmo acelerado. Los políticos de las más diversas observancias, que se sentían o se sabían postergados, fueron los primeros en acercarse al partido comunista, a raíz de los éxitos electorales. Se abría ante ellos un horizonte cargado de promesas; el partido podía ayudarles a salir de su postergación, a imponerse a sus contrincantes. Además, intrigaba y seducía a todos que el partido comunista no pedía nada por su colaboración, no la negociaba, la otorgaba con verdadera munificencia.

Todo político ambicioso sin fuerza para subir y con deseos de conquistar una posición, recibía conmovido la tentación comunista. La tentación asumía una fuerza absorbente que convertía a millares de ciudadanos burgueses en padrinos, instrumentos y agentes del comunismo.

En avalancha llegaban los servidores que había dicho Mao Tzé Tung. Los había de las más diversas calidades morales y políticas, de las más distantes posiciones económicas, de las más distintas posiciones sociales.

Había el tipo generoso, conmovido por la miseria del pueblo, esperanzado en la obra soviética y en el advenimiento de un mundo nuevo. Estos, tenían confianza absoluta en la palabra del Komintern y profesaban verdadera devoción por todo lo ruso: por los libros de Stalin soberbiamente impresos en castellano en Moscú, por las ampollitas eléctricas rusas, por los muñecos de madera que algún viajero mostraba, más que como una curiosidad, como un tesoro.

Es inconcebible la potencia dinámica que poseen la compasión y la piedad por el dolor humano en el corazón de la gente

común. La descripción de las situaciones de miseria y la resolución comunista de aliviarla, aun a costa de sacrificios, llegaban a conmover a miles de personas de la pequeña-burguesía. Estas gentes, por norma general, no tenían en lo absoluto nada de revolucionarios, pero estaban sinceramente de acuerdo en que era imperativo hacer algo por aliviar la situación de sufrimiento del pueblo.

Y este era el campo y esta era la cuerda sentimental, que el partido comunista hacía vibrar delicadamente, sin estridencia, sin insinuar recursos violentos y, al contrario, condenando dramáticamente la guerra, la carrera armamentista, el sacrificio de millares de jóvenes. La defensa de la paz, la defensa del patrimonio de la humanidad que iba a ser incendiado por los traficantes de armas, por los grandes monopolios internacionales, servían como ideas matrices para hacer vibrar la emoción en grandes sectores bondadosos e ingenuos. Es de tosca flagranza que la fervorosa plegaria por la Paz, elevada con devoto patetismo en asambleas y manifiestos, estaba en contradicción con la violencia revolucionaria, con los métodos vigentes en la Unión Soviética y con la despiadada carrera armamentista rusa, que transformaba en bombas y cañones la sangre y la vida, el nutrimento y la existencia de millones de trabajadores, de hombres, mujeres y niños.

El sacudimiento de lo emotivo, el trabajo sutil para conmover los sentimientos, encontraban un eco inmenso en la juventud sobre todo. Los estudiantes de los colegios y universidades, los adolescentes en busca de trabajo, los mozos amantes de la aventura y de la vida peligrosa, se acercaban con amor y asombro al partido y abrazaban con fervor la lucha militante en favor del comunismo y de las directivas que impartía la Delegación de Agentes del Komintern.

Siempre dió resultado benéfico el ofrecimiento de los servicios electorales del partido comunista a los candidatos de diversas tendencias que habían sido batidos por los hombres de la derecha. Recibían el ofrecimiento con lágrimas en los ojos y aceptaban la ayuda, que iba desde las simples reuniones de propaganda electoral en favor del aliado, hasta la organización de huelgas en las industrias de las que era dueño o accionista su contendor de la derecha.

Los comunistas, caminantes del Camino de Yenán, se especializaron en las campañas de odio. De modo terco y paciente, un núcleo de comunistas lograba formar en la aldea, en el barrio, en la localidad, la bola de nieve del odio contra personas, organismos o entidades determinadas. De esta manera, el partido se hacía temer en cada lugar: ejercía una especie de duro chantaje, de cuyo rescate era difícil librarse y al que era mucho más difícil combatir.

El ejército de simpatizantes superó en número al de militantes, en muchas veces; el simpatizante, el comunista sin carnet, servía siempre muchísimo mejor; su actividad era más valiosa porque no se les podía acusar de ser comunistas, no se les consideraba como tales, y, en consecuencia, estaban abiertos mayor número de caminos y disponían de facilidades mayores para trabajar en campos donde el comunista afiliado no puede penetrar.

De esta manera, al aplicar la Táctica de Yenán, los comunistas aprendieron a explotar tanto el sentimiento de amor al prójimo como la indignidad de los ambiciosos fracasados. Se utilizó tanto la sana aspiración de subir de la gente joven, como el odio al concurrente de la profesión, al superior jerárquico en el trabajo. El partido comunista se convirtió bien pronto en el gran centro de atracción de los profesionales fracasados y de las mujeres segregadas de los altos círculos sociales; de los funcionarios desplazados y de los estudiantes que salían mal en los exámenes y debían repetir el año. Pero, sobre todo, el partido comunista se hizo el gran campo de gravitación de los millares de candidatos a senadores, diputados, alcaldes y concejales, que ambicionaban ser elegidos pero que carecían de electores, de prestigio y de capacidad.

Para abrir el Camino de Yenán en Chile se empleó y se movilizó tanto el idealismo como la ruindad humana; la piedad y la concupiscencia; el noble amor por los demás y la compasión por sus sufrimientos así como la codicia envilecida y el apetito que empuja a trepar sin reparar en los medios. De tal manera, el proselitismo comunista estuvo saturado de nobleza y de envilecimiento, y de grandeza y de miseria políticas.

No eran necesarias ni una conciencia moral escrupulosa, ni tampoco una aguzada perspicacia para darse cuenta de que la obtención de aquellas victorias, estaba imponiendo a los trabajadores chilenos los más duros sacrificios; es cierto que se defendía la libertad política pero los sacrificios no eran compartidos por todos los sectores sociales. Era evidente que los que menos tenían estaban dando más. Y lo peor era que lo daban, muy a menudo, en provecho de granujas que gozaban de situaciones influyentes, desde las cuales podían dispensar favores al partido comunista. En verdad el partido comunista se convertía en el explotador de la clase obrera, en el tratante de la miseria del pueblo trabajador.

Se operó así una separación de intereses, un antagonismo entre los caminos y las aspiraciones auténticas y permanentes de la clase trabajadora y los del partido comunista. El partido se transformaba en un parásito de la clase obrera: trepado sobre ella, proclamándose su vanguardia, le chupaba la sangre y vivía

a expensas de la declamación de sus dolores y de la explotación de su miseria.

El Camino de Yenán penetró en el campo de los sindicatos obreros con presión mucho más alta todavía y bajo el poderoso empuje que le permitían los triunfos en el terreno político. Cada una de estas victorias, que llegaban siempre magnificadas a los obreros, eran empleados como arietes para derrumbar resistencias, como yugos para someter a los indecisos, a los débiles, a los tímidos y grilletes para sujetar al carro victorioso de los comunistas, a los corifeos sindicales independientes.

Los Agentes del Komintern desalentamos con energía la antigua tendencia comunista a pelear en los sindicatos por imponer direcciones comunistas.

—No, no —les gritábamos— tan imposible es fabricar un dirigente sindical, un conductor de obreros, como fabricar artificialmente un hombre. El dirigente sindical se forja desde el embrión hasta la adultez, paso a paso, mediante un proceso íntimamente vinculado a la vida, al trabajo y a las luchas de los obreros. El no se presenta un día con un carnet o con una credencial en la mano. ¡Jamás...! Los trabajadores no lo admiten; tal dirigente será repudiado.

—El dirigente sindical —añadía Cazón con vehemencia— se forma a través de las experiencias que van realizando los obreros con sus propias cabezas y según las actividades, los trabajos, las luchas y los aciertos del hombre que se encumbra a la categoría de conductor. Aquí hay una cuestión psicológica, no política, y como todo lo psicológico, se plasma a través del tiempo.

El Camino de Yenán en el terreno sindical consistió, en consecuencia, no en imponer comunistas en la dirección de los sindicatos, sino en atraer, corromper, convencer, doblegar, a los dirigentes sindicales que se habían hecho una posición por su esfuerzo propio.

Los dirigentes comunistas chilenos alegaban que ellos poseían un magnífico plantel de jefes sindicales.

—Es verdad —replicábamos con la abrumadora autoridad que nos confería la victoria— a muchos dirigentes sindicales comunistas les han sido arrebatadas posiciones legítimamente ganadas, como secuela de la persecución, de los confinamientos, de la prohibición de poner los pies en su centro de trabajo... ¡es verdad...! Pero, es más fácil atraer al que hoy la ocupa, que destronarlo para recuperarla...

—Es que se trata de un pobre diablo...

—Hay circunstancias que necesitan de la presencia de un pobre diablo; no es raro que a los intereses del Partido convenga, a veces, estimar como una preciosa cualidad la estupidez, la tontería. Además, el pobre diablo que convence a los demás que

puede y debe dirigirlos, pues tiene un mérito cualquiera... ¡Hay que ser realista...!

Y así triunfaba el realismo del Camino de Yenán.

El trabajo capital, insistente y uniforme, consistía en atraer a los dirigentes sindicales que no tenían filiación política o que sólo eran tibios simpatizantes del radicalismo o del socialismo, hacia el campo orbital del Partido Comunista. Se planeó un acercamiento organizado como un cerco impalpable: estudiar analíticamente cada caso, prestar servicios, despertar ambiciones, fraguar conchabanzas de toda ralea, amamantar codicias y ofrecer posiciones. El asedio no tenía desperdicio.

Se ponía a disposición de los dirigentes sindicales independientes o miembros de otros partidos, asesores aptos, especializados en tareas de redacción, conocedores de los artículos y de los incisos del Código del Trabajo, experimentados en los ajetreos, trámites, antesalas y martingalas indispensables para el acceso y hábil desempeño en los Ministerios del Trabajo y en sus dependencias burocráticas. Existe un sinnúmero de problemas grandes y pequeños, que un dirigente sindical enérgico y capaz no puede dominar. Todos estos problemas —que aleteaban como tábanos— eran resueltos por los comunistas graciosa y gruitamente. Se ofrecían hombres que ejecutaban las órdenes con fidelidad y que llenaban las funciones como meros servidores gratuitos en la primera etapa, para convertirse despacio, sin ruido, en los hombres necesarios, en los verdaderos orientadores, en los directores espirituales del dirigente sindical. De esta suave manera, los jefes sindicales independientes se convertían, quisieran o no, en arcilla dócil, plastecida por hábiles y oscuros dedos comunistas.

Detrás del secretario, del mecanógrafo, del auxiliar legal, actuaba una célula, un comité o un núcleo directivo del partido. Y así terminaba éste por redactar las notas de la dirección sindical, por elaborar los discursos que los independientes pronunciaban, por plantear las reivindicaciones que más tarde eran defendidas por la directiva sindical y por la masa obrera. De esta manera, el bravo dirigente sindical independiente se convertía en marioneta comunista. Y servía mejor que diez o que cien comunistas afiliados: porque aparecía ante patronos y funcionarios y, en especial, ante la masa obrera, como hombre sin partido, como dirigente que se jactaba de su independencia y como persona que, en ciertas oportunidades, se permitía el lujo de criticar en público algunos errores veniales cometidos por los comunistas, con lo que su calidad de independiente se reafirmaba, y ganaba resplandor. Era la experiencia que luego se aplicaría por el Komintern en México, en el caso de don Vicente Lombardo Toledano.

—Hay que trabajar con pertinacia por atraer a todos los nuevos que sobresalgan en los sindicatos —reiterábamos a los miembros del partido, a las células de fábricas, los Agentes del Komintern— hay que ganar a todos los que descuelen por su combatividad, por su talento organizador, por su elocuencia... o aunque sea sólo por su audacia, por su viveza ciolla y rampante... no importa... Sobre los nuevos elementos hay que tender un cerco de amistad, de ayuda, de presión firme y suave, que no determine reacción en contra. Hay que hacerle sentir que tendrá donde cobijarse en cualquier mal rato...

Los que resistían debían atenerse a las consecuencias. Se les cerraban herméticamente los caminos; se les hacía comprender que no surgirían jamás, que no habría sitio bajo el sol para ellos, sino a condición de someterse a los dictados comunistas, de convertirse —como lo quería Mao Tzé Tung— en servidores... en sirvientes, del partido comunista y del Komintern.

Más drástica era la política desarrollada frente a los dirigentes sindicales que ofrecían resistencia, o que se atrevían a enfrentarse a las directivas del partido. Se les armaba un cerco que se iba cerrando sin apresuramiento; ya se ganaba a sus mejores amigos y colaboradores, privándoles de auxiliares de confianza y aislándolos; ya se les creaban dificultades de todo género que rompían sus nervios y pulverizaban su voluntad; ya se desarrollaba una campaña tan lenta como pernicioso para sugerir el pensamiento entre los trabajadores de que existía un entendimiento oscuro entre el dirigente sindical que se resistía y los patronos.

—Es claro —se decía con indiferencia— él es un hombre bueno, honrado, incapaz de ser un agente patronal, pero él no quiere llevarse mal con los capataces, ni crearse dificultades con los patronos; es un conciliador, prefiere transar, sacrificando así los intereses de centenas o miles de hogares. Y despacio, pero inexorablemente, se minaba la posición del dirigente sindical que resistía. A esta política se le denominó en las filas comunistas la acción de "barrenar el bote": no espolonearlo, no hundirlo violentamente y a la vista de los obreros, no chocarlo ni empujarlo contra las rocas provocando su naufragio. No. Simplemente barrenarlo: abrir pequeños orificios para que fuese penetrando el agua. Así, el bote, su bote, se hundía solo.

Todo, naturalmente, estaba permitido en los sindicatos, según las normas del Camino de Yenán, menos la violencia que hiciese reaccionar con ánimo adverso a los obreros. Hacer fracasar una huelga con la finalidad exclusiva de culpar del fracaso al dirigente sindical que resistía y utilizar el fracaso para golpearlo como con una cachiporra, apareciendo al propio tiempo los comunistas como los auténticos defensores de los intereses de la clase obrera. Amplificar y dar violencia a un movimiento

huelguista restringido y pacífico, para comprometer a esos dirigentes y obtener su caída, ya porque la policía les tomaba presos, ya porque la empresa los hacía despedir, ya porque, desesperados, se enfrentaban rabiosos a la multitud. Pero, el método que daba siempre los mejores saldos favorables, era el que consistía en alcanzar el favor de los funcionarios y de las oficinas de los departamentos gubernamentales del Trabajo. Esta era y es uno de los talismanes del Camino de Yenán.

Los Ministros en general, no tienen deseo alguno de compliarse la vida; menos aun, el de perder sus sueldos, sus puestos, sus automóviles, las mujeres que van a pedirles favores y la situación que se deriva de ser Ministro. En América Latina, un Ministro del Trabajo es siempre un personaje amante de la transacción y del arreglo: los intereses de la industria y los verdaderos de los trabajadores, le tienen absolutamente sin cuidado. Lo que les pone nerviosos son los conflictos. Y esos Ministros saben que los comunistas son expertos en crear conflictos; en mantener la chispa encendida como fuego votivo, para convertirla en llama y en incendio, a la menor oportunidad favorable. Y cuando los dirigentes comunistas se presentan suaves y humildes en sus oficinas, trayendo la fórmula de arreglo y la combinación transaccional, pues los Ministros del Trabajo, los Directores del Trabajo, los Inspectores del Trabajo, se convierten en los mejores aliados de los comunistas.

El éxito es alcanzado cuando los dirigentes comunistas llegan a convencer, a Ministro, Directores, Inspectores, de que es posible al partido auspiciar candidatos a senadurías y a diputaciones, a alcaldías y concejalías.

—Y lo que tenemos que obtener —sentaban los Agentes del Komintern, golpeando la mesa, en las reuniones de las “fracciones sindicales”— es que todas las ventajas que obtengan los obreros sean otorgadas por nuestro intermedio; que los beneficios, los arreglos, las soluciones de conflictos, los aumentos de salarios, les lleguen por los canales comunistas.

Y, en efecto, desde ese momento, todas las resistencias desaparecían, los obreros se agrupaban en torno a los vencedores y a los independientes no les quedaba sino un camino: doblegarse ante la presión que ejercíamos en los sindicatos y sobre los dirigentes sindicales.

Quienes ofrecían resistencia tenaz eran los dirigentes sindicales socialistas, los que tenían tras de sí el respaldo político de su partido. En tal situación no había otro camino que buscar el compromiso, encontrar la fórmula de entendimiento. Y tras laboriosas discusiones, tras encendidas polémicas, siempre comunistas y socialistas llegaban a un acuerdo. Cierta que turbio, inmoral y podrido, ya que siempre se prescindía de la inclina-

ción y de la verdadera voluntad de la masa trabajadora y ya que la duración del pacto oscuro estaba sujeto al cambiante interés de los bandos. De este modo, las direcciones sindicales se convirtieron en verdaderos botines de piratas, en cuya conquista tenía que ver todo, menos el interés auténtico de los obreros, y comunistas y socialistas se repartían ese botín aun antes de haberlo capturado. De esta manera, toda elección sindical fué siempre la expresión de la correlación de las fuerzas o de las pugnas socialistas y comunistas y no la del designio de los trabajadores. Sucedió en los sindicatos, en minúsculo lindero, algo análogo a lo que acontecía con la dictadura del proletariado en la Rusia Soviética. Un grupo decidía, comandaba, resolvía y operaba. A esto se le denominaba en jerga del “camino de Yenán” la “cocina sindical”, y en el seno del movimiento comunista surgieron verdaderos expertos en tal cocina. Entre los más hábiles, ingeniosos, ricos en sutilezas y artilugios de todo género, figuraba el licenciado mexicano Vicente Lombardo Toledano, quien comenzaba por presentarse como hombre neutral... ya que él “no era” comunista, ni socialista tampoco.

La actuosidad operativa de la “cocina sindical” no abarcaba los sindicatos solamente, sino que se mostraba particularmente activa en la designación de los organismos nacionales e internacionales de los trabajadores: los votos de los delegados son siempre cosa secundaria, el mandato que puedan traer pierde toda eficacia en el acto electoral: siempre, los dirigentes socialistas y comunistas llevaban la lista de la directiva totalmente arreglada: para imponerla y hacerla triunfar todo estaba permitido: desde el agasajo fraternal, el festival dionisiaco, hasta la presión, el chantaje, la amenaza, la dádiva, y si era menester, pues el arma, cortante o de fuego, pero dispuesta a ser empleada.

Fué así que el Partido Comunista chileno ascendió a ocupar un sitial de honor en el séptimo congreso y un lugar sobresaliente, al lado de China, de Francia y de España, en el olimpo del Komintern.

La alegría de esta marcha victoriosa fué repentinamente turbada por el estallido de la insurrección en el Brasil. El levantamiento estalló como un trueno en cielo de vacaciones; cuando nadie de los que lo organizaban lo presentía; cuando los preparativos insurreccionales se encontraban en su etapa preparatoria, ya que el alzamiento popular estaba planeado y previsto para seis o siete meses más tarde. Era objetiva y brutalmente, un aborto, con todas las desastrosas consecuencias que tal fenómeno significaba.

Fué evidente que el estallido se produjo en el epicentro de una osada provocación montada por el Gobierno, empujado a realizarla quizás frente a la seria amenaza de la perspectiva. Era claro, por otra parte, que en la preparación del movimiento se había introducido, con mucha fuerza y en gran estilo, el criterio

de los pronunciamientos militares latino-americanos, el espíritu peculiar que presidió siempre el típico "cuartelazo", y, como consecuencia, el anhelo y el empeño ejecutivo de los elementos militares que debían participar en él.

La insurrección no llegó a alcanzar contornos verdaderamente populares; se desencadenó como un "putsch" lamentable, desprovisto de fuerza material y espiritual para derramarse, para transformarse en potencia capaz de imponer la transformación que se proponían sus organizadores. Su extensión fué mínima y su extinción aparatosa. Una de las grandes ilusiones de Manuilsky se hundió en la sangre y en el lodo: el desastre comunista brasileiro fué a ratificar la crítica de los que le consideraban inapto para obtener ninguna victoria.

No hubo posibilidad de otorgar el apoyo que hubiese demandado el levantamiento popular brasileiro; tampoco fué dable movilizar la solidaridad continental, ni recurrir a los conspicuos elementos fraternales que operaban entonces en el Departamento de Estado de Washington y en las cumbres del aparato gubernamental de los Estados Unidos.

Los vaticinios hechos en Moscú durante la conferencia secreta de los partidos comunistas de América Latina, se confrontaban con los hechos consumados. Y Manuilsky salía perdiendo muchos de sus atributos de profeta, sin duda alguna; esto debía significar en él un agujeroneante y molesto reconcomio.

Arribaron de regreso al país, los dirigentes comunistas chilenos Carlos Contreras Labarca y Elías Lafertte. Con ellos acontecía en Chile lo mismo que en otros países. Su calidad no estaba en relación con la del partido como organismo colectivo; el partido valía más que los que estaban erigidos en directores. Y es que la clase obrera era inmensamente superior al núcleo dirigente. Y es que los comandos comunistas no eran la expresión de la libre voluntad del partido, sino el grupo sostenido e impuesto por oscuras y ciegas combinaciones internacionales.

Carlos Contreras Labarca era hombre tímido, de personalidad truncada, ambicioso y mediocre. Al fracasar en su intento de hacerse abogado se hizo comunista; opaco, de escasa cultura, desprovisto de imaginación, tenía la cualidad del estilo sigiloso y de la lentitud friamente calculada para subir sin alzar sospechas y para empotrarse a fuerza de toda clase y volumen de concesiones o de alevosías. Vivía obsesionado por el temor de ser desplazado de la Secretaría General del Partido —que le vino en momentos críticos para la organización— y bajo el dominio de este pensamiento paranoico, perdía todo escrúpulo político o moral. Tal temperamento condujo a que lenta pero inexorablemente hundiese y anulase a los elementos más valiosos, en quienes sospechaba futuros concurrentes, y otorgase protección y

defensa a los elementos más inútiles, vacíos e ignorantes del Partido.

Había llegado la hora de que la Delegación del Komintern se desprendiese de las funciones directivas, entregándolas más y más a los propios chilenos. Pero, las condiciones en que se desarrollaba el trabajo exigían compulsivamente la presencia de un órgano periodístico, de un diario que hiciese escuchar las voces de orden del partido comunista, todos los días del año.

La devoción de los simpatizantes fué sometida a prueba. Damas aristócratas y atareados y pacíficos burgueses, entusiastas pequeño-burgueses, encantadoras hijitas de papá, fueron los fundadores de la empresa periodística del partido comunista en Chile. El óbolo llegó de todos lados y en contingentes diversos. Murió la hoja eventual "Bandera Roja" y nació el diario "Frente Popular" editado por la Empresa "Antares", de Barra y Compañía Limitada. Viejas maquinarias de una imprenta quebrada y una linotipo a gas instaladas en un galpón cuya techumbre transpasaban las lluvias heladas, y un heroico grupo de comunistas, abnegado hasta el más doloroso sacrificio, lanzaron a las calles, en una clara tarde de septiembre, el primer número del diario controlado por el Partido Comunista.

El hecho fué interpretado generalmente como un síntoma de poderío y fué sorprendente la forma en que afluyó la cooperación financiera. Los Bancos empezaron a otorgar créditos cada vez mayores; las grandes entidades de crédito de Chile concedían gruesos pagarés a la organización periodística que les combatía y las firmas importadoras se disputaban la clientela de la firma que contaba con el respaldo político de la sección chilena de la Internacional Comunista. Sin estos ricos, potentes y generosos auspicios, la organización editorial comunista no habría podido levantarse ni prosperar.

Un día, los telegramas que enviaba la "United Press" al diario llevaron la noticia del estallido de la Revolución en España. Los militares se habían sublevado contra el Gobierno de la República y había comenzado la guerra civil.

La revolución española vitalizó más aún el Frente Popular chileno. Las elecciones parlamentarias chilenas exhibieron la fuerza arrolladora con que se alzaba el Frente Popular; y el Partido Comunista de Chile llegaba a la Cámara y al Senado con una representación que el más optimista no se habría atrevido a vaticinar, un par de años atrás solamente.

Una de las conquistas más valiosas para el comunismo fué la gran confianza que el partido había logrado adquirir en el seno del radicalismo. Sus más conspicuos dirigentes eran amigos y defensores del Partido Comunista. Y, entre la joven falange combativa, sobresalía el apoyo que prestaba Gabriel González Videla. Gracias a este apoyo particular y personal, los comunistas

chilenos alcanzaron ventajas que, sin él, no habrían sido conquistadas jamás. La terca resistencia de los dirigentes socialista y trotskista —Oscar Senacke y Manuel Hidalgo— fué quebrantada gracias al apoyo que Gabriel González Videla dispensó entonces al Partido Comunista.

Cuando el equipo comunista traspuso triunfalmente los umbrales del Senado y de la Cámara, marchando del brazo con los más altos dirigentes radicales, sentí la voluptuosidad dionisiaca del éxito; pero, en lo hondo de mí, nebuloso, como repellido y arrinconado, sentía un vago y angustioso sentimiento de culpabilidad. Sabía lúcidamente que la situación material y espiritual de los obreros y de los campesinos chilenos, de las costureras y de los mineros, de las lavanderas y de los trabajadores del mar, no había mejorado en lo menor. Y en la perspectiva, me dolía como el presentimiento de que tampoco mejoraría con aquella esplendorosa y embriagante victoria política.

Y en pleno drama de conciencia, como una centella, caía la disyuntiva tajante, que tan hábil como siniestramente explotó Moscú en el alma de millones de individuos, amantes de la libertad y de la dignidad humanas: O las transigencias, quizás culpables, con el Camino de Yenán, o el Nacismo victorioso, el Fascismo vencedor. Y en esta inescapable disyuntiva, el mal menor resultaba Moscú, con su Stalin dictatorial y friamente sanginario, con su Camino de Yenán cínico e inescrupuloso, con sus chinos comunistas, plenos de odio hacia el mundo occidental, con sus Frentes Populares, en los que triunfaban los radicales y los dirigentes comunistas, y en los que la inmensa masa trabajadora con sus mujeres y sus hijos, arrastraban todos sus días de dolor, sin un solo día de alegría.

Es ahora inconcebible para muchos, la gigantesca fuerza que ha tenido para millones de seres humanos en la década pasada, la presencia del fenómeno nazi y fascista: era odio y pavor, al propio tiempo; era encendido amor a la libertad y presencia del inminente peligro de perderla ahogada en un charco totalitario de sangre y lodo.

Y el miedo al fascismo, el odio al régimen nazi, nos hacía ceder pasivamente y transigir con procedimientos que, en diversas circunstancias no se habría podido aceptar jamás.

Nada como la victoria para enervar la agudeza racional; ella opera sobre la conciencia como un vino de caldos capitosos. Y, en aquella oportunidad, junto con la embriaguez de la victoria política llegó para mí la ebriedad sortilega de un suave y tranquilo idilio sentimental. El amor de una mujer que compartía mis ideas, que amaba también mis ilusiones más altas y mis más queridas esperanzas, que militaba bajo las banderas comunistas, me conquistó íntegro y me captó en un embrujo de maravilla.

Y en aquella contingencia llegó insinuante la voz de Moscú:

—Podrías quizás ser más útil en España que en Chile...

Y España convulsa y revolucionaria se presentó ante mí como el Jordán en el que podía lavar mis pecados. España no era el Camino de Yenán: era la senda áspera y dura de la revolución; era el auténtico derrotero de sacrificio, de heroísmo, de redención humana. Era, en ese instante dramático y ensangrentado, la cumbre más alta de la dignidad del hombre. .

Y anuncié mi resolución: ¡Partiré a España...!

CHILE SOBRE EL CAMINO DE YENAN

COMO RABADAN de la Delegación del Komintern en Chile, no usé nunca ni mi propio nombre ni tampoco el del pasaporte con el cual había viajado desde Moscú. Era un pasaporte "falso pero no falsificado", decían de él los hombres del sector que se encargaban de la fabricación, intercambio y arreglo de los documentos con los que los diversos emisarios debían viajar a través del mundo. Dentro del Partido y fuera del partido se me conoció por el pseudónimo de Jorge Montero.

El "Camarada Jorge Montero" llegó a figurar en los anales de la policía chilena sólo cuando había desaparecido de la actividad política. Y esto no fué resultante sólo del cuidadoso y eficiente trabajo clandestino sino, de modo principal, de la protección que recibía de los más conspicuos e influyentes miembros del Partido Radical, y después del triunfo, pues de los hombres del Gobierno, de los administradores de la victoria.

Ocupó siempre el primer puesto entre estos protectores, Gabriel González Videla, quien fuera más tarde Presidente de Chile. El y Justiniano Sotomayor fueron los extraños, por decirlo así, que mejor y más ampliamente informados estuvieron sobre mi procedencia, la misión que realizaba y la jerarquía y autoridad de que gozaba dentro del comando comunista. Ambos radicales compartieron la responsabilidad del éxito del Frente Popular en Chile y, sobre todo, la del cultivo y florecimiento lozano de la amistad y de la cooperación radical-comunista.

Es casi seguro que este conocimiento ha servido en mucho como primerísima fuente de información para el libro que, más tarde, publicara el Gobierno de Chile sobre las actividades de quienes denomina "Instructores" en forma generalizada. En ese libro, editado bajo el auspicio y la revisión del Gobierno de la Moneda, hay un largo capítulo sobre las actividades, la persona, la vida y pasión del "Camarada Jorge Montero" en Chile. El libro ha recogido datos erróneos, equivocados o falsos, en algunos pasajes; en otros, sus aseveraciones son verídicas y están ajustadas a la verdad. Los juicios sobre personas y hechos, le corresponden íntegramente. En el capítulo referente al peruano Ravines, o al

"Camarada Jorge Montero", hay fragmentos ilustrativos que validan y sirven de complemento esclarecedor a esta confesión.

Del mencionado libro cito, a la letra, los párrafos que siguen: «El hecho de que Dimitrov, recién elegido Secretario General de la Tercera Internacional, en remplazo de Manuilsky, resolviera este nombramiento —el de Eudocio Ravines como dirigente de la Delegación del Komintern en Chile— con la aprobación de su antecesor y con la de Marcel Cachin, el viejo luchador francés, dá la medida de la confianza que tenían en Ravines los más altos jefes del comunismo y de la importancia que atribuían al movimiento comunista de Chile. Por los demás, las intervenciones de Ravines en el Congreso en nada habían desmerecido de las de Palmiro Togliatti —Erco Ercoli— Clement Gottwald, Matías Rakosi, Anna Pauker, José Broz, jefes hoy día de los Partidos Comunistas de Italia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Yugoslavia. (Broz se llama ahora el Mariscal Tito).

«El único sud-americano que fué elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, fué el brasileño Luis Carlos Prestes. El único que fué promovido a Instructor, fué el peruano Eudocio Ravines. Sin embargo, la Sección Chilena era el único Partido Comunista organizado en América Latina.

«El nuevo Instructor para Chile sabía manejar su cultura portentosa con un brillo y una agilidad que daban vértigo. La historia de los países sud-americanos no tenía secretos para él. Conocía a sus hombres del pasado y hablaba con lujo de detalles, desconocidos para la generalidad, de los que en el presente significaban algo en la política, en las ciencias, en la economía, en las artes. Lo mismo que Haya de la Torre, había sido un discípulo preferido de José Carlos Mariátegui, el teórico de la primera y más brillante generación aprista y autor de la "Defensa del Marxismo"».

El libro publicado por el Gobierno de Chile entra en apreciaciones sobre el momento mundial de entonces y sobre las razones que habrían actuado sobre el ánimo de los dirigentes de la Internacional para marchar por las vías del Frente Popular. Esboza asimismo las condiciones que prevalecían en la vida chilena y mundial en aquella etapa. Y afirma a continuación:

«Se comprende el provecho que un hombre de las condiciones de Eudocio Ravines podía sacar de esta situación. Al pisar tierra chilena, como es de rigor, cambio su nombre por el de Jorge Montero...

«El camarada Jorge Montero, sin pérdida de tiempo, asumió la situación del Partido, hizo la crítica de la línea fijada y expuso la nueva táctica de los Frentes Populares, sus fundamentos y sus objetivos.

«El conocimiento personal y directo de casi todos los dirigentes comunistas del país, y principalmente de los miembros

del Comité Central, lo llevó muy luego a la convicción de que, en su mayoría, eran sectarios, intransigentes, sin imaginación y con muchos odios. Material humano muy deficiente para emprender y realizar la tarea que se le había encomendado. Mientras se esforzaba en producir un cambio en la mentalidad de estos dirigentes, por una enseñanza sistemática, no descuidó un instante la aplicación práctica de "la nueva línea". Para esto se formó una especie de equipo de colaboradores ágiles y dúctiles, de preferencia jóvenes, sin remover a nadie de sus cargos de responsabilidad. En la forma, respetó las atribuciones de Contreras Labarca. Pero, el órgano efectivo de sus determinaciones pasó a ser Marcos Chamúdez. En la Juventud, robusteció la autoridad de Frías, la cual trataba de socavar el profesor Ricardo Fonseca, con la ayuda de Contreras Labarca. En la directiva sindical mantuvo a Lafferte y a Salvador Ocampo, pero trajo de Valparaíso a Juan Vargas Puebla. Sólo en las Secretarías Regionales tuvo que hacer remociones dolorosas: Víctor Contreras pasó a ocupar la de Antofagasta; el doctor Mario Contreras Villalón, la de Valdivia; Primitivo Palma, la de Valparaíso y Raúl Barra Silva, la de Santiago. Para ello se atuvo estrictamente a la necesidad de disponer de órganos con cualidades adecuadas a una aplicación expedita de las nuevas consignas. Algo análogo hizo en todas las organizaciones "independientes", de obediencia comunista».

El Buró Político del P. C. Aprende la Canción Nacional

«Una vez que estubo a punto la máquina burocrática del Partido, se dedicó a orientar, reorganizándolos, todos los instrumentos de su acción pública» —prosigue el libro del Gobierno de Chile, sobre las actividades que denomina de los "Instructores".

«De un Partido intravertido había que hacer un partido extravertido, amplio, cordial, acogedor, "mimetizado con todos los sectores sociales". Vasta tarea que abarcó varios años y en la que cosechó grandes frutos, afectos, envidias, odios e ingratitudes.

«Suprimió el "Socorro Rojo Internacional" y en su remplazó promovió la fundación de la "Liga de los Derechos del Hombre", con un programa en que cabían todas las opiniones políticas o religiosas.

«Abrió las puertas del partido a los intelectuales, poniendo término al "obrerismo"; más aún, los convirtió en un objeto preferente de la atracción proselitista de la organización. Hizo fundar la "Casa América" en Alameda, esquina Arturo Pratt, con el carácter de una institución social sin exclusivismos políticos. Obligó al Partido Comunista y a sus organizaciones filiales, a usar la bandera nacional en las manifestaciones públicas y efe-

mérides patrióticas. El peruano Ravines le enseñó al Buró Político del Partido Comunista de Chile a cantar la Canción Nacional.

«En materia de prensa, suprimió simplemente "Bandera Roja", vocero oficial de la "Sección Chilena de la Tercera Internacional" que circulaba sólo entre sus militantes, y "Frente Único", órgano de la "Federación Obrera de Chile". En su remplazó creó "Frente Popular" con imprenta en la calle de San Francisco 347, de tendencias "amplias", "informativo", "periodístico". Hizo contratar los servicios cablegráficos con la agencia norteamericana "United Press" y no con la agencia soviética "Tass". En Iquique fundó "El Despertar"; en Antofagasta, "El Popular"; en Valdivia "La Libertad", etc. Por último coronando su labor periodística, echó las bases y fundó "El Siglo". Hizo adquirir imprenta y local para el Partido. Incluso una broadcasting, la "Radio Nacional", todo ello por intermedio de la "Sociedad Barra y Compañía Limitada", fundada con tal objeto».

Comandos en la "Tierra de Nadie"

«En la acción externa, organizó a los parlamentarios y elementos de mayor valía del partido, de acuerdo con sus condiciones particulares, para llevar la propaganda a todos los sectores políticos, sociales e intelectuales.

«Fueron verdaderos "comandos" que operaban en la tierra de nadie, en el campo de los amigos y de los enemigos, no para destruir sino para llevar una palabra fraternal del comunismo redimido de las intemperancias del pasado... La poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, llegó a ser en los círculos intelectuales y políticos y en los cenáculos artísticos, la paloma mensajera de la nueva fé popular. Esta penetración concertada, esta maniobra envolvente que dirigía el "Camarada Jorge Montero" pronto dió su primer fruto: un discurso resonante del Diputado Justiniano Sotomayor Pérez Cotapos, que fué la partida del Frente Popular en Chile.

«Su primera cosecha fué el triunfo senatorial del acaudalado terrateniente de Cautín, Cristóbal Sáenz, con el apoyo decisivo y entusiasta de la "Sección Chilena de la Tercera Internacional".

«El "camarada Jorge Montero", como tutor responsable del partido comunista, operó siempre en las sombras y conservó su nombre adoptivo, a pesar de que puso fin a la costumbre de que los dirigentes comunistas tuvieran nombres de batalla.

«Introdujo finalmente otra innovación:

«Abrió un curso de Marxismo, en la casa de una familia respetable, en la calle Cienfuegos de esta capital. Asistieron estudiosos de ambos sexos, de todas las tendencias y categorías. Por

esos días había llegado a ser de buen tono ser "comunizante". Una niña adorable, Lala de la Fuente, quiso una tarde escuchar al profesor de marxismo de que tanto se hablaba. La lección continuó en el Parque Forestal y, pasando por el Registro Civil, todavía continúa en la Ciudad de los Virreyes.

«En suma, actuando en todos los frentes posibles, el instructor logró sacar al partido comunista de su madriguera ilegal y convertirlo casi en un "Partido histórico". Con claridad, flexibilidad, cultura y audacia, el peruano Ravines transformó al partido comunista de Chile de partido nómada y perseguido, en colectividad sedentaria, con domicilio conocido, con dirigentes y militantes que usaban sus propios nombres y que hasta llegaban a emocionarse al oír el Himno Patrio.

«Cuando esta obra del talento del "Camarada Jorge Montero" estaba en su apogeo, recibió la orden de trasladarse de nuevo a España destrozada por la revolución franquista».

.....
«Un día cualquiera —hace escribir Gabriel González Videla en otro pasaje del capítulo de aquel libro— Andrés Nin apareció asesinado misteriosamente en un suburbio de Barcelona. El escritor Víctor Serge acusa derechamente a Codovila de haber ordenado este crimen. Ravines, que acariciaba la certeza de poder vencer lealmente a Nin con las armas de la inteligencia y del talento, manifestó su reprobación por este acto, en la única forma en que le era posible dentro de la organización de que formaba parte: pidió ser trasladado a otro país. Dimitrov lo devolvió a Chile».

.....
El capítulo sobre el "Camarada Jorge Montero" es clausurado con estas palabras:

«Nunca se han publicado las "razones" de la expulsión de Ravines. Hay quienes sostienen que fué inspirada desde Buenos Aires, por Vittorio Codovila, al asumir sus funciones de Delegado Extraordinario de la Internacional, con poderes discrecionales para toda la América Latina».

Tal es la opinión general del Gobierno de Chile y del conspícuo dirigente de la izquierda radical que cooperó enérgica e inteligentemente en la obra mancomunada de radicales y comunistas. Más tarde, el Presidente González Videla rectificó áspera y fulminantemente su orientación y su actitud política respecto del partido comunista. Se convirtió, bajo la compulsión de la experiencia, y ante la comprobación de un quinta-columnismo más y más descarado y virulento, en uno de los adversarios más categóricos y, sin duda, en uno de los más eficientes y sinceros del Hemisferio, de la organización, de la obra y de los propulsores del quinta-columnismo comunista en América Latina.

En el libro editado y en el capítulo del "Camarada Jorge Montero" hay datos inexactos y hechos cronológicamente trocados; se presentan aspectos un tanto exagerados en tanto que otros están eclipsados. No obstante, hay un valor documental y otro mucho mayor en la apreciación que demuestra cómo el sector más avanzado del radicalismo chileno repara su grave error de ayer, reconociendo la magnitud del peligro y la forma sutil en que se infiltra.

Entre los asistentes a los cursos que funcionaban para las diversas clases de simpatizantes y militantes, figuraban chicas de la buena sociedad chilena, que sin tener ni el más lejano vínculo con el proletariado, se interesaban por la doctrina extraña, perseguida y aguerida que era el comunismo. En no pocas damas actuaba el oscuro y poderoso atractivo de la tentación de lo prohibido, de la aventura cargada de misterio, de la presencia del peligro y de las emociones nuevas. Otras, eran muchachas que se acercaban halconeando por aparecer dotadas de personalidad ante el círculo de sus amistades. Y en no pocos casos, actuaba una sincera inclinación a paliar el dolor humano, a trabajar por el advenimiento de un mundo mejor y más justo.

Entre otras, se hacían presentes siempre dos amigas que formaban una inseparable pareja, armoniosa y discordante a la vez. Se les conocía por "la Chita y la Lela, la Lela y la Chita". No eran estos sus nombres sino esos apodos familiares que se dan a los niños en el hogar y que perduran muchas veces hasta el fin de la vida, mejor adheridos a la persona que el nombre bautismal. Eran dos temperamentos opuestos que marchaban siempre juntos. Mientras Chita era burlesca, con agudo sentido del humor, Lela era adversa al humorismo, con ágil y aguzado sentido crítico, partidaria de tomar las personas y los hechos con espíritu trascendente. La pareja se fué acercando más y más al comunismo. Y un buen día, los nombres de Lucía Acuña Sepúlveda y Delia de la Fuente Smith, aparecieron inscritos en el registro de militantes del Partido Comunista de Chile.

Delia de la Fuente se distinguía por su obsecuencia en el aprendizaje, por la puntualidad y la devoción que ponía en la ejecución de las grandes o pequeñas tareas que el Partido le confiaba. Lucía, al revés, empleaba el tiempo en desconcertar con sus bromas, en fabricar historietas y en señalar a su amiga Delia como una aristócrata, a causa de que descendía de don Antonio José de Irisarri, intelectual guatemalteco que en la época de la Independencia de Chile desempeñó un papel preponderante en la vida política chilena, distinguiéndose por sus tendencias reaccionarias y adversas al liberalismo propugnado por los Carrera.

Insensiblemente, entre aquella muchacha que amaba penetrar en las oscuridades del hegelismo y que soñaba esperanzada

con la Revolución Proletaria Mundial y yo, se estaba forjando un vínculo sentimental, uno de esos amores entre comunistas, que surgen tarados casi siempre por la carga de frío racionalismo ideológico, y de estimar las manifestaciones emotivas como dolencias pequeño-burguesas.

Fué un idilio de tipo intelectual, un tanto huérfano de ternura, en exceso razonante y trascendió siempre por la idea fija de la Revolución, de la militancia, de los deberes del Partido. No obstante, fué un idilio amable, cargado de emoción prisionera y de cariño más prisionero aún. Hablamos poco de amor y mucho de nuestra concepción del mundo, del sentido de la vida, del camino que habíamos buscado. Comprobé que su advenimiento a las filas comunistas no se debía casi a simpatía hacia el proletariado, ni a una tendencia que la llevara a paliar el dolor de los otros, sino más bien al anhelo de dotar su vida de un contenido superior, de llenar su existencia con una gran idea.

En mí, la adhesión al comunismo había venido del dolor de afuera; había penetrado fluyendo del sufrimiento de los otros. En ella, al contrario, esa adhesión surgía más bien como necesidad interior, como el ansia de realizarse, realizando algo que estuviese dotado de bondad y de grandeza. Habíamos llegado por caminos distintos y estábamos resolviendo seguir por la misma senda en el futuro. Me presentó a sus padres; ella, que adoraba el arte y las expresiones artísticas; él, que cultivaba alegremente y en serio el espiritismo, el rosacrucismo, el yainismo indostano y las tendencias yoguis. Fuimos excelentes amigos y un mediodía cerramos una etapa y abrimos otra en uno de los Registros Civiles de Santiago.

Proyectamos vacaciones, descanso, viajes a las regiones encantadas de los lagos chilenos; proyectos para embriagarse de amor, de vino chileno y de naturaleza paradisiaca. Mas, en aquella hora precisamente llegó el mensaje de Moscú. El deber de comunista me llamaba a España.

Mi mujer resolvió acompañarme y partir conmigo. Todo el empeño de persuasión que se puso para presentar ante ella la realidad de una guerra, fué vano. Y una mañana, entre la neblina de marzo, sobrevolamos la cordillera majestuosa que separa Chile de Argentina, rumbo a España, en donde se refugiaba en aquel momento todo nuestro amor, toda nuestra esperanza de creyentes comunistas.

DENTRO DEL DRAMA DE ESPAÑA

HABIA LEIDO a Clausewitz, al Mariscal Lundendorf y a Von Schlieffel. Poseía una idea clara, aunque no bien concretada, sobre lo que sería un país en guerra, un pueblo en armas, resistiendo a un enemigo poderoso. Y con estas ideas me acerqué a la frontera española. Llegamos a Cervére, cruzamos la línea divisoria y entramos en Port Bou.

Apacible pueblo provinciano, lugar tranquilo, sin muestra alguna de que aquello perteneciese a España o de que España estuviese verdaderamente incendiada por sus cuatro costados. Se vivía la vida pueblerina normal; las gentes marchaban con calma y la rutina de la era de paz no tenía signo de perturbación.

En una de las rocas del acantilado, un par de hombres barrenaban tratando de horadar la piedra. Mientras ejecutaban el trabajo canturreaban fandanguillos. Acercándonos, les preguntamos que iba a ser aquello.

Nos miraron, apreciaron nuestra calidad de extranjeros y respondieron sonriendo:

—¿Pues no lo veis...? Es un refugio.

No objetamos. Un refugio a flor de tierra; una especie de boquete abierto sobre el muro de roca, lo que indicaba que allí se quimereaba sobre la defensa y de que en aquel pueblo la idea de la guerra era parecida a la que tenía sobre una verbena.

Alaridaron las sirenas, anunciando que la aviación enemiga iba a bombardear Port-bou: las personas que se hallaban con nosotros en la estación, se arremolinaron sin desorden para ir al refugio. Se consideraba como tal el lugar que estaba bajo el puente de mampostería de la estación. El peligro era tanto mayor allí, ya que si bombardeaban el pueblo era forzoso que el blanco sería la estación o sea lo único importante de Port-bou, y no sólo como cosa estratégica.

Mi esposa subrayó esto que le parecía absurdo.

—Descuida, camarada —exclamó alguien— este es el sitio más seguro, precisamente por lo que dices: si los aviadores de Franco dirigen su puntería sobre esto, pues no caerá una bomba nunca.

Las gentes reían de lo dicho, entre tanto caían las bombas. Media docena de estampidos con algunos cráteres en los campos, cerca de la vía férrea.

Arribó y partió el tren y arribamos a Barcelona.

Sobre las ramblas asoleadas garrulaban los cafés repletos de gente; aspaventaban los organillos y los micos saltaban sobre las notas de la "Bien Pagaá" o de "María de la O". El público caminaba tranquilo y alegre. A no ser por los milicianos uniformados que verbeneaban en todas las calles y plazas y en todas direcciones, y por la libertad que se tomaban las mujeres —haciendo que la Rambla de las Flores se pareciese a Montmartre— Barcelona habría tenido el aspecto de ciudad que se movía normalmente y que vivía en las antípodas de algún lugar donde se disparasen tiros y rodasen cañones y carros de asalto.

En la dirección del Partido se nos reiteró que la situación era grave; se hacía tensa la tirantez con "Poumistas" y Anarquistas.

Una semana más tarde, en las primeras horas de la noche, se escuchaban disparos por todas las rutas de la Rosa de los Vientos. Cafés y hogares cerraron sus puertas; las calles sin transeúntes casi, estaban iluminadas. Alrededor de la medianoche se escuchó ruido de camiones, carros y hombres que gritaban y disparaban. Milicianos anarquistas y poumistas estaban en las calles combatiendo, no contra el fascismo, ni contra Franco, sino para dirimir una cuestión de superioridad de grupo, de hegemonía de partido: o mandaban la FAI., la CNT. y el POUM, o se imponían los "stalinistas" como ellos llamaban a los comunistas.

La batalla, dirigida en forma extraña, sin objetivos precisos, hasta el punto de no saber lo que aquellos combatientes se proponían, duró tres días. Centenares de muertos, millares de heridos, grandes cantidades de municiones quemadas, carros destruidos y riqueza aniquilada. Una situación caótica que no beneficiaba en absoluto a la República. Al cuarto día empezó la defección de los combatientes y el ingreso de las Tropas de Asalto enviadas desde Valencia por el Gobierno de Largo Caballero.

El ingreso de las tropas fué pacífico; la revuelta se apagó sin mayor estridencia y los insurrectos regresaron por donde habían venido. Aquello parecía no tener ni piés ni cabeza.

—Esta guerra la gana Franco —sentenció mi mujer, empleando, desde el primer momento su acentuado sentido crítico—, en esta forma no hay ejército que pueda ganar.

Se hizo una pausa larga y pesada entre nosotros y ella reiteró como aguardando respuesta:

—¡Esto está perdido... perdido...!

Como permaneciese en su actitud de espera insistente, le dije:

—Mira querida, lo primero que debes aprender aquí es a no crear para nosotros una situación difícil; cuando alguien, en un país que se halla en guerra, afirma que esa guerra se va a perder, pues se le llama derrotista y se le puede acusar como a tal.

Mi esposa juró que no volvería a decir tal cosa, pero que, entre nosotros y en confianza, la guerra se perdía.

Partimos a Valencia.

El comité central del partido comunista español ostentaba un movimiento mucho más intenso que el Komintern en un día de congreso. Y en su sede se encontraban figuras sobresalientes del movimiento comunista internacional, y viejos conocidos y amigos míos: allí estaban Palmiro Togliatti, el italiano que actuaba bajo el nombre de Ercoli; mi gran amigo, el francés André Marty, el famoso sargento de Marina de la flota de Francia que se sublevara frente a Odessa; siendo ya diputado, estaba mi amigo y compañero de labores, Cogniot; Luigi Longo, con su brigada de italianos; el llamado General Kleber, que pasaba dificultades serias en el partido en aquellos momentos. Y estaba también, transformado en el gran comisario político de los tercios comunistas, el mismo Vittorio Codovila, que huyera de las fanfarroñadas del General Uriburu en Buenos Aires, y que fuera segregado por Guralsky, para venir a caer en Madrid.

Tiempo atrás, Codovila, como delegado del Komintern en España, había liquidado la dirección del partido que no se sometía dócilmente a su mandato. Invitó a un viaje a Moscú a Trilla, Adame, Vega y algún otro, y en tierra soviética, con procedimientos soviéticos, les liquidó políticamente y les hizo dar el golpe de gracia. A su regreso a Madrid, dueño de amplios poderes otorgados por el Komintern, le fué extremadamente fácil fabricar una dirección chata, dócil y sumisa. Una dirección integrada por elementos subalternos a su voluntad y a su dirección.

El partido comunista había exaltado a Largo Caballero en forma paroxismal, siguiendo las directivas que partían desde los escritorios de Manuilsky; Codovila hizo que el comité central comunista le saludara en forma pública, como el "Lenin Español", como la figura dilecta del caudillo digno de las gestas de los Comuneros de Castilla, como el gran adalid que conducía a España hacia la victoria.

En aquel mes de mayo de 1936, el antiguo amor hacia Largo se estaba transformando en desprecio, en odio, en sarcasmo, en asco. Se estaba preparando ya la más gruesa artillería, la más procaz, la más virulenta, para lanzarla sobre el Primer Ministro y sobre sus más íntimos colaboradores. Se elaboraban discursos cargados de acusaciones y de apodos, de cargos de negligencia y de traición, los que serían pronunciados cuando sonasen los clarines que serían soplados desde Moscú. Los altos dirigen-

tes del partido comunista semejaban una jauría que pugnaba por lanzarse sobre la presa señalada de antemano.

Codovila, lo mismo que la apasionada Dolores Ibarruri, el enfermizo y desventurado José Díaz, con su voz de falsete, el desdichado obrero español a quien la N.K.V.D. hizo defenestrar años después en Tiflis; Chueca, el hombre fuerte y Jesús Hernández, el implacable del comité central, Angelita, el bello demonio cruel, aseguraban mediante juramento, con la mano derecha extendida sobre los "Fundamentos del Leninismo" de Stalin, que aquella guerra la tenía perdida Franco y que, al final, la victoria estaba ya asegurada para el partido de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Dolores y Pepe Díaz. Todo lo cual era indiscutible, so riesgo de incurrir en derrotismo.

—¡Hablan con una seguridad que pasma...! —anotaba Delia, mi mujer, con un reconcomio de duda.

—Ellos tienen por qué saberlo —altercaba yo— porque tienen que aceptar que ellos saben más de España y de esta guerra que tú y que yo. ¿No te parece?

—¡Es claro, muy bien, —replicaba con tenacidad— pero tú ¿qué crees?

—Creo lo que ellos dicen; que vamos a ganar.

—¿Por qué...? —interrogaba inmisericorde; siempre con idéntico reconcomio de desconfianza.

—Creo que vamos a ganar porque ellos lo aseguran y yo les tengo fé; luego, porque tenemos razón; bueno, porque debemos ganar. Y me extendía en un complejo razonamiento en el fondo del cual, mucho más que fé había temor: un inmenso temor a que la victoria fuese del facismo. Miedo a que se confirmase en la vida el apóstrofe reciente de Romain Rolland, precisamente refiriéndose al caso de España:

—¡Oh Democracia, Democracia, que no sabes defender a tus defensores...!

En realidad la fé y la esperanza de millares de combatientes, de millones de seres humanos, estaba puesta en la victoria republicana. Estábamos seguros de que el indomable coraje español no sería derrochado en vano; de que la fervorosa valentía de millares de luchadores, venidos de todos los confines del mundo, a batirse con altruismo que se tornaba venerable, no se perdería en un esfuerzo estéril. Creía, y sobre todo, sentía una angustiosa necesidad de creer en la victoria.

Todo deseo espiritual ardiente engendra, como principio de su acción para realizarse, una fé invencible. Con todas las potencias de la mente se iluminan los más ínfimos aspectos que puedan nutrir la esperanza en lo que anhelamos, al mismo tiempo que se ensombrecen, hasta eliminar todo resplandor de todos aquellos que pueden hacernos dudar o desfallecer. Ante el peligro, se agiganta la voluntad de vivir y rehusamos con milagrosa

energía la idea misma de la muerte. Ante la amenaza contra un vehementemente anhelo, que se ha hecho ideal para el hombre, el rechazo de todo lo que puede mancharlo o derribarlo es más poderoso quizás que la voluntad de vivir. Y era esa terca y acérrima voluntad la que me obsesionaba en España.

Estaba persuadido, lo mismo que todos los combatientes que abandonarían sus hogares para acudir a batirse, que en España se estaba jugando la decisión; que una vez más, la tierra de los Reyes Católicos se convertía en el gozne de la Historia de la Humanidad.

Comprobaba la desorganización reinante, el relajamiento del sentido de jerarquía y de orden, la bronca tensión de la rivalidad entre anarquistas y comunistas, entre socialistas de Largo Caballero y socialistas de Prieto y de Negrín; pero, me adormecía, o me encandilaba la confianza, la seguridad, de que todo eso era lo episódico que un día sería superado por lo definitivo.

Una semana después de mi arribo, tras sostener cordiales conversaciones con Codovila quedé incorporado al trabajo. Trabajaría en la redacción del diario "Frente Rojo" y realizaría además el trabajo político que, en cada oportunidad, se me encomendare. Antes de la primera semana era introducido con grandes precauciones, en lo que podría llamar el "santa sanctorum" de la dirección del partido. Mi sorpresa fué inmensa, cuando encontré recostado sobre una ancha butaca al camarada Stephanov, uno de los escasos amigos de Lenin que había escapado de las purgas, que figuraba, junto con Manuisky, entre los amigos más cercanos de Stalin, y que tenía el prestigio de haber dirigido durante varios años el movimiento revolucionario del comunismo chino.

—El camarada "Moreno" quería verte y hablar contigo — me dijo Angelita, conduciéndome hasta la habitación interior en donde se encontraba Stephanov—. ¿Has entendido? —preguntó— ¡el camarada Moreno!

Stephanov rió, se levantó al verme y me abrazó con familiaridad y alegremente.

—¿Qué tal hombre? ¿Llegaste bien... has venido con tu mujer, eh? ¿Ya les instalaron...? ¿Qué tal todo aquello? Me dicen que eres el hombre de los grandes éxitos.

—¡Y tú, camarada Moreno...? —dije sonriendo y mirando a Angelita, que había quedado sorprendida de la recepción que me tributara Stephanov. Angelita era una mujer bella, no desprovista de encanto femenino, a pesar de la dureza que emanaba de su mirada y de su trato más superficial; cargaba una pistola al cinto y llevaba en alguna parte seguramente una buena provisión de tiros. Pensé en la española del flamenquismo con la navaja en la liga. No se lo dije porque aquella mujer no gastaba bromas y tenía algo de satánica. Supe más adelante que ella

misma había "dado el paseo" a muchos que eran difuntos; posteriormente supe que ella había muerto con admirable valor frente a un pelotón de fusilamiento.

Stephanov era en España el dirigente máximo de la revolución, de la guerra, de las fintas y movimientos del partido comunista. Su palabra era recibida como la inspiración personal de Stalin y sus consejos tenían tanto valor como si viniesen de las estancias del Kremlin donde, rodeado de guardias, vive el hombre bajito, picado de viruelas, disimulando su voluminosa panza bajo la floja "tolstoika" y sujetando en el puño a millones y millones de seres, que tiemblan al escuchar su nombre.

Conversamos sobre la marcha de la guerra. Stephanov no era optimista como los demás; al contrario: abrigaba muy serios temores de que se pudiese perder, definitiva y aplastadoramente.

—Hemos perdido mucho tiempo —me dijo— se ha esterilizado un tiempo precioso, empleándolo en cometer los más desdichados errores que luego deberemos enmendar si queremos ganar o, por lo menos, neutralizar o aliviar las consecuencias de una derrota demasiado dura. Esta guerra no es sólo una contra los militares sublevados: es además, una guerra contra el tiempo. Mientras más tiempo pase, mayor será el peligro de que seamos arrollados.

Hablamos detalladamente sobre Largo Caballero y sobre la crisis que se iba a provocar.

—¿Qué quieres? —se lamentó Stephanov— Largo es un buen hombre, honesto, quiere a su pueblo y a los trabajadores, pero es necio. Es un romántico del siglo XVIII: su pensamiento es subjetivista y arbitrario: lo que a él se le ocurre está persuadido que es lo mejor y cree que lo mismo es formar un batallón que organizar un sindicato; que, tanto una huelga como una guerra, deben ser dirigidas de la misma manera y que la disciplina militar hay que formarla a base de los comités obreros.

Hizo una pausa y añadió:

—Es además personalmente en exceso vanidoso y, lo que es peor, muy difícil de manejar; se subleva más y más contra nosotros, no quiere escuchar nuestros consejos y se niega a adoptar cualquier medida que pueda crearle dificultades con los anarquistas o con los "poumistas".

Se calló de nuevo. Puso en un vaso con agua una cucharadita colmada de polvillo blanco, agitó el agua y formó un líquido como leche. Lo bebió de un solo trago, se enjugó los labios y prosiguió:

—Largo comete el gran error de no comprender que en la guerra toda la política íntegramente tiene que ser una política de guerra. Quiere hacer política de tiempos normales, democracia de tiempos de paz: consultar a los anarquistas, conversar y

tomar parecer a los caudillos de la FAI, no actuar si así lo exige la C.N.T. y esperar si tal es la condición que ponen los "poumistas". Y ha comenzado a desconfiar de nosotros; se niega rotundamente a actuar en el sentido que le indicamos y... trata de enfrentarse al partido...

—¿Crees —le dije en un instante de silencio— que se puede convertir en un peligro?

—No es que creo... estoy convencido. Si le dejamos organizar sus propias fuerzas, aglutinarlas y sentirse capaz de agredirnos, no dudo que lo hará y con despiadado ensañamiento. Un deber elemental de conservación nos obliga a liquidarlo.

—¿A liquidarlo...? —pregunté extrañado.

—Bueno —sonrió y quedó un instante con la boca abierta— liquidarlo políticamente; sacarlo de la órbita del poder... ¡nada más, hombre, nada más...! —y añadió en voz baja— ¡aquí no estamos en Rusia!

—¿Y quién vendría...?

—¿A sucederle...? Pues Indalecio Prieto.

—¿Cómo... ya son amigos ustedes ahora...?

—Para nosotros, tú lo sabes, no hay ni amigos ni enemigos. Hay personas que sirven y personas que no sirven.

—¿Crees tú que Prieto servirá...?

—Por lo menos para neutralizar a Largo, sí. Es el único que puede liquidarlo, cualquier otro correría el riesgo de fracasar. Prieto es enérgico, Largo es blando; Prieto trabaja. Largo divaga.

Se interrumpió y dijo con un gesto de cansancio:

—La úlcera me sigue atormentando. Hizo una pausa y añadió: Por lo pronto colaborarás en el diario. Luego te daremos otras comisiones; visitarás los frentes, te vincularás a los dirigentes españoles. Ya veremos... ya veremos.

Ingresó Angelita trayendo una taza que tomó Stephanov y de cuyo contenido bebió. Había palidecido y su rostro demacrado denotaba que sufría.

Salí, quedé en regresar pronto y atravesé varias oficinas interiores; al pasar frente a una puerta labrada que se hallaba entreabierta, un grito me detuvo. Del interior se lanzó un hombre hacia afuera diciendo:

—¡La madona...! Tú, tú mismo aquí...

Me abrazó estrechamente, yo estaba un tanto paralizado. Era Marcucci el de la Juventud Comunista Italiana.

—Espera, espera un poco; no puedes irte, aguardame.

Minutos después salió con la chaqueta en el brazo; dijo algunas maldiciones en italiano y me abrumó a preguntas. Al salir recogió su pistola en la portería y salimos a la calle a recorrerlas y a conversar.

El acababa de regresar de Moscú; había trabajado algunos meses en el Komintern, con Manuisky y con Dimitrov. A mis preguntas sobre varias personas amigas, respondía:

—No está, no se le vé más, se habla de él en voz baja: ¡lo fusilaron...! o ¡parece que está en un campamento de trabajos forzados...! o, por último, ¡le estaban siguiendo un proceso administrativo!

Le miré en los ojos y se había puesto triste.

—No te imaginas —exclamó— si vieras, Moscú es una pena; si estuvieses allá no tendrías otro anhelo que salir, salir, escarpate como de un presidio... huír.

—Pero ¿qué estás diciendo...? ¡No te reconozco, hombre! —y le miré escudriñándole, exhibiendo ante él mi desconcierto, por oírle hablar así—. No te conozco, repetí.

—¡Ni yo tampoco... cada día me conozco menos! Este viaje a Moscú, después del fracaso de Brasil, me ha hecho un daño terrible. Se lo he dicho a Palmiro, a Togliatti: no puedo aguantar más. Lo que está sucediendo es horrible: Stalin está haciendo asesinar a medio partido, o quizás a las cuatro quintas partes, o a las nueve décimas. Todos los amigos de Lenin, todos los que le acompañaron en 1917, o están bajo tierra o se hallan presos en los campos de trabajos forzados. Si amigo mío: o en la cárcel o sepultados.

—Pero —insinué— los trostkistas, la contra-revolución, el sabotaje, el entendimiento con los nazis...

—Pero, dime una cosa hermano. ¿Crees tú que es posible que millares de hombres que entregaron toda su vida, todo lo que eran, todo lo que poseían, a la causa de la revolución, que dieron su sangre para realizarla, que se expusieron cien veces a la muerte para conquistar la victoria, una vez obtenido el triunfo, así de repente, por una especie de satánica locura colectiva, todos aquellos miles de revolucionarios de la mejor calidad se convierten en traidores, espías, contra-revolucionarios, asesinos de Stalin y enemigos de la clase obrera... ¿Lo concibes tú, lo crees tú...? Yo no puedo concebirlo, menos aun puedo creerlo.

Nos habíamos sentado en un banco de la Plaza Castelar, a la puerta del cine; Marcucci estaba horriblemente deprimido.

—Acepto —reinitió su exposición— que Trotzky es un bellaco y que puede llegar a convertirse en granuja. Pero, es que todos los amigos de Lenin no fueron mensheviques; es que millares de miembros conspicuos del partido ruso no son todos iguales a Trotzky. Esto es lo que no puedo soportar como idea dentro de la cabeza.

Aquella angustia desesperada era, con diafanidad, la crisis de su fé. Era su fé que se apagaba y estremeecía, en doloroso estertor agónico.

—Tienes que pensar como europeo y como europeo occidental y latino —le dije por aportar algún razonamiento—. Si los rusos con su experiencia histórica propia, de acuerdo con su tradición secular y con su temperamento, no excepcional, pero sí típico, aceptan un régimen de esclavitud, un gobierno policíaco, pues allá ellos. En estos países será diferente. España, por ejemplo, no se dejará hacer; los españoles son otro tipo humano: no tienen ni la resignación, ni el ánimo sumiso del ruso; el español tiene, además de su temperamento, la experiencia de la libertad, el conocimiento del sistema democrático, lo que los rusos no tienen en absoluto.

—¡Cómo tratas de engañarte...! —se lamentó con lástima e ironía—. Ya lo verás: nada hay en efecto más distinto, ni más opuesto a Rusia que España. Nadie hay más recalcitrantemente individualista e independiente que el español. En un español, es verdad, se pueden hallar muchos defectos, pero no la sumisión del ruso.

—Pues, allí está... eso es lo que te digo... argüí.

—Ya verás. En España se llegarán a aplicar los mismos métodos que en Rusia; se están aplicando ya. A esta misma hora, en el partido comunista no sólo comanda y dirige el camarada Stephanov; ya verás actuar a la N.K.V.D. reconocerás sus procedimientos, te encontrarás con sus huellas. Los soviéticos no han enviado a España un solo combatiente, pero sí han enviado millares de policías comandados por un frío y avezado "chekista", que se hace llamar el "Coronel Popov". ¡Es Bielov!

Me quedé espantado, mientras él marcaba el piso con un palillo, totalmente inclinado hacia la tierra. Se irguió y dijo sonriendo con resignada melancolía:

—En tu América hubo un hombre que, después de muchas batallas, se fué a morir en un poblacho diciendo que había arado en el mar...

—Sí, en efecto, Simón Bolívar...

—Pues bien —y rió con sarcasmo y agrura— nosotros también hemos arado, estamos arando en el mar.

—¿Nosotros...? —interrogué con aspereza.

—Sí hombre —dijo riendo y haciendo resonar su risa— hemos arado en el mar... tú... yo... y una inmensa masa de pobres diablos.

Se irguió lentamente, me miró entornando los ojos claros y húmedos y preguntó:

—¿Qué tal en Chile... tuviste un éxito...? ¿Y Glaufo-
bauf... se dejó atrapar tontamente... verdad?

—Sí, lo atrapó la policía chilena y lo golpearon de mala manera.

—¡Pobre checo... Cazón gustaba de apodarse "bolitas" y a mí me hacía gracia la forma en que exponía las mil y una rea-

glas científicas del trabajo clandestino, que hacían imposible que le atrapase la policía. Un día le recomendé que escribiese un manual con todas aquellas reglas.

Rió Marcucci, como si un hábito de olvido pasase sobre su angustia agónica, y entramos en el campo de las cosas sin importancia. Evocaciones de personas, de lugares, de momentos caducados. Muy tarde, caminando a tientas, ya sin decimos palabra, nos separamos dándonos las buenas noches. Abrumados por un sentimiento de frustración, mucho más nítido y racional en él que en mí, nos fuimos, cada uno a su yacija.

Marchábamos como si esta vez pusiésemos conciencia en las pisadas y en los pasos.

RUSIA PRUEBA SUS ARMAS

CON ULTERIORIDAD de pocos días al encuentro con Marcucci, éste se presentó en el taller donde se imprimía el diario comunista "Frente Rojo", en Valencia. Bruno, el argentino joven y fornido, cachazudo y burlón, hacía funcionar la rotativa a velocidades que asustaban a los artesanos de la vieja y apacible ciudad mediterránea. Mientras me lavaba las manos frotándomelas con un poco de arena suave, a falta de jabón, para sacarme la tinta, Bruno gritó, por sobre el fragor de la rotativa.

—Ché, viejo rana, Marcucci te está esperando.

Terminé mi dudosa limpieza y salí de la oscuridad del salón donde roncaba la prensa, hacia la calle, en momentos en que las sirenas anunciaban la vecindad de aviones enemigos y la inminencia de un bombardeo. Marcucci leía con tranquilidad el periódico, fresca aun la tinta, en tanto que mujeres con niños en los brazos o arrastrados de la mano y algunos hombres corrían hacia la izquierda.

Nos saludamos y Marcucci me informó:

—Hace veinticuatro horas que te busca Pierre.

—¿Está aquí Pierre? —pregunté— ¿Quiere verme...?

—Hace algunas semanas que anduvo recorriendo los frentes; anoche regresó de Madrid y supo que habías venido; me comisionó para llevarte.

El ruido de los motores estaba ya sobre la ciudad.

—Quisiera ver a mi mujer antes, insinué.

—¿Por qué antes —interrogó Marcucci— algo urgente?

—No, urgente no; es por el bombardeo, tiene que estar asustada.

—No seas niño —exclamó, burlándose de mi preocupación— mientras llegas a verla el bombardeo habrá terminado ya. Y como esto se repite, pues lo mejor es que te acostumbres tú y que se acostumbre ella.

—¿No hay refugios aquí? —pregunté.

—¿Refugios? —preguntó riendo— hace muchos meses que los están construyendo y estarán terminados después de la guerra... para la próxima, como dicen los franceses.

—¿Y a dónde corre la gente?

—Al refugio psicológico, que es muy bueno también, porque como la religión, consuela al ser humano y calma su miedo. Esa gente que corre se mete en los subterráneos de las casas que lo tienen y se agazapan allí seguras de que se hallan a salvo. No te digo nada si cae una bomba de cierto peso sobre la casa; todos los que están en el subterráneo parecen como ratas.

Estábamos caminando hacia el Comité Central; los estampidos atronaban ya simultánea, ya sucesivamente; más cerca y más lejos. La mayoría de las bombas estallaron el barrio del Grao, en las inmediaciones del puerto; dos bombas cayeron sobre edificios de la Plaza Castelar.

—¿Y cómo está Pierre? —pregunté.

—Siempre serio como un catedrático, austero, exigente respecto de la posición política y del trabajo de cada uno. Ahora ocupa una posición tan alta como la de Stephanov, mucho más cercana a Stalin y a la dirección bolshevique que cuando estubo en tu América.

—¿Y cómo te llevas con él?

—Bien, bastante bien —repuso Marcucci— es un hombre decente y eso ayuda a una buena relación con sus iguales. Tiene espíritu crítico y acepta en parte mis recriminaciones, quizás porque estima la independencia de criterio, quizás por frialdad mental. ¿No te parece un hombre emotivamente helado? Es todo lógica, razonamiento, análisis.

—Sí, tiene un espíritu de bisturí; es penetrante e indiferente, pero es gentil y limpio, sano.

—Sí, creo que pese a su devoto stalinismo, que nunca expresa, es hombre de gran comprensión; aunque a un ruso staliniano no le otorgaría fianza. Con todo, estoy seguro que te estima mucho y te profesa gran consideración.

—¿Crees tú? —pregunté complacido.

—Le he escuchado decir de tí y de tu trabajo juicios muy buenos. Claro que tiene reparos; él te los va a decir; tú sabes que no esconde sus opiniones sobre lo que cada uno hace o deja de hacer.

Ingresamos al Comité Central y Marcucci debió dejar la pistola y las balas en aquella conserjería política y policial. El contralor funcionaba exactamente como en Moscú; era sugestivo comprobar cómo los indómitos españoles aceptaban y aplicaban con toda seriedad los métodos moscovitas.

Entramos; allí estaba Pierre ante el retrato del camarada Stalin. Me abrazó efusivamente pero sin sonreír. Tenía la cabeza rapada, vestía uniforme y parecía más atlético y más alto. Me

impresionó lo cálido de su recepción. Celebró los éxitos del Frente Popular en Chile y lamentó el fracaso en el Brasil.

—¿No estuviste de acuerdo con el levantamiento? —interrogó.

—No —afirmé— siempre creí que era una aventura.

—No lo repitas —dijo como si transmitiese una orden.

Marcucci se despidió; debía partir aquella misma noche hacia Albacete. Quedamos solos y nos inmergimos en un análisis que transformó la conversación en amplio informe político sobre la situación general y particular de Chile, sobre los aspectos que asumía la perspectiva económica, política y social, en el Perú, en el Ecuador y en Bolivia. Se encendieron las luces y seguimos conversando en un ambiente sofocante, ya que las ventanas fueron herméticamente cerradas para impedir la filtración de la luz. Era agradable la manera que Pierre empleaba para presentar sus discrepancias y la forma de suave y amena ironía que utilizaba para perforar o demoler los razonamientos del interlocutor, cuando no concordaba con ellos. Era hombre que no amaba tener siempre razón: nada le afectaba más, que un sólido argumento en contra de sus tesis. Lo recibía cual si se tratase de un hallazgo.

—Estaré muy poco tiempo en Valencia —aseveró— deberé ir a Madrid de nuevo y al frente de Aragón; luego, me marcharé más lejos. Vamos a comer juntos, prolongaremos hasta la madrugada la sobremesa de la cena y lo que tú me refieras me servirá mucho. Te advierto que no para mi información privada.

—Comprendo. Gracias por tu invitación; pero antes debo ir a darle un aviso a mi mujer.

—Deja. Deja. Pasaremos por tu casa y te detendrá a hablar con ella, después seguiremos.

Comprendí que Pierre necesitaba un informe crítico, el que sería presentado ante Dimitrov y Manuilsky, tal vez; pero, con toda seguridad, ante el círculo estrecho del Kremlin del que él formaba parte y dentro del cual gozaba de creciente privanza.

En el automóvil de Pierre, se instaló junto al chofer, un ruso vestido de miliciano, armado de un fusil ametralladora. Detrás de nosotros siguió otro automóvil, con tres tripulantes, además del conductor, que llevaban ametralladoras más grandes, las que no hacían nada por ocultar.

Pierre notó que eso me llamaba la atención y dijo:

—No sé si estas medidas aparatosas puedan librarlo a uno de ser volado por una bomba, o hecho papilla por medio de un buen tronco en cualquier recodo del camino o degollado por un fino alambre muy bien templado a la altura del pescuezo en la carretera. En fin, uno tiene la culpa por hacerse considerar personaje.

Pasamos por la casa donde estaba la redacción de "Frente Rojo", vieja mansión señorial, una de cuyas habitaciones ocu-

pábamos mi esposa y yo. Anteriormente la habitación había sido comedor, un comedor para banquetes; hoy servía de morada a una pareja comunista venida del otro lado del mundo... de "más lejos que Lima", como decían los conquistadores.

Salimos de la ciudad. Pierre vivía en una mansión ubicada en el campo en medio de huertas de naranjos y chacras de arroz, más allá de la Albufera.

Cenamos solos y Pierre se empeñó en hacerme probar los excelentes vinos de España. Toda invitación rusa, para tener mérito y cumplir las normas de hospitalidad, debe terminar en alegría dionisiaca, embriagando a los invitados. Los comunistas rusos han recogido la tradición cultivándola con ánimo político y propósito policial. Hacen beber todo lo posible, beben uno o varios de ellos lo menos posible y, casi siempre, obtienen de este juego una rica y, a veces excepcional información, gracias a la desatada locuacidad de sus alegres comensales. Haciendo beber en abundancia y bebiendo con parsimonia, logran hurgar con mayor eficiencia en el fondo de la conciencia anestesiada de personas, por otro lado, plenamente confiadas.

Los más serios reparos de Pierre se enderezaron en contra de la actitud que yo guardaba respecto de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, en el Perú.

—¿Tienes alguna cuestión personal con Haya? —preguntó al tiempo que alzaba su copa exclamando: ¡Salud... por tí y por tus éxitos...!

—¡No... no...! —repliqué con energía antes de beber— no existe nada personal, ni contra Haya ni contra ninguno de ellos.

—¿Estás seguro...? —subrayó Pierre.

—Absolutamente seguro —reiteré con firmeza— comprendo lo maléfico que sería, en cualquier caso, mezclar en la acción política las antipatías o las simpatías personales. Además, te aseguro que no profeso ninguna especie de antipatía, ni grande ni pequeña, a Haya: mi oposición es seca y fríamente política: rechazo su posición, condeno sus métodos...

—Hay en tí —interrumpió, dejando la copa y cambiándose los zapatos por las babuchas que le trajera el criado— una clamorosa inconsecuencia... ¡sí... sí...! una quiebra lógica, que en tí... no resulta lógica... y que además, por tratarse de tí, es imponderable.

—¿Qué es? —interrogué punzado hasta lo íntimo por la dureza de juicio— ¿Por qué... en qué consiste...?

Pierre sonrió, subió sus talones sobre el sillón, encogiéndose sus piernas, como si se pusiese en cuclillas y entrelazó los dedos de sus dos manos por debajo de las rodillas.

—Me parece un mono —dije por familiarizar la conversación y como si desease amenguar la aspereza de la acusación de Pierre.

—Esta posición me sirve para pensar meditativamente, con profundidad —dijo muy en serio, como rehusando la broma, y prosiguiendo—: Nunca he podido comprender cómo eres tan amplio y aceptas con tan excelente voluntad a los radicales chilenos, al mismo tiempo que niegas análoga acogida a tus compatriotas, los apristas peruanos. Si los apristas son corrompidos, o candidatos a la corrupción, los radicales no lo son menos: si en el apra hay pícaros y picarufelos, el número y volumen de estos no creo que es menor dentro del Partido Radical. Y si Haya de la Torre es granuja, pues no me obligues a hacerte la lista de granujas en Chile.

—En mi opinión —repuse con calma y saboreando el vino— hay varias características esenciales, que establecen diferencias de calidad fundamental, entre los apristas peruanos y los radicales chilenos.

—¿Esenciales...? —preguntó Pierre.

—Sí —ratifiqué— esenciales; que están más adentro de la superficie y de la apariencia... diferencias medulares.

—¡Vamos, vamos, muy interesante! —gruñó Pierre meneándose dentro del sillón, como un feto gigante.

—Ante todo —aseveré— el radicalismo chileno es orgánica e históricamente una fuerza democrática; cree y practica el juego libre de los partidos políticos: ha nacido y se ha desarrollado luchando con grandes y poderosos competidores y se ha hecho él mismo un sitio bajo el sol, que no se le ocurre negárselo a ningún otro partido.

—Sí, es justo, es una apreciación correcta —sentenció Pierre.

—El Apra, en cambio —continué— propugna y trata de imponer la victoria del partido único, es decir, el dominio político del partido totalitario: para Haya de la Torre, el triunfo no significa simplemente preponderancia de partido vencedor, sino monopolio absolutista, dominación autocrática a la que los demás deben someterse, so pena de implacable aplastamiento: algo típico del fascismo; algo de neto carácter anti-democrático, a lo que es ajeno y contrario el radicalismo chileno.

Pierre exhaló un gruñido leve y me miró como invitándome a seguir.

—El radicalismo en Chile —continué— no es una organización de tipo vertical y totalitario. No hay comando de jefes vitalicios, indiscutidos y totalitarios. Es una organización democrática; en su seno actúan una derecha, un centro, una izquierda, un ala más a la izquierda todavía... en su seno prospera una elasticidad ideológica que vá desde la más estrecha vecindad

conservadora, hasta la mescolanza más pecaminosa y abarragada con el partido comunista.

Y me reí alegremente.

—Me está haciendo reír el vino —hablé como pensando en voz alta, aunque en realidad era dueño de la plenitud de mi control. Y dije:

—El Apra, por el contrario, no es en su interior, una organización democrática. Su estructura es no sólo dictatorial, sino cuidadosamente dictatorial, como si al crear su armazón se hubiese puesto empeño especialísimo en eliminar todo resquicio democrático. Y lo que lleva en sí fermento de tipo dictatorial tiene que conducir por fuerza a la dictadura. Con los radicales chilenos, querido Pierre, tú puedes hacer una democracia, defectuosa si quieres, pero democracia. Con el Apra no, nunca. En el Apra manda Haya de la Torre; en el Partido Radical mandan los radicales... diferencia esencial... De un Presidente radical en Chile puedes esperar libertades democráticas; de Haya, los peruanos no podemos aguardar sino una dictadura más, con toques y retoques nazis, con fanfarrias y hosques de banderas... y también con "mangellos" y tropas de asalto.

—¿Estudiaste para abogado alguna vez...? —preguntó con sorna.

—¡No... me dió siempre por la Filosofía y la Economía Política!

—Veamos ¿cuál otra característica es esencial en la diferenciación? —insistió Pierre.

—Otra diferencia esencial —aseveré— es que el aprismo emplea métodos terroristas en su actividad política: los radicales chilenos no, nunca. El aprista peruano ataca a tiros a su adversario político; el radical chileno lo ataca con argumentos, de buena o mala ley, argumentos que pueden calumniar con bellaqueería y hasta matar políticamente al contendor, pero que no asesinan. Y esto, me parece sustancial. El radical es capaz de discutir con el comunista y de negociar con él, aun pretendiendo embaucarlo; pero el Aprismo preferirá siempre la cachiporra al argumento; colaborará con el comunista mientras ello convenga a sus planes, y cuando no le convenga liquidará al aliado como a cualquiera de los que llama "reaccionarios".

—Es que los apristas —objetó Pierre— emplean el terror ahora como una represalia contra la dura represión de los dictadores. Quizás reaccionan con primitivismo, a la manera de los nihilistas rusos, cometiendo crímenes inútiles... pero...

—No —repliqué convencido— el terrorismo aprista no está dirigido sólo contra los dictadores o contra los gobernantes o funcionarios que les golpean. ¡No... no...! Los apristas liquidan físicamente a quien se les cruce en el camino en calidad de simple opositor, sin poder de ninguna clase. Victiman a sus propios

milитantes, cuando ello conviene a las altas finalidades del movimiento. Castigan, hasta con la muerte, a quien se marche desilusionado o a quien rehuse continuar obedeciendo los mandatos del Jefe. ¡No es algo parecido al nihilismo...! Mi pensamiento claro es que se trata de criminalidad común, especificada en todos los códigos penales del mundo. Yo no creo que pueda apoderarse con el eufemismo de "nihilista" al que hace matar a su contendor político, para abrir camino a sus aspiraciones propias.

Se hizo una pausa larga, que Pierre rompió, preguntando:

—¿Qué otra diferencia...?

—Mientras el radicalismo chileno es un movimiento político semejante a los muchos que existen en los diversos países, la Alianza Popular Revolucionaria Americana pretende la creación de una especie de pequeño Komintern, confusamente entremezclado con una restauración del antiguo Imperio de los Incas, y con la creación de un "Estado Anti-imperialista", en el que, so pretexto de anti-imperialismo, se darían unas largas vacaciones a todo género de libertades democráticas. A Víctor Raúl le gusta repetir a menudo su oferta de "cien años de aprismo para los peruanos". Los radicales chilenos —aun en sus instantes y en sus personeros más demagógicos— no te amenazan con el advenimiento de tal centuria: en esto también, el Apra copia al fascismo.

Y, en medio de este su intento de creación de una especie de pequeño Komintern "indo-americano" —como ellos dicen— la Alianza Popular Revolucionaria Americana se opone con tenacidad a todo movimiento de carácter universal; proclama con enojo que el europeísmo es un mal en América, lo que puede tener una parte de verdad, pero de aquí saca la conclusión de que su "Indo-América" debe ser exclusivamente indo-americanista, con exclusión de todo lo europeo. Y, como bien comprenderás, esto es absurdo, retrógrado y necio. La salvación de América Latina reside en la asimilación profunda del pensamiento occidental, no en su repliegue sobre lo autóctono, que es pobre, superficial y chato. No podemos olvidar, en momento alguno, el carácter universal del comunismo, su tendencia a abarcar toda la Humanidad y todo el orbe, lo que se halla ideológicamente en pugna abierta con el estrecho criterio autotcionista de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

—Pero, ese criterio —objeto Pierre— lo pueden abandonar...

—¡Es claro que lo pueden abandonar, si ello les conviniese! Y aquí reside otra de las diferencias esenciales entre radicales chilenos y apristas peruanos. El radical chileno puede hacer demagogia; puede llegar a prometer políticamente lo que no tiene ninguna intención, o ninguna posibilidad de otorgar más tarde. Le llega a contar cuentos al roto chileno. Pero, el aprista peruano, no es sólo demagogo, sino que sobre ello, es pícaro: hoy es

anti-imperialista rabioso, mañana servidor sumiso de los monopolios; hoy estará con el comunismo ruso, mañana con Inglaterra, pasado con los nazis. Hoy maldice al Papa, mañana se postulará ante el Arzobispo, si ello le tiene cuenta. El radicalismo chileno, pelea, juega, gana y pierde; el aprismo peruano estará siempre con el que gane, sea quien fuere. Los radicales, por otra parte, tienen un criterio de banqueros, en sus compromisos políticos: respetan hasta donde pueden los pactos que firman, en tanto que Haya y los apristas tienen, en política, un criterio feudal: no consideran pecado, ni falta, emitir cheques sin fondos, ni firmar un pacto en la mañana con la firme intención de romperlo en la tarde. Entre los radicales y los apristas hay la diferencia que existe entre el mercader y el estafador; el primero, puede limpiarte los bolsillos pero siempre te dejará algo en cambio; el otro, con toda indecencia, se lleva todo, dejándote con la boca abierta.

—Tienes maldad polémica —sentenció Pierre— y te agrada clavar los adjetivos como punzones. Se vé, estoy viendo, que no te entenderás nunca con el Apra. En cambio yo, y te aseguro que muchos como yo, nos inclinamos a creer que Haya estaría sinceramente dispuesto a entenderse con nosotros.

—¿Con quién nosotros...? —interrogué con aspereza.

—¿Con quién ha de ser...? —dijo con sequedad— con nosotros, con la Internacional... vamos, con el Komintern.

—Pues yo no estaré presente en ese entendimiento —le lancé interrumpiéndole y como impaciente.

—Lo sé... lo sé muy bien —repitió displicente y se calló.

No dije nada, sobrecogido por el pensamiento tan súbito como claro de la profunda diferencia de idea y de actitud que comprobaba en mí mismo, en aquel momento. Recordé con nitidez que, cuando conversaba con Lossowsky en Moscú, años atrás, estaba decidido en lo íntimo de mí, a trabajar con Haya de la Torre y a crear con el Apra el entendimiento que la Internacional exigiese, si es que llegaba a exigirlo, y más todavía, solamente a pedirlo. En cambio, en esta nueva situación, después de mi experiencia en España, tenía la certeza de que había expresado algo sincero hasta la raíz, al decirle a Pierre allí, que yo no me hallaría presente en un entendimiento con el Apra. Me quedé pasmado sin saber si mi resistencia al Apra había aumentado o si había disminuído hasta un nivel muy bajo, mi fé en la Internacional...

Pierre me miraba, como si quisiese investigar lo que pasaba detrás de aquella perplejidad, que debía ser ostensible.

—Uno de tus argumentos esenciales es la teoría y la práctica de la violencia, por parte del Apra. Y yo estoy pensando ¿cómo concilias con esta repugnancia, tu aceptación de la violencia nuestra... sí, de la violencia comunista...?

—Mira, Pierre —repuse tras un rato de silencio y de duda— con toda sinceridad, te juro que estimo al Apra, en el Perú y en América Latina, como una forma, algo más que larvada, de fascismo. Nacismo de tipo mestizo, si quieres, tarado, leproso... pero fascismo al fin. Y yo creo, estoy convencido de que el nacionismo, como teoría y como práctica, como experiencia y como creación política, ha dado ya todo lo que es capaz de dar: su carrera es la de un movimiento que desembocará en la guerra total. No habrá evolución, ni superación, ni mejora moral ni real de su desenvolvimiento. ¿Me comprendes?, en cambio estoy persuadido de que la violencia comunista es algo temporal, un mal episódico, algo que es factible superar, eliminar y extirpar. No lo estimo como algo inherente al sistema político. De otro lado, tú conoces la posición marxista frente a la violencia: se trata sólo del parto de la sociedad nueva... ¿No es éso...? Los movimientos de tipo nazi o fascista, y aquí tengo que incluir al Apra, lo que no podría hacer con el radicalismo chileno, emplean la violencia como medio para la conquista del poder y luego, como fin para perpetuar una tiranía en el poder.

Seguí argumentando, pero sentía que iba perdiendo la convicción. Opté por callarme.

El silencio se espesó entre los dos, hasta que Pierre volvió a gruñir con su modo familiar. Golpeó su mentón sobre las rodillas y preguntó:

—¿Crees tú que se pierde esta guerra...? ¡Con sinceridad!

—¡Sí...! —afirmé, venciendo algo físico que se me atragantaba.

Pierre volvió a proferir un sonido gutural, que quise interpretar como de leve asentimiento. Permanecimos un buen rato en silencio después de mi afirmación, hasta que él reinició su charla, haciéndola rodar sobre temas referentes a las fallas del ejército republicano español, a los graves males que pululaban en la retaguardia, a la escasez general de armamentos y a la carencia total de otros fundamentales en una guerra moderna. Por último, enfocó el tema de la perspectiva del conflicto mundial, que tanto él como yo estimábamos ya inexorable.

—Lo de España —aseveró Pierre— es minúsculo y es sólo un prólogo. La tragedia completa viene después. Creo que pronto... A cada hijo de este siglo se le va a plantear la disyuntiva: fascismo o comunismo... ¡No tiene remedio; no habrá tercer camino; no quedarán rendijas para escabullirse...! Ni mental, ni prácticamente. Y no imaginas la forma en que todo esto ha de consolidar al régimen staliniano, dentro de Rusia y fuera de Rusia...

—¿Crees tú... por qué? —pregunté como si tratase de disimular mi interés.

—Muy pocos, casi nadie comprende cómo está consolidando el poder de Stalin en la Unión Soviética, esta guerra civil española. El pueblo ruso, la gran masa, simpatiza con ardor, con pasión, con la causa de la República Española, y está persuadido de que Stalin está dando toda la ayuda que hace falta, toda aquella que se puede dar.

—Pero... ¿cómo? —intervine— si tú mismo reconoces que no hay armamentos; que los milicianos luchan con sus uñas; que no hay artillería, ni aviones, ni vehículos... ni nada... ¡vamos...! nada.

Pierre me volvió a fijar la mirada y sus rasgos me parecieron una séptima copia al carbón; era como si no pudiese entender bien esos rasgos conocidos, a causa del espíritu hispánico de aquel vino...

—Los armamentos —subrayó Pierre lanzando las piernas hacia el suelo y poniéndose de pie— se construyen, tú lo sabes, al precio de un inmenso sacrificio; puedes decir que están amasados, no sólo con el pan que se arrebata de la boca al pueblo ruso, sino con sangre y con carne rusas. Por tanto, querido amigo, no pueden ser desperdiciados, no pueden caer, por ningún motivo, en manos del enemigo, no pueden servir de espías para revelar secretos. Esta es la razón superior por la cuál la República no recibe sino armas pequeñas y armamento de segunda clase; los cañones de la República son de quinta categoría, es cierto. Pero, hemos probado la calidad de otros que tienes que comprender que no pueden ser empleados hoy. Prestarán los servicios que deben, más tarde.

—Pero, mi caro Pierre —objeté— la causa de la libertad debe defenderse con todas las armas en cualquier parte, no sólo en las fronteras soviéticas.

—España —dijo Pierre tomándome por un hombro— no es sino una escaramuza; no es la guerra; y tienes que aceptar que no importa perder una o cien escaramuzas, si al final se gana la guerra.

—Ya perdimos la escaramuza de Alemania —volví a objetar— y esta guerra sólo se pierde por falta de armas.

—¿Armas? —indagó Pierre— Sí, es claro, valor no falta.

—¿Qué ha de faltar —dije con soberbia— el español es el tipo humano más valiente del mundo!

—¿Valiente? —interrogó— ¡Qué vá, camarada, que vá...! Ya no es valor, es grandeza, es el infinito de la abnegación. ¡Qué hermoso tipo de hombre es, en efecto, el español...!

—¿Sabes algo de Guralisky? —preguntó después de una pausa, con el ostensible deseo de sellar allí la conversación sobre los armamentos.

—No, no sé nada; tú sabes que no está permitido escribirse. ¿Dónde está? ¿E Inés, cómo está...?

—Guralisky no está más en el Komintern; él como las mujeres hermosas, tenía su pasado; tu lo sabías; es decir, tenía una deuda con el partido. Y entre nosotros, las deudas se pagan; más tarde, más temprano, pero al fin hay que pagarlas.

—¿Y Guralisky ha pagado la suya...! —insinué como afirmando, sin preguntar.

—Mira, camarada: es mucho mejor que no hagas preguntas jamás, sobre la suerte que puedan haber corrido este o aquel comunista ruso.

Tiró un cordón de la campanilla y vino el criado; ordenó que el chofer me condujese a Valencia. Me despidió con afecto y subrayó, en francés:

—Lo hablado es dentro de reserva total; discreción absoluta.

—Es claro, es claro. No tengas cuidado.

Entré en el automóvil a la espalda del chofer y del hombre que volvió a cargar con él su fusil ametralladora; pero, esta vez eran españoles el uno y el otro. Pierre cerró la portezuela y me saludó con la mano. Roncó el motor y nos deslizamos a gran velocidad rumbo a Valencia.

Amodorrado, pensaba en los armamentos. Rusia estaba ensayando no que fabricaba, al precio de vidas españolas. Los mejores eran probados y retirados de los frentes; los peores, eran entregados a los milicianos para que muriesen, batiéndose como leones, crispando sus manos sobre ellos.

Tal política era lastimosa y horrenda; sacrificaba a los hombres, para probar los artefactos. Millares de vidas jóvenes eran sacrificadas para que el camarada Stalin supiese si la máquina infernal había sido eficiente o defectuosamente fabricada por los millares de esclavos rusos, en los campos de concentración.

Y España se desangraba rugiendo, estóicamente, como un altivo redentor a quien habían crucificado. Y sentí una pena honda, que llegaba a dolerme muy adentro, como si gritase en el fondo de mí, su terco alarido la voz de la sangre.

LOS DOS POLOS DEL HOMBRE

LA GUERRA CIVIL acarreó a la España Republicana, desde todos los continentes, como una gigantesca marejada humana, la más rara colección de personajes de todo tipo y de toda condición humana. Fué como la espuma del sacrificio y de la concupiscencia, de la abnegación devota, sin interés y sin frontera, y del bandidaje abellacado y voraz. Espuma del ofertorio generoso de la sangre y de la vida y del egoísmo encruelecido y sin entraña. Eran como los dos polos del hombre, arrastrados por la ola revolucionaria hacia la tierra del sol y de la sangre, del valor elevado a su más altísima potencia, de la imaginación rica, gloriosa y fecunda, que fué siempre y que será España por los siglos de los siglos.

El primero en llegar, solitario y heroico, como un heraldo y promotor de la solidaridad del mundo, fué el escritor André Malraux. El brillante intelectual francés fué el primer soldado de las Brigadas Internacionales, el primer combatiente que trepado en una frágil avioneta, llegó a infundir esperanza al valor desesperado del pueblo republicano. Los vuelos audaces y atrevidos de Malraux inauguraron en verdad el "Tiempo de la Esperanza". Al surcar en su avión los diáfanos cielos de España, Malraux forjó en la mentalidad de la juventud de la República, en el entusiasmo y en la decisión de los milicianos, la idea concreta de una aviación republicana. De inmediato se emprendió la tarea de construir aeródromos y campos de aterrizaje y de preparar pilotos para una aviación que algún día estaría en el cielo —lo mismo que Malraux— defendiendo la causa por la que se combatía en la tierra.

Más tarde, las Brigadas Internacionales llevaron a España lo más granado del comunismo combatiente en el mundo: allí estaban representados todos o casi todos los pueblos del orbe, a excepción de la Unión Soviética. Por complejas, enmarañadas y sutiles razones diplomáticas, no había combatientes rusos ni en la tierra, ni en el mar, ni en el aire en aquella lucha por la libertad. Los había sí, italianos y alemanes antifascistas, en primer término, polacos, americanos de todas las naciones del Hemisfe-

rio, chinos y daneses, hindostanos, egipcios, belgas, franceses. Habían llegado hombres rubios de Finlandia y hombres negros del Senegal; mulatos de Cuba y cobrizos del Perú, mestizos de México y hombres de ojos azules y pelo de trigo de California y de la Nueva Inglaterra. Aquella era una sociedad de naciones formada por luchadores que acudían libre y espontáneamente, abandonándolo todo, a combatir y a ofrecer su vida por la liberación del mundo.

—Esto es lo que dá sentido a nuestra lucha —le decía a Marcucci, hablándole de mi admiración— esta epopeya de solidaridad humana vale por todo lo que hemos sufrido y lo que debemos sufrir.

—El esfuerzo es mundial —aseveraba Marcucci— y es titánico; lo que Malraux ha hecho y lo que ha intentado hacer, lo que están haciendo millones de personas a través del mundo no lo han hecho ni lo han organizado los rusos, ni nuestro gran camarada Stalin... ¡no!... esto lo han formado con penurias durísimas hombres como tú y como yo... Hay aquí miles de personas que han viajado con su dinero, que han pagado el pasaje con sus ahorros. No es el camarada Stalin quien los auxilió para que viniesen, ni será tampoco quien les auxilie para que regresen a sus hogares, a los que sobrevivan.

—Y, que hermoso es verles combatir —añadía— se les vé transfigurados, de pié con las manos en las culatas de los fusiles, hundidos en las chabolas bajo el fuego, conteniendo el ataque del fascismo.

En efecto, aquellos combatientes venidos de las más distintas regiones, desde los países antípodas del planeta, se batían con tanto valor, arrojaban en la lucha tal cantidad y calidad de coraje, eran tan soberbiamente valientes, que todos ellos parecían españoles.

Los hombres eminentes del comité central del partido fabricaban consignas periódicamente y las lanzaban como se lanzan fuegos de bengala en las fiestas pueblerinas, una tras otra. Después de su elaboración en largas y agitadas discusiones, las consignas salían al gran público en diarios, revistas, ediciones especiales para los frentes, gritos perifoneados por las radios, solemnes discursos transmitidos por las ondas de todas las emisoras que controlaba la República. "Madrid será la tumba del fascismo...", "No pasarán...", "Antes morir de pié que vivir de rodillas...". ¡Palabras, palabras, palabras...! que dijera Hamlet.

Junto con los héroes y combatientes, junto con los que habían venido a combatir y a caer en los frentes, habían arribado asimismo y permanecían en la retaguardia millares de aventureros de todas las condiciones y de todos los tipos, originarios de las más diversas procedencias y propulsores de los más dis-

tintos propósitos. A través de toda la guerra, los cafés de Valencia, de Barcelona, de las ciudades republicanas de importancia —a excepción de Madrid— estuvieron siempre repletos de parroquianos ociosos que hacían estrategia, aun cuando el último grano de café había desaparecido de España Republicana y cuando ya se habían agotado todos los sucedáneos que se expendían como café. Allí se podía encontrar en cada atardecer, una asamblea de gente de todos los países. El que adquiría joyas, no importa de qué clase ni de cuál procedencia; las pagaba en pesetas que se depreciaban cada mañana y, cuando la ventaja era muy grande, pues las cancelaba en dólares, en francos suizos, en libras esterlinas. Había el holandés que buscaba curiosidades; el belga probablemente “rexista” y agente de la Gestapo; la francesa dueña de casa de huéspedes, que hacía constantes y furtivas escapadas a Francia, moviéndose con extraordinaria facilidad; el grupo de polacos, la búlgara, el italiano y el suizo, que se reunían siempre en mesas cercanas, sin faltar un solo día. La norteamericana que se llamaba a sí misma “gringa aplatanada”, el japonés, vendedor de “todo a peseta” y los “marchands des tableaux” de Holanda, de Dinamarca, de Francia y de Italia. Todo un ejército abigarrado de negociantes, de aventureros, de pícaros, de espías, de individuos que habían equivocado los caminos que conducían antes a la Legión Extranjera. Eran como dos corrientes paralelas, definidas y antagónicas que, sin embargo, corrían sobre el mismo lecho y se deslizaban hacia el mismo mar.

La escoria del mundo y la flor del sacrificio y de la devoción por la libertad.

—¿Por qué no se limpia a la República de toda esta inmunidad? —planteábamos algunos comunistas en el comité central—. ¿Por qué no se investiga, caso por caso, de dónde proviene tanto granuja, qué está haciendo aquí y cómo está viviendo? Y luego, se les envía por dónde han venido. . . ¿Por qué?

Al principio se concedía la palabra y hasta se escuchaban esta clase de críticas y de protestas; alguna vez se adoptaban resoluciones de tipo general, que permanecían en el papel. Más tarde, pues ya no se atendió, ni se hizo el menor caso de esto.

Los dirigentes repetían con la más hinchada y solemne ingenuidad, las más grandes fanfarronadas.

—¡Callad. . . ! —exclamaba uno con acento exclamatorio—. Esta guerra no la podemos perder. ¡No camaradas. . . ! Que no, y digo que no, camaradas, pues porque no puede ser. . . porque no puede ser. . . porque no puede ser. . .

Y los miembros del Comité Central, y los asistentes al “ampliado” aplaudían.

—Antes que con la quinta columna —sentenciaba teatral y amenazante otro— hay que meterse con los derrotistas. Con esos que llegan hasta aquí y están pensando en sus adentros que va-

mos a perder esta guerra sólo porque hay unos cuantos aventureros en España que se sientan y hacen estrategia de café.

Pertinaz y maciza se alzaba, como una marea, una doble realidad: en la retaguardia, intrigas, negocios, venta al extranjero, quinta-columna, odios envenalados, pillaje, turbio río que parecía pasar por Yenán. Y, al otro lado, en la barricada del mundo libre, en el frente de batalla, un inmenso de valor, un valor sin linderos, de diamantina compacidad, de augusto silencio: valor que había sido elevado a la más alta cumbre a la que puede llevar el hombre el heroísmo humano.

Las horrendas deficiencias, la falta de elementos bélicos urgentes, la inferioridad de armamentos, la escasez de municiones, la impericia monstruosa y los errores tremendos del comandante Lister, del coronel Modesto, del teniente coronel Cartón, del coronel Casado, del comandante Cipriano Mera, de Bruno Alonso, de Garijo, de Muedra. . . , de una veintena, de una centena de hombres que tenían uniformes, capas y galones, eran abismos que el pueblo español colmaba con el sacrificio de su juventud. Eran montañas de dificultades que los mozos de España —que no eran ni comunistas, ni anarquistas, ni poumistas, sino simplemente combatientes por la libertad— superaban entregando abnegados y estoicos, lo más caro que tiene el ser animal, lo más amado que posee un hombre: la propia vida.

Hay dirigentes comunistas que han aprendido con habilidad sapiencial, que han sido preparados con nimiedad, en la técnica y el arte de enseñar a morir a la juventud. No es este un talento natural: es algo que se cultiva en las academias rojas, que se aprende y se perfecciona en las escuelas soviéticas de dirigentes comunistas. Es como el espionaje, como el arte de torturar, como el de anestesiar o el de empujar el rebaño hacia el matadero.

Los maestros en la enseñanza de morir, traían películas especialmente rodadas en Rusia. Las pasaban en los cines donde eran convocados los muchachos milicianos y donde el maestro en el arte dictaba su conferencia.

—¿Los tanques? —preguntaba el maestro en el arte de morir— ¡Vamos, vamos, qué vá chicos! El león no es tan bravo como le pintan. Mirad en la película cómo los valientes revolucionarios rusos inutilizan los tanques de los invasores.

En la película, el miliciano ruso se despoja de la chaqueta, avanza decidido y tapa el ojo del tanque; otro miliciano que le sigue, derrama gasolina y le prende fuego. El tanque —siempre en la película— arde como si fuese de madera seca. Sus ocupantes salen con los brazos en alto y se rinden. . .

La luz se enciende y los muchachos aplauden con fragoroso entusiasmo.

—¡Habéis visto...? —exclama el maestro en el arte de morir— pues aquello que hicieron los camaradas rusos en su revolución, bien podemos hacerlo los españoles en la nuestra.

Y la concurrencia de pie cantaba canciones de guerra.

“¡Puente de los franceses... nadie te pasa...!”

Y esa misma tarde, los muchachos milicianos imitaban al hombre de la película. De cien, uno, dos o tres, lograban inutilizar el tanque adversario; los otros perecían aplastados bajo los engranajes de la máquina blindada.

La guerra avanzó y la vida humana bajó en la cotización española de lo que podríamos denominar la Bolsa de Valores Morales de la gente. Morir no significaba casi nada y matar no era ya tan grave, ni tan criminal, ni tan odioso.

Mientras la juventud española y las brigadas internacionales se batían con un denuedo que asombraba al mundo, una tafia de traficantes se abroquelaba tras el carnet del partido comunista, para realizar todo género de repugnantes actividades. Con el carnet del partido comunista, los muchachos morían en el frente y con ese mismo carnet, los especuladores traficaban impunemente en los mercados negros. Con esa credencial se podía pasar a la primera plana de los diarios, en calidad de héroe y con esa credencial también se pasaba toda clase de contrabandos, se obtenían las mejores raciones, se conseguían las casas de campo alejadas de la ciudad donde podía dormirse con tranquilidad, sin temer los bombardeos nocturnos. Y con la misma credencial, hasta se obtenían las mercedes de bellas chicas franquistas que, indudablemente ofrecían de espías.

Para morir en las primeras trincheras de la acción no había como un carnet del partido comunista y, para emboscarse cómodamente en la retaguardia, nada servía mejor que un carnet del partido de Pepe Díaz y Dolores Ibarruri. Aquello se convertía en degradación, en tráfico sucio de los más altos sentimientos, en contubernio vergonzoso con las peores formas de ruindad. La dirección comunista se había convertido en una especie de infame usurero que cambiaba el heroísmo doloroso y romántico de los unos, por la codicia encanallecida de los otros. Y ambos, los héroes y los pícaros, los santos y los traficantes, eran camaradas, estaban hermanados por el símbolo de la hoz y el martillo, estábamos acollarados a la misma derrota, por los venerables integrantes del comité central.

La derrota política de Largo Caballero acrecentó el poderío comunista y le rodeó con la aureola, quizás no del poder, pero sí de la administración del poder. Los adherentes comunistas se multiplicaban, viniendo de todos los campos: del ejército de la República y de las Tropas de Asalto, de los empleados de los Ministerios y de los antros del mercado negro, de las lonjas de videntes, de especuladores de toda especie.

El comité central dictó cátedra sobre todos los problemas españoles de la guerra y de la paz; dictaba resoluciones sobre la solución del problema agrario y sobre el mejor modo de cosechar las patatas; sobre la estrategia de la guerra y sobre la manera stalinista de poner gasolina a los camiones; sobre las fortificaciones y sobre el precio de los huevos; sobre las condecoraciones y ascensos de los oficiales y sobre las canciones que podían cantarse en los frentes y en los teatros de variedades.

Las sesiones del comité central, daban una sensación de suficiencia y de vaciedad al propio tiempo; de pedantería y de ignorancia. Personas que no conocían en absoluto la materia de que se trataba, daban opiniones solemnes y proponían como resolución aquella idea que se les acababa de ocurrir en ese instante. Un pintor de paredes pontificaba sobre estrategia y táctica en el frente de Extremadura; los carpinteros se hacían coroneles y los picapedreros eran consagrados, en nombre de Stalin, generales con capacidades superiores a las de Alejandro el Macedonio. Aquello ya no era siquiera una dolorosa tragedia, un drama inmenso; era un sainete impregnado de sangre humana y de excrementos, atado con intestinos arrancados a los vientres despanzurrados, borracho del gran heroísmo inútil, abarraganado a la odiosa corrupción que se alzaba, como un mar en flujo, invadiéndolo todo.

Introducía en el cerebro la idea obsesiva de la locura, aquel espectáculo deprimente, envilecido, desesperante. Hombres que, hasta ayer, habían sido camaradas de la más alta calidad humana; que habían sufrido prisiones y torturas por la causa comunista y por la defensa de los derechos de los obreros; personas que habían soportado los más crueles martirios por la causa del proletariado, estaban allí transformados en altos dirigentes comunistas. En dirigentes que poseían una casa fuera de la ciudad, donde podían dormir sin que les turbase el sueño el alarido de las sirenas. Eran dirigentes que comían bien mientras el hambre estrujaba a la población civil hasta agotarla. Eran los miembros de una especie de cofradía de elegidos para quienes la guerra era la más cómoda, la mejor, la más satisfactoria hora de su vida.

Cuando después de la derrota, años más tarde, comentando en Chile el hambre que azotó a la República y las horribles privaciones que soportaron los republicanos españoles, Manuel Delicado, uno de los grandes duques del comité central del partido comunista español, me refutó entre indignado y burlón:

—¡Miren chicos...! ¿Y a qué viene éso...? Decir que durante la guerra hemos sufrido hambre en España, es un poco de fantasía, con mucho de “esageración”. . . lo que es por mi parte, declaro que jamás en mi vida comí tan bien como he comido en España durante la guerra.

—¡Tienes razón —respondíle sarcástico— tienes razón...! Estas diciendo una de las grandes verdades que se han dicho sobre la guerra de España.

Ni Delicado ni los demás —que eran una docena y media de dirigentes españoles refugiados—, dijeron una palabra. Creo que los chilenos que asistían a la fiesta donde esto tuvo lugar, comprendieron la esencia de aquel breve y punzante diálogo.

Para los dirigentes del partido comunista y para aquellos de las denominadas “organizaciones auxiliares”, especie de títeres fabricados para moverlos cuando el partido no creía conveniente aparecer, la guerra fué la etapa de la gran comodidad. Fué la hora de existencia repleta con la que habían soñado probablemente, en sus horas de infortunio. Confortables moradas, cavas llenas de generosos vinos, langosta y caviar, automóvil a la puerta, choferes, servidumbre, mujeres rubias, morenas, con ojos verdes, castaños, negros, pernilargas, pernicortas, pintadas y sin pintar... ¡Es claro...! Para los hombres como Delicado, aquella fué la época de las vacas gordas. Para el pueblo español, no: todo lo contrario.

Llegó el doce de octubre, Fiesta de la Raza, la que la República y los comunistas desearon conmemorar dignamente. Fui llamado para revisar y dar mi opinión sobre los discursos que se habían elaborado para la ocasión.

—Me parecen absurdos, no solamente malos —le dije al Ministro comunista que se encontraba allí y a los miembros del comité central que examinaban los discursos que debían transmitirse a América Latina por onda corta.

—¡Vamos, vamos —dijeron— no hay que hablar de esa manera!

—Se me ha pedido opinión y la estoy dando honradamente. En esos discursos se presenta a los conquistadores españoles como a miserables aventureros y sanguinarios opresores. Allí se presenta a Cortés, a Pizarro, a Valdivia, a Almagro... vamos... como a una gavilla de asesinos. ¡Y eso no solamente no es verdad, sino que constituye un insulto a los latino-americanos...!

—No digas tonterías, chico... vamos... ¿cuál es el insulto...? Estás hablando como un monarquista...

—Como uno de los cortesanos de Carlos Quinto... añadió Angelita, riendo burlona e insolente.

—Mi opinión ha sido solicitada y mi opinión concreta y clara es que ni Cortés, ni Pizarro, ni Almagro, ni Valdivia, ni Balboa, pueden ser tratados como granujas... ¡no tenéis derecho!

Se abrió una discusión académica para probar que sí lo eran, por parte de dirigentes comunistas que ni siquiera sabían qué es lo que hicieron Cortés, Pizarro y sus congéneres.

—¿Saben ustedes una cosa? —les dije— los ibero-americanos que son esos a quienes van ustedes a lanzar esos discursos

descienden de los personajes a quienes se insulta. Cortés, Pizarro, Valdivia, Almagro, fueron los abuelos de nuestros padres. ¿Lo entienden? Y creo que a nadie le gusta que le insulten a la familia. Y peor todavía si las injurias van en calidad de saludo y so pretexto de festejar como epopeya lo que ellos ejecutaron como malvados.

Me eché a reír, Ercoli celebró con carcajadas mi argumentación y se acordó que los discursos fueran elaborados de nuevo por mí.

Pero ¿cómo puede ser —dijo Codovila— si los discursos fueron escritos por nuestro camarada Falcón, tu compatriota? ¿Le tienes mala voluntad... porque es moreno... lo discriminan?

Aquel modo de argumentar me irritó, pero dominé la irritación respondiéndole:

—Los discursos han sido elaborados en ese tono insultante contra los conquistadores, porque los ha hecho Falcón. En mi país, no somos los blancos los que despreciamos u odiamos a los negros, o a los mulatos. Son ellos los que detestan a los blancos. Y como Cortés, los Pizarro, Almagro, Solís, Balboa y los otros, fueron blancos, pues Falcón ha querido golpearles en el suelo...

Una carcajada saludó la respuesta, se me prometió una cena excelente si arreglaba aquello o si hacía algo mejor.

Antes de la noche los nuevos discursos estaban aprobados. Debí reunirme con cada uno de los oradores, a fin de introducir las reformas de estilo que cada uno quisiese. De allí hubo que marchar a la estación de radio, al abrigo de bombas, a fin de dejar listas las grabaciones. El trabajo terminó después de la media noche. Los oradores se mostraron agradecidos y uno de los Ministros comunistas me dijo:

—Bueno, la promesa creo que fué invitarte a cenar. Pues soy yo quien va a invitarte la cena.

—No podía esperar nada mejor —añadí a mis agradecimientos por su atención— sobre todo ahora que el hambre es dura y que la dificultad para encontrar comida es mayor.

—Pero chico... —exclamó— ¿estás hablando en serio...? Tienes que aprender a pasarla bien; en España Republicana hay de todo, hombre de todo... ¡no faltaba más...!

Luego, dirigiéndose a las personas que le acompañaban, añadió:

—¡Habéis oído las cosas que se le ocurren a este camarada? Que en España Republicana se pasa hambre... pero que tiene gracia chico... la mar de gracia.

Al oírle no sabía si estaba bromeando o si quería hablar en serio. Lo que sí era claro es que todos aquellos dirigentes que celebraban al personaje comunista, se preparaban para una gran cena. Cena que no tenía vínculo de ninguna clase con las minúscu-

las raciones de lentejas que se daban cada día: una ración para la mañana y otra para la noche. Esas lentejas de pesadilla, a las que el pueblo llamaba "Pildoras de vida del doctor Negrin, Marca Resistencia".

Llegamos a la mansión situada en una de esas huertas valencianas saturadas de olores de azahar de los naranjos en flor, tan popularizadas por las novelas de Blasco Ibáñez. La mansión había pertenecido a condes españoles antes de la Revolución. Morada antigua, amplia y acogedora, había sus jardines descuidados y sus setos sin rasurar.

Otros visitantes nos habían precedido, a juzgar por los automóviles vacíos que estaban allí. Otros más llegaron después que nosotros. Bien pronto el salón estuvo lleno y los criados iban y venían trayendo bocadillos, sirviendo copetines y preguntando a cada quién lo que deseaba beber. Lo que no escaseó jamás durante la guerra fueron los licores: tanto los de procedencia española, como los cognacs franceses y los whiskies escoceses.

—¡Señores: la cena está servida...! —anunció un criado con albos guantes, cuidadosamente peinado y demostrando en sus ademanes que conocía el oficio de servir: que lo había aprendido sirviendo a los grandes de España y que ahora lo practicaba sirviendo a los camaradas dirigentes del partido comunista.

¡Para esto se hace la Revolución en España...! —pensé contra mi voluntad y el pensamiento me corroía interiormente— para esto se mataban los muchachos en el frente. Para esto habían abandonado tierra, madre, novias, hasta mujer e hijos, los que habían venido a batirse por la libertad en las trincheras españolas. Sentí asco del momento y de la gente que se estaba moviendo en él.

Ingresamos al amplio comedor, de techos artesonados y de muros con grandes alacenas: las puertas eran bellísimas por sus labraduras y sus bajo-relieves. Las velas se consumían en artísticos candelabros. Botellas de vino viejo mostraban el polvo del tiempo sobre sus golletes y sus etiquetas; media langosta esperaba a cada uno de los comensales.

—¿Qué tal, chico... hay qué comer o no hay qué comer en España? —preguntó el camarada que hacía de anfitrión— ¿Qué dices ahora?

No dije nada. Sonreí. Me callé. No podía decir nada en aquellos momentos; sentía un ardor irritante en la garganta y las palabras me quemaban más adentro de la lengua. Sentíame dolorosamente abrumado. Por otra parte debía sonreír saludando a los invitados que no eran comunistas sino personajes de los altos círculos de los diferentes sectores políticos.

—Esta sí que es una cena de camaradería de frente único —manifestó alegre y pedantemente Manuel Delicado— aquí están todas las tendencias republicanas.

—Menos los del "poum" —dijo sonriendo picarescamente una rolliza y madura dama anarquista.

—Los "poumistas" no son republicanos —sentenció con acritud uno de los altos Secretarios del Ministro.

Una cuarentena de personas ocupó las sillas. Tras la langosta vino una sopa digna de un gran hotel francés, a continuación pescado y más tarde algo que era un sueño en aquella hora de la España Republicana: un excelente filete de ternera sabrosamente dorado, con una gran porción de patatas fritas como en los grandes restaurants de Francia; porque, en verdad, las patatas fritas auténticas solamente saben freírlas en Francia.

La comida estuvo rociada abundantemente por los excelentes vinos de España, los vinos almacenados a través de generaciones por los nobles españoles. Los de algunas cosechas no eran bebidas ya por los hijos o los nietos de esos nobles, sino por los altos dignatarios del glorioso partido comunista.

Postre, helados, café... no el café que expendían en los establecimientos donde hombres y mujeres llegaban a ocupar una mesa, a charlar, a murmurar y hacer estrategia de café. No, café auténtico, de aquel que se sirve en las avenidas Río Branco, Dieciocho de Julio o Avenida Mayo, en Río de Janeiro, Montevideo o Buenos Aires.

Yo estaba absorto. El camarada invitante se percató de que no había dado fin al grueso filete que me había correspondido.

—Se vé que no tenías tanta hambre como decías —exclamó en voz alta, que se escuchaba en toda la mesa— no pudiste liquidar la carne. Estaba exquisita.

Todos hablaron primores de la comida y celebraron el buen sabor y la delicadeza de su preparación. En toda la mesa se extendió la conversación sobre la cocina y los cocineros.

—Ha sido un hallazgo —refirió mi camarada dirigente comunista— un cocinero español magnífico, que pasó una larga temporada cocinando en París. Así que conoce la de aquí y la de allá ¡y se ha encariñado conmigo...!

Se distribuyeron copas de cognac francés, de benedictine, de cacao... se hicieron bromas sobre la abundancia, se comentó la posibilidad de una inminente ofensiva y se esbozaron grandes planes futuros. Los camaradas comunistas dijeron algunas palabras duras refiriéndose a Largo Caballero, el ex-"Lenin Español". Los socialistas y anarquistas mudaron de conversación.

En el momento en que más animada estaba la charla en los corrillos diversos, el mozo anunció:

—Han llegado las señoras...

—¡Qué pasen, pues que pasen...!

Ingresaron unas ocho o diez mujeres ataviadas con elegancia, bellas, con las uñas cuidadas y el rostro y el cabello arreglados en el salón de belleza.

—¡Presentaos... presentaos...!

Cada una de las damas parece que daba su nombre al estrechar la mano y creí que, entre dientes, pronunciaban palabras que eran títulos.

—Marquesa... condesa...

La conversación se generalizó; los invitados se dividieron en grupos y los mozos servían champaña, cognac o whisky según el placer de cada cuál. Quedé en un grupo en el que había una dama visitante. Apenas abrí la boca, me miró extrañada, me llevó a un lado preguntando:

—Eres extranjero ¿verdad?... americano... ¿de dónde?

—¡Ah...! ¡Qué lejos, por Dios Santo. Antes se decía por algo muy distante, que quedaba más lejos que Lima.

—¿Y a qué has venido...? ¿A pelear...? ¿Eres de las Brigadas...?

—No, no soy de las brigadas; soy periodista, envío informaciones a Sud-américa sobre la guerra.

—¿Y las envías...?

—Sí, en la medida en que lo permite la censura...

—¡Ah...! —exclamó sonriente— entonces ¿tú no eres de esta gentuza...?

—¿Gentuza...! ¿Cuál gentuza...?

—Pues toda esta: comunistas, socialistas, anarquistas, cenevistas. Toda esta banda de mangantes.

—Pero ¿y usted...? ¿Por qué está con ellos...? ¿Por qué vienen a sus fiestas y son sus amigas...? Porque veo que existe una gran confianza entre todas ustedes y... la gentuza.

—¿Qué ingenuo, chico... pero qué ingenuo...! —exclamó burlándose de una manera encantadora—. ¿A tu edad con tales preguntas? ¿Qué quieres... chico...? Esta cabeza es muy bella para que yo consienta que me la perforen a tiros... y esta canalla. ¡Mírale las manos a Elenita...! ¿Son preciosas, ¿verdad? ¿Te la imaginas colgadita de las muñecas horas y horas...? ¡No hombre, vamos, es preciso vivir... vivir hasta que termine esto. Que durará poco, te digo...!

—¿Cree usted que esto termina...?

—Y más pronto de lo que tú y de lo que todos ellos se imaginan.

—Yo pienso que, al contrario, los republicanos ganarán la guerra.

—Que te crees tú eso —exclamó la mujer riendo— lo que debes escribir para tu periódico es que esto terminará muy pronto, con la victoria total de Franco.

—Pero ¿vosotros sois de la quinta columna? —dije como asustado.

Una risa estentórea llamó la atención de los que estaban más cerca, dos grupos se deshicieron para juntarse a un tercero

y formar uno solo. A ellos se dirigió la dama diciendo en voz alta:

—Eh tú, camarada... una cosa verdaderamente angelical. Este camarada tuyo asegura que pertenecemos a la quinta columna... ¿qué te parece?

—¡Hombre...! este camarada es un tío descontento y descontentadizo. Le damos de cenar y asegura, bajo su palabra de honor, que no hay qué comer en la España Republicana; le presentamos mujeres guapas y asevera, poniéndose la mano sobre el pecho, que le hemos puesto frente a frente a la quinta columna. Aunque en éso, camarada —dijo dirigiéndose a mí y golpeándome familiarmente el hombro— te pareces a los españoles: todos le ven la cabeza a la quinta columna y ninguno le ha visto la cola. Para ellos en España todo es quinta columna. ¡Todo, hombre, hasta las mujeres guapas...!

No supe qué decir, no tuve nada qué decir, no dije nada.

Palabra por palabra, escena por escena, persona a persona, se lo referí a Marcucci en una larga conversación al día siguiente. Le confesé que había algo en mí que comenzaba a flaquear. Le mostré los cigarrillos finos con los que me había obsequiado mi camarada dirigente y sobre cuya cubierta estaban impresas las palabras "Para el Frente". Le declaré que estaba pensando ya como una idea fija, que aquello se lo llevaba una pipa de diablos. Y le dije que me estaba atracando en ese recodo del camino, precisamente, un oscuro pensamiento...

—¿Cuál...? —preguntó.

—El de que estamos perdiendo inútil y miserablemente nuestras vidas. Todo este inmenso sacrificio es estéril; algo peor, está sirviendo para consolidar un régimen abominable. Todo este torrente de abnegación se está volviendo un pantano en el que se hunden los mejores anhelos humanos.

—No hay necesidad de llegar hasta allí —dijo con aspereza y tartajé como diciendo algo que no entendí.

Nos callamos y seguimos caminando despacio, como si contáramos nuestros pasos.

—Lo que sí creo contigo —dijo, lanzando una gruesa bocanada de aire como si fuese un sollozo ahogado— es que no sólo estamos perdiendo la guerra... ¡ya la tenemos perdida...!

—Pero ¿quién tiene la culpa...? —interrogué.

—No por cierto —repuso sonriendo amargamente— los que están peleando en los frentes, los que llenan los hospitales, los que se batan. Ellos ¿qué culpa van a tener? La tienen los dirigentes y la tenemos nosotros. Nosotros, camaradas, que no tenemos el valor de gritar.

LA PRAXIS RUSA EN ESPAÑA

AUMENTABAN las dificultades en la España Republicana y, como paralelo imponderable, crecía el poderío del Partido Comunista; más preciso es decir el de los gerentes y administradores del comunismo en España.

Al lado del estado mayor de Stephanov se formaba otro, cuyo comandante era el coronel Bielov, que actuaba como General Popov, cuyos poderes eran tan grandes, en relación con las proporciones, como el de la N.K.V.D. en la Unión Soviética. No llegaban combatientes rusos, por complejas y escabrosas razones diplomáticas e internacionales, pero sí llegaban miles de policías escogidos, miembros de la policía secreta.

El Partido Comunista proclamó el "trabajo de choque de tipo stajanovista" como necesidad de urgencia para la suerte de la guerra. No es que ella se estuviese perdiendo. No. Tal pensamiento era derrotista; era el de los enemigos del pueblo. Sólo que era urgente ya comenzar la tarea de mejoramiento de las condiciones de vida de la gente...

Escasez de lo más necesario, carestía vertiginosa de los comestibles, especulación en grande y pequeña escala, se presentaban como los heraldos del hambre y de la miseria que azotaría más aún a la población que la propia guerra. Se inauguraba el sacrificio en masa de caballos, pollinos y gatos, no ya en forma clandestina, sino de manera franca y meridiana. Y hasta en los restaurantes y en las fondas se pedían estas carnes con su verdadero nombre.

El Comité Central del Partido Comunista celebró una sesión "ampliada" como cuando se trataban asuntos de honda trascendencia. A ella concurrieron no sólo los dirigentes calificados del Partido, sino además comisarios políticos, dirigentes sindicales, hombres de la prensa del partido. Estos tenían voz pero no voto.

La plana olímpica del comunismo reconocía por primera vez que el pueblo español estaba ya soportando hambre física y que las raciones menguantes de lentejas acelerarían el desastre. No eran sólo las gentes comunes, que no disfrutaban de ración privilegiativa, las que estaban sintiendo hambre: eran ya los cua-

droso inferiores e intermedios... comunistas, socialistas... anarquistas, que sentían la mordedura.

—La quinta columna está alentando el mercado negro, clamaban.

—Sí, ella está organizando el hambreamiento y la especulación...

Y en este tonto y estéril sentido pronunciaban discursos Dolores y Checa, Codovila y Angelita, Antón, Mije, Delicado, Martínez Cartón, Uribe, Pozuelo, Falcón...

Y como superación de la crisis pues se propuso una medida soviética: el control absoluto de los precios y la fijación de estos por decreto.

Las objeciones a esta política mecánica y constrictiva, el vaticinio de que, como consecuencia, los campesinos ocultarían sus productos, el mercado negro asumiría proporciones gigantes y los comestibles desaparecerían de tiendas y mercados, fueron calificadas de académicas, intelectuales, pequeño-burguesas y contrarias a las sabias doctrinas del camarada Stalin que las hacía aplicar en Rusia desde hacía mucho rato.

—Las situaciones concretas, en una y otra parte, son diferentes —objetó Marcucci, defendiendo su oposición con criterio marxista.

El Comité Central acordó que la nueva política económica de la República sería impuesta como en Rusia y que campesinos y mercaderes serían forzados a venderlo todo a los precios que el Gobierno señalase.

Veinticuatro horas después de la promulgación del decreto, los mercados quedaron literalmente vacíos y en silencio. Y en las carreteras y aldeas de España se demostraba que la idea staliniana de los "koljoses" para campesinos felices podría tal vez ser aplicada en el Polo y en el Ecuador, pero no podría ser impuesta jamás, en España.

La aldeana que traía dos canastos de huevos era detenida en la carretera y conminada, bajo la boca de los fusiles, a vender al precio oficial, so pena de prisión, multa y hasta fusilamiento.

—Pues no faltaba más... te voy a vender los huevos al precio oficial, claro está, pero me darás una propina de cuarenta pesetas por cada docena o, si no tienes pesetas, pues la linda camisa que llevas...

Tras larga batalla verbal, y ante el acosamiento de que era víctima, la aldeana se sentaba sobre una canasta y danzaba sobre la otra. Mostrándoles la basquiña destilando yemas y claras bramaba:

—Ahora sí, salaos... llevaos los huevos por nada, mangan-tes. Llevaólos a vuestros dirigentes... hijos de perra, hinchad-les la barriga, atragantadles... todo de balde y que sea por la República.

Los Guardias de Asalto, los comandantes de las brigadas de choque del partido, los portaluces de la "agit-prop" regresaban compungidos, con el peso de la frustración sobre las cabezas.

—¿Por qué no habéis hecho un escarmiento...? —vociferaba Lister.

—Porque al menor intento —replicaban— nos habrían linchado...

El Partido Comunista acentuaba su obra de proselitismo dentro del Ejército Republicano y dentro de las esferas de la Administración. La actividad era negada ante la opinión como un pecado, y hasta se llegaron a hacer propósitos de enmienda, pero continuaban ejercitándose las presiones más variadas y compulsivas para acarrear adherentes. Para ello era utilizado todo: la oferta de puestos en los Ministerios y en las dependencias donde los sueldos eran pagados por el Estado; la amenaza del cese; la perspectiva de ascenso; la promesa de traslado; la concesión de un "enchufe" a la esposa, a la hija, a la hermana solterona, a la suegra, convertidas en carga para el jefe de familia: con quinientas o seiscientas pesetas del Erario se captaba, a veces, la adhesión de una familia entera. Y siempre, el nuevo funcionario, debía ceder el diez por ciento a la caja del glorioso partido de Lenin, Stalin y Pepe Díaz.

Ante las resistencias, muy débiles ya de los socialistas, pero tercas aún de "poumistas" y anarquistas, el Comité Central comenzó a emplear su propia policía: una herencia o un calco de la "cheka" rusa de la revolución, pero perfeccionada y pulimentada por la teoría y la práctica que aportaban los subalternos del "camarada Bielov". Los "poumistas" declarados oficialmente "trozkistas" fueron tratados con procedimientos iguales a los que se les aplica en Rusia; uno de sus jefes más conspicuos, Andrés Nin, antiguo secretario de Trozky en Rusia, cayó víctima en la prisión, por los hombres de la N.K.V.D. Y en todas partes se alzó, clandestina pero feroz, la marejada del terrorismo de la misma estirpe del que se abatía sobre la Unión Soviética. Secuestros, liquidaciones, "paseos", torturas, "accidentes", "balas perdidas", riñas sangrientas... todo era empleado para doblegar las resistencias. Los propios comunistas descontentos, indóciles a la yugulación cabal, murmuradores o disconformes con la política del partido o con la excesiva y brutal intrusión rusa, eran llevados a los frentes donde "caían heroicamente defendiendo la democracia y la libertad"... mereciendo luego los honores del grande y glorioso partido de Lenin, Stalin y la Pasionaria...

Arribaron ingenieros, técnicos y constructores de fortificaciones "de tipo staliniano". Construyeron las de Belchite en concordancia con los planos revisados por el propio camarada Stalin y decretaron que aquellas fortificaciones eran inexpugnables.

Y tras prolongadas y vivas discusiones, el Comité Central del Partido Comunista acordó que las fortificaciones de Belchite, en efecto, eran inexpugnables. Y la resolución fué sellada con el "no pasarán". Lister blandía la proclama, arrastrando su sable y pedía que la resolución fuese discutida en cada célula y que se anunciase que él, el coronel Enrique Lister, émulo de Alejandro el Macedonio, se encargaría de que aquel decreto partidario se cumpliera hasta el fin.

Como a guisa de réplica, llegó la voz de Queipo del Llano, radiodifundida desde Sevilla:

—Abrid bien los oídos, mangantes del Mediterráneo... habeis dicho que vuestras fortificaciones de Belchite son inexpugnables... Pues bien, yo os digo, granujas, que no aguantarán una docena de cañonazos... y os veremos correr de nuevo como conejos... precisamente delante de Belchite.

El comando comunista y el coronel Lister volvían a jurar que eran fortificaciones de tipo staliniano... ¡no caerían nunca!

Al despuntar el alba de una madrugada lechosa, cargada de extraña blancura, se iniciaba el cumplimiento de la promesa de Queipo. Nuevos cañones, nuevos explosivos, nuevos metales, eran probados por los artilleros alemanes sobre los muros, troneras y fortines de tipo staliniano. Y en unas cuantas horas, las fortificaciones constituían hacinaamientos de trozos de roca, de troneras puestas boca arriba, de fortines desnivelados transformados en una especie de torres de Pisa pequeñas, desde cuyos boquetes se hacía imposible utilizar ni ametralladoras pesadas ni cañones. Las posiciones inexpugnables se volvieron insostenibles: el inmenso de valor, bravamente español, no podía nada contra la enorme superioridad técnica del armamento. No había remedio; continuar la heroica resistencia era suicida... y se dió la orden de retirada... ¡Y la retirada se consumió en orden, despacio, estóicamente.

Lister lanzó bramidos histéricos: su prestigio; su honor militar; sus laureles de César, sus trazas de Bonaparte... todo mancillado, por obra de un puñado de cobardes, que huyeron abandonando posiciones stalinianas... trazadas por el propio caudillo genial y sapientísimo.

—Fué imposible Lister, enténdelo bien, se hizo imposible mantenerse allí; todas las fortificaciones fueron destruidas, hechas polvo.

—¡No puede ser... no, eso es mentira; aquellas fortificaciones eran inexpugnables! Las entregaron los cobardes.

Se presentaba como un insano, sediento de sangre y de sangre comunista; sus amenazas alcanzaban tonos agudos, fabricó toda una confusa historia de espionaje, sabotaje y traición y comenzó a señalar a los culpables.

Se reunió el Ejecutivo del partido; se invitó a los que alguna participación habían tenido en las acciones anteriores y posteriores a la caída de Belchite y Lister, tras una intervención cargada de violencia y de amenazas, señaló a los responsables del desastre: todos ellos oficiales comunistas, miembros activos del partido desde sus horas más sombrías. Hombres valientes, insospechables de la menor sombra, no ya de deslealtad, sino de la más leve pusilanimidad. Se habían jugado la vida en cien momentos; la habían ofrendado entera a la revolución y al partido, como quien ofrece una flor a una novia... ¡con alegría, con goce supremo del sacrificio...! Y a esta plana de hombres les acusaba Lister de cobardes, de traidores, de haberse fugado frente al enemigo. ¡Y esta fuga —gritaba— es en realidad una connivencia con el fascismo...!

En las altas esferas del partido estalló una verdadera batalla.

—No puede ser; Lister no puede tener razón, ni menos aún puede ser satisfecho. Ahora querría fusilar a jóvenes oficiales, quizás porque han comenzado a hacerle sombra, mañana nos fusilará a nosotros, si así se le ocurriese. El partido no podrá soportarlo.

Llovieron, como era ya normal dentro del partido, cuando alguien disientía del pensamiento de unos cuantos dirigentes, los calificativos más villanos, las amenazas y las más bastardas acusaciones.

—¡Intelectualoides, pequeño-burgueses! Sois cobardes y sois tráfugas. Traicionando a vuestra clase de origen, la pequeña burguesía, os vinisteis a refugiar bajo el ala generosa del partido comunista y de la clase obrera. Os acogimos porque os necesitábamos, porque pensamos que podíamos ganar a nuestra causa, la causa del proletariado. Y ved ahora: en cuanto la justicia proletaria quiere hacerse sentir, abatiendo las cabezas de cobardes y de traidores, estalláis con todo vuestro sentimentalismo lacrimoso, con vuestros llantos mujeriles, con vuestro vegetarianismo revolucionario. ¡Babosos... revolucionarios de agua de lavanda...!

Era duro, era amargo y era asqueroso.

Marcucci regresó de Madrid y comimos juntos; mientras comíamos una cena frugalísima, le informé de lo que estaba aconteciendo. En la noche se presentó en la reunión.

—Tú no tenías porqué estar aquí —le dijo Codovila— tu puesto está en otra parte. ¿Te hicieron llamar con urgencia? —preguntó con sarcasmo.

—¿Y puedo saber dónde debería estar? —preguntó a su vez el italiano visiblemente irritado.

—¡En el frente! —dijo con sequedad, Codovila.

—De allí vengo —replicó tranquilo Marcucci— ni ofensiva, ni contra-ofensiva. Los milicianos se aburren; por eso regresé. Por mi propia cuenta pienso que mi presencia aquí hace más falta en estos momentos que en Madrid, donde no pasa nada.

—Tú no eres quién para decidir dónde debes estar —dijo Codovila en italiano, enrojecido hasta el cráneo.

—Ni creo que tú, Vittorio —repuso, riendo burlescamente Marcucci— estés investido de poderes militares para mandarme como se manda a un cabo. ¡Estás perdiendo el tiempo... Codovila...! Y voy a oponerme enérgicamente a lo que están tramando.

—¿Y qué es lo que estamos tramando? —gritó Codovila.

—Un crimen... —dijo roncamente Marcucci.

El diálogo fué interrumpido por la llegada de varias personas. La sesión iba a iniciarse: ya estaban sentados los miembros del comité central; detrás de sus asientos habían otros, que no eran del comité central: los unos disponían de sillas, los otros estaban de pie.

Lister se paseaba agitado en el reducido espacio libre que había: lanzaba miradas rabiosas y mascullaba frases ininteligibles. Se pasaba constantemente por los labios la manga de la elegante casaca. A Lister le sugestionaban, como a una colegiala los uniformes, las charreteras, los cordones dorados, las capas amplias con fôrros de colores.

El informe sobre el fracaso de Belchite fué leído; la acusación había sido escrita en un legajo y la firmaban Lister y varios jefes y comisarios políticos de su división. Cuando se dió término a la lectura, ninguno de los altos dirigentes dijo nada: el presidente ofrecía la palabra y sólo respondía el silencio.

Habló Carmen —la vieja rusa regordeta que se hacía llamar con tal nombre— y reforzó la acusación afirmando que ella, como jefe de la "comisión de cuadros" del partido, tenía la convicción de que los jefes y oficiales que ordenaron la retirada eran individuos sospechosos de traición. Dió a conocer la procedencia social de cada uno de los acusados y demostró que todos ellos eran hijos de burgueses o de pequeño-burgueses: no había allí un solo proletario o hijo de proletario. Por consiguiente, no cabía duda: eran elementos falaces, corruptibles, que vivían —como dijera nuestro gran camarada Lenin— entre el terror y la esperanza: el terror de caer en el proletariado, la esperanza de llegar a ser burgueses. De tales elementos había que esperar todas las puñaladas por la espalda que pudieran concebirse.

Se hizo un silencio largo y oprimente. Se vió forzado a hablar Lister.

Gesticuló, blasfemó, repitió cien veces las mismas palabras y dió vueltas en torno a la misma idea fija: las fortificaciones de Belchite eran "inespunables" y ellas habían sido entregadas

al enemigo. ¡Sí, camaradas... han sido entregadas...! Y esto era traición y crimen contra-revolucionario y connivencia con el fascismo. Por ello él pedía una sanción ejemplar: que todo el ejército bajo sus órdenes y bajo el comando comunista se diese cuenta de que quien se negaba a morir frente al enemigo fascista, pues caía abatido por el plomo vengador de la justicia proletaria.

Se ofreció la palabra a los que algo pudiesen agregar.

Habló Marcucci:

—Ellos, los camaradas a quienes Lister acusa tan injustamente, nosotros los que estuvimos en la acción de Belchite, no tenemos la culpa de que el cemento soviético no haya resistido los disparos de los cañonazos alemanes. Eso está más allá de la voluntad humana.

Interrumpió la gorda Carmen, luego Lister, Angelita, los demás. El presidente pidió compostura y Marcucci pudo continuar:

—Belchite se volvió indefendible. La tierra hervía literalmente bajo los pies de nuestros hombres. Cayeron muchos, muchísimos más de aquellos que inevitablemente debían caer. Aguantar habría sido un suicidio estúpido. Eso no se podía hacer. Además, lo fundamental estaba hecho: los camaradas soviéticos habían probado que sus fortificaciones no servían frente a los cañones alemanes. ¿No era esta la finalidad de la acción...?

Un griterío se levantó acallando a Marcucci.

—No se le puede tolerar, —gritaban— no se le debe escuchar. Está lanzando aquí conceptos contra-revolucionarios.

—Que lo callen para siempre —gritó otro— es un enemigo de la Unión Soviética...

—¡Que le den el paseo... con los otros traidores...!

—Pido que se me deje dar mi opinión entera —gritó Marcucci— después, que se tomen las medidas que se crean convenientes.

—Sí... sí... dejadle hablar...

—Pido que se le deje decir —exclamó Codovila— todo lo que quiera, y, eso sí, que se tome la versión taquigráfica de sus palabras.

—¡Habla —exclamó el presidente— dá tu opinión completa! Ruego a los camaradas que le escuchen en silencio.

Marcucci se limpió la boca con el pañuelo, se enjugó la frente y luego de sorber un largo trago de agua, prosiguió:

—Se han probado los materiales soviéticos para fortificaciones y se ha demostrado, con una dura lección práctica, que esos materiales son o se han vuelto inservibles. Se ha hecho así un servicio a la Unión Soviética. No comprendo por qué los camaradas chillan y se enfadan.

—Es que quieres sugerir —gritó Checa— que en España se están probando los materiales bélicos soviéticos.

El presidente llamó la atención y prohibió interrumpir.

—No —replicó enérgicamente Marcucci— no lo quiero sugerir; no lo sugiero; lo afirmo categóricamente porque esa es la verdad. Todos vosotros lo sabéis, porque lo habéis comprobado. Los camaradas soviéticos, no... ellos no, me rectificó, el Gobierno que preside nuestro amado camarada Stalin, enviaron a España varios tipos de aviones; vosotros sabéis que todos esos tipos fueron probados. Y los mejores, los más veloces, los que técnicamente respondían mejor a las necesidades de la guerra, fueron desarmados, desaparecieron de los aeródromos y sólo quedaron los "chatos", aviones mediocres y defectuosos. Vosotros lo sabéis bien; lo hemos conversado aquí muchas veces.

Codovila, de pie, agitaba sus dos manos, impidiendo que interrumpiesen a Marcucci. El estaba poseído por un vehemente deseo de que hablara en el sentido en que lo estaba haciendo; el par de taquígrafos trabajaba velozmente.

—He afirmado que en España se están probando los materiales soviéticos y es verdad. Modesto sabe que él hizo entregar al tercer batallón de Luigi Longo, aquellas planchas de acero fabricadas en Rusia, que debían ser colocadas en un tren blindado, a modo de coraza. Y la dirección del partido sabe que aquella coraza fué convertida en harnero por las ametralladoras alemanas. De los once camaradas que penetraron en aquel tren blindado no regresaron sino tres y malamente heridos. Y así se prueban proyectiles y explosivos y aceros y blindajes. Y todos vosotros sabéis que los materiales que resisten la prueba, que demuestran alta eficiencia son retirados. No aparecen más en la escena de la lucha.

Se alzó un nuevo griterío. Lister avanzó hacia Marcucci, todos se habían puesto de pie. Marcucci estaba transfigurado, edemoniado, delirante.

—Ya has probado los materiales que te enviaron —le gritó en la cara a Lister— ya sabes que no sirven; ya lo saben tú y ellos gracias a la vida y a la sangre de millares de españoles... ¿Qué más quieres...? ¿Implantar el terror dentro del partido? ¿Aterrorizar a los camaradas...? Yo...

No pudo continuar; todos le increpaban a grandes voces; las mujeres le injuriaban con adjetivos agudos, los hombres le decían insultos en voz grave.

—Eso es una infamia —exclamó teatral y con gran tranquilidad Codovila— es la infamia propia de un traidor. Yo pido la expulsión de este individuo; hay que echarle a puntapiés del partido. Y hay que comenzar a emplear aquí métodos stalinistas, si queremos defender la unidad de nuestro gran partido, el porvenir de su obra y el prestigio de la Internacional Comunista, de sus sabios dirigentes y, muy en especial, el honor y la gloria de nuestro venerado camarada Stalin.

La sala prorrumpió en una ovación. Inmediatamente ingresaron numerosas personas, por las diversas puertas. Eran personas que, por primera vez, aparecían ante mi vista en la escena española.

Marcucci abrió ojos y boca desmesuradamente al mirarlos, acorralado por el asombro... ¡sí, sí eran ellos, no había duda... allí estaban! Yo sentí hormigueante frío en la columna vertebral: Los individuos que así irrumpían la sala eran los legionarios que comandaba el "General" Popov, el Bielov de la N.K.V.D. Sí, aquellas eran sus tropas selectas. Los policías del camarada Stalin estaban allí haciendo respetar con sus pistolas las decisiones del comité central del partido comunista español.

No podía haber duda: el terror venía desde la estepa; venía en los rostros de aquellos hombres, en sus chaquetas de astrakan, que habían cambiado por ropas de obrero español, en sus bolsillos, en las manos zambucadas en aquellos bolsillos, que acariciaban las pistolas automáticas con las cacerinas llenas, sin seguro ya y con bala en la recámara...

Hablaron otros dirigentes del partido. Y habló pomposamente Delicado:

—Tenemos que imponer respeto en el seno del partido comunista: ha crecido mucho; han venido gentes de toda clase a sus filas y, por eso, hay que infundirles respeto con actos ejemplares, como el de la ejecución de un lote de cobardes. Que sepan todos y que lo sepan bien, que quien corre en el partido comunista, cae sin haber terminado la carrera. Que sepan bien que castigamos las traiciones, las cobardías. En Rusia, nuestro glorioso camarada Stalin ha cimentado el régimen castigando implacablemente a los traidores, a los diversionistas, a los enemigos del partido, que son los enemigos del pueblo. Pronto comparecerán ante la justicia soviética los Bujarin, los Krenstinsky, los Rakowsky y toda la banda de pícaros, mangantes y saboteadores. ¡Eso, eso mismo hay que hacer aquí en España; eso mismo y algo más! ¡Sí, camaradas...!

La oración de Delicado demostró que el comité central tenía ya una línea trazada; todo lo que se estaba desarrollando en aquella sesión era una especie de parlamento del coro de la tragedia: no influiría en nada en el juego de los protagonistas, ni en el desenlace de la obra, ni en los dichos de los deuteragonistas o tritagonistas. Se trataba de una discusión típicamente comunista: la resolución había sido tomada antes de que ella fuese iniciada.

Las intervenciones que siguieron estaban calcadas sobre el mismo original: todas ellas eran sólo la quinta, sexta y séptima copia al carbón de ese original. Los aplausos entusiasmados de los hombres de la N.K.V.D. allí presentes, nos convencieron de que todo estaba perdido.

El terrorismo policíaco de tipo soviético, la máquina trituradora de voluntades, el sádico aparato de tortura y de espionaje, de delación y de muerte que funcionaba en la Rusia de Stalin, iba a funcionar también en España. La pesadilla que creímos que tenía por escenario la estepa rusa estaba llegando también a España. No era que los rusos no querían o no sabían sacudirse de la tiranía: era el retorsivo mecanismo de precisión montado y lubricado para doblegar, someter y oprimir a rusos, españoles, búlgaros, chinos o latino-americanos. Aquello no era meramente ruso: era la esencia del régimen que se hacía llamar comunista, que proclamaba con grandes y venerables palabras, su decisión de construir el socialismo.

Todas las dudas, aun las más repudiadas, se alzaban como un oleaje tempestuoso y me sentía como Pedro sobre las aguas del Tiberiades: gritando sin que nadie escuchase, ¡Señor, Señor, sálvame...! Y no había nadie que pudiera salvarnos.

Con un valor moral que me sumió en la admiración hacia él, Marcucci volvió a pedir la palabra para defender la vida de nuestros camaradas. Marcucci gritaba y sus gritos me parecían los de todos los comunistas que habíamos realizado sacrificios todos los días y que nos sentíamos defraudados. Su clamor traducía todo el dolor de nuestras vidas rotas, vidas inútilmente sacrificadas por la libertad, y que sólo servían en la práctica como hediondo y sucio abono para hacer florecer y fructificar la esclavitud más odiosa.

—A vosotros no os interesan ya a estas horas, ni Belchite ni sus fortificaciones; lo que os interesa es aterrorizar al Partido. —acusó Marcucci— infundirle pavor, para domesticarlo y hacerlo instrumento...

La carga de insultos era una erupción. El Presidente, de pie, gritó:

—Marcucci no tiene más el uso de la palabra... ¡sacádo de aquí!

Y dos muchachotes fornidos, armados de pistolas, le sacaron en vilo y le arrojaron sobre una banca en el pasadizo. Allí quedó como roto; tenía color verdoso, los ojos enrojecidos y los labios resecos. Un pequeño grupo nos rodeaba:

—¡Callaos ya... no tiene remedio... habéis perdido la partida...!

En el interior, la sesión prosiguió; dos o tres personas más fueron expulsadas y, al amanecer fueron aprobadas varias resoluciones.

Los que ordenaron la retirada de Belchite serían sancionados. Lister quedaba encargado de formar un Consejo de Guerra; sólo que en vez de las cincuenta y tres cabezas que había pedido el jefe comunista, no se le concederán sino once; los demás serían expulsados del partido, degradados militarmente y señalados

dos como traidores, que habían huido frente al enemigo. El caso de Marcucci y el de otros más sería llevado a la "Comisión de Control", esa especie de tribunal del Santo Oficio del Partido Comunista que en los países burgueses, expulsa, excomulga y en los países "socialistas" entrega al militante a la N.K.V.D.

Las resoluciones terroristas se cumplían con celeridad. Lister había reunido su Consejo de Guerra, el que pronunció el fallo y la sentencia que él deseaba, pues sus integrantes eran comunistas.

Marcucci, en su calidad de "comisario político" del regimiento debió estar presente en la ejecución.

Rondamos juntos toda la noche, por las calles silenciosas y a oscuras de Valencia; apenas clarecía, él se separó para dirigirse al lugar donde había sido convocado; cuando le despedí, sentía el pavimento blando, como si caminase sobre un tremedal.

Más tarde, narraba con patetismo y pesadumbre, la dramática escena a la que acababa de asistir.

—¡Qué largos son los minutos, cuando esperamos que termine algo que nos está estrangulando... los segundos del sufrimiento, son más largos que todos los otros segundos... éramos un grupo, nadie hablaba, ninguno se atrevía a mover los labios. Y cuando la madrugada clareció del todo y fué posible verse la cara, cada uno rehuía encontrar la mirada del otro; los ojos de todos estaban dirigidos hacia el centro del muro del frente... me dí cuenta que era de piedras grandes y toscamente labradas.

Se calló largo rato, con la mirada perdida, como si tuviese el pensamiento quieto, clavado en aquel muro, en esas piedras...

—A la derecha nuestra y, al fondo, había un arco que se abría en el muro; por allí salieron soldados con tambores y otros más con bayoneta calada; se ubicaron y quedaron plantados como estacas. Pasaron minutos largos, que sé yo cuántos... redoblaron los tambores levemente, pero dolían como si fuesen dolores de muelas. Salieron los oficiales del regimiento, los sargentos, los cabos... y se formaron... después, los que iban a ser ejecutados. Yo estaba seguro del llanto de los espectadores... ¡pero qué horrible es todo esto...!

Uno quiso leer la sentencia con una voz que le temblaba...

—Me la sé de memoria... nos la sabemos ya... —gritó con una voz sorprendentemente entera, el comandante que había ordenado la retirada en Belchite.

—No tengáis tanto miramiento —gritó un capitán— ¡tenéis miedo de que muramos... o vosotros tenéis miedo a ver la muerte y quedaros con vida...? ¡Qué valientes eran... qué valientes...!

Y volvió a intervenir un largo silencio, que se hizo doloroso.

—Los otros sentenciados —prosiguió Marcucci— fumaban, conversaban, estaban tranquilos hasta producir asombro. Las

bocanadas de aire que aspiraban eran las últimas; la luz de la mañana se iba a apagar para siempre en sus ojos... pero nada de eso parecía preocuparles. Tenían una tranquilidad sin alarde que llegaba a ser majestuosa.

—No se dejaron vendar los ojos; ¡he visto muchas veces a la muerte —les dijo mi comandante— así que somos viejos conocidos...!

Leyeron los nombres, les arrancaron las insignias, y ellos a pleno pulmón cantaron la Internacional:

"Arriba los pobres del mundo
de pié los esclavos sin pan..."

Y todos coreamos, mientras les arrancaban las insignias con pedazos de uniformes que parecían ya vacíos.

El comandante avanzó hacia el muro, como si se lanzase en una de sus cargas a la bayoneta, se detuvo al pié del muro y volviéndose hacia nosotros, gritó: ¡Viva el Partido Comunista!

Calzando alpargatas, ingresaron en el patio doce hombres armados de fusiles, los que traían como si fuesen a lanzarse al ataque.

Volvió a resonar la Internacional:

"Y el día que el triunfo alcancemos,
ni esclavos, ni hambrientos habrán".

Un grito horrible, espantoso... no te puedo explicar... hendió el aire. Todos los condenados gritaron:

—¡Viva el Partido Comunista... Viva la Internacional Comunista!

Y los mataron, los asesinaron, los sacrificaron... se acabó. Otro silencio pesado, áspero, nauseabundo.

—Cuando salía el sol nos marchábamos; fuera del campo, en una de las habitaciones estaba el coronel Bielov y unos cuatro o seis de sus hombres... rusos de la N.K.V.D. ¿qué te decía...? el sol amoroso de España no es el de Rusia y el español no es como el ruso; pero, querido camarada, el comunismo español sí es igual al ruso... la misma violencia desatada, la misma potencia trituradora de hombres, ideas, criterios; idéntica estafa a la buena fé de gentes como tú y como yo... esto se ha perdido, mi viejo... nos han estafado, nos hemos estafado y... no tiene remedio.

MARCUCCI SE EXPULSA DEL PARTIDO

LA SEGREGACION del Partido Comunista está regida por normas que abarcan todas las relaciones con el mundo circundante: los camaradas retiran su saludo habitual, clausuran toda forma de vinculación con el amenazado de expulsión o tan sólo caído en desgracia e inician frenética competencia hurgando en la vida política, en la actividad social y en la existencia íntima, en busca de errores, desviaciones de la línea, chistes, frases, juicios, apreciaciones, que puedan servir de leña aceptable en la hoguera de este nuevo Santo Oficio. Hay en todo el procedimiento demasiados elementos de tipo inquisitorial auténtico.

El proceso de la segregación de Marcucci se inició de modo fulminante; tanto más que su enjuiciamiento ante la Comisión de Control había comenzado ya; cierto que, dada su alta categoría y su brillante actuación pasada, el juicio se desarrollaría en varios actos.

Pese a todo y afrontando las represalias que me sobrevendrían por variar las normas de la segregación inquisitorial, yo no podía abandonar a mi amigo y camarada en aquella contingencia. Y así lo proclamé. Al día siguiente de las ejecuciones estábamos juntos, sin hablar. Nos sabíamos quebrados y estafados y no deseábamos hablar de la quiebra, ni hacer más comentarios sobre la estafa. Por la tarde, Marcucci propuso:

—¿Por qué no nos marchamos al frente?... aquello nos calmará los nervios, y tal vez nos devolverá algo de la fé que hemos perdido.

—Pero, necesitamos pases —argüí— no tengo salvoconducto.

—Aun estoy en condiciones de obtenerlos —aseveró— y también de conseguir un camión que nos lleve. Nos marcharemos esta madrugada...

En el camino debimos estar embotellados en un silencio cabal. Nada podíamos decir sobre lo que nos atormentaba, sobre lo que nos daba tan honda sed de confidencia, porque nos hallábamos en medio de una abigarrada hacina de personas que viajaban en el camión de carga, en un amontonamiento de ganado.

Hubo momentos en que pensé que el camión estaba rodando hacia la muerte... ¡Era como un presentimiento...!

El viaje duró mucho más tiempo que el necesario para un recorrido habitual: en él se reflejaba ya la desorganización que era el principio del fin. Madrid estaba a oscuras. Las plazas, las calles, las avenidas donde caían los obuses "quince y quince" estaban desiertas; las bellas estatuas y las graciosas figuras que ornaban la ciudad, estaban ahora durmiendo bajo sacos de arena.

Ni un disparo, ni un obús, ni una bomba; era como si en Madrid no estuviese aconteciendo nada, pese a que todas sus calles desembocaban en el frente, en las chabolas de los hombres que se estaban batiendo por la libertad del mundo.

Visitamos las trincheras, bebimos con los milicianos, conversamos sobre lo mismo: la guerra, los moros, la Ciudad Universitaria, los polacos, los alemanes, los franceses, chinos y latino-americanos.

Aquella noche la pasamos en la Alianza de Intelectuales, el día siguiente, de nuevo en las trincheras hasta el anochecer. Sonaron las sirenas anunciando una visita aérea. La gente canturreaba impávida.

"Puente de los franceses... mamita mía..."

Estallaron una, otra y otra bomba.

—Son pequeñas, comentó Marcucci, no alcanzan a sacudir la tierra.

Pasaron ambulancias que iban a prestar socorro a los heridos y camiones con voluntarios a remover los escombros y quizás salvar alguna vida. Subimos a uno de los camiones, llegando hasta un hacinamiento de casas chatas, barnizadas por la pringue de la miseria; una bomba había elegido su cráter en medio de ellas. Los heridos eran cargados con cuidado en las ambulancias en medio de gritos, quejas y solicitud de agua. Los milicianos y nosotros recogíamos restos humanos, lodo sanguinolento, barro hediondo que minutos antes era vidas plenas de anhelos, esperanzas, ensueños... Al regreso, viajamos en los estribos del vehículo y nos apeamos en el centro de la ciudad.

Llegamos al hotel donde Marcucci se hospedaba de costumbre. En Madrid no había crisis de habitación, como en Valencia o Barcelona; era la única crisis quizás que no castigaba a la noble villa, ya que todo quien vivía en Madrid, en una u otra forma, era combatiente. ¡Y es claro que no se hace cola para combatir...!

El portero reconoció a Marcucci, entregó las llaves de las habitaciones y preguntó si nos arreglaríamos solos.

—Sí camarada, vete a dormir que nosotros nos arreglaremos. Descuida, no te preocupes más.

—Bien... bien... os agradezco. Pues aquí tenéis una vela; en vuestras habitaciones encontraréis otra, cada uno... ¡pasad—

la bien...! ¡Buenas noches...! Y se marchó con pasos pesados, de pies castigados por la fatiga y con zapatos descalzañados por el uso.

Marcucci y yo nos hundimos en los sillones, mirando nuestras sombras inmensas, proyectándose sobre los muros, a la luz de la llama desesperada y danzarina de la vela.

—¿Qué horas serán...? —pregunté como en las prisiones, sin obtener otra responsiva que una larga y sonora expiración de mi amigo.

Cuando yo era pequeño —dijo lentamente Marcucci— no me contaron los cuentos de “Alicia en el País de las Maravillas”, ni de “Aladino y la Lámpara Maravillosa”; fueron cuentos más burdos, y me los contaba la vieja, una vecina de mi aldea a quien le prestaba algunos pequeños servicios, como acarrearle agua de la fuente o ayudarle a llevar los canastos de hortalizas hasta la carretera.

La buena mujer me contó un cuento que he recordado hoy durante todo el día. Bueno, y ayer también.

“Era un ciego —me decía— que perdió la videncia por haber mirado una gran estrella roja que apareció en el cielo y que el señor cura dijo que no debía ser mirada. Visitó curanderos y magos pero nada pudo el arte de magia contra el castigo divino. Fué hasta Nápoles, a la fiesta de San Genaro y allí encontró al viejo que escuchó su penosa historia. El viejo díjole: Vé a la gran ciudad donde hallarás siete colinas: cuando pongas el pié en la cumbre de la séptima colina, pedirás perdón por tus pecados y allí recobrarás la vista. El ciego obedeció: cayendo y levantando, implorando de puerta en puerta que le guiaran, llegó a la ciudad, trepó a las colinas y al llegar a la séptima pidió perdón por sus culpas y empezó a ver una claridad profunda: era una claridad púrpura como la de la estrella que había mirado, pecando; era escarlata como la sangre, como el fulgor que tiene el crimen. Pronto, su vista se aclaraba; cuando terminó su plegaria sobre la cumbre de la séptima colina, las retinas se le iluminaron y vió de nuevo la luz, el paisaje, los colores, el azul del cielo, el gris azuleno de las montañas de la lejanía. Y lo que no había visto antes nunca: el interior de su propio corazón y el del corazón de los demás hombres”.

Sonrió, hizo una pausa larga y poniéndose de pié ante la llama de la vela, dijo suspirando:

—Así estoy yo en este momento, como si hubiese llegado a la cumbre de la séptima colina. Estoy viendo con diaphanidad milagrosa; estoy viendo lo que pasa en mi propio corazón y en el corazón de los demás hombres.

Se calló por un rato largo, como aguardando alguna respuesta o esperando mi objeción; pero no dije nada. De haber habla-

do, la voz me habría salido como si estuviese llorando. No dije nada.

—Me he equivocado como un niño o como un cretino —exclamó con énfasis, aunque en voz baja— nos hemos equivocado tú y yo. ¡Somos millares y millares los que nos hemos equivocado, los que nos estamos equivocando, aun a sabiendas...! ¡Infelices...!

Volvió a hacer otra larga pausa, como esperando que yo dijese algo, pero no dije nada.

—¿Tienes sueño... estás muy fatigado...? —preguntó suavemente.

—¡No hombre... cómo se te ocurre...! Me sería imposible dormir... te estoy escuchando, continúa.

—¡Nos estamos equivocando...! —reiteró— y el que en la vida se equivoca, mio caro, comete un error y los errores, todos los errores, como los artículos de un bazar, tienen su precio. Y quien se equivoca, tiene que pagar, debe pagar. ¡Es como una ley inexorable!

Se volvió a callar, se enjugó los ojos, carraspeó y afirmó:

—¡Yo me he equivocado...! No hay duda, cierto que con la más limpia buena fé, cierto que he sido víctima de un chantage oscuro, de una estafa sucia; pero, eso no cuenta, querido camarada, no cuenta. Debo pagar, tengo que pagar.

—¡Hombre...! —exclamé poniéndome también de pié con ánimo de reconquistar mi propio control— no sé porqué no se pueda tener derecho, en cualquier momento, a rehacer su vida, o por lo menos, a intentar rehacerla y rectificarla...

—¡Rehacer su vida...! —exclamó— ¡Rehacer su vida! Es cierto, es posible con un gran coraje, desafiándolos a todos, metiéndose los intestinos otra vez adentro después que le han despanzurrado a uno... ¿Soportando la aflicción y la pesadumbre de este rehacimiento, verdad...?

—Bueno, si lo planteas así pues bien, sí. ¿Y qué...? —dije yo.

—¿Para qué? ¿Qué alcanzaría yo hacer con mi vida? No avanzaría un paso con rehacerla, puesto que la tengo rota por dentro. Y eso no se suelda nunca más. Es como aquellos que se rompen la columna vertebral... ¿sabes? Si viven, pues viven paralíticos o viven enyesados. ¿Vivir enyesado?... ¡No, camarada... no, mejor, mucho mejor es convertirse en yeso. No ver, no saber nada... dormir...

—Tu comparación es un tanto gruesa, —dije por cortar la ilación del razonamiento.

—Toda comparación es grosera —sentenció— pero siempre se alcanza a expresar con ella lo más fuerte del pensamiento. Pero, dejémonos de sutilezas psicológicas: yo me siento definitivamente roto por dentro... y... te juro que no es la impresión

de estos días; ni del proceso del partido, ni las emociones de la madrugada del otro día... No... te juro como a mi hermano, que no. He visto ya hechos tan crueles, tan empapados en crimen que esta no ha sido sino la última gota sobre el vaso lleno. Pero —hesitó un rató para decirlo y al fin lo dijo— yo no quiero hacerle perder la fé. Yo sé dónde conduce eso. ¡No quiero...! y lanzó una interjección.

Insistí en que hablara; le confesé mis dudas, mis vacilaciones, mis terrores. Le hablé de lo que había visto y oído en la Unión Soviética; de la hipocresía, de las mentiras burdamente fabricadas, de la falta de libertad en la Unión Soviética, de la farsa del socialismo ruso.

—La libertad, amigo mío —repuso— no es solamente un ideal, una adorable conquista del hombre y el triunfo espiritual de la mejor estirpe humana. Es también, no lo olvides, una práctica, una costumbre, una rutina. ¿Sabes una cosa, camarada? ¡A ejercer la libertad y a vivir bajo ella... se aprende...! Sí... sí... —exclamó con entusiasmo— se aprende. Es como el alfabeto, como saber leer y escribir...

Pero tú estás equivocado. No hay duda alguna. La misma equivocación que padecí yo, exactamente —añadió sentándose y estirando las piernas sobre las baldosas— al creer que se trataba de un mal ruso, que nos hallábamos ante un defecto de tipo nacional, o de carácter puramente temporal. Yo también creí que era una necesidad episódica del régimen para sostenerse, para mantenerse. Piensa que yo he vivido en la Unión Soviética varios años; hablo el ruso como el italiano y mejor que el castellano. He vivido con ellos, he recorrido decenas de ciudades y centenares de aldeas; he dormido en los hoteles y en las casas de los obreros, en las cabañas de los campesinos, en las casas de campo de los dirigentes del soviet, en los tibios departamentos de los dignatarios del partido. Y he visto de todo: lo conozco bien.

Se levantó, se paseó de un lado al otro y dijo con voz mucho más fuerte que la que había estado empleando antes:

—El partido comunista bolshevique fundado por Lenin, querido viejo, no existe ya en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. ¿Lo entiendes? ¡Ya no existe como organismo, como estructura, como material humano y, menos, muchísimo menos, como espíritu marxista; ha sido devorado por el mismo terror que él creara... con ese mismo, lo ha destruído Stalin, lo ha liquidado la policía de Stalin. Los ha hecho asesinar, los está haciendo asesinar, uno a uno. ¡Lo he visto yo...! ¿Entiendes? Hay centenas de millares de comunistas de la vieja guardia, de la Guardia Leninista, en los campos de concentración. ¡Gritamos, hacemos un ruido truculento, que resuena en el mundo entero, sobre los campos de concentración de Hitler...! Pues, riéte de Dachau; riéte de las cámaras de torturas de la Gestapo; riéte de

Hitler y de su banda de asesinos. Todo eso es un lecho de bodas, al lado de lo que hay allá en la Patria Socialista... ¡puerca y sucia patria... bajo Stalin...! Los que no han vivido tanto tiempo como yo allá, no lo saben, no lo sospechan y, lo que es peor que todo, no lo quieren creer... ¿Sabes? Yo sé por ejemplo que tú, allí en ese sillón, no me crees, o no me quieres creer... ¡dilo...!

Me callé... no podía hablar y no quería hablar.

—No te atreves a creermé —dijo con voz apagada— así son todos, así somos todos. Es la fé, mi caro viejo. La fé que es peor pero mucho peor que la vida. La vida tiene su instinto egoísta, fiero, desesperado... que se crampona para no dejar que se le escape el soplo vital. Pero, la fé, querido amigo, es más brava para defenderse que la vida; es más recia, más dura para morir. Posee una garra más dura que el platino; con ella se agarra a los resquicios del alma, adivina las rendijas, se introduce en los más secretos y lóbregos recodos de nuestra conciencia, para no quemarse, para no naufragar, para no morir. ¡Qué subterfugios los que se nos ocurren; qué farsas sutiles, qué antifaces geniales los que crea la fé para sobrevivir! Tú no sabes, mi viejo, el ingenio insondable que posee nuestra fé. ¿Sabes...? Toda fé tiene su propia conciencia, su talento autónomo, su instinto particular. Funciona como una conciencia dentro de la conciencia, como un alma dentro de nuestra alma...

La vela se había convertido en un mísero cabo que se derretía con rapidez. Marcucci miraba la llama que crecía y se alargaba, entremuriendo en agonía epiléptica.

—¡Ah... —añadió— cuando la fé muere, cuando llega a morir, hace todo lo posible por arrastrarnos a la muerte. Como uno de esos trozos de riel que, en tus países, la policía ata a los tobillos de los comunistas antes de largarlos mar afuera... ¿Cómo se llama eso? —preguntó.

—Fondear —repuse— fondearlos...!

—Eso —aseveró Marcucci— cuando la fé muere trata de fondearnos. Y a menudo lo consigue...

Y rió alegremente; en vez de mostrarse deprimido se había animado. Pensé que era la confianza lo que le aliviaba de la pesadumbre interior. El se frotó las manos y se quejó del frío de la madrugada. La vela se estaba extinguiendo.

—¡Vamos a dormir —le dije— conversaremos mañana...!

—¡Mañana —exclamó en francés, repitiendo los versos de

Hugo:

“Mañana es Santa Elena.

Mañana es la tumba...”

—A mí no me cuenta bellas epopeyas el señor Stephanov, ni nuestro apacible Palmiro tampoco. Yo he visto lo que pasa en Rusia, lo he vivido, lo he absorbido no sólo como idea, sino como

realidad sensible, de esa que se te mete hasta la médula. Y dime... ¿crees tú con honradez, que en Rusia se está construyendo de verdad el socialismo?

—Pues... —iba a responder, pero no me dejó continuar.

—No... no, querido viejo; el socialismo —como dijera Marx— es la fruta madura que se desprende del árbol capitalista... En Rusia, Lenin quiso crear un capitalismo de Estado, para de él pasar al socialismo, más tarde, cuando la coyuntura lo favoreciera, cuando países más desarrollados económicamente acompañasen... pero, se ha fracasado... evidentemente... se ha fracasado en la creación del socialismo en un solo país, porque el capitalismo de Estado, el gigantesco monopolio que depende del Gobierno soviético, del régimen de Stalin, ha sido impotente para dar el paso hacia adelante, para superarse y dar el salto en el que soñó Lenin. El capitalismo de Estado se estancó, y allí lo tienes... con una oligarquía de nuevo tipo al frente, con el replazo de las clases por castas económicas, que son castas políticas y sociales, con una aristocracia obrera, que es peor que la de cualquier metrópoli imperialista, con su impotencia para ser lo que se quiso hacer con la Revolución de octubre...

—Pero, ¿dónde reside la responsabilidad...? —pregunté interesado.

—La primera responsabilidad de todas reside en tí... en tí... sin vueltas, que tienes miedo de mirar la realidad de frente y, después de mirarla así, pues de afrontarla y afrontarla hasta las últimas consecuencias... ¿entiendes?... hasta el fin del fin... ¡No hombre... pasarán tres, cuatro, seis generaciones y no habrá socialismo por este camino, por el camino ruso! Y como no lo habrá, porque no fluye de la realidad, porque no viene de la raíz misma de la vida histórica, de la entraña del proceso económico espontáneo, pues el monopolio del capitalismo de Estado, tiene que defender su permanencia mientras tanto... y allí tienes a nuestro glorioso camarada Stalin defendiendo sus posiciones y las de su grupo, imponiendo lo que hay como resultado posible de la conmoción revolucionaria de octubre y de sus consecuencias...

Se calló y agitando dentro del asiento, como buscando una posición distinta que le diese descanso, y alargando el brazo arregló con los dedos el cabo de vela que se convertía en masa achatada; se mojó los dedos en la boca para tocar el candelero caliente y dijo con fuerzas:

—Y Stalin lo está imponiendo con la misma arma que le creó la revolución: con el terror. Y al imponerlo así, pues, convéncete, no puede detenerse, no puede amainar, no puede contener ni medir la extensión o la profundidad del terror... y cuando sature sus propias fronteras, pues se derramará fuera, ya que de lo contrario, se lo llevará una pipa de diablos. Y apenas se

sienta un tanto fuerte, pues ese terror interno se expresará exteriormente en la guerra... ¿qué tal socialismo en un solo país?

—¿Y qué podemos hacer nosotros...?

—¿Nosotros...? —preguntó y volvió a repetirlo, riendo con sarcasmo— piensas en nosotros, en tí y en mí, individualista, pequeño-burgués, intelectualoide, como te diría tu camarada Codovila... Nosotros, mi viejo, no podemos nada contra el terror, porque nosotros mismos hemos sido y somos sus creadores. Tú, yo, los demás comunistas, hemos predicado con entusiasmo delirante y como el advenimiento de una buena nueva, la dictadura del proletariado. Si la dictadura es buena cuando la propugnamos, no puede perder su bondad cuando se vuelve contra nosotros... ¿verdad...? No nos queda sino agacharnos, recibir los golpes con estoicismo, porque la violencia que se descargue sobre nosotros es la misma que hemos engendrado... ¡la misma, sin duda...! Por eso agacharon la cabeza Zinoviev y Kamenev y Bujarin... ¿qué...? ¿protestar... maldecir...? Es tonto y es estéril protestar o maldecir contra sí mismo.

—Pero —objeté— si en el seno del capitalismo maduran las condiciones favorables al socialismo, es claro que esas condiciones madurarán también en el seno del capitalismo de Estado...

—Siempre fuiste agudamente dialéctico... Es claro que maduran, porque el desarrollo histórico no puede detenerse, ni ser detenido, pero eso es independiente de los planes de tu camarada Stalin, del terrorismo de su policía, de la matanza inhumana ejecutada a diario por este régimen inhumano, mucho más inhumano sin duda que el capitalismo primitivo. Pero, maduran contra ellos, como sus antagonistas. Porque mira bien que la autenticidad del socialismo reside precisamente en corresponder, en interpretar, en ser la expresión total, íntegra, fiel de la naturaleza humana. Y esto, esto es lo más importante, porque define al régimen terrorista ruso, como no socialista, como una forma de capitalismo tipo monopolista.

—¿Cuál es la definición? —pregunté mientras la vela padeaba.

—Pues esta —repuo con honda convicción— que el régimen soviético está construido contra la naturaleza humana. Mira bien: el hombre tiene hambre, y el socialismo afronta como problema central, el de ofrecer al hombre todas las posibilidades, las más amplias, para procurárselo y para vivir libre de miseria y del temor a la pobreza. ¿De acuerdo...?

—Sí... sí... de acuerdo —le dije.

—Bien. El hombre ama y busca el amor: está condenado al amor y a conquistarlo... ¿no es cierto...? Pues el socialismo le brinda un campo social libre, sin prejuicios, sin discriminaciones, sin tabiques artificiales entre clases, grupos, razas, que limiten o vedan al hombre el amor, o que le hagan temer el por-

venir económico de ese amor... Bien. Pero, el hombre, la naturaleza humana, la condición humana, es también egoísta: el hombre se ama a sí propio, se ama honda, sinceramente a sí mismo. No es por casualidad que el mandamiento es "ama a tu prójimo como a tí mismo"... ¡Eso... eso...! Y al amarse a sí mismo, el hombre ama su comodidad, su bienestar, su existencia feliz, su porvenir dichoso y el de los suyos, el de sus hijos, sobre todo. Y el socialismo, para estar de acuerdo con la naturaleza humana, tiene que ofrecerle la posibilidad plena para que despliegue ese egoísmo humano, en toda su plenitud, sólo que sin dañar, sin estorbar, sin explotar a otro. ¡La cosa es clara...! ¿verdad...?

—Sí, en efecto, es clara —asentí— bastante clara.

—Pues bien —prosiguió Marcucci— el socialismo es que el mejor suba más y más pronto; que el más inteligente, el más ingenioso, el más hábil, se adelante al mediocre y conquiste condiciones mejores de vida que aquellas de las que disfruta la mediocridad. Pues en Rusia, el socialismo de tipo leninista-stalinistas, han optado mecánicamente, por asfixiar la naturaleza humana, suprimiendo el egoísmo... y al suprimirlo, han privado al hombre de incentivo, al trabajo de propulsión volitiva, y a la obra colectiva del interés individual que es el fundamento de la productividad del trabajador, en España o en la Carelia, en América o en la India... donde quiera... que en el trabajo intervinieran hombres. Sólo la máquina tiene el don divino, regalo del hombre, de no ser egoísta, de carecer de ambiciones individuales, de no tener mañana... Pero, el hombre... ¡ah... el hombre...! Bueno, bueno... como en el socialismo de tu camarada Stalin han suprimido ese factor egoísta individualista de la naturaleza humana, pues han tenido forzosamente que remplazarle por otro propulsor... las pistolas de la N.K.V.D., las de tu amigo Bielov, las celdas de la Lubianka, los campos de concentración de la tundra y del Círculo Polar, las torturas científicas de Yagoda, la digitalina en abundancia, las drogas socialistas de los médicos socialistas. La muerte stalinista, como la del pobre viejo Gorki; tú sabes que el viejo no murió naturalmente, sino que Stalin lo hizo liquidar, porque con sus críticas y su descontento abierto, comenzó a serle molesto al régimen... y no sólo hizo que su médico lo liquidara, sino que al hijo amado de Gorki lo hizo transformar en un desventurado borrachito... que se arrastró por las calles y quedaba tirado durmiendo en la nieve... hasta que murió de neumonía... ¡Ah... Stalin y sus amigos, tienen preferencia por la enfermedad del corazón... para los adversarios a quienes no es posible procesar, ni acusar de traidores...! ¡Si te mandan al hospital del Kremlin, cuidate del diagnóstico...!

Pero todo esto, no es el engendro de la mala voluntad de Stalin. No hombre... es la consecuencia del régimen. Un capitalismo de Estado en lo económico, no puede engendrar jamás ninguna especie de democracia política... ¡nunca...! Un monopolio económico gigantesco, totalitario en todo su proceso, no puede engendrar como superestructura, sino un régimen dictatorial y tiránico. La cosa no tiene remedio: es la consecuencia de la concepción marxista, si es que sacas conclusiones honradas... y consecuentes, sin evasiones, friamente.

Fíjate bien —prosiguió como embriagándose con sus propias palabras— que después de veinte años, el asunto está claro ya, como fenómeno histórico: lo único que existe, veinte años después, es un monopolio capitalista totalitario... ¿te importa que el monopolio esté en las manos de un grupo de magnates, o en la de un grupo de miembros del "politburó" y del alto comando de la N.K.V.D.? Piensa que el grupo de magnates, se ve forzado más y más a ampliar los derechos de los trabajadores, a respetar las huelgas y los compromisos que dimanan de ellas; a discutir con sus representantes, peleándoles los centavos y a dejarles ir cuando les dá la gana, de una fábrica a otra, en busca de mejoramiento, y a que los Estados capitalistas se ven obligados cada día con más presión a proveer los medios para el mejoramiento de las condiciones de vida del obrero. En cambio, en el paraíso socialista de nuestro inclito camarada de los bigotes, pues so pretexto de socialismo, el obrero ha regresado al esclavismo. No puede organizarse para defender sus aspiraciones; le está vedado en absoluto, el derecho de huelga; no puede reclamar más salario, no puede exigir mejor habitación, mejor comida, mejores condiciones de vida: tiene que soportar humillado el siniestro racionamiento; y el colmo, no puede moverse libremente, no puede ir de una fábrica a la otra en busca de trabajo. Bajo el capitalismo, el obrero conserva una libertad que puede ser todo lo formal que tú quieras, pero que el obrero mismo se encarga de hacer real; en el paraíso soviético, no... nada... nada... toda suerte de libertad ha sido aniquilada. Y en este aspecto se ha retrocedido... no se ha avanzado. Y el retroceso, no puede ser socialismo...

Tras una larga pausa, continuó:

—¡Lo dicho, querido camarada: una gran estafa...! Estafa a los que hemos luchado por el socialismo, estafa del socialismo, estafa a los trabajadores. Sí, sí. Estafa villana, como esta que estamos haciendo a todos los que se están batiendo en España. Piensa con franqueza o con cinismo, si quieres, que nosotros, comunistas, creadores y defensores de la dictadura del proletariado, enemigos declarados de toda forma de democracia burguesa, hemos llamado a combatir a millares de hombres sanos de espíritu, generosos, valientes, por la libertad, por la democra-

cia... democracia burguesa, chico. ¿Lo entiendes...? Y toda esta gente pelea por la democracia que ella entiende, conoce y siente. Están peleando y muriendo para que sus hijos sean libres, para que no los aprisionen sin proceso, para que no los condenen sin juzgarles, para que no les torturen, para que no les lleven a los campos de concentración, para que no les peguen un tiro en la nuca... Piensa que toda esta gente está luchando contra el fascismo en todas sus formas y por la preservación de la libertad... Y tú sabes que en Rusia no hay nada de este ideal por el cual se batan y dan su vida... ¿no es verdad que les estamos estafando... estafando criminalmente...?

—La vela se extinguía y un silencio largo se había hecho sobre nosotros, sobre aquel desdichado drama de fe. Me sacudí y le dije:

—Vamos a descansar; hace varias noches que no duermes.

—Verdad... varias noches... pero ¿creerás que no tengo sueño?

Se levantó, hundió sus manos en los bolsillos y encarándome a mí dijo:

—¿Sabes una cosa...?

—¿Cuál...? —interrogué.

—Manuilsky no te quiere. Hasta pienso que haría cualquier cosa por atraparte en alguna combinación de tipo bujarinista, o qué sé yo. ¡Te haría liquidar con todo su contentamiento...! Y es que tuviste el valor, si hombre, hay que decirlo con su nombre, el valor de oponerte a su estúpida táctica en el Brasil... el aplastamiento de la insurrección brasilera hizo que mucha gente del Komintern pensara en tu oposición y en la terquedad de Manuilsky. Y esto, le ha herido, le escuece, le arde... y Manuilsky no tiene ni pizca de generosidad... no te lo perdonará nunca. ¡Cuidate...! Te considera acusador y como tal, eres candidato a la liquidación... Y además, cuidate de tu camarada Codovila: el hombre te profesa una enemiga que proviene de su complejo de inferioridad y de su situación: él sabe que si algo es en el Komintern, no lo es por su capacidad política, sino por su condición de hombre de la N.K.V.D.

El resto del cabo de vela se estiró en una llama lívida y larga, chisporroteó dentro del candelero y se apagó.

—¡Se acabó...! —dijo con voz entera Marcucci— he perdido totalmente la fe... no creo más, no creo en nada... se acabó.

—¿La fe —pregunté— la fé...? —pensando en que cuando dijo "se acabó" se había referido a la llama de la vela.

—Sí... sí... carísimo. La fe. La fe en el Partido Comunista, en Carlos Marx, en la revolución proletaria, en el advenimiento del socialismo. ¡No... ¡No... y no sólo es que ya no puedo

creer, sino que tampoco puedo soportar esta complicidad con la estafa, con esta miserable estafa...!

—Pero —quise arguir aunque sin convicción— ¿no crees tú que cuando la transformación social se opere, de una u otra manera, en Europa, en los países más avanzados del mundo, pues las cosas serán diferentes...? El occidente no es Rusia, ni el europeo es como el ruso. Diversa mentalidad, diverso grado de cultura, diverso desarrollo económico, y también político. Será otra cosa...

—Yo pensaba exactamente igual y razonaba así —replicó Marcucci, cuyo rostro ya no podía ver yo— cuando veía a los rusos sometidos a la bárbara represión staliniana. Y me decía: pues bien merecido lo tienen... no sólo por aquello de Hegel de que "los pueblos tienen los gobiernos que ellos merecen" sino por su inepticia para levantarse contra esta dictadura sanguinaria... En Francia, en Bélgica, en España no sucedería esto... los pueblos no lo consentirían.

—Eso es lo que yo te decía —afirmé.

—Crees con la fé del carbonero —replicó riendo— en España se está instalando un régimen igual, exactamente igual al ruso. Policía, delación, espionaje, N.K.V.D. auténticamente rusa. Y lo que sigue: juicios criminales, fallos más criminales todavía, y fusilamientos, asesinatos, cadáveres. ¿Crees que esto es el socialismo... crees que así se está redimiendo a la Humanidad y liberando a los hombres...?

No le respondí. Trataba de mirarle en los ojos en la penumbra del amanecer.

—¡Hay que dormir —exclamó alegremente Marcucci— hay que dormir como los que cayeron la otra madrugada. ¡Qué sueño, amigo, qué sueño!

Se acercó y me cruzó la espalda con su brazo; casi a tientas buscamos la escalera y él bostezó, llevándose el revés de la mano a la boca abierta. Y con tono tranquilo y tranquilizador dijo:

—¡Tengo sueño; ahora sí que quiero descansar... un descanso largo —y añadió a continuación— me voy a dormir profundamente agradecido de tí. Me has acompañado en estos momentos y esto vale mucho para mí. Tú has podido quedarte con ellos, haciéndoles sus discursos, llevándoles combustible para su furia. Y te apreciarían mucho, porque son cobardes... ¡asqueosamente cobardes...! ¡Qué asco, mío carísimo, qué inmenso asco...!

Habíamos llegado a la puerta de la habitación que le estaba destinada.

—¿Tienes contigo la pistola? —le pregunté, sin poder dominarme.

—Sí —respondió— y la tengo cargada... ¿por qué?

—Pues, si me la dieras...

—Dártela ¿y para qué...? no seas bobo, hombre. ¿Quieres matar a Codovila o piensas destaparle la cabeza, para ver qué hay dentro? —y rió alegremente, añadiendo:— no, ahora es cuando no puedo desprenderme de la pistola. Ya no se trata de los moros, de los fascistas, de la Gestapo. Ahora, tengo que defenderme de las Brigadas del Amanecer y de alguno de los pelotones de la N.K.V.D.

Y rió con risa ronca, extraña, cargada de oscuros presagios.

Abrió la puerta, se negó a encender luz y penetró en la habitación en la semi-oscuridad de la mañana. Le oí caer de golpe sobre la cama, lanzando una respiración larga y ruidosa. Avancé y tomé la botella con agua de la que serví en un vaso.

—;Hombre —dijo— dame esa agua, ya me diste sed al servir! Se sentó sobre la cama, tomó el vaso y bebió; al devolvérmelo dijo: gracias, muchas gracias. Has sido siempre muy gentil conmigo, muchas gracias.

Dejé el vaso ¶ cuando me preparaba a salir, Marcucci me abrazó estrechamente. Sentí mi hombro humedecido como si él estuviese llorando.

—Muchas gracias —repitió— hasta mañana.

—Hasta más tarde, le dije, cerrando la puerta.

Recorrí en puntillas el pasillo y fuí a la habitación que me habían señalado. Saludé al mozo que limpiaba los pisos; me contestó amablemente.

Me senté sobre la cama, sin encender luz y comencé a desnudarme despacio, distanciando los movimientos, como si mi cuerpo sufriese una modorra pesada que le impusiese un dinamismo retardado, semejante al de la proyección de una cámara lenta.

En el momento en que me quitaba la camisa oí un disparo; agucé el oído tratando de ubicar si fué en la calle del hotel o en otra más lejana.

Afuera, el mozo que limpiaba los pisos había lanzado un grito... Daba voces, llamaba.

Me lancé hacia afuera e instintivamente me dirigí a la habitación de Marcucci: la puerta estaba abierta, oía a pólvora y, desde adentro, el mozo pedía una cerilla...

—Encienda camarada, por favor. Creo que ha pasado algo... una cerilla, por favor...

No tenía fósforos y no sabía dónde se hallaba la vela. Me dirigí al balcón y logré levantar las persianas. Entró el administrador y encendió una vela.

Marcucci estaba tendido sobre la cama, sin chaqueta, con la cabeza y la espalda hundidas en una gran mancha de sangre.

—;Se ha matado...! Jesús, José y María —dijo el administrador, mientras el mozo se santiguaba.

Me acérqué hacia él, pues aun una de sus piernas temblaba y el labio superior tuvo un movimiento imperceptible. Le llamé; le tomé la mano izquierda crispada. ¡Estaba mortalmente quieto!

Me arrodillé al pié del cadáver del muchacho que se iba de la vida maldiciendo de su fé y protestando contra la estafa.

Me quedé allí llorando, por Marcucci, por los millares de Marcuccis que agonizaban así en el mundo entero. Lloré por mí, por mi vida, por mi juventud estéril y quemada en vano, entregada para que se alzaran sobre mi sacrificio un infame grupo de piratas.

En la noche, el comité central del partido había acordado honores de héroe al valeroso camarada Marcucci, luchador ejemplar contra la infame tiranía de Benito Mussolini.

BAJO LA ZARPA DE LA N.K.V.D.

LA TRAGEDIA de Marcucci me hundió en obsesente cavilación: más que duda se abría paso en mí la resolución de zafarme de todo esto; pero es que no se escamotea uno mismo; se puede evadir todo, hasta el remordimiento, pero no se puede evadir la fe: y como para apuntalarla, pues allí se alzaba, totipotente y terrible, el espectro del facismo. La única verdadera puerta de escape era la que se había abierto Marcucci... pero, yo no estaba dispuesto a abrirla: tenía mi mujer e iba a tener un hijo... además, de caer, era más limpio y más concorde con mi pensamiento, caer luchando contra el fascismo.

Delia, mi esposa, indagó qué pasaba y no dije nada para no agravar su propia crisis, aunque la de ella era crisis fría, sin conmoción ni drama; ella se alejaba del comunismo sin pena ni estertor, con cierta dosis de sarcasmo y de aguda apreciación de los defectos.

Temía por ella, ya que cualquier día estaría envuelta en un proceso partidario por "poumista", "derrotista" o "enemiga del pueblo", quizás si hasta "agente de la Gestapo", término que comenzaba a figurar entre las acusaciones de la Comisión de Control. Tenía miedo de que me la fueran a matar y para acallarla... pues le mentía:

—Mire mi niña, la quinta columna no actúa por medio de fascistas y de sus agentes, tan sólo; le sirven mejor los comunistas charlatanes. En momentos en que el partido está en pleno ascenso, es lógico además que crezca la resistencia y la enemiga de los que pierden el autobús... y estos... pues inventan historias macabras y péfidas...

—No —replicaba con calma— es que no se trata de comunistas charlatanes; son camaradas responsables, que sufren con lo que pasa, que llegan a derramar lágrimas. No de arrepentimiento; no se arrepienten de ser comunistas; les duele lo que está pasando.

—Pero... ¡por favor...! —casi imploraba— ¿Qué es lo que está pasando...? Lo que sucede es que todo lo deforma la

guerra; si viniese la paz de la victoria, la situación cambiaría... sería otra.

—Por lo mismo que estamos en guerra —volvía a recargar— debería imperar entre nosotros una moral de guerra, una responsabilidad que estuviere de acuerdo con el peligro y con el drama de España. Pero... no... no... ¿Pero, es que no lo estás viendo...? ¿No ves la cantidad de comunistas que se están enriqueciendo en el mercado negro...? Y los altos dirigentes no sólo les dejan hacer sino que les honran con su amistad y con sus favores. ¿Pero —insistía tenaz— no ves acaso que los jefes comunistas viven como duques mientras el pueblo desfallece de hambre...? Esto lo comentan los obreros del taller del diario, lo dicen el portero y su mujer y lo repite hasta Domingo, el chico de los mandados del periódico. No hay qué comer, los mercados están vacíos, los campesinos maldicen... y, mientras tanto, los camaradas comerciantes, amparados por el sagrado carnet del partido, especulan, cambian los precios y esto se parece al himno de la aviación, como dicen las gentes: ¡más alto... más alto... siempre más arriba!

Era preciso suplicar, sofisticar, defender al partido, arrojar la culpa sobre la inflación, fenómeno económico que —le decía— era como los eclipses: había que esperar que pasasen.

No me creía y yo estaba seguro de ello. Se mofaba... ya no creía...

Una mañana fui citado de urgencia al Comité Central. Me recibieron la gorda Carmen y Codovila.

—¡Felicitaciones...! —me dijeron— arregla tus cosas porque debes partir para la Casa; te llaman de Moscú.

Quedé como atontado; me despidieron citándome para recoger mi pasaporte con las visaciones necesarias, lo cual demoró algunas semanas como consecuencia de la partida del Gobierno a Barcelona.

¿Cómo iba a quedar mi mujer? Esperaba un hijo, no había comida, el frío era inclemente, Barcelona era bombardeada cada día... no había carbón, ni un trozo de leña, sólo las lentejas racionadas...

Acudí al Comité Central a plantear este asunto: debí hacerlo ante Carmen y Codovila; no estaban Ercolí, ni Martí, ni Stephanov, a quien le sangraba la úlcera.

Codovila me escuchó con frialdad, para luego responderme:

—Pero si es a tí solo a quien llaman; no les llaman a los dos.

Jamás he suplicado tanto, ni he exprimido con más angustia los más destilados argumentos. Codovila me miraba, escuchaba, sonreía y...

—En España —replicaba con suavidad— hay miles de mujeres que están esperando un niño; tu compañera será una más... ¿qué tiene eso...?

—Es que ella no desempeña ninguna función útil aquí... ¿para qué ha de quedarse...? Si me dan la visación, yo pagaré el pasaje...

—¡Vamos hombre! —reía contento Codovila— ¿así que que tenemos nuestros ahorritos...? No has perdido tus virtudes pequeño-burguesas. Pero el problema no reside en el pasaje; a quien llaman de Moscú es a tí, no a ella. Yo no puedo hacer nada; estás perdiendo el tiempo.

—Es que una palabra tuya o del camarada Stephanov bastaría, una autorización al cónsul de Togliatti, de Martí, de Duclos...

—Duclos se fué a París, los otros están en los frentes por largo tiempo... Stephanov está muy mal. No te apures... aquí no le vá a pasar nada... como siempre, te ahogas en un plato de sopa... además, yo no puedo hacer nada... nada.

—Pero si el cónsul soviético —arguí— me ha dicho que con una orden tuya o de Stephanov le bastaría para otorgar la visa a mi mujer.

—¡Ah...! ¿Con que dijo eso...? Pues entonces tienes que ver a Stephanov; si él me lo ordena, no pondré reparo.

Renació la esperanza y abrí el asedio de Stephanov... cinco, diez, quince días... fué imposible. Y un nuevo telegrama me reclamaba inmediatamente. Debía partir... debía dejarla allí... sola, esperando el niño.

Reinicé mi requerimiento ante Codovila, esta vez en términos nada suplicatorios; exigí que se dejase partir a mi mujer; yo la dejaría en Francia; vería la forma de arreglar su permanencia, sin molestar al partido. Pero, ella no podía quedarse en las condiciones en que se quedaría.

—Tu mujer no saldrá. Como militante del partido permanecerá donde el partido lo crea conveniente... y por lo pronto deberá quedarse. Tú comprendes bien que no podemos estar a merced de las complicaciones sentimentales de los camaradas intelectuales. Y dió por terminadas nuestras entrevistas; en lo sucesivo, no me dejarían pasar a verle...

Recorrí las casas de personas amigas; a todos les recomendé a mi esposa que quedaba sola... podría sucederle algo... además, el niño o la niña, iban a venir. Les rogué tan emocionado, les expresé en tal forma mis agradecimientos, que algunos me despidieron con lágrimas.

Y una madrugada con nieve, volé hacia Toulouse en una avioneta en la que cabíamos tres personas.

Mi mujer, con su vientre abultado se quedó sola en Barcelona, bajo las bombas, bajo el hambre, bajo el frío.

Y entré a la tierra del socialismo por tercera vez, en el invierno del año 1938.

La miseria rusa de aquel año quizás sólo se diferenciaba en magnitud de la que me había apabullado en 1929 y más tarde, en 1935. El triunfo impetuoso de los planes quinquenales, no se reflejaba en la vida corriente. En los campos, vivían en condiciones análogas a aquellas en las que vegetan los campesinos de los países de América Latina. Veinte años después de la revolución, el espectáculo era deprimente: no sólo escasez, miseria, soportadas por millones de seres humanos, sino además, aire de gentes aterrorizadas, que se sienten fisgadas, que se mueven bajo vigilancia, que actúan como si estuviesen sintiendo en la nuca el frío del cañón de la pistola o delante de los ojos la perspectiva de la Lubianka.

Hasta la náusea molestaba la pertinacia con que se aceptaba el culto a Stalin. Su nombre rompía los oídos más burdos y llegaba a perder el sentido por la repetición. Era algo peor que lo que Hitler hacía en Alemania.

El aspecto exterior de la ciudad de Moscú sí había cambiado en algunos aspectos con respecto a 1929. El asfalto era más profuso en el pavimento de las calles céntricas, en las nuevas avenidas, en el anchuroso bulevar de Sadova —donde se afirmaba que podían aterrizar aviones— y en el que corría a lo largo de lo que antes fuera la "Muralla China". En la avenida Ojod-Niriát se alzaban edificios de muchos pisos, de estilo moderno, destinados a departamentos burocráticos del Gobierno y del partido. La parte exterior de los muros bajos estaba recubierta con mármol traído del Cáucaso. En la calle "Twerskaya" que se llamaba ya Máximo Gorki, los ingenieros montaban aparatosas y bullangueramente la maquinaria indispensable para hacer correj hacia atrás, alineándolo en la nueva calzada el viejo edificio de tres pisos, llamado "Palacio del Té", que se decía databa del tiempo de Iván el Terrible. Nunca pude apreciar en qué consistían los méritos artísticos de aquella casona.

En toda la transformación moscovita se notaba el propósito de impresionar a la gente, ofreciéndole muestras de lo magnificante, lo raro o lo lujoso. El procedimiento no era desconocido, ya que es el que emplean los dictadores que ha padecido y viene padeciendo América Latina. Mientras sus pueblos se hunden en la desnutrición, en la pringue, en la incultura, las dictaduras abren anchas avenidas asfaltadas, alzan edificios de muchos pisos, en donde funcionan el Ministerio de la Guerra, la Jefatura de la Policía, el Ministerio de Hacienda o la Clínica de Jefes y Oficiales del Ejército. A veces, unas veinte o cuarenta casitas para obreros, y una a dos tiendas que venden víveres a precios más bajos. A esto, el pueblo le denomina: "mermelada con palito".

Los anchos escaparates de los nuevos establecimientos moscovitas, continuaban exhibiendo al otro lado de sus cristales, la mezquindad y la desdichada calidad de la producción soviética. El retrato del camarada Stalin en gran tamaño y en colores brillantes, se alzaba sobre unos cuantos zapatos que no eran comparables a aquellos que producía la industria casera en las regiones más atrasadas de América Latina. Un busto enorme del jefe supremo de todas las Rusias, descansaba sobre el polvoriento papel de estraza entre el hacinamiento de piezas de cerámica, utensilios y juguetes de madera. Las consignas del Plan Quinquenal sobre el Arte, se balanceaban impresas sobre una abigarrada acumulación de instrumentos de música, de cuerda y de viento, que llevaban estampados todavía los nombres de los comerciantes que los vendían en la época del zarismo.

En la mañana, muy temprano, se veía pan blanco en las tiendas donde había una larga cola; esto era absolutamente nuevo. Se afirmaba en la prensa y en los discursos que también se vendía mantequilla, pero jamás logré verla. Sobre el umbral de algunas tiendas estaba colocado un flamante cartel que decía "Lechería cooperativa" pero —como acontece a menudo en la vasta extensión del país soviético— aquellos establecimientos no funcionaban y en ellos no se expendía jamás ninguna especie de leche.

A la mañana siguiente de mi arribo me sorprendió ver cruzar con rapidez una camioneta repartidora de pan. Comenté con alborozo mi descubrimiento, pero me informaron que aquella camioneta sólo distribuía pan a las oficinas del Gobierno y del partido y a las casas de algunos miembros muy conspicuos de uno u otro sector. Pensé que lo que, en los más atrasados países capitalistas, era un servicio general, para todos, en la tierra del socialismo, veinte años después de la revolución, era un alto privilegio para servicio de las más elevadas esferas del comando soviético.

Había en aquel entonces escaso número de delegados extranjeros en el Komintern. España absorbía toda la atención y los españoles iban y venían en gran número, sobre todo en las "dachas" en donde se impartía enseñanza teórica y práctica de tipo militar, a los militantes políticos. América sí estaba representada por Browder y por Foster, del "Worker's Party", por tres dirigentes chilenos: Lafertte, Barra Silva y Galo González; por tres argentinos que viajaban acompañados de sus mujeres, por dos brasileros y por dos cubanos. Chilenos y cubanos gozaban en aquellos momentos de situación privilegiada en el Komintern. Chile se presentaba como el campeón del Frente Popular en América Latina y Cuba era el escenario del amplio y profundo entendimiento entre el partido comunista de Blas Roca, con el sector disfrazado que presidía el escritor Marinello y el Gobierno.

Al tercer día de mi arribo fui llamado por Dimitri Manuilsky quien, no obstante la presidencia de Jorge Dimitrov, seguía ejerciendo un puesto de comando de primera clase en la Internacional Comunista. No podía afirmarse que el dirigente búlgaro fuese un títere, pero Manuilsky gozaba de tanta autoridad como él.

El viejo, alegre y socarrón siempre, se mostró particularmente agrio conmigo: estaba prevenido ya por lo que me dijera Marcucci antes de matarse y me hallaba dispuesto a no dejarme apabullar por su agresividad o su malevolencia. Cuando ingresé estaba con los dirigentes chilenos uno de los cubanos, que se hacía llamar Pérez.

—¿Vives aun gran camarada? —exclamó al verme, extendiéndome la mano, a diferencia de otro tiempo en que siempre me abrazó cordial y alegre.

—¡Qué quiere usted camarada Manuilsky —respondí sonriendo— de todos las bombas que han llovido sobre España, ninguna estaba dedicada a mí.

Rieron los que estaban presentes y yo permanecí con los ojos fijos sobre los ojos de Manuilsky.

—¿Estás enfermo? —preguntó— Me parece verte demasiado magro... pero demasiado... repitió.

—Enfermo no —repuse— desnutrido nada más porque en España no hay mucho qué comer.

—¿Se come mal en España ahora...? —interrogó como intriguado.

—No se come mal, camarada —respondí— sino que simplemente ya no se come.

—No se come... ¿y por qué? —dijo mecánicamente.

—¡Pues porque no hay comida!

—He visto a los camaradas españoles —dijo alzando la cabeza y como significando que ponía en duda mis asertos— y todos tienen muy buen aspecto; no dicen lo mismo que tú. Es claro, afirman que hay dificultades con los alimentos, pero no han llegado a decir que el pueblo está padeciendo hambre.

—Quizas porque ellos no lo han padecido —dije riendo— pero yo puedo asegurarle que el pueblo español está padeciendo seriamente por falta de alimentos. Se vive a ración reducida de lentejas: lentejas por la mañana, lentejas por la noche.

—Y el pueblo ¿qué dice...?

—Soporta y hace chistes; a las lentejas les está llamando las piladoras de vida del doctor Negrín, marca registrada, Resistir.

—Resistir, eso es —dijo Manuilsky— allí está el secreto. Resistir... ¿No estáis de acuerdo? —preguntó a los otros delegados.

—Sí, sí —repitieron— hay que resistir hasta ganar la guerra. Y cada uno de ellos trató de injertar en la charla alguna frase sobre la necesidad de la resistencia.

—Parece que tú no estás muy convencido de que la República ganará la guerra, insinuó Manuilsky mirando de soslayo.

—Desgraciadamente creo que vamos a perderla —le dije emocionado— algo más, creo que ya la hemos perdido.

Se hizo un silencio dramático que nadie se atrevió a romper. Manuilsky se inclinó y dijo:

—Otros también lo han dicho.

Y volvió a pesar el silencio. Manuilsky no explicó si lo que habían dicho era que la guerra estaba perdida o que yo me había expresado en tal sentido, figurando así como “derrotista”.

Manuilsky se sentó ante su escritorio, cruzó los brazos sobre el cristal plano que cubría la amplia mesa y manifestó:

—Vamos a tener discusiones muy interesantes; vamos a tratar las cuestiones más importantes de América Latina: Cuba, donde los camaradas están desarrollando una política muy inteligente; Chile, donde los camaradas chilenos han logrado una máxima realización; Argentina, donde el partido no marcha. Y, si tú lo permites, hablaremos del Perú, cuyos dirigentes se han dedicado a imitar a esos cuclillos sud-americanos que ponen huevos en los nidos de otros. Y podríamos hablar también del caso del Brasil... ¿qué te parece?

—Es un programa de gran interés, camarada —respondí—. creo que podremos sacar benéficas y provechosas conclusiones.

—Es claro que las obtendremos —dijo sonriendo y entre-cerrando los ojos— y la primera conclusión que sacaremos será la de que deben terminar los emigrados dentro del Komintern.

—¿Los emigrados? —pregunté con extrañeza.

—Sí, los emigrados —subrayó— como tú por ejemplo. Y me miró acentuando la intención cáustica de sus palabras.

—Yo estuve allí donde el Komintern me envió, o a donde la policía quiso conducirme —respondí con firmeza— no donde a mí me pareció conveniente ir. En cuanto a lo del cuclillo que pone huevos en otro nido, para que se los incuben, creo que hay un error: soy más bien como aquellos avestruces argentinos que incuban todos los huevos que les ponen en el nido.

—¿Lo dices por nosotros, los chilenos? —preguntó Barra Silva.

—Lo digo en respuesta a la sugerencia del camarada Manuilsky, nada más.

Manuilsky tomó un block y un lápiz, anotó algo, se puño de acuerdo con los chilenos para reunirse con ellos y luego con el cubano.

—A tí —me dijo— te haré llamar cuando sea menester.

Y terminó la entrevista.

Como no se me adscribió a labor alguna me dediqué a vagar a través de Moscú. Había muchos edificios derrumbados y otros que se levantaban. El ritmo de trabajo era en exceso lento y la desesperante lentitud era remplazada por el número; en cada edificio era empleada una desproporcionada cantidad de personas: hombres y mujeres, jóvenes y viejos... era un hormiguero.

Traté de entrevistar a mis antiguos amigos rusos. Guralsky e Inés ya no vivían en Ojod-Niriát. Mi amigo había sido desposeído de todos sus cargos; eliminado del Komintern y hasta del campo del trabajo intelectual. Se me aseguró que trabajaba en un pueblo cercano a Moscú en una fábrica de calzado. Otros me dijeron que estaba tal vez en un campo de concentración. Nunca más pude verlo.

Al día siguiente por la tarde llegué hasta “Pokrowsky Varoda” a visitar a Dorogan: se había cambiado y me dieron la nueva dirección. Le llevaba algunos regalos procedentes del mundo capitalista, adquiridos en las “realizaciones” de los almacenes de París. Chalecos tejidos de lana, calcetines, medias para su mujer, boínas para las muchachas y algunos grandes pañuelos de seda de colores vistosos que, en aquellos tiempos, costaban diez francos en París, pero que eran un maravilloso tesoro en Moscú. Estaba seguro de que les causaría verdadero júbilo todo eso, muy especialmente lo que era un sueño para una dama soviética: las medias de seda.

Me recibió la esposa de Dorogan, pero como si se hubiera olvidado por completo de mí, de mi nombre y de mi persona.

—Soy yo camarada ¿no me recuerda? ¿en aquella aldea cerca del sovjoz “Gigante”, después en su otra casa, hace cuatro años? ¿Cómo están Lena, y Natacha y Aliosha?

La mujer que fuera siempre tan bondadosa en las anteriores ocasiones, se mostraba confundida. Me miraba, retorció la tela de su falda entre los dedos. Iba de un lado a otro y masculaba palabras que no llegaba a escuchar. Por último, me dijo que Dorogan sólo llegaría en la noche.

Me fuí pensando que Irina se había olvidado por completo de mí o que estaba un poco atontada.

Régresé por la noche y encontré allí a Dorogan y a sus dos hijas. Entré saludando en ruso y en español y con gran demostración de júbilo dejé mi paquete sobre una mesa.

Dorogan me recibió de pie, con el puño derecho cerrado sobre su estómago y con la izquierda crispada sobre el puño derecho. Estaba inmóvil y las dos muchachas como estatuas detrás de él. Habían crecido: estaban hermosas. La madre se escurrió sin decir nada, siempre agitando sus dedos retorsivos... se fué hacia adentro.

—¿A qué has venido...? —me preguntó Dorogan—. ¿Qué quieres?

El hombre habló con basteza; su tono era áspero, inamistoso.

—Dorogan —dije confuso y extrañado de la dureza de la recepción— tú fuiste siempre tan bueno conmigo que apenas llegué quise saludarte, lo mismo que a tu mujer y a tus hijas. Les traje un pequeño regalito... creí que te alegraría que nos volviéramos a ver...

Y traté de sonreír...

Alto, con sus ojos claros y su cabello rubio rapado como un cepillo sobre la frente, Dorogan permaneció inmóvil sin un ademán, sin un gesto. Comprendí que mi visita molestaba... sentí frío.

—¿Por qué has venido? —preguntó con tono implorante— por favor véte, perdóname pero me comprometes, por favor, no vengas más.

—¡Padre...! ¿Qué haces? —le dijo Lena trezando los dedos de ambas manos.— ¡No está bien...!

—¡Por favor! —dijo Dorogan— te ruego que nos perdones, pero véte; nos comprometes. Eres extranjero y pueden acusarnos de cualquier cosa. Véte, no quiero tener dificultades con el Partido. Y no dejes nada, nada, por favor.

Cogió el paquete con sus dos manos y me lo puso sobre el pecho, obligándome a tomarlo.

—Perdóname —volvió a decir con desesperación— pero llévate tu regalo camarada; no puedo aceptarte nada, ni tu visita, adiós camarada, cuidate y te ruego que nos perdones. Adiós.

Estaba de pié, transido de miedo, de asco, de pena. Brumosamente comprendía lo que le pasaba a Dorogan. "No quiero tener dificultades con el Partido"... es decir con la N.K.V.D., con la policía de Stalin.

Regresé al hotel, después de haber caminado una larga extensión a pié, con mi paquete bajo el brazo. Pensaba que si esto era todo lo que habían conquistado los trabajadores rusos, los forjadores de la revolución, después de más de veinte años de horribles sacrificios: hambre, miseria y miedo. Miedo pavoroso, terror animal.

Al atardecer del día siguiente llegó a mi habitación un hombre que no hablaba sino ruso; venía a convocarme a una reunión de parte del camarada Jorge Dimitrov.

—Mañana, a las cuatro de la tarde, en punto, —insistió, y se fué dejándome el pasé firmado y sellado con el que podría embarcarme en los omnibus que llevaban al edificio del Komintern que estaba situado ya fuera de Moscú, a más de una hora de marcha desde el Hotel Lux.

A mi llegada al Komintern, en la Sección Latino-Americana, se me hizo entrega de un papel grisáceo que parecía papel de envolver. Se me citaba para las tres de la tarde en las oficinas de la "Comisión de Cuadros" del partido, en el Komintern.

Estuve a la hora en punto. Me recibió una mujer desdentada, de edad indefinible, pues podía tener tanto cuarenta como cincuenta y cinco años. Descuidada, con el pelo castaño lacio, caído en greñas sobre los hombros, las uñas ornadas por un filete negro en los bordes, los dientes que aun permanecían en su boca tenían color amarillento y una gruesa capa de rejele, con una fina franja verdosa cerca de las encías que parecían tumefactas. Sus ojos claros poseían una mirada suave y era lo único que reflejaba cierta frescura en aquel rostro ácido, rugoso y malamente marchito.

La mujer se mostró áspera y seca. Empezó a llenar un formulario: nombre y apellidos, edad, nacionalidad, veces que estuvo preso, partidos en los cuales trabajó, sindicato al que pertenece, clase social de la que procede; situación de los padres, su origen social, su ocupación, su fortuna, sus medios de vida, el número de hijos, el parentesco en grado cercano con militares, con propietarios de la tierra, con industriales, con prestamistas. Después, la mujer, los hijos, la familia de la mujer, los amigos íntimos, las relaciones. Las preguntas se sucedían escuétas y la camarada anotaba las respuestas. Le expliqué que esos mismos datos los había suministrado ya muchas veces, junto con mi biografía —una biografía extensa y documentada— a la "Comisión de Cuadros" y que además...

—¡Basta, camarada! —dijo con rudeza— aquí soy yo la que debe orientar el trabajo y no tú. Somos nosotros los que disponemos lo que se debe o no se debe pedir a los camaradas y no tú.

—Se suavificó un tanto, ante mi silencio, sonrió, con una sonrisa gelatina, repugnante, e ironizó con maleficencia:

—¡Ah... ustedes los intelectuales son gente sin remedio...! y en otra mueca, volvió a mostrar los alveólos vacíos y los sucios dientes que aun le quedaban.

Por su tono sarcástico, por la forma áspera de tratarme, percibí que la política de las esferas dirigentes había dejado de serme favorable. Recordé, oscuros y punzantes, los presagios de Marcucci, y comprendí que iba a enfrentarme a dificultades cuya magnitud no alcanzaba a medir aun. Continúe dándole los datos y comencé a tratarla en el mismo tono en que ella me trataba. Estaba preparado para no dejarme intimidar por aquella maquinaria que se movía con el propósito deliberado de fabricar tensión, de desarrollar angustia, de crear una psicosis de miedo. No me dejaría quebrar fácilmente. A los sarcasmos de la camarada Blagoieva repliqué con otros, los que traté de hacer punzantes y abrasivos como esmeril, para ella.

—Hoy más que nunca —exclamó en tono sentencioso— debemos vigilar la conducta de nuestros dirigentes responsables. El enemigo de clase acecha por todas partes y el fascismo internacional desarrolla una intensa campaña de corrupción. ¡Es increíble...!

—Si hubiesen actuado de esta manera antes, camarada —repliqué sonriendo— la dirección del partido comunista alemán no habría caído tan fácilmente, en la primera semana, en manos de la Gestapo. Ni Prestes se hallaría preso en el Brasil, ni la retaguardia de la República Española estaría tan repleta de espías... de agentes de la quinta columna...

Apreté los dientes, la miré con fijeza: ella me devolvió la mirada, pero reflejando un asombro que parecía admirativo. Se dió cuenta cabal y lúcida, de que yo no estaba dispuesto a dejarme arrancar la piel con mansedumbre.

Sonrió cachazuda, y moviendo algunos papeles del legajo que me correspondía, pronunció con amabilidad, por primera vez:

—Dicen que eres valiente.

—¿Y quién lo dice? —pregunté con aspereza.

—Tus datos... los que tenemos aquí, en tu "dossier"... se te considera como uno de los dirigentes con mayor tenacidad... y valor.

—Todo comunista debe ser valiente, —sentenció, preguntando a continuación— ¿Algo más, camarada?

—¿Tienes prisa? —interrogó con afabilidad fingida.

—Sí, tengo prisa, a las cuatro estoy citado por el camarada Dimitrov... a su oficina.

—¿Tú pediste la cita...? —perquirió con extrañeza.

—No, fué él quien me mandó llamar... y mi respuesta salió bañada en burla, cierto que involuntaria.

—¿Fué él quien te hizo llamar? —repitió interrogando.

—Me parece haberle dicho con claridad, camarada, que fué el camarada Dimitrov quien me mandó llamar. No pedí yo la cita.

Ingresó a la sala un hombre con la cabeza afeitada y brillante como si tuviese grasa. No entró por la puerta principal, sino por una especie de abertura que había en el muro y que semejaba un estante; era una puerta disimulada y acolchada por detrás. El único batiente giró con sigilo total... un sigilo que asustaba.

Este truco —pensé— está hecho para infundir miedo, para hacer una comedia de misterio. Me puse de pié y saludé a aquel hombre.

La camarada Blagoieva lo presentó:

—El camarada Bielov, dirigente de nuestro partido... destacado en el Komintern... Camarada Bielov... este es...

—Sí... sí... —interrumpió Bielov— expresándose en bastante correcto castellano— Pues... ¿y qué tal...? ¿Cómo estás camarada? Ya te ví en Valencia, en el Comité Central, y en Madrid estuviste en el Congreso de Escritores, con Ilya Erhemburg y con ese francés católico... ¿recuerdas...?

Como a través de una leve cortina de agua, evoqué los trazos fisonómicos del Coronel Popov, uno de los comandantes de la N.K.V.D. en España... ¡sí, se parecía a él...!

—¿Julien Benda...? —pregunté como lejano...

—¿Se llamaba así? —pregunté enarcando jactabundamente las cejas— ¿y ese otro que tenía miedo de las bombas... uno alto, delgado, muy gentil...?

—¿Chamson...? —pregunté.

—Pues camarada Blagoieva —comentó sin hacer caso de lo que había dicho yo, sentándose en una butaca y estirando sus piernas calzadas con botas lustrosas— ese poeta se sacudía de miedo, se arrojaba de bruces sobre un sofá y decía que sentía miedo, que era verdad...

—¿Y para qué fué a meterse allí entonces? —inquirió Blagoieva— habría hecho mejor en quedarse donde no había bombas.

—Así son estos intelectuales... ¿Quién los entiende querida Blagoieva...? ¿Pero quién...?

La insolencia de su manera de hablar me irritó.

—Ese hombre que tenía miedo —alterqué con firmeza— y que, sin embargo, fué a España, sabiendo que bombardeaban y teniendo la certidumbre de que su protesta iba a ser emitida en medio de bombas, es un poeta, un intelectual, como fuera Henry Heine. ¡Ustedes saben, es claro... quién fué Heine...! Amigo de Marx y de Engels... Cuando Engels, en una de sus cartas a Marx se queja con acrimonia de las tropelías que Heine comete en el departamento donde vivían juntos, Marx le responde que debe tolerarle, que los poetas son así, seres de excepción, a quienes no se puede medir con la misma vara que al resto de los mortales...

El hombre de la cabeza afeitada y engrasada, se amostazó. Se movió en el sillón, encendió un cigarrillo —que no tenía la boquilla rusa de cartón, eran cigarrillos especiales— y carraspeó con fuerza, limpiándose la garganta.

—Así que tú crees que aquel... poeta, ¿tenía valor...?

—Pero es claro —repuse con tono de convicción y entusiasmo— sin duda que lo tenía; se moría de miedo, sentía pavor, es probable. Y, sin embargo, estaba allí protestando, presentándose con su miedo a cuestras, a combatir por la libertad...

—¡La libertad... la libertad... los franceses no piensan en otra cosa... la libertad...! —dijo con sorna Bielov, para preguntarme en seguida con sequedad:

—¿Tú eres un gran admirador de Malraux, no es cierto...?
¿Le ayudaste mucho en España...?

—Me parece un escritor de primera categoría en el mundo de hoy; no le ayudé porque no tuve oportunidad ni dispuse de ningún medio; consideré sí que el Partido debió haber prestado más amplia colaboración a sus proyectos... no se puede olvidar que Malraux fué el primer combatiente internacional por la causa republicana... se adelantó y dió el ejemplo a los que vinimos después...

—¿Qué te parece Blagoieva...? —interrogó con socarronería Bielov— un escritor burgués y trotskista dá ejemplo a nuestro querido camarada.

—Yo entiendo que Malraux no es trotskista, ni stalinista... ni comunista —acometí, acosado por la acusación que se solapaba con torpe malicia tras aquellas palabras— es un intelectual de avanzada...

—¡Gran amigo de los anarquistas y de los "poumistas" —interrumpió con insolencia Bielov, y dirigiéndose a Blagoieva exclamó con bigardía— ¿Qué te parece... entiendes tú camarada Blagoieva...? Para ser valiente, hay que tener miedo... y para hacer bien las cosas pues los comunistas deben tomar el ejemplo de los escritores burgueses...! Así son estos intelectuales —añadió despectivo— con sus complicaciones, sus dramas y su conciencia borrascosa...

Carraspeó satisfecho, se alzó del sillón metiendo las dos manos abiertas entre las correas que le sujetaban el pantalón, levantándose la falda delantera de la "rubashka" negra; caminó, haciendo resonar los tacones de sus botas; se detuvo, las frotó una con otra, produciendo un desagradable chirrido.

—¿Tomaste ya todos los datos? —preguntó a Blagoieva.

—Sí, sí camarada —respondió Blagoieva con afectada solitud— aquí están los que exige el formulario y además los que han sido solicitados extraordinariamente... ¡hará otra vez su biografía...!

—¿Has dicho toda la verdad? —me preguntó Bielov frunciendo el ceño, alzando el mentón y juntando sus manos por la espalda.

—Perdone usted camarada —acentué— pero creo que no debo aceptarle que me pregunte así, tan tranquilo, si soy o no soy un mentiroso.

—Mira —dijo autoritaria y secamente— aquí no se trata de hacer discursos; esta no es una sesión del comité central del partido español, o chileno, o peruano. Así es que no vas a hacer uso de tus facultades oratorias. Aquí debes responder concretamente las preguntas que tenemos que hacerte. Sean cuales fueren.

—Estoy dispuesto a responderlas todas —repliqué esforzándome por aparecer tranquilo y por dar fuerza a mis palabras— pero tengo que exigir que, mientras no se pruebe lo contrario, se crea que estoy diciendo la verdad.

—¡No... No... de ninguna manera —explicó el policía— no es que un camarada sea mentiroso o que pretenda engañar. Pero, olvidos, recuerdos poco claros, pequeñas exageraciones, deformación de los hechos. Nuestra conversación va a ser larga, pero muy larga, camarada. Mucho más larga de lo que tú imaginas, de modo que vas a tener que obsequiarnos mucha paciencia... y recordar, recordar mucho... cada palabra sobre el caso de España... y sobre el caso del Brasil...

Sentí frío en los hombros, una violenta contracción dentro del estómago y una vibración helada dentro de la columna vertebral. Temí que mi voz cambiase de inflexión o de tono, al hablar.

—No tiene porqué pedirme paciencia —dije con aplomo— me encantará conversar todo el tiempo que quiera con usted, si con ello ayudo a la victoria de la libertad sobre el fascismo.

El hombre de la policía se sacó las manos de la barriga y al sacarlas fuera de su cinturón dejó ver una pistola en su funda. Creí que lo había hecho intencionadamente. Se tendió casi sobre la muelle butaca y se disponía a decir algo:

La camarada Blagoieva interrumpió sonriente, diciendo:

—El camarada no tiene mucho tiempo ahora, porque ha sido llamado por Jorge Dimitrov.

—¿Llamado por Dimitrov? —preguntó Bielov extrañado, hasta el punto de reincorporarse y recoger sus piernas. Se alteró visiblemente y preguntó lo mismo que la Blagoieva:— ¿Tú pediste la cita o él te llamó?

—Fué él quien la pidió... y él señaló la hora; hoy, a las cuatro. Sonreí y añadí con ostensible contento: dentro de catorce minutos; ni uno menos.

—Ya veremos —masculló— el teléfono, déme el teléfono. Ola...

La camarada Blagoieva descolgó el audífono, dió vuelta al disco y se hizo un largo silencio mientras la mujer me miraba como queriendo saber qué pasaba en mi interior.

Le pasó el audífono al policía. Habló a nombre de la Comisión de Cuadros, explicó que se trataba de un caso delicado, muy importante y urgente, remarcando las tres palabras, que se trataba de mi actuación política y de obtener datos muy concretos.

Se oía distintamente la voz de la persona que hablaba al otro lado: era una mujer; pero sólo se entreoían trozos de sus frases. Respondía que en efecto estaba citado; que la conversación estaba preparada con traductor y taquígrafo.

El policía insistió; volvió a subrayar la importancia del asunto y ante la negativa, exigió que se le preguntase a Dimitrov. Pasaron minutos largos, lentos, acres.

Dimitrov hizo responder que los camaradas de la Comisión de Cuadros, hiciesen lo que recomendaban, o sea aplazar sus preguntas para otro día.

La Blagoieva, que no había desprendido sus ojos del rostro del camarada Bielov, lo miró significativamente. El hombre de la N.K.V.D. movió la cabeza, encogió increíblemente el labio inferior subiéndolo hacia arriba y marcándose un par de gruesas arrugas que iban hasta el nacimiento de su cuello toruno. Se notaba que el hombre estaba sufriendo una decepción. Resopló, se acarició una de las botas con la palma de la mano, y se rascaba con la otra la nuca cerviguda, mientras dejaba el audifono.

—Faltan aun algunos minutos —constató— ¿te entrevistaste ya con Gursky?

Disimulé lo mejor que pude mi pavor íntimo y respondí:

—No, no pude verle; me dijeron que no vivía más en aquella casa de Ojod-Niriat.

—¿Te urge mucho verle? —preguntó con sorna.

—Usted comprende que no tengo urgencia alguna —repuse recobrándome— Gursky fué un excelente camarada y un buen amigo mío en Sud-América y aquí en el Komintern. Es justo que tenga interés en verle y en abrazarle. Esto, naturalmente, si es posible; si no voy a infringir ninguna disposición de la policía soviética... o de la Comisión de Cuadros...

—Ninguna —respondió el policía, restregándose las botas— ninguna, no te preocupes. Sólo que nos llama la atención la cortesía que os gastáis vosotros, los sudamericanos. Tan pronto como llegais a Moscú, pues salís en busca de vuestros amigos... ¡salen de visita...! —acentuó dirigiéndose a la camarada Blagoieva— ¿lo sabías Ola...? ¡Hacen visitas...!

—¿No es costumbre rusa? —pregunté en tono burlón— ¿o las visitas a los amigos contrarían las normas socialistas?

—Te burlas ¿eh? —exclamó mirándome fijamente y colérico, aunque con un cólera agolletada, que se esforzó por hacer insuspicable.

—No —respondí, alargando la sílaba— no me burlo, trato de orientarme solamente. Y le miré de frente, con fijeza.

Se puso de pie, respiró larga y hondamente y plantándose delante de mí preguntó:

—¿Qué regalos le trajiste a Dorogan?

Fué como si me hubiesen introducido una aguja ardiente entre la piel y la uña; creo que hasta dí un salto y perdí todo contralor.

Hice lo posible por enumerar despacio las prendas que había traído como obsequio y que Dorogan no había querido reci-

birme: chalecos y guantes de lana, tejidos; pañuelos para la cabeza o el cuello; medias de seda... chucherías... cosas muy baratas... unos cuantos francos... ¡Ah...! un par de boinas para las chicas... ¿les gusta tanto...?

—Al cruzar la frontera... —inquirió— ¿declaraste que introduces todo aquello...?

—No declaré nada, porque nadie me pidió ninguna especie de declaración sobre el equipaje; esta es la tercera vez que entro en la Unión Soviética y jamás he hecho ninguna especie de declaración sobre equipaje. Además puse la valija a disposición de los aduaneros, y se trata de una pagueñez, un pobre regalo.

Quizás dije algo más; toda mi conciencia estaba empeñada en dominar el miedo físico que me invadía como una epilepsia.

Se calló largo rato, mientras se frotaba la barba con los dedos de su mano derecha; extendió el brazo, miró el reloj pulsera que llevaba en la muñeca y dijo:

—Van a ser las cuatro; debes acudir a la cita con el camarada Dimitrov. Te llamaremos después; ya te llamaremos.

Comprendí muy bien la amenaza fría que encerraban tales palabras: Sabía ya hasta dónde podía llegar, hasta dónde llegaba la N.K.V.D., cuando iniciaba la persecución de una persona. Y en el interrogatorio, frente al jefe policial destacado en el Komintern, sentí sobre mí la irritación de Manuilsky —por lo que Marcucci me revelara— y la mano, que era garra, de la policía staliniana.

Pensé en mi mujer, en París, en el niño que iba a nacer y aumentó mi miedo a ser liquidado en Moscú.

El policía se paseó y con el rostro vuelto hacia el muro dijo:

—Ya te llamaremos, camarada. Hemos de conversar largo —y volviendo la cara hacia mí, añadió— sobre tí y sobre tus amigos... sobre tu bonapartismo.

—¿Mi bonapartismo? —pregunté sonriendo y extrañado, dominando mi temor interno.

—Ya hablaremos... camarada —reiteró con un acento como si pretendiese cantar— ahora, véte... te está aguardando Dimitrov y no le hagas esperar.

Me dirigí a la puerta y apenas la había traspuesto, el policía ordenó a la Blagoieva:

—Llame a Manuilsky.

Me marché por el ancho pasillo como pisando sobre la corteza de un pantano, como andando sobre un tremedal. No tenía la sensación justa de la distancia entre mis pies y el pavimento. Estaba seguro de que era espiado, seguido, vigilado, cual si fuese el mismo comunista que vivía a salto de mata bajo la dictadura criolla de los tiranuelos de América Latina.

Humillado, con el espíritu paralítico, ingresé en la amplia sala donde trabajaba Dimitrov.

El búlgaro no me hizo demostración alguna de cordialidad; estuvo afable pero indiferente. Me habló como si reanudásemos una conversación iniciada la víspera. Me encareció hablarle con plena franqueza y sin temor... sobre todo esto: sin temor alguno. Me pareció que lo notaba.

Hablamos de España; del desastre que yo veía inminente e irremediable; de la corrupción del partido, de sus errores, de su gran festival de bellaquería y de picaresca clásica. Me hizo hablar, exponer toda mi opinión durante dos horas largas.

Tras un silencio espeso y largo, Dimitrov se detuvo con toda su corpulencia ante la ventana, recorrió la cortina y retornó al centro del salón.

—Las versiones coinciden... ¿verdad camarada Lukacks? —preguntó a su secretario y traductor al francés, y sin esperar asentimiento me aconsejó insinuante— será mucho mejor que no hagas ningún comentario, en absoluto, con ninguno de los camaradas; compréndeme bien; no debes hablar de esto con nadie.

Reinició su interrogatorio sobre mis opiniones personales en lo relacionado con las causas profundas del desastre, en lo que concernía a la tragedia de Marcucci, como él mismo la denominó, en lo que él dijo antes de matarse, en mis relaciones con los otros dirigentes: Togliatti, Gotwald, Martí, Longo, Codovila... en lo que yo mismo pensaba de los anarquistas y del "Poum". Reiteró la obligación que tenía de ser franco. En esta vez se mostraba cordial; estaba emocionado hasta la fraternidad.

Hablaba con patetismo y con profunda emoción; llegó un momento en que me retorci las manos y las lágrimas asomaron a mis ojos, al tiempo que se me enronquecía la voz. Me hizo callar y ordenó que nos trajeran té, un refrigerio. Se tornó bondadoso y me golpeó el hombro...

Hablé como en una larga y amarga confidencia y se lo llegué a decir; le referí mi desesperación, el dolor de la muerte de Marcucci, el agobio por el fusilamiento de camaradas honrados, limpios, heroicos... y la situación horrible de mi mujer sometida a un sacrificio estéril, que se hacía criminal y el niño que esperaba y mi desfallecimiento...

Dimitrov se había conmovido; hubo momentos en que apretó los puños; maldijo en ruso, lo que comprendí; y terminó asegurándome que me ayudaría, que ordenaría inmediatamente que mi esposa saliese de Barcelona y que la auxiliasen en París. Pero yo debía hacerle antes algunas promesas.

—Ninguno de los éxitos en Chile —sentenció— te pertenecerá en lo menor: todos los triunfos serán adjudicados públicamente a los dirigentes chilenos: serán ellos y no tú quienes recibirán el aplauso de la Internacional en pleno. Así lo ha decidido... lo hemos decidido —rectificó— con el camarada Manuilsky.

—No harás ningún comentario, ninguno ¿entiendes?... ninguno, sobre el Brasil. Y si se discute la cuestión, pues guardarás silencio. ¡Ni una palabra, ni una...! Y en cuanto a España, a la guerra, al Partido español, a sus dirigentes, a los delegados del Komintern, a la suerte de la República... pues... nada, ni una sílaba...

Aquello era una capitulación; capitulación solicitada allí dentro de la sala como un favor; pero, afuera estaba la zarpa... y además, me había prometido ordenar que mi mujer saliese de España. De otro lado, ya estaba vencido, ya no tenía fé... ¿qué más daba...?

Cuando Dimitrov dió por terminada la entrevista eran las nueve de la noche; todos los ómnibus del Komintern habían partido. Debí ordenar que se me condujese en automóvil hasta el Hotel Lux. El mismo firmó la tarjeta que ordenaba mi salida del edificio y que disponía asimismo que se me proporcionase un abrigo de pieles, un automóvil y una habitación en el Lux. Lukacks, el secretario me condujo afuera y me indicó el lugar donde debía aguardar que me recogiese el vehículo.

De entre la sombra surgió Bielov. Y no sentí temor al verle. —¿Qué tal, camarada? —preguntó con voz amigable— ¡Fué larga la entrevista...!

—¿Qué le parece comandante Bielov —le dije con desfachatez, a pesar de que el frío me hacía tiritar— una conferencia de más de cinco horas con el Presidente de la Internacional Comunista.

Bielov sonrió y me dió palmadas cariñosas en la espalda.

Llegó el chofer y le presenté la tarjeta, que tomó Bielov, sufriendo después de mí al automóvil y leyéndola con curiosidad.

—Esta tarjeta es histórica —dijo mientras el auto partía— está firmada por el propio Dimitrov. No sucede nunca, quizás es la primera vez. ¡Es un verdadero privilegio...! —acentuó.

—Cierto que es un privilegio, camarada, eso quiere decir que estoy con suerte, o que la mía en Moscú empieza a cambiar favorablemente.

El camarada Bielov volvió a aspa ventar con su risa, la que esta vez, parecía fluir franca e insuspicable. Me inundó una sana y luminosa alegría y reí contento de vivir, de seguir viviendo, arrebu jándome en el holgado abrigo de pieles que se me había proporcionado.

—¡Empieza a cambiar favorablemente...! repitió abemoladamente y palabra por palabra el hombre de la N.K.V.D. Sacó un cigarrillo y me invitó otro, los que encendimos, mascullando cumplidos.

Lancé con vigor una gruesa bocanada de humo y reiteré:

—Aunque le sorprenda o no le agrade a nuestra camarada Blagoieva. —Y volví a reír en acordancia con él.

Luego, en mancomún, nos refugiamos en el disimulo de una dormitación amodorrada, cual si nos dejásemos ganar por la anestesia de la velocidad del auto que rodaba raudó sobre la carretera, como acunándonos.

Al detenernos y bajar a la puerta del Hotel Lux, el camarada Comandante de la N.K.V.D. no era el mismo hombre áspero que había encontrado en la tarde, en las oficinas de la camarada Blagoieva, en la Comisión de Cuadros. Al despedirnos, amables y cordiales, me ratifiqué en el agradable pensamiento de que mi vida se escurría entre los pliegues sedosos, aceitados, de la ancha zarpa implacable de la constrictora N.K.V.D.

Sentí como que la zarpa se abría... y me aflojaba...

¡CASONES EN VEZ DE MANTECA...!

HABIAN TRANSCURRIDO más de veinte años desde el triunfo pleno de la Revolución Bolshevique. Se habían aplicado con sangre, agonía y muerte, una serie sucesiva y triunfal de "planes quinquenales"; los éxitos se guarismaban en miles de millones y la propaganda apologizante hacía resonar todos sus parches y retumar todos sus bronces, anunciando la aparición de una nueva forma de trabajo, la forma de trabajo socialista, el "stajanovismo". Pero, a pesar de todo, la situación de miseria del pueblo ruso continuaba siendo horriblemente dura. Sin duda, la más dura de todo el mundo.

Los trabajadores de la inmensa mayoría de las industrias, la plana común de los intelectuales, las empleadas de las tiendas y oficinas, las muchachas que trabajaban en los hospitales, en la fábrica de cojinetes de acero, en los ferrocarriles y en los teléfonos, vivían en condiciones miserables. Ninguno de estos niveles de vida podía compararse ni lejanamente con el que disfrutábamos los delegados de los partidos comunistas en el Hotel Lux, y el que podría compararse con el que disfrutaría un funcionario o empleado, de las categorías inferiores, en América Latina, en una casa de huéspedes de segunda o tercera clase. La generalidad de los delegados comunistas extranjeros, a excepción de los dirigentes norte-americanos, chinos o anamitas, a quienes se otorgaba un trato superior, vivíamos como podría vivir entonces un estudiante, provisto de una renta que mediana en el Barrio Latino de París. En cambio los obreros, los amos de aquel rico e inmenso país, los dueños de la Revolución, los que daban su nombre a la dictadura personal de Stalin y de su grupo, vivían en condiciones tan bajas como aquellas en las que vivían los obreros peor pagados, los trabajadores menos calificados de los países más retrasados de América Latina.

Stalin había anunciado —al mismo tiempo que hacía liquidar físicamente a todos los amigos de Lenin— que la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas abandonaba todas sus plantillas capitalistas, para ingresar, con botas de siete leguas, en la nueva vida socialista, plenamente feliz, llena de dicha mate-

rial y espiritual. Stalin había afirmado que la URSS entraba en la etapa en que los últimos vestigios del capitalismo debían ser extirpados y abolidos de la vida y de la conciencia de los hombres. Ya no sólo extirpados de la sociedad; ya no solamente como liquidación de la "herencia del pasado", sino como fenómeno universal y particular, como realización de tipo objetivo y subjetivo abolidos en la vida y en la conciencia de los hombres.

La realidad era totalmente adversa a tan grandiosas palabras, cuya composición formular se hacía patente. Los trabajadores —en particular los que laboraban en industrias que no eran específicamente de productos bélicos—, vivían hacinados en forma increíble. El hogar en el sentido occidental, tal como le concebimos los latino-americanos, —aun los más pobres de los países más pobres— no existía en el común de la vida socialista soviética. El reposo hogareño, la intimidad de lo más íntimo entre el individuo y su familia, no existía en la Tierra del Socialismo, veinte años después de la Revolución y con ulterioridad a la ejecución gloriosa y triunfal de varios Planes Quinquenales, sucesivos. El llamado "individualismo burgués" en el hogar doméstico estaba reservado, como selecto privilegio, para los altos funcionarios del Soviet, para los dirigentes más encumbrados del Partido Bolshévique, para los altos jefes de la N.K.V.D. y sus agentes más calificados, para los jefes del Ejército Rojo y de la Flota y la Aviación Rojas. Para la inmensa masa proletaria, el hacinamiento era el socialismo.

El salario alcanzaba escalas infames: se pagaba a millares de hombres y mujeres, por una jornada de ocho horas de trabajo lo que en el mercado libre costaba un huevo. Para adquirir un traje, de aquellos que se venden como saldos en las grandes tiendas del mundo capitalista, un trabajador del mundo socialista debía acumular su salario de ocho o nueve meses. Los obreros vestían como mendigos, después de veinte años de triunfos socialistas.

La gigantesca producción agrícola de Rusia salía en un torrente hacia Europa y regresaba transformada en maquinaria, especialmente para fabricación de bombas, cañones, aviones, municiones, explosivos. Adquiría, en la Rusia Socialista precisamente, una brutalidad sobrecogedora la despiadada y gigantesca transformación de la sangre, de la grasa y de la piel de los seres humanos, en armamentos de toda clase.

El régimen socialista ruso consistía en los hechos duros, en que todo el pueblo trabajaba áspidamente para sostener con excelente nivel de vida a la Policía, al Ejército, Aviación y Marina y a los círculos superiores del Partido Bolshévique. Nadie en el mundo ha aplicado mejor que Stalin la sentencia nazi: "Cañones en vez de manteca".

Una mañana se anunció en forma pomposa el arribo a Moscú, dentro de quince días, del primer cargamento de mandarinas, consistentes en cinco millones de unidades. El expendio de aquella rica producción staliniana y stajanovista, se haría en los almacenes libres. La noticia anutriménto de la población del Hotel Lux. La mañana de la llegada de las mandarinas acudimos muy temprano a adquirirlas en los almacenes de la calle Gorki.

Allí estaban las mandarinas, en canastillos, con su bello color y su piel de vejez: había hasta una veintena de canastillos.

—¡Por favor, camarada, queremos mandarinas, por favor!

—¿Mandarinas...? ¡Ah... sí, mandarinas...! pues las mandarinas se terminaron ya, camaradas. Sólo quedan estas, que han sido adquiridas. No podemos venderlas. Ante nuestra insistencia, el jefe del almacén acudió a decirnos que se había formado una gran cola y que los trabajadores se habían llevado ya todas las mandarinas. Varias decenas de miles.

¡Pero si acababan de abrir las puertas...! ¡No hubo cola alguna...! En verdad, comprobamos que no habían otras mandarinas que las que se hallaban en los canastillos, como muestra.

La radio staliniana anunció que, desde las primeras horas de la mañana, los trabajadores de aquel mundo feliz habían acudido a adquirir las mandarinas de la cosecha staliniana, agotando los cinco millones de frutos en tiempo brevísimo. Anunciaba que la próxima vez llegarían a Moscú, no cinco sino diez millones de mandarinas socialistas.

Como lo comprobé ulteriormente, la nueva promesa no era sino parte de la misma propaganda tretera de un régimen que sólo puede concebir sustentado en la pureza y en la verdad.

Al lado de la miseria y de la mentira fluía tenebroso un terror helado que paralizaba las almas. Mis antiguos amigos rusos huían de mí; los camaradas de trabajo me pedían suplicantes que no visitase sus oficinas.

—¡Por favor...! ¡No es por tí, compréndelo...! ¡Es por nosotros, por tí mismo, en fin... comprende! Cuando necesites algo pues utiliza el teléfono; llama desde tu oficina y dí lo que deseas.

—Pero ¿el teléfono...? —interrogaba— si mi oficina queda enfrente.

—¡No importa —replicaban transidos de angustia— es que si empleas el teléfono, la conversación quedará registrada; si vienes aquí... no...!

Me atosigaba la pena dolorosa por aquellos rusos que temblaban de miedo; mas, era probablemente mayor la pena íntima que sentía por mí mismo. Eran pobres diablos asustados; pero, yo era lo mismo que ellos. Y cada uno se sabía impotente, aislado, espiado y delatado. Y sobre tal cimiento envilecido, sobre tal

pringor espiritual, se asentaba el régimen triunfante y glorioso de la Dictadura del Proletariado, en cuya cúspide estaba, omnimente y deificado el gran camarada Stalin.

Los días transcurrían sin que la camarada Blagoieva me hubiese convocado; una tarde sentí como una deliciosa sensación de baño tibio al encuentro casual que tuve con ella: me saludó mostrando sus dientes gelatinos, con su gruesa capa de releje y ornados por una franja verde cerca de las encías. Mi diagnóstico inmediato a la conversación con Dimitrov resultaba correcto. Poco después fui llamado por Lucas para notificarme que se había ordenado al comando del Komintern en España que entregase un salvoconducto a mi esposa, y le prestase ayuda para que pudiera pasar de España a Francia. Manuisky también se mostraba aplacado. Sólo que un buen día, al final de una de las sesiones de trabajo me detuvo para decirme con aire indiferente:

—Como político, querido camarada, has demostrado capacidad, pero en los tiempos en que estamos viviendo, un dirigente no sólo debe poseer capacidad política; tiene obligación de poseer además una eficiente preparación y capacidad militar.

—¿Capacidad militar, camarada...? —pregunté alterado.

—Mao Tsé Tung —replicó sin responderme— ha seguido estudios militares hasta llegar a los cursos superiores. Lo mismo podrías hacer...

En ese momento, tenía un remolino en la cabeza; no sabía cómo organizar mi pensamiento para presentir lo que Manuisky deseaba de mí.

—Pienso que debes regresar a España —sentenció mirándome con fijeza— a incorporarte allá al trabajo en el frente, en una labor no política sino militar. Pronto adquirirás la experiencia que te falta.

En la penumbra de la estancia, la idea se hizo luminosa. El camarada Manuisky estimaba que convenía más una "liquidación heroica"... y fuera de las fronteras de la Patria Socialista. Y por mí cruzó el relámpago de que lo esencial era cruzar la frontera, salir del mundo socialista, aunque fuese arrastrándome sobre las tripas, hasta pisar el primer metro de territorio del "odiado y execrado mundo capitalista".

—Regresaré a España, en cuanto usted lo disponga —respondí inmediatamente— haré lo posible por aprender el arte militar como el camarada Mao. ¡Cuando usted diga, camarada!

Manuisky se rió, empleó un lenguaje más familiar, después de haber pedido té, y dijo que Largo Caballero era un hijo de... y al retirarme de las oficinas del viejo ucraniano me marché contento, pues sabía ya que mi cuerpo descomido y agotado no iría a podrirse bajo los muros de la Lubianka. Manuisky quería destinarme para llenar uno de los huecos de la lista de hé-

ros caídos en España en la lucha por la libertad... y por la gloria inmarcesible del genial camarada Stalin.

Dimitrov me hizo saber días después que mi esposa había llegado a París. Y mi alegría llegó así a su llenez. Me zarandearon los más contradictorios pensamientos y comencé a darme cuenta de que actuaba algo de autómata dentro de mí, que nunca había existido antes. Surgían ideas que no eran elaboradas conscientemente por mí, que en unos casos me revelaban cosas que me espantaban y que, en otros, me hacían decir ante los demás lo contrario de lo que estaba pensando. Empecé a decir a mis camaradas latino-americanos aquello que sabía les agradaba y me dí cuenta de que había perdido mi sinceridad habitual. Era como una especie de sordo que mira previamente los labios del interlocutor, antes de responder; y respondía algo trivial o algo que, sabía bien que le agradaría mucho. Estaba cierto de que todo eso era automático; no era ni deliberado ni promovido: surgía como surgen las oscuras defensas vitales; como los mimetismos y paralizaciones que los animales inferiores emplean en los momentos en que se sienten atacados y en peligro.

A este bajísimo nivel psicológico había descendido y han descendido los hombres en la Unión Soviética; en este envilecimiento espiritual caen los combatientes contra la injusticia y la opresión capitalistas, apenas tramonatan las fronteras e ingresan dentro de la Patria Socialista.

Mis nervios descansaron, suavificando mi estado de alma. Me punzaba sólo la idea de saber a mi mujer enferma, sola, sin poder hablar francés y esperando el advenimiento del hijo.

¿Qué sería... hombre o mujercita...?

LA TERCERA PURGA...

LA CRIMINALIDAD del régimen soviético se alzaba con un cinismo grueso y violento. Había un repugnante desca- ro en la vida de aquella sociedad creada para servir de modelo a la Humanidad futura. A cada paso, en cada circunstancia, se exhibía un abismo entre la teoría y la práctica, entre lo que se decía y lo que se hacía, entre los discursos y la realidad. El más abyecto y abribonado cinismo lo invadía todo, impregnando la ensangrentada tierra socialista.

Stalin había proclamado que se estaba extirpando ya los vestigios del capitalismo en la vida y en la conciencia de los hombres, al mismo tiempo que Rusia era hundida en un baño de sangre. Se perifoneaban los artículos de la Constitución Staliniana y hombres y mujeres en el vasto país soviético caminaban transidos de miedo, empavorecidos y humillados, con el espectro de su cobardía moral marchando pegado a ellos, como su sombra. Hacía dos años que se hallaba en vigencia la Constitución más progresista del mundo y jamás, a través de su dramática historia, el pueblo ruso había sido más esclavo física y espiritualmente que bajo el imperio de aquella Constitución. Nunca el pueblo ruso fué más hundido en la sangre, en la bajeza y en el miedo.

Bajo el imperio de la Constitución Staliniana, los rusos eran arrancados de sus camas, arrastrados desnudos hasta las oficinas de la N.K.V.D. y llevados con rumbo desconocido para no regresar jamás. Bajo el canto coral de aquella Constitución, la policía apresaba a hombres y mujeres, los encarcelaba sin proceso, los torturaba horrorosamente, los juzgaba en secreto, los condenaba sin defensa y los hacía matar.

La cultura padecía y sigue padeciendo una asfixia total. El brillante plantel de escritores rusos, que dieron honor a la literatura universal, desapareció sin dejar ni semilla, ni retoño. Rusia posee hoy propagandistas chillones, periodistas que tienen un talento especial para denostar y amasar adulación, para fabricar injurias, apologías y gritos de guerra. Pero literatos, no. ¡Ni uno solo que pueda merecer tal nombre! Rusia, tierra fecunda en grandes músicos está estéril y muda, porque los músicos sovié-

ticos sólo pueden componer y tocar la música que censura Stalin y que aprueba el Politburó. Los escultores se emplean infatigables en manipular la arcilla para bustos de Stalin con todas las indumentarias y en todas las posturas concebibles. En los escenarios soviéticos no ha subido una sola obra de valor dramático y no ha aparecido en veinte años, en treinta años, un solo drama de mediana estatura. Y este desolado panorama conduce inexorablemente a la pregunta: ¿Es que el socialismo puede ser el asesino de la cultura? ¿Es que el socialismo puede así la música, la novela, la escultura, la pintura, el drama, la poesía, todo aquello que constituye la elevada complacencia del espíritu? ¿Es que la pléyade artística de un pueblo puede ser convertida en una caterva de bufones y cimbaleros...?

Mas que por la sangre y por el terror, todo eso dolía horriblemente por lo que tenía de desdichada quiebra espiritual. Era la bancarrota fraudulenta de las mejores y más preciosas esperanzas de millones y millones de vidas humanas. Era el pudrimiento de la encantada aspiración de varias generaciones; era la barbarie política, policiaca y odiosa, encubierta por el manto de una ideología de avanzada, magnificada por la inmensidad del país donde operaba y por las decenas de millones de infelices sobre quienes se descargaba.

No encontré en mi tercera visita a ninguno de los hombres y mujeres que habían trabajado en el Komintern, desde su fundación. Todos habían sido liquidados; unos se hallaban sometidos a trabajos forzados en los campos de concentración, los otros habían sido fusilados; a todos se les acusó de lo mismo: saboteadores, espías, enemigos del pueblo.

Una noche, en solemne sesión de célula, se anunció el estallido de la "Tercera Purga".

—El pueblo soviético y los camaradas extranjeros que se encuentran en Moscú —proclamaba el orador— van a tener la suerte de asistir a uno de los procesos históricos más trascendentales de nuestro tiempo. Dentro de tres días, en la Sala de las Columnas, la Justicia Soviética, representada por nuestro grande y leal camarada Vishinsky, juzgará en sesiones públicas a Bujarin, Rikov, Krestinsky, Rakowsky y otros bandidos, saboteadores y espías al servicio de potencias extranjeras y de los enemigos del pueblo soviético. Bujarin, sobre todo tenía la inmensa culpabilidad de ser el personaje más aplaudido de Rusia, cuando aparecía en público, pese a su expulsión y encontrarse en desgracia. Defraudando la insistente y enérgica intervención de los animadores de la N.K.V.D., las solemnes palabras de Manuilsky fueron recibidas sin entusiasmo, como si la gran asamblea estuviese integrada por hombres perplejos, por mujeres in-crédulas, por un personal que ya no prestaba fé a las retumban-

tes aseveraciones y a los vibrantes juramentos del gran visir del Komintern.

Los oradores se sucedieron unos tras otros; todos ellos eran rusos y estaban de acuerdo en "estigmatizar" —como ellos decían— las nefandas actividades de los enemigos del pueblo. Al final sometieron a la asamblea una resolución en la que se pronunciaba un terrible anatema sobre los inculpados cuyo proceso iba a inaugurarse. Para todos ellos se exigía, en términos categóricos, la pena de muerte.

—¡ Muerte al traidor Bujarin... !

—¡ Muerte al bandido Rikov... !

—¡ Muerte a los criminales espías nazis, Krestinsky, Rakowsky... !

La asamblea, puesta de pié, por unanimidad, sin una sola voz en contra, sin ninguna abstención, otorgó su voto aprobando la moción. Resoluciones idénticas eran votadas aquella misma noche en todos los centros de trabajo del País Soviético, en todas las oficinas de Gobierno, en todas las dependencias de los soviets, del partido y de los sindicatos. Era la vasta y repugnante complicidad en el crimen, organizada bajo el signo del pavor, bajo la compulsión de una inexorable e invisible amenaza.

Terminaba ya el invierno ruso. Y, en una mañana alumbra-da por el sol macilento y frío, se inauguró el proceso mayor de la "Tercera Purga Bolshevique", el que duró unas siete o diez sesiones.

La Sala de las Columnas, en la vecindad del Bolshoi Teatro estaba repleta; había tribuna especial para los diplomáticos, otra para los periodistas extranjeros; sólo podían ingresar a la sala quienes poseían un pase especial y este era otorgado a los delegados del partido en los centros de trabajo que luego debían rendir un informe público sobre lo que habían visto y oído; a los funcionarios soviéticos y a los representantes de los partidos comunistas del extranjero.

Allí en el escenario estaban, acusados de los peores y más infames crímenes, los hombres sobresalientes de la revolución, los ideólogos del comunismo, los antiguos embajadores de Rusia en los países europeos; era el último grupo de los amigos cercanos e íntimos de Lenin, de los progenitores de la revolución.

Bujarin había engordado y había envejecido. Se mostraba sereno y de sus palabras y sus actitudes fluía una indiferencia escéptica y despectiva; hablaba como si nada de lo que estaba aconteciendo le interesase en lo menor. Cuando Vishinsky elevaba patético el tono de la voz y le lanzaba sarcasmos y frases ásperas, Bujarin se limitaba a decir:

—Me permitiría recordarle al representante de la Justicia Soviética que aun no soy un reo, ni un condenado. Soy todavía un ciudadano soviético.

Rykov, Rakowsky, y los demás asistían indiferentes. No estaban ni agobiados, ni tristes, ni resignados. Tenían aspecto estoico.

Krestinsky se agitó como ninguno de los otros, cuando Vishinsky hizo referencia a las actividades de espionaje que desarrolló en Berlín mientras fué Embajador de la Unión Soviética en Alemania.

A las negativas del antiguo diplomático, se sucedió una verdadera lluvia de documentos. Cartas, fechas, cinco, siete, ocho, diez años atrás; cartas en las que, quien las escribió, había puesto sorprendente esmero en dejar establecida la existencia del delito de espionaje y de traición y la neta culpabilidad del acusado; cartas llenas de extrañas precisiones, de nombres, de lugares, de fechas, de acontecimientos. Todas firmadas por Krestinsky, por los amigos de él que habían sido procesados por comunistas que habían trabajado con él y que habían desaparecido. En esos papeles no había lenguaje de conspiradores, ni redacción sibilina, ni insinuaciones vagas. Eran cartas claras, ricas en detalles, abundantes en descripciones: parecían las páginas cuidadosamente trabajadas de una intrigante novela policial.

Vishinsky pedía los documentos al secretario del Tribunal, indicando los números y ordenando su lectura al Relator.

Llegaron a mostrarse en aquella audiencia, pequeños trozos de papel escritos por Krestinsky, en los que daba cita a personas alemanes, en lugares dudosos. Se exhibieron hojas de una libreta de Krestinsky donde había anotado gruesas sumas de dinero, especificando las monedas: dólares, marcos, libras esterlinas.

Y ante tal acumulación de documentos, con los que se aplastaba al acusado, inexorable y terca surgía la pregunta:

—¿Cómo ha sido posible a la policía soviética reunir esta cantidad de documentos a través de tan largos años, probando un crimen de traición, no obstante lo cuál, el acusado seguía ocupando puestos elevados y de responsabilidad?

Es comprensible que la policía atrape uno, dos, diez documentos acusatorios contra una persona sospechosa. Pero aquella colección tan bien organizada, tan maravillosamente catalogada, a través de una década y en relación con un hombre que hasta hacía uno, dos o tres años, era absolutamente insospechable, eso no era comprensible.

¿Cómo había logrado la policía soviética reunir aquella cantidad de documentos emitidos en Berlín, en Tokio, en París, en Nápoles, en las aguas de Vichy y en el Hotel de Saint Moritz? ¿Por qué milagro asombroso había logrado reunirlos todos, uno a uno, como los eslabones de una cadena o los trozos de un rompecabezas, en las manos del Gran Justicia, Vishinsky, el hombre

amado de Stalin y señalado por la prensa comunista como el más preclaro ejemplo de bolshevique sin par?

Ante la perfección de la faena policial, ante los gestos despectivos de los acusados, se abría paso en el cerebro la sospecha de que todo aquello había sido fabricado en la prisión por el propio Krestinsky; de que él había facilitado la documentación que Stalin necesitaba para perderle. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué se había doblegado.

El desarrollo de las audiencias era el de una pieza teatral. Era la representación para el público de un drama previamente ensayado. Vishinsky con sus protestas, con sus llamamientos al orden, con su empeño pertinaz de dar cada vez más solemnidad a cada una de las escenas, se exhibía como un actor que está repitiendo el papel aprendido. Y Bujarín, Rikov, Rakowsky, Krestinsky y los otros, estaban como actores que cumplían el contrato firmado con un poderoso y exigente empresario.

Era doloroso ver a los héroes de la revolución de octubre entregados de modo mezquino, doblegados sin lucha, cayendo sin grandeza, cubiertos de ignominia.

El proceso de la Sala de las Columnas fué la señal para el estallido de una nueva erupción de terror. Los comunistas del tiempo de Lenin caían por millares bajo los tiros de la N. K. V. D. Decenas y quizás centenas de millares de rusos fueron a aumentar el número de forzados en los campos de concentración del Artico y de la tundra siberiana, acusados de bujarinistas.

Este era el régimen socialista, el mundo nuevo, por el cual había luchado y había forzado a luchar a miles de hombres honestos, generosos y nobles. Para imponer esta forma de sadismo colectivo estaba dando mi trabajo, mi abnegación y mi complicidad. Para amasar esta sanguinolenta inmundicia estaba combatiendo y estaba incitando a otros a combatir.

—Yo deboirme de aquí, abandonar estas filas, largarme, —pensaba y me lo repetía a mí mismo—. Me acusarán de traición, me arrojarán fango de diversos colores y me señalarán como a un tráfuga. Pero es que los métodos soviéticos eran tan abominables o peores que los métodos nazis; la vida bajo el socialismo ruso era infame, cavernaria, vil, en comparación con la que llevaba el más infeliz obrero de cualquier retrasado país capitalista. Allí, el trabajador podía por lo menos protestar, gritar, rebelarse: en la Unión Soviética debía agonizar y morir en silencio, o alabando el régimen que presidía el grande y glorioso camarada Stalin.

Terminado el proceso y dictada la sentencia, la dirección del Komintern dispuso que realizáramos una jira, a través de las fábricas y koljoses, de los clubs de obreros y casas de cultura de la región de Moscú; en esta jira era posible comparar lo que había visto en 1929, en 1935 y en 1938.

Viajamos durante diez días, visitando, viendo, recogiendo impresiones. Regresé a Moscú cansado. Me sentía enfermo y estaba profundamente abatido; lo que había visto no había hecho sino aumentar mi decepción y arietar más rudamente mi mal-trecha y atormentada fé.

Aquello no era el marxismo; era un prolongado y doloroso crimen; una monstruosa y grande mentira.

LOS CONTORNOS DE LA ESTAFA

COMO IDEA fija, terca y obsedente, poseía todos mis instantes de vigilia y gran parte de los del sueño, la de salir de la Rusia Soviética. ¡Y cómo duele tan hondo comprobar tal fenómeno! ¡Qué tremendo desgarrón íntimo, tener que renegar de lo que tanto y tan devotamente se ha amado...!

No sé si dormía o si sólo estaba sumergido en una de esas dormitaciones en las que aun se piensa. La puerta giró con lentitud para cerrarse luego: alguien había penetrado en la habitación.

Me incorporé temblando y encendí la luz: Dorogan estaba allí con toda la boca y con ambos brazos abiertos.

—¿Quieres pegarle a tu viejo camarada? —preguntó con dulzura afectada.

—¿Qué pasa? —interrogué por decir algo— ¿te has vuelto loco o es que soy un imbécil que no entiende nada...?

Pasó una pausa prolongada, en tanto que Dorogan sonreía con tristeza, despojándose de la gorra, el abrigo y los guantes.

—No estoy loco, ni eres imbécil —dijo con la voz abemolada— lo único que sucede en verdad es que somos cobardes... ¡lo que me parece mucho, pero muchísimo peor...! Vergonzosamente cobardes —repitió y haciendo como que escupía en el suelo tres veces, hizo guturalmente:

—¡Aj... aj... aj...!

Me dí cuenta de que Dorogan estaba bebido; su aliento denunciaba una buena carga interior de alcohol. Le invité a sentarse y exclamé:

—Yo no tengo nada que decirte; ahora, si tú quieres decirme algo pues te escucho con la cordialidad de siempre, ¡no sé que te pasa...!

—Bien... pero muy bien —dijo entusiasmado y soalzando la voz— eso es ser buen camarada. Un camarada comprensivo. Yo lo sabía y se lo había dicho a mis hijas; no, no, no se enfadará, él tiene que comprender. Y si se enfada, pues que me maldiga desde América, en medio de sus alabanzas al maravilloso

régimen soviético y a nuestro inclito camarada Stalin. ¿No es eso... mi viejo...?

Y explotó en una sonora carcajada que contrastó con el tono de voz que venía empleando. Volvió a parlotear con suavidad, diciendo:

—Tienes que comprender que estaba obligado a rehusar tus regalos y a dar cuenta de tus visitas a la N.K.V.D. No eres tonto y tienes que darte cuenta de la forma en que ahora estamos viviendo en Rusia. La vida de un comunista no vale ni esto —y sacudió la ceniza del cigarrillo que había encendido— y la libertad de un hombre y de toda su familia, pues vale menos que una parte de esta ceniza. Así estamos. Por eso tuve que dar cuenta a la N.K.V.D., pues hace tiempo que he tenido mis dificultades, bastante amargas... y además, porque Aliosha estaba por regresar de España. ¿Te acuerdas de Aliosha...?

—¿El pequeño?

—¡Pequeño...? —dijo con orgullo— si le vieras; un muchachote magnífico, gran aviador; fué a España a probar nuestros aviones de combate. Ha regresado y está aquí... aquí en el Lux. He venido a visitarlo y como sabe que ahora me agrada un poco el vodka, pues me tenía buena provisión, además de la que yo traje. Después de conversar mucho con él y con varios amigos, pues me dije: voy a ver a este que debe estar enfadado conmigo... veré si ha obsequiado mis regalos...

Y rió jubilosamente, ahogando su risa. Sin pausa continuó:

—Cuántos deseos he tenido de hablarte con la misma sinceridad de aquella otra vez... ¿lo recuerdas...? ¡Qué lejos está eso...! Quería explicarte y que me comprendieras, como amigo; quería hablarte de cosas que no es posible hablar con los rusos: ni siquiera con Aliosha, ni con mis hijas, ni con mi mujer: con nadie... ¿Comprendes? Con nadie. Y ahora, al fin, he venido a verte y a pedirte que no me guardes rencor.

—No —repuse —¿por qué había de guardártelo? Hay cosas tan extrañas aquí que ya nada sorprende; ustedes los rusos se están muriendo de miedo.

—¿Miedo... no? —preguntó— sí, tienes razón. Pero piénsala tú que debía llegar mi Aliosha; yo no sabía las condiciones en que llegaría, o en que sería recibido. No sabía nada. Sólo me había informado de que algunos aviadores que enviaron de aquí a España, a probar nuestros aviones de guerra, fueron enviados a los campos de concentración a su llegada; a algunos los fusilaron sin más. De otros, no se ha vuelto a saber nada.

—Pero ¿cómo puede ser posible todo eso? —pregunté con amargura.

—¡Así es, amigo mío, así ha sido! Unos dicen que es porque hicieron comparaciones entre el nivel de vida que tenemos los rusos y aquel del que se quejaban y contra el cuál protesta-

ban los españoles. Otros porque habían traído ocultos algunos regalos de cierto valor. En fin, se dicen tantas cosas y nadie sabe nada. Lo único que se sabe ya bien claro es que no están vivos.

Hizo un gesto de amargura, contrajo sus labios arrugando todo el rostro y preguntó:

—¿No tienes nada qué beber?

—No, no tengo nada.

—Pues levántate y echa una mirada hacia el corredor; haz como si fueses a salir y si hay alguien, pues vas hasta los lavabos.

Le obedecí, llegué hasta la puerta abriéndola y atisé. —

—No hay nadie, le dije.

Dorogan se lanzó afuera diciendo:

—Ya regreso, deja la puerta entreabierta; será mejor que apagues.

Di vuelta al interruptor, me cambié los zapatos por pantuflas y me tendí en la cama; estaba muy cansado pero ahora tenía la cabeza despejada. Pasó un rato y regresó Dorogan con media docena de pequeñas botellas de vodka y algunas provisiones. Cerré la puerta, puse vasos mientras él desempacaba, sirvió el vodka y se lanzó a comer.

—Todo esto —dijo— estaba en el cuarto de Aliosha; le obligué a convidarme. ¡Cuántos deseos tenía de conversar contigo...! No podría decirle a nadie lo que te digo a tí, a ningún ruso. Estamos hundidos en inmundicia hasta el cuello; y en miedo, en cobardía. Porque todos los comunistas ahora somos cobardes. Yo, tú, todos... incluyendo a Bujarín, a Rikov, a Krestinsky, a todos.

—¿Por qué dices que ellos son cobardes?

—¿Has asistido al proceso? —preguntó bajando la voz— Pues todo eso es una farsa; todo eso es sucio, dan ganas de vomitar... y volvió a simular que escupía tres veces... aj... aj... aj...

—Lo que no comprendo del proceso —dije también bajando la voz— es por qué y con qué fin Bujarín, Rikov, Krestinsky y todos los demás, se prestaron de modo tan manso a desempeñar su papel en la farsa que tú dices. ¡No lo entiendo...!

—¿No lo entiendes? —preguntó Dorogan— pues claro, no eres ruso. Pero dime ¿qué le queda al comunista ruso, que ha fracasado en Rusia, que ha caído en desgracia y que, al final de cuentas, después de haber firmado cartas de arrepentimiento, está cogido en la garra de la policía soviética, que lo estruja, lo humilla, lo zarandea y que no lo volverá a soltar nunca...? ¡Nunca más...! Dime tú ¿qué le queda a ese hombre? Nada más que pedir que le dejen escoger la postura más cómoda para morir, que es la única forma que él vé ya de salir del atolladero.

Las de ellos son ya vidas sin perspectivas, selladas para siempre, con una sola salida: la muerte

A los acusados que tú has visto ya no les importa nada, políticamente. No tienen ninguna clase de esperanza en el exterior, no tienen confianza de la más mínima categoría ni dentro de la Unión Soviética, ni menos fuera. ¿Quién los va a defender? ¿Los partidos comunistas...? ¡No hombre...! ¿Quién entonces? ¿Los católicos, los liberales, los socialistas...? ¡Nadie, absolutamente nadie! Y ellos lo saben; no habrá ayuda de afuera; entonces ¿para qué luchar? ¿Para qué mayores sufrimientos inútilmente...? Sólo la esperanza nos dá fuerza para soportar la tortura; sin esperanza... se acabó.

Dorogan bebió, me alcanzó el vaso y prosiguió siempre en voz baja:

—Cada uno de los acusados, o de los condenados tiene familia. ¿Tú no sabes que Rikov tiene una hija bellísima a quien adora? ¿Y que Bujarín tiene su padre viejo, a quien ama con cariño entrañable? Krestinsky tiene hijas jóvenes y así todos. Si se doblegan, si ayudan a la farsa en el proceso, pues sus familiares no solo no serán tocados, sino que tendrán una manera de vivir decorosa, proporcionada por nuestro glorioso Estado Soviético. Todos los deudos cercanos de los que han sido condenados en procesos públicos están bien, viven cómodamente y nadie los molesta: es el ejemplo objetivo, para que vean los que van a seguir.

Dorogan hizo una pausa y continuó:

—En estas condiciones, pues ¿qué quieres amigo mío? ¿qué resistan, qué se enfrenten, qué se rebelen? ¿Para qué...? ¿Para que las personas queridas paguen las consecuencias? Además, tú sabes que cuando no logran convencer al acusado para que colabore en la farsa del proceso, pues lo liquidan en secreto, sin teatro, sin escenarios, ni luces, ni Vishinski: le pegan un tiro cualquier día y se acabó.

—Como ellos lo saben pues ¿a qué resistir? ¿Qué quiere la N.K.V.D.? ¿Una carta... dos cartas... tres cartas? Bueno hombre, traigan papel y tinta y allí están? ¿Quiere dos papeles más, tres papeles comprometedores? Bien, pues se escriben de puño y letra todos los que hagan falta, diciendo lo que los camaradas polizontes quieran que se diga. Ya esas cartas no significarán sino la salvación de los seres queridos: nada más. Con papeles, sin papeles, el preso sabe que está perdido; si no otorga los documentos que le exigen pues le liquidarán administrativamente y además su mujer, sus hijas, su padre, su madre, pagarán las consecuencias.

—¿Pero cómo van a liquidar administrativamente a personalidades como Bujarín, Rikov, los demás...? —pregunté.

—¿Personalidades? —gritó Dorogan— pero qué estás diciendo. ¡Necesidades...! Aquí no estamos metidos con la justicia inglesa, ni con la Corte de "Los Assisses" en París. Yo me acuerdo cuando viví en Francia. La justicia burguesa tiene otro estilo, en fin es justicia burguesa. Aquí no, amigo: aquí se trata de justicia proletaria. ¡Qué escarnio, mi viejo... qué asco...! Y haciendo a un lado simuló que escupía... ¡aj... aj... aj...! e inmediatamente siguió hablando:

—¿Tú sabes la cantidad de personalidades, como tú dices, que han sido fusiladas, liquidadas administrativamente, vamos, asesinadas, por tu gran camarada Stalin? Pues dime ¿dónde está Razianov, amigo de Lenin, Director del Instituto Marx y Engels, conocido en todo el mundo? No me dirás que no era conocido, ni que no era personalidad. ¿Dónde está el Presidente de la República Soviética Húngara, camarada Bela Kun...? ¿Qué ha sido de tantos camaradas de primera fila? Los liquidaron con simples procesos administrativos. Y no pasó nada. Y nadie dijo nada.

Abrió una nueva botella de vodka, sirvió el contenido en los vasos y habló, expulsando ruidosamente el aire de su garganta:

—Bebe amigo querido; te estoy diciendo palabras de las que unas diez, a lo sumo unas quince, bastarían para que me dieran el tiro staliniano en la nuca. Estoy como el cochero del cuento de Chejov; tengo que hacer mi confidencia ¿comprendes? siento vergüenza de ser cobarde y me siento culpable; y este sentimiento de culpabilidad nos ahoga ¡entiéndelo camarada! y por eso siento uno la necesidad de confesárselo a alguien, de decirlo. Y tú tienes que comprender, camarada, que yo no puedo hablar de esto ni con mi mujer, ni con mis hijos... ¡Ni una palabra...! Les quiero mucho, ellos adoran a su padre, pero, en Rusia sucede todo ahora... mis hijos podrían delatarme.

—¡No seas bárbaro...! —le grité.

—¿Qué horrible es, verdad? Dá asco, dá miedo, dá vergüenza. Pero, ¿qué quieres? es la pura verdad. Y, por esto, yo me dije: este tiene que saberlo; tengo que decirselo.

Se oyó ruido en el exterior y Dorogan se calló; con un gesto me invitó a indagar de qué se trataba. Me detuve tras la puerta escuché largos segundos y luego abrí, saliendo al corredor.

No había nadie; el pasillo estaba iluminado y desierto. Todas las puertas estaban cerradas. El ascensor no trabajaba.

Volví y le tranquilicé.

—Mira camarada, querido amigo —dijo secándose la transpiración que le perlaba la frente— sería mejor que apagaras la luz y que nos quedáramos conversando así; de esta manera no se verá tu ventana iluminada desde la calle; abre las cortinas y entrará la claridad necesaria para que podamos ver los vasos.

Hice como él quería y me tendí sobre la cama; él se aflojó los cordeles de tus zapatos.

—¿Te acuerdas de Makar, el del Magnitogorsk? —preguntó.

—¿El Ingeniero Constructor? —volví a interrogarlo curioso y asombrado.

—El mismo. ¿Era una personalidad, no es cierto? Pues le fusilaron administrativamente. ¿Y recuerdas aquella vez que comiste con Mihailov, el director de la represa de Dniepostroi, con Guralsky, con el alemán a quien tomaron preso en el Brasil y los otros. Vlassov el de Cheliabinsk y aquel grandote y alegre Constantino Butenko, el del Kuznietzk...? ¿Lo recuerdas... lo alegres que estuvimos?

—¡Bueno, y qué...?

—Nada de bueno, camarada —replicó— eran personalidades de primer rango. Pues ahora no son nada; los redujeron a un montón de carne que se pudre bajo la santa tierra rusa. Todas estas fueron personalidades. Y los liquidaron. Por esto, Bujarín y Rikov, y Krestinsky y los otros, sabían que les pasaría lo mismo que a Makar, a Vlassov, a Bela Kun, a Butenko, a Mikhailov, y a miles y miles de viejos bolshevikis. Sabiéndolo, pues redactaron, firmaron y refrendaron lo que quiso la N.K.V.D.

—¡Qué horror... qué absurdo...! —exclamé.

—¿Absurdo has dicho...? No camarada, no le tengas miedo a las palabras. Es lógico, es terriblemente lógico todo eso.

—¿Lógico pero por qué?

—Es terriblemente lógico, camarada, porque hemos fracasado. Bujarín y sus compañeros de tumba, Butenko y Bela Kun y tú y yo. Todos los que hemos entregado la vida a esto. Hemos perdido nuestra vida y, lo peor, hemos perdido nuestra alma. Los más inteligentes nos damos cuenta clara del fracaso y sentimos desprecio por nosotros mismos, por nuestro cuerpo, por nuestra alma que nos hizo fracasar, por todo lo que hemos hecho y por lo que no hemos podido ni podemos hacer. Y al despreciarnos de esa manera, pues lo entregamos todo por nada; lo echamos a los perros del Kremlin como desperdicio; que se vaya todo al diablo. ¡Se acabó...! Por eso se entregan así y además, por el cobarde amor a los suyos. Por amor a sus padres, a sus hijos, a sus esposas, a sus madres.

Se calló largo rato, encendió un cigarrillo, me alcanzó otro y preguntó:

—Si tú te vieses en un caso así ¿qué harías?

—¡Pues lucharía...!

—Eso es afuera; en el mundo capitalista; allí donde sabes que en las peores condiciones vas a encontrar una defensa, donde el peor régimen tiránico no liquidará jamás a tu padre, ni a tus hijos, a tu madre, ni a tu esposa; donde en el peor de los casos pues morirías por una idea, defendiendo un ideal superior. Pero,

aquí en Rusia, bajo el régimen comunista y soviético ¿qué defensa, qué esperanza, qué perspectiva?... nada... nada. Hay que confesar todo lo que quieran, hay que documentar la confesión y las acusaciones, hay que fraguar todo lo que ellos necesitan. Así se salva a los seres queridos; se les libra de la prisión, de la tortura, del campo de concentración, del tiro en la nuca. Tú morirás pero ellos vivirán tranquilos, garantizados, bajo la garantía de Stalin.

Alzó su vaso, bebió un trago largo y continuó:

—De otro lado, camarada, el pobre diablo que está en la garra implacable de la N.K.V.D. piensa esta idea fija: ¡Bueno, y a mí qué me importa todo esto; ha sido un fracaso; he fracasado, ¡al demonio todo! Y cuando se llega a dar las narices del espíritu contra tal muro, pues ya no se lucha, ni se resiste. ¡Se acabó todo, se acabó! La muerte es como un baño tibio después de haber caminado mucho, bajo un sol quemante, por un camino polvoriento.

—¡Lo que estás diciendo es horrible —dije como un quejido y me lancé fuera de la cama— es espantoso; qué odiosa estafa...!

—Ya sabía cual era tu reacción —pronunció con burla Dorogan y se echó a reír... je... je... je... bajando la voz hasta un nivel apenas audible—. Y si crees que esto es una estafa, que es lo peor que has visto como tiranía ¿por qué no la denuncias? ¿Por qué no dices afuera lo que has visto, lo que está sucediendo aquí, lo que está sufriendo el pueblo ruso...?

—¿Y quién soy yo para decirlo? —repliqué— ¿no lo andan diciendo Trotzky y sus amigos por todas partes? ¿Quién les hace el menor caso...? ¡Ni siquiera les creen...!

—Trotzky es un fanfarrón amargado —dijo Dorogan— y un pobre ingenuo, un tonto. Ha ido a decir que el gran mal del régimen ruso reside en que está manejado por la burocracia staliniana. Y eso de que un régimen sea burocrático no alarma a nadie en el occidente; porque el burocratismo es un defecto que cuesta dinero pero que no mata a nadie. Y que un día puede corregirse poco a poco. Lo de la burocracia staliniana es una necedad infantil que no rasguña la emoción de nadie.

—¿Y qué crees entonces?

—Que el deber de los comunistas que han visto la realidad es presentarla tal como la vieron: ni más ni menos. Y tú la has visto: la viste en 1929, la volviste a mirar y a contemplar por más de un año en 1935 y ahora, por tercera vez. ¿Qué has visto? Que toda la vida rusa, que toda la actividad socialista, que todo el sistema soviético, están organizados, están traspasados, funcionan dentro de una estructura ferozmente policíaca... ¿sí o no...? escucha la palabra: p o l i c í a c a...!

No le respondí; era como si un oscuro pensamiento que tuviese hundido en el fondo de la conciencia viniese repentinamente hacia la luz y se iluminase bajo la evocación de aquellas palabras. Y que este pensamiento nuevo y terrible se alzase sobre un zócalo granítico de verdad escueta y diáfana.

—Respóndeme —gruñó Dorogan— ¿sí o no?

—Sí, dices la verdad —asentí, haciendo un esfuerzo como si se tratase de la confesión de un crimen.

—¡Ya lo sabía, lo sabía muy bien camarada, por esto vine y por esto te he dicho lo que has oído. Cualquiera otro podría denunciarme y causarme daños. ¡Quizá no muy grandes! porque hace tiempo que vengo preparando mi coartada, como todo ruso que tiene dos dedos de frente... ¡ja... ja... ja...!

Rió sarcástica y amargamente para decir:

—¡Qué inmundicia haber caído tan bajo! Estar como los chicos granujas, fabricando mentiras, fingiendo, haciendo de su vida una sucia e indigna comedia. ¡Qué asco...! ¡aj... aj... aj...!

Y volvió a mover la lengua y a hacer resonar sus labios como si escupiese.

La pausa fué excesivamente larga, de modo que tuve que decir algo:

—Tú sabes, Dorogan que soy amigo tuyo...! —subrayé.

—¡Nada... en Rusia, bajo el régimen soviético, no hay amigos; aquí, la amistad es un sentimiento burgués que ha sido expulsado fuera. Si tratas de auxiliar a tu amigo que está en aprietos con la N. K. V.D. pues te liquidarán a la misma hora que a él, o le obligarán a señalarte como criminal y hasta le harán servir de verdugo de la suprema justicia proletaria. Cuando vine a hablarte no pensé un instante en que eras amigo mío: todo se mueve y todo lo que se mueve cambia; tú podías haber cambiado. Al venir a verte sólo pensé que a tí esto te repugna tanto como a mí y que, en tu caso, yo tenía ya mi coartada: me llevaste regalos, fuiste a verme, a saludar a mi mujer y a mis hijas y yo no recibí nada y dí aviso a la N.K.V.D., a la sección que trabaja dentro del Komintern.

—¡Te has vuelto cínico! —dije casi involuntariamente.— ¿Cómo sabías que a mí me repugnaba esto?

—¿Parece cinismo, verdad? Y no, querido camarada, es sólo el instinto de conservación; hipocresía para salvar la vida y poder seguir arrastrando una existencia sórdida... ¡Bebe hombre...! ¡Bebe algo; ponte contento como yo; me dá una gran alegría hablar así, estar hablando contigo sin riesgo!

Bebí después que él chocó su vaso con el mío y me palmeó en un hombro.

—¡Por tí, por tu salud, por tu vida...! —exclamó y apuró el vaso de vodka; yo le imité.— Se enjugó los labios en el revés de la mano y prosiguió:

—En la habitación de mi hijo Aliosha estuvieron dos españoles y el argentino, tu compañero de delegación. Y él me lo dijo:

—¿Qué dijo? —pregunté intrigado.

—Que eras un intelectual, pequeño-burgués, que habías perdido la confianza del camarada Manuilsky por tu espíritu crítico y por tu manera de hacer gala de tu criterio independiente. Y yo me dije inmediatamente: ¡aquí está...! Este no está conforme con la manera como van las cosas. Además, me alentó el enorme interés que tomó por mi denuncia Bielov, el jefe de la N.K.V.D. del Komintern.

—¿Mostró interés? —pregunté.

—¡Y cómo...! Se frotaba las manos, me hizo preguntas y repreguntas, volvía a repetir varias veces lo mismo, aplaudió mi celo y mi espíritu de vigilancia bolshevique.

—Pero ¿qué es lo que te preguntaba?

—¿Cómo le conociste? ¿Qué piensa de la Unión Soviética? ¿Qué ha dicho del camarada Stalin, de la política interna, de la política internacional...? ¿Habló algo sobre España...? ¿Le notaste alguna desviación especial? ¿Qué le gusta más: la bebida, las mujeres, comidas, fiestas...? Y me citó para la semana siguiente. Fui a verle dos veces sin encontrarle; a la tercera vez hablé con él pero me dí cuenta de que había perdido interés en el asunto. Al referirse a tí me preguntó:

—¿A tí te parece un buen camarada, no es así Dorogan?

—En general, sí —respondí— aunque tiene sus cosas.

—Sí —afirmó Bielov— tiene sus defectos y sus grandes debilidades, aunque tiene también costados fuertes. Y allí terminó todo, lo que me indicó que la garra no caería sobre tí. Te dejaban escapar, te ibas afuera. Todo esto me decidí a venir; además, la oportunidad que me brindó la estancia de mi hijo aquí, porque de esta visita, de esta entrevista entre tú y yo, no ha pescado el menor rastro la N.K.V.D. ¡Ni el olor...! —exclamó riendo.

—El argumento sólido —le dije— es que el régimen soviético ha abolido las clases sociales; aquí no existen clases y por tanto no hay división de clases, ni intereses de clase.

—¿Lo sociedad sin clases, verdad...? —preguntó burlándose— por favor no repitas frases stalinianas, porque entonces sí... se acaba la amistad. Deja las frases y mira los hechos. Por donde has ido en Rusia has visto diferentes categorías de gentes: obreros calificados que viven pobremente, si les comparamos con el obrero francés o alemán; los otros que viven mal; numerosas categorías que viven muy mal y algunas, las más bajas, el ma-

yor número, que tienen un nivel de vida —zoológico le llamo yo— viven como animales inferiores... ¿sí o no?... ¿lo has visto o no lo has visto...?

—Sí, es verdad.

—Bien, eso es lo que has visto; pero lo que no has visto es las condiciones en que arrastran sus vidas los millones de presos políticos, sometidos a trabajos forzados, en los campos de concentración. ¡Nadie que no lo haya visto, tiene idea clara de lo que es aquello...! Y esto es lo que me subleva. Afuera, ustedes hablan de democracia, de libertad, de derechos humanos. Y no hacen nada por impedir todo esta bestialidad, por denunciar siquiera lo que pasa en Rusia. ¿Y cómo vamos a quejarnos de los católicos, del Papa, de los liberales, de los radical-socialistas, si nuestros propios camaradas comunistas se callan cobardemente, algunos: la inmensa mayoría aplaude...

Me sentía como afiebrado; caminé por la habitación en penumbra, tratando de liberarme de la angustia que me estrangulaba. Dorogan fué a tenderse en la cama.

—¡Qué bien se descansa aquí...! ¡Está buena la cama...!

—dijo haciendo saltar su cuerpo sobre los resortes, para proseguir, diciendo:— Y sobre todas las categorías, por encima de las diversas capas de burócratas, de oficiales del Ejército Rojo, de funcionarios del partido y del soviét, hay una casta que ocupa una situación de privilegio escandaloso. Es una casta porque vive mejor que todos nosotros; gana bien, se nutre mejor, tiene preferencia en las raciones, en los zapatos, en la ropa. Ocupa las mejores viviendas; logra adquirir muebles, batería de cocina y hasta bicicletas para sus hijos o sus sobrinos. Son la casta privilegiada de la sociedad soviética. Y esta casta, querido camarada, es la policía de la N.K.V.D.

—¿Tanto...? —exclamé con asombro.

—En Rusia —continuó, soliviando la cabeza sobre la almohada— la policía soviética, la N.K.V.D., no es —como en los países capitalistas democráticos— una institución integrada por individuos que pertenecen a ella. En Rusia, la policía es una vastísima red de agentes, de espías, de delatores, de informadores, que lo invaden todo: la fábrica y las oficinas, los koljoses y los talleres, los cuarteles, los hoteles, las organizaciones culturales, el Komintern. La N.K.V.D. recluta sus agentes en todos los campos, en las más diversas actividades, en las más distintas categorías de individuos. Todo agente, sin excepción, recibe alguna forma de paga por el servicio que presta: aquél, tiene primacía en la ración del pan; éste, obtiene que se desaloje de la casa que él habita, al excesivo número de pobladores; un tercero, obtendrá puesto de portero en cualquiera de las casas de vecindad que administra la Organización Soviética de la Vivienda; un cuarto, alcanzará un mejoramiento sustancial del standard de vida de

su familia entera, si es que la hija bonita, hablando idiomas, se ofrece como prostituta a los extranjeros en los hoteles elegantes o en las fiestas donde acuden extranjeros.

Dorogan se sentó sobre la cama y bebió de nuevo obligándole a acompañarle. Se limpió la boca y se estiró, continuando:

—Todo está organizado de modo tal que la policía, esta casta tenebrosa y severamente controlada, viva mucho mejor que el resto de la población. Y todo está engranado en este régimen de modo que la población entera trabaje y entregue una gruesa parte de ese trabajo, para que los miembros de la vasta organización policial disfruten de un nivel de vida mucho más elevado que el resto de la población. ¿Te has dado cuenta de esto...? Además —añadió incorporándose— es inútil que te asegure que el total del partido bolshevique forma parte de la policía y trabaja, quiéralo o no, para la policía.

—¿Entonces tú también —insinuó— porque tú eres miembro del partido...?

—¿Y por qué crees que fui a denunciar tu visita a Andreiev? ¡Ah, querido camarada, somos cobardes, nauseabundamente cobardes! Lo soy yo, lo eres tú, lo son todos estos que soportan y se resignan. Y este era el pensamiento nuevo y regenerador con el cual soñábamos frente a la decadencia burguesa. Dime ahora: ¿quién es más decadente? ¿Ellos o nosotros?

—Pero estas preocupaciones filosóficas no tienen lugar a estas horas aquí —prosiguió sin dejarme responder a su interrogación— lo que debes saber, y lo que debe darte pena, es conocer que todo este gigantesco aparato policíaco, depravado y odioso, lo engrasan y lo mantienen con piltrafas. En Rusia, el Estado controla los alimentos, el vestuario, los cinemas, los sanatorios, las playas, los salarios. Y todo esto es un instrumento policíaco en sus manos. ¿Comprenderás la monstruosidad...? El siete de noviembre, aniversario de nuestra gloriosa revolución, querrás ver "Rigoletto" en el Teatro Bolshoi? ¿O la opereta "Rose Marie", no es verdad? ¿O, bueno lo que sea...? No, no podrás, porque todas las butacas están ya distribuidas por la N.K.V.D. entre sus más escogidos agentes en las fábricas. Tú, constructor del socialismo en un solo país, tendrás que esperar. ¡Espera idiota... alguna vez lo verás...! y si no ves el espectáculo, pues ¿qué más dá...?

Hizo un largo silencio y preguntó:

—Ahora ¿han visitado algunos koljoses, verdad...?

—Sí, hemos visitado hasta seis,

—Los más prósperos seguramente; pero ello no tiene mayor importancia. Habrás visto que en esos koljoses hay hasta media docena de personas, en algunos casos llegan a quince o a veinte, que son quienes distribuyen el trabajo haciendo en realidad de capataces, llevan las cuentas y actúan como los negociadores de

los productos del koljoz. En resumen: gentes que trabajan menos, los que tienen a su cargo una labor mínima, suave...

—Sí, efectivamente, comprobamos eso.

—Pues amigo mío, esa media docena o esa veintena de personas no solamente no intervienen en las faenas del campo y llevan una vida descansada, sino que se llevan la parte mayor de las utilidades del koljoz. Pero, no han llegado a esa situación de privilegio por méritos heroicos; están allí porque así lo quiere la omnipotente N.K.V.D., la policía sanguinaria de tu precioso camarada Stalin. Todos esos privilegiados son policías, son vigilantes, son delatores, son los tentáculos, los ojos y los oídos de la policía soviética en el koljoz y en la aldea. ¿Quién protesta...? ¿Quién murmura? ¿Quién dice que no estamos viviendo en el paraíso socialista bajo la mirada protectora de nuestro Caudillo Dilecto, el Super-hombre, camarada Stalin? ¿Quién? ¿Y dime tú, visitaron fábricas, verdad?

—Sí, las más importantes de la región de Moscú...?

—Pues allí pasa algo muy semejante. Los obreros pagan su cotización sindical cada semana; no hay uno solo que escape a este pago; es el impuesto más puntualmente pagado en toda la extensión de nuestras gloriosas repúblicas socialistas soviéticas. Y toda esta cuantiosa cotización, descontada en la ventanilla del pago semanal, vá a la caja del sindicato. Y de esta caja sale el sueldo de los camaradas dirigentes sindicales, de sus funcionarios, de sus ayudantes, de los que no prestan servicios en la fábrica propiamente, sino que dedican su tiempo a ocuparse del sindicato. ¿Sabes tú lo que quiere decir esto...?

Dorogan se incorporó al hacer la pregunta. Se reclinó de nuevo y siguió hablando:

—Pues quiere decir que esos, a ese precio, vigilan, espían, siguen, inventan, aterrizan a los trabajadores. Y tales dirigentes están donde están porque así lo ha dispuesto en su alta sabiduría la N.K.V.D. Para qué te voy a decir que esos dirigentes, funcionarios y ayudantes, disfrutan de un nivel de vida superior, del que no goza ninguno de los auténticos trabajadores de la fábrica; y no laboran como obreros, no producen, salvo el caso de que sea espía que vigila en el interior: en los tornos, en los telares, junto a los motores, a las fraguas, a los crisoles. También hay de estos: a millares... Y sólo por un poco de mantequilla, de jabón, de chocolate; por una ración más de chorizo o de jamón a la semana... ¡Barato, camarada, te aseguro que nadie organiza en el mundo una cosa como esta a tan vil precio!

—Bueno pero ¿los millones de obreros, las decenas de millones de la población entera, se dejan hacer como corderos...? pregunté despectivo.

—¡Ah... saltó el occidental! —exclamó Dorogan volviendo a incorporarse.— Saltó el prejuicio burgués y el pensamiento del mundo capitalista. Esto es lo que ustedes no entienden: en el mundo capitalista vas a proponerle a un obrero que haga de soplón en su fábrica y en más de noventa veces sobre cien recibirás un insulto en la cara; te denunciará ante los otros y, en el peor de los casos, pues se irá a otra fábrica donde le dejen ganar el salario tranquilamente y sin meterse a delatar a nadie. Y si mucho apura, pues si es más fuerte que tú, te atizará un par de buenos golpes que te quitarán la gana de hacer proposiciones.

—¿Y si así es allá, pues por qué no hacen algo parecido en Rusia? —pregunté por provocarle.

—Porque aquí, idiota, vivimos bajo un régimen socialista, estamos regentados por un gobierno soviético que administra sabiamente la Dictadura del Proletariado. Aquí, muy altísimo miembro del Komintern, el obrero que hace un gesto de descontento es privado del carnet sindical, de la tarjeta de trabajo, de la tarjeta de racionamiento... ¿Entiendes tonto? Se le priva del derecho a comer, del derecho a trabajar, del derecho a vivir. Aquí, el obrero soviético no puede cambiar de trabajo, no puede marcharse de una fábrica para ir a buscar trabajo en otra; no tiene siquiera la libertad de elegir el trabajo que le guste. No.

Y Dorogan se sentó sobre la cama, con el cabello alborotado.

—No, brillante faro de la Internacional Comunista en la América del Sur —exclamó haciendo un simulacro de reverencia— aquí los obreros somos esclavos; no nos queda sino un camino: aceptar lo que el gobierno soviético, lo que la N.K.V.D. impongan.

—En el mundo capitalista —dije por aguijonearlo— el obrero se declara en huelga.

—Y el mundo capitalista —asintió— con su policía, con sus tribunales, con sus leyes y sus parlamentos, te permite hacer huelga; te la reconoce como un derecho y hasta se dá el lujo de poseer una legislación sobre huelgas. Y abre discusiones y se arma la de Dios es Cristo, y los obreros pelean con los patrones, hasta que los patrones llegan a un acuerdo con sus obreros... ¿Verdad...? ¡Qué suave...!

—¿Y aquí qué...? —volví a decir con indiferencia, afectando una suprema ignorancia de lo que ocurría.

—¡Huelga dijiste, luminoso staliniano...! ¡Uy, pero qué manzana sería aquella. ¿Te imaginas las pistolas de la N.K.V.D.? Mil, tres mil, diez mil individuos abatidos con metralla y veinte mil, treinta mil, cincuenta mil, sus padres, sus hijos, sus mujeres, saliendo a pié hasta el círculo polar y al mar ártico y a las tundras heladas a dejar los huesos sobre la nieve? Nadie diría nada; el occidente se encogería de hombros, las estrellas viajeras

del Komintern continuarían pronunciando sus discursos contra los crímenes horribles del imperialismo yanqui, contra la piratería del imperialismo inglés, por la gloria y la grandeza moral del augusto y noble camarada Stalin. Y si algo se rumorease, pues los agentes del Komintern prepararían inmediatamente un Congreso en Defensa de la Paz en cualquier parte, saldrían los rublos convertidos en dólares, y artistas, novelistas, gentes que viven en el pentagrama, idiotas de todos los matices y pícaros que aman hacer turismo gratuito, pues irían a lanzar invectivas contra los crímenes del mundo capitalista y a loar la magnificencia paradisiaca de la patria socialista. Mientras tanto, nosotros nos podríamos aquí y pagamos todos los gastos... hasta el último kopek.

Dorogan se lanzó de la cama, de un salto, y se puso en pié abriendo estirados los dos brazos.

—¡Estupendo...! ¿No te parece...? ¡Huelga en el país del socialismo...! ¡Pero qué grandiosa idea la del brillante agente del Internacional Comunista en el lado del Pacífico de la América Meridional...! ¡Aquí... la dirección sindical es todopoderosa, como que forma parte integrante del acerado engranaje policiaco: dispone de todo lo que el obrero puede necesitar: de las viviendas y de la ración de carbón; de la comida y de los sanatorios; del salario y de la calificación de la calidad del trabajo; de las maternidades y de las vacaciones; de la escuela para tus hijos y de las vitaminas para tu madre achacosa; de todo, entendiéndolo bien... tonto... de todo... ¿comprendes? Y así, en el país del socialismo, cada obrero está cogido dentro de un engranaje cuyos dientes lo exprimen, lo estrujan, lo trituran. Y lo peor, lo más degradante... cada obrero sabe conscientemente que está vigilado, que le siguen, que le espían; y así le hacen sentirse más esclavo aun y le prueban que, además de esclavo, es impotente y es cobarde. ¿Qué tal nuestro socialismo camarada...?

—Pero —sugerí— el gran mal del sistema...

—El gran mal —replicó Dorogan sin dejarme proseguir— es que se ha tomado en cuidadosa consideración que “el motor de la sociedad es la lucha de clases”, que dijera Carlos Marx, y se ha olvidado por completo que el gran motor del hombre individual, del hombre parte fundamental e integrante de la sociedad, es el anhelo de ser algo más, de superar sus presentes condiciones materiales y espirituales de existencia, por otras mejores para él mismo y para los que le son queridos. Han olvidado ese invencible y vital instinto biológico, que es también potencia racional y fuerza espiritual, que es el amor del hombre por sí mismo, por su vida, por su porvenir, por la vida y el porvenir de los hijos y de todos aquellos a quienes todo hombre se siente atado por ligaduras indisolubles. Le quisieron amputar su egoísmo

mo instintivo y vital y se vieron forzados a colocar en vez de este motor, el otro, repugnante y envilecido y envilecedor: la policía, el terror, el espionaje, la permanente amenaza de los campos de concentración.

—Pero, es que será hasta que supriman la división de los hombres en clases antagonicas... —repetí con simulación maquiavélica y espontánea.

—¡Por favor... pero por favor...! —exclamó Dorogan— no vengas a estas horas a repetir como un disco las frases teóricas, que has repetido tantas veces ante la boca abierta de los camaradas comunistas y simpatizantes... ¡Mira los hechos, con los ojos abiertos: míralos, analízalos y júzgalos...! En la Rusia de hoy es probable, es seguro, casi seguro en absoluto, que han sido ya suprimidas las clases: no hay señores feudales, ni hacendados, ni clase burguesa, ni capa social dueña de los instrumentos de producción. ¡No amigo... no! Todo ha sido socializado; no hay más clases como en tu mundo capitalista... pero, mira bien que esas clases han sido reemplazadas por algo peor... por castas... Las castas de los que mandan y las castas de los que obedecen sin chistar... Hemos regresado a una época más primitiva, es mejor decir más primaria; hemos retrogradado...

Se limpió la boca con el revés de la mano y prosiguió con acidez:

—Entre los trabajadores, a estas horas, hay diecisiete categorías, que son otras tantas castas: ellos viven según su casta, tienen o no tienen jabón según la casta en la que están encasillados, comen o no comen un trozo de mantequilla a la semana según la casta a que pertenecen, mastican pan blanco o engullen pan negro vinagre en concordancia con la casta que les asignó el sabio régimen stalinista. Y aquí, mi viejo camarada, como en la India, hay marajás y hay intocables; sacerdotes que gozan de la gracia del Buda viviente y réprobos que están en la escala zoológica por debajo del caballo y del cerdo... ¿Qué tal tu supresión de las clases sociales...?

No sé cuánto tiempo duró el silencio entre nosotros. Era como si Dorogan lo prefiriese pleno y sostenido, para percibir algún ruido exterior, para indagar si le atisbaban, si alguien más que yo escuchaba aquellas blasfemias que le habrían conducido instantáneamente a los sótanos de la "Lubianka".

Yo pensaba en la dura crueldad de sus palabras y en el terrible realismo que ellas expresaban. Su crítica no teorizaba en efecto; se circunscribía a mostrar, a descarnar, a exhibir hechos irrefutables.

Y entonces pude ver con nitidez que, a la luz de esos hechos históricos y palpables, no se trataba solo de un mal del régimen stalinista, de su concepción inhumana, de su policía, de sus medidas drásticas, de su incapacidad para abarcar y comprender en

su integridad la condición humana, sino que se trataba de algo mucho más profundo, más trascendente; de algo que sentía imprescriptible, consustancial con la vida misma del ser humano: era toda la concepción del sistema bolsheviqueí; todo su sentido extra-humano; toda su racionalidad técnica, helada, implacable y, no sólo ajena al hombre, sino además, contraria al hombre.

No era, —y estaba claro en aquel momento—, como creía Maruccci en Madrid y como lo creía también yo entonces, de acuerdo con él: no era que Stalin y su criterio georgiano asiático, habían deformado la concepción leninista; era que la idea capital de la dictadura, de la supresión de las libertades políticas, de la abolición de los derechos humanos, de la dominación de una clase, de un sector, de un grupo o de un clan, sobre el resto de la sociedad, conducían, con destino inexorable, a ese mismo punto de envilecimiento, degradación y criminalidad a que había llegado el régimen de Stalin. Stalin era, en consecuencia, no un autor de tal perversa monstruosidad, sino el mero ejecutor de un plan que se desarrollaba conforme con su propia esencia y con una lógica implacable; no era el creador del horrendo drama, sino tan sólo su cínico intérprete; aquella carrera de lobos famélicos no sería contenida entonces por paliativos ni por accidentes; ni por acuerdos o cambios de orientación, o por caída o desaparición de tal o cual personaje protagonista; lo esencial era allí —como en mi pobre país también oprimido— una cuestión de libertad humana, de elevación y triunfo de la dignidad del hombre, de apertura plena ante el individuo de la posibilidad de conquistar su libertad y de vivir sin sobresalto ni angustia, bajo su amparo.

Había durado la pausa un lapso que adquirió pesadez. Dorogan tenía clavados los oídos en el corredor, a través de las rendijas de la puerta. Quizás tenía miedo. Puede ser que los dos lo tuviésemos sobre nosotros, asfixiándonos como una atmósfera atosigante.

Como si regresase de una localidad abstracta y oscura, tal vez con el ánimo de provocar su análisis tenaz sobre otro punto, dije despacio.

—Comprendo, es claro, que en muchas cosas tienes razón; quizás en todas... pero, poco a poco, la Constitución Staliniana...

—¡Jajá... jajá... já...! —clamó Dorogan en voz baja, ahogando su carcajada de simulación y de burla—. Pero... ¿qué cosas le estás contando a tu amigo, queridísimo camarada del Perú...? ¡Alicia en el país de las maravillas...! Pero qué ingenuidad más estúpida. ¡Cómo les engañan con una farsa escrita en papeles! Mira una cosa, bobo: bajo el régimen zarista había elecciones y los príncipes, los boyardos, los funcionarios y caciques de aldea, hacían trampa; imponían elecciones fraudulentas. Pero nadie, ¿entiendes bien...? nadie en el mundo, ha idea-

do y ha realizado un fraude mayor que el de las elecciones rusas bajo la Constitución Staliniana. En tu mundo capitalista tienes la posibilidad de votar en pro o en contra, de gritar contra la trampa, de decir que no, por lo menos. Aquí, bajo el régimen socialista, bajo la Constitución más avanzada y progresista del mundo, no tienes sino un camino, uno solito, sin alternativa: tienes que votar por la lista única; la que está integrada por los candidatos que presenta el partido, después que ella ha sido revisada por la N.K.V.D. Piensa bien que no tienes posibilidad de votar contra la lista única, ni de cambiar los candidatos allí inscritos. Quizás podrías votar en blanco... ¡ah...! pero buscarán y buscarán hasta descubrirte si es en la aldea. Y allí donde aparecieron varios o muchos votos en blanco pues se diezmará a la población; realizarán lo que en el lenguaje político de la N. K.V.D. se denomina "la limpieza política". ¡Toma...! ¡Te la regalo tu milagrosa y progresista Constitución Staliniana! ¡Puedes regalarla a los dictadores de América Latina!

—Pero luego circulan en el mundo —objeté intencionalmente— las declaraciones oficiales, las del partido bolshevikue, las de la Internacional Comunista, afirmando que se han realizado las elecciones más democráticas del mundo, con un índice insignificante de abstención.

—Sí, lo sé, esas son las declaraciones —replicó con desprecio—. Pero ¿has tropezado en tu vida con algo más groseramente mentiroso, más abribonado y cínico, que las declaraciones soviéticas o las afirmaciones o negaciones comunistas? Hemos caído demasiado bajo, amigo mío; mucho más bajo de lo que imaginamos, tú, yo, sí, los dos y todos los comunistas que comprenden esta situación. Mentimos, sin el más mínimo respeto por la fé de las gentes; les engañamos, ayudamos a retocar la farsa, llevamos a cuestras el agua que necesita el molino del cinismo, de este asqueroso cinismo que se ha hecho parte de la idiosincracia del hombre soviético; cinismo que se ha incorporado a su psicología, que le da fuerza para sostener como verdades las más indecentes bellaquerías, sin que la sangre se le suba a la cara, sin que se le caiga el rostro de vergüenza.

Se calló, encendió cigarrillos, apuró su vaso y siguió hablando como si fuese su postrera oportunidad.

—Los ciudadanos soviéticos, principalmente los comunistas, nos hemos vuelto impúdicos hasta el asco. No tenemos esa vergüenza que sí se tiene en el occidente, para decir mentiras. Es claro que, al otro lado, mienten, tratan de engañar, cuentan cuentos. Pero sólo hasta cierto límite; cuando llegan a él, cuando la mentira se hace demasiado burda, cuando sienten que tienen que pasar de la mentira al cinismo, pues prefieren detenerse; les dá pudor, sienten vergüenza. Aquí no, amigo mío, y esta es una de las realizaciones morales o amorales del régimen socialista. Aquí

se miente groseramente, se sostiene la mentira hasta el fin, suceda lo que sea; hemos llegado a la apoteosis del cinismo; estamos superando a los nazis, como cínicos; los soviéticos y los comunistas somos los virtuosos del cinismo.

—Está amaneciendo —le dije, mirando el alba blancuzca de Moscú, con un cielo grisáceo y claro— hemos hablado largo y tu charla me ha hecho mucho bien y mucho mal.

—Me interesan tus reacciones psicológicas —dijo Dorogan— pero mucho más que esto tenga algún efecto afuera; que se diga todo esto y que la gente honrada no apoye esto, que no le dé el calor de su fé, ni de su adhesión. Y que tú y los hombres como tú se pongan frente a frente a la realidad, es decir a su fracaso. Porque, eso sí, querido camarada, hemos fracasado. Soñamos fundar el socialismo y no hemos hecho sino colaborar en la creación y sostenimiento de un régimen que no tiene corazón. ¡Mira bien...! Nos lanzamos a realizar una revolución sangrienta para liberar a la Humanidad y hemos sometido a los trabajadores al más infame y duro de los yugos. ¿Qué somos los comunistas? Responde con limpieza en el corazón, camarada, y tu respuesta será igual a la mía: los comunistas somos, aquí y fuera de aquí, los bienhechores del mal; hemos tomado una ideología romántica, sedienta de justicia, henchida de generosidad, y hemos fabricado con ella el collar y el bozal de perro que le hemos puesto a la clase trabajadora: en Rusia y en todo el mundo. Porque hemos abozalado a los trabajadores, amigo mío, les hemos desplumado las alas. De seres libres los hemos convertido en instrumentos dóciles, serviles, oportunistas y pícaros. Porque el que se vuelve mentiroso, farsante y cínico al final, pues es un pícaro. Y eso somos, aunque te dé vergüenza, la mayoría de los comunistas, en especial los que tienen en las manos el pandero.

Avanzó hacia mí, me tomó los dos hombros, me sacudió con fuerza y exclamó:

—¿Es así o no es así...? Es muy duro, pero es la tremenda verdad. Los comunistas somos los granujas más cínicos desde los Borgia; quizás desde más atrás: desde los que condenaron a Sócrates a beber la cicuta. Insurgimos como los héroes de la libertad y hemos resultado los más diestros artífices de la esclavitud.

Se sentó, hundió su cabeza entre las manos, resopló y dijo, casi con un lamento desesperado.

—Los comunistas le hemos puesto al mundo una bomba explosiva bajo el trasero... ¡Mira a los campeones de la paz y de la libertad...! Y estamos aguardando a que lo haga volar en pedazos, para proclamar la implantación del socialismo... sobre los pedazos. ¡Qué grandísimo asco, mi viejo! ¡Qué gigantesco fracaso...!

Se calló con la cabeza hundida en el pecho y los brazos colgando. Me dió lástima; estaba sollozando. No sabía qué decir.

—¡Ya veremos... siempre hay esperanza...! —murmuró— después de lo de España, tal vez.

—¿España? —interrogó alzándose furioso— ¿Guerra de liberación? ¿Trinchera de la libertad del mundo?... ¡bazofia... ruindad...! España sólo ha sido y sigue siendo el campo de experimentación de nuestras armas. Casi llorando me lo ha dicho mi Aliosha. No hemos empleado allá ni una sola de nuestras mejores armas: las hemos ido probando de una en una; las peores primero, las mejores después. Y las que han dado resultados pues las hemos retirado inmediatamente. Eran sólo para la prueba. ¿Y quieres saber más...? Pues sábelo y vomita de asco. La guerra en España está perdida; en los altos círculos ya lo saben; saldrán millares de ex-combatientes españoles y de otras nacionalidades hacia Francia. ¡Y admírate y póstrate de rodillas ante el Gran Stalin...! Rusia no les dejará entrar a la tierra socialista; les cerrará la puerta en las narices, les pondrá cerrojo a sus fronteras para no dejarlos pasar, como si fuesen enemigos. ¿Qué tal...?

—Pero eso no puede ser; sería un crimen; Francia los internará como si fuesen prisioneros. Y les harán pasar las de Cain.

—Sí, y más adelante, tu padrecito Stalin dirá que les peguen tiros en la nuca porque perdieron la guerra de acuerdo con los fascistas.

Hizo un largo silencio y preguntó:

—Pues bien ¿hemos fracasado... sí o no? —e inmediatamente sin tomar aliento casi continuó— no, no me digas nada; sé que te dará pena. Mejor no digas nada.

—Pero, mira Dorogan —dijo con acento persuasivo— en el momento, lo más claro es la perspectiva de la guerra; dentro de seis meses, de un año o de dos, estallará la guerra. Alemania se lanzará contra la Unión Soviética. Dime entonces ¿cómo vas a salir atacando al régimen soviético, porque Stalin es un asesino...? es decir, ¿nos vamos a poner al lado de los fascistas...?

—No hay duda que Stalin tiene suerte —sentenció Dorogan— se ha encontrado su Hitler, que le resulta un verdadero sostén: el uno se apoya en el otro: qué par de bandidos... Y... ¿sabes una cosa?

—¿Cuál...?

—Eres el tercer extranjero con quien hablo de esto, y los tres me han hecho la misma objeción.

—¿Y qué dices entonces?

—¡Nada... no hay nada que decir; deplorarlo, tener vergüenza de ser tan cobardes. Pero... quizás la guerra, tal vez,

puede ser...! No debo perder mi fé en el pueblo ruso ¿no es cierto?

—Así creo.

Y pasó un largo rato sin que habláramos. Para romper el silencio le pregunté:

—¿Dónde está Anetka, la pelirroja...?

—¡Ah, Anetka, la gorda, tan alegre... la fusilaron...!

—¿Y aquel coloradote, tragón, que decía hablar francés como una vaca rusa? ¿Ese que tuvo una intervención tan interesante en la conferencia del acero?

—¡Ah... si, si...! Isaac Rogachewsky, director general de la industria de Zaporoshe... lo mataron, lo fusilaron.

—Y aquel viejo judío argentino del Socorro Rojo Internacional, secretario de la Stassova.

—¡Ah, Vessnik...? Lo llevaron una noche a la cárcel; lo sacaron desnudo en invierno y le dió una bronconeumonía. Murió, dicen que falleció ya en el campo de concentración.

Y así repasamos una larga lista, hasta que comenzó a circular la gente en el Hotel Lux.

—Me voy —dijo poniéndose el abrigo— me voy, guárdame mis cosas; no se las vayas a regalar a Bielov... Me voy al cuarto de mi hijo, para salir con él. ¡Adios, ya nos vemos...!

Y se marchó cerrando la puerta. Me lavé apresuradamente para salir a esperar el ómnibus que debía llevarme al Komintern.

AUTENTICA QUINTA COLUMNA

EL KOMINTERN enfocó temas de América Latina, en sesiones sucesivas. La realización del Frente Popular en Chile, los avances y la influencia ascensional en Cuba, la conquista de ventajas en Costa Rica, las profundas penetraciones extra-partidarias en México, el retroceso en la Argentina y Uruguay, las posibilidades en el Perú, Colombia y el Ecuador. Brasil figuró en la agenda con el agregado de "auto-crítica" pero la cuestión no fué puesta en discusión jamás. De otro lado, se me había impuesto el compromiso de no pronunciar una palabra sobre el desastre insurreccional, sobre sus elementos causativos y sobre sus desdichadas consecuencias. Toda mi voluntad estaba puesta al servicio del severo cumplimiento del compromiso, ya que la más leve vacilación en su observancia encendería de nuevo los fuegos de la cólera de Manuilsky, convirtiéndome en guiñapo de la Lubiánka y en papilla sanguinolenta en los dedos de la N.K.V.D. Con la pertinacia que fluye de la cobardía del anhelo de conservación, taponaba la denuncia que gritaba en mí, mostrando el envilecimiento cínico a que había sido reducida la democracia dentro del Partido Comunista y la independencia de criterio dentro del Komintern. Aquel pensamiento comunista que me había traslucido, se hallaba transvertido en la Patria Socialista en un pensamiento tan rígidamente regimentado como el que imperaba en las filas nazis. Comprendí que la reforma regeneradora en la que creía y esperaba, no era sino el pobre anhelo subjetivo, que se tornaba no sólo impracticable, sino hasta inconfesable.

A través de las sesiones sucesivas, ora en forma velada y sutil, ora bruscamente, fué dibujándose el Camino de Yenán como directiva. Jorge Dimitrov presidía, pero Manuilsky llevaba la voz cantante, cargando agudamente el acento contra las opiniones surgidas a través de la discusión, que no se acordaban estrechamente con las directivas elaboradas por el comando del Komintern. Kuusinen, Gottwald, Pieck, Togliatti, no estaban allí sino para reforzar las opiniones de Manuilsky, que, en estricta verdad, eran órdenes.

El tema capital fué el de la inminencia de la guerra; el tremendo y monstruoso peligro nazi; la amenaza mortal contra la Patria Socialista y contra toda la Humanidad avanzada y progresiva... como lo había dicho el gran camarada Stalin. Cada comunista quedaba convertido en un soldado defensor de la Patria Soviética, donde quiera que se encontrase; en un defensor aguerrido del régimen que sabiamente dirigía el genio admirable del magnífico forjador del socialismo, camarada Stalin.

—Hay que acercarse más a los radicales en Chile, a Batista en Cuba, a Cárdenas en México —sentenció Dimitrov— se han realizado avances, sobre todo en Chile, pero es imperativo avanzar más.

—Y en cada paso de acercamiento, lo esencial para nosotros —reafirmaba Manuilsky— es penetrar, conquistar posiciones, adquirir preponderancia. En América Latina —añadía— hay dictadores que atropellan todo derecho democrático, generales que son "seigneurs de la guerre" que se lanzan sobre el poder; sentándose sobre su Constitución. Si son fuertes, pues hay que pensar, camaradas, que no estamos inevitablemente condenados a luchar contra ellos, si es que ofrecen al Partido, como ha sucedido a menudo, algunas ventajas y posiciones. Vale más un camarada en el Parlamento o varios en algunas Alcaldías, que algunas decenas o centenares en las cárceles.

Los traductores repetían con frecuencia que sus palabras eran fiel y controlada expresión de las del camarada Manuilsky, con la idea clara de esfumar de aquella reducida audiencia toda nube de duda. No obstante mi larga conversación con los camaradas chinos, caía por lapsos breves y cortos en el asombro, en el espanto que me producía la caída desde las cimas de la doctrina proclamada hasta los pantanos del Camino de Yenán.

—Si hay libertad de prensa para todos o sólo para algunos; si hay o deja de haber tolerancia para la oposición, si los electores pueden o no elegir libremente, son cuestiones que, por sí solas, no deben decidir de la actitud del Partido. No somos meros liberales, ni vamos a empeñarnos en combates románticos por la libertad... Basta ya —exclamaba Manuilsky— de estar pensando toda la vida en la lucha contra los dictadores en América Latina, contra sus esbirros y sus queridas. Hay que aplicar una política más realista; hay que hacer política con menos ingenuidad.

Quizás, puede ser —prosiguió Manuilsky— que ese gobernante llegue a solicitar nuestro apoyo. Hay casos... muchos casos, camaradas —insistió sonriendo burlescamente— en que es conveniente otorgar ese apoyo, con habilidad, sin escandalizar a la masa... —y como si imaginase o se diese cuenta de que en la sala había quienes se sentían escandalizados, acentuó con energía— algunas veces, los obreros murmurarán un poco al comien-

zo, mal aconsejados por nuestros enemigos. Nuestra habilidad debe consistir en arrancar para ellos algunas ventajas, que deberá concederlas el gobernante o el "seigneur de la guerre" triunfante. Si por intermedio de los comunistas, los sectores más influyentes del proletariado reciben algo, pues quedarán agradecidos y no murmurarán.

Adquirí la concepción lúcida de que las directivas de Manuilsky, que eran ya del Komintern, eran grandes flechas que señalaban el Camino de Yenán. Y a cada nueva directiva sentía acrecer la distancia que nos separaba de las críticas, los análisis y las doctrinas proselitistas. En una de las sesiones postrimeras, Manuilsky pronunció una encendida oración, la que —según lo proclamó— constituía la esencia misma de las directivas adoptadas en aquellas reuniones.

Lo que constituye el alma misma de la estrategia de los Partidos Comunistas —dijo exclamativa y enfáticamente— es la defensa encarnizada de la Unión Soviética. No podrá haber en el mundo dos políticas, entre las cuales elegir: no habrá sino una: la política de Stalin. Y ningún comunista podrá propiciar ni defender otra que no sea esta. ¡Que se defina bien claro y que cada uno de vosotros lleve siempre esta orientación esencial, como un talismán, cuidándolo como a la niña de sus ojos...!

El silencio era cabal en el recinto. Lo rompió el delegado chileno Galo González, para interrogar con ingenuidad:

—¿Y si atacan a la Unión Soviética... camarada?

—¿Lo preguntas aún...? —interrogó Manuilsky— No es sólo si la atacaran; no hay que eliminar la posibilidad de que la Unión Soviética se vea obligada a librar acciones preventivas para defender sus fronteras y evitar la guerra. En tal caso, el deber de los comunistas es luchar por la derrota del capitalismo en su propio país y por la derrota de su propia burguesía... Ahora, si atacasen a la Unión Soviética y ese atacante, pongamos un ejemplo, estuviese en América, pues los comunistas chilenos y todos los de América, estarán obligados a crear las peores condiciones posibles a los movimientos del agresor, a fin de favorecer el triunfo de la Patria Socialista. No habría que reparar en medios, ni en procedimientos. Habría que golpear sobre los centros fundamentales de producción de materias primas y esenciales. Habría que desorganizar las comunicaciones todos los días; no producir, hacer lenta la producción y el embarque de materiales. Y sería —esto es siempre un ejemplo— imprescindible, desencadenar entonces una ola de terror tan amplia y violenta que infundiese temor.

Manuilsky hizo una pausa, bebiendo algunos tragos de agua, para continuar con mayor energía aún.

—Será necesario organizar bandas de guerrilleros, armarlos, proveerlos de municiones, lanzarlos sobre los puertos, sobre

los pozos de petróleo, incendiándolos, y sobre los centros vitales del país. Y esto —exclamó con fuerza— hay que pensarlo y hay que ejecutarlo, sin vacilaciones, sin miedo, con el pensamiento puesto en la Patria Socialista y con la conciencia de que cada comunista no es sino un soldado de la Unión Soviética y cada Partido Comunista, un destacamento avanzado que lucha en la zona enemiga por el triunfo aplastante de la Unión Soviética y por el triunfo del socialismo.

Kuusinen y Pieck, lo mismo que Gotwald, se pusieron de pie y aplaudieron frenéticamente cuando Manuilsky terminó su allocución. Seguimos los demás, hasta que la ovación del pequeño grupo se hizo cerrada.

Manuilsky presionó con las yemas de sus diez dedos el cristal de la mesa y subrayó:

—Y esto es válido para hoy y para mañana, para dentro de diez años, hasta que la Unión Soviética haya aplastado el último foco enemigo.

En las sucesivas reuniones se trató de lo que se denominaban cuestiones tácticas y del estilo en el trabajo.

—La Internacional Comunista —dijo Dimitrov en una de las reuniones —no ha alcanzado éxito pleno en su propósito de constituir a través del mundo grandes partidos de masa. Solamente en Francia y recientemente, después de los éxitos que se han obtenido, en Chile, también en Cuba y, a favor de la candencia determinada por la guerra civil, en España, ha sido factible crear movimientos importantes de masa. En el resto del mundo nuestros camaradas no han tenido éxito, o los han tenido demasiado pobres, o los fracasos han sido mucho más grandes que los éxitos, como en nuestro partido hermano de Alemania.

—Perdón, por favor, una interrupción —gritó Wilhelm Pieck— es mi deber no dejar pasar un juicio tan sumario sobre Alemania y sobre el partido comunista alemán.

Dimitrov intentó rectificar; Manuilsky intervino para restar importancia a la afirmación hecha por Dimitrov, pero Pieck estaba colérico; se agitó furioso, se desabrochó el cuello de la chaqueta militar que llevaba y exclamó a gritos:

—No puede aseverarse eso después que el partido comunista alemán se sacrificó hasta la última gota de sangre, por salvar a la Unión Soviética de la destrucción. Sí, ya es hora de decirlo aquí ante todos estos camaradas, porque estamos hartos de oír que el Partido Comunista Alemán no luchó, que se entregó sin combatir, que se rindió sin luchar. Todo eso se hizo para que no estallase la guerra civil en Alemania. Aquí se temió que si estallaba la guerra civil, intervendrían las potencias occidentales y entonces llegarían hasta las fronteras soviéticas u obligarían a la U.R.S.S. a intervenir. Por eso no luchamos.

—¡Estas diciendo necedades, Pieck! —gritó Manuilsky, quien se había puesto de pié, junto con Kussinen, Gotwald y los demás.

—Tú sabes Manuilsky que no estoy diciendo necedades. La Internacional Comunista, tú, desde el Komintern, ordenaron el sacrificio del partido comunista alemán. Moscú ordenó que nos entregáramos, gritó Pieck frenético.

—Te callas Pieck —decía Manuilsky— Wilhelm, por favor, ten calma —decía Gotwald— ¡Siéntate...! —ordenaba Kuussinen, tomándolo del hombro.

—No, no... yo tenía necesidad de declarar esto, aquí, ante estos camaradas —dijo Pieck con voz más calmada— porque se nos abruma ya con las preguntas: ¿Por qué no combatisteis...? ¿Por qué no pegasteis tiros...? ¿Por qué los alemanes no hicisteis como los españoles? ¿Sois la vergüenza del comunismo mundial... os entregasteis a Hitler como carneros, para que os acusara de incendiarios...!

—Ruégole que se siente y se calle, camarada Pieck, dijo con gravedad Dimitrov.

—Por favor, cállate Wilehlm, decían Gotwald y Kuussinen.

—No creo que sea delito hablar ante camaradas responsables, sobre el enorme sacrificio alemán —exclamó Pieck con la voz cortada por la emoción— sobre lo que se le obligó a hacer para salvar a la Unión Soviética de la posibilidad de una guerra.

Luego, volviéndose hacia nosotros, exclamó:

—Los alemanes, no somos cobardes camaradas; no somos indignos de sentarnos a la misma mesa que los comunistas españoles o que los comunistas chinos. Se ha dicho que Hitler había minado nuestro partido comunista alemán y que, por esto, caímos sin combatir: ¡Esto no es verdad...! ¡No es verdad...! gritó con todos sus pulmones.

Manuilsky increpó al dirigente alemán, llamándolo irresponsable. Kuussinen preguntó colérico:

—¿Debemos pensar en la posibilidad de una provocación... camarada Pieck?

Como numerosos delegados estaban de pié y como Pieck proseguía gritando en alemán, Dimitrov declaró que suspendía la sesión.

Sólo dos días más tarde fuimos convocados a reunión. El primero en hablar fué Pieck, para decir que se había extralimitado en sus declaraciones, que ellas adolecían de ligereza culpable y que los delegados debían olvidar aquel incidente.

—Y no hacer comentario alguno sobre él, dijo autoritario Manuilsky.

—Debéis prometer aquí que no diréis nada de esto en vuestros países —dijo Dimitrov— a nadie en absoluto; ninguna alusión. ¿Aceptado?... ¿de acuerdo?

—De acuerdo, respondimos.

Dimitrov inició su intervención sobre la táctica y el estilo del trabajo.

—La táctica que debemos desarrollar, con más y más fuerza, es la que tiende a obtener que las realizaciones fundamentales y de mayor importancia, no sean ejecutadas por comunistas sino por nuestros amigos, por nuestros simpatizantes, por los aliados del partido. Las experiencias que arroja el Frente Popular han sido riquísimas en este orden. Un aliado trabaja por la Unión Soviética, muchísimo más eficiente y eficazmente que un comunista.

—En el futuro —intervino Manuilsky— a medida que crezca el poderío de la Unión Soviética, crecerá la aversión hacia los partidos comunistas. Por esto es necesario que practiquen la táctica del repliegue. No actuar en primer plano; dejar actuar a nuestros amigos. Hay que tener presente siempre, que un simpatizante, por lo general, vale más que una docena de comunistas militantes. Un catedrático de Universidad que, sin ser miembro del partido, se presta a servir a la Unión Soviética, vale más que cien comunistas que pegan carteles. Un escritor de renombre, un general retirado, un profesor universitario, valen más que quinientos pobres diablos que no saben más que recibir porrazos de la policía. Todos tienen su valor, su mérito, su cotización. Pero, no hay que introducir confusiones sentimentales: no basta ser miembro del partido comunista y tener un carnet, para tener mayor valor. El escritor que no es miembro del partido y que defiende a la Unión Soviética, el dirigente sindical que no está inscrito en nuestras filas, pero que defiende la política internacional de los soviets, vale seguramente más que mil carnets.

Se llegó a escuchar, en la silenciosa y larga pausa, hasta el movimiento de las manecillas del reloj de pared. Habló a continuación Dimitrov:

—Los que no son miembros del partido y que no están catalogados como comunistas, gozan de mucha mayor libertad de acción. La actividad disimulada, que no despierta resistencia, es muchísimo más eficaz que la desarrollada frontalmente por los comunistas. El partido comunista en el mundo entero debe aprender la lección de la guerra de España, donde se ha comprobado la penetrante eficacia de la Quinta Columna. Es preciso aprender esta magna lección de la guerra contemporánea. Que nuestros amigos se encarguen por nosotros de desorientar al adversario, de propagar lo esencial de nuestras directivas, de movilizar en favor de nuestras campañas a gentes que no piensan como nosotros y a quienes probablemente los comunistas no movilizaríamos jamás.

—En la aplicación de esta táctica —prosiguió hablando Dimitrov— hay que utilizar a todos los que se acerquen a nosotros. Y el número aumenta cada día y las causas del acercamiento se multiplican. Hay quienes vienen a nuestro lado por romanticismo, por amor al peligro, por espíritu de aventura; estos son principalmente los jóvenes. Hay quienes llegan por influencia literaria, por vanidad intelectual, espontánea o excitada, y a veces por sana emoción ante el dolor de la gente, por anhelo de mejorar la suerte de la Humanidad. Tenemos también los que se acercan más y más y en mayor número; los audaces, los ambiciosos, los políticos cuya situación se torna precaria y que necesitan un respaldo; los hombres que quieren subir y que carecen de escalera; los que desean y tienen necesidad de salir a la luz pública y que se dan cuenta que los comunistas podemos servirles para limpiarles los caminos, hacerles propaganda y ponerles la escalera.

—Les pondremos la escalera hoy, para quitársela en el momento que a nosotros nos convenga —dijo cruzándose Manuilsky— y les serviremos llevándoles la luz por delante para alumbrarles a fin de que no se vayan de bruces, pero para apagarla y dejarlos en la oscuridad, cuando nos convenga.

—Si se portan bien, si su conducta es servicial —dijo Kuusinen— no habrá para qué hacerlo.

—Hay millares de personas, que se harán millones —sentenció Dimitrov— a quienes podemos atraer y domesticar. La aplicación de la política de los Frentes Populares ha demostrado que es mucho más fácil de lo que imaginábamos los comunistas, domesticar a los pequeños burgueses y a ciertos sectores burgueses, y hacerlos que nos sigan con docilidad. Hay millones de personas amargadas, hinchadas de protesta contra algo, angustiadas y con la esperanza rota. Gentes que están hartas de lo mismo. Les mata la repetición y quieren cambiar. Aspiran a algo que no saben lo que es, pero anhelan que sea nuevo, emocionante, con mucha esperanza. Hay millares y millares que no saben ni dónde están, ni qué quieren, pero que desean, por lo menos, cambiar de postura.

—¿Y hasta dónde podemos llegar, socialmente hablando? —preguntó el delegado cubano que se hacía llamar Pérez.

—Si en la Sociedad existiese el infinito, pues habría que ir hasta el infinito, respondió Dimitrov.

—Hay que avanzar más allá del punto a dónde hemos llegado en Chile —dijo Manuilsky chupando la pipa que había encendido— es preciso explotar mucho más aún la codicia de los políticos de izquierda, o de cualquier político que sin nosotros no pueda llegar a donde quiera. Hay que trabajar más y más con políticos que no tienen fuerza electoral, que tienen necesidad de votos y hasta de auditorio: ofrezcámosles auditorio, otorgué-

mosles aplausos, démosles votos. Ellos están dispuestos a vender su alma al diablo... ¡bon marché...! y nosotros se la compramos. Hay en América Latina numerosos generales ambiciosos, que están dispuestos a darnos senadurías y diputaciones y alcaldías, a designar a nuestros camaradas Consejeros del Seguro Social, de los Tribunales del Trabajo de los Consorcios estatales, constructores de viviendas populares, nada más que a condición de que no les hagamos la guerra, de que no combatamos su política y de que les otorguemos nuestro apoyo... y nuestros votos.

—Hay Generales, camarada —intervino durante la pausa el obrero cubano— que no necesitan votos; saben cómo subir al poder sin ellos...

Una cargada saludó la interrupción del camarada "Pérez". —A los que no necesitan votos —respondió Manuilsky sin turbación—, a los que se imponen metiendo presos a sus contendores, expulsando del país a sus críticos, golpeando a los que se les ponen en el camino, pues a esos les conviene siempre nuestro silencio... ¡El silencio es de oro...! se dice, y en estas condiciones, el nuestro lo valdrá, sin duda. Los generales no querrán que los obreros digan nada y tampoco que nosotros digamos algo a los obreros...! —añadió con intención y sonriendo, picaresco e insinuante.

Con su voz suave intervino abemoladamente, el camarada Kussinen.

—Hemos de utilizar a muchas gentes extrañas a nosotros y a nuestros designios. No sólo a gentes que estén de acuerdo, en algunas cuestiones con nosotros, sino a muchos que nos profesen reconcentrada antipatía... sí, pero que sean capaces de comprender que podemos serles de utilidad para sus planes, para sus ambiciones personales, para sus enconos o sus intereses políticos, sindicales, literarios, o de otra clase. Si tenemos habilidad para trabajar con esta gente, ellos serán quienes asuman después la propaganda y la defensa de la política soviética, que es lo que importa, queridos camaradas; porque, hay que entenderlo con claridad, no hay más política comunista que la política soviética.

—Llega el tiempo, camaradas, —expresó Manuilsky— en que debemos cultivar cuidadosamente la amistad de figuras y personalidades: militares y pintores con renombre, escritores y dirigentes sindicales, en auge o quebrados; músicos y escultores que hayan conquistado alguna fama, artistas del teatro y del cine, figuras sobresalientes y populares del deporte. Estos elementos llegan a valer mucho más que varias docenas de militantes abnegados. En México, por ejemplo —afirmó Manuilsky golpeando su pipa sobre la palma de su mano— es mucho más útil y presta servicios mucho más eficaces Lombardo Toledano y sus

amigos que no son miembros del partido, que todo el comunismo mexicano amontonado. En Hollywood tenemos gente que trabaja admirablemente por la Unión Soviética, y esto lo sabe bien el camarada Browder. En el Brasil, hay un grupo de pintores y escritores que nos prestan valiosísimos servicios, sin estar adheridos al partido comunista; y en Cuba el sector de Juan Marinello está desarrollando una política tan eficaz y productiva como la que ha podido desarrollar por su lado todo el partido.

—Por otra parte —añadió Manuilsky— nuestra acción debe ser implacable contra cualquier periodista, intelectual, poeta o escritor, que se muestre esquivo, que censure a la Unión Soviética o que nos ataque. Hay que hacerle blanco de ludibrio. Hay que encontrar y exhibir con habilidad los lunares y defectos de su obra, hay que apoyar a quienes sean sus concurrentes o sus enemigos literarios, sean quienes fueren.

Se insistió, una y otra vez, en que cada comunista era nada más que mero soldado de un ejército mundial, cuyo supremo comando estaba en Moscú y de que cada Partido Comunista era el destacamento de guerrilleros en tierra enemiga. Se remarcó acentuatadamente la perspectiva inminente de la guerra y se predijo que habrían bruscos virajes, ninguno de los cuales debería hacer vacilar a ningún comunista. Así lo había predicho ya el gran camarada Stalin.

Los comunistas se transformaban, de esta manera, de artífices de una vasta revolución, de miembros de la vanguardia combatiente de la clase obrera, en envilecidos miembros de la Quinta Columna de una potencia que —utilizando el ropaje y las palabras venerables del socialismo— se lanzaba a la ejecución de los más atrevidos planes de conquista de Pedro el Grande.

El comunismo ya no era partido, ni doctrina, ni ideal, ni filosofía: era una feria. El pueblo alemán se había sacrificado de modo inícuo a la tranquilidad y a la mayor gloria del señor Stalin. La carne de los españoles había servido para que se probara la mala calidad de los armamentos del régimen stalinista. Y todos los hombres avanzados del mundo, lo más decente, lo más limpio, lo más heroico de la Humanidad, debía convertirse, mediante una grosera y gigantesca estafa política en la Quinta Columna de una de las tiranías más sangrientas y voraces de la Historia.

EN EL EXTREMO LIMITE

JAMAS EL hombre se siente más débil ni más mísero que cuando comprueba que se ha perdido a sí mismo. Es como si se borrasen ante él los caminos y se eclipsasen las orientaciones. Quebrada la fé y amortajada la esperanza, no se desea nada, ni siquiera el anquilamiento. Y en aquel instante me pareció que un análogo estado de ánimo debieron sentir en las cárceles y en las audiencias teatrales los viejos bolsheviques asesinados por Stalin y por Vishinsky.

En España, ante los cadáveres ensangrentados, sentí que mi fé comunista se hacía guinapo. En Moscú, después de los procesos, después de aquellas sesiones, sólo sentía un frío y sereno vacío. No había ya ni fé, ni convicciones, ni ideales: era la nada, dentro de la cuál se agitaba la angustia tensa, que se estiraba sin cesar como el dolor en una víscera y, por instantes, como ráfagas, se volvía sucia y llena de asco, como el miedo y como la muerte.

¡¡ Todo está terminado!! me repetía mentalmente.

Cuando al día siguiente del término de las discusiones sobre América Latina, fui llamado por Dimitrov al Komintern, acudí con la deliberación severamente modelada en el propósito de no discutir ni discrepar; todo estaría bien. Asistía con la indiferencia con que debe asistir un cadáver a su funeral.

En primer término, estaba absolutamente seguro ya de que nada de lo que en el Komintern se me dijera sobre el porvenir de mi país o la elevación de su gente, tendría validez alguna. No me interesaba porque estaba persuadido ya, por la acción de una amarga experiencia, de que no se me daría ninguna solución, ningún consejo limpio ni desinteresado: sobre toda directiva, sobre cualquiera orientación, estaría predominando abrumadoramente el interés de la Unión Soviética. ¿Para qué discutir, entonces, lo que carecía de valor alguno?

Además, tenía el ardiente deseo de escapar con vida de la Unión Soviética, de no volver a sentirme de nuevo dentro de la zarpa de la N.K.V.D. Anhelaba vehementemente ver a mi mujer, atenderla y estar en París cuando naciese el niño... o la chiquita...

Sentía un profundo asco de morir en un sótano moscovita, con las manos atadas a la espalda y las narices sobre el suelo. Y, sobre todas las cosas, ansiaba sentirme libre del espionaje, del controlador de mis pasos, de la vigilancia de mis palabras, de mis labios, de mis miradas. Dentro de la Unión Soviética me sentía víctima de un vejámen incesante, de una humillación envilecedora, de una constricción insoportable. Una idea fija me barrenaba haciéndome estremecer, como sacuden las perforadoras mecánicas: salir de aquel infierno, escapar de aquella odiosa cárcel; marcharme, para no volver jamás, nunca jamás.

Poco después de la última reunión fui llamado por Dimitrov. En sus oficinas se encontraba Manuilsky; estaban solos, no había traductores.

—Camarada —me dijo Dimitrov, poniéndome el brazo sobre los hombros, mientras Manuilsky traducía al francés, de mi resuelto que regreses a América y que, durante un tiempo aún, continúes prestando tu ayuda en el Partido chileno; sólo después irás a tu país. Y el próximo Presidente de Chile debe ser un radical. Espero que trabajarás lealmente, sin resentimiento y sin espíritu de revancha.

Manuilsky, a su vez, dijo sonriendo:

—La Internacional Comunista sigue teniendo confianza en tí... ¡a pesar de todo...! —acentuó— ¡Conserva esa confianza...!

Me despidieron ambos cordiales y me desearon éxitos.

Regresé al Hotel Lux atontado como un ebrio. Me estrangulaba una pesada congoja; había perdido mis horizontes; estaba caminando sobre las entrañas mismas de mi fé y de mis esperanzas. Entré a mi habitación sobrelleno de angustia y de invencible deseo de llorar, de gritar mi desesperación. Penetré en mi una dormitación anestésica; creo que soñé que caía... caía y caía... en un abismo blando, que no tenía linderos por ninguna parte.

La puerta, al girar, emitió leve gemido: en la habitación se encontraba un hombre atlético. Tenía puesta la gorra y estaba junto a mí.

—¡Vamos... vamos...! "Davai... davai...!"

—¿Qué dices, camarada...? ¿A dónde...?

—¡A la estación... arregla tus cosas... vas por Finlandia...!

¡Con qué mirífica alegría miré a este hombre de la N.K.V.D.! Sentí un contento que me infundió espanto de mí mismo. Fisiológicamente, psíquicamente, me invadió un júbilo torrentoso; estaba demoledoramente alegre... y esto, porque me marchaba del País del Socialismo. ¡Al fin sabía que iba a ser libre...! ¡Y qué desnuda y clara paradoja...! Libre, por salir del mundo socialista, al que tanto amaba y por entrar en el mundo capita-

lista al que tan fieramente había combatido. Iba a saltar la línea que separaba a los dos mundos y la idea de ese salto sacudía la infima partícula de mis nervios.

Mientras hundía las escasas prendas en la valija ví que me temblaban las manos. ¡No podía existir ninguna duda: ya no era un hombre del Komintern; no sólo ya no creía en nada de eso, sino que tenía asco, vergüenza, dolor por todo lo que quedaba allí... sobre la estepa, bajo el claror blancuzco de las noches blancas de Leningrado!

En el tren, al que subí como paraplégico, con las piernas transformadas en cuerdas, no logré dormir a pesar de mi inmenso cansancio. Nos detuvimos en Leningrado; tras larga espera el convoy partió y rodó sobre la nieve, entre árboles vestidos de blanco. Cambió el paisaje, la apariencia de las viviendas y el traje de la gente. Estábamos ingresando a Finlandia.

Otro acento humano, otros uniformes, otro tren... ¡Ya...! ¡Fuera! Estaba fuera de la tierra de pesadilla. Fuera de la tierra donde quedaba mi fé calcinada; fuera de la tierra donde se pudren los viejos bolsheviquis, los que realizaron la Gran Revolución del Siglo XX; de la tierra donde se pudre, hecha mentira, una idea que agitó millones de cerebros y que conmovió pueblos enteros, haciendo creer en el advenimiento de una Humanidad mejor...

Quizás nunca en mi vida me he sumergido total y voluntariamente en una alegría más plena de tristeza; mi júbilo era animal, casi puramente fisiológico. ¡Volví a nacer! Escapaba con vida después de haber estado entre la telaraña staliniana de la N.K.V.D. Renacia y, como para completar mi felicidad, podía salir de la patria socialista, trasponer sus linderos y largarme para siempre, sin volver el rostro hacia atrás, hundirme en la soledad cabal que me esperaba en el mundo capitalista. Me escapaba y podría abrazar a mi mujer, refugiarme en ella, en su crítica persistente como una llovizna, en sus intuiciones oscuras, sibilinas, pero certeras, en el porvenir del hijo que iba a venir, en el egoísmo chato, pequeñito, sin alas, de nuestro interés familiar.

La tristeza que me envolvía era más amplia, más trascendente, más espiritual si se quiere, pero era menos profunda que mi júbilo. Sabía que al trasponer las fronteras soviéticas rumbo a Vipuri y a Helsingki, estaba marchando con el cadáver de mi gran fé a cuestas y que arrastraba conmigo mi vida rota. Había entregado todo: juventud, lucha por la vida, labranza de un porvenir, el seguro para los tiempos de dificultad y de vejez, camino fácil en la política o en el comercio, solamente por encontrar un camino que pudiese conducir a la realización de la vasta obra de elevar a mi desdichado pueblo del suelo. Y, después de largos y durísimos años de brega, después de haber pa-

sado, no una sino cien veces —como lo quería mi madre— por el Huerto de los Olivos, me encontraba aquí supremamente aislado, sin camino, sin brújula y con mis sueños de hombre totalmente quemados. En mi país seguían imperando con más rudeza aun que en 1919, las mismas formas dictatoriales, los mismos procedimientos cínicos, análogos atropellos a la libertad de la gente. Tenía sobre mí y sobre toda mi vida, al cruzar el Báltico de Turku a Estocolmo, la pesadumbre de un fracaso aplastante y despiadado. Se hizo aguda en mí la confrontación entre la encantadora limpieza que domina toda la vida sueca y la suciedad que aplastaba a mi país; quizás sí sentí un poco de pena egoísta por haber nacido en un país tan pobre, tan duro, de gente con tan larga y honda capacidad para absorber sufrimiento. Y se me vino a la mente, como una gran nostalgia, aquello de Rubén: “y pensar que algún día pude no haber nacido”.

Sólo quien tiene una alta capacidad de fe, sabe la magnitud del dolor que significa agazaparse, saltar y apuñlear despiadadamente esa fe; y hacerlo una vez y cien veces más, tantas cuantas esa fe se alce en nosotros como un espectro, para captarnos y obsesarnos de nuevo. Si es bello creer, es trágico y desesperante ya no creer más.

Este gran dolor era anestesiado en mí por la alegría de escapar: yo había caminado por las calles de Moscú sintiendo sobre los riñones el hálito de los perros de presa de la policía staliniana; teniendo sobre la nuca el círculo frío del cañón de su pistola; viendo marchar delante de mí la sombra de su vigilancia, del recuento de mis pasos, del registro de mis gestos, de la catalogación de mis palabras. Me había invadido análoga psicosis de terror que la que domina al ruso corriente; era el miedo mezclado con asco y con odio. No era simplemente el miedo a la muerte; no. El animal se resiste a morir pero sabe bien que eso es fatal e irremisible. Era algo peor: el asco, el odio, el miedo, a morir aplastado como una rata en las cuevas de la N.K.V.D. oliendo el olor a cuero y a sudor de las botas de los policías de Stalin. Me escapaba de eso y me bañaba un goce glorioso; el goce de sentir mi transformación: de mísero insecto entre los dedos de la policía soviética, me sentía hombre y hombre libre en ese mundo capitalista al que había atacado tan fiera y denodadamente, soñando en forjar la felicidad de las gentes.

Volví hacia él, humillado, manando fracaso por los cuatro costados, tan rudamente golpeado que se podían contar todos mis huesos. Borrosamente, como en una décima copia al carbón, recordaba las palabras de la parábola del Hijo Pródigo. Y sabía que no había hogar paterno al cual retornar. Sabía que los unos me señalarían como tráfuga y los otros como pernicioso; me hundía en el extremo límite igualmente repudiado por los unos y por los otros.

No obstante, el júbilo cantaba dentro de mí; tenía la sensación que dá la aspirina tras el dolor de muelas. Solamente quien se ha escapado de la tierra dominada por la ferocidad de la tiranía de Stalin puede saber lo que es tal sentimiento.

¡Además, iba a tener un chico...!

Llegué a París y allí, en la habitación del sexto piso de un hotel sórdido de la orilla izquierda del Sena, encontré a mi esposa, contenta con la idea de tener un hijo, pero totalmente inutilizada para valerse por sí misma. Tenía el cuerpo hinchado, no podía realizar ningún movimiento que demandase esfuerzo, estaba sometida a una alimentación exclusivamente láctea. Los médicos declararon que su caso era grave; estaba atacada de albuminuria y podía sufrir una eclampsia mortal. Recurrí a los amigos que tenía en París y el viejo Marcel Cachin me presentó a su yerno, el doctor Hertzog, quien tomó a su cargo a la enferma e hizo las gestiones que permitirían sacarla del hotel y conducirla a una Maternidad.

Fué imperativo buscar una cama de hospital. Una ambulancia se la llevó en un mediodía tibio a la maternidad de la Clínica “Tarnier”. Podía verla dos veces por semana.

Una mañana supe que la habían conducido a la sala de partos.

¡¡Qué inmensamente largo fué aquel día...!!

Hasta las últimas horas de la noche no pude obtener dato alguno. Supliqué, fuí de una oficina a otra, rogué y al fin me convencí de que el sistema burocrático de los hospitales de Francia es lo menos humano que tienen los franceses. Hay algo de inmutable y de soviético en el régimen. A la mañana siguiente, el portero me notificó que mi mujer se restablecería pero que el niño había muerto.

Sali del vasto vestíbulo del Hospital “Tarnier” sintiendo una mezcla acre de dolor y de rabia. Me sentía perdido en el horrendo límite entre dos mundos, a ninguno de los cuales pertenecía yo. Había perdido mi hijito varón y me lo habían matado mis camaradas comunistas; me lo habían asesinado sin utilidad alguna, por sadismo, por sucia mezquindad humana. Si mi mujer hubiese salido de España junto conmigo, no habría tenido que soportar el hambre prolongada y diaria de aquellas lentejas escalofriantes, mal cocidas por falta de combustible; ni habría soportado con el niño en las entrañas, el frío agudo sin calefacción, ni la nerviosidad tensa de los bombardeos, ni la carencia de cuidados médicos. La criatura estaría, a esa hora, viva, gritando y llorando en un mundo convulsivo cuya convulsión llegaba golpeándonos con fiebre.

¡Había muerto mi chiquillo... y, lo peor, me lo habían matado la iniquidad, la miseria moral, la indiferencia artificiosa de mis camaradas...!

Su experiencia política en España y su experiencia personal en lo que atañe a los sentimientos humanos, habían enardecido el descontento de mi esposa contra el partido. Un creciente resentimiento se derramaba en la sutileza y acerbidad de sus críticas. Y sus preguntas menudeaban sobre mí, indagando por mis opiniones, por la suerte de mi fe, por mi pensamiento frente al porvenir, no al nuestro, sino al de la Humanidad avanzada y progresista, que amaba la causa de la libertad y de la dignidad humana.

—No es honesto, ni es digno —concluía como examinando su propia perspectiva espiritual— si se ha perdido la convicción, si ya no se cree... ¡quedarse sin fe es oportunismo... es repugnante...!

Me miraba profunda y largamente, como si presintiese lo sustantivo de mi tempestuosa crisis espiritual y aguardaba la respuesta...

—¿Y el fascismo? —preguntaba yo, para responderle— ¿y el triunfo de los nazis...? ¿A dónde ir que no sea una fuga ante el enemigo, una desertión en pleno combate, un abandono de los miles de camaradas honrados que están peleando y que seguirán peleando... sin nosotros...?

—¡Es verdad... es verdad...! —repetía resignándose— pero es triste haber llegado a esta pobre fé defensiva, de mero anti-fascista...

Y se hacían silencios largos, de días y semanas, en que no tocábamos el tema político; se hacía tabú; era como si le tuviésemos miedo.

Semanas después de la muerte del niño, nos embarcamos rumbo a Buenos Aires, en tránsito para Chile.

En un atardecer, ya cerca de la costa brasilera, me confesó suavemente y en amable y dolido tono confidencial:

—¡Por tí, seguiré aun siendo miembro del partido; pero, quiero que sepas que yo no soy ya una comunista... para mí, se acabó...!

No dije nada, y ella se extrañó de que su noticia no me sorprendiese. Comprendió que yo no era ya sino un anti-fascista...

Y CHILE TUVO UN PRESIDENTE RADICAL

DARADOJAL y dramático resultaba que un ardoroso misionero del comunismo encontrase en Chile, en un ambiente de capitalismo retrasado, la libertad ágil y plena que no había podido encontrar —ni en una brizna siquiera— en la embrujadora tierra del socialismo. En Chile, al amparo de la democracia chilena, podía abjurar de Stalin y de todas las solemnes y engañosas teorías con las que encubría su dictadura, sin que la abjuración implicase un tiro en el occipucio. Era tan libre que podía marcharme de las filas comunistas y también podía quedarme en ellas, simulando la fé que no sólo había muerto, sino que ya no era sino un recuerdo en putridez. Era libre, era hombre con derechos, libre de presiones constrictivas y de compulsiones oscuras, pero estaba deprimido hasta la más acabadora lasitud, hasta la más guñaposa sordidez. Nada hay más deprimente ni sórdido para el espíritu que el cuerpo presente de los recuerdos que se pudren bajo nuestro asco; recuerdos flotantes como cadáveres que el oleaje de la conciencia no alcanza a arrojar en la playa del olvido. Era claro y lúcido que podía marcharme del partido y que podía quedarme en él... ¿qué hacer...?

En la enrucijada y bajo el choque persistente, que abollaba todas las voliciones y noliciones, lo más fácil resultaba dejar que el tiempo madurase la resolución final, como madura los vegetales; que en vez de la voluntad, operase la gravitación de la inercia y de la rutina.

Sobre el pensamiento oportunista y abúlico brillaba refulgente la idea dotada de complejión de deber: ¿el fascismo era o no una amenaza universal y totalitaria? Como simple hombre libre —independientemente de toda ideología o posición política— no podía desertar del combate, ni abandonar a los que estaban trezados en la pelea. En aquel momento, oprobriar la tiranía sangrienta de Stalin, denunciar la estafa, señalar las rutas de su tráfico intérlope y sucio, habría sido llevar agua al molino del nacional-socialismo y caer dentro del campo orbital del fascismo. ¡No, no podía ser en aquel momento...!

Y, tal vez... ¿por qué no...? la guerra podría cambiar la faz y la esencia de los hechos... hasta podría cancelar el stalinismo y promover corrientes de tipo humano, por lo menos. Tal pensamiento era gaseoso y arbitrario, pero lo acariciaba como el residuo postrero de mi triturada fé, de mi desvincijada esperanza... ¡Y es que la fé posee una milagrosa potencia reviscible: se parece al polen de la selva...! Conquistamos la seguridad rotunda de su defunción y, al menor indicio favorable, remanece traslumbante y rediviva.

Operaba, además, el amor al éxito: esa obsesión absorbente que tan gravitante acción ejerce sobre el espíritu humano: no es el interés material de ganancia, ni el amor propio egoísta, ni el deseo de dominar o la voluntad de poder. Es algo bellamente deportivo: ganar por el placer de aspirar la espiritosa ebriedad de la victoria, por disfrutar de la voluptuosidad suprema que significa la caricia del ala del triunfo sobre la cabeza. Es el goce, casi sensual, del jugador con los ojos adheridos al giro de la ruleta, a los puntos negros de los dados; es la fiebre del entomólogo que busca el insecto raro; es el abrasivo que pule hasta el dolor la intuición del físico que comprueba su ecuación en la velocidad de la nebulosa, o la del químico que ratifica el efecto de su antibiótico.

Me amarraba a la espera, además, el respeto que debía a quienes habían creído en mí, poniendo fe en mi conducción y confianza en los caminos que les mostré. Si es doloroso marchar despedazando las propias creencias, más acerbo y doliente es marchar atropellando la fé de los otros, como si su noble confianza mereciese la ruindad de la estafa. Estaba seguro de que la inmensa mayoría levantaría el coro de alaridos acusándome de traidor... pero, en muchos quedaría el reconocimiento salobre de mi deserción: se sentirían con sinceridad como si les infiriese un ultraje. Pensé que era obligatorio justificarme, ante algunos, por lo menos; hacerles conocer la esencia de la gran estafa, o siquiera los motivos nefastos que me empujaban, de modo irremisible, a evadirme de las filas comunistas. Al fin yo era depositario de lo más valioso que otorga el hombre: la confianza. Y no podía burlar la que muchísimos camaradas habían depositado en mí.

Y, es claro, también actuó, por mucho que la idea se movía como vergonzante, el temor a las represalias comunistas; a su resaca de lodo espeso y cargado de mugre, a las calumnias que inventarían para vilipendiarme, al "desgraciado accidente" que podían fraguar y hacerme el protagonista...

Y al final, pensando que todo podía acontecer, hasta un milagro, pues resolví quedarme en el partido, aplazar la fuga, colaborar en el triunfo de la consigna "Chile debe tener un Presidente Radical" y cumplir mi compromiso con Jorge Dimitrov, a quien le debía gratitud.

Ni las simpatías comunistas, ni la inclinación del poderoso partido socialista, ni el entusiasmo popular, estaban con el corifeo radical don Pedro Aguirre Cerda, a quien se apodaba "Don Tinto" por su color acobrado y por el del vino oscuro de su hacienda "Conchalí". Antiguo Ministro del Interior en uno de los períodos del Presidente Alessandri, don Pedro cargaba —con o sin razón— con el tétrico recuerdo de lo que la masa trabajadora chilena denominaba "la Masacre de San Gregorio". Fue una de las matanzas humanas en las que las tropas del Ejército en muchos países latino-americanos, se cubren de gloria ahogando en sangre proletaria las reclamaciones y las huelgas de los trabajadores. Es general que los propios estrategas de la patria hacen montar la provocación, para presentarse después como los defensores del orden constituido y los salvadores de la patria amenazada. La historia de estas masacres culmina siempre con el obsequio, por parte de los Gobiernos, de recompensas monetarias, ascensos, condecoraciones y privilegios.

De otro lado, don Pedro Aguirre Cerda y muchos de los más conspicuos directores del radicalismo, sólo marchaban con grandes y severas reservas respecto del partido comunista. No estaban aun lo suficientemente cercanos el Partido Radical y el Partido Comunista. Y para cristalizar y consolidar tal acercamiento hacía falta de mucho más que del último kilómetro.

Elías Laferte y Raúl Barra Silva, a su retorno de Moscú, presionaban a todo vapor sobre el partido para que acelerase el ritmo de la marcha emprendida por los caminos de Yenán. Comprendieron con claridad que, para los altos dirigentes radicales, no había más razones susorias que hacerles sentir que los comunistas halaban el carro del triunfo radical. La consigna "El nuevo Presidente de Chile debe ser un radical" había sido ya planteada por ellos con caracterismo de perentoriedad y, venciendo no escasas renuencias, obtenían que el Partido Comunista sirviese la causa radical con abnegación, sin resarcimiento alguno, lo que laxaba las resistencias radicales y ablandecía sus desconfianzas, socavando las posiciones de los renuentes.

El cervigudo y bonanzoso Galo González, mientras tanto, organizaba lento y paciente, la Comisión de Control, según el esquema y las directivas que recibiera del Comandante Bielov y de la camarada Blagoieva en Moscú.

La ambición de caudillos grandes y pequeños, la codicia de hombres y grupos, el forcejeo de quienes veían en esta una oportunidad particular única e irreversible, trabajó más que miles de caballos de fuerza en favor de la coalición radical-comunista. Diversos sectores se lanzaron otorgando su apoyo a candidatos sin horizonte y al aislar al radicalismo y acarrear riesgos a su triunfo, presionaron sobre él cancelando sus escrúpulos y aplacando sus desconfianzas y decidiéndolo a lanzar desnudos a las

calles todos sus pudores. El paso decisivo no habría sido dado sin el trabajo pertinaz e inteligente que desarrolló en las más altas esferas del radicalismo el activo sector que orientaba Gabriel González Videla. Entusiasmo gallardo, intuitiva habilidad y alegre constancia, fueron virtudes que el conspicuo radical —años más tarde Presidente de Chile, gracias al auspicio comunista— puso al servicio de la alianza radical-comunista, promotora y realizadora de la vasta movilización unitiva en torno a la candidatura presidencial de don Pedro Aguirre Cerda. Y fué así como las banderas farpadas del comunismo abrieron la marcha del Partido Radical hacia su más grande victoria histórica.

Don Pedro Aguirre Cerda murmuraba: ¡Presentes de Artajerjes... presentes de Artajerjes...! —refiriéndose a la marcha subalternada y obsecuente del Partido Comunista y a su reconocimiento objetivo del señoreaje del Partido Radical. Se negaba a levantar el puño en alto en las manifestaciones, como lo hacían ya radicales, comunistas, socialistas, trotskistas y democráticos, pero se dejaba arrastrar por el incontenible tropel de los acontecimientos.

La gira política se encandeció, al retornar de las regiones agrarias del sur, para ingresar en las zonas proletarias del centro y del norte de Chile. En la zona del salitre estaban los bastiones comunistas; y fué allí donde los comunistas desplegaron su más cuidadosa habilidad para ejercer presión y doblegar las últimas resistencias radicales; es cierto que sus recrudescencias surgían sin fuerza, desejadas, sin encontrar resquicios dónde agarrarse... pero don Pedro se mostraba aún zahareño y hurano con sus generosos aliados comunistas. Y era necesario que se mostrase menos esquivo con el partido, pues tal actitud tenía que significar un cuantioso capital político.

Anuncióse el paso del candidato presidencial y de su numerosa comitiva rumbo a las ciudades tan sólo y a través de la vía abierta por las ruedas de los automóviles sobre el páramo norteño. La vía del recorrido, denominada “la huella”, corre lejos de los grandes centros de trabajo y a través del desierto: no hay una gota de agua, ni un mezquino arbusto, ni la más leve sombra bajo la cual cobijarse... y el sol gotea como grasa caliente sobre las cabezas y las espaldas, sobre el arenal del páramo abrasado y letal.

Los automóviles de la comitiva saltaban de bache en bache; el calor caldeaba los cráneos como ollas hirvientes y parecía que iba a hacer saltar las venas de las sienas. La dureza del paisaje golpeaba ensañada sobre el espíritu de los hombres.

Sobre el silencio del desierto se alzó un clamor gigantesco: era la muchedumbre de obreros de las plantas salitreras, con sus sus mujeres y sus hijos, que habían caminado hasta la huella, a pie, bajo el sol, sólo para ver pasar y saludar a su abanderado,

Pedro Aguirre Cerda. Y allí no había sino un clamor: era el clamor del Partido Comunista; no había sino una bandera: la bandera roja con la hoz y el martillo. Millares de seres harapientos, cubiertos de polvo, tragando lodo, encanijados y entusiastas, estaban allí respaldando el triunfo radical, cantando y con el puño en alto.

“El partido de Lafertte
“con Aguirre hasta la muerte...!”

Pedro Aguirre Cerda se llevó la mano morena a la garganta como para impedir que la emoción le agolletase; en los ojos enrojecidos le daban vuelta las lágrimas y el grito presagioso le hacía vibrar. Con tranquilo ademán ordenó que se levantara la capota de su automóvil. Se puso de pie y saludó a la muchedumbre enloquecida... con el puño en alto...

Aquel gesto era valioso capital político para el partido de Lafertte; pero, lo era mayor y más rico para la Internacional Comunista, para el Camino de Yenán. Y en su formación había colaborado, ágil y hendiente como una proa, el trabajo eficaz y fecundo de Gabriel González Videla y del dinámico grupo de la izquierda radical.

El vasto y bien organizado sector de la Derecha cometió gruesos errores y se condujo con una torpe conducta política; favoreciendo el triunfo del Frente Popular. No sólo se agrupó en torno a un candidato impopular sino que tiñó su propaganda de simpatías agresivamente fascistas. Y como para más recio agravamiento, el Gobierno reprimió con crueldad el absurdo e ingenuo “putsch” en el que se embarcaron algunas decenas de muchachos del “Movimiento Nacional Socialista”: sesenta y seis mozos, ninguno de quienes tenía veinticinco años, fueron aniquilados a tiros, después de haberse rendido. A la indignación provocada por la bárbara forma de represión, se unió el factor decisivo que significó la votación nazi criolla por el Frente Popular y por su candidato. ¡Votaron unidos en esta elección, nazis y comunistas...!

Las elecciones chilenas de 1938 fueron un triunfo radical, pero también un inmenso triunfo comunista: el éxito del Camino de Yenán.

Empezaron a llover sobre Aguirre Cerda compulsivas presiones para que se desligase de sus aliados, una vez obtenida la victoria. Se le acusaba, entre otras culpas, de la de haber sido el promotor del inmenso volumen y del poderío alcanzado por los socialistas y, sobre todo, por los comunistas. Don Pedro sentenciaba con filosofía criolla:

—¡Pero, en qué poca agua se ahogan ustedes...! ¡Es una lástima...! ¡Déjenlos, déjenlos no más...! Estos comunistas y estos socialistas no son rusos, sino chilenos: tan pronto como

asuma el Gobierno les daré la oportunidad de manejar las Cajas, de dirigir las Empresas fiscalizadas, de darles acceso a las dependencias donde corre dinero. . . ¡ya verán ustedes lo que vá a pasar. . . ! Estos "rotos" no pueden con su genio, sean comunistas, evangelistas, radicales, socialistas o católicos, se lanzarán, de todas maneras, sobre los pesos, como gatos sobre el bofe.

Y don Pedro se reía como a sovoz, con risa sigilosa de conejo.

—Son chilenos "los gallos" —añadía— y se van a desacreditar más pronto de lo que ustedes y yo pensamos. Van a perder por la sensualidad lo que han ganado por la abnegación. ¡Yo los conozco. . . !

Y el presagio de Aguirre Cerda tuvo cumplimiento. El caso de España, guardando las proporciones, tuvo su remanencia en Chile, bajo el Frente Popular. Trabajadores de magnífico historial se transformaron en los dueños de una concupiscencia que bastardeaba las mejores posibilidades del ser humano; personas que se habían sacrificado hasta el límite de hacer pensar en lo milagroso, estaban allí después de la victoria, convertidos de combatientes abnegados en codiciosos usufructuarios. Daba lástima comprobar cómo los ideales por los que el hombre está dispuesto a morir se degradan en moneda de cambio, y cómo los principios doctrinarios quedaban como banderas flabeladas sobre los muros, en calidad de grandes palabras sin contenido.

En diversos sectores del Partido Comunista despertaba y a veces hasta se hacía escuchar, la racionativa marxista y la condenación de lo que era calificado como feria. . . —¡la feria del Camino de Yénán. . . !— pero la zarabanda del triunfo, la algazara del ascenso, sellaba todas las renunciencias: en Moscú era el terror; aquí, pues la borrachera del triunfo. Era como si un puño de boxeador hubiese borrado los principios de toda moral prohibente, otorgando salvoconducto a todos los pirujos que mero-deaban en los aledaños del Camino de Yénán.

La victoria se reflejó de modo fulminante en el crecimiento del volumen militante, la influencia política y el poderío social del Partido Comunista. Los más optimistas anhelos moscovitas fueron superados por el recontamiento de las filas partidarias y simpatizantes. Nadie se atrevía ya a chocar con el poderoso Partido Comunista de Chile —transformado en el segundo del orbe, por su cercanía al poder— pero toda persona honesta sentía la podredura y los militantes más austeros preguntaban cómo se podía llegar hasta allí. . .

Y es que un partido político no puede saltar con impunidad de un lado al otro: en Chile, como en España, ese era el castigo de los "virajes" moscovitas, de los juegos políticos que dejaban los principios en calidad de lastre que molestaba, o de paraguas que se olvidaba. Era en aquella hora en la que "Don Tinto" —ca-

zurro, chilénísimo y paciente—, obsequiaba con pródiga generosidad a socialistas y comunistas y sus congéneres, con los caldos más embriagantes de las ricas vides chilenas.

Se tornó obligatorio emprender la tarea del reflotamiento de la empresa periodística del partido, seriamente maltrecha. Y al reflotarla hubo que hacerlo bajo el signo de una concepción nueva: la del poderío alcanzado por el Partido Comunista de Chile.

Las puertas se abrieron con sorprendente facilidad; el Banco de Chile, la Caja de Ahorros, las instituciones crediticias del Estado o particulares se complacían en contar a la empresa comunista entre sus más mimados clientes. Los bonos comunistas se cotizaban tan altos como su ascenso en la cresta de la ola política. El Partido adquirió una amplia y céntrica mansión; se instalaron nuevas maquinarias impresoras y se adquirió, en muy ventajosas condiciones, una rotativa perteneciente al diario del Gobierno "La Nación". Con extraordinaria tenacidad y gracias al apoyo de los amigos del comunismo y a la sombra benéfica de los hombres del Gobierno y de los corifeos del Partido Radical, se constituyó una empresa de más de cuatro millones de pesos chilenos. En la esquina de las calles de Moneda y Miraflores, en pleno corazón de la ciudad que fundara don Pedro Valdivia, se iluminó una noche, toda en rojo vivo, la estrella de cinco puntas de la simbología soviética. Abajo, en lo que fuera el patio de la casona, roncaba la rotativa lanzando miles y miles de ejemplares del diario comunista a las calles. Fué entonces que pensé definitivamente que mi labor había terminado en Chile. . . y en el Partido Comunista. Y otra vez, ante mí, la disyuntiva: ¿Qué hacer. . . ? ¿Permanecía en las filas del partido, o me marchaba. . . ?

Se me presentó un trabajo que ganaba todas mis simpatías, que encendió vivamente toda mi emoción y que me hizo luchar con el entusiasmo más fervoroso. Fué preciso arrancar de los campos de concentración de Francia al mayor número de españoles que morían allí víctimas de un tratamiento inhumano, después de haberse batido por la suerte de las democracias del mundo. Hubo que luchar denodadamente, emplear toda la valiosa influencia de Gabriel González Videla y de los altos jefes radicales, para conseguir que el Gobierno chileno admitiese algunos millares de españoles republicanos.

—Pero, hijos míos —nos decía don Pedro Aguirre Cerda— ¿por qué quieren ustedes que Chile se haga cargo del muerto. . . ? ¡Hombre. . . ! —exclamaba burlón— debían ustedes, como buenos comunistas, gestionar ante ese Stalin, para que los haga llevar a Rusia. . . ¿qué le cuesta. . . ? porque, hay que ver, amiguitos, que los pobres españoles se han batido principalmente por los rusos. ¡El deber de Rusia es acogerlos, y acogerlos bajo palio. . . !

—¡Señor —implorábamos— los españoles también se han batido por Chile y por la libertad del mundo. Además es gente de trabajo, emprendedora, que habla nuestro idioma...!

—¡Claro... claro... y es gente blanca que, digan lo que quieran, cree en Nuestro Señor Jesucristo y habla en cristiano! Pero, díganme una cosa... ¿Por qué no quiere recogerlos ese Stalin...?

Y el Presidente reía con picardía alegre, con espíritu burlesco, refregando en las narices comunistas la negativa rusa de prestar auxilio a los republicanos españoles perseguidos y prisioneros. Y Pedro Aguirre Cerda, un buen día, accedió a la demanda comunista. Varios miles de españoles pudieron abandonar los campos de concentración de Francia e ingresar a Chile.

La amenaza hitleriana se había tornado candente; la Política de Apaciguamiento no había hecho sino incitar al agresor. Las divisiones "panzer" de la Gran Alemania se disponían a cruzar las fronteras.

¡Era la guerra...! Una nueva guerra... ¿Qué haría la gran patria socialista...?

En aquella hora sombría para el género humano, sentí que se encendían de nuevo los apagados fuegos de mi esperanza en la Unión Soviética, de mi simpatía hacia el destino de Rusia. Creo que llegué a persuadirme de la necesidad de olvidar todo lo malo. Sobre el cadáver de mi fé se arrastraba rampante y pusilánime, mi esperanza en la inminente acción soviética para salvar al mundo de la barbarie nazi...

¡¡Era sólo una cuestión de días, de meses quizás... había que esperar...!!

PACTO HISTORICO Y PACTO OSCURO

¡FUI UNO de los primeros en recibir la noticia y ella me produjo un embrutecimiento letargoso. ¡Hitler y Stalin se habían entendido... a la faz del mundo! Ribbentrop volaba a Moscú para sellar el compromiso entre la Alemania Nacional Socialista y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Los nazis de Hitler y los comunistas de Stalin aparecían dándose la mano para arrear al mundo al matadero. Hitler y Stalin entraban de brazo en la Historia Universal. La Revolución Proletaria sirviendo de alcahuetería para este inundo tráfico de la carne y de la sangre, de la vida y del destino de millones de seres humanos.

Los dirigentes comunistas chilenos cayeron en una dramática indecisión; no sabían qué pensar; no sabían qué hacer. Y mientras ellos se afligían, arribaba a mí la convicción conclusiva de que este era el instante en que se cancelaban las más indulgentes transigencias y las más disfrazadas capitulaciones. Aquí, los hechos históricos con su aplastante impacción, pulverizaban el cúmulo de razones que amamantaban la idea de que era preciso aceptarlo todo, hasta la claudicación, a fin de emplear todas las energías contra el nazismo. ¡Y he aquí que se unían oficial y odiosamente el nazismo de Adolfo Hitler y el comunismo de José Stalin!

El Comité Central del Partido Chileno elaboró un documento sibilino y confuso, en el que se afirmaba en esencia que el Pacto Germano-Soviético se había firmado para preservar la paz, para cortar de un solo tajo y a cercén las infames maniobras de los traficantes de guerra. Cuando discutían el documento, llegaron los telegramas en que se anunciaba que Hitler invadía Polonia y que la guerra dejaba de ser amenaza, para transformarse en acontecimiento. Y esto significaba que el pacto sellado en Moscú por Molotov y Ribbentrop lejos de preservar la paz, había precipitado la guerra. Los dirigentes comunistas chilenos resolvieron no emitir documento alguno y guardaron silencio.

De inmediato inicié la tarea de organizar la contabilidad de la empresa periodística, a fin de hacer entrega de ella. Tenía ca-

pital interés en efectuar una entrega impecable, para cerrar el camino a futuras acusaciones. Un accidente automovilístico me tuvo paralizado más de cuarenta días, lo que retardó la ejecución de mi propósito.

Entretanto arribó a Santiago, Vittorio Codovila. Me entrevisté y estuvo en exceso amable en aquel primer contacto, como no lo había estado jamás: su tono fué trascendente y su charla en extremo confidencial.

—Venimos de México —me dijo, hablando en plural— y allá hemos dirigido la limpieza del Partido; ha sido una purga en regla; hemos debido expulsar a Hernán Laborde, a Campa y a un núcleo inservible. Hicimos elegir a Dionisio Encina, un tipo en quien creo que se puede fiar. A Laborde y a Campa se les habían metido tonterías en la cabeza, como las de estar criticando a Lombardo Toledano. Desde la Casa fué preciso comisionar al camarada Browder para que volase a México a impedir que el Partido crease fricciones con Lombardo; tú conoces el punto de vista de la casa sobre este particular: el grupo de Lombardo nos interesa mucho más que el partido. Ahora, queda un grupo dirigente al que no se le ocurrirá nunca en la vida, ya no enfrentarse a Lombardo Toledano, sino ni siquiera causarle la menor molestia.

Sacó de un grueso portafolio la abultada documentación que me entregó para que me informase; tomé un folleto, eché una mirada sobre esta y la otra página y le devolví todo, diciéndole:

—Lo mismo de siempre; la política del “palo de gallinero”... el ejemplar, genial y heroico camarada de la ante-víspera, se convierte en la carroña del día subsiguiente... ¡Se ha perdido todo decoro...!

Noté que le llamaba la atención mi actitud, pero no hizo el menor reparo; al contrario: hasta pareció querer mostrarse más cordial. Cambio el tema: hizo recuerdos de España, habló de Moscú, de la liquidación del último resto del bujarinismo y del zinoviefismo... —¡él que vivió en Moscú disfrazado de Zinoviev...!— y enjuició con una verborrea nauseabunda el Pacto Germano-Soviético. ¡Era un cimbalerero de Stalin...!

—Mira Codovila —le dije, interrumpiendo bruscamente— lo del tal pacto no me interesa, y menos aún después del reparto de Polonia que acaban de hacer Hitler y Stalin.

Codovila no se alarmó, ni demostró irritarse. Me pasmó su benevolencia y la suavísima y delicada reacción que se tradujo en una exposición didáctica de las razones que habían determinado el entendimiento ruso-germano.

—Te digo —volví a interrumpirle— que el asunto no me interesa.

Con calma, que me llevó a la estupefacción, abandonó el tema y habló del Perú, de los apristas, de las gestiones de Manuel Seoane y de Luis Alberto Sánchez para buscar un entendimiento,

—con la Internacional Comunista, más que con los comunistas peruanos— esclareció gustoso; le agradaba darme la noticia.

—Tampoco me interesa el contubernio apro-comunista —exclamé con la voz ronca y un poco turbada.

—Pero, es que un luchador comunista —dijo con amable energía— un dirigente de tu categoría y de tu talento, no puede plantear las cosas de esta manera... —y cobrando entusiasmo, sentenció— tú no puedes obrar así; sería una fuga, una deserción ante el enemigo...

—Bien... bien, piensa lo que quieras —repliqué levantándome y echándome a caminar por la habitación— pero, ya no me siento más, Codovila, un miembro del Partido Comunista. Sé que estoy de más aquí...

—Pero... ¿qué te pasa, camarada? —preguntó con suavidad— ¿es que te has vuelto loco...?

—No... no... tú sabes que no estoy loco —repliqué— es que ya no puedo soportar más... ¡se acabó, amigo, se acabó...!

—¡Estás muy afectado...! —insinuó cariñoso, estás mal, no puedes seguir trabajando; tienes que tomarte un descanso. Tendrás que ir a reposar a Moscú... debes ir lo más pronto a la Casa...

Le miré en los ojos, buscando algo de diabólico en su manera de mirarme, indagando la cantidad y la calidad de satanismo que había en toda aquella insinuación. Pero Codovila seguía apacible, tranquilo, cordialísimo como un amigo.

Estallé en un largo monólogo, cargado de indignación y de amargos recuerdos y censuras; hice un rápido balance de errores, de bajezas, de crímenes, de bellaquerías. Y terminé diciéndole:

—Ustedes pueden hacer lo que quieran; yo por mi parte no haré nada, no diré nada, no acusaré a nadie; me escurriré como un fugitivo. Salvo que traten de golpearme; entonces responderé, porque no estoy dispuesto a dejarme pasar por encima.

Codovila sonrió como un niño y, como si no hubiese oído, me dijo:

—¿Quieres hacerme un favor...?

—¿Qué quieres...? —demandé.

—Redáctanos un informe amplio sobre el Perú; no conozco sino generalidades y la única persona que puede proporcionar una visión justa de la política de tu país eres tú. ¡Te lo vamos a agradecer...!

—Te voy a dar la dirección de la persona que puede hacerles un informe mucho mejor que yo —repliqué— diríjete al señor Diputado Juan P. Luna, representante comunista; Cámara de Diputados, Lima, Perú.

—Pero ¿es que tenemos un diputado electo en el Perú...? —interrogó.

—Electo no —repuse— solamente nombrado, designado por el dictador Benavides... el pueblo no ha tenido nada qué ver en el asunto... tú sabes bien que hace rato que en el Perú los diputados y senadores no son elegidos: son nombrados, designados por el dictador...

—¿Así que Benavides lo nombró...? —dijo con voz apagada Codovila.

—Si Benavides no hubiese querido, tú sabes bien que Luna no entra jamás al Parlamento, ni como barredo.

—¡Así es...! —dijo— ...Pero... es que...

—¡Nada, Codovila; en el Perú también el Partido Comunista se ha embarcado o se ha enfangado en el Camino de Yenán...! Si el dictador designa y tolera que un comunista vaya al Parlamento, es porque le tiene cuenta... porque el comunista se ha hecho serviente...

—Tenemos que conversar... ¡tenemos que conversar mucho más...! —repitió— Y me harás el favor de venir a verme, ya que yo no puedo... por la policía... estas cosas son muy importantes... hay que discutirlos...

Me despedí cuando había oscurecido. Me dolía la cabeza por el exceso de tabaco. Y había como un círculo violáceo ante mis ojos.

Días después vino a la redacción del diario Pierre en persona. Llegaba como jefe de una Delegación del Komintern, integrada por un comunista norte-americano, a quien apodaban Jimmy, y que hablaba en nombre del camarada Browder; el tunecino Nemo y Vittorio Codovila. El estudiante paraguayo Oscar Creydí oficiaba de mozo de estoques y hombre de contacto.

Pierre era el mismo de siempre; serio y cordial a la vez; el mismo que yo conociera en Buenos Aires y que viera más tarde en España. Diez años habían transcurrido para él sin una arruga, sin un cabello gris, sin cambio corporal alguno. El tiempo había perdido toda relación con la tersura de su piel, con el color de sus cabellos; parecía como que sanguificaba cada día y que aquella sanguificación no sólo le aportaba sangre nueva sino, además, sangre joven, sangre del doctor Fausto. Se lo dije y replicó afectuoso y gentil; no obstante con intención:

—Pero te juro que no he vendido mi alma al diablo.

—Siéntate Pierre —le dije— si quieres que hablemos.

—No... no... —replicó con vehemencia— no puedo demorarme sino breves instantes. Comprende querido camarada que corro un riesgo viniendo hasta aquí. Esto te probará hasta qué punto me conmueve tu situación espiritual. Nadie quizás te comprende como yo. Es necesario que hablemos... tenemos mucho qué decirnos.

Hizo una pausa y preguntó:

—¿Qué dices...?

—Cuando tú quieras —confirmé— cuando gustes Pierre...

—¿Mañana a las tres de la tarde?

—Está bien.

—Pues entonces aguardarás aquí y un camarada vendrá a recogerte. ¿De acuerdo...?

—De acuerdo Pierre.

La reunión se efectuó en la casa de un rico industrial chileno, dueño de una planta refinadora de azúcar que no laboraba. Yo iba a aquella reunión convencido de que todo lo benévolo que quisieran mostrar era completamente ficticio. Sabía además que Pierre era hombre muy bien abastado de argumentos penetrantes; por consiguiente, no se trataba de una discusión con la finalidad de persuadir sino con la de sellar la ruptura; la discrepancia era ya demasiado paladina y no había otro procedimiento que actuar paladinamente, sin paliar nada, sin amortiguar el rompimiento.

¿Discutir con Pierre? Y ¿para qué? si en realidad yo estaba muy lejos de él, de su posición, de sus argumentos, de su devoción, de su stalinismo. Era tonto pensar en traspasar la oclusión mental de Codovila y en cuanto a Nemo... ¡carecía hasta un grado tal de olfacción política! que era infantil querer que percibiese el olor putrefacto de los miles de cadáveres sobre los que marchaba Stalin. Jimmy, ¿pero quién podía ser el tal Jimmy, amigo de Browder, el Virrey? Entré en una casa que olía a tiempo, a vejez. Dentro de las grandes habitaciones ornadas con muebles antiguos, flotaba un olor a rancidez que parecía subir como un vaho de la alfombra, de los paineles del empapelado, de la oscuridad de los cuadros de santos que pendían en las paredes.

Atravesé el amplio pasadizo remachando el pensamiento de que una espesa impasibilidad debía envolverme en todo instante, como si estuviese barnizado con ella desde la coronilla hasta las uñas. Cuando aparecí en el jamba de la puerta, estaban reunidos ya Jimmy, Codovila y Nemo. Sobre una especie de faldistol estaba tirado un sombrero jarano. Junto a él deposité mi abrigo, los guantes y el sombrero. Cuando entré, Codovila hizo un gesto como si zambucase una pistola en el bolsillo derecho del saco; retuvo su mano dentro deseando ostensiblemente que yo lo notase. Por aquella zafiedad precisamente me esforcé en aparentar que su gesto había pasado inadvertido.

A poco llegó Pierre y me saludó cordialísimo; inmediatamente se oficializó la sesión. Pierre me invitó a hablar.

—Todo lo que podría decirles aquí se lo he dicho a Codovila en conversación anterior. Si ustedes quieren, pues él repetiría lo que le dije; en todo caso rectificaría cualquier error u olvido.

—Es que el camarada Codovila —expresó Nemo— no tenía autorización para tratar el asunto, ninguna clase de asunto; lo habrá hecho a título personal, de amigo.

—¿Amigo? —pregunté con burla— ¡Qué te pasa gran Nemo...! Pues el camarada Codovila no me dijo que era a título personal; al contrario: se presentó como el virrey enviado por la Internacional Comunista a la América Latina.

Codovila me miraba con todo el raimiento que llevaba dentro y que se reflejaba en la actitud irritada, en la risa que le bañaba el rostro.

El silencio puso una tensión de crispatura entre nosotros; hacía un frío que molestaba tanto como el silencio. Unos golpes suaves se dejaron oír en la puerta del salón y al abrirse entró por ella el dueño de casa. Pidió disculpas, cambiamos saludos y rogó que le perdonáramos por no haber encendido la chimenea; pero, todo estaba listo; haría fuego enseguida, calentaría la habitación, traería whisky, vino, jerez, cognac.

Mientras, en cuclillas, encendía papeles y charamusca, con la cabeza metida bajo el alcahor de la chimenea, preguntaba:

—¿El whisky les agrada con soda o con agua natural, con hielo o sin hielo?

Codovila pidió café negro; los demás, whisky, con agua.

Se charló sobre temas intrascendentes: el frío, la nevisca, la majestad de la cordillera. Parecíamos un grupo de jugadores que abrigaban la habitación antes de perder y ganar el dinero en una partida de pócker.

El dueño de casa se despidió diciendo:

—Se quedan completamente solos. Volveré por la noche, si aun están aquí para servirles una cena de campaña.

—Con buen vino chileno, dijo Nemo.

—Con el que más les guste —asintió y se fué.

Cuando sonó la puerta de calle y la lira cayó sobre la boca del león de bronce, Pierre habló:

—Hemos venido a conversar como buenos amigos. Este no es ni un tribunal, ni comisión de control, ni delegación del Komintern ante quien se te llama a rendir cuentas. Es una reunión amigable para confrontar nuestras dudas y nuestras preocupaciones: todos las tenemos. El dirigente comunista no es un mineral, ni algo yerto. Es un hombre con pasiones, con psicología compleja llena de altibajos, con horas de entusiasmo y minutos de desfallecimiento. Vamos hombre, cuéntanos qué te pasa que lo único que deseamos es ayudarte; convéncete de que aquí estás entre amigos.

Me dí cuenta de que ellos sabían de antemano que no contarían ya para nada con mi acesión; y sin embargo, puse toda mi voluntad para mostrarme en cada momento más y más zahaño.

Nemo y Codovila hablaron en el mismo sentido y pidieron que olvidáramos mutuamente todo lo que pudiese haber creado distancia o resquemor entre nosotros.

—Es claro y seguro —expuse esforzándome para que no se me quebrara la voz— que Codovila les ha referido la conversación que ya tuve con él. Si estaba autorizado o no, es lo de menos. Todo lo que él les haya dicho sobre mi caso es verdad. ¿A qué repetir lo mismo?

—Si cierras las puertas de esa manera, no llegaremos a ninguna parte, —dijo Pierre poniendo cuidado en limar la aspereza de sus palabras.

—Ya no pretendo llegar a ninguna parte Pierre —repliqué— después de haber caído donde estoy.

Pierre me miró largamente y hería el silencio espeso reproduciendo con los golpes de sus dedos sobre la mesa, letras del alfabeto Morse, Codovila dibujaba sobre un papel, mientras Nemo entregaba a Jimmy, tratando de que viese, un papel en el que había escrito algo en inglés.

El café negro de Codovila vaheaba enfriándose.

—El Pacto Germano-Soviético —dijo Pierre en tono de discurso, poniéndose de pie y echando a caminar— obedece a una necesidad histórica. No es un capricho del Destino, ni es una resolución meditada y alambicada por Stalin y por Hitler. Es un mandato imperioso de los acontecimientos, que tenemos la obligación de obedecer, si queremos evitar que la Unión Soviética se vea envuelta en una guerra sangrienta y destructiva. Tal vez no exagere al decirte que quizás se trata hasta de salvar la Revolución de Octubre.

Pierre se calló y me miró de nuevo, esperando que le respondiera o le objetara. No dije nada; le devolví una mirada tranquila saturada voluntariamente de impasibilidad.

—¿No estamos suficientemente preparados para una guerra! —exclamó y en su acento había algo de lacrimoso— y esto ha sido probado en España y en Finlandia; tú conoces la deficiente calidad de la producción soviética. Aunque todos los cuidados se han volcado en la industria bélica, a pesar de que todos los sacrificios son arrojados en la hoguera donde se funden nuestros armamentos, hay fallas muy graves; hay debilidades muy serias. Tenemos una artillería tan buena como la mejor de Alemania, Inglaterra o Francia o Checoslovaquia; pero, amigo mío, es deficiente nuestra aviación, son deficientísimos nuestros medios de transporte: todos, sin excepción. Tenemos algún buen tipo de tanques, pero muchos otros, malos y el resto muy malos. En España los viste.

Hizo una pausa, avanzó hasta la ventana y continuó:

—Es claro que disponemos, como nadie del factor hombre. Millones de hombres y mujeres; decenas de millones de soldados. En cualquiera circunstancia, nuestro frente podrá ser débil y vulnerable en armamentos, pero será un gigantesco y aplastante hormiguero, en material humano: olas de hombres, montañas de hombres... sí, como esta cordillera dijo, señalando hacia la inmensa mole de los Andes nevados que se alzaba como una muralla de la ciudad de Santiago. ¿Crees que Stalin, que los bolsheviquis, vamos a cometer el error de lanzar a esa inmensa masa humana a la guerra ahora? ¡No, camarada, no...! Que ellos se rompan los cuernos y se extraigan mutuamente los hígados; la Unión Soviética debe reservarse para el porvenir, para la hora final, para el golpe de gracia.

Sentí que la indignación me sacudía con violencia. Tenía cólera y sentía la irresistible tentación de expresarla, a pesar del propósito de imposibilidad que me había forjado.

—Lo que quiere Stalin y los rusos —repliqué— es que los pueblos del mundo seamos convertidos en cipayos de Rusia, en cipayos de Stalin.

Jimmy pidió la explicación de la palabra cipayo.

—Soldado hindú del ejército inglés, explicó Nemo.

—El otro sentido —insinué— cipayos, los soldados que combaten y matan y mueren por el engrandecimiento y la victoria de otro. Y lo que Pierre está sosteniendo aquí es que por la estabilidad del régimen de Stalin, debemos combatir los latino-americanos hasta el último indio; los chinos hasta el último coolí; los españoles con gitanos y todo y los hindúes, italianos y cochinchinos. Todos, todos, menos los rusos.

—Los camaradas rusos ya hicieron la revolución —intervino Codovila— a nosotros nos toca defenderla y para eso no hay otro camino que seguir la política que tan sabiamente traza nuestro camarada Stalin. Y continuó con el insoportable majamiento de lo que se hacía repetir a los desventurados rusos sin cesar.

Sonreí burlesco y musité:

—Tú no harás otra cosa que majar sobre lo mismo.

Pierre intervino acentuando con energía:

—¡Cipayos! Soldados que combaten y matan y mueren por la victoria de otro. Bien ¿y qué hay? ¿Por qué no han de ser Polonia o Turquía o Finlandia o la China, el escudo de la Unión Soviética? ¿Por qué ha de ser preferible que mueran rusos y no árabes o manchurianos, indonesios o americanos? ¿Por qué...?

Y Pierre me miró desafiante por primera vez.

—Porque si se trata de defender la libertad del hombre en el mundo, luchando contra el nacismo y venciénolo —repliqué con vehemencia— es inconcebible, es monstruoso, que la Unión Soviética rehusé de esta manera el combate y se alíe con los nazis precisamente en el momento en que los otros van a luchar

contra ellos. En los hechos, Stalin está ayudando a Hitler; mientras Hitler incendia el mundo, Stalin le acarrea el combustible. ¡Y eso es alianza con el fascismo!

Codovila se alzó gritando, pero Pierre le obligó a sentarse.

—¡Alianza con el fascismo...! —repitió Pierre con pasmosa tranquilidad— he aquí lo craso de tu error. La Unión Soviética acaba de firmar un pacto. Pues te declaro aquí que ese pacto se romperá el día que a la Unión Soviética y a Stalin les convenga romperlo. Lo cumpliremos en función de nuestra debilidad; si somos más fuertes que nuestro pactante, en un momento dado, pues no tengas cuidado, sea quien sea, no solamente no le cumpliremos lo pactado, sino que le obligaremos a tragarse el pacto con firmas, sellos y cintas diplomáticas. Tienes que comprenderlo bien, de una vez y para siempre: entre ellos, —el mundo capitalista— y nosotros —los bolsheviquis, los comunistas,— no hay sino una cuestión y ésta es una cuestión de fuerza. ¿Lo entiendes? de fuerza, de violencia... esa gran partera de la sociedad moderna.

—¡Formidable —exclamé, dejándome arrastrar— cuando es necesario oponer, para salvar la libertad de los hombres, la violencia socialista a la violencia nazi, la Unión Soviética, los rusos y Stalin renuncian a las fantarronadas sorelianas y se tornan corderilmente pacifistas y amigos de Hitler. ¡No Pierre; eso es una estafa; un engaño; una pillería...!

Jimmy se había levantado de su asiento. Avanzó hacia la chimenea y movió con el badil los trozos de leña encendidos, amontonándolos y arrojó nuevos troncos para avivar el fuego. Al trasluz rojo de las llamas, el rubio cabello de Jimmy parecía un cepillo.

—¡Estafa, engaño, pillería...! —repitió Pierre— Bueno, pero ¿a quién se engaña? ¿a quién se estafa? No se trata de engañar a los obreros, no. Si se logra embaucar a los imperialistas, a los lores, a los grandes magnates... ¿por qué no? Si son tan estúpidos para creer seriamente en pactos, tratados y papeles, pues allá ellos, que se hundirán más pronto. No sé si el que pacta con nosotros, con la Unión Soviética y los comunistas, sabe a lo que se expone; yo sí lo sé. Y esta es mi ventaja, a la que no voy a renunciar.

Se mojó los labios en el vaso de whisky sin llegar a tragar un sorbo, y prosiguió enfático y ardoroso:

—¿Quién cree en pactos ni en tratados, camarada? Todos ellos no son sino como ciertas leyes que han sido establecidas para que las cumplan los pobres diablos, los que carecen de fuerza. Lo que tienes que pensar siempre camarada es que Stalin y la Unión Soviética pactarán con el diablo y con la suegra del diablo, pero siempre dispuestos a clavar al pactante la puñalada por la espalda.

te la bellaquería de una moral relativista, que se estira y se afloja a gusto... y según las circunstancias. Tú sabes bien que el marxismo para los comunistas se ha convertido en putridez...

Me callé, sollozando y se hizo un prolongado silencio. Jimmy permanecía impassible, con el rostro terso y la mirada fija, sin decir palabra.

—Mira camarada —insinuó Pierre con suavidad exquisita— te encuentras en un estado de exaltación lastimoso, que comprendo y que disculpo pero de modo total. Necesitas discutir esto con amplitud y con calma; tienes necesidad de descansar, de serenarte, de obtener tranquilidad. La lucha, amigo, te ha roto los nervios; las prisiones te han vuelto neurasténico; has sacado una aguda psicosis de las cárceles. Y lo que necesitas es reposo, descansar, librarte de preocupaciones...

—Gracias por el consejo Pierre —dije con sequedad, sin acritud.

—Te ofrezco una solución —acentuó con acento piadoso— te la ofrezco como amigo tuyo, en reconocimiento de tu labor, de tu sacrificio, de la abnegación con que has servido al Partido. ¿Quieres ir a Moscú a discutir todo esto, pero antes que nada a descansar...? En un sanatorio de Crimea, o en Sochi, o donde quieras. Si lo deseas, Jorge Dimitrov, que te estima sobremediana, puede garantizar tu estada...

Hablaron Nemo y Codovila subrayando la bondad de la proposición.

La suavidad era sedosa y las voces se habían hecho tan insinuantes, que entré en el juego de ver hasta dónde se llegaba...

—Pero —objeté— viaje a Moscú en plena guerra... ¿por dónde...? Es tener que atravesar el mundo de un extremo a otro... y parece que se olvidan de que el mundo está ardiendo... o vá a arder... por todos lados...

Estas palabras tuvieron efecto hasta sobre la impasibilidad de Jimmy. El rostro de tres de los cuatro hombres se iluminó; Pierre mismo estaba transfigurado; Codovila sonreía como una de esas cabezas de ángel de algunos cuadros renacentistas; Nemo estaba tierno, con las palmas de las manos abiertas, casi en cruz. Sólo Jimmy bebía el whisky solo, indiferente a la conversación.

—Todo se arreglará del mejor modo —aseveró recobrando su aplomo Pierre—. Si deseas puedes llevar a tu esposa; hay dos camaradas chilenos que deben salir dentro de poco; podrían acompañarse y salir juntos.

—Andrés Escobar será uno, —apuntó Codovila.

Como grueso telón después de un acto teatral, cayó un opaco silencio.

—¿Qué dices? —preguntó Pierre— ¿Aceptas la oferta de la Internacional...? ¿O querías tomarte tiempo para pensarlo?

—Mira Pierre —dije con honda carga de emoción en las palabras— lo tengo pensado y decidido hace mucho. No me evadí antes del partido, porque estábamos trezados en una pelea campal contra el naciismo; ahora que ellos y ustedes se han metido dentro de la misma bolsa, pues se acabó... ¡Se ha acabado, Pierre...! No creo en tu socialismo ensangrentado y sangriento; Stalin me inspira el odio y el asco que cualquier tirano, que cualquier bandolero cobarde, que hace matar por la espalda; estoy convencido por hechos que el régimen soviético es un sistema monstruoso de extorsión, de envilecimiento humano, de privación total de la libertad, de injuria permanente al pensamiento, a la cultura, a la inteligencia.

—¡Te vas a callar de una vez! —gritó Codovila, golpeando la mesa.

Me encolericé; sentía que temblaba; tenía que descargar la tempestad que hervía en mí.

—Sí, eso es lo que hiciste con Mella, con Nin, con los otros. Hacerles callar. ¡No me callaré...! Stalin ha impuesto en Rusia y quiere imponer al mundo un régimen de sangre, de bajeza, delación y barbarie. Ha hecho retroceder la cultura rusa mucho más atrás de Iván el Terrible. Ha liquidado la cultura.

—Gladkov, Fadeiev, Erhemburg... —intervino Nemo.

—No hablo de propagandistas de un régimen dictatorial, a quienes se paga bien por su trabajo, y que tratan de eclipsar la criminalidad del régimen con el himno pomposo a las obras materiales. Hablo de novelistas: de hombres como Tolstoi, como Gogol, como Turgeniev, como Dostoyewsky, como cien más. ¿Dónde están? Stalin los ha ahogado en charcos de sangre humana.

Quiso interrumpir Pierre, pero continué gritando:

—En veinte años de revolución socialista no hay un solo músico digno de tal nombre. Y esto en la tierra de Tchaikowsky, de Borodin, de Musgorsky, de Rimsky Korsakov, de Stravinsky. No tienen un solo poeta que pueda lustrarle los zapatos a Puschkin. Stalin y su N.K.V.D. han matado el arte escénico. Han constituido comités formados por patanes como críticos, comisarios políticos y superintendentes soviéticos del drama, del ballet, de la sinfonía y de la orquesta. ¡Peor que Hitler...!

Estaba fatigado, tenía la boca reseca y la garganta ardiente. Me agarrataba un invencible deseo de llorar, de lanzar afuera mi desesperación íntima en un sólo grande y largo alarido.

—¡Es lástima, te lo digo con toda sinceridad, oírte hablar de esta manera! —dijo Pierre poniendo el aire de un médico que atiende un caso desesperado.

—De veras —exclamé casi entre sollozos— es lastimoso haber llegado a este miserable estado; haber soportado el hundimiento en sangre humana, del partido comunista alemán; haber

aguantado el sacrificio de miles y miles de españoles, en cuya carne el señor Stalin hizo probar las armas que sirven para imponer su tiranía; haber soportado sin gritarlo a todos los vientos que haya convertido a Rusia en un campo de concentración inhumano. Es un estado miserable, sin duda, haber otorgado sacrificios, sufrimiento, martirio, nada más que para la consolidación de un infame régimen policíaco, en donde el hombre es un sucio pingajo despreciable.

—No puedes hablar así, camarada —gritó Nemo— estás diciendo lo mismo que un contra-revolucionario.

—Me importa un pucho lo que quieran llamarme. Estoy hartito. He soportado toda esta infamia por miedo al triunfo del fascismo; ahora que están aliados, pues al diablo todos... se acabó... ¡Al cuerno Stalin y toda su pandilla...!

Pierre hizo una señal a Jimmy y ambos se retiraron a un rincón del lado de la chimenea a conversar en secreto.

Tras algunos minutos, ambos retornaron a sus asientos. Pierre dijo con voz firme:

—No me has convencido de que tu resolución viene desde muy atrás. No has convencido a nadie. Tus resoluciones la has adoptado recientemente, nadie sabe por cuáles causas... ¡en fin...!

—Por favor Pierre —le dije con dureza— todo esto es una farsa descarada, una comedia écnica.

—Decirlo es fácil, —dijo como un alfilerazo Codovila.

—Y probarlo es tanto más fácil aun —repliqué— vean ustedes una prueba, un hecho; aquí, Stalin, o el Komintern, necesitan enviar una delegación para imponer sus directivas en América Latina y escoge cuatro hombres. Helos aquí: Pierre, que es como le llamaron siempre, los Ojos y Oídos de Stalin; el camarada Jimmy, representante del partido comunista más minúsculo del mundo, si se tiene en cuenta la población de los Estados Unidos, su electorado, los grupos sociales que se interesan por la política, el número de trabajadores organizados...

—Se llama "Worker's Party" camarada —interrumpió Jimmy— que quiere decir Partido de los Trabajadores, de los Obreros. Y el gringo se expresó en un castellano bastante aceptable y perfectamente inteligible. ¡Y yo, pensando que no entendía mucho!

—La etiqueta no hace el whisky, camarada Jimmy —repliqué—. Su partido es hijo del Komintern y hermano de todos los partidos comunistas, aunque se llame Tío Sam. Y lo objetivo es que Ud. representa al partido comunista más chiquito del mundo. Al camarada Jimmy lo acompaña Codovila, del partido más pequeño, más dividido y más inútil de América Latina; y a Codovila, le acompaña Nemo, gigantesco ciudadano de Túnez, en donde no existe partido comunista y en donde no hay comunista ni para

poner un emplasto. A excepción de Pierre, los tres generales sin tropas. Y estos son los hombres de confianza del Komintern. Y se vale de ellos porque son la pasta dócil que amasan Stalin, Manuilsky y nuestro amigo Pierre. Son los Gottwald, los Mao Tzé Tung, los Kuussinen, o tipos zamarros como el viejo Pieck.

—Estoy asombrado de la forma en que discurre —aseveró Pierre— estás pensando de modo estático, sin mirar el fenómeno en su proceso. Hoy día, el partido americano, el partido argentino, pueden ser muy pequeños, pero olvidas que están alimentando el fuego sagrado, que están manteniendo la brasa para que no se extinga. Un día cualquiera, quizás después de esta guerra, quizás cinco, doce o veinte años más tarde sobrevendrá la crisis económica.

—¡La crisis general del Capitalismo...! —apunté con sorna.

—Y bien. Lo que se hace ahora es solo preparar la fuerza que se encargará de dar dirección al golpe. Cuando Estados Unidos, Inglaterra, Alemania o quien sea, se debiliten y estén agobiados bajo el peso de la crisis, pues surgirán como insectos las tropas que hoy día no tienen los camaradas Jimmy y Codovila. Estallará el incendio y el papel de nuestros Estados Mayores será extender el fuego. La brasa de hoy será la conflagración de mañana. Entonces, los imperialistas tendrán ante la nariz la visión maciza de la fuerza. Y bien sabemos cómo los burgueses aman su comodidad, su buena vida, su veraneo y sus fines de semana. Se asustarán; y una vez asustados, pues se rendirán ante los ejércitos que entonces sí comandarán Jimmy, Codovila, Nemo.

—Bien Pierre, estás ya en terreno fantástico. Cuando estos tengan su ejército podrán ser generales; ahora no son sino reclutas que obedecen tu voz y hacen lo que les ordenas. Te basta insinuar algo para que se postren gritando: ¡Habla Moscú, camaradas; habla Moscú...!

Prácticamente la reunión estaba terminada y lo único que había demostrado era su esterilidad.

—Pues bien —dijo Pierre— vamos a terminar. Tú sabes que dentro del partido no toleramos abjuraciones; al que quiere marcharse se le expulsa.

—Lo sé —le interrumpí— lo sé bien y hagan lo que quieran; lo que les plazca. Eso sí, sepan que si me golpean van a ser golpeados.

—¿Has visto la documentación sobre el caso de la dirección mexicana? —preguntó— ¿Sobre la expulsión de Laborde, Camarada y los demás?

—Sí.

—¿Qué te parece...?

Reí con indignación.

—La bellaquería de siempre, —repliqué— si quitamos los mexicanismos es lo mismo que el partido dijo mil veces sobre mil casos de mil personas distintas.

—Bien —dijo Pierre con energía— te propongo que sobre tu caso no se diga nada. Sólo se anunciará públicamente que te retiras del diario. Y, como comprenderás, no te daremos las gracias por los servicios prestados. No te prodigaremos la menor alabanza; al contrario, quizás habrá una pequeña crítica, no un ataque. Ordena con calma la entrega de la empresa periodística, deja funcionando todo y cuando todo marche sin tí, pues te retiras sin dar ninguna explicación, sin hacer comentarios, sin mencionar ningún desacuerdo. ¿Estas de acuerdo?

—Sí, de acuerdo —respondí— pero ¿no será esto como los pactos soviético-imperialistas, Pierre?

—Nada hay peor —sentenció Pierre— que las palabras inútiles.

—Ahora —le dije— el aspecto final de la cuestión... ¿En qué condiciones van ustedes a enjuiciar el caso de mi mujer... la van a expulsar...?

—Eso lo resolverá la dirección del partido chileno, —intervino con brusquedad, Codovila.

—¡No —repliqué— eso se tiene que resolver aquí...! Te aseguro, Pierre que su posición es más enérgica aun que la mía; por ningún motivo se quedará ella en el partido: es su decisión irrevocable...

A la respuesta definitiva procedió un breve coloquio en secreto de mis interlocutores, mientras yo permanecía alejado recogiendo el abrigo y el sombrero.

Pierre avanzó hacia mí diciéndome:

—¡Bien...! Las resoluciones hay que llevarlas hasta sus últimas consecuencias. No se dirá nada contra tí, ni se hará ninguna especie de mención a tu compañera; ella quedará simplemente fuera del partido y no se la tomará en consideración para nada.

—¿No pronunciará expulsión contra ella el partido chileno...? —pregunté.

—¡No...! —replicó con sequedad, Pierre.

—¿No se dirá ni una palabra sobre ella? —volví a interrogar.

—Te digo que no —dijo con voz ronca el ruso— ¡te lo digo yo! —reiteró con fuerza.

Con excepción del de Jimmy, los vasos de whisky estaban intactos; Codovila apenas se había humedecido los labios con el café.

Me confundí en el abrigo, saludé a todos y dije en voz alta:

—¡Buenas noches...!

Nadie respondió. Salí y Nemo me acompañó hasta la puerta.

Sentía el cuerpo lacio; estaba rudamente golpeado por la pesadumbre, pero no pensaba que aquel era un día de mala ventura; al contrario, me sentía sereno y altivo. La situación y la perspectiva se me hacían lamentosas, pero me animaba una aguerriada decisión para afrontar lo que viniese. Me sentía en un desmesurado abandono, pero no estaba triste. En la calle había neviscado —fenómeno raro en Santiago— y comenzaba a llover copiosamente. Nemo cerró la puerta violentamente después que la crucé. El frío era crudo y mordía finamente los huesos. Abarquillé el sombrero, para que el agua cayese por delante y caminé buscando el paradero del tranvía. ¡Al fin, ya estaba fuera del partido comunista...!

¿Estará mintiendo Pierre? —pensaba—. Si cumple, será la primera vez que no digan nada... en un caso como este.

Trabajé por más de un mes en dejar convenientemente arregladas las cuentas y el funcionamiento de los talleres y el del equipo periodístico que había formado; laboré varios días con Barra Silva enseñándole el manejo del diario y pedí una sesión al Comité Central para la entrega definitiva. Toda la documentación estaba ya en poder de los dirigentes chilenos. Un buen día recibí la citación: a la orden del día estaba la cuestión del diario y de la empresa editora.

Fué una noche pesada y una sesión larga y aburrida. La concurrencia de dirigentes era nutrida y mayor que nunca; parecía más bien un Pleno del Comité Central.

Se me concedió la palabra y glosé el informe sobre la situación general de la empresa. Giraba entonces con un poco más de cinco millones de pesos chilenos; hice una relación de las partidas del activo y luego de las del pasivo. Inventarios, cuentas corrientes en los Bancos, balance, cuadros de tiraje, circulación, devolución.

Me dí cuenta claramente de que aquello les aburría y traté de hacer un abreviamento. Yo también deseaba irme; quería terminar y terminar aquella misma noche, ya que mi situación personal se hacía áspera, pues no dirigía la palabra a ninguno de los dirigentes y entraba y salía como un fantasma del taller y de la dirección.

Al filo de la medianoche terminé la exposición y pedí que se me otorgara la aprobación de las cuentas.

Cuando hube terminado, el silencio se hizo molesto, pesado, denso. Contreras Labarca ofreció la palabra: y nadie la solicitó. Otro lapso en el que se encendieron cigarrillos, se cruzaron sonrisas hipócritas y hasta se incitó a hablar el uno al otro. El español Manuel Delicado pidió la palabra.

—Se nos ha hablado aquí de la empresa —dijo— como quien exhibe los libros de contabilidad de un negocio de sedería o de una fábrica de papel. Pero, nada nos ha dicho el camarada sobre

la orientación del diario, sobre su tendencia, sobre la posición política, sobre los grandes silencios que ha hecho y que viene haciendo sobre cuestiones de interés capital para todos los trabajadores... sobre las razones que ha tenido para no escribir una sola línea desde que regresó de la casa... puedo probar que no ha escrito una sola frase... —y añadió con rotundidad:— Y esto es lo que el Comité Central quiere saber.

Volvió a hacerse el silencio. Deliberadamente no respondí, de modo que la situación se tornó tirante. Contreras Labarca me invitó a hablar muy cortésmente.

Delicado se me había hecho insoportable: su quinta-columnismo soviético, su insolencia, su grosera pedantería.

—No tengo nada que decir —exclamé con voz clara— he expuesto lo que debía exponer; lo que se relaciona con el trabajo que yo he realizado y sobre el cual debe pronunciarse el comité central. A mi no me interesa en absoluto lo que pueda interesarle a Delicado: lo que me interesa es que aprueben el balance.

—¡Aquí debe hacerse autocrítica —gritó Delicado— y yo exijo que ella se haga!

—Si amas la autocrítica —repliqué burlescamente y sin que se me concediese la palabra— haz la de tu responsabilidad propia en el desastre de España.

La tempestad que se estaba acumulando estalló. Todos hablaban a un tiempo; los gritos venían de todos lados; Delicado estaba blanco y tiritaba. En estado semejante debía estar yo también.

Contreras Labarca impuso el orden y me pidió que presentase mis excusas, pues había ofendido la memoria de los combatientes españoles.

—¡Basta, hombre...! —grité— no sean niños, ¿hasta cuándo los oportunistas van a querer vivir del heroísmo de los que se batieron? ¡No hay excusas... todo esto me dá asco...!

Volvió a estallar la tempestad de voces, las exclamaciones y las amenazas. Algunos suplicaban que se discutiese con serenidad; estábamos entre camaradas y, lo más sugestivo, es que no había ninguna cuestión importante en discrepancia.

—Pido —exclamé— que se vote la resolución sobre el balance. ¿Se aprueba o no? ¡No me interesa más...!

De nuevo se alzó el vocerío.

—En esto tiene que intervenir la Comisión de Control.

—Tú no puedes pedir que se vote lo que tú quieres.

—De esta actitud tendrás que rendir cuenta al partido...!

Recojí lentamente los papeles que tenía delante, cerré el portafolio y, antes de lanzarme hacia afuera por la puerta más cercana, les dije con voz ronca y ásperamente:

—¡Buenas noches...!

Casi llegué a sentir la sensación de más de una treintena de miradas absortas, coincidiendo sobre mi nuca, en vez del tiro de la N.K.V.D. Ninguno se atrevió a detenerme, ni a proferir una injuria, ni siquiera a pronunciar una palabra. Los miembros del Comité Central y los comunistas españoles que gozaban de privanza en el comando chileno, estaban bien informados sobre la ruptura que se había producido con la Delegación del Komintern.

Esperé con ansiedad y paciencia, la resolución en la que se decretaría mi expulsión de las filas comunistas. Tenía la seguridad rotunda de que cualquiera mañana un texto muy largo, lleno de calificativos inmundos, aparecería publicado en el órgano comunista. Pese a la promesa de Pierre, la norma ecuménica del Komintern tenía que cumplirse. Así se acababa de proceder con la dirección integral del Partido Comunista de México, donde la Delegación del Komintern había reemplazado a Hernán Laborde por el anónimo Dionisio Encina. La resolución por la que se expulsaba a Laborde, Campa y los demás, iba a ser lanzada en el diario comunista, y había sido editada ya en decenas de miles de folletos que se distribuían profusamente por toda la América Latina. Con mi caso, no podían hacer una excepción. Y cada mañana, aguardaba el ataque.

Ninguna expulsión era guardada en secreto, jamás. La norma rigurosa del Partido Comunista era el escándalo tempestuoso desatado contra el réprobo. Su política consistía en convertir al expulsado en un "palo de gallinero" de modo que nadie pudiese servirse de él, ni él pudiese servir a nadie, ni para nada. Como pasaran las semanas y los meses y el Partido Comunista y la Delegación del Komintern guardasen completo silencio, me persuadí de que mi caso había sido elevado a Moscú.

Pierre partió de Santiago, lo mismo que Jimmy; Nemo estaba arreglando su viaje inmediato; sólo quedaría Codovila acompañado del paraguayo Creydt, su ayudante. Todo esto me ratificó en la idea de que mi expulsión y la resolución respectiva sería redactada bajo la mirada picareca de Manuilsky en persona.

Meses más tarde, Codovila y los dirigentes chilenos hicieron venir desde el Perú a una delegación comunista, a fin de que se entrevistara conmigo. La presencia de hombres que se han batido en las mismas trincheras con nosotros, que han padecido y que han sufrido en nuestra compañía, emociona siempre, removiendo algo como sedimento fraternal que deja en el alma la hermandad en el combate. Ellos no tenían culpabilidad alguna en todo lo que acontecía; al contrario —pensaba— si algún culpable hay entre nosotros, ese era indudablemente yo.

Mi situación ante ellos se hizo difícil por el entrecocar de sentimientos. Me dolía que me creyesen desertor: me importaba poco o nada lo que pensasen o dijese el Komintern, Manuilsky, Pierre, Codovila y todos los dirigentes chilenos. Pero, me era do-

loroso que me juzgasen tráfuga, o simplemente “pequeño-burgués que se ha cansado de luchar” como afirmaba Codovila, aquellos hombres a quienes yo había arrastrado al comunismo, y que me habían seguido con buena fé, confianza y cariño.

Se me ocurrió algo que me pareció genial, oportuno y útil.

—Estoy dispuesto a discutir ampliamente mi caso —les aseguré— con los dirigentes chilenos, con Codovila y con los delegados del Komintern que estén en Chile; la discusión se realizará ante ustedes. Planteen esto y señalen día, hora y lugar para la discusión. Les aseguro que será una batalla campal que vá a enseñarles mucho.

Realizaron insistentemente la gestión. Toda posibilidad de discutir fué rechazada. Y el Partido Comunista Chileno y Codovila y la Delegación del Komintern y el Komintern, guardaron profundo silencio sobre mi abandono de las filas comunistas.

Pierre, “ojos y oídos del Kremlin”, había cumplido su promesa y la había hecho cumplir.

Sólo dos años más tarde, perdida toda esperanza de rectificación de parte mía, fracasados los múltiples intentos de obtener mi retorno al redil, los dirigentes chilenos Contreras Labarca, Ricardo Fonseca, Andrés Escobar y Vargas Puebla, fueron comisionados a viajar al Perú y a dictar allí oficialmente mi expulsión del partido comunista. Fuí invitado a defenderme o a designar la persona o personas que me defendiesen; invitación que me fué enviada de modo oficial. Mi respuesta fué verbal.

¡Hagan lo que quieran. Eso sí no olviden que estoy resuelto a devolver golpe por golpe...!

Al abandonar las filas comunistas hube de enfrentarme a una ruda lucha contra la miseria total. Me resultaba extraordinariamente difícil cambiar mi situación de desocupado y empezar a rehacer mi vida trabajando ya en el comercio, ya en la industria o en el periodismo. El Partido Comunista me cercó; era un acorralamiento implacable, imbuído de verdadera ferocidad. Quienquiera que me prometía o me daba trabajo recibía inmediatamente el asedio del partido comunista, la amenaza violenta y la intimidación, junto con la denuncia de mi tremenda peligrosidad. Y a cada nuevo esfuerzo que realizaba, me encontraba con el obstáculo más alto aun que el anterior, levantado por la dirección comunista.

Salir de Chile, emigrar a otro país —pensaba— pero ¿cómo?, ¿con qué?, si carecía hasta del valor del pasaje para pagar un tranvía. El Partido Comunista empleaba contra mí el poderío que yo mismo le había forjado. Y mi sentimiento de culpabilidad se engrandecía, cobraba magnitudes infinitas y me aplastaba psíquicamente hasta un límite que se me hacía inaguantable.

Volví los ojos hacia el periodismo y me ofrecí para trabajar duramente por salarios miserables; las empresas periodísticas y los editores rehusaban mis ofertas, tanto por mi filiación cuanto por el riesgo que corrían de sufrir ataques del poderoso partido comunista chileno. Mis amigos radicales no deseaban ganarse la animadversión del comunismo por ayudarme a salir del atolladero en que había caído. Lo sentían mucho, de veras lo sentían, pero, la razón política los obligaba a no proporcionarme trabajo y a no tener relación alguna conmigo. Les resultaba peligroso.

Los propietarios del diario “La Opinión”, antiguos amigos y aliados de los comunistas, se distanciaban más y más de su política. Y este distanciamiento hizo posible que ingresase como redactor en el diario de Juan Luis Mery “La Opinión”. Allí fué donde, una madrugada, sentí renacer en mí la esperanza tan férvidamente alimentada antes, y la que yo creía para siempre muerta. Me sentí sacudido como por un vendabal, que soplase sobre mis nervios como sobre un haz de juncos.

Hitler, a pesar del pacto, procediendo con criterio análogo al de Stalin, había atacado Rusia aquella madrugada: las divisiones “panzer” rodaban sobre Stolpe, sobre Baranowitz, rumbo a Minsk, a Kiev, a Dniepopetrovsky. Desde aquellos instantes, Rusia estaba combatiendo contra el nacismo, al lado de Inglaterra y de los Estados Unidos. Yo sabía bien que los partidos comunistas abandonarían de modo fulminante su rabiosa posición anti-imperialista de la víspera, su cínico celestinaje pro-hitleriano del día anterior, para volver a la línea de combate anti-fascista.

Cuando sobrevino el ataque a “Pearl Harbor” acudí como un voluntario a la Embajada de los Estados Unidos en Chile, para ofrecer mi colaboración en la lucha. Trabajé activa y energíicamente durante cuatro años con Biddle Garrison, con Lester Ziffren y con Tomlinson, que se hallaban al frente de la campaña de prensa. Ya no era más un comunista, sino sólo un anti-fascista que trabaja al servicio de la misma causa por la cual estaba combatiendo el pueblo de los Estados Unidos. Pese a los esfuerzos que realizaron mis antiguos camaradas para que se me eliminara, seguí prestando mi colaboración hasta el día mismo de la caída de Berlín.

La victoria sobre el naci-fascismo repercutió con recia hondura en la política peruana. El Gobierno que presidía don Manuel Prado abrió las puertas a todos los exiliados, sin excepción; se me autorizó a retornar legalmente a mi país y fuí invitado a hacerlo.

No podía abandonar Santiago de Chile, a causa de mi pobre situación económica; carecía de dinero para el pasaje y debía antes vender los pocos efectos que poseía nuestro hogar. Hice conocer al Gobierno peruano mi situación y solicité que se me

repatriara. En respuesta, recibí la orden de tres pasajes por avión, para mí, mi esposa y mi pequeña hija Marcia.

Y arribé a mi patria, tras larguísima ausencia, en la víspera de las elecciones de 1945. Triunfaba la candidatura del doctor Bustamante y Rivero, enarbolada por Haya de la Torre y el Apra.

RETORNO A LA TIERRA NATIVA

EL HUNDIMIENTO del nacismo y del fascismo en un ocaso sangriento, se alzó como espectro diabólico ante el corazón de los dictadores latino-americanos, de sus policías, de sus queridas, de sus agentes y trafagantes. Cada cuál entonces entusiastas y fervorosos interludios, el más devoto himno que se haya cantado a la Democracia.

En el Perú se alzó una tempestuosa psicosis demagógica. La voz y el acento de Moscú eran reproducidos con furia, por las más extrañas gentes. La Alianza Popular Revolucionaria Americana y el Partido Comunista competían, en ardoroso abarragamiento, en las promesas al pueblo, en las demostraciones de amor a la Unión Soviética, al Ejército Rojo y al gran Stalin, en la agresividad militante contra los afortunados y los ricos. Apristas y comunistas, desarrollaron esfuerzos fecundos para obtener dividendos en el negocio en el que los otros habían puesto su sangre y sus vidas. Los comunistas se colgaban de las correas de los Mariscales soviéticos, tratando de percibir los intereses de las batallas de Stalingrado, de Moscú y de Berlín. El apra y todo el izquierdismo de pacotilla, vocinglero, inconsecuente y ramplón estuvo presente en aquel momento pidiendo su parte en la operación liquidadora del fascismo. Y ponían tal devoción en sus gritos que se llegaba a dudar si estos hombres habían puesto efectivamente su sangre en la victoria.

Los más estrafalarios y los más sugestivos fueron los terratenientes y latifundistas del altiplano, los señores feudales de la serranía, quienes soportaban el escalofrío proveniente de la idea de la partición de sus inmensas propiedades improductivas, en parcelas de pequeños propietarios, libres de terrazgo y servidumbre. Era sugerente y paradójal oírles apostrofar, con solemnes y venerables palabras soviéticas contra el capitalismo, clamar por la socialización de las industrias y protestar contra la explotación del hombre por el hombre. ¡Esta era la revolución de los gamonales...!

Para el terrateniente andino en el Perú, el mayor enemigo de la Humanidad es el que inventó el salario. Y esto a causa de

que ellos hacen trabajar a los indígenas en sus feudos, sin pagarles nada. Es la "corvée" anterior a la Revolución Francesa. Por esto, lo peor que existe para estos terratenientes del altiplano peruano son las haciendas que producen caña de azúcar y algodón en la costa, donde los cultivadores pagan salario a los trabajadores, les suministran carne y cumplen las leyes del trabajo.

Amalgama social abigarrada y estrambótica, en la que pululaban todo género de personajes que, hasta la víspera habían colaborado con los dictadores, constituyó en 1945 una especie de Frente Popular, bajo el comando mancomunado y fraterno del ex-dictador Mariscal Oscar R. Benavides y del jefe aprista, Víctor Raúl Haya de la Torre. Y este concubinaje político, en el que no faltaron los comunistas, proclamó la candidatura a la Presidencia de la República del doctor José Luis Bustamante y Rivero. Hombre sin relieve político alguno, escritor acicalado, abogado de provincia, alérgico a las grandes ciudades y al mundo que las habita, no era el protagonista adecuado del drama peruano. No obstante, la tensión del momento y el dramático antagonismo de las circunstancias lo señalaron como una resultante forzosa, como una especie de ineluctable destino.

Jamás, como en aquella ocasión, se alzó más alto el clamor fervorosamente democrático y nunca se forjó con más vastedad y pertinacia un sistema terrorista análogo al de los "fascios di combatimiento" o al de las Tropas de Asalto. El triunfo del doctor Bustamante y Rivero, que pareció inaugurar un nuevo tiempo en la vida nacional peruana, no fué administrado por él, —que jamás se mostró capaz de tal administración—, sino por los apristas y por los comunistas. Desde el primer instante, Haya de la Torre desarrolló una política agresiva orientada a obtener el contralor y el sojuzgamiento de todas las posiciones del poder, de los puestos de comando y de los órganos vitales de la Nación. El doctor Bustamante no estorbó en nada la ejecución de este plan funesto que volvió a hundir al país en la ciénaga del despotismo, de donde se le había prometido sacarlo. Los comunistas, por su parte, avanzaron con descaro hacia el cumplimiento de las tareas señaladas por Manuilsky. Y en su labor fueron auxiliados personalmente por los chilenos Contreras Labarca, Ricardo Fonseca, Andrés Escobar y Juan Vargas Puebla, dirigentes conspicuos del Partido Comunista de Chile, quienes se trasladaron a Lima, con la anuencia y el beneplácito de las autoridades peruanas.

El comunismo peruano realizó un magno congreso. Y a su sesión de clausura, el Politburó comunista invitó al propio Presidente de la República, doctor José Luis Bustamante y Rivero.

El Presidente no sólo aceptó la invitación, sino que acudió a la asamblea y pronunció ante ella un discurso de homenaje y

de agradecimiento, saludando al Partido Comunista y pidiéndole su colaboración para el futuro.

¿Por qué extrañas y potentes razones realizaba esta peligrosa acción el doctor Bustamante y Rivero...? ¿Se tornaba inconcebible que no comprendiese la trascendencia de aquel acto y la carga potencial de aquel discurso. No era dable pensar que un inteligente abogado conservador fuese tan escasamente perspicaz, tal silvestremente ingenuo, para no darse cuenta de que los comunistas iban a explotar la intervención presidencial en su congreso, hasta arrancarle la última gota de zumo, hasta dejar la rica veta exhausta.

—¿Por qué hace esto —se preguntaba la gente alejada de la candencia política— si este hombre es católico practicante y devoto, obediente al Papa y a los mandatos de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana? ¿Cómo puede bendecir a un hato de maldecidos por la Iglesia?

Los políticos más perspicaces aseveraban que con su asistencia al Congreso comunista y su salutación entusiasmada, el doctor Bustamante había puesto en manos del partido comunista, a la vez que un rico capital político, una poderosa carga explosiva. Y vaticinaban que, lo uno y lo otro, sería convenientemente utilizado por los quinta-columnistas en el Perú.

Sus amigos hacían esfuerzos por justificar su procedimiento pero se mostraban incapaces de explicarlo. Y, en todas partes, hubo un grueso cúmulo de preguntas que han quedado sin respuesta, sobre este hecho.

Y es que la vanidad enfermiza de los gobernantes latino-americanos, muchas veces su categoría mental de calidad inferior, a menudo, su temor histérico a las reacciones populares, su incapacidad para afrontar con sagacidad, energía y espíritu amplio las demandas y protestas proletarias, les conduce a convertirse en servidores interesados y medrosos del partido comunista y de sus planes. Hipotecan con grave peligro el mañana, para comprar una tranquilidad precaria. Y si tal acción es desarrollada de modo consciente o no, es asunto que no influye en la realización del hecho, ni en la gravedad de sus consecuencias.

El Partido Comunista en el Perú, ampliamente auxiliado por Codovila y por los dirigentes comunistas chilenos, emprendió una vasta actividad a fin de obtener todo el provecho que debía dimanar del fecundante abono lanzado con pródiga largueza por el doctor Bustamante y Rivero. Las masas populares volvieron los ojos hacia el gropúsculo de pobres diablos que, repentinamente, habían sido elevados a la categoría de conductores políticos, por la consagración autorizada de un hombre pulcro, devoto de la Virgen de Caima y del Señor de los Temblores, y además, Presidente Constitucional de la República.

Los comunistas de la vieja guardia, los que se habían incorporado al Partido Comunista bajo mi comando, se acercaron amistosamente a mí, a raíz de mi arribo al país: me traían su descontento, sus críticas, sus protestas contra la dirección. Mas, apenas el doctor Bustamante y Rivero había bendecido con su piadosa mano los rojos estandartes comunistas, el malcontento, el rabión de la protesta, el hervidero de la crisis interna, se desvanecieron. Todos vieron que la estrella comunista, lejos de palidecer, se encendía con los mejores fuegos.

—Cuando el propio Presidente ha venido a nuestro Congreso, tiene que ser por algo —comentaban— tiene que ser, pues, no ha de ser tan sólo por nuestros lindos ojos. El doctor Bustamante es hombre inteligente y se dá cuenta de que el Partido Comunista es la gran fuerza política de mañana. ¡Y siendo así... pues hay que estar con el mañana...!

Mientras los dirigentes comunistas, en sus asambleas de barrio, exaltaban la concurrencia del Presidente a su asamblea, los obreros menos tocados de fervor comunista, mascullaban con lógico sentido práctico:

—Si el Presidente de la República vá a saludar a los comunistas es porque les estima, porque necesita su colaboración y... porque está dispuesto a corresponder a esa colaboración... Y siendo así, pues a los obreros nos conviene acercarnos al Partido Comunista, para que nos sirva en nuestras reclamaciones, para que le pidan al Gobierno algunas ventajas, para que nos consigan algunos beneficios, aunque sean pequeños.

—Lo del comunismo, a mí no me interesa —clamaba el trabajador sin partido político— pero sí me interesa el pan de mis hijos. Si el comunismo tiene amigos en la Corte de las Mercedes y consigue algo para mí, pues yo no haré sino arrimar el ascua a mi sardina o mi sardina al ascua.

Es de esta extraña manera que el doctor Bustamante y Rivero ha sido uno de los más eficientes colaboradores de la causa comunista en el Perú. Es cierto que en esta labor no estubo ni está solo en América Latina y en el Perú. Hay numerosos gobernantes y, mucho más numerosos aun, aspirantes al poder, que actúan como él. El método es de asombrosa simplicidad: se declara fuera de la ley al partido comunista, adoptando una postura insospechable. Y luego, se otorgan posiciones, ventajas y prebendas a los comunistas: así el contrabando pasa en sigilación, en la sombra y al amparo de una bandera que otorga todas las seguridades a los filibusteros de la quinta columna soviética. Hay países en América Latina donde el Partido Comunista está legalmente proscrito, pero en cuyos parlamentos se sientan, como representantes y colaboradores de los Gobiernos, comunistas sacramentados y refrendados, que cumplen los mandatos de Moscú. Los Gobiernos y los gobernantes se sirven de ellos, sin duda,

pero ellos a su vez se sirven del Gobierno y de sus altas posiciones para cooperar en los planes moscovitas.

Muy amplios fueron los sectores a los que movilizó el discurso del Presidente Bustamante en el Congreso Comunista: empleados, intelectuales, estudiantes, profesionales, se apresuraban a ingresar en las filas de la quinta columna soviética: el apóstol de esta pesca milagrosa amparaba con su augusta sombra el crecimiento insospechado del Partido Comunista.

Sentí como un deber salir al frente, denunciar el avance del comunismo, atacar sus más acerasdas posiciones, arrancarle la máscara y dejarle ver el rostro. Me sentí responsable de la creación de un monstruo y sentí el aguijón del deber de librar a mi país de él: había cometido un grueso error y debía a mi pueblo una reparación. Llegué a la conclusión de que no solamente debía emprender el ataque, sino además que podía hacerlo, puesto que —como dijera Martí— “yo había vivido en el seno del monstruo y le conocía las entrañas”. Pero, no deseaba reiniciar ninguna especie de actividad política; no deseaba aparecer como anti-comunista.

De otro lado, la Alianza Popular Revolucionaria Americana mostraba abiertamente sus métodos terroristas, su conducta anti-democrática, su decisión brutal de cancelar todo vestigio de libertad humana en el Perú. Turbas armadas, bandas de asaltantes, imperio de la cachiporra, del puñal y de la pistola. La amenaza sobre la cabeza de cada opositor en cada mañana, el miedo sembrado cuidadosamente en la conciencia de todos los timoratos, la demagogia desbordante contra los ricos y en favor del reconocimiento de la Rusia Soviética y del establecimiento de relaciones diplomáticas con el Perú. La prensa aprista publicaba editoriales de homenaje a la libertad del ciudadano y a la dignidad del hombre, mientras pandillas armadas por el Apra recorrían los locales obreros, los sindicatos, los clubs y organizaciones de toda índole —culturales, deportivas, masónicas, sociales— golpeando, intimidando, aterrorizando, sojuzgando a la gente vacilante u opositora. Era un nazismo harapiento, tarado, cargado de ridículo pero también de sangre.

La Alianza Popular Revolucionaria Americana, al mismo tiempo que proclamaba su divorcio del comunismo, se hacía el tenaz y agresivo empresario de la vasta empresa moscovita y se convertía en el vigoroso cargador de los arietes fabricados por el Kremlin. La ojeriza y el rencor del pobre hacia el propietario privado como el establecimiento del régimen de la propiedad privada en la sociedad y son tan antiguos como la lucha de clases exaltada por Carlos Marx a la categoría de motor de la dinámica de las fuerzas sociales. Mas, esta ojeriza y este rencor han sido fundidos en odio, organizado, espesado, repleto de amargura, por los comunistas; son los comunistas quienes han ubicado al

rico en la categoría de relapso, de réprobo, de elemento inservible y pernicioso para toda obra de libertad, democracia o solidaridad humana, de personaje merecedor tan sólo de la condena eterna. Y de la implantación de esta teología, de su encapamiento en el corazón de las multitudes atrasadas de América Latina, se han encargado no los comunistas solos, sino de modo principal, las organizaciones políticas demagógicas como la Alianza Popular Revolucionaria Americana, los coroneles que tardan demasiado en ascender a generales, los generales que ambicionan éxito para su golpe de mano sobre el poder, los elementos de las clases medias de la sociedad, que carecen de perspectiva segura y cuya posición económica les demora o les cierra el paso hacia los altos destinos a los cuales se sienten llamados.

La Alianza Popular Revolucionaria Americana, que había adoptado para entonces el apodo de Partido del Pueblo, tenía ante sí —entre su éxito electoral y su triunfo plenario— la vía abierta y limpia de obstáculos. Pero, el caracterismo de Haya de la Torre y de su criatura no era seguir las vías democráticas. El libre funcionamiento de la libertad ciudadana, el respeto de la dignidad humana, estaban mucho más acá o mucho más allá de aquel “desborde de la moralidad” que profesaba Víctor Raúl. Y el desborde se hizo presente en la hora misma de la embriaguez multitudinaria: casi una decena de representantes legítimamente elegidos, fueron arrancados del Parlamento, por la socialista y bajo amenaza, para dejar lugares vacantes a candidatos apristas legalmente descalificados o que no habían logrado alcanzar los sufragios requeridos. Este procedimiento inaugural, fué el anuncio de lo que iba a sobrevenir más tarde. El movimiento que había triunfado gracias a la influencia que ejercía la victoria de los soldados de las Naciones Unidas, se degradaba, se envilecía y demostraba que no había venido a destirarizar al país ni a su pueblo, sino que —al contrario— estaba allí como heredero dinástico del despotismo, de la violencia, del desvalijo.

Al socaire de la borrasca demagógica del aprismo, se desarrollaba la actividad comunista, auspiciada desde fuera por Vittorio Codovila y por la ayuda del comunismo chileno; los emisarios moscovitas llegaban al Perú y los comunistas peruanos —benedicidos por la mano piadosa del Presidente Bustamante y Rivero— empleaban ya una elocuencia hinchada, embetunada con el mismo betún con que son limpiadas las botas del Generalísimo Stalin. Y al hablar, al apologizar, al encomiar su labor de quinta columna, parecía que masticaban, como un chicle, pedazos del mismo betún.

Volví a convertirse en un deber la lucha por la democracia, la acción contra la demagogia moscovita, la campaña opositora del desborde que no significaba sino apoyo popular a la misma vieja política tiránica y anti-democrática.

No deseaba yo volver a transformarme en combatiente. Estaba demasiado golpeado ya para volver a la pugnacidad de una nueva pelea. Pero, la vida es como un destino, como una tracción abisal, como una tentación irreductible e irrenunciable.

Mi país necesitaba un cambio y ese cambio no podía consistir sino en la conquista de una auténtica vida democrática; en la vigencia de la libertad del hombre, en la nobleza del respeto a la vida y a la dignidad humanas. Y todo eso, era aun ideal a conquistar.

En torno a mí se habían agrupado entonces núcleos de obreros, intelectuales, muchachos, que habían repudiado el comunismo y que estaban resueltos a combatirlo. A la cabeza de estos núcleos —por sugestiva y extraña paradoja— se encontraban todos los obreros que habían visitado Moscú, en diversas ocasiones. Parecía como si la visión que habían tenido ante los ojos hubiese operado como inapelable argumento, como fuerza decisoria, obligándolos a evadirse y a transformarse en adversarios. A la mayoría de estos trabajadores me vinculaba una vieja amistad, ya que los más sobresalientes habían formado parte del grupo que forjara y comandara José Carlos Mariátegui.

Estos fueron los hombres que se presentaron ante mí exigiéndome volver a la acción, afrontar el peligro que ververaba sobre nuestro pueblo y sobre su libertad. Proclamaron que estaban resueltos a luchar, no obstante la escasez de nuestra fuerza, y con toda energía exigieron un comando.

—Nadie quiere combatir —exclamaba Julio Portocarrero— el país se hunde en el miedo; no hay partidos políticos organizados, no hay fuerzas cívicas aptas para imponer una vida democrática, de modo que apristas y comunistas se sienten amos de la heredad. Han ofrecido al país cincuenta años de aprismo... como Mussolini. ¡No podemos quedarnos así...!

—Habrá que conformarse —ironizaba Amancio Donayre— pues Hitler les ofreció a los alemanes un milenio...

Sobre la risa que era el festejo de la aritmética de Donayre, se imponía la intranquilidad de Lino.

—Tienen la fuerza y están dispuestos a usarla, sin tener misericordia por nada ni por nadie —anotaba el obrero textil Lino Larrea, antiguo huésped de Moscú—. Han hecho una mescolanza de los métodos de nuestro querido camarada Stalin, con los que ha empleado Hitler; de modo que, dentro de algún tiempo, sabremos por experiencia, lo que soportaron los alemanes y lo que están soportando los rusos.

—¿Qué hacer... entonces...?

—Hacer de tripas corazón y salir al frente a librarles combate —decía Julio Portocarrero— aunque quizás no seamos ya capaces de contenerlos... se les está rindiendo mucha gente.

—Sea como fuere, no podemos quedarnos con los brazos cruzados y la boca abierta —declaraba con la voz apagada y la suave mirada de sus ojos claros— el dirigente obrero Pedro Parra— nuestro deber de hombres es salir al frente, sabiendo bien que estos pegan tiros... y no a los piés, sino a la carótida. Porque, eso sí, hay que saber que esta gente está dispuesta a todo, que no la detendrán los charcos de sangre.

Y se abría un hondo y vasto silencio.

Cuando la disyuntiva es planteada en la realidad exterior, fuera de nosotros, ella viene siempre con una dosis de resignación y de sometimiento ante lo inexorable. Mas, cuando esa disyuntiva se presenta como algo que podemos dejar o tomar a voluntad, entonces sobreviene la tortura de la indecisión. La voluntad se hace péndulo. Se vá y vuelve, perdida ya toda su calidad de proa.

Optamos por combatir. Combatir al aprismo y combatir al comunismo.

Una mañana, al mediodía, cuando la plombagina del pegajoso y mediocre invierno limeño se hacía lechosa, aparecía y circulaba por las calles y por los caminos del Perú, un semanario de cuatro páginas titulado "VANGUARDIA"; todo él estaba dedicado al ataque frontal contra el aprismo y contra el comunismo.

El ataque contra el comunismo adolecía de la gruesa debilidad del apaciguamiento frente a Stalin y al régimen soviético. Las palabras sedantes y pacifistas de Stalin aun ejercían poder sobre nosotros. Creíamos que el mundo no debía dividirse en dos; que sólo debería construirse "Un Mundo" de la ruina de la guerra; que Capitalismo y Sovietismo podían convivir larga y pacíficamente, haciéndose mútuas concesiones, tolerándose democráticamente. Así lo proclamaba insistentemente Stalin. Y entonces nosotros teníamos aun la ingenuidad de volver a prestar fé a sus palabras.

El segundo número del periódico fué desgarrado y quemado en las calles; surgía agresivamente la amenaza; los comunistas abrieron violentamente todos sus fuegos. Fué necesario recapacitar, discutir, fortalecer la fé que era insegura y era débil.

—Lo capital —aseveraba Lino Larrea— es mostrar valor, aunque estemos temblando de miedo: el valor es contagioso; si nos mostramos valientes, despertaremos el valor dormido que hay en la gente. Vendrá la resistencia y puede ser que abramos una brecha, para que otros pasen por ella. Si no hacemos nada, nos abrirán la cabeza con un garrote, como un coco...

—¡Hay que ver —intercalaba Carlos Barrantes, antiguo anarquista— lo que eran capaces de hacer cien anarquistas en Zaragoza: hacían temblar. No somos cien, somos algo más que diez, pero el valor lo hace todo.

Portocarrero cuidaba más la posición política y sentenciaba:

—Tenemos que atacar, pero ese ataque debe descargarse siempre de la izquierda: de nuestra propia posición. Los argumentos de la derecha, los epítetos llamándoles izquierdistas, marxistas, revolucionarios, agitadores de la tranquilidad del vecindario, no han hecho sino reforzar las posiciones que hoy ocupan apristas y comunistas; la derecha les ha dado el crédito del que hoy gozan ante el pueblo.

—El ataque de la derecha les ha hecho fuertes —apuntaba Donayre— al calificarlos de marxistas, de renovadores, de revolucionarios, les regaló una credencial estúpida, que ellos han utilizado ante las masas populares. En medio de la corrupción política que impera en el país, después de un cuarto de siglo de dictaduras, todo lo que pueda tener sentido renovador —sea lo que fuere— es bien acogido por el pueblo. Y este es el sentido que la derecha y sus ataques, han obsequiado al apra y al comunismo.

—Estamos de acuerdo en que es obligatorio proseguir el ataque. Pero ¿cómo creen que debemos conducir el ataque...?

—Nada de meternos con su fé. Cuando se quiere convencer a alguien, lo peor que puede hacerse es herirlo en lo que él quiere. El hombre quiere su fé: le tiene amor, la defiende de cualquier ataque. Y, lo peor, mientras más virulento es el ataque, más se empecina uno en defender su creencia. —Y Portocarrero dejaba caer estas palabras con lentitud y suavemente.

—Mientras ataquemos a los comunistas porque son marxistas, no conseguiremos nada; al contrario: se unificarán en defensa del señor Stalin y de su régimen que no conocen; caeremos en un plan teorizante y falso. Lo que debemos hacer es mostrar la verdad: que son pobres diablos, que nada tienen de marxistas y que explotan las doctrinas de Marx y Engels para estafar a la gente de buena fé. Es indispensable demostrar ante todo el mundo que las ideas buenas o malas de Carlos Marx, de Federico Engels, de Sorel o de Bakunin, no pueden significar que el comunismo se convierta en una quinta-columna asquerosa de traidores al servicio del extranjero. Hay que demostrar que no son marxistas ni nada; después que son una quinta columna.

—Con el Apra hay que actuar de modo semejante —insinuaba Pedro Parra— hay que probar que los apristas no son renovadores sino nazis; que no se proponen extirpar las dictaduras del Perú sino implantar una más violenta, más sanguinaria, de tipo totalitario.

—Es imprescindible —sellaba Lino Larrea— presentar cada hecho descarnándolo. Alumbrarlo con las doctrinas que ellos dicen que profesan: así probaremos como tres y dos cinco, que son charlatanes, farsantes, estafadores y traidores.

En medio de la desolación que circunda a los combatientes de las patrullas perdidas, iniciamos la lucha contra la avalancha

que ululaba su fanatismo y que golpeaba las calzadas de las calles, levantando el polvo de los caminos con su paso amenazante y sus marchas agresivas.

Fué inmensamente fácil golpear y arrinconar al comunismo. La resistencia que pretendieron ofrecer fué pulverizada; cada una de sus posiciones ideológicas fué demolida con encarnizamiento. Ninguna de ellas podía soportar los explosivos extraídos de los ricos arsenales de Carlos Marx. Los más directa e inmediatamente tocados eran los trabajadores que se acercaban, con su fé virgen y su corazón sano hacia el comunismo. Ellos creían más en Carlos Marx y en Federico Engels que en Codovila y en quienes dirigían el Partido Comunista. En esta severa práctica comprobamos que los enemigos capitales de los comunistas en la actualidad, son precisamente los ideólogos cuya ideología re-dentora ellos proclaman defender y aplicar. La falsedad es tan gruesa, la estafa es tan patente, que el marxismo se ha hecho la bomba atómica contra el comunismo.

La campaña contra el apra fué más larga, más penosa, necesitó que se expresiesen mejor los jugos del pensamiento, que se destilasen más persuasiva y convincentemente las argumentaciones y los razonamientos. Al final, la gran campaña fué coronada por la victoria: el aprismo se hundió en un ocaso sangriento, cobardemente, sin gloria y sin grandeza. La derrota cobarde y emporcada les cayó encima como un sudario o mejor como un traje hecho a la medida.

VIEJO COMBATE, NUEVO DESTIERRO

“VANGUARDIA” no gozó de la misma vida que los periódicos y revistas que editara en Santiago de Chile, bajo el seguro tejazoz construido bajo los auspicios de ricos simpatizantes y de Bancos generosos. Al revés, fué una existencia precaria, golpeada por la presión política de que era objeto “La Prensa”, —diario en cuyos talleres se imprimía “Vanguardia”— por la crisis aguda del papel y por las maniobras realizadas por el Apra a través de los repartidores y vendedores de periódicos cuya enorme mayoría controlaba. Cada semana parecía como la última del órgano que combatía implacablemente contra dos frentes: el aprismo y el comunismo.

Un día estalló el rumor: La Empresa Periodística de “La Prensa” cambiará de manos; tendrá otros dueños. Y así, la suerte de “Vanguardia” parecía sellada.

Asumió el comando de la empresa y la dirección del diario, Francisco Graña Garland, hombre joven, vinculado al mundo industrial, emprendedor y preocupado por la situación política del Perú, por los procedimientos terroristas del aprismo. Muy pocos días después que asumiera sus funciones, conversábamos como si entre nosotros hubiese existido vieja amistad. Había concordancia fundamental de ideas en cuanto al partido aprista y a lo que su terrorismo representaba en el Perú; era partidario de la lucha contra el comunismo, pero sin apaciguamiento, sin concesiones a Rusia, ni a los rusos, sin confianza alguna en las palabras de Stalin.

—Usted actúa todavía —exclamaba riendo— como los viejos narcómanos, bajo la acción lejana de la droga; quedan íntimos y secretos cordones umbilicales, que usted tiene pena cortar, quizás porque le duelen mucho. ¡Stalin es un miserable pirata; es un filibustero y un farsante; es un estafador que ha convertido en lodo sanguinolento la ilusión de millones y millones de seres humanos...! Ud. padece la misma enfermedad que Henry Wallace... ¡ya lo verá... ya se convencerá más tarde...!

Graña tenía razón y tenía fundamento para su raciocinio. Pese a mi drástica e irreversible separación de las filas comu-

nistas, seguía actuando bajo el embrujo de las fórmulas apaciguadoras de Stalin. Aceptaba las ideas venerables lanzadas en pacifistas y congratulatorios discursos: era, en verdad, urgente y necesario para el bienestar y el progreso de la Humanidad, desgarrada y desconyuntada por la guerra, organizar Un Mundo — en el que podían colaborar en paz Capitalismo y Comunismo — y no Dos Mundos, antagónicos y beligerantes.

Graña Garland tenía razón en su crítica cordial, porque entre la caída de Berlín y la invasión roja de Checoslovaquia, yo actuaba con la idea de que era factible la avenencia entre el Oriente soviético y el Occidente capitalista y de que los métodos democráticos podían bien transformar, con más o menos ritmo, la barbarie staliniana en algo menos inhumano, que algo tuviese de democracia.

Desde la primera hora quedó fundada una amistad noble, rica en buena voluntad y en colaboración, entre Graña Garland y yo. En lapso muy breve se amarró entre nosotros esa camaradería que forja la lucha mancomunada, por caminos paralelos y con finalidades idénticas. Graña fué un espíritu realista, amigo de las nuevas ideas en todos los órdenes, comprensivo de la dolorosa situación de su pueblo y dueño de una alegría contaminable, acogedora y atrayente. No obstante que Graña venía del campo industrial y no del mundo político, desde el instante en que apareció al frente del diario "La Prensa" fué considerado como el dirigente de un movimiento político de orientación progresista; se le recibió como la personalidad apta para unificar a las diversas fuerzas de los desperdigados sectores amenazados o golpeados ya directamente, por la violencia terrorista del Partido del Pueblo. Graña tenía pasión política, generoso desinterés, agilidad mental y un espíritu abierto a las innovaciones sociales, a las reformas económicas, a la doliente laceria de un pueblo desgarrado por múltiples e implacables contradicciones. Graña mostraba una comprensión sutil e intuitiva para todo ese complejo de contradicciones y exhibía evidente capacidad, si no para aportar inmediatas soluciones, sí para luchar por obtenerlas.

Haya de la Torre no quiso ver en Graña Garland un mero opositor político, sino un peligroso concurrente personal. No quiso, no pudo considerarle y tratarle como al contrincante abastionado en un diario de oposición, sino que le vió alzarse en la política peruana como el más apto, el más laborioso, el mejor calificado para devenir el candidato de hondas simpatías populares a la Presidencia de la República. Y este pensamiento barrenó la vigilia y el sueño de Haya y decidió la infausta suerte de Graña.

A Víctor Raúl Haya le desagradaba hasta la iracundia la crítica censora, pero la oposición verbal o escrita no llegaba a descontrolarle. Cuando no encontraba medios de acallarla, ordenando que sus turbas o tropas de asalto atacaran y destrozaran

las máquinas editoriales, se consolaba con la sentencia digna de ser clásica y de tener como autor a Alcibiades: "Hable bien de mí, hable mal de mí; pero, por favor, hable siempre de mí...". Pero, lo que Víctor Raúl no tolera es la concurrencia política; la detesta con mucha mayor rabia y celo que los silvestres dictadores latino-americanos; y con más hondura que estos, tiene encepada en el espíritu esa especie de mística política, que florece en los países retrasados, que hace que los hombres se sientan providenciales, enviados por la Providencia para ser los amos mancipadores de sus pueblos. Y fué por esto que el jefe del Partido del Pueblo no se sintió con fuerza suficiente para luchar contra el Graña futuro que él zahoriaba o que temía: no quiso combatirlo, ni batirlo; encontró más operativo, más directo, más fácil, hacerlo victimar por sus pistoleros.

Haya ensayó el camino de amedrentar a Graña. Todos estos ricos —repetía— son sensuales; aman la vida por los goces que su dinero les proporciona; por ello son medrosos y llevan siempre, como repuesto de todas las banderas que puedan levantar, la bandera blanca de la rendición. Y así, la prensa aprista pretendió "meterle el resuello" a Graña: "Panchito —escribieron, imprimieron y editaron los apristas— cuidado que esta campaña te puede costar y te va a costar el pellejo...". Y así, Graña Garland quedó inscrito en la intención del Jefe Supremo del Partido del Pueblo, como candidato a la liquidación física.

Todo esto era realizado en nombre de la Democracia; en medio de una tempestuosa sinfonía en la que las amenazas eran sólo interludios, mientras la voz cantante la llevaban las pulcras declaraciones sobre la libertad, los editoriales sobre el respeto a la dignidad humana, los artículos de fondo sobre las doctrinas defensoras de las Cuatro Libertades. Y las amenazas y los planes se desarrollaban ante la indiferencia jurídica, policial y ejecutiva, del Gobierno democrático presidido por el doctor Bustamante y Rivero. Jovial y jocundo, con desbordante alegría de vivir dentro de sí, Graña Garland caminó atisbado por los agentes terroristas de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, con los pasos marcados y los días contados. Se multiplicaron los atisbaderos apristas en torno a su vida, se ponderaron posibilidades y probabilidades; el comando del Apra hizo adiestrar con cuidado y con calma, la puntería de sus pistoleros, organizó la ubicación corporal de los ejecutores y de los cómplices, hizo revisar los motores y las transmisiones de los automóviles que debían participar en el asesinato y fabricó, al propio tiempo, el enjambre de redomadas coartadas y la enselvada maraña de las pistas falsas.

Y una noche del tibio verano tropical, a la puerta misma de los laboratorios de la empresa cuya gerencia ejercía Francisco Graña Garland, dentro del automóvil que él mismo manejaba,

recibió los certeros tiros de pistola que le perforaron el pecho, le rajaron la carótida y le inmovilizaron para siempre.

Haya de la Torre se había deshecho de uno de sus más vigorosos contendores políticos. Francisco Graña Garland no sería más candidato a la Presidencia de la República.

El crimen aprista hizo que el país se revolcara en el fondo de un fangoso pavor: de ese pavor viscoso que infunden a los pueblos los regímenes totalitarios en sus horas triunfales. Pero, como bajo la compulsión del estupor mismo, como bajo el efecto del miedo al miedo, la gente reaccionó con una dosis elevada de coraje. Fué todo un pueblo que se puso de pié para marchar tras el féretro de Graña Garland, transido de dolor, de compasión, de rabia, de esos complejos emotivos e irracionales que se apoderan de las multitudes en las horas decisivas en las que se resuelven a hacer historia. Y fué en aquel momento, con perspicua agudeza y con abnegado valor, que se elevó en el horizonte nacional la figura austera de Pedro Beltrán, exigiendo justicia, interpretando el anhelo público de sanción y señalando la pusilanimidad claudicante del Gobierno, que olvidaba el camino de su deber. Beltrán exigió en forma enérgica y bajo el cañón de las pistolas apristas, en nombre del país y de su porvenir, una cosa simple y grande a la vez, una sola: respeto a la vida humana.

Las explosiones multitudinarias, por justas que sean, tienen siempre un caracterismo sentimental que las hacen efímeras; ellas operan bajo fuertes pero episódicas descargas emocionales y son, por tanto, más fuertes que profundas. Son tensas pero precarias. Por ello, si en el ambiente y en el momento no surge la élite directora, el protagonista que actúa como conductor y como guía, pues el clamoreo, la protesta, la imprecación, se apagarán lentamente, y pasarán hacia el pretérito sin trascendencia. Son los porta-estandartes individuales quienes dan duración y mantienen factiva y operante la energía que expresó la muchedumbre. Si ese hombre, si ese grupo faltan, es inevitable que la explosión multitudinaria se desvanezca, que su impulso fecundo se yerme y se haga estéril.

Con valerosidad ejemplar, fué Pedro Beltrán quien recogió el clamor dolorido y rebelde de un pueblo que anhelaba y sigue anhelando vivir con decoro democrático y en la decencia de la libertad. Pocos pueblos en América se han batido con más ínclita abnegación por la libertad, como el Perú, y pocos son sin duda, los que encontraron en sus horas más tenebrosas hombres de la categoría de Pedro Beltrán.

Pero, Pedro Beltrán llevaba sobre sí la marca que en América Latina viene colocando sobre cierta clase de figuras representativas, la demagogia del Camino de Yenán. La misma marca que están utilizando, ya por su cuenta y en su provecho, los demagogos adúladores de la muchedumbre, los generales poseídos por la

atracción invencible del poder o que se han encariñado sobremanera con su ejercicio, con las ventajas que les trae, con el papel providencialista que se han atribuido. Pedro Beltrán es un personaje vinculado al grupo de exportadores peruanos y, a causa de ello, recibía el ataque frontal del comunismo, de los amigos del comunismo, del aprismo y la censura amarga y reiterada del católico doctor José Luis Bustamante y Rivero. Extraña coalición ensombrecida por la negra sombra de un crimen.

Pese a todo, Pedro Beltrán era el único que, sobre la tumba abierta del periodista victimado, se atrevía a enfrentarse al terrorismo político del Apra y a la pasividad del Gobierno, convocando a las gentes a librar el combate contra los métodos totalitarios y por la implantación de un régimen democrático de vida en el país.

Beltrán era un católico y un aristócrata de nacimiento; era hombre representativo de uno de los sectores capitalistas más poderosos del Perú; se le presentaba como conservador y, según la técnica comunista, como enemigo del pueblo, como adversario de saludables e imprescindibles reformas, como indiferente al destino democrático del país. Y en esta presentación —lo que es común en América Latina— los comunistas y los empresarios del Camino de Yenán, no estaban solos: contaban con el precioso refuerzo que significaba para ellos la cooperación de hombres de la categoría del doctor Bustamante y Rivero, de sus Ministros y de sus aliados.

A través de la campaña de "Vanguardia" había trabado conocimiento y cierta amistad incipiente con un joven católico, de quien podía repetirse la frase aquella de "enclenque como un junco y valiente como un león": Xavier Ortiz de Zevallos, descendiente de los marqueses de Torre Tagle, pertenecía a aquel sector de católicos que, de acuerdo con mi experiencia en Chile, resultaron inmunes a todas las tentaciones del Camino de Yenán. Ortiz de Zevallos, menudo y dinámico, estaba al pié del féretro de Graña y en torno a la figura de Pedro Beltrán. Fué a través de este representativo de la juventud peruana, que yo conocí y me vinculé a Pedro Beltrán, personalmente, ya que la batalla en un mismo frente nos había vinculado con anterioridad.

Lo primero que me conmovió, al acercarme a Beltrán, fué su raro desinterés y su acendrado idealismo. El era un hombre de fortuna que podía vivir cómoda y agradablemente en cualquier gran metrópoli europea o de los Estados Unidos, sin necesidad de exponer no ya su fortuna, sino su propia existencia, a las asechanzas del apra. Bien podía, sin duda, estar muy lejos de las invecitivas del sector que presidía ideológicamente el doctor Bustamante y Rivero. No obstante, ocupaba un puesto peligroso, en un instante candente, y anhelaba para su pueblo lo mismo exactamente que cualquier hombre de avanzada podía desear. Beltrán,

católico, rico, catalogado como conservador, estaba animado por análogos ideales que los que había perseguido largo tiempo sin poder alcanzar. Con valerosidad abnegada y con soberbia capacidad de sacrificio, se presentaba en las calles, acaudillando a las multitudes y guiándolas a la lucha por la conquista de un régimen democrático de vida, por implantar en el país un sistema respetuoso de la vida, de la libertad y de la dignidad humanas. Llevaba una marca, sin duda alguna, pero no era la que pretendía imprimir sobre su acción y sobre sus ideas la demagogia del Camino de Yenán, sino la del que está dispuesto a darlo todo por la redención de los otros, por el mejoramiento de las condiciones de vida de su pueblo, por la superación del pobre destino colectivo de mucha gente.

En torno a Pedro Beltrán se formaba en aquellos dramáticos momentos, un campo de gravitación invencible. Xavier Ortiz de Zevallos tuvo la sagacidad de vencer en mí prejuicios, resistencias y esa poderosa fuerza que es la inercia, porque las ideas también tienen su propia y constrictiva inercia, y así se produjo mi acercamiento hacia un campo del que me había separado un hondo abismo.

El combate al lado del grupo que dirigía Beltrán, me enseñó con esa potencia demostrativa que posee sólo la actividad práctica, que dentro del campo de los ricos, de los católicos, de los llamados conservadores, existían también hombres dispuestos a entregarse a las luchas más abnegadas, más cargadas de sacrificio, por el bienestar de los demás, por el progreso material y espiritual de su pueblo, por la transformación de las condiciones sociales establecidas por el egoísmo humano, en otras más nobles, más justas, más concordes con los ideales de solidaridad humana.

No se trataba de un criterio patriarcal, ni de un sentido humanitarista semejante al de los amos de buen corazón inclinados a tratar paternalmente a los esclavos. Era el criterio moderno del reformador social; el pensamiento de que la hermandad humana no era solo un concepto o una actitud espiritual, sino que él debía traducirse en una vasta obra social capaz de liberar a la gente de la miseria, del dolor, de la ignorancia y de la tiranía en general.

Comprendí bien que si me sumaba a esa alianza debería luego cargar no sólo el odio de quienes me odiaban, sino además el odio de los que odiaban a Beltrán; lloverían sobre mí todo género de imprecaciones y se me acusaría de colaborar con los ricos, con los conservadores, con los católicos. Pero, comprendí asimismo, con toda claridad que mi colaboración hacía falta en un momento en que los más decididos vacilaban, en que eran escasas las voces capaces de alzarse contra el terrorismo y en que mi país necesitaba de la máxima tensión del valor de cada comba-

tiente, si se deseaba con sinceridad evitar el desencadenamiento de una bárbara guerra civil.

En compañía de Xavier Ortiz de Zevallos celebré mi primer encuentro con Pedro Beltrán. Le encontré hombre digno, valeroso, sereno y, sobre todo, enérgica y sinceramente avanzado en sus concepciones políticas y sociales. Educado en Inglaterra, lejos del ambiente feudal de la tierra nativa, con una visión nueva de problemas y soluciones, con un espíritu amplio, generoso, realista, se mostró desde el primer momento como el dueño de una profunda abnegación, limpio de ambiciones particulares, dispuesto a dar todo lo que fuese necesario para que aquel pueblo que nacía en el suelo, comía en el suelo, dormía en el suelo y moría en el suelo, superase sus miserables condiciones de existencia. Y es sobre el cimiento de estos fundamentos espirituales que surgió una colaboración contra el terrorismo y contra la dictadura por un régimen democrático de vida para nuestro pueblo, que se prolongó a través del tiempo.

Colaboré desde "Vanguardia" y desde la organización política llamada "Alianza Nacional" al esclarecimiento del crimen cometido contra Graña Garland, y a la campaña de cerrar los caminos a una guerra civil. Fué más tarde que asumí la dirección del diario "La Prensa", desde donde proseguí la misma vieja lucha por la libertad del Perú.

La Alianza Popular Revolucionaria Americana se veía más y más arrastrada a emplear toda su fuerza para impedir el esclarecimiento pleno del asesinato de Graña. Para ello, organizó un vasto y bien preparado complot que debía llevar a Haya de la Torre a la dirección del Estado.

La madrugada del 3 de octubre de 1948 estalló el movimiento insurreccional en el Callao, sin que el Gobierno hubiese tomado ninguna medida para prevenirlo, no obstante nuestras denuncias. La marinería se sublevó en la bahía, las tropas realizaron un desembarco impune y ofrecieron al pueblo abundante armamento. Si en aquella madrugada, los hombres y las armas hubiesen encontrado un núcleo dirigente o, por lo menos, un hombre director en el puesto de comando, sin duda el Gobierno del doctor Bustamante habría sido derrocado por el Apra. Pero, faltó comando, estuvo ausente el coraje para asumirlo, no se hizo presente el valor personal para llenar el puesto. Y en consecuencia, el levantamiento aprista se hundió en un fracaso de sangre joven, de sacrificio estéril, en una ciénaga de cobardías políticas y de miserias humanas.

Ante el estallido de la sangrienta asonada, el Presidente doctor Bustamante y Rivero se decidió por la acción; abandonó su frialdad jurídica y como si el vendabal del terrorismo aprista hubiese transformado, de un día al otro, su rigidez de código, que-

brándole sus más hondas simpatías políticas, dictó un cúmulo de medidas drásticas contra sus amigos y aliados. Como toda acción largamente precedida por la vacilación y la pusilanimidad, ella fué desarrollada con estentórea sonancia verbalista, al propio tiempo que con inadecuada e inútil violencia. De un régimen de democracia inepto y formular saltó a emplear métodos propios de los más silvestres dictadores; análogos a los que emplea cualquiera de los militares que asaltan el poder en las madrugadas en muchos de los países latino-americanos.

En aquella hora, el doctor Bustamante creyó obligatorio exaltar el acento de sus anatemas contra los ricos; era como si sintiese la necesidad política de hacerse empresario de la demagogia aprista, que no es sino una de las formas de la demagogia del Camino de Yénán. Y cual si se tratase de una respuesta y de un aplauso, recibió el voto de solidaridad y de apoyo incondicional del Partido Comunista.

Los locales del Partido del Pueblo fueron clausurados, su prensa suprimida, sus empresas incautadas para responder por los daños irrogados por el motín. La policía arrestó a centenares de sospechosos, entre quienes no se encontraba ninguno de los dirigentes del Partido del Pueblo. Y al propio tiempo que el Presidente profería encandecidas admoniciones contra el terrorismo aprista y contra sus métodos nazi-bolsheviquis, facilitaba la evasión de los altos directores de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, les otorgaba salvoconducto para que se marchasen del país, llevando las fortunas amasadas a la sombra del poder, en el brevísimo lapso de su paso por la administración.

Como si el Presidente doctor Bustamante y Rivero deseara recompensar la fervorosa adhesión comunista, cuál si estuviese en la necesidad forzosa de disculparse ante el comando aprista y como si deseara dar una satisfacción a ambos sectores políticos, a los mismos que yo había combatido con denuedo, ordenó mi prisión y decretó mi destierro.

El doctor Bustamante y Rivero me hizo prender a la media noche y al atardecer del día siguiente viajaba a bordo de un avión rumbo a México; bajo la égida augusta de aquel Gobierno democrático, que se hacía llamar "de la juridicidad", no hubo para mí, ni proceso, ni juez, ni pruebas, ni siquiera acusación previa. Todo se pasó como bajo la más silvestre dictadura.

En mi ausencia ya, cuando me era imposible defenderme, el Presidente Bustamante y Rivero declaró por intermedio de uno de sus Ministros, que se veía obligado a actuar de la manera en que lo hacía, a causa de "haber recibido graves denuncias e informes de un Gobierno amigo" respecto de mis actividades políticas, y además por poseer un abundante cúmulo de pruebas que me exhibían como Agente del Cominform. Ratificó de esta ma-

nera la reiterada y antojadiza invectiva aprista. Y, para barnizar su acusación con matiz de veracidad, recurrió al mezquino procedimiento de mezclarme como asociado en mis actividades conspirativas con un matrimonio ruso, de apellido Khossarev o Kohselev, que residía en la ciudad de Arequipa.

Ha corrido excesiva cantidad de agua bajo los puentes desde entonces. El Presidente doctor Bustamante y Rivero ha escrito y publicado un grueso volumen sobre su actuación en el poder, después de su derrocamiento; han transcurrido largos años y hasta —pese a la solemne promesa del ex-mandatario peruano— la fecha no ha podido presentar una sola de las muchas pruebas que juró poseía. Como un escarnio, el matrimonio Kossarev o Kohselev continuó viviendo apaciblemente en Arequipa, sin ser molestado, bajo la protección de las autoridades y disfrutando de la pequeña situación que les había procurado el Gobierno del doctor Bustamante y Rivero.

Más tarde, el Presidente desterrado sostuvo que había ordenado mi destierro "no en mi calidad de periodista, ya que él profesaba un respeto ejemplar por la libertad de prensa, sino sólo en mi calidad de político..." ¡Sintió pudor de referirse siquiera al invento del Cominform...! Quedó ratificada así, de modo plenario, la enérgica defensa que de mi actuación hiciera Xavier Ortiz de Zevallos, al día siguiente de mi destierro, cuando afirmara en una entrevista de prensa: "Anular al hombre que venció al Apra en el terreno periodístico y en el campo político, es desconocer los grandes servicios que ha prestado al Perú. En este momento tengo en las manos el diario "Jornada" (órgano oficial del Gobierno) en el que se puede leer la más amplia y amigable propaganda para el Partido Comunista. Y ahora, díganme si el Ministro de Gobierno expulsará a los directores de este partido, que sí tiene relaciones internacionales... Ravines ha combatido públicamente y ha sido atacado por el Partido Comunista Peruano. Por esta labor merece, sin duda, la más rendida gratitud".

Una madrugada de octubre, un Golpe de Estado militar derrocaba el Presidente constitucional, doctor Bustamante y Rivero, obligándolo a salir al destierro, y a abandonar el poder. Se instaló en el poder una Junta de Militares presidida por el General Manuel A. Odría, antiguo Ministro del doctor Bustamante. Bajo las nuevas condiciones me fué posible retornar al país.

Regresé a ocupar mi puesto de Director del diario "La Prensa". Bajo el Gobierno militar proseguí la misma vieja campaña que abogaba por la instauración de un régimen democrático, por el imperio de una limpia y decente libertad cívica, por la vigencia del respeto a la dignidad humana. Fué obligatorio atacar y desenmascarar las maniobras que realizaban los comunistas, pro-

tegidos por "hombres fieles" a Moscú en el seno del nuevo Gobierno; fué cuestión de principio alzar el telón para hacer ver sus maquinaciones, para mostrar la forma en que se introducían, penetraban y conquistaban puestos de importancia, en el campo obrero y en el terreno político. Todo esto, no obstante que la Junta Militar de Gobierno había declarado, con alarde y clamoreo, que el Partido Comunista estaba fuera de la ley. Comprobé que los métodos del Camino de Yenán evolucionaban y adoptaban formas nuevas en acuerdo con las nuevas circunstancias: y cumpliendo el deber que me había impuesto, denuncié pública y enérgicamente esos métodos. El Gobierno militar convocó a elecciones y las organizó en concordancia con las normas establecidas por Stalin en Rusia, por sus títeres en los Gobiernos satélites: en el Perú en 1950 se iba a imitar y se imitó el procedimiento desarrollado en las elecciones de la Alemania Oriental: voto obligatorio, una sola lista de candidatos, opositores presos, listas de oposición excluidas. Esta forma electoral se ha tornado contagiosa y está demostrando que algunos generales latino-americanos son buenos discípulos de la N.K.V.D. soviética.

La oposición a tal procedimiento se tornaba un deber moral ineludible. Aceptarlo me habría conducido a usufructuar de una suculenta situación dentro del Gobierno: oponerme a él me iba a significar la prisión y la probabilidad segura de un nuevo destierro. Ante la disyuntiva, opté por lo que creí mi deber para con mi pueblo, la consecuencia con mi larga lucha: me opuse al sistema electoral de tipo staliniano; combatí los procedimientos dictatoriales, me alcé como en las más bravas horas, en defensa de las libertades de mi pueblo, en resguardo de la libertad y de la dignidad del hombre.

El Presidente de la Junta Militar, General Manuel A. Odría ordenó mi prisión y, para justificarla no recurrió a la invención como el doctor Bustamante, sino que se limitó a copiar la vieja acusación del hombre de quien había sido Ministro y a quien había derrocado. El comunicado oficial que publicara el General Odría, afirmó que "por informes de un Gobierno amigo, las actividades de Ravines implicaban un serio peligro para la seguridad continental...". Al propio tiempo, en el Parlamento de Perú, designados por el dedo del General, ingresaban en gloria y majestad, nombrados unos Senadores, otros Diputados, conspicuos dirigentes comunistas, empresarios de las nuevas rutas del Camino de Yenán.

También el General Odría ofreció un cúmulo de pruebas. Ha transcurrido muy largo tiempo y no le ha sido factible presentar una sola: su destino ha sido seguir la pobre huella del ex-Presidente Bustamante, ser uno de los instrumentos latino-americanos de la marcha que transcurre por la senda de Yenán.

A través de mi acendrada y penosa experiencia, he comprobado que en América Latina políticos insospechables de simpatía alguna hacia el régimen de Stalin, militares que abominan del comunismo y que no vacilan en declararlo "fuera de la ley", nombres de izquierda honestos pero ingenuos, son pasibles de transformarse en cooperadores, consocios vergonzantes o protectores amigables de los comunistas. La carencia de firmes principios políticos les hace concebir la monstruosa ingenuidad de que, en un momento, ellos pueden utilizar y aprovechar los servicios de los comunistas, sin ser aprovechados por éstos, y sin que el comunismo eche raíces, organice fuerzas subterráneas y conquiste posiciones de las que no será luego arrojado fácilmente.

En América Latina falta clarividencia en los Gobiernos para ponderar y adquirir una clara visiva de la verdadera magnitud del peligro comunista. Falta voluntad de resistencia, sobran actitudes interesadas, complacientes y culpables. Falta la combatividad que se ha hecho ya imprescindible para hacer frente, en forma total y con recursos totales, al más grande peligro que haya amenazado a la Humanidad desde que salió de la húmeda oscuridad de las cavernas.

Faltan limpieza honorable y consecuencia democrática en América Latina. Es farsante que se pronuncien solemnes anatemas contra la dictadura en la Rusia Soviética y en los infelices países satélites, y que se amparen villanas dictaduras, como las que imperan en muchos de los países de este Hemisferio. El mejor colaborador del quinta-columnismo ruso es el despotismo de muchos gobiernos latino americanos. Y lo que indigna a los pueblos, lo que les subleva y les induce a otorgar sus simpatías a la propaganda soviética es la indiferencia en unos casos y el amparo moral en no pocos, que las naciones democráticas del Hemisferio otorgan a las dictaduras y a los dictadores.

Una sincera y eficaz lucha contra el comunismo en América exige, en primer término, respeto por la opinión pública y por la libertad de los ciudadanos; exige acerada consecuencia hacia las normas y la vida democráticas, observancia austera de principios, que si deben ser defendidos con la sangre y con la vida, deben ser inalienables.

Los pueblos de América Latina no se convencen, no podrán ser convencidos de las ventajas que trae para el hombre el sistema democrático de vida, no lograrán ver con claridad la disyuntiva y la oposición entre la tiranía soviética y la democracia occidental, mientras comprueben que al propio tiempo que condena la opresión rusa, se bendicen y se saludan como democráticos procedimientos inícuos, ejecutados con cinismo y con brutalidad por varios de los dictadores que padece América Latina.

Los pueblos latino-americanos no comprenden por qué la lógica política y moral ha de ser transvertida de modo tan gro-

sero, tan sólo porque se cruza el océano: no comprenden cómo la dictadura pueda ser abominable en Rusia, Checoslovaquia, Bulgaria, Hungría o Alemania Oriental, y cómo esa dictadura ha de ser buen método de gobierno, ensalzado en pomposos discursos diplomáticos, en las tierras de este Hemisferio.

A causa de esta confusión ideológica y práctica, el sentimiento sencillo, honesto y simplista del hombre del pueblo, no quiere ver una lucha entre democracia y tiranía, sino sólo como la pugna feroz entre dos potencias igualmente fraudulentas. Por esto, no habrá lucha eficiente contra el comunismo, si no hay al propio tiempo, práctica sincera de libertad y democracia.

En América Latina falta conciencia lúcida del peligro. Florecen las peores formas de apaciguamiento y la más estrafalaria fauna de apaciguadores. Se rehusa aceptar la aplastante y compacta conclusión de los hechos de nuestros días: no sólo es que Rusia quiere la guerra, prepara la guerra, está movilizada para la guerra y está desarrollando ya su propia manera de hacer la guerra. Es que hoy, el comunismo es la guerra. Y es a esta verdad dura y repugnante a la que todo hombre libre tiene que hacer frente sin remedio en los días que vendrán.

DRAMATIS PERSONAE

—A—

- ALARCON VIDALON MANUEL.**—Estudiante de la Universidad de Lima, muerto por los soldados del Dictador Leguía en la noche del 23 de mayo de 1923, en la jornada de lucha popular contra la Consagración del Perú al Corazón de Jesús, propiciada por el dictador Leguía. Alarcón fué transformado, años más tarde, en mártir de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.
- ALESSANDRI ARTURO.**—Político chileno liberal, que subió a la Presidencia de la República impulsado por una ola de grandes promesas y auspiciado por una vasta coalición de fuerzas de izquierda, para inclinarse más tarde hacia la derecha, apoyándose en los partidos Conservador y Liberal. Personalidad recia, que ha ejercido una trascendente influencia en la vida política de Chile durante seis o siete lustros, en la mitad de este siglo.
- AGUIRRE CERDA PEDRO.**—Político chileno, dirigente del Partido Radical, Presidente de Chile, ascendió al poder auspiciado por la coalición de heterogéneas fuerzas que se aglutinaron en el Frente Popular en 1937-38. Desarrolló una política democrática, inauguró importantes reformas sociales y murió en la Presidencia, causando con su fallecimiento un hondo y sincero duelo popular.
- AMERICO.**—Nombre de batalla adoptado por el Secretario General del Partido Comunista del Brasil, durante su permanencia en Moscú, en la Conferencia secreta de los partidos comunistas de América Latina, en 1934-35, y en la que se acordó y se planeó la insurrección armada en el Brasil para mediados del año 1936.

—B—

- BELTRAN PEDRO.**—Dirigente político peruano, enérgico opositor de la política de la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Ex-presidente del Banco de Reserva del Perú y propietario y orientador del diario "La Prensa" ha influido con hondura en la formación de un pensamiento liberal en el Perú, en los órdenes económico, social y político. Economista de reconocido mérito, salido de las Universidades inglesas, combatió con vigor el corrompido y desquiciante sistema de los "controles" que habían llevado a su país al borde de la bancarrota. En la actualidad es una de las figuras más preclaras de la democracia en el Perú y el más perspicuo y decidido enemigo de la penetración comunista.
- BARBUSSE HENRY.**—Vigoroso escritor francés contemporáneo, autor de libros brillantes, entre los que han sobresalido: "El Infierno", "Resplandor sobre el Abismo", "Los Encadenamientos", "Los Judas de Jesús", "Stalin", "La Georgia que yo he visto", etc. Dirigió la Revista "Monde" en 1927-28, se incorporó como militante activo al Partido Comunista y se convirtió en uno de los amigos de José Stalin y en una de las figuras relevantes de la Internacional.
- BUSTAMANTE Y RIVERO JOSE.**—Presidente del Perú, elegido en 1945. Derrocado en 1948 por un Golpe Militar capitaneado por el General Manuel A. Odría, quien había sido su Ministro de Gobierno, el señor

Bustamante salió al destierro sin haber terminado su período constitucional. Subió al poder apoyado por el partido de Haya de la Torre, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, al que se vio forzado a perseguir como consecuencia de la política de violencia que propugnaba el Apra. Bustamante puso fuera de la ley al partido aprista después de la insurrección armada del Callao en octubre de 1948.

BELA KUN.—Revolucionario húngaro, dirigente de la revolución comunista en 1918-19 en Hungría, amigo de Lenin y Presidente de la República Soviética Húngara hasta que el movimiento comunista fué aplastado en 1919. Huyó a la Unión Soviética donde formó parte del comando del Komintern hasta su prisión y asesinato por la policía de Stalin.

BUFALO.—Apodo del obrero aprista Barreto, quien comandó el asalto al Cuartel Militar de Trujillo, en el Perú, en cuya acción fué muerto por los soldados. Su apodo sirvió a la dirección aprista para denominar un remedo de las Tropas de Asalto Nazis, y a las que se denominó "Búfalos".

BUJARIN NICOLAS.—Ideólogo bolshevique, compañero de Lenin, encumbrado dirigente del comunismo ruso y de la Internacional Comunista. Autor de varias obras fundamentales de la ideología comunista, entre ellas, la más popular y didáctica "A.B.C. del Comunismo". Periodista, escritor de garra y gran polemista, fué adversario declarado de Stalin y de su política. Lentamente, a través de largos años, Stalin fué desplazando a Bujarin de las posiciones que ocupaba a la muerte de Lenin. Terminó por hacerle prender, someterle a un ignominioso proceso y hacer que Vishinsky le condenara a muerte por contra-revolucionario, traidor, bandido y amigo de los nazis.

BROWDER EARL.—Alto dirigente y secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos. Uno de los teóricos más apreciados en el seno de la Internacional Comunista y figura de relieve en todo el movimiento comunista del hemisferio americano. Compartía la autoridad con Alex Bittelman y con el dirigente de los negros, Ford.

—CH—

CHAMUDEZ MARCOS.—Dirigente comunista chileno, diputado por la circunscripción de Valparaíso, gran actor a través de la actividad organizadora del Frente Popular. Expulsado públicamente del Partido en el año 1940. Su eliminación fué acordada por la delegación del Komintern que arribara a Chile en marzo-abril de aquel año.

—C—

CACHIN MARCEL.—Conspicuo dirigente comunista francés, fundador del Partido Comunista de Francia, miembro dirigente de la Internacional Comunista, considerado como "reliquia" a causa de sus "desviaciones derechistas", consistentes en "ilusiones democráticas" y "sentimentalismos jauessistas".

COGNIOT GEORGES.—Diputado comunista francés. Uno de los dirigentes de la "Internationale des Travailleurs de l'Enseignement", organización internacional de los maestros, dominada por los comunistas. Colaborador y vigilante de Leon Vernochet, antiguo socialista que se hiciera comunista y quien fué considerado siempre como elemento "derechista", que adolecía de rezagos social-demócratas.

CODOVILA VITORIO.—Comunista argentino, de origen italiano; en compañía de José Penelón y de los hermanos Ghioldi —Rodolfo y Orestes— y bajo la dirección del chileno Luis Emilio Recabarren, fundó el partido comunista argentino en 1917-18. Cuando Penelón rompió con el comunismo, Codovila ocupó el primer puesto como funcionario del Komintern en Sud-América. Administrador del dinero moscovita para América Latina, Codovila ha sido, a través de un cuarto

de siglo, el hombre de confianza de la N.K.V.D. rusa y el agente confidencial del comando estrecho del Komintern. En España, al lado de y de la vida de miles de comunistas y dispuso de la suermento formado en las academias del Ejército Rojo, junto con centenares de comunistas chinos que eran adiestrados militarmente en Rusia. Partidario entusiasta de los métodos violentos y de la liquita de Mao Tzé Tung.

CHU TDE.—Comunista chino, amigo fervoroso de no comunistas. Teniente de comunistas chinos que eran adiestrados militarmente en Rusia. Partidario entusiasta de los métodos violentos y de la liquita de Mao Tzé Tung.

CAZON MANUEL.—Nombre supuesto de un joven comunista alemán que tuvo actuación sobresaliente en la organización de los partidos comunistas en Brasil, Argentina, Chile y Ecuador. Formó parte de la delegación del Komintern en América Latina en 1934-38, actuó en Chile y en Ecuador, muriendo en condiciones dramáticas en Guayaquil.

—D—

DROZ HUMBERT.—Comunista suizo, amigo de Lenin en el destierro, uno de los fundadores de la Tercera Internacional, antiguo pastor de la iglesia luterana. Miembro conspicuo de la dirección suprema del "Profintern", era la segunda figura sindical mundial, después de Lossowsky. Como delegado de la Internacional Sindical Roja asistió y dirigió el Congreso Sindical que fundó la C.S.L.A. —Confederación Sindical Latino Americana— en Montevideo. Asistió a este certamen con el nombre de Louis.

DOROGAN.—Pseudónimo utilizado para ocultar el nombre verdadero de un alto dirigente comunista ruso. Personaje real pero absolutamente desfigurado en este libro, a fin de evitar que pueda ser individualizado por la policía de Stalin y, sin duda alguna, asesinado, lo mismo que sus familiares.

DIMITRI JORGE.—Revolucionario búlgaro, dirigente supremo y Secretario General del Partido Comunista de Bulgaria. Refugiado en Alemania, fué acusado por los nazis del incendio del Reichstag, convirtiéndose en el protagonista del célebre proceso. A través de su enérgica defensa y de su valiente actitud ante el tribunal hitleriano, Dimitrov se transformó en una primera figura mundial del comunismo. Bajo la presión de las críticas mundiales, Stalin se vio obligado a aceptar la presencia de Dimitrov en la dirección suprema del Komintern. Durante el tiempo que el dirigente búlgaro ocupó el alto puesto, se desarrolló siempre un sordo antagonismo, una batalla diplomática oscura, entre Dimitrov y Manuisky. Más tarde, Dimitrov llegó a ser dirigente del Gobierno de Bulgaria. Declarado enfermo, fué trasladado a Moscú donde se le aplicó la "eutanasia" soviética.

DIAZ JOSE.—Obrero sevillano, de carácter débil y escasa cultura, impuesto como Secretario General del Partido Comunista de España por el Komintern, bajo la acción de Codovila. De salud delicada enfermó durante la guerra y fué convertido en "hombre de paja" del comando soviético que operó durante la contienda civil. Después de la derrota fué llevado a Rusia, donde se atrajo la ojeriza del Kremlin a causa de su protesta por el abandono en que se dejaba a los combatientes españoles en los campos de concentración de Francia. Como reiniciase su protesta por el mal trato que se daba en Rusia a los españoles, fué segregado de toda actividad o ingerencia política; conducido a Tiflis y alojado en un alto edificio, se le encontró muerto en la calzada, a donde fué a caer desde un quinto piso. ¿Cómo cayó Díaz?

DONAYRE AMANCIO.—Dirigente sindical, obrero peruano participante durante más de un cuarto de siglo en los trabajos de organización de los trabajadores y luchar por mejores condiciones de existencia. En

reiteradas oportunidades, fué víctima de la persecución de los dictadores por defender los intereses obreros. Ingresó al Partido Comunista en 1931 y se convirtió en uno de sus más destacados dirigentes. En 1940, abandonó el Partido, como consecuencia de su discrepancia con las orientaciones que, desde Moscú se impusieron a los comunistas.

DA SILVA JOAO.—Nombre con el que figuraba en la conferencia secreta de Moscú de 1934-35, uno de los conspicuos dirigentes brasileros, miembro del "politburó" del partido comunista de Brasil.

—E—

ERCOLI.—Nombre de batalla del dirigente comunista italiano, Palmiro Togliatti.

—F—

FERNANDEZ OLIVA BERNARDO.—Jefe de Policía durante los once años de la dictadura de Leguía en el Perú. Especialista en la aplicación de refinadas torturas a los presos políticos y en arrancar confesiones sensacionalistas sobre supuestas conspiraciones contra el dictador. Se jactaba de que los torturados "jamás se le morían entre las manos". Huyó del país a la caída de la dictadura en 1930 y actualmente vive en Lima, utilizado por los Gobiernos y gozando de buena salud.

—G—

GURALSKY.—Comunista letón, de origen hebreo, participante activo en el movimiento revolucionario de 1917 en Letonia; preso y condenado a muerte, fué indultado a causa de su edad, pues no había cumplido los dieciséis años. Fugitivo de la cárcel, huyó a Rusia y se incorporó al Ejército Rojo participando como combatiente activo en la lucha contra las invasiones. Lenin le distinguió dándole puestos de alta dirección en las filas juveniles. Oponiéndose a la política staliniana, fué el organizador de la gran manifestación opositora que recorrió las calles de Moscú durante las fiestas del Décimo Aniversario de la Revolución, ante miles de delegados extranjeros. Enviado a América del Sur, dirigió la marcha del Bureau Sud-americano de 1930 a 1934, recorriendo Brasil, Argentina, Uruguay, Chile y Paraguay.

GLAUFBAUF FEDERICO.—Comunista de origen checo, especialmente preparado en Moscú para el trabajo en América Latina. Trabajó largo tiempo en Uruguay, Argentina y Chile, dirigiendo las Escuelas Comunistas. En Santiago de Chile cayó preso, como consecuencia de una delación. Tras un breve proceso judicial fué expulsado del país y se dirigió a Moscú, donde continuó trabajando en el Komintern.

GHIOLDI RODOLFO Y ORESTES.—Comunistas argentinos, fundadores del Partido y hombres integralmente sometidos a la dominación de Vittorio Codovila. Rodolfo Ghioldi fué uno de los mentores de la fracasada insurrección comunista en el Brasil. Preso por la policía de Vargas, fué sometido a proceso y condenado a varios años de prisión, que debió cumplir íntegramente.

GOTWALD.—Dirigente comunista checoslovaco, miembro del Komintern, hombre totalmente sumiso a las disposiciones oficiales e incondicional de Manuilsky, integró permanentemente con Kuusinen, Pieck, Togliatti, Kolarov y Van Min el grupo stalinista. Agresivo y violento con los acusados de opositoristas, propició siempre las medidas extremas, sobre todo cuando se trató de comunistas de la Europa Oriental. Los opositores de Gotwald en Checoslovaquia fueron liquidados uno a uno, ya políticamente, ya físicamente. Ganó la confianza del Presidente Benes, a quien traicionó bajamente y participó como dirigente

en la defenestración de Jan Massaryck, la que ulteriormente denominó "suicidio".

GALO GONZALEZ.—Obrero, conductor de carros de caballos en el puerto de Valparaíso, miembro del Partido Comunista de Chile y uno de los más altos dirigentes. Presidente de la llamada "Comisión de Control", desde la cual se vigilaba la actividad de cada dirigente y se le calificaban cada uno de sus actos. González fué colocado a la cabeza de tal comisión por Vittorio Codovila y, desde allí sirvió dóciles planes del agente moscovita, tanto político como particu-

GONZALEZ VIDELA GABRIEL.—Político chileno, alto dirigente del Partido Radical, discípulo y amigo de Pedro Aguirre Cerda. Promotor activo y enérgico del Frente Popular, partidario de la alianza con los comunistas y entusiasta amigo de estos. Elegido Presidente de Chile, llevó a su Gabinete tres Ministros Comunistas; fué el primer Ministro con participación comunista en América. A través de la actividad en el comando del Estado, González Videla se convenció de que el Partido Comunista de Chile no operaba en función de los intereses chilenos, sino descaradamente en favor de los intereses soviéticos y de la política de Stalin. Comprobó que se trataba, no de un partido político, sino de una quinta columna rusa. Rompió con los comunistas, declaró fuera de la ley al Partido y persiguió con tenacidad, a los dirigentes, propagandistas y organizadores.

GRASA GARLAND FRANCISCO.—Joven político peruano, Director del diario "LA PRENSA" de Lima, tenaz opositor del Partido Aprista y adversario político del Apra y de su jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre. Tras el fracaso de las múltiples amenazas que la dirección del Apra hiciera a Grasa Garland, un grupo de pistoleros apristas, comandados por uno de los diputados al Parlamento, de ese partido, le atacaron dentro de su automóvil, a la salida de uno de los laboratorios industriales que dirigía. Dispararon sobre él y le dieron muerte instantánea. Tras un largo y accidentado proceso, los actores de este asesinato fueron condenados por los Tribunales de Justicia y se encuentran en prisión. El proceso comprobó de modo evidente la culpabilidad del Apra en este crimen político.

—H—

HAYA DE LA TORRE VICTOR RAUL.—Político peruano, fundador y dirigente del partido denominado Alianza Popular Revolucionaria Americana. —APRA— Luchador de tendencias liberales y avanzadas en el período de su iniciación, hizo de su poderoso partido político un crisol de los métodos y procedimientos nazis y soviéticos. Propugnó insurrecciones armadas en diversos momentos, las que fracasaron, ahogadas en sangre. Después del aplastamiento del motín del Callao, en octubre del año 48, fué perseguido yendo a refugiarse en la Embajada de Colombia en Lima, en donde permaneció en calidad de asilado, originando uno de los pleitos más resonantes sobre el Derecho de Asilo, que se ventiló en el Tribunal Internacional de La Haya.

—I—

INGENIEROS JOSE.—Escritor argentino, autor de obras de carácter social, entre las que sobresale "El Hombre Mediocre". Figuró entre las filas avanzadas, defendiendo a la Revolución Rusa en el año 1919. Ha sido uno de los más destacados representantes del pensamiento argentino en el primer cuarto de este siglo. Se suicidó en 1926.

—J—

JUSTO JUAN BAUTISTA.—Político argentino, fundador y dirigente del Partido Socialista, traductor de "El Capital" de Carlos Marx, del alemán al español. Autor de varias obras, entre las que sobresale su

libro "Biología del Marxismo". Doctor en medicina, dedicó toda su actividad a la organización del Partido Socialista de la República Argentina.

"JIMMY".—Dirigente comunista de los Estados Unidos que se ocultó bajo tal pseudónimo y que viajó en compañía del ruso "Pierre" y de Codovila por América Latina en 1939-40. Recorrió Cuba, México, la América Central, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil. Organizó y presidió la conferencia secreta de dirigentes de estos últimos países, más el Paraguay, que fué celebrada en Buenos Aires y en Montevideo. Tal conferencia tuvo como finalidad afrontar la crisis producida en las filas comunistas por el pacto entre Hitler y Stalin.

—K—

KALININ MIKHAIL.—Obrero metalúrgico ruso, dirigente de segunda o tercera categoría del Partido Bolshéviki, Presidente de la Unión Soviética, o sea su figura decorativa.

KIROV SERGIO.—Dirigente comunista surgido en medio de la Revolución y perteneciente a la generación nueva. Hombre de gran personalidad, jefe del Partido y del Gobierno en Leningrado, era en 1934, el hombre que poseía más poder después de Stalin. No obstante su elevada categoría y la forma en que su vida estaba resguardada, un hombre oscuro, desconocido hasta la víspera, penetró hasta su despacho, le encontró solo, le atacó por la espalda y lo mató. Nadie sino la policía de Stalin vió al asesino. No fué procesado; no se le presentó ante ningún tribunal, no se desarrolló proceso alguno en relación con este asesinato. Todo se limitó a un escueto comunicado policial, aseverando que el gran Kirov había sido victimado por un zinoviefista, a quien se había fusilado, junto con ochenta "enemigos de clase". Se rumoreó pertinazmente que fué el propio Stalin quien hizo asesinar a Kirov. Y solamente así se explica lógicamente la facilidad con la que fué cometido el crimen.

KUUSINEN.—Dirigente comunista finlandés, hombre de la intimidad de Stalin y de Manuilsky y miembro prominente de la dirección del Komintern. Las grandes resistencias que tenía dentro del Partido Comunista Finés, las quebrantaba a la usanza de Thaelman y de los polacos; haciendo ir a Moscú a los opositores, donde eran previamente anulados por largo tiempo, para ser más tarde liquidados. Kuusinen firmó el Pacto de Paz y Amistad eterno con Rusia como jefe del "Gobierno Finlandés" que debía ser instalado cuando las tropas del Ejército Rojo ocupasen Helsingfors, lo que no se convirtió jamás en hecho histórico.

—L—

LUNA JUAN P.—Dirigente comunista peruano, miembro del Comité Ejecutivo del Partido y agente sindical de Vicente Lombardo Toledano en el Perú. Diputado Comunista en el Parlamento de 1939 a 1945 y concurrente, con calidad directiva, a los congresos de la Confederación de Trabajadores de América Latina, que preside Lombardo y que es un organismo totalmente comunista. En la actualidad Juan P. Luna ha sido designado diputado, una vez más, por el régimen que Preside el General Manuel A. Odría, no obstante que el Partido Comunista ha sido colocado fuera de la ley en el Perú.

LEGUIA AUGUSTO B.—Político peruano, salido de los rangos civilistas. Presidente constitucional en 1908-1912. Ascendió nuevamente al poder, mediante un golpe de estado, en 1919 y dominó el país durante once años ejerciendo una áspera dictadura hasta 1930, año en que fué derrocado por el golpe de Estado que comandó el teniente coronel Luis M. Sánchez Cerro.

LOSSOWSKY ALEJANDRO.—Prominente sindicalista ruso, y prestigioso dirigente obrero, quien se afilió al Partido Bolshévique en los tiempos

de Lenin, conquistando encumbrados puestos en la dirección sindical. Lossowsky llegó a ser Presidente del "Profintern", o sea de la Internacional Sindical Roja. Es autor de varios libros, entre ellos del titulado "De la Huelga a la Toma del Poder". En el discurso pronunciado en el último Congreso del Profintern, Lossowsky hace referencia concreta a su correspondencia con el dirigente político peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre.

LITZ ARZUBIDE GERMAN.—Poeta mexicano miembro del partido comunista, quien visitó la Unión Soviética en 1929, realizando una gira a través del Cáucaso y de la costa noroeste del Mar Negro.

LI LI SIANG.—Político chino, intelectual, fundador del Partido Comunista de China. Trabajó al lado de Borodin durante la insurrección de Chiang Kay Shek y fué uno de los colaboradores con la política del Kuo Min Tang, hasta la toma de Shanghai. Tenaz opositor de la política de sometimiento de Mao Tzé Tung y de Chu Tdé, fué llamado a Moscú donde permaneció largo tiempo, mientras sus partidarios eran liquidados y en tanto que el Komintern aseguraba las posiciones de Mao Tzé Tung.

LARGO CABALLERO FRANCISCO.—Socialista español, organizador de la Unión General de Trabajadores de España y su dirigente más calificado. Militante del ala izquierda del socialismo se apoyó en el Partido Comunista y se sirvió de él para combatir contra la derecha de su propio partido, mereciendo de los comunistas el calificativo de "Lenin Español". Jefe del Gabinete Republicano durante una de las etapas más desafortunadas de la guerra civil, Largo Caballero se negó a ser dócil y total instrumento del Partido Comunista, por lo que mereció virulentos ataques y una campaña pertinaz que logró derribarle.

LISTER ENRIQUE.—Obrero picapedrero español, miembro del partido comunista, quien se transformó en Coronel durante la guerra civil. Más que las acciones de guerra dirigió las violentas represiones que los dirigentes de la Internacional Comunista necesitaban desarrollar en el lado español republicano para imponer, mediante el terror, la hegemonía del comunismo sobre los otros grupos políticos. Lister trabajó siempre bajo la dirección y siguiendo el consejo y las indicaciones de los jefes de la N.K.V.D. que fueron enviados desde Moscú con la misión específica de "purgar la España Republicana de enemigos de clase".

LAFERTE ELIAS.—Dirigente obrero chileno, compañero de Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Comunista en Chile y una de las figuras más importantes del movimiento obrero y comunista de Chile. Laferte se había convertido en una figura decorativa, en un personaje sumiso a las resoluciones que eran dictadas desde fuera.

LABORDE HERNAN.—Secretario General del Partido Comunista de México, caído en desgracia ante Moscú, a causa de sus actitudes levantiscas ante Vicente Lombardo Toledano. En oportunidad de que el Partido Comunista de México, dirigido por Laborde, rehusó acatar ciertas exigencias de Lombardo Toledano, Moscú ordenó que el dirigente comunista norteamericano Earl Browder saliese de inmediato a México a someter a Laborde. En tal oportunidad apareció el documento titulado: "¡Nos rendimos, Lombardo!", que el Partido Comunista lanzó a manera de autocrítica. No obstante la rendición, comunista lanzó a la dirección comunista que encabezaba Laborde co tiempo después, la Delegación que dirige "Pierre" y que integraban Codovila y "Jimmy".

LARREA LINO.—Dirigente obrero, organizador sindical en el Perú. Miembro del Partido Comunista llegó a ocupar altos puestos de dirección en el Secretariado del mismo. Viajó a Rusia y visitó Moscú, trabajando en las dependencias del Komintern. En 1940 se separó del Partido y se convirtió en uno de los comba-

tientes más enérgicos contra los comunistas y contra sus actividades quinta-columnistas en el Perú.

—M—

MARCUCCI.—Dirigente supremo de la Juventud Comunista de Italia; personalidad vigorosa de gran poder creador. Llegó a ocupar los más altos puestos dentro del K.I.M. —Internacional Juvenil Comunista— y sus opiniones eran consideradas dentro de los círculos dirigentes del Komintern. Actuó durante largo tiempo en América del Sur y, más tarde, en España, donde tuvo participación activa en la guerra civil. Se suicidó en Madrid en 1937 como consecuencia de las hondas discrepancias que habían surgido entre él y los corifeos de la Internacional que operaban en España.

MERY JUAN LUIS.—Periodista chileno, político de izquierda y defensor de las clases populares. Dueño y director del diario "La Opinión", en Santiago, desde donde desarrolló campañas enérgicas por las libertades ciudadanas, por la independencia económica de Chile y contra los negocios oscuros de influyentes políticos o de grupos privilegiados. Fue tenazmente perseguido bajo el Gobierno de Alessandri como consecuencia de sus campañas.

MARIATEGUI JOSE CARLOS.—Vigoroso escritor peruano, autor de varias obras entre las que sobresalen "Siete Ensayos sobre la Realidad Peruana", "Escena Contemporánea", "El Alba Matinal y otras Escenas del Hombre de Hoy" y "Defensa del Marxismo", polémica con las concepciones de Henry de Man. Desde la revista "Amauta" dirigió durante un lapso la vida espiritual del Perú. Murió antes de cumplir los 35 años.

MATURANA VENTURA.—Jefe de Policía de Chile, que se hizo famoso por la crueldad de sus métodos y por la sádica habilidad que ponía en hacer torturar a los presos, especialmente a los presos sociales, para arrancarles declaraciones concordes con sus deseos o con las necesidades policíacas.

MUNZENBERG WILLY.—Dirigente comunista alemán, intelectual sobresaliente como teórico y financista del Partido Comunista de Alemania. Opositor de Thaelman, militaba al lado de Neuman y propiciaba un contrabalanceo extranjero a la hegemonía rusa dentro del Komintern. Fue hombre decisivo en el comunismo alemán hasta poco después de 1930, año en que su estrella comenzó a palidecer.

MARTINEZ RICARDO.—Comunista de origen venezolano, pero residente casi toda su vida en los Estados Unidos. Libró algunas escaramuzas en el seno de la American Federation of Labor, en los tiempos de Gompers. Luego se adhirió al partido comunista de los Estados Unidos y apareció en Moscú en 1927-28. Trabajó siempre como agente del "Profintern".

MELLA JULIO ANTONIO.—Dirigente estudiantil cubano; personalidad vigorosa, dinámica y heroica. Prisionero de Machado durante una de las etapas más duras de la feroz represión que periódicamente desencadenaba contra los trabajadores e intelectuales el dictador de Cuba, Mella se declaró en huelga de hambre en el Castillo del Príncipe. El Comité Central Comunista de Cuba le expulsó por esto, no obstante que el hecho conmovió políticamente a la Isla. Moscú desconoció el acuerdo del Partido Comunista de Cuba y rehabilitó a Mella. Como consecuencia de torpes y menudas intrigas urdidas por Vittorio Codovila, Mella se vió obligado a regresar de Moscú a México, en 1928, donde fué asesinado por los pistoleros que el dictador Gerardo Machado envió para victimarle.

MANULSKY DIMITRI.—Comunista ucraniano, Presidente del Komintern durante un largo período y hombre de confianza de Stalin en el seno de la organización internacional. Manulsky dominó siempre en el Komintern, pese a que la presidencia fué otorgada a Jorge Dimitrov y a la mayor ingerencia que los rusos se vieron obligados a

conceder a los comunistas extranjeros. Siempre actuó un grupo formado por los incondicionales de Stalin, que acataban sin discusión las indicaciones de Manulsky. Toda la actividad de Manulsky estuvo siempre íntimamente ligada a la acción de la N.K.V.D. Más tarde, después de la guerra, Manulsky estuvo como representante soviético en la Conferencia de San Francisco, siendo posteriormente representante ucraniano en la Organización de las Naciones Unidas.

MAGYAR.—Seudónimo por el que se hizo generalmente conocido Madjar, alto dirigente húngaro, copartícipe con Bela Kun en el proceso insurreccional de Hungría en 1918-19. Sus artículos, publicados en casi cada número de la "Correspondencia Internacional", que se editaba en Moscú en varios idiomas, servían de orientación al movimiento comunista mundial. Su actuación final, a raíz de la muerte de Kirov, fué la de un agente provocador de la policía de Stalin. Hasta esos momentos, fué hombre de la intimidad de Manulsky y jamás figuró en las filas de los opositores.

MAO TZE TUNG.—Dirigente comunista chino, maestro de escuela, formado en la Escuela de Oriente de Moscú. Adicto incondicional de Stalin, actuó siempre como agente de Manulsky en el seno del Komintern. Durante toda su permanencia en Moscú recibió trato especial y distinguido sobre los demás delegados de partidos; era recibido por Stalin y trataba con él personalmente los problemas del partido comunista chino, los que sólo formalmente y en sus aspectos menos importantes, eran tratados por los dirigentes del Komintern. Los opositores de Mao en China, comunistas que no estaban de acuerdo con su política fueron llamados a Rusia y liquidados uno a uno, a través de un largo período.

MOTYLEV Doctor.—Dirigente comunista, miembro de la Internacional especializado en la labor de trabajo de masa en los denominados "organismos auxiliares" que son las pantallas tras las cuales actúa el Partido Comunista en determinadas circunstancias. El Doctor Motylev, era además un experto en las cuestiones concierne a los Estados Unidos y a la China. Sus opiniones eran tanto más importantes, ya que pertenecía al grupo de Stalin y tenía íntimas vinculaciones con la N.K.V.D. Se hacía llamar además "camarada Hans" o "camarada Sam". Trabajaba en íntima vinculación con Svanidze, Voitinsky, Sorge, o sea con el núcleo confidencial del Komintern.

MYROCHEWSKY.—Profesor rojo, miembro de la Academia Leninstá, especializado en las cuestiones de América Latina. Director de los cursos de estudios especiales que seguían los dirigentes más calificados de habla española y portuguesa del hemisferio americano. Tenía activa participación en las resoluciones del Komintern sobre Latinoamérica.

—N—

N. K. V. D.—Sigla que corresponde a "Narodni Komissariat Vnutrienni Diel" —Comisariado del Pueblo para lo Interior—. A este mismo Comisariado pertenecía anteriormente la G.P.U. "Glávnoe Politseoske Upravlenie" —Dirección General de la Policía—. La N.K.V.D. fué la sucesora de la G.P.U., después del asesinato de Yagoda, jefe supremo de esta —crimen que fué ordenado por Stalin—. La G.P.U. de la mandada por Yagoda, era la sucesora de la famosa "Checka" de la etapa candente de la Revolución, la cual fué fundada por Dierszinsky sobre los moldes del Comité de Salud Pública del jacobinismo de la Revolución francesa.

Asesinado Yagoda, la G.P.U. fué cruelmente depurada por una guardia formada secretamente por Stalin, la que se convirtió luego en la N.K.V.D. que comandó un tiempo Yezhov y que más tarde pasó íntegramente al control de Beria. Como Yagoda era judío, la depuración se descargó con mayor crueldad principalmente sobre los israelitas.

Los poderes y la autoridad de Beria han sido ampliados después de la guerra. Como el radio de acción policial se ha incrementado, así como sus atribuciones en todos los órdenes, la N.K.V.D. ha sido transformada en la actual M.V.D. sigla del nombre "Ministersvo Vnu-triennij Diel" —Ministerio del Interior— nombre impuesto en el año 1946, cuando se cambió el nombre de Comisariados y Comisarios por el de Ministerios y Ministros del Estado al frente del cual se encuentra, en calidad de Ministro el mismo Beria de la N.K.V.D.

Los hombres que forman esta organización, como integrantes permanentes de la misma, constituyen una casta en la Unión Soviética, casta privilegiada que disfruta de condiciones de vida excepcionales en comparación con el resto de los habitantes, incluyendo a los obreros de las fábricas de aviones y armamentos. Los hombres de la N.K.V.D. —hoy día M.V.D.— viven en edificios de departamentos especiales donde no habitan sino miembros de la misma organización; tienen comedores, clubs, sanatorios, lugares de verano, casas de reposo, donde no pueden ingresar sino los que integran la organización policíaca.

Los miembros de la M.V.D. no sólo actúan en Rusia; en todas las Embajadas soviéticas en el extranjero existen núcleos formados por elementos escogidos cuya función es dirigir las tareas de espionaje, espiar las actividades de los diplomáticos soviéticos, de los dirigentes comunistas y de los llamados "hombres fieles" al servicio de los planes rusos, pero sin estar inscritos en el partido comunista ni aparecer como militantes de este.

—N—

NEGRIN JOSE Doctor—Político español que tuvo actuación descolante en la última etapa de la guerra civil; amigo de los comunistas, recibió de ellos amplio apoyo y les consintió una enorme preponderancia política. Bajo su presidencia en el Gabinete de la República, se emprendió y desarrolló la absurda y desdichada operación victoriosa del cruce del Ebro, en la cual los rusos empeñaron al golpeado Ejército Republicano, para probar algunos de sus artefactos de guerra.

—O—

ODRIA MANUEL A.—Militar peruano, designado Ministro de Gobierno por el Presidente Constitucional, doctor Bustamante y Rivero en 1947, con el encargo de esclarecer el asesinato del periodista Graña Garland, victimado por los apristas. Más tarde, en octubre de 1948, el General se pronunció en Arequipa, derrocando por un Golpe de Estado al Presidente Bustamante y formando una Junta Militar de Gobierno, encabezada por el propio Odria. En la actualidad es Presidente del Perú.

ORREGO ANTENOR.—Senador peruano, miembro dirigente de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, figura intelectual del aprismo y uno de sus más calificados ideólogos.

ORTIZ DE ZEVALLOS XAVIER.—Joven dirigente político peruano, actualmente desterrado por el Gobierno del General Manuel A. Odria. Abogado, escritor, católico militante, descendiente de los Marqueses de Torre Tagle, fué uno de los combatientes más valerosos en el terreno político contra el terrorismo de la Alianza Popular Revolucionaria Americana y por la implantación de un régimen democrático de vida en el Perú. Hombre de avanzada por su concepción social, pertenece a las filas de los reformadores de la nueva generación peruana.

—P—

PARDO JOSE.—Político peruano Presidente Constitucional de la República en dos etapas diversas. Hijo de don Manuel Pardo, fundador del Par-

tido Civil o conservador. Fué derrocado por un golpe de Estado que dirigió el dictador Augusto B. Leguía, en 1919.

PIEROLA NICOLAS.—Político peruano, fundador y dirigente del Partido Demócrata. Capitaneó la sangrienta insurrección popular contra la dominación del militarismo en el Perú, y entró victorioso a Lima en marzo de 1895. Empezó grandes reformas e impulsó el progreso del país. Vencido en las elecciones de 1904 por el civilismo no pudo lograr un nuevo triunfo demócrata. Murió en 1913.

PONCE SALOMON.—Obrero tranviario, muerto trágicamente por los gendarmes de la dictadura de Augusto B. Leguía, en la calle de los Huérfanos, de Lima, en la noche del 23 de mayo de 1923 en la jornada de la lucha popular contra la Celebración del Perú al Corazón de Jesús propugnada por el dictador. Ponce quedó convertido, más tarde, en héroe de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

PIATNITZKY O.—Obrero ruso, dirigente revolucionario, colaborador de Lenin en la obra de organización del Partido Bolshevique. Uno de los más sobresalientes especialistas en cuestiones de organización, fué el comandante general de esta clase de actividad en la dirección del Komintern.

PRESTES LUIS CARLOS.—Revolucionario brasilero salido de las filas del Ejército. Ingeniero y alumno brillante de la Escuela de Guerra, participó en la sublevación militar que capitaneó Getulio Vargas. Realizó la célebre marcha a través del interior del Brasil, conocida con el nombre de "Marcha de la Columna Prestes". Ganado por Guralisky a la causa del comunismo, partió a Moscú en 1933 y cursó estudios en la Escuela Superior llamada "Universidad de Oriente", donde fué compañero de Mao Tzé Tung y de Ho Chi Min. De retorno al Brasil organizó la insurrección de Rio de Janeiro y del Nordeste, que fracasaron. Cayó preso y fué juzgado y sentenciado a doce años de presidio. Al cumplir su condena salió a organizar el Partido Comunista del Brasil, del que es dirigente supremo. Prestes fué designado miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

PIERRE.—(y también Pierre Austin) Pseudónimo bajo el que se ocultó constantemente uno de los comunistas rusos de mayor importancia de los que han actuado en América Latina. Miembro del sector joven de los colaboradores íntimos de Stalin, su autoridad estuvo siempre sobre la de los más altos delegados del Komintern. Actuó en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile; fué miembro del Bureau Sud-americano; más tarde y durante la guerra mundial última, trabajó en Cuba, en México, en Costa Rica y luego nuevamente en Chile, Argentina y Uruguay.

PIECK WILHELM.—Comunista alemán perteneciente al grupo de Thaelman; adversario de Neuman, Munzenberg y el ala comunista de criterio independiente y de alta calidad teórica. Pieck pasó todo el tiempo de la dominación nazi y de la guerra, emigrado en Moscú. Hombre influyente, vinculado de modo íntimo a Manuilsky, Pieck obtuvo la liquidación de centenas de comunistas alemanes que le hacían sombra. En la actualidad es el hombre de paja de Stalin en Alemania Oriental.

PORTOCARRERO JULIO.—Dirigente obrero peruano, organizador de los primeros sindicatos en el Perú. Participó en la primera huelga obrera que estalló en las fábricas textiles de Vitarte, en la segunda década del siglo; su actividad ha estado vinculada a todas las luchas de los trabajadores por su mejoramiento. Fue discípulo de José Cardo de los trabajadores por su mejoramiento. Se acercó al comunismo y se los Mariátegui y bajo su influencia se retiró del Partido, cuya Secretaría General ejercía entonces, y se transformó en decidido combatiente del quinta columnismo soviético.

PESKOWSKY.—Embajador soviético en México en el año 1923-25. Era uno de los dirigentes de la Internacional Comunista, en el departamento de Organización Internacional que dirigía Piatnisky. A su regreso de México actuó como hombre del Komintern con los nombres de "Ortega" y "Banderas". Trabajó amistad con Haya de la Torre en México y le facilitó el viaje a Moscú en 1924, a dónde fue como delegado al Congreso de la Internacional Sindical Roja y a un Congreso Campesino. Peskowsky fue siempre decidido partidario de un entendimiento efectivo entre el Apra y el Komintern. Acusado de contra-revolucionario, enemigo del pueblo, diversionista y partidario del capitalismo, desapareció de las oficinas del Komintern en una de las purgas realizadas por la N.K.V.D.

PARRA PEDRO.—Conspicuo dirigente obrero del Perú, uno de los más activos y eficaces organizadores sindicales. En reiteradas oportunidades, Parra ha permanecido largo tiempo en prisión, a causa de sus actividades de organizador y de presentarse como el dirigente de movimientos de reivindicación proletaria. Ingresado al Partido Comunista Peruano en 1930 llegó a ocupar altos puestos en la dirección central. Disgustado por la política soviética y en abierto desacuerdo con el entendimiento germano-ruso en 1939, renunció a seguir perteneciendo a las filas comunistas.

Con ulterioridad ha continuado su labor en defensa de los intereses de los trabajadores, al mismo tiempo que en contra de la traición comunista y de su labor de quinta columna.

PRADO UGARTECHE MANUEL.—Presidente de la República del Perú de 1939 a 1945, llevó a su país a otorgar amplia colaboración con la causa de las Naciones Unidas. Recibió una dictadura de manos del Mariscal Oscar R. Benavides y entregó un Gobierno democrático y libremente elegido, presidido por el doctor José Luis Bustamante y Rivero.

—R—

RAVINES BELISARIO.—Coronel del Ejército del Perú que se distinguió combatiendo en la Guerra del Pacífico. Comandó la famosa resistencia del Morro Solar en Chorrillos y se abrió paso en una impetuosa carga a la bayoneta. En las cercanías de la ciudad de Cajamarca obtuvo la victoria de San Pablo, al frente del batallón Trujillo.

RAVINES EUDOCIO.—Comandante del Ejército peruano, hermano del anterior. Cayó herido en la batalla de Miraflores, en la Guerra del Pacífico y, más tarde, murió combatiendo en la batalla de San Pablo. Sus restos reposan en la Cripta de los Héroes de Lima.

RADEK CHARLES.—Revolucionario ruso, miembro del Partido Bolshevique, uno de los publicistas más brillantes de la etapa revolucionaria, famoso por su ironía. Acusado de contra revolucionario fue procesado y condenado a diez años de presidio. Se afirma que se le perdonó la vida en recompensa de que, gracias a su denuncia, se impidió el movimiento que el Mariscal Tukhachewsky organizaba contra la tiranía de Stalin.

ROLLAND ROMAIN.—Sobresaliente escritor francés, autor de la famosa novela "Juan Cristóbal". Pacifista y hombre de ideas sociales avanzadas, propugnó románticamente el acercamiento de franceses y alemanes. A causa de su salud, vivió largo tiempo en Suiza sometido a una reclusión casi total. En sus últimos años se acercó hacia Rusia y al comunismo, pero sin abandonar las profundas desconfianzas que siempre mostró hacia la causa soviética.

—S—

SEOANE MANUEL.—Político peruano, segunda figura del partido Alianza Popular Revolucionaria Americana. Autor de varios opúsculos:

"Con el ojo izquierdo, Mirando a Bolivia", "Los Comunistas Criollos", "La Garra Yanqui". Fue Vice-presidente del Senado Peruano en 1945. Después del fracaso del motín aprista del Callao, en 1948, se refugió en la Embajada del Brasil y emigró a Chile.

SANCHEZ CERRO LUIS.—Militar del Ejército del Perú, jefe del pronunciamiento de Arequipa en agosto de 1930 contra la dictadura de Letenaz. Fue elegido Presidente de la República encontrándose con la Sánchez Cerro trató de aplastar esta oposición por la fuerza y desdizé mil las víctimas de la violenta y cruel persecución del dictador. Cayó asesinado el 30 de abril de 1933 y su muerte fue atribuida únicamente a la acción de un fanático aprista.

STASOVA HELENA.—Culta e inteligente mujer, proveniente de la aristocracia, que llegó a convertirse en una de las figuras prominentes del Partido Bolshevique, en la época de Lenin. Este la llamaba "mi quetos políticos. Opositora a la política de Stalin, Helena Stasova fue previamente desplazada a la dirección del Socorro Rojo Internacional, para desaparecer luego en las manos de la policía soviética, acusada de contra-revolucionaria.

SINANI.—Oficial del Ejército zarista que pasó a las filas del Ejército Rojo, convirtiéndose más tarde en miembro del partido comunista. Ascendió políticamente haciendo una carrera brillante, llegando a ocupar el puesto de Secretario de la Sección Latino-Americana de la Internacional Comunista. Fue uno de los ideólogos y orientadores capitales del comunismo latino americano hasta poco antes de su muerte, en 1935. Fue asesinado por la policía soviética, acusado de haber pretendido asesinar a Stalin.

SOTOMAYOR JUSTINIANO.—Joven y fogoso político radical chileno, de gran influencia en la Asamblea Radical de Santiago, Diputado ante el Parlamento y orientador de las huestes jóvenes del radicalismo en 1935-36. Fue el promotor del Frente Popular en Chile y uno de los radicales que más trabajaron por forjar la unidad de los diversos partidos de la izquierda chilena, contribuyendo así al triunfo del Partido Radical en 1938 y al éxito de la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda.

SAENZ CRISTOBAL.—Político chileno, miembro de la derecha del Partido Radical. Rico triguero del sur, fue el primer candidato triunfante por la acción del Frente Popular, electo Senador por las Provincias de Cautín y Bío Bío en 1936. Más tarde fue Ministro del Gabinete de Aguirre Cerda.

STEPHANOV MIKHAIL.—Dirigente comunista ruso, participante en las insurrecciones de 1917 y colaborador de Lenin en la obra de organización del Partido Bolshevique. Miembro de la llamada "Vieja Guardia" fue uno de los pocos que se libró de la persecución staliniana, quizás a causa de encontrarse fuera de Rusia durante largos años, actuando en el Lejano Oriente, a través del largo proceso de la convulsión china en la segunda década de este siglo. A su retorno del Asia en 1930-31, fue encargado de analizar la situación en los países semi-coloniales en el Komintern. Al estallar la guerra de España fue enviado a Madrid; actuó con el nombre de Camarada Moreno.

SPELUCIN ALCIDES.—Poeta peruano, autor de "La Nave Dorada", uno de los dirigentes del Partido Aprista. Senador por el Departamento de la Libertad, elegido en 1945, fue eliminado del Parlamento a raíz del Golpe de Estado que comandó el General Manuel Odría.

SORGE RICHARD.—Profesor alemán comunista, una de las personalidades más influyentes en las altas esferas del Komintern, durante las purgas practicadas en el seno del Partido Bolshevique. Actuó como uno de los principales acusadores de Krenstinsky, antiguo Embajador de la Unión Soviética en Berlín, y de Rakowsky, también antiguo

embajador soviético en Rumanía. A raíz del asesinato de Sergio Kirov adquirió el prestigio de hombre funesto para quienes eran sus amigos. Trabajó con Razianov en el Instituto Marx y Engels y lo acusó de menshevique, enemigo del pueblo y saboteador. También participó en los cargos contra la viuda de Lenin, la Krupskaya y contra Helena Stasova. Intervino en la provocación del húngaro Madjar. Era una mezcla de espía, comunista, diplomático y bandolero: era experto en cuestiones alemanas, norte-americanas y asiáticas, principalmente japonesas.

SVANIDZE.—Bolshevique de la intimidación de Stalin, colaborador del núcleo secreto del Komintern y especialista en cuestiones chinas. A él se debe lo que se denominó "Experiencia de Sinkiang", lo que más tarde habría de denominarse "Camino de Yenán". Intervino en la China limitrofe como consejero de gobernadores y autoridades designadas por el Gobierno de Nankin, pero dóciles a la presión de Moscú. Svanidze dirigió el aplastamiento de la sublevación de los campesinos contra el gobernador, haciendo intervenir tropas selectas de la N.K.V.D.

—T—

THOREZ MAURICE.—Obrero metalúrgico francés, llevado por Guralsky a la dirección del Partido Comunista de Francia. Thorez implicó la afirmación de la tendencia obrerista en el partido, en contra de la tendencia llamada "intelectual" de Marcel Cachin y su grupo. En realidad Thorez representó la liquidación de las tendencias llamadas por el Komintern "jaussistas", "nacionalistas", "blanquistas" y la afirmación aplastante de la obediencia total a Moscú, en el seno del Partido.

TOGLIATTI PALMIRO.—Conocido durante toda la época de la dominación fascista en Italia, que él pasó en Moscú y en comisiones del Komintern en el extranjero, con el nombre de "Ercoli". Dirigente comunista italiano formado íntegramente en Rusia, dúctil y obediente a todo lo que tenía procedencia oficial. Hombre de Manuisky dentro del Komintern, evadió sin embargo siempre asumir una actitud agresiva contra los opositores. Participó activamente en la dirección de la Guerra de España, junto con Stephanov, Marty y Codovila.

—U—

UGALDE PEDRO LEON.—Político chileno, radical conspicuo, dueño de una gran popularidad entre las masas de Santiago de Chile. Senador de la República fué uno de los jefes de la oposición al Gobierno de Alessandri y uno de los más ardientes propugnadores de una amplia política democrática y de vastas reformas sociales. Murió siendo Senador por Santiago en 1935.

—V—

VOITINSKY GRIGORI, llamado también Sarpkin, dirigente bolshevique, miembro del núcleo secreto del Komintern, especialista en cuestiones de Estados Unidos y el Canadá. Intelectual y miembro del Ejército Rojo, luchó en el sector de la Provincia Marítima de Vladivostock. Su experiencia práctica la había realizado en China, donde trabajó conocimiento con el doctor Sun Yat-Sen. Colaborador de la revista "Internacional Comunista" y uno de los consejeros de Manuisky.

VERNOCHET LEON.—Comunista francés, Secretario de la organización sindical de los maestros, llamada "International des Travailleurs de l'Enseignement" que tuviera su sede en París. Viajó especialmente a Buenos Aires por cuenta y orden de Moscú, para obtener la adhesión de los sindicatos de maestros de América del Sur.

VAN MIN.—Pseudónimo o nombre del dirigente chino que actuó como delegado de su partido durante muchos años, ante la Internacional Co-

munista. Formó parte ininterrumpidamente del grupo incondicional que capitaneaba Manuisky, y se jactaba de ser uno de los más encarnizados adversarios de las tendencias "nacionalistas" de Li Li Siang.

VISHINSKY.—Hombre del grupo estrecho de Stalin, empleado para juzgar a los opositores y sentenciarlos. El presidió y dirigió las audiencias públicas a las que asistían los acusados para repetir todo lo que se habían comprometido previamente a decir y que constituía siempre una abrumadora acusación en su propia cuenta. Vishinsky era el "regisseur" de toda esta desvergonzada y sádica comedia, la que terminó siempre dramáticamente con el asesinato de todos los que participaban en ella desempeñando el papel de acusados, o sea de opositores de Stalin.

—Z—

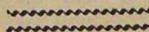
ZINOVIEV GREGORIO.—Una de las figuras prominentes de la Revolución Rusa. Compañero y colaborador de Lenin en la obra de organización del Partido Bolshevique, Zinoviev fué uno de los fundadores y el Presidente de la Internacional Comunista. Bajo su comando, el Komintern penetró en los más lejanos países y desarrolló una política organizadora principalmente. Fué lenta y pertinazmente desplazado de los altos puestos que ocupaba a la muerte de Lenin, para ser luego acusado por Stalin como instigador del asesinato de Kirov, apresado más tarde y asesinado.

INDICE DE MATERIAS

	Páginas
Prólogo	1
Bajo el Signo de las dos Rayas	1
Misa en Si Menor	15
Cuatro Niños y una sola Miseria	19
Batalla contra la Miseria	27
Lo Esencial de Darwin	34
¿Qué se han hecho tus profetas?	42
La Revolución del Espíritu	52
Cuán Verde era la Aldea	59
Bajo Pendón Insurgente	65
Juventud, Juventud, Torbellino	70
¡El Quinto, no Matar!	79
La Conejera de San Martín	84
La Liga Anti-Imperialista	90
Concordancia con Haya de la Torre	97
El Resplandor sobre el Abismo	106
El Desborde de la Moralidad	111
Gravitación e Influencias Barbussianas	118
La Ruptura con Haya de la Torre	127
La Tierra Prometida	133
La Herencia del Pasado	146
Mariátegui cae para siempre	154
Derrumbe del Dictador Leguía	163
Huída ante el Enemigo	171
Aprismo y Comunismo	177
Evocación del Terror	194
La Fuga	203
De nuevo, Moscú	214
Ante la Presencia del Caudillo	224
Comedia de Provocación	235
Catártica Stalinista	246
Perspectiva del Camino de Yenán	255
En la Copia Feliz del Edén	276
Chile sobre el Camino de Yenán	298
El Buró Político del P. C. aprende la Canción Nacional ...	300
Comandos en la Tierra de Nadie	301
Dentro del Drama de España	305
Rusia prueba sus Armas	315
Los Dos Polos del Hombre	326
La Praxis Rusa en España	338

Páginas

Marcucci se Expulsa del Partido	350
Bajo la Zarpa de la N. K. V. D.	364
¡Cañones en vez de Manteca...!	383
La Tercera Purga.....	388
Los Contornos de la Estafa	394
Auténtica Quinta Columna	414
En el Extremo Límite	423
Y Chile tuvo un Presidente Radical	429
Pacto Histórico y Pacto Oscuro	437
Retorno a la Tierra Nativa	459
Viejo Combate, Nuevo Destierro	469
Dramatis Personae	481



Este libro se terminó de imprimir el día 25 de Agosto de 1952 en los Talleres de "Artes Gráficas V. Venero".
Laqo Nargis 32.
MEXICO, D. F.

